BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA
SANTA FE CIUDAD DE MÉXICO
**Universidad Iberoamericana**

# La obra historiográfica de Vicente Riva Palacio

José Alejandro Ortiz Monasterio Prieto

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

**Tesis de Doctorado**

**Departamento:** Historia

**Director:** Álvaro Matute Aguirre

**1999**

# UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

BIBLIOTECA VIRTUAL
CERVANTES

# LA OBRA HISTORIOGRÁFICA DE VICENTE RIVA PALACIO

**TESIS**

Que Para Obtener el Grado de

**DOCTOR EN HISTORIA**

Presenta
**JOSÉ ALEJANDRO ORTIZ MONASTERIO PRIETO**

México, D.F. 1999

A Alfredo Castillo Machado

*Tu padre no fue campesino ni curtidor*
*ni tampoco pescador, ni siquiera albañil*
*no fue carpintero y mucho menos peón.*

*Para ti la pobreza es sólo una leyenda*
*y jamás has luchado por la libertad*
*¿qué te hace pensar que puedes comprender a este país?*

Canción popular de las islas de Cabo Verde.

BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

ÍNDICE

Agradecimientos 4

Introducción 10

Capítulo I: un país, una literatura 37

Lorenzo de Zavala (1788-1836) y su Objeto, plan y distribución del estudio de la historia 37

José María Luis Mora (1794-1850) y su Méjico y sus revoluciones 39

Teoría literaria y teoría de la historia (1844) 50

Polémica Lacunza-De la Cortina (1844) 58

Manuel Larráinzar (1809-1884). Algunas ideas sobre la historia... 65

José María Vigil (1829-1909). Necesidad y conveniencia de estudiar la historia patria (1878) 72

Capítulo II: un escritor, un lugar social 78

San Gregorio 81

Avatares del archivo de la Inquisición 86

La escritura de la historia y la experiencia de la guerra 96

Viaje a Europa 108

El señor ministro 112

Capítulo III: un escritor, dos vertientes literarias. Primera parte: obras generales 116

Los dramas 116

Las novelas históricas 123

El libro rojo 140

Historia de la administración de don Sebastián Lerdo de Tejada 150

Poemas históricos 155

Periodismo 159

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

Tradiciones y leyendas mexicanas 163

Cuentos históricos 170

Capítulo IV: un escritor, dos vertientes literarias. Segunda parte: obras de teoría 175

De la historia de la religión cristiana 175

Discurso que pronunció en la Alameda de esta ciudad (1867) 185

Discurso pronunciado por el general Riva Palacio (1871) 195

Los Ceros, galería de contemporáneos 203

Introducción al curso de historia universal 207

Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico 217

Establecimiento y propagación del cristianismo en Nueva España 260

Capítulo V: una gran fábrica de historia 272

De la historia de la guerra de la Intervención a la historia general de México 292

Obra magna, obra de equipo 301

La cuestión del níquel 317

Capítulo VI: los otros tomos y autores del México a través de los siglos 330

Tomo I. México antiguo. Alfredo Chavero (1841-1906) 330

Estructura de la obra 332

Lecturas del tomo de Chavero 336

Ilustraciones 348

Tomo III. La independencia. Julio Zárate (1844-1917) 351

Estructura de la obra 352

Fuentes 361

Lecturas del tomo de Zárate 364

Ilustraciones 366

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

Tomo IV. México independiente. Juan de Dios Arias (1828-1886) y Enrique de Olavarría y Ferrari (1844-1919) 368
Juan de Dios Arias (1828-1886) 368
Enrique de Olavarría y Ferrari (1844-1919) 376
Estructura de la obra 380
Fuentes 386
Lecturas del tomo de Arias y Olavarría 390
Ilustraciones 395
Tomo V. La Reforma. José María Vigil (1829-1909) 396
Estructura de la obra 399
Fuentes 411
Lecturas del tomo de Vigil 414
Ilustraciones 420
Capítulo VII: el tomo de Vicente Riva Palacio, segundo del México a través de los siglos 422
Breves aclaraciones 422
Estructura de la obra 426
La "Introducción" 431
Capítulos monográficos al inicio del libro II (siglo XVII) 446
Capítulos monográficos al inicio del libro III (siglo XVIII) 452
Otros capítulos monográficos 455
Máximas políticas 457
Observaciones científicas 462
Las "Consideraciones generales" 465
Fuentes 474
La lectura de Santiago Ballescá 485
La lectura de Justo Sierra 487
La lectura de Edmundo O'Gorman 492

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

La lectura del padre Xavier Cacho Vázquez 501

Ilustraciones 502

Conclusiones 509

Fuentes consultadas 527

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

AGRADECIMIENTOS

Al ser nombrado el doctor Hira de Gortari Rabiela director del Instituto Mora, su mensaje para los investigadores fue claro: la prioridad era la superación académica. Como resultado de lo anterior los licenciados y maestros de entonces llegaríamos a convertimos en doctores. Sería muy largo mencionar todos los estímulos académicos que hemos recibido en el Instituto Mora en los últimos años, pero quisiera destacar la presencia de un numeroso contingente de profesores visitantes que no se limitaron a dictar sus conferencias sino que convivieron informalmente con nosotros, para establecer un diálogo más rico. Entre ellos no puedo dejar de nombrar al galo Patrice Bourdelais, hombre de superior inteligencia e historiador notabilísimo, que ha hecho aportaciones verdaderamente originales a nuestra ciencia. La presencia de estos eminentes profesores nos ha servido como punto de referencia de la calidad a la que debemos aspirar si queremos que en el mundo siga sonando la fama de México. Por ello quisiera, en primer lugar, expresar mi gratitud al Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora y a su actual director, el doctor Hira de Gortari Rabiela, cuyo apoyo fue decisivo para la realización de esta tesis.

Con todo el personal del Instituto Mora estoy de veras muy agradecido. El equipo de nuestra biblioteca merece una mención especial pues la coordinadora a cargo de ella, la maestra Ana Buriano, se afana siempre en facilitamos el trabajo de investigación; lo mismo vale para Carlos Arellano Osorio y los demás compañeros a cargo del servicio al público.

Agradezco a la maestra Regina Hernández Franyuti, encargada de la Secretaría Académica del Instituto Mora, por haberme apoyado en todo momento y por hacer posible que yo dedicara mi tiempo completo a escribir esta tesis. También debo mencionar al maestro Carlos Contreras Cruz, predecesor de la maestra Hernández Franyuti, para expresarle mi gratitud.

La doctora Nicole Giron fue lectora y sinodal de esta tesis y con ella tengo una gratitud muy especial. Al estar yo adscrito al proyecto de investigación que ella coordina en el Instituto Mora, hemos tenido un estrecho contacto y el diálogo ha sido incesante y provechoso para mí. Con la doctora Giron me ha ocurrido lo que debe suceder con los mejores maestros: me he empapado tanto de sus ideas, de su doctrina, que ya no sé decir cuando una idea es mía o cuando, una vez más, repito lo que ella ya ha dicho antes. Pero me inclino a creer que las ideas son de ella pues las sugerencias que hizo al corregir esta tesis, producto de una lectura muy meticulosa, ayudaron mucho para aclarar pasajes oscuros y fortalecieron los argumentos de mi tesis.

En la biografía que escribí de Vicente Riva Palacio comencé -como era debido- agradeciendo la amable colaboración de todo el personal de la Benson Library de la Universidad de Texas en Austin (en donde puede consultarse el archivo personal de Riva y el de su padre), todo lo cual suscribo nuevamente para reiterar mi gratitud. Y también reitero a doña Jeanne M. Dabbs, quien fuera esposa de Jack Autrey Dabbs, la expresión de mi más sincera gratitud. El capitán Dabbs es autor de la guía del archivo de Mariano Riva Palacio y sólo le faltó terminar el índice de la guía del archivo de Vicente Riva Palacio; esta última quedó inédita. Durante mi estancia en Austin conocí a la señora Dabbs y ella tuvo la gentileza de permitirme consultar la guía inédita de Vicente Riva

Palacio, gracias a lo cual pude realizar en tres meses el trabajo que de otro modo me habría tomado varios años. Ojalá viviera don Jack Autrey Dabbs para que pudiera comprobar que los diez años de trabajo que invirtió en la guía de Vicente Riva Palacio comienzan a rendir frutos en México. También estoy muy agradecido con la señora Dabbs por permitirme fotocopiar la guía inédita, poco más de 4,000 cuartillas, la cual puede consultarse en la biblioteca del Instituto Mora.

Cursar el doctorado en historia en la Universidad Iberoamericana fue una experiencia muy enriquecedora. La orientación de los cursos, especialmente fuertes en las áreas de teoría de la historia e historia de la historiografía, resultó muy adecuada a mis intereses y al tema de mi tesis. Entre los maestros que tuve en el doctorado, excelentes todos ellos, debo hacer especial mención del maestro Alfonso Mendiola y del doctor Guillermo Zermeño, ambos fundadores de la revista Historia y Grafía. Mendiola tiene una especial habilidad para hacer comprensible el críptico lenguaje de muchos autores de nuestro tiempo y su libro sobre Bernal Díaz del Castillo me parece verdaderamente demoledor. El doctor Zermeño, a la vez que modelo de caballerosidad, es de esos raros historiadores que de veras les gusta leer; en consecuencia en sus cursos se aprende lo que se está publicando hoy en Berlín y no lo que estaba de moda hace veinte años. Tiene además la capacidad de hacer ese análisis fino de la teoría que da la clave del sentido de los postulados más evidentes, además de que tiene una fibra humanística que hace honor a nuestra profesión. Por todo ello me siento en deuda con estos maestros.

La doctora Jane-Dale Lloyd, profesora e investigadora de la Universidad Iberoamericana, fue lectora y sinodal de esta tesis. Ella aceptó esta responsabilidad a pesar de que tenía una fuerte carga de trabajo, especialmente de tesis que debía leer, y

tuvo la gentileza de revisar mi texto de manera muy cumplida. Estoy muy agradecido con la doctora Lloyd pues esta tesis mejoró mucho gracias a sus sugerencias que yo me esmeré en satisfacer en todos los casos, pues a mi edad uno conoce mejor sus limitaciones y está más dispuesto a aprender.

Me resulta difícil darle las gracias debidamente al director de esta tesis, el doctor Álvaro Matute Aguirre, pues desde febrero de 1974, en que inicié los cursos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, él ha sido mi maestro más constante y el que mayor influjo ha tenido en mí. Tener como maestro a Álvaro Matute y estudiar su obra me ha permitido enlazarme con la tradición historiográfica de los maestros de don Álvaro, entre los cuales destacan Juan A. Ortega y Medina y Edmundo O'Gorman. Todos ellos han cultivado la historia de la historiografía y esta tesis debe considerarse en buena medida un resultado más de sus investigaciones. En los años recientes fue de gran utilidad para mí participar en el Seminario de Historiografía que dirige el doctor Matute, donde pude conocer y admirar la obra de los historicistas alemanes y de Benedetto Croce. Como se verá a lo largo de esta tesis, los escritos de Álvaro Matute son fundamentales para mi trabajo y le doy el debido crédito siempre que puedo; pero tengo fundadas sospechas de que es mucho más lo que tomo de él. Decía Riva Palacio: el que viene de un incendio huele a humo pero él no lo siente; así me sucede a mí: ya no sé distinguir si tal idea se la robé a mi maestro en el Seminario, si la tomé de una de sus publicaciones o si se la arrebaté en la conversación. Yo le pido al doctor Matute que disimule el que lo haya yo saqueado y declaro aquí que esta tesis, en lo que sí vale, es obra suya, pero me he visto precisado a firmarla yo para llevar el sustento a mi familia.

Debo a la maestra Leticia Algaba, la estudiosa de Riva Palacio, que gracias a su influencia pude ingresar en el Seminario de Crítica Literaria que dirige el doctor Jorge Ruedas de la Serna, en la propia Facultad de Filosofía y Letras. Aprender algo de literatura -que para mí fue mucho- ha sido de enorme utilidad para esta tesis, toda vez que Riva Palacio fue a un mismo tiempo literato e historiador. También me aportó una perspectiva más rica de nuestro siglo XIX y de quiénes escribían entonces la historia. Por añadidura Ruedas de la Serna hizo su doctorado con Antonio Candido, el célebre crítico brasileño, y nos aporta la rica tradición literaria de aquel país. Para colmo fue un gran lujo el que hiciera traer como profesores invitados del Seminario a Joao Alexandre Barbosa, a Marisa Lajolo, a Davi Arrigucci Jr. y a Antonio Arnoni Prado, eminentísimos maestros que no sólo saben la mar sino que tienen ese estilo de los brasileños, un poco echados para adelante, que tanto necesitamos en este mundo neocolonial.

En cuanto al contingente, cada vez más numeroso, de investigadores que ha publicado trabajos sobre Vicente Riva Palacio, y que estará siempre encabezado por doña Clementina Díaz y de Ovando, remito al interesado a la bibliografía donde encontrará la nómina completa de ellos. Es claro que sus trabajos me han sido de gran utilidad y a todos ellos quisiera expresarles mi gratitud. Sin embargo, como he tenido acceso al archivo particular de Vicente Riva Palacio, ésta será la fuente principal de este trabajo sumada, naturalmente, a los libros que publicó Riva y otros textos desconocidos que he hallado en su archivo. Sólo quisiera dar la despedida a Luis Mario Schneider, el compilador de la poesía completa de Riva, fallecido recientemente; el doctor Schneider seguirá viviendo en su obra y su conversación no se apagará nunca en el recuerdo de sus amigos.

Le agradezco cordialmente, y en forma muy especial, a don Fernando Tola de Habich el amigable interés que se tomó en que escribiera yo esta tesis; quienes hayan estado en la situación del tesista sabrán bien cuan importante es tener cerca a alguien que haga creer al candidato que alcanzará el éxito, pero que no se torne en una molesta imposición sino en una presión ligera, amigable, mas siempre constante.

Idéntica actitud fue la de mi padre, don Fernando, y la de mi hermana Leonor, quienes me apoyaron en todo momento. Y para terminar estos agradecimientos, escuetos pero sinceros, quisiera evocar la grata memoria del querido amigo de mi padre, don Edmundo O'Gorman, con quien compartí muchas rituales comidas y quien tuvo la gentileza de proporcionarme muchas buenas ideas para comprender mejor el México a través de los siglos.

A mi esposa Claudia, la joya de las Riva Palacio, y a mis hijos doña María y don José debo la alegría de vivir la cual, como todo el mundo sabe, es la llave de la sintaxis.

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

# INTRODUCCIÓN

Nos parece que el mayor significado que se puede obtener del estudio de la historia de la historiografía es reflexionar sobre el oficio del historiador, de ayer y hoy. Los trabajos realizados en este campo por Edmundo O'Gorman, Juan A. Ortega y Medina, Álvaro Matute, Carlos Pereyra, Guillermo Zermeño y Alfonso Mendiola por mencionar sólo a nuestros maestros directos, le han dado al campo de la historia de la historiografía una tercera dimensión, pues ha adquirido un relieve pleno de posibilidades. La filosofía, la historia, la lingüística, la antropología, la literatura y algo más han acudido a dar sentido a un oficio resbaladizo, que por principio se interesa en el cambio, la mutación, lo relativo, la contingencia, lo mismo que en la estabilidad y lo durable.

En historia, más que en otros campos, manejamos materiales y producimos textos fragmentarios. La incuria, el olvido y la voz estentórea del Estado nos dejan sólo trizas, huellas, vestigios. Pero esa nada que ha quedado en documentos y otros testimonios es de por sí un universo muy amplio, al punto que los grandes archivos miden sus acervos en kilómetros de estantería. Y luego viene el historiador y elige aquello que supone importante, pertinente, de interés actual o que puede ofrecer una nueva visión de algún aspecto social. Así, de manera no totalmente consciente, aquél construye -literalmente- su objeto de estudio y ya desde el primer diseño incluye una posible interpretación, cuando menos tentativa.

Incapaz de abarcarlo todo el historiador trata de hallar un fragmento significativo pero, al poner en valor la variada temática de la historia ocurre lo mismo que al considerar las diferentes formas de patriotismo, según la opinión conciliadora de Vicente

Riva Palacio: los diversos partidos políticos reflejan que ciertas personas piensan que por tales medios, mejor que por tales otros, se alcanzará la prosperidad pública, pero tanto unos como otros pueden ser auténticos patriotas. De este modo el poder explicativo de la historia política o la historia económica, al parecer, depende más de las habilidades del autor que del tema en sí. Es perfectamente legítimo defender las bondades del campo que se cultiva, pero no se debe llegar a descalificar a los demás.

Es claro, repetimos, que nuestro saber es fragmentario y que hacer de la muestra que estudiamos algo significativo depende más de la destreza del historiador, de la riqueza de conexiones y explicaciones que pueda construir, que de una escala de valores válida para cualquier tiempo y lugar. Nosotros hemos elegido como tema para esta tesis doctoral la obra historiográfica de Vicente Riva Palacio y, si bien no podríamos sostener que este tema sea más importante que otros, sí podemos explicar su pertinencia.

Vicente Riva Palacio formó parte del estrecho círculo de la élite (o mejor, la crema de la élite) que construyó el Estado[1] del siglo XIX mexicano. De buena familia, ocupó diversos cargos forenses, políticos y militares, pero además sabía expresarse, quiero decir que escribió mucho y de la mejor calidad que pueda hallarse aquí o en cualquier parte. El México a través de los siglos, su obra mayor, ha marcado hondamente

[1] A la vez el Estado en ciernes legitimaba las políticas de la élite. El Estado moderno -cuya ausencia tanto daño produjo al México decimonónico- se coloca necesariamente por encima de todas las demás instituciones de una sociedad y el desarrollo de su creciente poder va aparejado con la mengua del dominio de la Iglesia; este carácter monopólico fue tempranamente advertido y temido por los pensadores. Así Spencer se lamentaba: "Cada nueva reglamentación acarrea el nombramiento de nuevos funcionarios, un desarrollo mayor de la burocracia y el aumento de poder de los organismos administrativos." Véase Herbert Spencer, El individuo contra el Estado (traducción de A. Gómez Pinilla), F. Sempere y Compañía, editores, Valencia, [1884], p.63.

nuestra cultura y bien vale la pena conocer tanto como sea posible esos gruesos volúmenes que siguen formando parte activa de nuestra idea de México.

En cuanto al enfoque de este trabajo seguimos a O'Gorman y a los demás maestros antes citados, en los siguientes términos. Nuestra primera preocupación es que la tesis esté, por así decirlo, "en foco", es decir que el autor, la obra y la época sean realidades concretas, específicas del momento en cuestión y con vínculos concretos entre sí o, como decía O'Gorman (y también Riva Palacio) que estén iluminados con la luz que les es propia. Trataremos de lograr esto mediante una narración en la que relataremos lo que, a nuestro parecer, nos da una idea fidedigna de la época y de los actores, y cuidaremos tanto como nos sea posible no cometer anacronismos. Ya es hora de volver a relatar como sugería Ranke "lo que realmente pasó" (wie es eigentlich gewesen), jamás con la pretensión de perfecta exactitud o de magnificar el dato escueto para pretender que hable por sí, sino simplemente con el afán de buscar -hasta donde esto es posible- la verdad, y narrarla luego al lector con la mayor honradez. En todo caso el abuso que se ha hecho de una frase sacada fuera de su contexto (Ranke aludía a Walter Scott y a la historiografía romántica),[2] por quienes no simpatizaban con la historiografía alemana o quienes querían acabar con la historia de acontecimientos ha sido injusto con Ranke; se tomó una sola frase como blanco de sus dardos críticos y una idea vieja y honesta se

[2] Véase Hayden White, Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX (traducción de Stella Mastrangelo), Fondo de Cultura Económica, México, 1992, p. 161. Es interesante que otro pensador notable, Arthur Danto, también reivindique a Ranke cuyo único afán era acercarse a la verdad y no juzgar el pasado ni "[to] instruct the present for the benefit of future ages... (...) Ranke's characterization, whatever its vagueness, and whatever implausible readings of it may have been given by unsympathetic critics, is an admirable characterization of what historians seek to do." Wase Arthur C. Danto, Analytical Philosophy of History. Cambridge University Press, Cambridge, 1965, p. 139-140.

convirtió en una caricatura. Entre muchos otros escritores honrados que han coincidido con Ranke podemos citar el dicho de nuestro Francisco Javier Clavijero, quien en la introducción a su obra dice sencillamente: "Me he propuesto como principal objeto la verdad".[3] Sin desmedidas pretensiones y sin ingenuidades, nos proponemos interesarnos por la verdad, según lo manda una tradición milenaria. Lo que queremos decir exactamente es que nos afanaremos por buscar la verdad aunque la empresa sea difícil y el resultado sólo un logro parcial. Y no nos referimos aquí a los complejos problemas epistemológicos que giran en tomo al concepto de la verdad en una obra determinada. Hablamos solamente de nuestra disposición al iniciar este trabajo, decimos y refrendamos que la verdad (por más vago que sea el concepto que se utilice) es la principal marca de autenticidad del trabajo del historiador.

Como dos bolas de billar que chocan en un momento dado, el historiador y su objeto de estudio entran en contacto y se toman la foto del encuentro, pero cada uno trae consigo una energía cinética -digámoslo así- que, si no se toma en consideración, no se conocerá el resultado final del choque. Michel de Certeau, hasta donde nosotros sabemos, es quien ha estudiado mejor que nadie el crucial asunto de comprender el lugar del historiador que, en una tesis como esta, vale tanto para el sujeto como para el objeto de estudio. Esto viene a confirmar que el lugar que cada uno de nosotros habita no nos ofrece tanta libertad como a veces solemos creer. Nuestra posición con respecto al Estado es resultado de nuestros vínculos sociales concretos, que son como la fuerza de gravedad,

[3] Francisco Javier Clavijero, Historia antigua de México (edición y prólogo de Mariano Cuevas), Editorial Porrúa, México, 1958 (Colección de Escritores Mexicanos), t. 1, p. 7.

no la sentimos pero opera. Riva diría: el que viene de un incendio huele a humo, pero él no lo siente. Es decir que estamos realmente atados por nuestras relaciones sociales, por nuestra relación con el Estado[4].

Pero no se debe confundir el lugar social con una categoría mercadotécnica, de esas que ubican en clases muy precisas a los consumidores,[5] con resultados muy apreciados en el mercado. A diferencia de dichas categorías, es posible moverse de un lugar social a otro, pero sólo hasta cierto punto: del mismo modo en un velero podemos mover el timón, pero no cambiar la dirección del viento. En las sociedades modernas el Estado, suma y potencia de todas las demás instituciones, es el gran referente[6]. "La

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

[4]De acuerdo con Hegel "un Estado consiste en una máquina con un único muelle que imparte el movimiento a todo el resto de la infinita maquinaria: todas las instituciones que la naturaleza de una sociedad lleva consigo deben partir de la autoridad pública suprema por la cual deben ser reguladas, mandadas, vigiladas y dirigidas". Véase Georg Wilhein Friedrich Hegel, El concepto de Estado, Partido Revolucionario Institucional, México, 1988 (Materiales de Cultura y Divulgación Política Clásica, 33), p. 9. Por su parte Ortega y Gasset asevera: "La nave del Estado es una metáfora reinventada por la burguesía, que se sentía a sí misma oceánica, omnipotente y encinta de tormentas". (...) "En nuestro tiempo, el Estado ha llegado a ser una máquina formidable que funciona prodigiosamente, de una maravillosa eficiencia por la cantidad y precisión de sus medios. Plantada en medio de la sociedad, basta tocar un resorte para que actúen sus enormes palancas y operen fulminantes sobre cualquier trozo del cuerpo social". Véase José Ortega y Gasset, La rebelión de las masas, Revista de Occidente, Madrid, 1929, p. 196 y 199. Y Gramsci destaca la soberanía todopoderosa de la institución: "El Estado, en cuanto es la misma sociedad ordenada, es soberano. No puede tener límites jurídicos; no puede tener límites en los derechos públicos subjetivos, ni puede decirse que se autolimita. El derecho positivo no puede ser límite del Estado ya que puede ser modificado en cualquier momento por el Estado mismo en nombre de nuevas exigencias sociales". Véase Antonio Gramsci, La política y el Estado moderno, Premiá, Tlahuapan, Puebla, 1985 (La Red de Jonás).

[5] Target Marketing, Descripción cualitativa de los niveles socioeconómicos, documento interno, México, 1998. Agradecemos a la señora Beatriz Braniff el habernos proporcionado este documento.

[6] De acuerdo con Schiera: "En este sentido el Estado moderno europeo aparece como una forma de organización del poder históricamente determinada y, en cuanto tal, caracterizada por una filiación que la hace peculiar y diferente de otras formas también históricamente determinadas y, en su interior, homogéneas, de organizaciones del poder. El elemento central de tales diferenciaciones consiste, sin duda, en la progresiva centralización del poder por una instancia cada vez más amplia, que termina por comprender el ámbito entero de las relaciones políticas. De este proceso, basado a su vez en la afirmación concomitante del principio de la territorialidad de la obligación política y en la progresiva adquisición de la impersonalidad del mando político a través de la evolución del concepto de officium, surgen los rasgos esenciales de una nueva forma de organización política**:** el Estado moderno, precisamente. Véase Pierangelo Schiera, "Estado moderno", en Norberto Bobbio y Nicola Matteucci (directores), Diccionario de política (traducción de Raúl Crisafio, Alfonso García, Mariano Martín y Jorge Tula), Siglo Veintiuno Editores, México, 1988, t. 1, p. 626.

escritura de la historia dependerá principalmente del lugar social que ocupe el historiador con respecto al Estado. No se escribe lo mismo en Los Pinos que en Chiapas, pero aun aquí se está dentro de la órbita del Estado; no existe nadie fuera del Estado, si acaso la nada y, como ha dicho Beckett, "la nada no es decible".[7] De acuerdo con la doctrina de Michel de Certeau, la mejor opción del historiador es posicionarse en los márgenes del Estado (dado que es imposible salir de su esfera de influencia), allí es donde tendrá relativamente mayor libertad de pensamiento.[8] El Estado es tanto un imán que atrae y seduce, a la vez que cuenta con los medios de coerción para disciplinar a los desviantes. Por ello es preciso apuntar a los márgenes del Estado, pero no en calidad de marginales, sino intercambiando con la institución insumos y productos.

Naturalmente el Estado no es una máquina parlante que dicte a los historiadores lo que deben y lo que no deben escribir. El historiador tiene autonomía y ésta se incrementa en la medida que se aleja de las instituciones nucleares del Estado. Pensemos en el siguiente ejemplo: la Secretaría de la Defensa Nacional encarga al ciudadano Kane que escriba la historia de la guerrilla en México. Es claro que esa Secretaría no publicará

[7] Citado en Guillenno Sampeiro, "Diálogo nocturno", en El Financiero, México, julio 30 de 1998.
[8] Véase Michel de Certau, La escritura de la historia (traducción de Jorge López Moctezuma), Universidad Iberoamericana, México, p. 20-21.

cualquier cosa que escriba Kane, entre otros motivos por ser muy fuerte la tradición institucional del ejército mexicano, y el escritor comprende que lo principal es que las fuerzas armadas queden libres de cualquier acusación que la opinión pública o la sociedad civil pudiera elevar. Ahora pensemos en la novela de Carlos Montemayor, Guerra en el paraíso, en la cual se retrata de manera estética pero crudelísima la ordalía de Lucio Cabañas en la Sierra de Atoyac. Por principio de cuentas se trata de una novela histórica muy bien documentada, pero novela al fin y no puede juzgarse como una obra historiográfica propiamente dicha. Pero además Montemayor tuvo cuidado en no rebasar cierto límite: reconstruye (con su imaginación) supuestos diálogos entre el secretario de la Defensa y otros jefes a cargo de la lucha antiguerrillera, incluso menciona al presidente de la República pero a él no se atreve (con mucha razón) a hacerlo hablar, y es a través del subsecretario Gutiérrez Barrios, del secretario Moya Palencia y otros funcionarios que son personajes de la novela como el autor nos da a conocer la política del presidente. Al parecer Montemayor consideró más prudente (y nosotros lo felicitamos) dejar un nicho del Estado intocado: la presidencia de la República, recurso tanto más válido cuando que a nadie se le escapa en dónde residía la mayor responsabilidad.

Se nos dirá que son éstos casos extremos muy alejados de la práctica cotidiana del historiador y es cierto que en el aula o en el artículo para una revista especializada es posible hacer casi cualquier crítica pero ¿quién la recibe? Algunas decenas de personas y tampoco importaría que fueran muchas más. Esto lo ilustra el caso de la prensa escrita que publica barbaridades de todo tipo, pero que no llegan a ser leídas por más de cien mil

personas; además los periódicos están infestados de artículos pagados que compensan sobradamente los otros excesos. En cambio, en televisión, no cualquiera puede hablar, pues allí los auditorios son de millones de personas y sólo ciertos comunicadores, y sólo hasta cierto punto, ejercen una crítica impactante a veces en las imágenes pero en el fondo light.

La propuesta de Michel de Certeau no es disolvente ni invita a la rebelión, más bien es una estrategia para afinar los controles científicos en el análisis histórico. Los historiadores, desde hace siglos, han practicado la crítica de documentos y han valorado la autoridad del testigo según su cercanía a los hechos y según la información que podía recibir de otros de acuerdo a su calidad y situación social. Pasar de esto a la autocrítica del historiador fue un paso lógico y natural. Por eso es más científico pensar que nuestra ciencia no habita en una torre de marfil, sino en sociedades concretas y que es inevitable establecer vínculos con una amplia gama de instituciones que en su gran mayoría viven bajo la tutela del Estado. También es preciso ser maduros y no pensar al Estado -exclusivamente- como el big brother is watching you de Orwell, y me parece digna de reflexión esta frase de Héctor Aguilar Camín: "puede haber algo peor que los excesos del Estado: la falta del Estado"[9] y ofrece como ejemplo el caso de Yugoeslavia.

Nos han enseñado a trabajar directamente con las fuentes originales y a desconfiar de segundas y terceras ediciones, de ahí que nuestra fuente principal será la obra (publicada o inédita) de Riva, así como toda la documentación original de la época que fuimos capaces de manejar, que corresponde en su mayor parte a los archivos particulares de Vicente y Mariano Riva Palacio, que consultamos directamente en la Biblioteca

[9] La Jornada , México, octubre 10 de 1997.

Benson de la Universidad de Texas en Austin. Esta investigación, a diferencia de otras, no sufrió de escasez de información sino, acaso, de exceso. Es paradójico, pero muy cierto, que el historiador puede dedicar toda su vida a estudiar la de otro y quedarse corto.

Un aspecto importante para los fines de esta tesis es que la historia, en el siglo XIX, era una rama del vigoroso tronco literario, si bien con objetivos y leyes propias; de ahí que los autores del México a través de los siglos sean presentados como "reputados literatos". Es decir que la historiografía de aquella época buscaba ya convertirse en una ciencia, pero la secular tradición que ubicaba al historiador más cerca de la literatura de lo que ahora está, que entrará en crisis a finales de siglo con el positivismo de Spencer y Comte (el cual por cierto deja huella en el México...) no nos permite ignorar el carácter literario de esta obra, pues equivaldría a una falsificación. Es decir que nos interesa conocer en qué nos parecemos a aquella generación de historiadores, pero las diferencias también resultan interesantes.

En consecuencia en el capítulo primero titulado "Un país, una literatura" proponemos un marco para mejor comprender el México... Hemos preferido comentar una serie de ensayos del siglo XIX que nos parecen de especial significación, más que cubrir el expediente con una nómina de autores y obras que supuestamente hablarían de por sí. Algunos de los ensayos seleccionados son de tema literario pero desarrollado de tal modo que incluyen a la historiografía, lo cual nos sirve para restaurar el contexto verdadero de nuestra ciencia en los años que siguieron a la independencia de la nación. Los ensayos a que nos referiremos tienen en común el enfoque teórico explícito (con la posible excepción del texto de José María Luis Mora); es decir que no son monografías

de tal o cual época sino estudios sobre los fundamentos, las doctrinas y los escollos que enfrenta el literato historiador. Nos parece que el proceso historiográfico puede seguirse mejor, y en lo más fundamental, en estos ensayos de teoría que en las mil y una monografías de diversos temas historiográficos que se podrían traer a colación. Nuestro objetivo principal es comprender cómo se llegó al México a través de los siglos, de ahí que no tengan tanta importancia para esta tesis las divergentes versiones de la batalla del Monte de las Cruces con respecto al asunto toral de cómo se rompían la cabeza por comprender el proceso histórico, el ser de México.

Naturalmente la historiografía de asunto colonial -época que estudia Riva- lo mismo que las grandes historias generales que precedieron al México a través de los siglos, deben considerarse como puntos de referencia con los que dialoga Riva en su tomo sobre el virreinato. Pero sería ocioso repetir los buenos trabajos que sobre estos temas se han publicado en el proyecto de Historiografía Mexicana, iniciado por don Juan A. Ortega y Medina.[10]

En el capítulo segundo, titulado "Un hombre, un lugar social" resaltaremos los rasgos biográficos de Riva que, en opinión nuestra, pueden iluminar varios aspectos de su obra historiográfica, a la vez dibujaremos el ambiente en el cual estaba inmerso. Ciertamente esta tesis no es una biografía, pero es indispensable ubicar el lugar social de Riva con respecto a un Estado que se hallaba en un punto decisivo de su consolidación

[10] Todavía no se publica el volumen que se referirá a los autores del México a través de los siglos, pero dos volúmenes anteriores nos han sido de mucha utilidad: Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinadores generales), Historiografía mexicana, vol. III, Virginia Guedea (coordinadora), El surgimiento de la historiografía nacional y vol. IV, Antonia Pi-Suñer Llorens (coordinadora), En busca de un discurso integrador de la nación 1848-1884 Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de investigaciones Históricas, México, 1997 y 1996 respectivamente.

como tal. Nuestra versión de la biografía de Riva ya está en proceso de publicación.[11] Fue interesante seguir todo el trayecto vital, después de haber escrito nosotros mismos, con anterioridad, varios artículos y un libro sobre diversos aspectos de la obra rivapalatina, además de coordinar la edición de sus obras escogidas.[12] Confesamos que nuestra mayor dificultad fue escribir el final de la biografía y nos resistimos cuanto pudimos a matar al personaje, tal como debe hacerse con los toros de la mejor casta que reciben el beneficio del indulto. Y no se trataba de ese malsano apego que algunos tienen con tal o cual personaje, que los conduce a justificarlos hasta en las peores situaciones, y que no quieren que la película acabe nunca pues, si no, ¿de qué nos hablarán mañana? Nos sucedió lo contrario, queríamos un buen final, pero uno que nosotros eligiéramos, y esto no lo tolera el género biográfico: todas las vidas terminan en la muerte, es decir que el destino de todos nosotros por fuerza es trágico,[13] aunque unos pocos, como O'Gorman, saben vivir

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

[11] Se titula "Patria, tu ronca voz me repetía". Biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero**,** Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, (en prensa).

[12] El título de esta monografía es Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio (prólogo de Guillermo Zermeño), Universidad Iberoamericana / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1993. También son dignas de mención las Obras escogidas de Vicente Riva Palacio (coordinador de la obra José Ortiz Monasterio), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / Instituto Mexiquense de Cultura / Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1997-1998; ya se han publicado siete de los once volúmenes de la colección. También tuvimos la oportunidad de seleccionar y hacer un prólogo a una antología titulada Vicente Riva Palacio (selección y prólogo de José Ortiz Monasterio, bibliografía de Teresa Solórzano), Cal y Arena, México, 1998 (Los imprescindibles). Otros artículos y ediciones de documentos de tema rivapalatino que hemos publicado pueden consultarse en la bibliografía que aparece al final de esta tesis.

[13] En los tiempos de los creyentes la muerte era más fácil de aceptar pues era el tránsito a la otra vida, la vida eterna, pero desde que la historiografía no tiene por cierto nada que no sea enteramente natural la muerte resulta un poco definitiva.

con ironía. Y como el final de cualquier libro, el desenlace, es el que nos da la clave del sentido del relato percibíamos una contradicción entre el inevitable y trágico final, y todo lo leve, creativo y humorístico que Riva nos transmitía. Tuvimos entonces que separar al hombre de la obra; ésta sigue viva y actuante pero no el sujeto que la inventó. Del hombre quedan las huellas, los rastros de las anécdotas geniales, las salidas ingeniosas y uno que otro despropósito. Tuvo, como Cortés, vicios y virtudes y la balanza se inclina francamente por las segundas; tuvo, como Cuauhtémoc, su gloria y su heroísmo. Pero, hombre al fin, envejeció, decayó y murió. Fue así que como narradores tuvimos que matarlo pero, en el momento de abandonar la plaza, pedimos que se le diera arrastre lento, el público de pie, las palmas entre festivas y solemnes, y no faltaron los chistes, como en los velorios mexicanos.

La vida de la obra de Riva es otra. Siempre ha sido bien considerada, con sus altas y bajas, con más suerte unos libros que otros, pero la edición de sus Obras escogidas en once volúmenes (idea original de Alfonso de Maria y Campos) apunta a que buena parte de su obra estará disponible para los lectores del siglo XXI, en la agradable compañía de los Altamirano, los Prieto, los Payrio, y los Ramírez, sin olvidar a los Mora y a los De la Rosa. Como lo que perdura es la obra la biografía que nosotros hicimos de Riva siguió como hilo conductor su producción literaria, y dejamos en el segundo plano los aspectos políticos y militares; esto último es arqueología, pero con su obra todavía podemos dialogar.

Tal vez, como piensan algunos, las naciones son criaturas del Banco Mundial. Pero nosotros no descartamos la hipótesis -por momentos contrafactual- de que las sociedades pueden inventarse a sí mismas, sin que ello signifique cegarse ante las

realidades económicas, políticas y tecnológicas de nuestro tiempo.[14] Y si tal es el caso nuestro único arsenal es la tradición (inútil sería negar lo que somos y no todo es negativo). Pero de nada sirve la bibliografía, de nada las citas más o menos pertinentes, de nada los comentarios hagiográficos si no sacamos de alguna parte las agallas para innovar, para inventar los caminos que hoy no vemos siguiendo siempre el consejo de O'Gorman: "atrévete a equivocarte". En tanto que organizamos la colecta para sus monumentos, nuestros héroes culturales deben ser el trampolín que nos dé la confianza para enfrentar el siglo que viene. Los historiadores tenemos hoy un papel estratégico: dar una visión de larga duración del proceso mexicano. Hasta aquí los buenos deseos.

Como veremos en su momento el México... es en cierto sentido el libro más oficial que pudiera escribirse, baste decir que lo pagó el Ministerio de Guerra y que la idea original de la obra se le atribuye al presidente Manuel González. Por añadidura, Riva escribe su tramo en prisión, es decir que no sólo estaba ligado al Estado sino que cumplía el extraño oficio de narrar al Estado que lo había enviado al cautiverio. Se impone en consecuencia comprender el proceso que convirtió a Riva en historiador, para explicar debidamente esta paradoja. Pero no nos limitaremos a copiar la biografía que hemos escrito, antes citada, sino que trataremos con mayor amplitud que en ese libro ciertos momentos decisivos para la historiografía, por ejemplo, el episodio del archivo de la Inquisición.

Los capítulos tercero y cuarto: "Un escritor, una carrera literaria" corresponden, respectivamente, al análisis de las "Obras generales" y las "Obras de teoría" de Riva, con

[14] Véase sobre este punto Edmundo O'Gorman, México: el trauma de su historia, Universidad Nacional Autónoma de México / Coordinación de Humanidades, México,1977.

el objeto de reconstruir y explicar más fácilmente el proceso general de su obra y en particular el de otros trabajos en los cuales Riva construye su filosofía de la historia. En el capítulo tercero reconstruiremos la trayectoria de su obra literaria de todo género pero buscando siempre la clave, la insinuación y el lapsus que iluminen la obra historiográfica. No haremos reseñas completas sino calas aquí y allá de lo puramente literario, pero los trabajos historiográficos serán examinados sistemáticamente. Aquí nuestro principal propósito es mostrar que el México... que Riva dirigió y escribió tiene como antecedente por lo menos veinte años de reflexión seria sobre el pasado y el futuro de la nación. En este lapso hay continuidades, rupturas, novedades y sobre todo un afán constante por descubrir los secretos del arte histórico.

Es curioso: si Riva no hubiera escrito el tomo segundo del México... (y dirigido la obra en su conjunto) hoy se le tendría por historiador menor, más bien estaría en la nomina de los novelistas. A la vez no pudo haber escrito el México... (al menos ese México...) sin sus ensayos previos, por más que hoy se les ubique más cerca de la literatura que de la historia. Quizá en los dramas que escribió con Juan A. Mateos la historia sólo tiene un papel de ubicación temporal, de decorado de época, sin una plena conciencia del proceso histórico, aunque si está ahí la obsesión de Riva y de su siglo: la independencia. Sin embargo, en sus siete novelas históricas, que hemos estudiado en trabajos previos, la idea de un proceso es ya bien visible, por ejemplo cuando alude al mestizaje y al surgimiento de una raza nueva, o bien cuando ve en todos los motines y tumultos la cifra de la independencia; hay un proceso, no sólo como sucesión necesaria

de épocas sino también como diálogo entre el presente y el pasado: comprender al otro, al pasado, para inventar la identidad del mexicano actual.

Además, como Riva tenía en su poder el archivo de la Inquisición desde 1861, tuvo ese trato continuado con las fuentes que es indispensable al historiador. Por ejemplo, tener en las manos un edicto inquisitorial, escrito con letra procesal encadenada del siglo XVII (absolutamente indescifrable para el lego), muestra con toda claridad la diferencia, la alteridad del pasado, y en una sola hoja de papel se advierte la dificultad no sólo de hacer legible el documento, sino de hacer inteligible el pasado.[15]

Riva también escribió crónica histórica, ensayos de asunto histórico y otros textos similares que habían permanecido inéditos. Como veremos en el capítulo cuarto algunos de ellos son muy fuertes en doctrina y teoría, otros fueron escritos con más prisa y pasión política. En conjunto todos estos precedentes nos dan muchas claves para descifrar el México... y dan fe de que su autor reflexionó durante décadas sobre México y su historia, a la vez que buscó darle sentido con un arsenal teórico y metodológico muy particular y bien dotado. A reserva de lo que lleguen a encontrar futuros investigadores, Riva fue el historiador mexicano del siglo XIX que más páginas escribió en tomo a la teoría de la historia, con muy buena calidad y con una notable originalidad.

En el capítulo quinto: "Una fábrica de historia" analizaremos la génesis del proyecto y la realización del México a través de los siglos, la primera fábrica de historia

[15] Sin duda Riva contó con la ayuda de paleógrafos pues tenía con qué pagarlos, a la vez que las disputas por la tierra y los títulos muy antiguos que de ella hay en este país han hecho necesarios siempre a estos especialistas. Por cierto, según el testimonio de Juan de Dios Peza: **"**Riva Palacio ha tenido siempre la costumbre de dictar sus creaciones..."; cit. en Memorias, reliquias y retratos para la "gaveta íntima", Editorial Porrúa, México, 1990 (Sepan Cuantos, 594).

mexicana. Como hemos dicho al parecer la idea surge del presidente González y no se puede descartar la posibilidad de que haya tenido, como veremos, un fin político *Trataremos también de explicar cómo la idea original de González de escribir una historia* de la guerra de Intervención, vino a convertirse en el México... Todo el proyecto fue pagado por el Ministerio de Guerra y Marina y en el archivo de esta institución -parecía una suposición lógica- esperábamos hallar todo un caudal de documentación relativa al magno proyecto. En el actual Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa pudimos consultar el expediente personal de Riva, pero es sólo un legajo. Al parecer buena parte de la documentación que se reunió para ser utilizada en el México a través de los siglos se encuentra hoy día en el Archivo General de la Nación, concretamente en el fondo Segundo Imperio constituido principalmente por los documentos de la secretaría particular del archiduque Maximiliano. No obstante la documentación más abundante y rica relativa al México... la habríamos de encontrar en el archivo particular de Riva; esta información fue bastante para seguir, a modo, el proyecto historiográfico que nos interesaba.

Resulta difícil apreciar hoy día el esfuerzo que significó la publicación del México a través de los siglos. La energía que desplegó Riva, la desmedida ambición de su hazaña, simplemente no tienen punto de comparación. Otros grandes proyectos fueron el México: su evolución social y la más reciente Historia moderna de México. En el primero, si bien las páginas de Justo Sierra se cuentan entre lo mejor de nuestra prosa histórica (y no me refiero sólo al estilo), la estructura de la obra no alcanza una perfecta unidad; eso sin contar el racismo y la cercanía con el régimen de Díaz, que distorsiona -para el lector actual- la lectura. El caso de don Daniel Cosío Villegas es distinto pues

gracias a su inteligencia, y gracias también a una mayor distancia en el tiempo que le dio la clave, es decir que conocía de antemano el desenlace, pudo explicar de manera más cabal un período (1867-1910) algo mayor a cuarenta años y empleó en ello casi dos décadas. Es significativo que se ocupe del período que siguió inmediatamente al punto en que se queda el México..., cuya realización tomó -de principio a fin- sólo ocho años. Pero nos parece ocioso, y sobre todo injusto, darle la precedencia al México... sobre las otras obras citadas, pues cada una ocupa un lugar propio, cada una enriquece nuestra tradición historiográfica y todas ellas son superiores a lo que hemos leído últimamente.

En cuanto a las historias generales de México de las últimas décadas son algo muy distinto. La muy útil pero carente de notas e ilustraciones de El Colegio de México, en sus dos volúmenes actuales, resulta mucho menos ambiciosa. La de la editorial Salvat también tiene poco texto y alcanza una decena de esmirriados volúmenes a fuerza de muchas ilustraciones en color que son más ruido que nueces, en el sentido de que los avances de la técnica fotográfica y tipográfica hacen fácil lo que hace cien años era muy arduo pues cada ilustración debía dibujarse y luego convertirse en grabado por obra de la mano humana; además la historia de Salvat es realmente una colección de monografías escritas por muchos autores, como O'Gorman que escribe el capítulo de la Inquisición, que resultan incomparables con el esfuerzo de los autores del México a través de los siglos.

Nos parece, en consecuencia, que el México... puede seguir haciendo valer lo que ostenta en la portadilla: "obra única en su género". Y no pretendemos decir que no se haya publicado algo mejor, sino que nadie más ha sido capaz de alcanzar un prestigio paralelo -en toda la sociedad-; una posible excepción podría ser Enrique Krauze, pero

habrá que esperar para ver si la celebridad (un anzuelo del Estado) no devora al historiador. Los académicos ven muchas limitaciones en el México..., pero lo seguimos consultando y todo hogar mexicano que se respete, de clase media baja para arriba, tiene la obra para consultas escolares,[16] pero también como icono; se halla siempre en ese sitio entre la tele y la video al que pomposamente se le llama "la biblioteca". Es difícil de creer y fácil de comprobar que el México... todavía se vende en librerías, queremos decir que se sigue imprimiendo y son tantas las ediciones que es difícil contarlas y no dudamos que sea por razones fiscales que los editores actuales se abstienen de incluir el colofón y, otras veces, hasta la fecha de publicación, aunque este defecto proviene de la edición princeps. Otros libros de historia que siguen siendo muy populares son la Breve historia de México de don José Vasconcelos "que de 1935 a la fecha ha alcanzado un enorme número de ediciones y reimpresiones"[17]; y también la Historia verdadera de la conquista de México de Bernal Díaz, pero no es lo mismo vender un tomo relativamente breve, como es el caso de las obras de Bernal Díaz y Vasconcelos, que los monumentales volúmenes del México.... con lo cual tratamos de dar una idea del notable éxito de la obra dirigida por Riva sin mengua del favor que del público han recibido otros libros notables.

Estudiar la génesis del México... debe damos algo más que meros antecedentes. Tal vez podamos descubrir ahí claves útiles para distinguir el lugar social desde donde se escribió la obra y también señales de la sociedad que lo produjo. ¿Por qué se publicó el

[16] Esta es una generalización que no parte de una encuesta debidamente formulada, pero nosotros mismos hemos visto el México... en una casucha de dos habitaciones en el Cerro de la Estrella y también en una casa levantada con muy pobres materiales en la calle de Calvario en Tlalpan, ambas en el Distrito Federal.

[17] Según informa Álvaro Matute en su estudio introductorio al célebre libro de Justo Sierra, La evolución política del pueblo mexicano, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1993 (Cien de México), p. 15.

México... precisamente en ese momento? ¿Cuáles fueron las relaciones de Riva con Ballescá, el editor, y con Espasa, el impresor? ¿Quién tuvo a su cargo las ilustraciones y cómo se conseguían? Y ¿en qué términos fueron contratados los autores? En su momento intentaremos responder a estas preguntas, pero podemos adelantar que Ballescá fue el editor en toda la extensión de la palabra, es decir que no sólo se encargó de contratar a la casa Espasa de Barcelona para imprimir la obra sino que cuidó la presentación de los originales, coordinó la revisión de nombres propios y fechas, a la vez que vigiló muy de cerca todo lo relativo a las ilustraciones.

El proyecto se inició en 1881 y la obra se publicó por "entregas" (hoy diríamos fascículos) entre 1884 y 1889. Parece un lapso considerable pero no lo es tanto para cerca de 5,000 páginas de gran formato, tamaño folio, que fácilmente sumarán 20,000 cuartillas.

En el capítulo sexto: "Los otros tomos y autores del México a través de los siglos" trataremos de dar una visión general de la obra en su conjunto y de todos sus autores. Aquí es importante aclarar que nuestro objeto de estudio, digamos mejor nuestro personaje, es Riva, el director de la obra,[18] pues la estructura, la división en períodos y, en fin, la interpretación global es obra suya. Ver en detalle cada tomo y cada autor no necesariamente nos acercaría a una mayor inteligibilidad. La curiosidad es característica inseparable del historiador, pero querer saber todo de todo sólo produce eruditos que

[18] "Director", se te llamó entonces, y tal vez este término sea un poco más fuerte que "coordinador", pero está en desuso.

jamás concluyen sus proyectos, pues siempre les falta este dato Y aquel documento. En todo caso es imperativo acotar un tema manejable.

Nosotros sólo buscaremos los rasgos más característicos, los fragmentos significativos y, sobre todo, la trabazón del conjunto, pero dejando a cada autor su personalidad propia.

De acuerdo con los conocimientos actuales el tomo primero del México..., escrito por don Alfredo Chavero, es sin duda el más débil. Como se verá, Riva estaba perfectamente consciente de que a la hora de las interpretaciones "Chaverito" desplegaba una imaginación que rayaba en el delirio. Hoy es claro que un Orozco y Berra resultó mucho más atinado, pero creemos que en aquel momento no había seguridad al respecto, de modo tal que la línea de investigación más "científica" de Orozco bien pudo considerarse entonces tan conjetural como las interpretaciones de otros autores; el paradigma que hoy nos es familiar apenas estaba construyéndose. Este punto es muy digno de consideración.

En el tomo de Chavero también habrá que tener en cuenta, junto con el indio arqueológico, al de carne y hueso que formaba hace cien años una porción considerable de la población. Surge aquí un conflicto: por un lado es clara la intención de rescatar la historia indígena para construir una identidad propia, distinta a la de cualquier otro pueblo; pero, por otro lado, es evidente que desde los tiempos de la independencia se venía aplicando una política modernizadora a la cual pudieron integrarse Juárez y Altamirano, indios ilustres, pero que fue destructiva para muchas instituciones indígenas, desde las procesiones hasta la tenencia de la tierra. Por ello nos parece pertinente preguntamos: ¿qué significa este conflicto en términos de la escritura de la historia? Es

decir ¿cómo da cuenta Chavero de la antigua grandeza mexicana con respecto a la abyección en la que había caído la raza indígena?

El tomo segundo, el de Riva, dedicado al virreinato, será analizado en detalle por ello le dedicamos todo el capítulo séptimo.

Don Julio Zárate es el autor del tomo tercero, que se refiere a la guerra de independencia. El era, de los autores del México... el menos conocido y el que menos había publicado. Lo que más llama la atención de este tomo es que, por así decirlo, la guerra de independencia está "sobrerrepresentada". Sí, porque dedicar un tomo cercano a las mil páginas a un período de once años pudiera parecer excesivo. Pero cuidado con juzgar esto como una "equivocación"; precisamente esta desviación nos da una clave importante para entender aquel pensamiento histórico.

De hecho, el tomo final, el quinto, escrito por José María Vigil y dedicado a la Reforma y la Intervención francesa (llamada entonces segunda guerra de independencia), bien puede sumarse al tomo tercero para apreciar que cerca del 40 % del México... está dedicado al asunto principal por antonomasia de la independencia; como ya hemos señalado, la obra culmina con el triunfo de la República sobre el imperio de Maximiliano en 1867. El mayor escollo que encontramos en relación a esto fue recorrer la distancia que nos separa de aquella época, para entender la independencia no simplemente como la fiesta del 15 de septiembre, sino como el bien máximo -unido por necesidad al sistema republicano- que el siglo XIX legó a la posteridad en estas tierras. Los mexicanos de entonces tenían, acaso, un abuelo insurgente y tal vez una cicatriz como recuerdo de la guerra de Intervención. Para ellos la independencia era inseparable del "ser de México", que en muchos momentos pareció que no llegaría a ser, aunque ahora miremos la

independencia como una especie de “don gratuito”, propio de la naturaleza de las cosas, para usar la expresión del viejo Quesnay.

El tomo cuarto, dedicado al primer medio siglo de vida independiente y escrito en su mayor parte (debido al fallecimiento de Juan de Dios Arias) por Enrique de Olavarría y Ferrari, nos parece que bien pudo ser el más difícil de resolver en términos de composición. Decimos esto porque si la independencia era ese bien inmenso que toda la obra pregona ¿cómo explicar que le siguieran cinco décadas de caos en todos los órdenes? ¿Por qué dilató tanto el Estado en aparecer, queremos decir como entidad duradera? Sobre estos puntos tendremos que investigar y reflexionar. También será ineludible examinar hasta qué punto es el México... la versión de un partido. A primera vista esta obra es un ejemplo clásico de que la historia la escriben los vencedores, pero hay que tener cuidado porque eran ellos historiadores de calibre y no meros panfletarios. Además el paso del tiempo permitía cierta generosidad, nos referimos a que en 1881 era clarísimo que el partido conservador había sido completamente derrotado, en términos de la pugna por el poder. Ya no era precisa, pues, tanta beligerancia y era más bien un momento de conciliación, siempre y cuando quedaran a salvo los principios más elementales del liberalismo mexicano.

En el capítulo séptimo: “El tomo de Vicente Riva Palacio, segundo del México a través de los siglos” analizaremos el volumen que está dedicado al virreinato de la Nueva España. Nuestra crítica partirá del concepto de Auerbach según el cual un libro no es un monumento estático, sino un proceso dinámico en tres etapas: contexto, texto y lectura. Fuera de su contexto histórico y social se puede falsificar el sentido o los sentidos de un libro. Sin lectores el libro no pasa de ser un objeto de papel; el libro como unidad

lingüística y de sentido sólo es, en la medida que es leído. Auerbach recomienda además que se debe poner el énfasis en el texto, como si éste fuera el cuerpo principal de un avión, y el contexto y la lectura las alas que lo sostienen.[19] El célebre crítico argumenta que en el texto está todo, pues de hecho incluye al contexto y a las lecturas posibles. Este enfoque de sobrerrepresentar al texto tuvo en los orígenes de la historiografía científica (la diplomática y la filología del siglo XVII) a sus probables fundadores, de modo que estamos en terreno historiográfico firme. Sin embargo el historiador, es una de sus principales características, debe estar siempre atento a lo social, a procesos sociales que se desarrollan en el tiempo. Pero no debemos olvidar que el historiador no trabaja directamente con los procesos sociales, sino con los testimonios que éstos han dejado en documentos, monumentos, monedas, etcétera; de ahí la gran trascendencia de la crítica diplomática y la filológica. Es normal proceder deductivamente, de lo social hacia el texto; pero, cuidado, es preciso demostrar que esas deducciones aparecen objetivamente en el texto o no pasarán de simples generalidades. Por ello los mejores autores recomiendan un camino de ida y vuelta, un diálogo entre el contexto (lo social) y el texto (lo particular). Ahora que, si algo debiera aportar cualquier investigación sería mostrar cómo esa investigación particular enriquece las interpretaciones más generales de la historia. Es por ello preciso cultivar un espíritu crítico que cuestione, con un sano juicio, las interpretaciones existentes, especialmente aquellas en donde el contexto lo es todo y

[19] Nosotros no ahondaremos tanto en el análisis de la recepción, que bien pudiera formar una monografía independiente si se realiza cabalmente. Pero no dejaremos de mencionar las principales lecturas que se han hecho del México... para enriquecer nuestro trabajo con una multiplicidad de miradas. Véase Erich Auerbach, Mimesis: la representación de la realidad en la literatura occidental (traducción de I. Villanueva y E. Imaz), Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

nuestros objetos de estudio (sean libros, personas o movimientos sociales), simplemente son ajustados, de gana o por fuerza, en un marco que explica todo de antemano. Es decir que, dados tales y cuales elementos de la realidad política, económica y social, de ellos algunos deducen -mecánicamente- todos los fenómenos, de tal modo que todo está explicado desde un principio y la investigación lo único que aporta es una cubetada más de material empírico para la explicación estándar. Por ese motivo Hayden White critica con mucha razón las explicaciones contextualistas a ultranza, que realmente no conducen a ninguna parte; y es también por eso que, en última instancia, el texto debe imperar.

Es claro que cuando Auerbach recomienda privilegiar el texto mismo, como intentamos hacerlo nosotros con el tomo de Riva, ya conoce muy bien el contexto y las principales lecturas que se han hecho del texto en cuestión. Y esto no es ser tramposo sino que prueba que es preciso considerar todo el proceso literario,[20] pero el meollo del asunto es que cualquier lectura o cualquier elemento del contexto que se traiga a colación debe ser comprobado, repetimos, en el texto mismo; aquí no valen las vagas conexiones causales. En suma, un texto historiográfico no debe ser explicado con valores extrahistoriográficos.

Como es debido analizaremos la heurística, la hermenéutica, la arquitectura y la composición del tomo segundo del México... También nos interesa descubrir quiénes son los interlocutores del autor, qué podemos decir del público al que se dirige y, también, a qué autores combate y a cuáles defiende. Otro aspecto importante es comprender a Riva como lector y crítico documental ¿cómo arregla e interpreta la masa de testimonios?

[20] Otra técnica que recomienda Auerbach es la de seleccionar fragmentos clave, lo cual simplifica la demostración y la exposición, pero la selección del fragmento él la hace después de tener un conocimiento cabal del contexto, el texto y la recepción.

Nos interesa comprender lo que Riva dice, pero también lo que calla. Por ejemplo ¿por qué ignora la aparición de la Virgen de Guadalupe? ¿No debió mencionar el acontecimiento, así fuera como reflejo de una mentalidad supersticiosa? Tentativamente atisbamos que aquellos liberales tomaban completamente en serio la idea de la supremacía del Estado, al punto de que estaban dispuestos a perder el privilegio enorme con que la Virgen señaló a este país, pues "no hizo tanto por ninguna otra nación", todo en aras de un Estado laico moderno.

El asunto central de este capítulo séptimo será descubrir la teoría de la historia y idea de México que construye Riva, una versión mestiza de nuestra historia que propone una reconciliación de los encontrados elementos que formaron a la nación, es decir nuestras dos raíces, la indígena y la española, (y habría que agregar, por nuestra parte, una pizca o algo más de negritud). Nos parece que aquí Riva se guía por una visión cargada de futuro, pues en su época la distancia del indio con respecto al criollo que lucía sus galas en la calle de Plateros era, en términos de apariencia exterior, más visible que ahora. Hoy la mayoría de la población es mestiza, en efecto, pero la distancia que separa a un tojolabal de un ejecutivo de alto nivel es abismal, ya no tanto en la apariencia exterior sino en lo económico y social. Entre el totopo y el microchip el Estado no, ha podido incorporar al mundo moderno a más de la mitad de la población, formada por mexicanos

muy pobres; de la población actual, aun exagerando nuestro optimismo, sólo un 10 % entrará realmente al siglo XXI.[21]

En las conclusiones de este trabajo haremos un balance final, pero no será a manera de "nuevas verdades irreprochables", sino un repaso de los puntos principales de nuestra narración y de los elementos fundamentales de nuestro análisis. Sí, la narración tiene un principio, un desarrollo y un final pero, a diferencia digamos de un ensayo sociológico, su esencia no son las conclusiones, sino la composición del conjunto, de la narrativa toda. En efecto, el desenlace tiene mucha importancia, pero no como síntesis, sino como clave para la interpretación del conjunto del relato. Todo esto lo explica muy bien Hayden White, pero no nos tienta hacer un estudio a su modo pues, a nuestro entender, descubrir que el México... está tramado como romance -la apoteosis final es muy obvia- demuestra sobre todo que, en efecto, la historiografía tiene su ciencia pero no deja de conservar un estatuto literario. Aunque siempre admiraremos las agallas de White.

Evidentemente la estrategia narrativa no es la única posible ni la más recomendable para todos los casos en los estudios históricos. Nosotros la elegimos pues nos interesa dirigimos a todos los colegas, y no a unos cuantos iniciados, para lo cual nos conviene continuar la tradición milenaria de escribir en un lenguaje llano, a la vez que consideramos que nuestra ciencia es ciencia, y algo más.

[21] En el análisis mercadológico de la firma Target Marketing, ya citado, el sector de la población mexicana considerado "alto", que incluye los niveles "A" y "B" constituye sólo el 6 % de la población y sus ingresos netos mensuales son de $ 4 800 dólares y superiores. El sector más bajo, que incluye los niveles "D plus", "D" y "E", reúne al 61 % de la población nacional y sus ingresos mensuales netos son de $ 640 dólares como máximo.

Una nota final. En la bibliografía presentaremos una guía para el estudio de Riva palacio con el afán de reconocer nuestra deuda con los muchos autores que, encabezados por doña Clementina Díaz y de Ovando, nos han servido para comprender nuestro objeto de estudio. El carácter artesanal de nuestra labor cotidiana, único camino al esmerado resultado ("requinte" diría Marisa Lajolo), hace lento el proceso; de ello ha resultado una larga convivencia con Riva y si no nos hemos aburrido es porque el personaje es verdaderamente estratégico (ciertamente no el único). Él ilustra una gran variedad de aspectos de nuestro siglo XIX. Pero nosotros desearíamos llegar a algo más abstracto y general, que la simple conclusión de que el México... es una obra de gran importancia en nuestra historiografía. Ya atisbamos algunos elementos que nos conducen a otro tipo de lectura del siglo XIX mexicano, pero no es oportuno este momento para despegarnos de nuestro objeto de estudio.

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

# CAPÍTULO I: UN PAIS, UNA LITERATURA

## Lorenzo de Zavala (1788-1836) y su Objeto, plan y distribución del estudio de la historia.

El valor supremo de la independencia fue la libertad que se alcanzó al separarse México del imperio español. Sin embargo el otro lado de la moneda fue la orfandad en que quedó la nación al romperse un pacto social multisecular. Las nuevas instituciones tardaron mucho en imponerse, lo mismo que las viejas en desaparecer, y el período 1821-1867 fue a dura, costosa y lenta transición.[1]

Esta orfandad tiene muchas expresiones, especialmente en la literatura, pero también las hallamos en la historiografía. Tal el ensayo Objeto, plan y distribución del estudio de la historia, firmado por Lorenzo de Zavala y publicado por entregas en el periódico El Águila Mexicana a partir del 7 de octubre de 1824. En realidad se trata de un plagio descarado, desenmascarado por don Juan A. Ortega y Medina, de las Lecons d'histoire del conde de Volney, un ilustrado francés de segunda fila. Además de la audacia el plagio nos llama la atención que, siendo un texto tan erudito, nadie pusiera en tela de juicio la paternidad del mismo, ni siquiera un Lucas Alamán (en aquel momento ministro de Relaciones Interiores y Exteriores). En cualquier caso el plagio obedece posiblemente a la necesidad de llenar un vacío en la reflexión sobre la historia; es decir que se trajo de fuera lo que no había aquí.

Zavala fue un hombre moderno. Criollo nacido en tierra de indios, Yucatán, se incorpora a la lucha por la independencia y va a parar a la prisión de San Juan de Ulúa. Allí aprende por su cuenta, con libros que se le proporcionan, medicina al tiempo que inglés. Regresa a Yucatán como galeno y luego es enviado a las Cortes españolas. Después de la

[1] En la esfera económica el viraje no llegaría sino hasta 1880, aproximadamente. Véase Ciro Cardoso (coordinador), México en el siglo XIX (1821-1910). Historia económica y de la estructura social, Editorial Nueva Imagen, México, 1980.

independencia es diputado y más tarde gobernador del Estado de México, masón yorkino por supuesto. Viaja a los Estados Unidos, remonta el Mississippi y conoce esa modernidad. Culmina su carrera política como colono y primer vicepresidente de la entonces República de Texas; murió en 1836 pero nos inclinamos a conjeturar que habría estado a favor de la anexión de Texas a los Estados Unidos. Su verdadera patria fue la modernidad y no su nativo Tecoh.

No deja de ser curioso que los estudios sobre la moderna teoría de la historia mexicana hayan iniciado con el plagio, con la falsificación que hace Zavala de Volney. Podemos tomar esto como un indicador del vacío (de la orfandad) que hubo en este campo durante las primeras dos o tres décadas del México independiente. Bustamante parece ser el historiador más activo en estos años, pero no produjo textos de teoría, de hecho no será sino hasta el año de 1844 en que se publicará un texto de teoría de la historia (en este mismo año Alamán comienza a publicar sus Disertaciones). Tal vez tuvo mucho que ver en esto la expulsión de los jesuitas en 1767, que cortó de tajo la tradición del insigne veracruzano Francisco Xavier Clavijero; la expulsión y luego la independencia se convirtieron en una ruptura con la tradición anterior. Sin embargo, es paradójico que la cultura de la Nueva España no fuera aprovechada como sustento y trampolín, pues era sin duda la más brillante del continente, y sólo autores excepcionales como Alamán reivindicaron la historia y la cultura coloniales. A la larga, por ejemplo en la obra de Riva, resurge el interés por recuperar la historia y la cultura de la Nueva España. Pero en las primeras décadas de vida independiente el asunto vital era instaurar un Estado independiente y la literatura -escrita por buen número de políticos- tenderá cada vez más a una postura nacionalista, que se expresaba casi siempre dándole la espalda a la Colonia (tal el Méjico y sus revoluciones (1836) del doctor Mora, que enseguida comentaremos).

No debemos detenernos demasiado en el texto de Volney, no tanto porque sea de mano extranjera sino porque no corresponde a la historia mexicana, es decir que sus

reflexiones atañen a otros escenarios y en ningún sentido están motivados por la propia historia de México; no es éste su objeto de estudio.

Pero para fijar algunos rasgos de Volney-Zavala diremos que se alimenta rectamente de los clásicos de la Antigüedad, por ejemplo cuando enumera las cualidades que atribuía Luciano al buen historiador. También se cuestiona ya la posibilidad de que la historia sea una ciencia, si bien Volney se inclina por la negativa: "Insisto, pues, en la idea de considerar la historia, no como una ciencia, porque este nombre sólo me parece que debe aplicarse a conocimientos demostrables, tales como las matemáticas, la física, la geografía; . o como un arte sistemático de cálculos puramente probables como el de la medicina..."[2]

En suma, podemos decir que lo primero que se advierte al estudiar la teoría de la historia del siglo XIX es precisamente la carencia de pensamiento teórico, lo cual obliga a Lorenzo de Zavala a lucir ajenas galas. No carecía este autor de talento propio y originalidad, como lo demuestran dos libros suyos: Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 a 1830 (1831-1832) y Viaje a los Estados Unidos del Norte de América (1834). Sin embargo, de la cultura ilustrada del siglo XVIII a los textos de los años cuarenta del XIX hay todo un proceso que sería preciso estudiar y, tentativamente, nos inclinamos a la hipótesis de que hallaremos muchas continuidades, a pesar de que el Estado moderno alimente la idea de que antes de Hidalgo no hubo nada, como si el prócer no hubiera tenido ni padre ni madre, ni escuelas ni lecturas todas ellas novohispanas. Todo esto daría materia a otro trabajo; quede aquí planteado como problema.

José María Luis Mora (1794-1850) y su Méjico y sus revoluciones[3]

[2] Conde de Volney (seudo Lorenzo de Zavala), "Objeto, plan y distribución del estudio de la historia", en Juan A. Ortega y Medina, Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia, México, Instituto de Investigaciones Históricas / Universidad Nacional Autónoma de México, 1970, p. 61-62.

[3] Librería de Rosa, París, 1836. Nosotros utilizaremos la edición reciente de las Obras completas de Mora realizada por Lillian Briseño Senosiain, Laura Solares Robles y Laura Suárez de la Torre.

Notable en grado extremo fue la vida y la obra del padre Mora, doctor en teología. Fue político, periodista y autor de una historia cargada de intenciones prospectivas, pues en ella se estudia el pasado para comprender la nueva era republicana es decir como guía hacia el porvenir. Combatió a Iturbide y a su imperio, a la vez que se convertía en uno de los más conspicuos masones "escoceses" y descollaba entre la primera generación de liberales cuya historia a condensado, a través del estudio de las ideas, Charles Hale en su libro El liberalismo mexicano en la época de Moral.[4] Como autor de la Constitución del Estado de México, de la Ley de Hacienda, la de Ayuntamientos y otras importantes Mora se muestra como fundador de las instituciones nacionales. Desde nuestra época resulta difícil comprender la orfandad, discúlpesenos la insistencia, en que se halló el país al terminarse el vínculo colonial, pues hoy contamos con una compleja red de instituciones que sirven de mediadoras entre los afanes individuales o colectivos y el Estado; en aquella época todo estaba por hacerse. Mora entendió la orfandad del país en el sentido de que desde el instante la nación tendría que valerse por sus propios medios, a la vez que su tenaz esfuerzo para comprender el ser de México lo llevó a formar una idea y un proyecto nacional que, si no se había cumplido al término de su vida, en buena medida sirvió de faro y fue realizado por la generación de la Reforma. Mora fue un precursor a fuerza de inteligencia pero, aun más que eso, lo fue en razón directa de las agallas de que hizo gala para pensar por sí mismo, lo que equivale a practicar la crítica de las ideas de los otros, por más que fueran todo un Alexander Von Humboldt. Y como pensador original el doctor tiene muchas lecciones que ofrecer; por ejemplo, si se saca de Méjico y sus revoluciones todo lo político, económico y

[4] El liberalismo mexicano en la época de Mora, 1821-1853 (traducción de Sergio Fernández Bravo y Francisco González Aramburu), Siglo Veintiuno Editores, México, 1982.

social -según reza la clasificación en uso- todavía queda un material considerable que no es morralla como algunos pudieran creer. En nuestra opinión este variado material revela una compresión global -enciclopédica, se diría entonces- de la sociedad mexicana, que intenta formular ideas y doctrinas a partir de la experiencia, antes que aplicar modelos abstractos refabricados.

Pequeños detalles, rasgos sutiles y gestos leves a menudo son más reveladores que lo que destaca en forma principal. Así, en el comienzo de la obra que comentamos el doctor Mora considera pertinente especificar la ortografía que adoptará y dice, entre otras cosas: "De la x jamás se hará uso antes de consonante y siempre será sustituida por s, en medio de dicción se usará de ella para la pronunciación de cs pero no en la de sc y jamás se usará de ella para la pronunciación fuerte de j.[5] Esto explica que Mora escriba Méjico y República Mejicana, del mismo modo que Lucas Alamán, pero no debe verse en esto un rasgo "hispanista". Nos parece que lo más importante es constatar que, en una época en que las reglas ortográficas no estaban bien establecidas, Mora tiene el gesto fundacional de establecer un orden en las letras, en la grafía, en la lengua. Se observa aquí la carencia, la laguna que debe ser colmada y Mora se apresura a hacerlo.

En los primeros dos capítulos Mora describe la geografía del país así como el estado de la minería, y de la industria y el comercio, respectivamente. El capítulo tercero, muy interesante, se refiere a la población y comienza por una descripción de conjunto:

> La población de Méjico, como la de todos los pueblos del Universo, no es otra cosa que el resultado de una mezcla complicadísima

[5] José María Luis Mora, Obras completas (volumen 4). Obra histórica I. México y sus revoluciones (investigación, recopilación y notas de Briseño Senosiain, Solares Robles y Suárez de la Torre), Instituto Mora / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994.

> de naciones que por diversas razones e imprevistas circunstancias han venido de puntos muy distantes a morar juntos sobre la superficie del territorio mejicano. Sus principales elementos han sido los habitantes del antiguo imperio mejicano, los conquistadores españoles que los vencieron y subyugaron y los negros conducidos de África para los trabajos más fuertes de las minas y el cultivo de la tierra.[6]

Mora estima que la población indígena tuvo su origen en la raza "mongolesa" del Asia y que desde la conquista española ha sufrido la esclavitud:

> [Los indios] fueron no sólo vencidos y subyugados por los españoles, sino también reducidos en los primeros años de la Conquista a la más dura esclavitud a pesar de la humanidad que reina en las leyes dictadas para regirlos, que no fueron puestas en práctica sino algunos años después y que carecían de garantía por la distancia a que debían ejecutarse.[7]

Y si bien Mora expresa cierta simpatía hacia el indio con su mentalidad ilustrada reconoce, como se repetirá a lo largo del siglo XIX, que esta raza -excepción hecha de algunas individualidades- era un obstáculo para la fundación de una nación moderna, a la vez que comete grave anacronismo al aseverar que después de 300 años de dominación española la población indígena no varió en nada:

> Tenazmente adicto a sus opiniones, usos y costumbres, jamás se consigue hacerlo variar; y esta inflexible terquedad es un obstáculo insuperable a los progresos que podría hacer: lo mismo han sido hasta la Independencia los mejicanos que los del tiempo de Moctezuma, sus vestidos, alimentos y hasta sus ritos y ceremonias se hallaban en absoluta conformidad con los de aquella época; y si el trato bárbaro y opresivo que recibieron primero de sus antiguos sultanes y después de los conquistadores no hubiera existido, el indio no sería el mismo que es ahora y habría en su carácter muy grandes diferencias.[8]

[6] Ibid., p. 56. Mora todavía toma en cuenta el elemento negro que en el transcurso del tiempo será cada vez menos atendido y se llegará a reducir el mestizaje a la mezcla de indios y españoles. Seguimos la edición arriba citada, con excepción del uso de la x para la palabra Méjico y sus derivadas para no contrariar la voluntad expresa del autor; esto además nos sirve para ubicar en su propia época el texto.
[7] Ibid., p. 57-58.
[8] Ibid., p. 59.

Los pueblos, nos dice Mora, son moldeados por sus instituciones ("lo puede todo la educación"); por ello la mirada desprejuiciada del indio debía reconocer que en su antigüedad aquellos "sultanes" imperaban con gobiernos despóticos. Como veremos Riva se expresará treinta años después en términos similares: dirá que los conquistadores favorecieron al progreso al echar abajo a las monarquías indígenas. Por otro lado Mora deplora la apología a ultranza que hacen del indio quienes proponen "un sistema puramente indio":

> En que ellos lo fuesen exclusivamente todo; este proyecto irrealizable en todos los tiempos lo es mucho más en la situación actual de la República, en que la fuerza, la opinión, los conocimientos, los puestos públicos y la riqueza, está todo en poder y a disposición de los blancos...[9]

Se nos ocurre preguntarnos si la "terquedad" del indio y todos sus demás defectos provienen del hecho de ser indio o simplemente son producto de siglos de marginación. Pero aun si optamos por esta última posibilidad (que Mora tal vez no compartiría sino que señalaría los atavismos de la raza indígena) el hecho era que a principios del XIX la mitad de la población de México era blanca y la otra mitad "de color"; y más allá del color de la piel existía una cultura tradicional indígena que había hallado un nicho en el sistema colonial español, que le daba a veces un tratamiento tutelar propio de infantes (criticará Mora) pero también, con mucha frecuencia, lo hacía víctima de abusos y violencias indecibles. Entre las muchas peculiaridades del doctor Mora hay una singularísima y es el juicio que hace de las habilidades literarias de los indios:

> El indio carece por lo común de imaginación aun cuando ha llegado a adquirir cierto grado de cultura; su expresión ya sea de palabra o

[9] Ibid., p. 61.

> por escrito es muy árida y descarnada: no se advierte en sus producciones aquella abundancia y vivacidad de imágenes, aquel ornato y colorido que embellece todos los objetos dando atractivos reales y positivos aun a las cosas más triviales: ni aun las metáforas más comunes que sin sentirlo se escapan bajo la pluma a cualquier escritor, engalanan las producciones del indígena, de aquí es su estilo desaliñado, inculto y concentrado en las arideces de un raciocinio pujado [sic], es por lo común poco agradable.[10]

No serían los indios, según Mora, los literatos, los historiadores del México independiente; y tuvo razón (salvo contadísimas excepciones). Y si Mora habla del ángulo facial de ciertas razas es por su afán de ser ilustrado (hoy diríamos científico) pero no por un espíritu de discriminación. Por más que fueran razones históricas y sociales, y no genéticas, las que dejaban fuera al indio del proyecto de un México moderno, el hecho es que en efecto no tenía cabida en él, salvo como mano de obra barata. Y es por eso que Mora se lamenta de que los beneficios de la nueva civilización, por ejemplo la libertad de imprenta, los indígenas no sabrían ni podrían aprovechar.

Mora reconoce que con el advenimiento de los borbones al trono de España se dio gran impulso a la prosperidad y a la instrucción nacional y brillaron los "trabajos científicos de Velásquez, Garna, Alzate, y los literarios de Uribe, Cerrato y Bravo que tanto honor hacen a la literatura mexicana".[11] Y cuando se consigue la independencia este impulso ilustrado se fortalece y se difunde, a tal punto que tener libros llega a ser una "manía":

> La importación frecuente de libros y la manía o moda de tenerlos y estudiarlos es siempre creciente en la República. Por personas que han visitado recientemente las otras secciones de América sabemos que en ellas hay más bibliotecas públicas que en México; pero todos los que han residido en esta República convienen en que en ninguna de las otras hay tantas colecciones de libros; a pesar de la asombrosa importación que se ha hecho de este artículo de comercio y de estar enteramente libre de

[10] Ibid., p. 63.
[11] Ibid., p. 72.

> derecho, ningún efecto se ha mantenido constantemente en tan alto precio. Esta observación que es justa y se halla apoyada en datos seguros, prueba de un modo evidente que la demanda mexicana es muy superior en este artículo a todos os otros.[12]

La multiplicación de impresos mexicanos de la todo orden, lo mismo que la importación de libros, es producto de la libertad de imprenta decretada en 1812 por las Cortes de Cádiz y afectó de manera directa a los historiadores. Todos los mecanismos que en la sociedad colonial velaban por la ortodoxia de lo que daba a luz la imprenta, y especialmente la Inquisición, ceden el paso a un liberalismo incipiente que provocará la multiplicación de los periódicos en todo el país, de las hojas sueltas, los folletos y los libros; cierto, diversos gobiernos restringieron la libertad de imprenta ya fuera por ley o por fuerza, pero la prensa libre llega a imponerse en una medida considerable, por más que la mayoría de los caudillos fueran intolerantes con la prensa política de oposición, pero jamás en el grado que lo había sido el Tribunal de la Fe.

En su análisis sociológico de los mexicanos Mora distingue tres tipos: los eclesiásticos, los militares y los paisanos. No viene al caso que repitamos nosotros lo que mejor ha dicho el doctor Mora, bastará con señalar que el autor hace severa crítica de los militares y del círculo vicioso de los cuartelazos, mas con el clero es igualmente severo y lo considera en plena decadencia:

> ... Las impresiones de un pueblo en favor de ciertas clases de las cuales ha recibido servicios importantes, tarde y difícilmente se borran; ellas se transmiten de generación en generación y subsisten aun después de haber faltado aquello a que debieron su existencia, siendo necesarios muy poderosos motivos para que cesen.
>
> Así ha sucedido con el clero mexicano, su influjo muy útil al principio, empezó a dejar de serlo luego que variaron las circunstancias,

[12] Ibid., p. 74.

> es decir luego que el gobierno de las colonias empezó a adquirir alguna regularidad; entonces comenzó a ser perjudicial, pues no teniendo ya el objeto noble que lo había creado, se quiso ejercer sin necesidad, fuera de propósito, y sólo para lisonjear el orgullo de los que se creían con derecho para disfrutarlo: en este estado fue ya un mal político de los más graves, y el gobierno civil se vio en la necesidad de contrariarlo para que no fuese una rémora de sus providencias ni entorpeciese su acción; mas como obraba en su favor la opinión del público y la posesión que es el título más popular y reconocido de todos se mantuvo a pesar de las providencias dictadas para hacerlo desaparecer, no fue decayendo sino por pasos muy lentos y de un modo casi insensible, hasta que la revolución mental que se ha obrado de cincuenta años a esta parte, lo redujo al estado en que actualmente se halla.[13]

Hoy día se reconoce sin dificultad que el clero se resistió por todos los medios a la reforma que para Mora era ya una necesidad, pero quizá hemos echado en el olvido es "revolución mental" a que se refiere el padre. Tal o cual periódico político o literario nos parece hoy poca cosa, pero entonces significaba, como dicen, la mar, especialmente si se considera en globo el fenómeno de la instrucción, la multiplicación de imprentas y editores, la franca mejoría de los espectáculos teatrales, la aparición de géneros tan revolucionarios como la novela, etcétera.[14] En el mismo sentido la importancia que da Mora a la etiqueta y las costumbres para algunos sólo servirá para reconstruir la vida cotidiana de aquella época; para nosotros son estos signos importantes de esa "revolución mental" de la cual la independencia fue el catalizador. Aun desde el destierro en París Mora utiliza como estrategia narrativa un optimismo difícil de valorar, pues de un lado fue profético al dibujar la República federal que tolerará la libertad de cultos, pero Méjico y sus revoluciones en su afán de divulgar "la buena nueva" -léase el liberalismo derivado de la Ilustración- anticipa una victoria que tardaría varias décadas en llegar y no da cuenta debida del poder muy

[13] Ibid., p. 97.
[14] Véase ibid., p. 101-103.

considerable de sus adversarios clericales, por más decadentes que los dibuje. Podemos entender ese optimismo contrafactual de Mora y otros escritores de su generación, pero para ello es preciso pensar esta época bajo su luz propia, que todavía tenía el recuerdo de la relativa prosperidad de la Nueva España y que, entre otras cosas, ignoraba que se perdería la mitad del territorio como resultado de la guerra contra los Estados Unidos. Cuando escribe Mora, en 1836, todavía se tenían buenos motivos para ponderar el espléndido potencial de la República, pero la tan anhelada modernización enfrentó todos los obstáculos que pudieran imaginarse y Mora y el vicepresidente Valentín Gómez Farías no fueron propiamente reformadores, sino precursores y la culpa de ello no fue suya sino del siglo.

Con todo Méjico y sus revoluciones es una obra de notable valor historiográfico y también de gran valor práctico; por ejemplo el detenido análisis de las instituciones coloniales,[15] que ocupa buena parte del tomo primero, es perfecto preámbulo para estudiar la Constitución de 1824. El segundo tomo de la obra, dedicado enteramente a la época colonial, se concentra en los diversos motines que en la época de Mora querían verse como antecedentes de la independencia y era esto, al parecer, lo esencial que podía rescatarse entonces de la dominación española (en lo cual coincidirá con Guillermo Prieto y también con el Riva de las novelas coloniales, como veremos más adelante). Llama la atención en Mora que en su historia no se ocupe de los indios antiguos. Al parecer el mundo prehispánico no formaba propiamente parte de la historia de México y, por otro lado, el período colonial no estaba muy bien asimilado, era un pasado demasiado inmediato y a sus ojos fundamentalmente negativo. Vemos aquí la estrategia de darle la espalda al pasado, que se observa con frecuencia cuando el regreso al pasado todavía se estima posible por

[15] Véase ibid., p. 124-197.

algún partido; el principal escollo de negar el pasado consiste en que las naciones y los pueblos no se hacen a partir de la nada, de cero, sino precisamente, en la raigambre de su historia concreta. En cuanto al aparato crítico brilla por su ausencia y salvo alguna mención de Campomanes, de Humboldt y otros más nada nos dice el autor de sus lecturas; en aquella época en que todo había que inventarlo el momento de la invención de las notas a pie de página apenas se iniciaba y era preciso confiar en que el escritor no distorsionaría las fuentes a favor de sus inclinaciones, cosa que las notas no remedian salvo como mecanismo de verificación para los expertos.

Mora practicaba, sin saberlo, aquella fórmula acuñada por don Jesús Reyes Heroles: historia y acción, donde el conocimiento del pasado estaba muy lejos de la frívola curiosidad de los anticuarios; no, la historia debía servir de guía para el porvenir y su principal función era la de proporcionar los elementos para mejorar la sociedad. Sin embargo, a nuestro parecer, Reyes Heroles se propuso incorporar a la práctica política de su tiempo el liberalismo en su sentido más positivo, pues para él el pasado era fuente de valores y tradición;[16] Mora, en cambio, renegó del pasado colonial que es para él un referente negativo, excepción hecha de algunas de las reformas ordenadas por la dinastía de los Borbones. Por otro lado el afán pragmático condujo también a que Méjico y sus revoluciones tuviera cierto carácter "presentista", es decir que para el autor el pasado es un dato que se debe tener en cuenta, pero la "revolución mental" surgida de la Ilustración convertía a la suya en una época enteramente nueva, inédita y cuyo mayor sentido estaba más en el porvenir que en el pasado. Para ilustrar este punto mencionemos, en contraste, la

> Obra de Clavijero,[17] que tiene mayor profundidad histórica y mejor instinto al reconocer que este país tenía que dar cuenta de su pasado indígena no sólo por razones historiográficas sino para formar una identidad reconocible, auténtica y -añadiríamos nosotros- independiente.

---

[16] Jesús Reyes Heroles, El liberalismo mexicano, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Derecho, México, 1957-1961, 3 vols.

[17] Mora seguramente conoció la obra de Clavijero, si no la edición princeps (Storia Antica del Messico, Georgio Bisiani, Cesena, 1780), tal vez alguna de las ediciones en inglés de 1787 o 1806; parece indudable que conociera la traducción al español del original toscano realizada por José Joaquín de Mora: Historia antigua de México: sacada de los mejores historiadores españoles, y de los manuscritos, y de las pinturas antiguas de los indios, por Francisco Saviero Clavigero, R. Ackerman, Londres-México, 1826, 2 vols. Además de ésta hay otras ediciones en español publicadas en 1844, 1853, 1861-1862, 1868 y 1883, por mencionar sólo las del siglo XIX.

Historia y acción es un lema que va con Mora y también con Riva, pues ambos cultivaron la historia y fueron actores políticos de considerable relieve, pero hay entre ellos varias divergencias que deben atribuirse a la diferencia de época pues, por un lado, Mora no recibió más estipendio que cierto número de ejemplares por escribir Méjico y sus revoluciones[18] y uno de los tomos no llegó a publicarse, en tanto que Riva contó con todo el apoyo oficial, un equipo de colaboradores y sobre todo tuvo la ventaja de saber que el clero en efecto llegó a perder su antiguo poder y que la República triunfó en Querétaro en 1867. Mora lo más que pudo hacer fue partir de la premisa de que tal cosa sucedería, pero en su época esto era todavía una ficción, una quimera o, si se prefiere, una hipótesis. Pero es incuestionable que Mora abrió el camino y marcó la huella para la historiografía liberal y admira todo lo que hizo para llenar el vacío que dejó la independencia en el ámbito

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

[18] Véanse las condiciones que pactó Mora con los editores para la publicación de esta obra en José María Luis Mora, op. Cit., vol. 4, p. 289-293.

hacendario, político, institucional, legislativo e historiográfico, que como obra de un solo hombre resulta verdaderamente notable.

Teoría literaria y teoría de la historia (1844)

En este apartado quisiéramos contrastar el México a través de los siglos de Vicente Riva Palacio con cuatro artículos relativos a la teoría literaria mexicana y a la preceptiva que datan de 1844. Los autores de estos textos son José María Lafragua, Francisco Ortega, Guillermo Prieto y Luis de la Rosa, y fueron publicados en las revistas que en aquella época reunían a los hombres de letras más destacados.[19] Nuestro objetivo básico es restaurar la ubicación que en el siglo XIX tenía la historiografía en el conjunto del saber, pues de ahí se derivan serias implicaciones.

En primer lugar notamos que, en efecto, la historia es considerada como una rama de la literatura. Francisco Ortega inicia su ensayo "Sobre el porvenir de la literatura",[20] con estas palabras:

> En ninguna de las épocas del mundo civilizado se ha cultivado la literatura con más generalidad que en la presente. La historia, la biografía, la crítica, la novela, la poesía dramática, la lírica, todos los ramos de las bellas letras se enriquecen diariamente de una manera asombrosa.[21]

Por su parte Luis de la Rosa abre así su discurso sobre la "Utilidad de la literatura en México":[22]

> Señores: Uno de los estudios más amenos y deliciosos para nuestra alma, es el de la literatura, ú comprendemos bajo esta denominación los idiomas, la oratoria, la poesía, todos los escritos inspirados por la imaginación o que son la expresión de un sentimiento, la historia y todos los ramos anexos a ella.[23]

[19] Estos trabajos se pueden consultar en el importante libro de Jorge Ruedas de la Serna (coordinador), La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX, Universidad Nacional Autónoma de México / Coordinación de Humanidades, México, 1997 (Ida y vuelta al siglo XIX).

[20] Francisco Ortega, "Sobre el porvenir de la literatura", Discurso leído en el Ateneo Mexicano el 23 de abril de 1844, en El Ateneo Mexicano, vol. IV, 1844, p. 109-112.

[21] Ibid., p. 109.

[22] Luis de la Rosa, "Utilidad de la literatura en México", en El Ateneo Mexicano, vol. IV, 1844, p. 205-211.

[23] Ibid., p. 205.

Resulta muy interesante un señalamiento de Lafragua en su discurso "Carácter y objeto de la literatura"[24] en el que enfatiza el fin moral de la literatura, mediante el artificio de contrastarla con la escritura de la historia, a la cual sí le corresponde apegarse estrictamente a la verdad, a su parecer sin moralizar:

> la literatura no es la historia. Refiera ésta en buena hora los acontecimientos tales como hayan sido; pero guárdese mucho aquella de acabar de corromper el corazón al expresar el pensamiento de la sociedad. Pinte a ésta sin exagerarla; forme un cuadro de las costumbres para mejorarlas; y por entre los recuerdos de lo pasado y los ejemplos de lo presente deje columbrar al hombre una esperanza de felicidad para el porvenir.[25]

Como puede verse aquella generación no confundía a la historiografía con la literatura de ficción de ficción; la búsqueda de la verdad en la historiografía no era algo secundario sino un asunto toral. Pero aun así quedaba comprendida dentro de la Literatura con mayúsculas. Con todo, esta contradicción no debe soslayarse; y quizá su resolución sólo pueda hallarse investigando cómo cada autor hizo frente a este problema.

Por otro lado referir "los acontecimientos tales como hayan sido" no era una tarea sencilla. En el mismo año de 1844 comenzaron a publicarse las Disertaciones sobre la historia de la República Megicana de Lucas Alamán, uno de los muy escasos trabajos dedicados a la dominación colonial en esta época; pensamos que Alamán era hombre de mucha inteligencia y probidad que intentó de veras narrar "los acontecimientos tal como hayan sido". Pero su versión no fue satisfactoria para amplios sectores; se traen a colación siempre sus inclinaciones ideológicas (conservadoras), pero además de esto deben considerarse las dificultades propiamente literarias (especialmente de composición), que presentaba el escribir un libro sobre el gobierno español en México. El problema básico consistía en que la principal justificación de la independencia era que había puesto final al

[24] José María Lafragua, "Carácter y objeto de la literatura", en El Ateneo Mexicano vol. I, 1844, p, 1-5.
[25] Ibíd., p. 5. El concepto de este autor sobre la literatura es problemático porque aquí la deslinda de la historiografía, pero antes ha dicho que la literatura es "la expresión moral del pensamiento de la sociedad" y que "cubre con sus protectoras alas a todas las ciencias y a todas las artes".

"despotismo" vivido en tiempos coloniales. Esto ponía un "estigma" (como veremos mas adelante que dirá Guillermo Prieto) en el régimen colonial que conducía a dos posturas insostenibles: la de desacreditar en forma absoluta a la Colonia, como hizo Bustamante en su edición, notas y suplemento a Los tres siglos de México del padre Cavo, que conducía a una visión distorsionada que no era creíble (esta postura se llamaría indigenista); o bien la de tomar la defensa de la obra colonizadora de España en México, como hizo Alamán en sus Disertaciones, lo cual terminaba por negar el valor de la independencia, que en tales términos resultaba absurda, y hacía estéril el trabajo de los últimos treinta años, esta postura era igualmente insostenible (y se llamaría colonialista). Para efectos de composición (y por supuesto de interpretación) faltaba a ambas estrategias un dato fundamental: que a futuro la república triunfaría; es decir que les faltaba conocer el final de la historia.

Quisiéramos ahora examinar el que debe considerarse como problema central para estos autores, a saber, el de si en 1844 existía una literatura que ya pudiera llamarse propiamente mexicana. Para no ser prolijos nos concentraremos en la opinión de Guillermo Prieto, plasmada en "Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana".[26] De los tiempos prehispánicos no se ocupa. De la colonia dice que nuestra sociedad no era "sino una fracción degradada de la de los descendientes de Pelayo".[27] Y no habiendo libertad de pensamiento, ni "pueblo" no podía haber literatura. Lo único que puede elogiar de aquella "sociedad soñolienta y monástica, conjunto peregrino de señores y siervos"[28] es la diligencia de muchos sabios cronistas que "salvó del naufragio del olvido el recuerdo de un pueblo que podía competir en civilización."[29]

[26] Guillermo Prieto, "Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana", en El Museo Mexicano, vol. IV, 1844, p. 354-360.
[27] Ibid., p. 354.
[28] Ibid., p. 354.
[29] Ibid., p. 355.

Prieto señala que vino después la influencia nefasta del gongorismo (en el XIX el o era equivalente del mal gusto, de lo bárbaro, como lo refrenda Riva[30]), pero el problema principal consistía en que "el poeta no tenía misión, carecía de sociedad a quien dirigirse; por mejor decir, la sociedad en que existía no tenía vida propia."[31] En consecuencia, no pudo nacer entonces una literatura porque: "Faltaba al canto del bardo, espontaneidad, independencia, no había inspiración, era eco de otra sociedad gastada...".[32] Este sentido de "misión", es decir que el literato debe contribuir al engrandecimiento y civilización de la patria es característico del romanticismo mexicano y lo distingue del europeo. No bastaba que una composición fuera bella, era preciso que fuera útil; esta es una estrategia que la Ilustración divulgó, pero está ya presente en Horacio.

Más adelante Prieto anota que los temas nacionales presentaban para el escritor colonial (y podría agregarse que en gran medida también para el escritor del siglo XIX) varias dificultades de orden político, otras de composición y otras más que iban contra el gusto de los lectores:

> referirse a los indios era expuesto, porque su historia carecía de prestigio, sus personajes habían caído en la abyección, y la depravación y el cálculo habían en un tiempo hasta puesto en duda la racionalidad de estos seres desgraciados. La historia de la conquista era en extremo monótona, y tal cual episodio de que pudiera haberse sacado partido, eran precisamente tentativas de libertad, que su reproducción se hubiera visto como un crimen.[33]

A nosotros nos llama especialmente la atención la idea de que la historia colonial fuera "en extremo monótona". Aunque aquí es preciso recordar que en el siglo XIX se escribía una historia esencialmente política y, según la expresión francesa, "evénementielle". Por eso Riva en su tomo sobre el virreinato repetirá lo mismo:

---

[30] "Acúsase de culteranismo a los poetas mexicanos del siglo XVII; realmente puede ser fundado ese juicio, y natural que la poesía se extraviara así, llegando de la corte el ejemplo." Véase VRP, México a través de los siglos, Espasa y Compañía, editores, 1884-1889, t. II, p. 742.

[31] Prieto, "Algunos desordenados apuntes...", loc. cit., p. 355.
[32] Ibid., p. 355.
[33] Ibid.

> Vanamente se buscarán en la historia de los tres siglos que abraza el período de la dominación española en México, esos grandes acontecimientos que perpetua resonancia dejan en el mundo; inútilmente querrán encontrarse allí esas luchas apasionadas de los partidos políticos o religiosos; esa efervescencia de los ánimos, tan fecunda en deslumbrantes rasgos de virtudes o de valor, que caracterizan en las épocas críticas de los pueblos las grandes convulsiones de la madurez y la virilidad.
>
> Periodo tranquilo de crecimiento interrumpido apenas por tumultos locales y sin, consecuencias, o por invasiones piráticas en las costas que no tenían más resultado que el saco o destrucción de algún puerto, la vida de la colonia se deslizaba sin ruido y sin brillo. Las noticias de la corte que una o dos veces al año llegaban con las flotas, las funciones religiosas, los actos literarios de la Universidad y algunas veces las ejecuciones de justicia o los autos de fe, eran los acontecimientos que turbaban la monotonía de aquella existencia.[34]

Otro punto en el que coinciden Prieto y Riva (lo mismo que el doctor Mora, ya citado) es que, para narrar el período colonial, había que sacar partido de las "tentativas de libertad". En efecto, las seis novelas coloniales de Riva Palacio tienen como telón de fondo algún episodio relacionado con los afanes de levantar la tierra contra el dominio español: por ejemplo, el tumulto de 1624, la presencia en México de "el Tapado", la soñada revolución del irlandés Lampart, etcétera. Y en el México a través de los siglos estos episodios tienen también un papel preponderante. Estas interpretaciones parecen funcionar con la idea de fondo de que la "Providencia" tenía desde siempre el plan de que México fuera independiente y libre; en términos científicos el procedimiento no es válido, pero tenía a su favor que encajaba muy bien en la mentalidad de los lectores del siglo XIX.

En verdad, hoy es fácil decirlo, es injusto el juicio de Prieto sobre la época colonial. En cuanto a las ciencias, dice: "las controversias científicas se reducían a vergonzosos desahogos de pasiones de colegios"[35]; y en cuanto a las letras: "Todos eran pastores que cuidaban borreguitos pintos, que se veían sus rostros en las fuentes, que escribían en los árboles sus partidas de bautismo."[36] Era el rechazo a todo lo español. Y es que en la medida que había todavía en el país un partido monarquista, los liberales parecían

[34] VRP, México.... loc. Cit., t. II p. XII.
[35] Prieto, "Algunos desordenados apuntes...", loc. cit., p. 355.
[36] Ibid., p. 356.

considerar preciso realizar una tarea de zapa de los fundamentos, de las instituciones y de "supuestos" logros del virreinato de la Nueva España.

Vino después -dice Prieto- la guerra de Independencia y el triunfo que parecía propicio para la poesía heroica pero entonces:

> las agitaciones políticas levantaron en un oleaje un trono, y los que a él se acercaban, se tornaban pigmeos y sin prestigio; se degradaron los hermosos tipos de la independencia; su cercanía a nosotros los hacía despreciables, los veíamos con sus aspiraciones, con sus debilidades de hombres, y la luz sobrenatural que los circuia en el combate, se disipaba, se convertía en fría realidad, y la imaginación desencantada, hubiera ridiculizado o creído aduladores, los vehementes raptos del poeta.[37]

Desprestigiados los indios, estigmatizados los conquistadores, degradados los héroes de la Independencia, el poeta no tenía a quien cantar y por ello -según Prieto-1821 no fue momento oportuno para el surgimiento de una literatura nacional. Era preciso primero que se aclimataran las literaturas de otros países, que se conocieran los nuevos preceptistas de la poética y la estética. Luego surgieron en México los periódicos literarios y brilló la inspiración de (Prieto menciona sólo algunos) Tagle, Heredia, Ortega, José María Lacunza, Calderón, Couto, Carpio, Pesado, Olaguibel, Quintana Roo y por fin, en 1836, surge la Academia de Letrán cuyo principal objetivo era "procurar esa nueva era de una literatura del país."[38] Prieto termina haciendo honor a los fundadores: Juan y José María Lacunza, Manuel Tossiat Ferrer y Guillermo Prieto, que por extensión serían también los dadores de la literatura nacional.

La opinión de los otros autores que comentamos sobre la existencia de una literatura nacional propiamente dicha es variada. Lafragua parece coincidir con Prieto: "acabamos de nacer; la literatura mexicana está, pues, en la cuna."[39] De la Rosa piensa que

---

[37] Ibid., p. 358.

[38] Ibid., p. 360. La visión histórica del pasado literario en nuestro país que presenta Prieto es muy similar a la que ofrece De la Rosa, en su obra citada "Utilidad de la literatura en México"; véanse en especial las pp. 210-211.

[39] Lafragua, "Carácter y objeto de la literatura", loc. cit., p. 5.

aun no se ha formado, pero que señala su formación es urgente.[40] Ortega, de un modo vago, le augura un porvenir espléndido a la literatura en general.[41]

En cuanto a reflexión sobre la historia propiamente dicha y la manera de escribirla, es Luis de la Rosa quien más abarca. Pero no pensemos en la historia que se escribe hoy; en lugar de eso intentemos comprender la historia que a mediados del siglo XIX se creía necesaria. Dice Rosa:

> Nadie negará la utilidad de la historia, nadie desconocerá que, para escribirla se necesita un gran fondo de filosofía, una vasta instrucción, una erudición selecta, y una imaginación viva y ardiente.[42]

Pero cuidado también con el lenguaje de la época, porque entonces, al menos en este contexto, la palabra "filosofía" significaba algo bien distinto. Sigue diciendo Rosa:

> Sin filosofía, es decir, sin el conocimiento del corazón humano, sin el estudio de sus instintos y pasiones, la historia es una relación cansada y fastidiosa, que no tiene interés alguno, porque el lector no sabe qué moralidad pueda sacar de los hechos que tan áridamente se refieren.[43]

Aquí interesa sobre todo destacar el papel de moralización que se le atribuye a la historia, lo mismo, según vimos antes, que a la literatura en general. De nuevo tenemos aquí la idea de que el escritor, en este caso de historia, tiene una misión moral que cumplir en la sociedad; no se trata únicamente de un trabajo "científico". Por otro lado tiene mucha razón Rosa cuando dice que se necesita experiencia en el mundo y conocimiento del ser humano para historiar, así dicen los anglosajones: "History is an old man's sport".

Por otra parte Rosa le pide al historiador una vasta instrucción que incluya el conocimiento de la geografía, la historia natural, la astronomía, "algunas nociones de ciencias exactas, la estadística, la legislación, las opiniones y sistemas religiosos", sin faltar, por supuesto, la cronología.

---

[40] De la Rosa, "Utilidad de la literatura en México", loc. cit., p. 210.
[41] Ortega, "Sobre el porvenir de la literatura", loc. cit., p. 112.
[42] De la Rosa, "Utilidad de la literatura en México", loc. cit., p. 209.
[43] Ibid., p. 209-210. Subrayado nuestro.

Mas todos estos conocimientos no sirven de nada si el historiador carece de luces: "Pero sin crítica, sin luces para discernir la verdad o la falsedad de los hechos, la historia no puede ser más que una fábula o una novela".[44]

En cuanto a las fuentes a que debe acudir el historiador son necesarias: "la mitología del país, sus fábulas, sus tradiciones, sus crónicas, las más importantes memorias la época, la bibliografía, las obras de los historiadores que le han precedido, y la crítica que se ha hecho de estas obras."[45] Y a esto habría que añadir los idiomas del país, su literatura y las biografías de sus personajes célebres.

Todo esto suena a lugar común, pero en este punto Rosa hace énfasis en el carácter literario de la historiografía (al contrario de Lafragua que, lo hemos dicho, opta por subrayar el contraste del discurso literario con el historiográfico), al señalar la importancia que el historiador conmueva los corazones, es decir los sentimientos. Creemos que vale la pena citar completo un párrafo interesante:

> Pero todavía si a más de tanta instrucción y erudición, y el grande talento que se necesita para aprovechar tan inmenso caudal de luces, no posee el historiador una imaginación viva y una ardiente fantasía, los cuadros de la historia serían inanimados y no dejarían impresión alguna en el espíritu de los lectores, ni conmoverían el corazón profundamente. Es cierto que la historia no debe ser sino la relación fiel de los hechos y su más verídica exposición; pero la imaginación es necesaria para dar a los hechos que se refieren y a las escenas que se describen, ese tinte de verdad, ese colorido de vida, ese tono dramático que es necesario para dar interés a los hechos que se refieren y hacer que se graben en la memoria.[46]

La interpretación de este texto no es sencilla, porque actualmente relacionamos directamente la objetividad con la verdad, y la fantasía con la ficción. Y por eso puede parecemos una contradicción el sostener que la imaginación aporta, precisamente, "ese tinte de verdad"; es decir, hace verosímil lo que de otro modo, aunque fuera un hecho irrecusable, podría no parecerlo. Para Rosa el historiador no puede detenerse en la simple narración de la verdad, sino que es preciso convertirla en un discurso que la haga verosímil.

---

[44] Ibid., p. 210.
[45] Ibid.
[46] Ibid.

Y esto se logra gracias al "colorido de vida", al "tono dramático" que se le puede dar a la historia si se tiene una buena formación literaria. Y el objetivo final no es que el autor luzca sus habilidades, sino "dar interés a los hechos que se refieren y hacer que se graben en la memoria"; es decir que la misión didáctica del historiador aparece de nuevo como su principal razón de ser.

Cada vez resulta más claro para nosotros que los estrechos vínculos entre historia y literatura obligan, en los tiempos actuales, a un acercamiento multidisciplinario. Así lo ha dicho Marisa Lajolo al proponer que se debe propiciar la:

> necesaria interdisciplinaridad de los estudios que quieran dar cuenta de las relaciones entre historia, literatura e historia de la literatura, señoras que se entretienen en susurrar a los oídos de quien las quiere comprender que la donna é mobile.[47]

En suma, hemos analizado los textos de cuatro autores: De la Rosa, Lafragua, Prieto y Ortega que en nuestro siglo siempre han sido considerados como literatos pero, así sea sesgadamente, nos hablan de diversos puntos de teoría y método de la historia. Resulta evidente que no podemos aplicar la especialización profesional de nuestros días al lejano año de 1844 y -lógicamente- tampoco podemos creer que un libro de historia de hoy es lo mismo que uno de entonces, por más que aquellos autores pusieran notas al pie de sus páginas y por más que ahora se anuncie un regreso de la narrativa, con frecuencia mal entendida, pues se dan casos de novelas con notas al pie de página y de libros de "historia" que prescinden de las notas.

Polémica Lacunza - De la Cortina (1844)

El 18 de agosto de 1843, como una derivación de las Bases Orgánicas, se puso en vigor un nuevo plan de estudios preparatorios que establecía un curso semestral "de historia general y la particular de México". La Junta de Notables que propuso el cambio, de

[47] Marisa Lajolo, "Literatura e história da literatura: senhoras muito intrigantes", en História da literatura. Ensaios, Editora da Unicamp, Campinas, 1994, p. 31.

advocación conservadora, mostró con este gesto una mayor estima de los estudios históricos que la que habían mostrado los liberales (lo mismo que el texto de Larráinzar -conservador- de 1865, que analizaremos más adelante), siendo para ellos los valores formativos de la historia "el conocimiento de la misma como medio de salvación, estabilidad y conservación"[48] Lacunza era profesor de historia en el Colegio de San Juan de Letrán y publicó su lección primera en el Museo Mexicano (originalmente fue un discurso, inaugural de su cátedra). El conde de la Cortina respondió con una crítica en El Siglo diecinueve, el 8 de febrero de 1844 y se inició así la polémica con el intercambio de argumentos, los cuales fueron publicados en El Siglo.

Mencionemos algunos rasgos biográficos José María Lacunza (1809-1869). Nace en México y es hermano de Juan Nepomuceno. Estudia en el Colegio de San Juan de Letrán y funda, ahí mismo en 1836, la seminal Academia de San Juan de Letrán, junto con su hermano, Guillermo Prieto y Juan Manuel Tossiat Ferrer. No escapa a la política y es ministro de Relaciones Interiores y Exteriores, durante el gobierno del presidente Herrera y luego del emperador Maximiliano; Lacunza es otro conservador de gran valía. Luego se exilia en Cuba, donde muere admirando la raza mixturada y africana.

José Gómez conde de la Cortina (1799-1860) nació y murió en México. Fue mecenas de muchos escritores. Pocos ricos y aún menos nobles se dedicaron a la literatura con el celo del conde. Habrá tal vez otros coleccionistas y bibliófilos, pero sólo los Alamán, los García Icazbalceta y los Pimentel se te asemejan en su calidad de burgueses ilustrados y letrados: todos ellos conservadores.

El conde, según afirma en erudito opúsculo María del Carmen Ruiz Castañeda, hizo los siguientes estudios: "A los quince años de edad pasó a estudiar lógica y retórica en el Colegio de San Antonio Abad de Madrid y, más tarde, matemáticas, física, dibujo y

[48] Juan A. Ortega y Medina (selección y estudio preliminar), Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1970 (Serie documental, 8), p. 75.

delineación en la Academia de Zapadores de Alcalá de Henares, donde obtuvo el grado de oficial de ingenieros y desempeñó la cátedra de geografía militar".[49] En 1829 ingresó a la Academia de la Historia de Madrid. Ocupó en México cargos importantes entre 1836 y 1846. Fue miembro de diversas sociedades científicas y literarias. Publicó artículos en diversos periódicos y dirigió El Zurriago de orden literario. Autor de obras eruditas: Nociones elementales de numismática (1843), Diccionario de sinónimos castellanos (1845), Biografía de Pedro Mártir de Anglería (1858) y otros. Además fue traductor.

Entre la nómina de los historiadores no siempre se hallará al conde de la Cortina, pero la naturalidad con que entabla un debate historiográfico es una prueba más de la liga que existía entonces entre historia y literatura.

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

Los argumentos de Lacunza

Lacunza comienza con un gesto reverencial y no podemos descartar que lo dirija al general y presidente don Valentín Canalizo: destaca la importancia que tiene un hombre ilustre "árbitro de los destinos de sus contemporáneos".[50] Luego dice que el estudio de ciertas civilizaciones es de poca utilidad. Así "las naciones que poblaron nuestro continente antes de su descubrimiento por los europeos. Todas estas naciones en calidad de tales, han sido borradas de la faz de la tierra por el dedo de Dios. Como naciones han cesado enteramente de existir. Sus ejércitos fueron vencidos, y en pos cayeron sus tronos: murió el cuerpo social con sus costumbres y con sus leyes, con sus religiones, y aun con sus dioses."[51] Sólo somos sus sucesores en cuanto que habitantes de la misma tierra, pero·el

[49] María del Carmen Ruiz Castañeda, El Conde de la Cortina y "El Zurriago Literario" Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Estudios Literarios, México, 1974, p.5-6.
[50] José María Lacunza, "Discurso primero", en Juan A. Ortega y Medina, Polémicas y ensayos mexicanos..., loc. Cit., p. 82.
[51] Ibid.

estado social que hoy tenemos ha sido llamado a la existencia desde el momento en que las naciones sucumbieron."[52]

Aquí Lacunza dice muy claramente que México tuvo su origen en la conquista y, la cultura indígena desapareció con ella, no es parte integral de México sino sólo una especie de antecedente notarial sobre los antiguos poseedores. Es obvio que Lacunza no niega que sigue habiendo indígenas en México, sino que esas naciones, en cuanto tales, desaparecieron. También es evidente que Lacunza no habla por todo México, sino por la élite moderna. El lugar desde donde escribe Lacunza no tiene cabida para los indios, pero en este punto, como veremos, los liberales tampoco hallan el modo de incorporar al indígena contemporáneo.

¿Cuál era la función del curso de Lacunza? No formar anticuarios sino educar a los futuros funcionarios (era grande la necesidad de todo tipo de empleados de alto nivel) para alternar en la sociedad, así en el círculo pequeño de las relaciones individuales, como en el mayor de las internacionales, a que algunos de vosotros seréis llamados por la patria en el transcurso del tiempo".[53]

Destaca Lacunza que hay ciertas civilizaciones que son las importantes: la de Israel, la de Jesucristo, Grecia, Italia y Roma, los bárbaros de Alemania y destaca la importancia de éstos. Aquí debemos de entender que todavía en esa fecha la historia por antonomasia es la historia del cristianismo; por ello resultaban tan importantes las invasiones de los bárbaros que echaron abajo al imperio romano y propulsaron la expansión de la cruz. Ahora, en que Roma se aprecia más en su etapa clásica que en la de los papas, mirarnos de otra manera esas invasiones que pusieron fin a los césares. Lacunza pensaba que en los tiempos modernos ya no había pueblos protagónicos, lo cual parece expresar los buenos deseos de que México halle un sitio entre las naciones, pero esto costaría dos cruentas invasiones extranjeras.

[52] Ibid. 53
[53] Ibid., p. 82-83.

Es interesante la información que da Lacunza sobre la enseñanza de la historia en, los colegios de la ciudad de México:

> Toca ya el punto de si en los demás colegios hay cátedras de Historia; y vuelvo a decir que sí las hay: y voy a nombrar a usted los profesores: en el de San Ildefonso, el señor Rada, y se estudia el Tyeler; en el Seminario, el doctor Vera y se estudia el Compendio de Anquetil; en San Gregorio el licenciado Aguilar y se estudia el Discurso de Bossuet.[54]

Lacunza termina sus comentarios con una nota de optimismo, con la esperanza de que la enseñanza de la historia mejorará paulatinamente. Y no olvida en esta su tercera réplica una cortesía con De la Cortina pues reconoce "su celo por la literatura".[55]

Réplica del conde de la Cortina

Las respuestas del conde de la Cortina están escritas en un lenguaje galano y destilan una erudición de buena ley. También demuestra sus habilidades de polemista al torturar un poco los textos de Lacunza, cuando lamenta que se quiera enseñar historia: "por medio de extractos descarnados, tomados de éste o de aquél autor, y reducidos a narraciones mezquinas y ridículas".[56]

Para el conde es imperativa la bibliografía de los clásicos griegos y romanos, no menos esencial es la geografía y también es imprescindible la cronología. Y si esto parece mucha exigencia a los profesores les pide:

> Si el profesor no se halla en estado de traducir correcta y prontamente las obras históricas escritas en griego, latín, francés, inglés y alemán, hay un fuerte motivo para sospechar que no puede ser buen profesor de Historia, porque no es probable que lo sea el que se ve reducido a valerse de interpretaciones ajenas para aprender la Historia, esto es, la ciencia que más que otra ninguna necesita de la comparación,

[54] "Réplica tercera. (Profesor Lacunza)", en Juan A. Ortega y Medina, Polémicas y ensayos mexicanos.... loc. Cit., p. 123.
[55] Ibid.
[56] "Carta primera. (Conde de la Cortina), en Juan A. Ortega y Medina, Polémicas y ensayos mexicanos... p. 90.

> de la pureza de orígenes, del juicio propio, de la certeza y de la antorcha de la crítica.[57]

Ante estas exigencias resulta natural que el conde proponga comenzar la enseñanza de la historia en México trayendo profesores de Europa.

Varias veces se refiere el conde a la historia como ciencia,[58] pero a la vez dice, como sinónimo de historiadores: "entre los literatos".[59] Hasta donde puedo colegir, para ellos "ciencia" equivale a pensamiento racional, hoy más parece significar vulgarmente verdad a secas, pero los sabios tienen sus reservas; por ello no hay conflicto en ellos al hablar de ciencia y literatura, indistintamente, para referirse a la historia. Hoy es más difícil que literatura significa ficción, es decir lo no verdadero; sin embargo De Certeau sostiene brillo que la historia es, en efecto, ciencia y ficción.[60] Para precisar el concepto que se tenía de ciencia citaremos un texto de Lacunza que publicó después, sin conexión directa con la polémica con el conde de la Cortina:

> Pero entre las ciencias morales y las físicas hay una diferencia notable, los hechos del mundo material relativos a las segundas, están enteramente a disposición del profesor: si no está satisfecho de la descripción que ha oído o leído, puede repetir el experimento y colocar los cuerpos en la misma disposición cuantas veces lo juzgue necesario; puede aun hacer al experimento las modificaciones que le sugiera su cálculo o capricho; pero el sabio moral, excepto en circunstancias muy particulares, no tiene a su disposición los hombres o los pueblos, nada puede añadir al experimento tal como se lo presenta, ni aun repetido-, necesita entregarse a la narración que se le hace y esta narración es la Historia. Inútil es decir que no ya la falsedad, pues ésta sería lo peor, sino aun la sola omisión de algunas circunstancias en el hecho, basta para dar a las consecuencias el carácter del error; pero si es necesario advertir que en estas circunstancias no son en tanto número como se cree comúnmente y

[57] Ibid., p. 93. Subrayado nuestro.
[58] Ibid., p. 99 y 101, por ejemplo.
[59] Ibid., p. 101.
[60] Michel de Certeau, La escritura de la historia (traducción de Jorge López Moctezuma), Universidad Iberoamericana, México, 1985. Véase el capítulo IX: "La ficción de la historia. La escritura de Moisés y el monoteísmo", donde señala la ambivalencia del término "ficción" que a veces significa "dar forma" (fingere) y otras veces "un disfraz o un engaño".

> que hay algunas que contribuyendo en gran manera a la belleza e interés de la narración, son sin embargo poco menos que [nada] para la ciencia.[61]

El conde hace un comentario que en principio desconcierta, cuando dice que no se puede enseñar ninguna ciencia, que en todo caso se encamina al alumno para que por su propio esfuerzo aprenda. Pero, pensándolo bien, es bien probable que el conocimiento verdadero sólo pueda conseguirse por el propio esfuerzo; los maestros nos guían, nos ahorran tiempo, nos afinan el gusto y la crítica y sólo por esto nuestra deuda es grande. El conde termina sus alegatos con una fina cortesía:

> La máxima gutta cavat lapidem es una verdad eterna. Si usted [señor Lacunza] llega a establecer en México el verdadero estudio de la Historia, o de cualquier otra ciencia; merecerá usted muy justamente la gratitud de su patria; y pues que el cielo quiso concedernos a usted y a mí la misma cuna, nadie podrá privarnos de una parte de la gloria que usted se adquiera. Viva usted persuadido de eso, así como del afecto que le profesa S.S.S.Q.B.S.M. J. Gómez de la Cortina.[62]

Podemos recapitular esta polémica diciendo que nacen las primeras cátedras de historia en la preparatoria y, al mismo tiempo, surge el debate sobre su enseñanza; si no hubiera enseñanza no tendría sentido la crítica de la misma. De la Cortina, más erudito, quiere profesores excelentes, una amplia bibliografía y un extenso plan de estudios. Lacunza, sabio pero en desventaja respecto al conde, tiene el problema urgente de aplicar algún método de enseñanza, con los medios disponibles. No disputan sobre el estatuto científico de la historia, si bien el conde menciona con más frecuencia la palabra ciencia; es entre, las ciencias morales donde se ubica la historia. En el fondo del debate está la necesidad expresa de formar hombres de Estado y el imperativo implícito de ubicarlos, de hacerlos pertenecer a la moderna civilización. Aun en la inestabilidad de ese año de 1844, con un Estado que propiamente no se ha consolidado, la historiografía, la enseñanza de la

[61] José María Lacunza, "Historia", El Ateneo Mexicano, t. I, México, 1844, Imprenta de Vicente G. Torres, p. 25-27. En Juan A. Ortega y Medina, Polémicas y ensayos mexicanos..., loc. Cit., p. 126-127. Más sobre el concepto amplísimo de ciencia en las páginas 129-133.
[62] "Carta tercera. (Conde de la Cortina)", en Juan A. Ortega y Medina, Polémicas y ensayos mexicanos..., loc. Cit., p. 119.

historia se anticipa y propone una historia secularizada, más basada en los clásicos antiguos que en los santos padres, que tiende sobre todo a fortalecer la idea de la nación. En siglos anteriores las lealtades estaban fragmentadas en las corporaciones, en el XIX se pide la lealtad suprema al Estado, a la "patria" que el romanticismo colmará de los más sublimes contenidos. Y viene a propósito el dicho de fray Jacinto Segura quien desde su siglo XVII recomienda: "Las leyes de la historia (dize don Juan de Ferreras) son referir sin pasión lo próspero y lo adverso, sin dexarse cegar del amor a la patria".[63] En nuestro siglo XIX será precisamente el patriotismo, entendido de diversos modos, el que dará lugar a encontradas historias del país; pero todas coinciden en el gran objetivo de erigir un Estado moderno y los escritores de diferentes colores políticos se apresuran a publicar libros de texto para los escolares para propagar la buena nueva. En el Antiguo Régimen la historia, un arte mayor, ciencia dificilísima, estaba reservada a los adultos. El siglo XIX, en cambio, inaugura la preocupación por inocular las mentes infantiles con tales o cuales imperativos políticos, que cada vez serán más uniformes hasta llegar en nuestros días al libro de texto obligatorio y, en segundo término, gratuito.

Manuel Larráinzar (1809-1884), Algunas ideas sobre la historia...[64]

Los textos de fina composición, como éste de Larráinzar, son imposibles de asumir pues el conjunto transmite un registro estético que sólo puede trasladarse citando el texto en su totalidad. Se trata sin duda de una pieza de gran brillo que reúne todas las habilidades literarias de la época con una reflexión madura y concienzuda sobre las cosas

[63] M. R. P. Fray Jacinto Segura, Norte crítico con las reglas más ciertas para la discreción en la historia, y un tratado preliminar para instrucción de históricos principiantes, Valencia, Imprenta de Joseph García, 1733, p. 401.
[64] Manuel Larráinzar, Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México, especialmente la contemporánea, desde la declaración de independencia, en 1821, hasta nuestros días (1865). Incluido en la antología de don Juan A. Ortega y Medina, Polémicas y ensayos mexicanos...**,** p. 142-255.

del país; sin embargo Larráinzar no fue, como tantos otros, polígrafo pues su única manía fue la historia.

Nativo de San Cristóbal de las Casas, llamarle "coleto" implicaría colgarle un mar de injusticias inmerecidas (pues los "coletos" no escriben, como lo hizo Larráinzar, la Biografía de fray Bartolomé de las Casas, 1837). Estudió en su ciudad natal y luego en San Ildefonso de México. Fue abogado desde 1832, magistrado del Supremo Tribunal de Chiapas, diputado al Congreso nacional, senador en 1845. También representó a México como embajador ante los Estados Unidos (1852) y posteriormente ante Italia, de donde regresó en 1857; poco después fue ministro de Justicia del presidente Miramón. Contribuyo de manera importante a la incorporación del Soconusco a México y al respecto escribió una Noticia histórica (1843). Su obra de mayor aliento son sus Estudios sobre la historia de América, sus ruinas y sus antigüedades, comparadas con lo más notable que se conoce de otro continente, en los tiempos más remotos, y sobre el origen de sus habitantes; consta de seis volúmenes y duró su publicación tres años (1875-1878).

Hagamos un resumen rápido del lugar social de Larráinzar, blanco en tierra de indios. Se educa en la capital y regresa a su lugar, pero pronto ingresa a la política nacional: diputado, senador, embajador. Historiador en puridad sin inclinaciones literarias fuera de las anexas a la composición histórica. Intereses locales, nacionales y universales: las Casas antigüedades americanas y del viejo mundo, México "contemporáneo". Hombre ilustrado y aun sapientísimo, "no ignora nada de lo esencial" -dice Ortega y Medina.[65] El referente de su obra son los clásicos antiguos y modernos de Europa. Colabora en la Academia Imperid de Ciencias y Literatura del segundo imperio; esto lo marca políticamente, pero la calidad

[65] Ortega y Medina, Polémicas y ensayos mexicanos..., loc. Cit., P. 140.

de su obra permite ubicarla como la valiosa aportación de un compatriota, más allá de los partidos, como sucede con Alamán; es otra manera de ser mexicano y no ilegítima. Sin embargo un dato que no debe olvidarse es que brindó su apoyo a una intervención extranjera, la francesa, y a un emperador austriaco llamado Maximiliano. Es digno de mención que son los conservadores, los integrantes del llamado "partido del retroceso", quienes aparecen en la vanguardia del estudio la historia.

El texto que produce Larráinzar obedece a que, habiendo sido nombrado miembro de una comisión encargada de preparar un programa para escribir la historia patria, cumplió la encomienda de manera cabal, tanto así que el maestro Ortega y Medina considera su texto un antecedente directo del México a través de los siglos, con la misma estructura dividida en tres grandes épocas: la prehispánica, la colonial y la independiente y sólo le faltará a Larrainzar, de lo principal, señalar un componente fundamental del México... que, como veremos más adelante aportará Vigil, nos referimos por supuesto al concepto estratégico del mestizaje.

El texto de Larráinzar es una pieza historiográfica fuera de serie y no hay resumen posible que le haga justicia; cómo resumir, por ejemplo, las siguientes palabras que escribe en medio de la guerra de Intervención:

> Al presentarnos el cuadro de las guerras con todos sus horrores, nos hace detestar la ambición y las malas pasiones de que se originan, odiar la tiranía, y aborrecer las usurpaciones que huellan los derechos de la humanidad, y despojan al hombre de su dignidad, y de cuanto hace amable la vida social; conocemos por ella el valor de la paz, y la amamos con delirio; porque a su sombra todo florece, se multiplican y desarrollan los elementos de prosperidad, se goza de los encantos de la vida; crece la grandeza de las naciones, se aumenta su poder, las ciencias derraman su influencia bienhechora, disipando las tinieblas de la ignorancia.

> destruyendo el error, y rompiendo el yugo de las preocupaciones; triunfante la verdad, honrada la virtud, respetado el saber, y enaltecidas las acciones grandes y generosas, llegan los pueblos a ser inmortales y a la cúspide de su esplendor y prosperidad.[66]

La historia de los varones ilustres, ejemplos de sabiduría, heroísmo y abnegación. es importante para Larráinzar, pero no debe verse aquí un gesto "imperial", pues los republicanos compartían esta idea. Nos anima para perseverar en esta tesis que el ilustre chiapaneco cite a Salustio: "de todos los trabajos del ingenio, ninguno trae mayor fruto que la memoria de las cosas pasadas" (Guerra de Yugurt , p. 3).[67] Pero no podremos ni mencionar siquiera a todos los autores clásicos que trae en su abono, una auténtica legión.

Larráinzar quiere, a la manera de Lamartine, una historia que haga visible a providencia en la remuneración y en la expiación infalible del bien y del mal, lo cual se puede lograr cuando está escrita por un espíritu recto y religioso.[68] Y señala que el historiador "necesita una instrucción copiosa, sólida y variada; un conocimiento profundo del corazón humano, una crítica ilustrada, y sobre todo un fondo de integridad y buena fe, que haga preferir la verdad a cualquier otra consideración".[69] Conocer el corazón humano hoy nos suena más a literatura que a otra cosa y no debe extrañamos leer esto en un autor que sólo escribió historia y nada de literatura si bien, conforme a los conceptos de la época en la medida que escribía historia estaba escribiendo literatura; así lo confirma el hecho de que antes de él Luis de la Rosa haya expresado la misma idea:

Sin filosofía, es decir, sin el conocimiento del corazón humano, sin el estudio de sus instintos y pasiones, la historia es una relación cansada y fastidiosa, que no tiene interés alguno, porque el lector no sabe qué moralidad pueda sacar de los hechos que tan áridamente se refieren.[70]

---

[66] Ibid., p. 145.
[67] Ibid., p. 150.
[68] Ibid.
[69] Ibid. Subrayado nuestro.
[70] De la Rosa, "Utilidad de la literatura en México", loc. Cit., p. 209-210. Subrayado nuestro.

En cuanto a la moralidad de la historia Larráinzar sigue a Chateaubriand al oponerse a la historia fatalista "que consiste en sustituir la historia de la especie a la del individuo, y permanecer impasible así delante del vicio y de la virtud, como de las catástrofes más trágicas: el autor [Chateaubriand] combate este sistema que separa la moral de la acción humana..."[71] Añade que si se observan las reglas:

> la historia será entonces como observa Mr. Rollin, una escuela de moral para todos los hombres; porque ella describe los vicios, quita la máscara a las falsas virtudes, destruye los errores y las preocupaciones populares; disipa el prestigio encantador de las riquezas y de todo su vano esplendor, que deslumbra a los hombres, y demuestra con mil ejemplos más persuasivos que todos los razonamientos, que nada hay grande y loable, sino el honor y la probidad.[72]

Quisiéramos aquí hacer un paralelismo entre Larráinzar y nuestros contemporáneos, para mostrar que la veta ética no se ha perdido del todo en nuestro oficio. Dice Álvaro Matute:

> ¿Cuál es el papel que toca desempeñar al historiador de la política? Frente a mi total descreimiento en una ciencia política sobre el pasado o, lo que es lo mismo, mi convicción de que la pretensión científica es un encubrimiento ideológico, al historiador le toca ejercer una función crítica desde un punto de vista moral. Ciertamente me inhibe utilizar esta palabra por lo que puede evocar de moralina o mojigatería, pero corro el riesgo porque hay que insistir en ello. Desde principios del siglo XVI, Maquiavelo enseñó que política y ética no corren por los mismos caminos, y precisamente, por eso, el único recurso frente a la política real es oponerle valores. ¿Cómo? No mediante un sermón [aquí Matute coincide con Quesnay], lo cual no es papel del historiador, ya que los hechos ya pasaron y, como escribió O'Gorman hace cincuenta años, "la misión del historiador consiste en explicar a los muertos, no en regañarlos, entre otras cosas porque no hay empeño más vano". El historiador no debe hacer otra cosa sino lo hecho por todos los grandes historiadores desde hace dos mil quinientos años: narrar los acontecimientos, exponiéndolos con rigor y autenticidad. La narrativa es el arma perfecta... Es preciso resaltar, con ironía, los contrastes políticos entre lo que se decía hacer y lo que realmente se hacía [aquí Matute

[71] Larráinzar, "Algunas ideas sobre la historia...", loc. Cit., P. 152.
[72] Ibid., p. 159.

> coincide con Ranke]. Con ello, y sin nada que parezca sermón. sería posible restaurar una moral de la historia.[73]

Al parecer, el texto que comentamos de Larráinzar, y que tanto debió influir en el México a través de los siglos, no tiene sólo un interés arqueológico, erudito, sino que sigue siendo -para quien leyera- un elemento vivo y actuante de nuestra cultura. Aun más, cierta sospecha que tenemos de que la lectura política y militar de nuestro siglo XIX ofrece una visión incompleta, donde abundan los datos pero no el sentido, parece confirmarla este colaborador del Imperio:

> Mas como [la historia] debe abrazar todos los elementos de civilización, no ha de limitarse a presentar sólo la serie de revoluciones que han sucedido en nuestro país, los cambios que se han efectuado, las guerras que ha habido, las batallas que se han librado y los males que se hayan seguido; sino penetrar en horizontes más extensos, poniendo a la vista el cuadro que la nación ha presentado en todos sus cambios y sucesos, su encadenamiento y correlación, y la influencia que hayan tenido en su vida moral y material, manifestando las leyes que se hubiesen promulgado, las alteraciones que sucesivamente se hayan efectuado en sus habitantes, y en sus usos y costumbres; la marcha que entre nosotros han seguido las ciencias, las artes, la agricultura, industria y minería, el comercio e instituciones de cambio.[74]

De lo mucho que podemos recuperar de Larráinzar, tendríamos que separar las desviaciones propias de su época. Pero con todo queda bien parado el historiador pues su vasta erudición le ha ganado un lugar preeminente en nuestra historiografía. Baste decir que en un par de páginas cita a: Cicerón, Fenelón, Plutarco, Tácito, Tucídides, Polibio, Tito Livio, Séneca, Acurcio, Ammiano Marcelino, Lucas de Holstein, Baronio, Perizonio, Calístenes, Suetonio, Asinio Pollión, César, Quinto Curcio, La-Harpe, Arriano, Plinio y Quintiliano.

---

[73] Alvaro Matute, "La historia como ideología", en Históricas, núm. 49, mayo-agosto de 1997, p. 16-17.
[74] Larráinzar, "Algunas ideas sobre la historia...". loc. Cit., p, 196.

Después Larráinzar dedica muchas páginas a comentar con cierta amplitud los principales historiadores que se han ocupado de México, para llegar a la conclusión de que hace falta una historia general de México, los agrupa por épocas:

Primera época. Escritores sobre el mundo prehispánico: José de Acosta, Bernardino de Sahagún, Juan de Torquemada, Javier Clavigero (nativo de Veracruz), Antonio de Herrera y Tordesillas, Lorenzo Boturini Benaduci, Mariano Veytia y Alejandro de Humboldt.

Segunda época. Conquista: Francisco Antonio Lorenzana, Francisco López de Gómara, Bernal Díaz del Castillo, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdós, Antonio de Solis, William Robertson y William Prescott.

Tercera época. Colonia: Andrés Cavo, Francisco Javier Alegre, Carlos María de Bustamante (señala el dato de que sus obras ocupan 19,142 páginas y se calcula su costo en 40 ó 50 mil pesos; algún mercado debió tener), Pablo de Mendívil, Lorenzo Zavala, José María Luis Mora y Lucas Alamán.

El mayor defecto que se le puede señalar a Larráinzar, pero más que un defecto es un desaguisado de la fortuna fue su preferencia política, la forma de patriotismo que eligió. Sí, porque él quiere escribir una historia general que culmine "el 12 de julio de este año de 1864, en que hizo su entrada a la capital el emperador de México Fernando Maximiliano, archiduque de Austria, y continuar así refiriendo lo que vaya sucediendo."[75] Y una historia, como todo relato, necesita un principio, un desarrollo y un final; si no se conoce el final es mucho más difícil escribir el relato, por eso los historiadores trabajan siempre a posteriori.

El portentoso ensayo de Larráinzar termina con un plan para escribir su historia, en el cual se marcan doce etapas distintas para el siglo XIX, y se marcan en cada una de ellas los principales acontecimientos; al final incluye una bibliografía que puede servir para empezar: 273 obras.

[75] Ibid. supra.

La erudición de Larráinzar es avasalladora y genuina, su patriotismo incuestionable: un coleto ilustrado. Su altísimo nivel intelectual debió ser parangón y punto de atracción para otros escritores. Un texto como este no sale de la nada, está el antecedente de la polémica Lacunza-Conde de la Cortina, pero no cabe duda de que para estas fechas sea por las mejoras iniciadas en los Institutos Científicos y Literarios de los estados y el Colegio de San Gregorio de México, sea por los esfuerzos de los particulares que viajaban y leían y estaban al tanto de todo, sea por la influencia creciente de la literatura, de la prensa y del contingente cada vez mayor de libros de historia, el hecho es que la crítica histórica había hecho notables progresos.

José María Vigil (1829-1909). Necesidad y conveniencia de estudiar la historia patria (1878 )[76]

Lo mismo que Larráinzar, Vigil se interesó por Las Casas y editó su beligerante Historia de las Indias, y también era del interior pues nació en Guadalajara en 1829, tres años antes que Riva. Hizo los estudios que conducían a convertirlo en abogado, pero reventó -tal vez- por una gran causa: la literatura. Mencionan sus biógrafos que escribió un drama titulado La hija del carpintero, que a nosotros nos llamó la atención pues Riva tiene otra obra dramática titulada La hija del cantero, siendo la primera posiblemente anterior. El mérito de ambos es poner en escena personajes humildes, en un teatro que estaba reservado a las clases altas, a la gente de calibre; la coincidencia es feliz pues muestra que tanto en Guadalajara como en México la literatura estaba en ebullición y los jóvenes practicaban la literatura con entusiasmo. Vigil fue profesor de latinidad y filosofía en el Liceo de Jalisco y luego pasó a México para ser diputado en el II Congreso Constitucional (1861) en el que

[76] José María Vigil, "Necesidad y conveniencia de estudiar la historia patria", en Ortega y Medina, Polémicas y ensayos mexicanos..., loc. Cit., p. 265-278.

y Altamirano estrenaron su oratoria jacobina. Se ganó la vida como diputado en varios períodos y, a partir de 1880, se convirtió en el director perpetuo de la Biblioteca Nacional. Fue autor de varias obras históricas y de una Antología de poetisas mexicanas.

El ensayo de Vigil se publicó a mediados de 1878, en cinco partes, en el periódico El Sistema Postal; fue rescatado del limbo de la hemeroteca por doña Clementina Díaz y de Ovando, según indica cortésmente don Juan Ortega y Medina en su multicitada antología.

El texto de Vigil sorprende cuando este maestro de latinidad critica la educación clásica, pero respiramos cuando aclara que rechaza una educación exclusivamente clásica, que ignore la propia cultura: "desearíamos ardientemente que nuestra educación literaria y científica formara un carácter acendrado y profundo de mexicanismo... que el idioma nahoa figurase al lado de las lenguas sabias".[77] Reconoce el sabio tapatío el carácter cosmopolita de la moderna civilización, pero señala la necesidad de que los pueblos mantengan una fisionomía propia, una personalidad. Este nacionalismo de la primera y de esta segunda generación de los románticos se mirará de diverso modo según la época; los modernistas lo detestaban, pero en el siglo XX, digamos en los tiempos del general Ávila Camacho, les parecía la gran cosa. La tendencia actual a la globalización mantiene a la baja el nacionalismo. Del nacionalismo vociferante o, peor aun, violento, no hace falta una censura más; y en su versión pacífica no es otra cosa que contarle las lentejuelas a la china poblana. Pero el nacionalismo de Riva y Vigil fue preciso para que, en primer lugar, existiera el Estado-nación. Para nosotros la nación es algo dado, un hecho o un ente geográfico y

[77] Ibid., p. 267.

político; ellos conocieron la dominación extranjera, la resistieron y la derrotaron, por eso su tono épico nos suena exagerado,

En cierto sentido la supervivencia de la nación mexicana en el siglo XIX fue más que nada un acto de fe. El triunfo del 5 de mayo nos resulta inexplicable por razones económicas, políticas o militares. Con muy buen sentido, el general López Uraga -quien debía enfrentar a los franceses- le explicó a Juárez que era imposible hacer frente a los invasores, por la superioridad de armamento y disciplina. Juárez, por supuesto, le quitó el mando y se lo dio a un texano llamado Zaragoza. Este se atrincheró en Puebla y sólo pidió a sus soldados que si no se lograba la victoria, que cuando menos vendieran caras sus vidas. Un poco de fe. Y el triunfo resultó tan increíble que Porfirio Díaz escribirá en sus memorias que, por la noche, se paseaba por el campamento para convencerse de que era una realidad y no una "ficción", ésa es la palabra que usa. Y todo esto viene a cuento porque Vigil, ante que Samuel Ramos y Octavio Paz, pone mucho énfasis en el sentimiento de inferioridad del mexicano, que él atribuye a la derrota sufrida por la raza indígena en la conquista, pero luego -señala- este sentimiento se apoderó también de los criollos. Este "desprecio propio" del que habla Vigil parece ser el opuesto del ideal del patriotismo, porque no se trata sólo de un desprecio personal, psicológico, sino de un atavismo social y sociológico. Y el origen de todo -dirá Vigil- es que los mexicanos no han logrado conciliar sus dos principales raíces históricas: la indígena y la española:

> Un sentimiento de odio al sistema colonial nos hizo envolver en un común anatema todo lo que procedía de aquella época, sin reflexionar que sean cuales fueren las ideas que sobre ello se tengan, allí están los gérmenes de nuestras costumbres y de nuestros hábitos, y que su estudio, en consecuencia, es indispensable para el que quiere comprender lo problemas de actualidad. Un sentimiento de otra naturaleza, un sentimiento de desprecio legado por los conquistadores hacia las razas

> vencidas nos ha hecho ver con supremo desdén todo lo relativo a las civilizaciones preexistentes en el Nuevo Mundo a la llegada de los castellanos, sin tener en cuenta que para explicar la condición de esas razas, para penetrar en su carácter y resolver su porvenir, es preciso ir más allá del período colonial, estudiar esa barbarie, que por más que se afecte despreciar, vive y persiste entre nosotros, constituyendo el obstáculo más formidable para el establecimiento de la paz y del desarrollo de los elementos benéficos.[78]

Y un poco más adelante dice algo de enorme importancia: "los pueblos no se constituyen a priori; los pueblos no pueden prescindir de su pasado."[79] Es decir que no se formó primero el pueblo francés y vino luego Michelet a contar su historia, sino que primero es la literatura (entiéndase la historiografía) y luego el pueblo; Homero hizo a Troya y no al revés, porque Troya es algo más que los poco conspicuos muros que quedan hoy pie.

Retornemos el conflicto de nuestros orígenes antes señalado por Vigil y expresado una escuela histórica mexicana y otra española, que quieren cada una, prescindiendo de otra**,** dar validez a una sola de nuestras raíces. En este punto Vigil dice algo difícil de aquilatar, porque a lo largo de cien años lo hemos asimilado. Vigil halla una respuesta salomónica: "no es posible que ningún ser humano, individual o colectivo, pueda vivir largo tiempo de puras negaciones".[80] Unos rechazan lo español, otros lo indígena, pues Vigil a su vez rechaza ambas posturas y dice: los mexicanos somos mestizos. Riva retomará idea en el México a través de los siglos y ésta es seguramente una de las claves de su éxito: no niega este pasado ni aquel, afirma ambos, es positivo, constructivo, integra a un pueblo. Más allá de la disputa historiográfica que el México... supera, por encima de las

[78] Ibid., p. 268.
[79] Ibid., p. 269.
[80] Ibid., p. 275.

discusiones de los eruditos y los anticuarios, Riva y Vigil coinciden en ofrecer una salida a un grave problema ontológico; antes no se podía superar una negación: no éramos ni indios ni españoles; ahora somos, porque así lo afirmamos, mestizos, una raza nueva dirá Riva, es decir no la suma, sino el producto, algo más, diferente y nuevo, de los antecedentes históricos. Esta línea de pensamiento nos parece un logro importante.

Ciertamente Vigil y Riva no son los únicos que manejaban este orden de ideas; probablemente tampoco sean los primeros. En todo caso la originalidad, queremos decir la absoluta originalidad, es rarísima. Cuando pensamos en tal o cual enfoque de la historiografía, el primer dato que constatamos es que varios autores ya están pensando de ese modo; somos seres sociales de cabo a rabo y tal vez el cultivo de una personalidad consiste en someterse sin trabas al dictado de nuestro medio. Además todo, hasta los antecedentes, tiene sus antecedentes: siempre topamos en los griegos como los grandes fundadores, pero ellos a su vez saquearon la sabiduría del Medio Oriente desde tiempos cretenses, y así es como hemos terminado por creer que la Creación misma es un plagio.

Vigil escribe su texto durante el primer gobierno de Porfirio Díaz, once años después del triunfo de la República, es decir que la nave del Estado no andaba al garete, como en otros tiempos, ni tampoco todo iba viento en popa, pero bien se podía decir: la nave va. Por ello si parece que Vigil exagera un poquito la nota del sentimiento de inferioridad del mexicano y el conflicto de nuestros orígenes es por una buena razón: e quiere ser el Homero que cante la gesta del México independiente. Y para ello apela a su más esmerada retórica y casi a la amenaza:

> la historia, como lo han dicho varios filósofos, es la gran maestra de los pueblos, y sólo ella puede darnos la preparación del porvenir. Si la lúgubre tradición de Quetzalcóatl parece que se cierne todavía sobre

> nuestro horizonte, pidamos resueltamente a la historia la fórmula para conjurar el siniestro fantasma, y estemos persuadidos que el resultado no se hará aguardar, haciendo renacer la fe en nuestros propios destinos, savia vivificadora sin la cual se paralizan y sucumben los pueblos mejor constituidos.[81]

Y claro, acto seguido, Vigil pide la ayuda del Estado para que se escriba una historia de México que siga los lineamientos planteados en su ensayo. Si Vigil fue o no escuchado lo ignoramos, pero la historia sí se escribió pocos años después y se llamó México a través de los siglos. Vigil aportó a ella no sólo las ideas del ensayo que hemos comentado sino que escribió el tomo V de la obra. Su interés por los aspectos teóricos y metodológicos de la historia sin duda fue aprovechado por Riva, quien debió hallar en Vigil un interlocutor estupendo.

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

[81] Ibid., p. 275.

## CAPÍTULO II: UN ESCRITOR, UN LUGAR SOCIAL

Hay hombres humildes, como León Felipe, que conocen la verdadera orfandad la condición humana, que han comido el "rancho" en prisión como presos comunes y reconocen no tener siquiera un sillón viejo de cuero "ni el retrato de un mi abuelo que ganara una batalla". Vicente Riva Palacio no tuvo una cuna humilde sino, propiamente, ilustre. No pertenecía su familia a la añeja nobleza novohispana sino a una nueva aristocracia que el siglo XIX inaugura en México: la del talento. Su mamá se llamaba Guadalupe, como la virgen, y el papá de ella fue uno de los padres de la patria: don Vicente Guerrero. Ya nadie recuerda los nombres de las batallas que le dieron fama, ni se acepta fácilmente que su condición racial era esa mixtura que llamaban castas; el maestro Ernesto Lemoine lo describía muy vivamente con el cabello crespo, tupido e indomable que tienen todavía algunos albañiles -decía Lemoine- que pueden verse en el metro, aunque el tipo físico de Vicente Riva Palacio era (a decir de un experto que he consultado) más propiamente criollo, como el de su padre, don Mariano Riva Palacio; con todo no cabe duda de que tenía sangre mixturada.[1]

El estado de Guerrero, erigido como tal en 1849, fue el escenario de la gesta independentista del abuelo: una fortaleza natural erizada de montañas, mayoritariamente poblada por indígenas y cuyo único punto de interés económico de consideración era el puerto de Acapulco y, tal vez, el centro minero de Taxco. Muchos años después dirá Riva con respecto a Michoacán, lo que es aún más cierto para Guerrero: la libertad es, en el amanecer, como el Sol, se refugia en las montañas. No hay que olvidar que de allí partió la revolución de Ayutla (1854) que puso fin a la era de Santa Anna y abrió el camino al triunfo del liberalismo. A Guerrero, me refiero al hombre de carne y hueso, le

[1] Para los datos biográficos de Riva seguimos nuestro trabajo "Patria, tu ronca voz me repetía". Biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México (en prensa).

correspondió la fase final de la guerra de Independencia, de la que quisiera destacar tres aspectos principales. La constancia: sin que los alzados en las montañas del Sur representaran un peligro inmediato para las autoridades del virreinato, mantener viva la: llama, como se dice, de la insurrección, hacía que cada año que pasaba se pensara más en la posibilidad de la independencia, por más que militarmente no fuera viable. El abrazo de Acatempam: pactar la independencia con Iturbide, aprovechando la coyuntura de restauración de la Constitución de Cádiz, fue el mayor logro político de Guerrero; se consiguió lo principal que era la emancipación, a pesar de que Iturbide quedara al mando y se hiciera nombrar emperador. Y hay también tres palabritas, que pronunció Guerrero en ocasión de que su padre le ofreciera la amnistía del virrey, que resumen la apuesta por la modernidad, un proyecto de vida independiente y una alta estima del país: la patria es primero.

La herencia ilustre de la rama materna, y diría ilustrísima pero sonaría episcopal, se hallaba bien balanceada por la rama paterna, que estaba sobrada de méritos personales y señalados servicios al país. El padre, don Mariano Riva Palacio, con trabajo y economías puso en pie la hacienda de La Asunción cercana, a una legua, de Chalco, la cual no tenía una vocación productiva única sino que cada año rendía cereales diversos, ganado mayor y menor, frutas y carbón con el fuerte incentivo de la cercanía del mercado de la capital y el barato transporte a través de los lagos que ya no existen más. Suponemos que los trabajadores de la hacienda eran explotados y aun me han dicho que décadas más tarde hubo brotes anarquistas en la región, pero los Riva Palacio no eran gente de mucho dinero; sabemos que la casa que tenían en México era rentada,[2] a la vez que buena parte del producto de La Asunción estaba comprometido para el pago de préstamos hipotecarios, que gracias a la buena administración de don Mariano fueron

[2] Utx-A, AVRP, de Emilio Pardo a Mariano Riva Palacio, México, octubre 19 de 1862, fólder 183, doc. 121. Se trata del recibo de un mes de arrendamiento vencido de Mariano Riva Palacio ($120 pesos) por la casa del número 2 de la segunda calle del Relox.

disminuyendo con los años y bajo circunstancias económicas nada favorables. Los Riva Palacio no eran ricos (ni pobres, por supuesto), pues, pero sí tenían mucho prestigio social nacido de su alianza matrimonial con la hija del prócer Vicente Guerrero y de una carrera política, la de don Mariano, como presidente del Ayuntamiento de México, como Ministro de Hacienda, como gobernador del Estado de México, además de sus cargos legislativos, que le ganó una impecable reputación por favorecer las mejoras materiales antes que el medro personal. Don Mariano era un político de los llamados liberales moderados, que jugaron un papel práctico, más que doctrinario, muy importante en un país que transitaba difícilmente de las instituciones coloniales a las republicanas y a la modernidad. Sus relaciones con los conservadores eran muy buenas, excelentes en ciertos momentos, y contaba entre sus contertulios a eminencias de la Iglesia y de la alta sociedad. El emperador Maximiliano, en su derrota, lo eligió como abogado en el juicio sumario a que lo sometieron los Juárez y los Lerdo; como se sabe, no pudo salvarle la vida, pero al menos mostró al mundo que no todos en México estaban de acuerdo en la conveniencia de derramar la sangre de los Habsburgo; el emperador de Austria apreció la nobleza del gesto y obsequió al abogado una vajilla.

Bonito capital: un abuelo revolucionario y héroe de la independencia, un padre prestigiado y muy apreciado por todos los partidos, con relaciones sociales sólidas y muy diversas. Y por seis veces la ruleta de la genética giró y nacieron cuatro hombres: Vicente, Carlos, Antonino, Manuel y José María; y una mujer que se llamó Xaviera y quien murió muy joven, en los años de la Intervención Francesa.[3] En ese trance Vicente no sabía como consolar a su padre. Y apelamos a la ruleta de los genes porque es preciso decir que la dotación genética de Vicente era muy superior a la de sus hermanos. Pues si no ¿cómo explicar que él fuera tan buen estudiante y que Carlos flojeara, y que tuviera que interceder por él? ¿Cómo entender que otros de sus hermanos no hallaran empleo,

[3] Utx-A, AVRP, testamento de Mariano Riva Palacio, México, noviembre 10 de 1976, fólder 207, doc. 48.

que su vivienda se redujera a una habitación y que siempre estuvieran tan brujas? Nos sometemos a la evidencia de los documentos y decimos, como una de las nueras de Vicente, quien le escribe: tu hermano "es muy poquita cosa". Fue afortunado Vicente, es cierto, pero a la vez debemos apreciar su propio esfuerzo: él compartió con sus hermanos idénticos e ilustres antecedentes familiares, pero sólo él destacó, sólo él llegó a ser alguien. Es cierto que no conoció privaciones en su niñez ni tuvo que hacerse él solo, pero sacó buen provecho de sus talentos naturales y añadió, a los de su familia, méritos propios. Si hubo otros factores psicológicos o familiares que lo favorecieron no tenemos elementos para declaramos en ningún sentido.

San Gregorio

Riva hizo los estudios elementales con un maestro que había tenido todo tipo de empleos, su nombre era José Ignacio Sierra, y que había recorrido medio país lo cual nos hace pensar en los cientos de historias sobre México que podría relatar. Desde muy chico estudió también el francés, con los hermanos Richardet, y tal vez algo de piano, Gramática y Filosofía (hoy diríamos secundaria y preparatoria) las cursó en el célebre Colegio de San Gregorio, que era el equivalente capitalino de los Institutos Científicos y Literarios que se fundaron en muchos estados para mejorar y hacer más moderna la educación. Algunos, apresuradamente, han descalificado lo que el Colegio de San Gregorio enseñaba y aun se atreven, con base en un testimonio aislado, a decir que el rector, don Juan Rodríguez Puebla, era prácticamente un sádico que tenía "un genio feroz". Esto es mala historia e incluso mala caricatura. Es un ejemplo más de la peregrina idea de que la educación de antes, por el solo hecho de no ser como la actual, era mala. Baste decir que muchos de los tan celebrados "hombres de la Reforma" se educaron en San Gregorio y todos admiran aquella "pléyade" de ciudadanos y todos convienen en admitir que estuvieron a la altura de los difíciles tiempos que les tocó vivir.

Nos inclinamos a creer decididamente que para el futuro historiador la educación que recibió Riva en San Gregorio fue muy superior a la que tuvo nuestra generación. Sobre todo por el estudio de los clásicos y de las lenguas fundadoras de Occidente. Y no era pura teoría lo que ellos aprendían: en la guerra, en Michoacán, Riva podrá calcular la hora que saldrá la luna, dato muy útil para los movimientos militares.

También fue muy importante San Gregorio como espacio de sociabilidad. Allí se conocieron y se trataron muchos de los que después alternarían en el Congreso, en los ministerios, en los campamentos militares y también -y no menos importante- en las aulas literarias, en los periódicos y en las imprentas.

Riva estudió la carrera de abogado y retomó el estudio de los clásicos a través del derecho romano; su título profesional todavía lo alcanzó a firmar el general Santa a en el que sería su último período presidencial. El flamante abogado no era muy, exitoso pues la clientela era escasa y a veces tramposa y no le pagaba, con un poco de vergüenza le escribe a su padre y le pide ayuda para comprarse siquiera una levita.

Pero a partir de 1855, en que fue nombrado regidor del Ayuntamiento de México, su humor mejoró notablemente. Muchos políticos iniciaron su carrera por el Ayuntamiento que era en verdad una muy buena escuela pues a la escala de una ciudad se conocen los diferentes ramos de la administración pública. El aspecto de Riva que más queremos destacar en su paso por el Ayuntamiento es que, cuando en 1856 alcanzó el nombramiento de Secretario de la corporación ordenó que el archivo, que databa del siglo XVI, se ordenara alfabéticamente y por ramos de la administración: alumbrado, cárceles, hospitales, etcétera. Este fue su primer gesto de historiador y hace evidente que para él fue un asunto de importancia tener bien arreglado el archivo, por más que de ello no derivara ninguna mejora concreta, queremos decir inmediata, para la ciudad. No lo puedo

asegurar, pero apuesto a que le echó un vistazo a las actas de cabildo de los primeros años de la ciudad, material que después utilizaría en alguna de sus novelas históricas.[4]

En 1856 se casó, después de dos años de noviazgo (documentado en muy curiosas cartas) con Josefina Bros, que sólo le daría un hijo, Federico Vicente, y que provenía de una familia acaudalada que poseía buen número de fincas urbanas en la capital. Ella es otra de las invisibles del XIX, mientras el archivo de su marido suma más de diez mil documentos, sólo unos cuantos conciernen a ella y los de su puño y letra no son más que dos o tres.

Riva fue además constituyente del 57, si bien en la historia oficial que nos ha legado Zarco apenas se le menciona.

Tal vez el período menos documentado de la vida de Riva, con fuentes dignas de crédito, es la época de la guerra de Reforma (1858-1860). Sabemos que estaba en la capital y siempre se dice que fue mandado encarcelar por Zuloaga y luego por Miramón; habría que buscar en el archivo de su padre más información sobre estos años. Triunfante el gobierno legítimo y liberal en Calpulalpam a finales del 1860, durante los siguientes dos años, es decir hasta la invasión francesa, se puso en práctica la Constitución de 1857. Esta daba amplios poderes al Congreso y en consecuencia el presidente Juárez gobernaba con dificultad ya que la mitad de los diputados eran francos opositores, a la vez encendía los ánimos una ola de jacobinismo, nacida de las afrentas recibidas de los conservadores durante la Guerra de Reforma y atizada por las infamantes muertes de Leandro Valle y Santos Degollado en las goteras de la capital, y de Melchor

[4] Según parece todavía a principios de 1861 VRP era secretario del Ayuntamiento, según lo prueba la carta en que se le confirma que se ha aceptado su solicitud de separarse de la corporación. Véase Utx-A, AVRP, del Ayuntamiento de México a VR-P, México, enero 12 de 1861, fólder 183, doc. 25.

Ocampo en Michoacán. El discurso de Riva ante la tumba de Leandro Valle es francamente incendiario.[5]

Pero dejemos aparte los pinitos oratorios de Riva, en donde se luce como liberal radical o "puro", como decían entonces. Fijemos nuestra atención en la orden que recibió presidente Juárez de recoger del ex- Arzobispado, el archivo del Tribunal de la Inquisición.[6] Hasta donde sabemos Riva llevó el archivo a su casa, en la calle de San José del Real 16,[7] y se dispuso a seleccionar algunos procesos o causas célebres pues su publicación había sido ordenada por el Congreso. Bien pudiera ser que la decisión del Congreso de comisionar a Riva, junto con Pantaleón Tovar, para publicar las causas célebres haya sido una respuesta a la solicitud expresa de los interesados.

Sucedió lo que dice Marc: Bloch: las revoluciones abren los archivos y sacan a la luz secretos hasta entonces impenetrables. No cuesta trabajo imaginar a Riva embebido en el examen de los legajos, algunos indescifrables por su escritura antigua, otros con

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

[5] Cuando considero, señores, el cadáver de Leandro pendiente a un árbol, como el de un facineroso, despojado de sus vestidos y expuesto a la burla de una soldadesca desenfrenada; cuando recuerdo ese cadáver cubierto de sangre, con el cráneo despedazado, el cerebro hueco, la boca sangrienta y los ojos entreabiertos, pero sin brillo ni luz, con los brazos en la horrible posición en que fue suspendido, entonces la sangre se agolpa a mi corazón, mis nervios se estremecen, se me eriza el cabello, se me embarga la voz y siento que de mi pecho se escapa un rugido de venganza y maldición; señores, el que no sienta hervir la sangre en sus venas, cuando hiera su imaginación esta terrible idea, ese no es mexicano." "Oración fúnebre pronunciada en el panteón de San Fernando, por el señor diputado don Vicente Riva Palacio, en ocasión del sepelio de Leandro Valle", en Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia (selección y notas de Jorge L. Tamayo), Editorial Libros de México, México, 1972, vol. 4, p. 548, 19722. Hallamos otro ejemplar de este texto, pero severamente mutilado, en AVRP, VRP, A la memoria del ciudadano general Leandro Valle mártir de la libertad. Oración fúnebre pronunciada en el panteón de San Fernando el día 29 de junio de 1861 por el ciudadano..., Imprenta de Vicente G. Torres, México, 1861, fólder 183, doc. 63.

[6] "Se ha servido acordar el excelentísimo señor presidente interino se encargue a usted que recoja del Arzobispado el archivo de la Inquisición, remitiéndolo a esta Secretaría". Pero no, Riva se lo llevó a su casa. Utx-A, AVRP, del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, México, marzo 16 de 1861, fólder 183, doc. 32.

[7] Se menciona el domicilio de VRP, en relación a cierto asunto derivado de la tragedia de los mártires de Tacubaya, en El Monitor Republicano, marzo 19 de 1861.

letra más o menos legible, que revelaban de golpe los usos y abusos del nefando tribunal. Un Vicente Riva Palacio tenía con la historia, por así decirlo, un vínculo de sangre; pero su interés por el archivo del Ayuntamiento y ahora por el de la Inquisición muestran que estaba dispuestísimo a emprender trabajos historiográficos, siempre y cuando la política, madre de todos los prestigios, se lo permitiera.

Por cierto, la publicación de las causas célebres auspiciada por el Congreso abortó. Por una razón u otra el material no lograba salir de la imprenta con todo y que conocemos el prospecto, ese anuncio que se hacía justo antes de que apareciera una publicación (en lugar de nuestras aburridas presentaciones de libros), según lo publicaba El Monitor Republicano:

> Autorizados por el Supremo Gobierno para publicar algunas de las célebres causas que forman el archivo de la extinguida Inquisición, y que por el interés histórico que pueden ofrecer en sus peripecias, son dignas de darse a la prensa, los editores de esta publicación, tienen el honor de anunciarla hoy.
>
> La intervención prolija y universal que ejercía en la sociedad, en la familia, y hasta en el individuo, la poderosa corporación que llevaba el nombre de Santo Tribunal de la Fe, su influencia decisiva en las costumbres de su época, y lo disímbolo de los principios que le servían de base, respecto de los que se profesan hoy generalmente, dan a nuestra publicación un interés, que es todavía mayor si se considera que esos procesos han pasado en los impenetrables secretos de un Tribunal, todo misterio por su misma naturaleza.

Más adelante añade con esa fruición que conocemos bien quienes disfrutamos el contacto con papeles viejos:

> Hay cierta solemnidad en levantar de esta manera el velo a documentos reservados hace tantos años, y extraídos, por decirlo así, del dominio público. Hay cierta curiosidad ávida e insaciable d conocer los mil pormenores contenidos en aquellos procesos, que a nadie ocurrió llegar a descubrir alguna vez.

Por último citaremos un trozo que nos demuestra que el historiador no debe mentir jamás, a menos que sea preciso:

> La lectura de las piezas muy curiosas del archivo de la Inquisición no tiene un interés de partido político.[8]

En el Congreso se urgía la publicación de la obra, pero no salía a la luz, hasta que un diputado al parecer dio en el clavo cuando dijo: "el clero tiene emisarios por todas partes":

> En el Segundo Congreso Constitucional se erigió [Juan A. Mateos] en un defensor invencible de la separación de la Iglesia y el Estado y así lo manifestó repetidas veces en la tribuna, como cuando también apoyó una proposición del diputado Vicente Riva Palacio para que se publicaran las causas del tribunal de la Inquisición, documentos que pedía la Suprema Corte para relegarlos al olvido; Mateos sostuvo que no se remitieran a la Corte y que se publicaran: "Señores: el clero tiene emisarios en todas partes, en todos los poderes de la Federación, pero sus ideas negras resaltan sobre el rojo de la situación. El día de la verdad ha llegado; el sol ilumina esos antros donde se han perpetrado tantos crímenes que la historia guarda en sus páginas, acusados en esos archivos que hoy abre la revolución.[9]

Poco después sobrevino la guerra con Francia y de ello resultó que la primera versión, basada en los documentos originales, sobre el Tribunal de la Fe se dio a conocer en las novelas históricas que publicaría Riva Palacio a partir de 1868.

Es preciso hacer algunos comentarios adicionales sobre el archivo de la Inquisición, pero corresponden a otro apartado.

Avatares del archivo de la Inquisición

Se ha acusado a Vicente Riva Palacio del exceso de conservar en su poder un archivo incautado por la nación y aun de regalarle, como cosa propia, algún proceso a un amigo. Todo esto es cierto, como veremos a continuación.

---

[8] El Monitor Republicano, México, mayo 31 de 1861. Este prospecto es sin duda obra exclusiva de Riva pues la versión manuscrita la hemos encontrado en su archivo personal y es de su puño y letra. Véase Utx-A, AVR-P, manuscrito de su puño y letra sin lugar ni fecha, fólder 183, doc. 107.

[9] José Barragán (estudio y selección), Juan A. Mateos. Periodista liberal, Departamento del Distrito Federal, México, 1983 (Colección Distrito Federal, 3), p. 26.

No es muy completa ni exacta la historia del archivo de la Inquisición y se ha prestado a muchas confusiones. Don Luis González Obregón dice en su México viejo:

> Este archivo se conservó en el departamento del Arzobispado de México, en la planta baja de edificio que tenía ventanas hacia la calle cerrada de Santa Teresa. Parte de este archivo pasó después de la Reforma a poder del general don Vicente Riva Palacio. Muchas causas que se perdieron entonces las recogió don José María Vigil para el Archivo General [de la Nación], donde ahora se conservan. Otras tienen algunos particulares, y no pocas han sido vendidas al extranjero por especuladores de nuestros monumentos históricos. En la Biblioteca Nacional hay también algunos procesos.[10]

Don Ignacio Rubio Mañé, nativo de Campeche que llegó a ser director Archivo General de la Nación, escribió un artículo en donde señala:

> En el período de 1875 a 1883, nada de notable se hizo en el Archivo, a no ser el ingreso de una nueva sección: el archivo del Tribunal de la Inquisición, que se había solicitado repetidas veces. En 1861 se hallaba dicho importante fondo en el Palacio Arzobispal, y en 1863, al abandonar la capital las fuerzas republicanas, se ocultó en una bodega de la plaza del Volador, donde fue descubierto y sacado por el general don Vicente Riva Palacio, en 1867.

Y más adelante añade

> "Inquisición, 1,553 tomos... Los volúmenes del 1,477 al 1,544 constituyen un lote que se llama Riva Palacio, porque este historiador los había tomado prestados para sus estudios, y años más tarde los recuperó el Museo Nacional y fueron devueltos al Archivo [General de la Nación].[11]

Rubio Mañé no indica el origen de la información que copiamos, pero sacamos en claro que el archivo de la Inquisición paró en el General de la Nación después de 1875, y que se había solicitado repetidas veces. También puede ser posible que durante la guerra de Intervención se hubiera escondido, para que no cayera en manos de la reacción. Hay otro dato importante: el archivo de la Inquisición que hasta hoy se conserva consta

[10] Luis González Obregón, México viejo. Época colonial. Noticias históricas, tradiciones, leyendas y costumbres, Editorial Patria, México, 1945, p. 665, nota 2.
[11] J. Ignacio Rubio Mañé, "El Archivo General de la Nación, México D. F., República Mexicana", en Revista de Historia de América, núm. 9, agosto de 1940, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, p. 110 y 132.

de dos secciones, una general y otra que se conoce como lote Riva Palacio, que según el citado suma 67 volúmenes (del 1,477 al 1,544).

Otra versión, que como la anterior data de los años cuarenta del siglo XX. difiere unos puntos, pues señala que el archivo que comentamos se hallaba:

> en el Palacio Arzobispal de México, hasta el año 1863, fecha mediante la activa, inteligente y atinada intervención de don en la que, m José María Lafragua (la que le ha valido, por cierto, los más denigrantes epítetos de un intemperante escritor confesional), fue trasladado a unas bodegas del edificio existente en la plaza del Volador, en las que permaneciera oculto hasta el año de 1867, y en donde fuera descubierto en esta fecha y rescatado definitivamente para servicio de los historiadores y de la Historia, por el general y licenciado don Vicente Riva Palacio, al retorno triunfal de las fuerzas y el gobierno republicanos a esta capital.
>
> Es verdad que a cambio de ése y otros muy estimables servicios, permitiose a don Vicente que guardara en su poder, para su examen, estudio y acuciosa consulta, obra de una veintena de volúmenes, de los más valiosos y todos pertenecientes a los primeros años de existencia del nefasto Tribunal de la Inquisición; todos los cuales corrieron azarosas vicisitudes antes de haber sido, finalmente, reincorporados al acervo del cual no debieron ser separados jamás. En efecto, a la muerte del afamado literato, que tan buen fruto supo sacar de la franquicia que le permitió poseer casi como cosa suya tan invaluable tesoro documental, sus familiares tomaron. efectivamente, por cosa propia, lo que sólo era prestada, vendiéndola, finalmente, al gobierno que era, con el mejor derecho, su efectivo propietario. Pero ocurrió que, en vez de ir a reunirse con el resto de los asenderados volúmenes, aquéllos fueron a parar, mediante la transacción realizada por los familiares de don Vicente Riva Palacio con el gobierno, al entonces Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía; al que fueron más tarde canjeados por el Archivo General -que debía ser su legítimo poseedor- entregándose en cambio algunos códices indígenas: restos exiguos de la otrora copiosísima y archivaliosa Colección Boturini.[12]

Las divergencias en las versiones, de escritores profesionales que en principio pudieron tener acceso a los archivos institucionales del Archivo General de la Nación, indica que a falta de los documentos respectivos mucho de lo que dicen eran informaciones orales más o menos dignas de crédito; esto lo confirma otra versión posterior de don Alfonso Toro:

[12] Mario Mariscal, Reseña histórica del Archivo General de la Nación (1550-1946), Secretaría de Gobernación, México, 1946, p. 102-104.

> El Archivo de la Inquisición de México se conservó intacto durante mucho tiempo después de la Independencia, pero al triunfo de la República sobre el Imperio, se dice que el general Riva Palacio pidió al gobierno que le permitiera hacer una selección de lo que considerara más interesante, y con ella pagara una cantidad que se le adeudaba por sueldos devengados durante las guerras de Intervención y el Imperio[13], lo que le fue concedido. La colección así formada, que se conoce con el nombre de colección Riva Palacio, comprende casi todo lo más importante del Ramo de Inquisición... Es de sentirse que falten alguno procesos que el general regaló a algunos amigos; de ellos unos fueron a dar al extranjero y otros parece que son los que se encuentran en la Biblioteca del Museo Nacional de Arqueología. También faltan algunos que hace tiempo fueron sustraídos del Archivo General. Después de poseer el general Riva Palacio la colección de su nombre por algunos años, la vendió nuevamente al gobierno nacional, que la destinó al Archivo General de la Nación, donde se encuentra.[14]

Sería muy prolijo señalar todas las contradicciones de los testimonios arriba citados y para deshacer la maraña conviene recordar que -lo que nos dicen los documentos fidedignos de la época- es que Riva recogió el archivo inquisitorial en 1861 por orden de Juárez para publicar algunos procesos célebres; esto último debió ser la justificación inicial para que los mantuviera en su poder, pero muy pronto se le exigió que los entregara (como lo establecía la orden original del presidente Juárez), según se lo notificaba el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, toda vez que el Congreso determinó que pertenecían a éste, y no a la Suprema Corte, y se les requería -a él y a Pantaleón Tovar- "trasladen inmediatamente a este Ministerio el archivo de que trata".[15]

No sabemos decir cómo se las arreglaron Tovar y Riva pero por lo pronto entregaron el archivo, con todo y que contravenían una orden presidencial. Al parece ambos diputados sembraron la duda en el Congreso de a qué Ministerio debía pertenecer

[13] Manuel Toussaint desmiente el asunto de que Riva recibió como pago el archivo: "Por algún tiempo se creyó que los volúmenes de ese archivo [de la Inquisición] que Riva Palacio conservó en su poder, le habían sido cedidos por el gobierno en pago de alcances. En realidad le fueron prestados y después de su muerte el Archivo General de la Nación los recuperó". Véase VRP, Cuentos del general (prólogo de Manuel Toussaint), Editorial Cultura, México, 1929 (Clásicos Mexicanos), p. XIII-XIV.

[14] Alfonso Toro, La familia Carvajal, Editorial Patria, México, 1977, p. 11.

[15] Utx-A, AVRP, del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública a VRP y Pantaleón Tovar, México, agosto 6 de 1861, fólder 183, doc. 67.

ese fondo documental, y cuando se decidió que fuera a Justicia e Instrucción de algún modo dieron largas al asunto por más de medio año, hasta que recibieron una nueva orden del presidente y más específica:

> Dispone el presidente de la República que se sirvan ustedes entregar al ciudadano José Fernando Ramírez, inspector general de la Biblioteca Nacional, el archivo de la ex Inquisición que recogieron ustedes por orden de esta secretaría dictada el año pasado y verificando dicha entrega con arreglo al inventario, conforme al cual lo recibieron ustedes entonces.[16]

Pero este requerimiento llegaba muy tarde pues Vicente ya había recibido de Juárez el encargo de formar una guerrilla,[17] con el grado de coronel, había partido rumbo a Puebla y se había incorporado al Estado Mayor del general González Ortega, según le escribe a su padre en marzo de 1862.[18] Probablemente Pantaleón Tovar también ya se había incorporado al ejército republicano; sabemos de cierto que en agosto del mismo año se hallaba en Acatzingo.[19]

Y como si no hubiera guerra, como si Riva Palacio no estuviera comprometido en la campaña, la maquinaria burocrática le seguía enviando oficios, como este del Ministerio de Justicia:

> El presidente de la República tuvo a bien disponer como medida de orden, la que fue comunicada a usted para que se sirviera entregar desde luego el archivo de la ex-Inquisición con el objeto de que fuera trasladado a la Biblioteca Nacional donde deben estar depositados, evidentemente, los documentos importantes que forman dicho archivo público. Como por otra parte esa traslación no es un

[16] Utx-A, AVRP, del Ministerio de Justicia, Fomento e Instrucción Pública a VRP y Pantaleón Tovar, México, abril 14 de 1862, fólder 183, doc. 87.
[17] "El ciudadano presidente constitucional ha tenido a bien autorizar a usted para que levante una guerrilla en los términos y punto que estime conveniente, para hacer la guerra al enemigo extranjero". Este documento se halla en la Colección Antigua de la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología e Historia, en un volumen que probablemente era el familiar y que en el lomo lleva la leyenda "Caos", carta de la Secretaría del presidente Benito Juárez a VRP, México, abril 15 de 1862, foja 6 verso, doc. 15.
[18] Utx-A, AVRP, de VRP a Mariano Riva Palacio, Zaragoza, marzo 15 de 1862, fólder , doc. 83.
[19] Utx-A, AVRP, de Pantaleón Tovar a su "querido amigo", Acatzingo, agosto 7 de 1862, fólder 183, doc. 102.

> obstáculo para que se cumpla con el acuerdo de la Cámara que encomendó a usted su publicación, puesto que los documentos todo que contiene quedarán a disposición de usted en aquel establecimiento público, a fin de [que] pueda usted consultarlos y publicarlos cuando guste, reitero a usted su cumplimiento, en virtud de nueva disposición del supremo magistrado la orden precitada de 16 del corriente.[20]

Por cinco años estuvo Riva peleando en las montañas, un plazo largo, una experiencia amarga y apoteótica a la vez que indudablemente afectó su escritura y a ella habremos de referimos; pero se ignora el paradero del archivo de la Inquisición durante la guerra de Intervención; tal vez como se dice, permaneció oculto en una bodega de la Plaza del Volador. Pero de seguro bien oculto pues, como hemos señalado, todo indica que la Iglesia intervino para hacer abortar la edición de los procesos célebres que seleccionaron Riva Palacio y Tovar. Tal vez si se hubiera entregado en 1861 el archivo inquisitorial a la Biblioteca Nacional o al Archivo General de la Nación, las autoridades conservadoras o imperiales le hubieran echado el guante y hoy sólo podría consultarse en el Archivo Secreto del Vaticano, esto suponiendo que no lo hubieran destruido.

Triunfante la República, Riva escribe a todo vapor sus novelas históricas, en las cuales la Inquisición tiene un papel muy importante, lo cual hace obvio que conservaba el archivo aún en su poder y de nuevo se le requirió, a principios de 1869, que lo entregara al gobierno:

> El ciudadano director del Archivo General de la Nación, en virtud de orden superior y con arreglo al artículo 20 de la ley de 19 de noviembre de 1845, ocurrió al gobierno del Distrito pidiendo la entrega del de el [sic] extinguido Tribunal de la Inquisición que debe estar en esas oficinas conforme a esa misma ley y se halla en poder de usted por otra disposición posterior. Mas estando declarado ese archivo de la pertenencia de esta Secretaría ocurre a ellas solicitando la indicada entrega y en el ocurso que le dirigió en 13 del actual se halla el párrafo siguiente:
>
> Posteriormente el ya citado general Riva Palacio ha manifestado verbalmente al oficial de esta oficina, que no siéndole posible hacer las publicaciones de que se trata, tanto por sus muchas ocupaciones, como por el estado de desorden en que se encuentra el archivo en cuestión, está en la mejor disposición de hacer la entrega, teniendo a la vez en consideración el detrimento que aquellos papeles

[20] Utx-AVIZP, del Ministerio de Justicia, Fomento e Instrucción Pública a VRP, México, abril 21 de 1862, fólder 183, doc. 89.

> sufren cada día por no hallarse en un lugar a propósito ni colocado de manera conveniente, por lo que sólo espera la orden de usted para proceder a la entrega del tan repetido archivo de la Inquisición.
>
> En consecuencia el ciudadano presidente de la República se ha servido acordar, que supuesta la disposición en que está usted de devolverlo, lo entregue al expresado director del Archivo general para que se deposite en él, inter esta Secretaría determina el lugar en que debe quedar definitivamente conforme a lo dispuesto por el Congreso de la Unión en 31 de julio de 1861.[21]

Pero Riva no entregó el archivo, aun a pesar de nuevos requerimientos que le hizo, en febrero y en mayo de 1869, M. Armendáriz, director del Archivo General de la Nación.[22] Eso de la publicación de las causas célebres era buen motivo para dilatar las cosas, como también el recurso de no estar enteramente claro a qué institución debían entregarse, como lo muestra una nueva comunicación del Ministerio de Justicia:

> En 17 de febrero del presente año se dijo a usted por esta Secretaría, que supuesta su resolución de devolver el archivo del extinguido Tribunal de la Inquisición que se halla en poder de usted, lo entregara en el Archivo General, para que esta misma Secretaría determinara el lugar en que definitivamente debía quedar; y hoy, por acuerdo del ciudadano presidente de la República. tengo el honor de decirle que dicho ciudadano presidente ha creído más conveniente que se conserve en la Biblioteca Nacional el expresado archivo, para lo cual espero se sirva usted entregarlo al ciudadano licenciado José María Lafragua, director de dicha biblioteca.[23]

Esta es la última carta en que se le requiere oficialmente la entrega del archivo. Antes de examinar si al fin lo entregó o no debemos expresar nuestra admiración de que, al menos por ocho años, Riva hubiera podido burlar lo que eran, no órdenes administrativas de funcionarios inferiores, sino acuerdos- presidenciales. ¿Era Riva tan poderoso? Pensamos que no. Ni como ministro que era, en 1869, de la Suprema Corte de Justicia, ni como periodista de oposición en La Orquesta, menos aún como novelista, podía permitirse tales desplantes y arriesgarse a ser llamado ladrón o cuando menos

---

[21] Utx-A, AVRP, del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública (Ignacio Mariscal) a VRP, México, febrero 17 de 1869, fólder 183, doc. 474.

[22] Utx-A, AVRP, del Archivo General de la Nación (M. Armendáriz) a VRP, México, febrero 20 de 1869, fólder 183, doc. 477; y AVR-P, del Archivo General de la Nación (M. Armendáriz) a VRP, México, mayo 20 de 1869, fólder 183, doc. 530.

[23] Utx-A, AVRP, del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública (Ignacio Mariscal) a VRP, México, junio 3 de 1869, fólder 183, doc. 538.

funcionario indisciplinado. Por su parte Juárez no podía dejar de pedirle una y otra vez la entrega del archivo, pues de otro modo se hubiera acusado al presidente de disponer de bienes públicos como cosa propia. Por ello nos inclinamos a creer que por encima de los requerimientos administrativos que hemos citado había un pacto, aunque no me atrevo a llamarlo masónico, de que Riva se aferrara al archivo como perro de presa, al menos en tanto se tuviera la certeza de que no iría a parar a manos de la reacción.

La ausencia de los documentos respectivos nos impiden determinar con exactitud cuándo entregó el archivo Riva, pero es seguro que hubo, cuando menos. dos entregas diferentes. Posiblemente fue en 1869 (en que cesan las requisitorias) cuando Riva entregó la mayor parte del archivo; o tal vez fue en el período 1875-1883 (según apunta el antes citado Rubio Mañé) en que se hizo la entrega de lo principal. Pero no cabe duda de que Riva conservó hasta su muerte en su poder esa parte que llaman el "lote Riva Palacio", que corresponde precisamente a los procesos más sonados, como el de los Carvajales y el de Guillén de Lampart, los cuales sirvieron como material para sus novelas históricas.

Otros documentos nos indican que Riva puso "su" colección a disposición de los estudiosos, como fue el caso del norteamericano Henry C. Lea, quien desde 1879 sostuvo correspondencia con Riva, recibió de él información e incluso la invitación de venir a México "to examine your collection of records".[24]

En cuanto a la acusación de que Riva regaló algún proceso, no de los más importantes, también parece ser cierta pues durante la dirección de Leonor Ortiz Monasterio en el Archivo General de la Nación, una persona donó a la institución un proceso inquisitorial que, según dijo, su abuelo había recibido como obsequio.

[24] Utx-A, AVRP, de Henry C. Lea a VRP, Filadelfia, noviembre 1 de 1890, fólder 9 doc. 147. Véanse otras cartas del mismo Lea en fólder 186, doc. 72 y fólder 191, doc. 134. Lea fue autor de una History of the Inquisition muy celebrada por críticos de la talla de Van Wyck Brooks, "Autores y descubridores", en El escritor en los Estados Unidos, Editorial Limusa-Wiley, México, 1966, p. 60.

Como ya adelantamos, a la muerte de Riva el lote de legajos que lleva su nombre pasó a poder del gobierno, según parece al Museo Nacional (hoy Instituto Nacional de Antropología e Historia), de lo cual queda como prueba en el archivo histórico de la Biblioteca Hernández Dávalos (también llamada Biblioteca Nacional de antropología e Historia), cierto número de documentos que sin duda formaron originalmente parte del archivo personal de Riva, como son varias cartas dirigidas a él, pero destaca un álbum de fotografías, grabados y documentos que estamos convencidos formó Josefina Bros, su esposa; se trata del clásico álbum familiar[25]. Por otra parte es un hecho que el Museo Nacional y el Archivo General de la Nación hicieron un intercambio de colecciones, pasando al primero las de tema prehispánico y recibiendo el segundo fondos coloniales, entre los cuales estaba incluido el mencionado "lote Riva Palacio", que hasta la fecha está así clasificado. No sabemos decir si, como afirma Alfonso Toro -quien de erudito no tiene fama- estos documentos que poseía Riva Palacio fueron vendidos al gobierno por sus descendientes; lo que más me extraña es que el álbum familiar esté ahí ¿quién se desprendería de algo tan íntimo y tan honroso? Hagamos un balance general ¿qué tanto se perdió del archivo inquisitorial mexicano?

En conjunto los archivos inquisitoriales de los antiguos dominios de España corrieron con mala fortuna, según refiere Toro:

> Hemos dicho que el archivo de la Inquisición que se guarda en México, es quizá el más importante del mundo, porque los archivos de la Inquisición de España, fueron saqueados durante la invasión francesa, a principios del pasado siglo, por lo que faltan muchos documentos. El archivo de la Inquisición de Lima, que era tan importante como el de México, se conservó casi intacto, después de la supresión del tribunal en 1820, en el convento de San Agustín de aquella ciudad, donde estaba el Archivo Nacional, y algunos papeles en la Biblioteca Nacional; pero

[25] El primer documento que aparece en el álbum, un grueso y muy grande volumen, es la notificación del nuevo domicilio de la recién casada pareja. Otras piezas que ahí se coleccionan son evidencias de honores que Riva recibió, muchos diplomas por ejemplo, además de cartas importantes y caricaturas. En el lomo el volumen lleva el título de "CAOS" y forma parte, como ya hemos dicho de la llamada Colección Antigua de la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología e Historia.

> todo se dispersó y se perdió, cuando las fuerzas chilenas invadieron la capital del Perú, y saquearon ambos establecimientos. El archivo de la Inquisición de las islas Filipinas, sometidas a la jurisdicción del Santo Oficio residente en México, como lo estaba también toda Centroamérica, también ha sido destruido en gran parte, primero cuando los ingleses el 5 de octubre de 1762, capturaron Manila, pues no habiendo habido tiempo para ocultar los expedientes inquisitoriales, un inglés católico y don César Fallet, quemáronlos, para que no quedaran en manos de los invasores, y el resto de época posterior ha sufrido mucho debido al clima y los insectos, a pesar de que se usaba un delgado papel, de color moreno claro, semejante al de la India, para actuar en Filipinas.[26]

Y la autora de la que probablemente es la mejor obra sobre la Inquisición mexicana, Solange Alberro, confirma y amplía lo antes dicho:

> En effet, on le sait, seul le tribunal de Mexico, avec ceux du Tolede, Cuenca, Valence et peut-etre des Canaries, a conservé la presque totalité des archives inquisitoriales...[27]

Agradecemos al paciente lector haber llegado a este punto, para decirle que la acusación de que Riva se apoderó y conservó hasta su muerte el archivo inquisitorial es cierta, y además lo honra, pues hoy día disponemos de la "casi totalidad" de ese archivo, que sumada a los procesos que guardan algunas universidades norteamericanas (¿serían los volúmenes que regaló?), lo convierten en "el más importante del mundo" en su tipo. Sucede aquí algo normal, una acusación canallesca resulta ser, en los hechos, una prenda de orgullo para el acusado, pues si Riva no se hubiera apoderado del referido archivo difícilmente se hubiera salvado, sobre todo si consideramos que el partido reaccionario tuvo en su poder a la capital entre 1863 y 1867.

Nos ha interesado seguir de cerca la historia del archivo de la Inquisición porque a él se debe, en opinión nuestra, que Riva se convirtiera no en un historiador más (un típico autor de un texto escolar), sino uno de los grandes historiadores del XIX. Se di con razón que la historia es deporte de viejos, pero se debería aclarar que se trata viejos que durante décadas han meditado sobre la profesión, que han contaminado sus

[26] Toro, La familia Carvajal, loc. Cit., p. 10-11.
[27] Solange Alberro, Inquisition et societé au Mexique 1571-1700, Centre d'Etudes Mexicaines et Centramericaines, Mexico, 1988, p. 22.

manos con los hongos de los documentos, que han llenado sus casas -sean chicas- sean grandes con todo tipo de libros, de los más variados temas, que son los habituales de los libreros de viejo y conocen por su nombre a los empleados de los archivos y las bibliotecas. No puede haber historiador sin el trato continuado con los documentos y, como hemos visto, para nuestra historia colonial, en este punto Riva estaba sobrado. Sin embargo el solo trato continuado con los documentos no produce al historiador propiamente dicho, sino al erudito; el historiador cabal debe tener además un trato continuado con los clásicos, es decir el conocimiento de la tradición propia y también la universal. Los documentos son la munición empírica; el conocimiento de los clásicos, por su parte, es el arsenal epistemológico.

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

La escritura de la historia y la experiencia de la guerra

Álvaro Matute ha estudiado, entre otras cuestiones interesantes el papel de la ideología en la historiografía y ha sintetizado en estos términos la versión oficial de nuestra historia:

> La historia oficial mexicana fue formulada a partir de la República Restaurada y encontró en México a través de los siglos su mejor expresión. Si quisiéramos formular un ideologema [enunciado que expresa sintéticamente una ideología], sería el siguiente: la historia del pueblo mexicano es la de su lucha por la libertad.[28]

Dicho "idiologema" ha sido usado y abusado, incluso grabado en piedra en el museo de historia conocido-como "el caracol",[29] por obra de don Jaime Torres Bodet. Además, como los "gobiernos emanados de la Revolución" hicieron del fraude electoral

[28] Alvaro Matute, "La historia como ideología", en Históricas, núm. 49, mayo-agosto de 1997, p. 10.
[29] También llamado Galería de Historia, está ubicado a un lado del Castillo de Chapultepec (Museo Nacional de Historia).

una nueva rama de la ingeniería, uno tras otro los gobiernos, al menos hasta el día de ayer, fundaban su legitimidad en su raíz histórica (la Revolución Mexicana), a falta de la legalidad que sólo se obtiene en las urnas.

Lo interesante de Riva es que sí conoció al "pueblo" de carne y hueso, especialmente durante la guerra de Intervención. Él mandó, él encabezó al pueblo guerrillero que durante cinco años hizo una resistencia incesante a la Intervención Francesa en las montañas de los estados de México y Michoacán. ¿Suena retórico, ideológico? Pues sí, ya sabemos que durante el Porfiriato lo mismo se obsequiaba a los embajadores extranjeros el México a través de los siglos, libro que narra la historia del pueblo mexicano por su libertad, por más que en esa misma época se le explotara salvajemente en Valle Nacional, en las monterías de Chiapas y en muchas otras partes del país.

Riva tendría motivos para hablar a nombre del pueblo y de la libertad por, derechos de sangre. Hay que tener presente al abuelo, don Vicente Guerrero, que hizo honor a su nombre y si bien los méritos no se heredan, el prestigio sí, aunque hace falta saber capitalizarlo. Pero además Guerrero quien más que pueblo por su tipo racial parece populacho, casta, poco más que la canalla, le dio "la" libertad, la grandota, a lo novohispanos. Pero nuestro Riva es todo un general, por méritos obtenidos en las campañas contra la Intervención Francesa, nuestra segunda independencia, según se la llamó entonces. A Riva bien puede llamársele el libertador de los estados de México Michoacán. Y ¿quiénes eran sus soldados y quienes sus capitanes? No otros que los "chinacos", pueblo de veras, no menos épicos que los mirmidones de la Ilíada. El coro Nicolás Romero, de quien se dice que nunca preguntaba el número de los contingentes

enemigos, sino sólo dónde se hallaban, había sido campesino por el rumbo de Pachuca y luego obrero en una fábrica de Tlalpan. También había en las filas de Riva tratantes de maíz o de café, numerosos artesanos y algunos, aunque pocos, indígenas. Y ese título de chinacos lo recogieron del desprestigio en que la sociedad lo tenía y lo hicieron suyo, se invistieron como chinacos y en sus cartas profesaban su fe: el general Carlos Salazar, mártir en Uruapan, le escribe a Riva llamándolo "Mi muy querido chinaco", lo felicita por darle la función a los traidores" y firma así: "El chinaco Carlos Salazar".[30] Riva entretenía a los muchachos y les hacía un lindo dibujo de la victoria, los hacía trasladarse al castillo de Chapultepec, donde se celebraría con un baile la victoria, pero ahora sí nada de rubios sino todos "subiditos de color", morenos, como el café de Uruapan. Y ¿qué decir del general en jefe, del obeso general Arteaga? Herido en una pierna desde los combates de Acultzingo, sin el beneficio de los antibióticos las heridas nunca cerraron y cargaba su gran peso y sus llagas en una mula de paso suave, y con todo en cada marcha padecía indecibles sufrimientos. Pero Arteaga, nuevo Kutuzov, tenía una fe rabiosa en la victoria, aun en el momento en que se convirtió en el otro mártir de Uruapan[31] y finalmente en el nombre de una calle de Morelia y otra en Cuajimalpa, mero ideologema.

Pero el ideal chinaco no cuadraba a todo el mundo. Por ejemplo al general José López Uraga, ministro que fue de México en Prusia, donde estudió lo más avanzado de la ciencia militar. Que de nada le sirvió para mandar un ejército de coroneles obreros.

[30] Carta de Salazar a Riva Palacio fechada en Uruapan, octubre 4 de 1864, citada en Eduardo Ruiz, Historia de la guerra de Intervención en Michoacán, Balsal Editores, Morelia, 1975, p. 229-230.
[31] Véase "Arteagay Salazar" en la obra de VRP, Manuel Payrio, Juan A. Mateos y Rafael Martínez de la Torre, en El libro rojo 1520-1867. Hogueras, horcas, patíbulos, martirios, suicidios y sucesos lúgubres y extraños acaecidos en México durante sus guerras civiles y extranjeras 1520-1867, Díaz de León y White, editores, México, 1870.

Menos supo qué hacer con las soldaderas, quienes proveían el rancho de la tropa, y no dejaban escapar una gallina ajena que se cruzara en su camino; el genial uniformado decidió entonces conducir al presidio del Chiquihuite, a las soldaderas que fueran sorprendidas robando, con la condena de moler maíz por un mes.[32] Le tenía horror a la chinaquiza, según se lee en su correspondencia:

> Mi situación por aquí es la continuación de la guerra que sabe usted siempre me ha hecho la canalla a quien he procurado refrenar... . ni mi carrera, ni mis años, ni mis antecedentes me pueden permitir transigir con las gavillas y el pillaje.[33]

Poco tiempo después Uraga chaqueteó, se pasó al bando de los imperialistas, para no sufrir más ultrajes en su muy prusiana dignidad.

Otros jefes se estrellaron en el escollo de no poder armonizar los mandos. Don Nicolás Régules, general veterano de la guerra del 47, era rudamente franco, como buen español, y no supo "moralizar" al ejército como Riva, que en este punto fue inmejorable. La tropa seguía a los capitanes y a los coroneles que eran sus únicos jefes, al tiempo que las ambiciones, las pugnas entre éstos a cada paso generaban amenazas de defección. Así fue que Régules llevó al borde del desastre al Ejército del Centro y Riva tuvo que levantarlo, un mero esqueleto, para convertirlo de nuevo en una fuerza beligerante de consideración. Pero este mismo español que no pudo comprender la mentalidad de los mandos medios, digamos del pueblo, atacó el 11 de abril de 1865 la plaza de Tacámbaro. Allí vivía su familia y los belgas sitiados tuvieron una idea terrible: "La esposa del

[32] La Orquesta , enero 2 de 1864.
[33] Ruiz, Historia de la guerra..., loc. Cit. carta de José López Uraga a VRP desde Zapotlán, junio 18 de 1864, p. 149-150.

general Régules y sus tres hijos fueron colocados por los belgas sobre la trinchera, a la vista y en medio del fuego de los republicanos..."[34] ¿Cuál fue la reacción de Régules? Dio la orden: !Adentro¡ Tenía casta de Miura el general.

Nos ha enseñado el maestro Álvaro Matute que la poesía es una fuente de gran utilidad, pues arroja luz sobre espacios íntimos de los personajes que los retratan de una pieza. A propósito hallamos en el cuaderno de notas que utilizó Riva Palacio durante la Intervención, un poema escrito en el campamento que algo tiene que ver con el pueblo, la libertad y con la muerte; se trata de la agonía del coronel Bernal en el sitio de Uruapan:

El ejército del pueblo
sitiando la plaza está
los traidores se resisten
y en un momento fatal
asaltando un parapeto,
como siempre tan audaz
yendo el primero de todos
herido cayó Bernal.

Silenciosos lo contemplan
cuantos mirándolo están
abre un momento los ojos
y dando señas de hablar
después de mirar doquiera
dice con inquieto afán
voy a morir sin remedio
¿dónde está mi general?

Ya viendo que de rodillas
cerca de su lecho está
tiende sus débiles manos
todo -dice- va a acabar
que Dios les dé la victoria
muero por la libertad
adiós mi amigo, mi padre

[34] Ruiz, Historia de la guerra..., loc. Cit., p. 369.

lo espero en la eternidad
lanza suspiro fugaz
y muere tranquilamente
en brazos del general.[35]

Esto no es un relato de ficción, una historia contada a posteriori, es un poema de aquellos que los escritores se ven forzados a escribir sobre el terreno. Es un retrato de lo sublime al pie de la letra, tal vez con las manos manchadas aún con la sangre de Bernat, El general, como un padre, ofrece el lecho de sus brazos para que en él mueran sus hijos, sus bravos oficiales. La sangre de Bernal es el agua lustral de la libertad. O es simplemente un ingenuo que no se da cuenta que muere para abrirle paso franco a la hacienda porfiriana, donde sus hijos serán encargados de la tienda de raya, si bien les va.

El ideal de este pueblo en armas, de Michoacán de los libres, está retratado por Riva en "El chinaco (romance nacional)". Pueblo sencillo, virtuoso, valiente. Pero sabemos que las soldaderas robaban; que la tropa era tan desleal que, en Zitácuaro durante un combate Riva arengó a unos prisioneros que en ese mismo instante se tornaron republicanos; que los generales chaqueteaban; que el campamento no era un jardín impoluto sino el terreno donde se expresaban todas las miserias humanas. Pero como dice Silvio Rodríguez, si alguien roba comida y después da la vida ¿qué hacer? Dicho de otro modo, Santa Anna fue pueblo al frustrar la invasión de Barradas más, tan pronto pudo, fue tirano. La vida es tal como dice Víctor Hugo: entre lo sublime y lo grotesco media el drama humano.

[35] VRP, "Carnet de guerra" (presentación y versión paleográfica de José Ortiz Monasterio), en Literatura Mexicana, vol. VII, núm. 2, 1996, p. 524-525.

La muerte del coronel Bernal no está consignada en el tomo respectivo del México a través de los siglos. De hecho, toda la guerra de Intervención en Michoacán está ausente, salvo dos o tres noticias. La gesta de Arteaga, Salazar y Riva no es cantada en el México..., este trabajo lo hará un michoacano años después. Pero bien podemos decir que la fibra con que está tejido el conjunto de la obra, está extraída de las palmas de la tierra caliente cuyo paisaje tanto admiró Riva. La fibra de la escritura del México... es épica. El triunfo sobre la Intervención Francesa, como también el triunfo de la independencia, es la expresión soberana del Derecho, pero que sólo alcanzó su cumplimiento gracias a la espada vencedora. "Might is right". Se luchó por la libertad que significaba sobre todo sacudirse el yugo extranjero: eso sí se logró, si bien con gran dificultad. Si sólo eso, y una literatura propia, nos dejó el siglo XIX, no estoy seguro que el siglo XX tenga mayores méritos que presumir.

Los clásicos antiguos son muy claros en cuanto a qué lugar puede dársele a eso se llama turba o multitud. Charondas, por ejemplo, el legislador ateniense, bien dijo "la muchedumbre sigue la fortuna y no la razón". En cuanto a Tácito, aseveró que "el juicio del pueblo no es verdadero nunca" y agregó que "se mueve fácilmente con declamaciones". Y ya en nuestra era San Gerónimo llamó a la multitud "boca de bárbaro y procaz". Y Juan XXIII (el antiguo)[36] dice: "cuanto alaba [la multitud] es digno de vituperio; cuanto piensa es vano; cuanto habla, falso; cuanto reprueba es bueno; cuanto prueba es malo, y finalmente, cuanto escoge inflame". Pero todas estas citas, que por

[36] "Baltasar Cossa (1370-1419) Antipapa en 1410-15. Nombrado por el sínodo de Pisa. Depuesto (1415) por 'simonía e indignidad' y encarcelado, reconoció sus cargos y fue habilitado por Martín V". Véase Diccionario enciclopédico Grijalbo, Ediciones albo, Barcelona, 1986, p. 1065.

supuesto le he plagiado a Riva,[37] sirven para mostrar que el concepto de pueblo se mueve a través del tiempo, según Riva:

> El dogma de la soberanía del pueblo y de la democracia fundada en la libertad, en la fraternidad y en la igualdad, que ha cambiado completamente el modo de ser de las naciones, ni se sospechaba siquiera en los tiempos de Plutarco...[38]

En todo caso Riva fue en la Intervención un general del pueblo o, si se quiere, sirvió dignamente al mando supremo: el pueblo que, a fin de cuentas, son los olvidados de todos los tiempos, y también son en cierto sentido el gran personaje del México...

Pero el fenómeno historiográfico no sólo tiene que ver con la producción del texto. Por más que el México... esté escrito con la sangre del coronel Bernal ello garantiza que será leído precisamente en ese sentido. Sí hay otras lecturas posibles porque el texto mismo las permite, lo cual nos impedirá, quizá, calificar a esta obra como populista o radical. Y hay una razón de gran peso para que sea así: el objetivo primordial de la obra es la reconciliación tanto con el pasado (superar la disputa indigenista-colonialista) como con todas las fuerzas centrífugas que en el XIX impidieron la construcción de un Estado perdurable. Se consiguió la independencia, se consiguió en un Estado perdurable; la cosecha parecerá magra sólo para quienes olviden lo que era la vida en México, digamos, en 1840.

En suma, el director del México... es un escritor de vena popular que no renuncia a los encantos de la burguesía -su famosa mansión en la calle de La Mariscala- con la cual se torna en un híbrido, más rebelde al análisis -como bien apreció Cosío Villega pero reafirma con ello y no desdice la condición mestiza de la cultura mexicana.

[37] El Radical, enero 21 de 1874.
[38] Ibid.

Por más que asediamos el concepto de pueblo, más ambiguo resulta y bien puede decirse que se trata de una entelequia, en el sentido original de cosa real que lleva en sí el principio de su acción y que tiende por sí a su propio fin. Es decir que el pueblo puede ser por Orozco (gente humilde con sombrero de palma), puede ser narrado por Riva ( a la vista de la sangre del coronel Bernal), pero en ambos casos, que parten de lo real, el creador cuenta con un convenio tácito; sabe que no veremos simplemente a seis campesinos, sino al pueblo; sabe que no leeremos a un muerto, sino al sacrificio del pueblo. Y, con el paso del tiempo, aquello que se refería originalmente a los olvidados o, como se decía antes, a los oprimidos, puede ser aprovechado por cualquier político vil como escudo de las más criminales ambiciones. El plástico concepto de pueblo termina por ser un significante sin significado, o un cajón de sastre donde todo cabe, un espacio que puede ser ocupado por cualquier emisor. Sí, porque la entelequia no requiere de comprobación, es autorreferente. Decir pueblo equivale a decir causa justa, pero sólo en teoría, pues tal concepto pareciera un bien mostrenco al alcance de cualquiera. Y parece innegable que las guerras de Independencia, de la Intervención Francesa y también la Revolución de 1910 tienen un fuerte componente popular; las soldaderas son casi idénticas en las tres guerras y el siglo que las separa sólo se nota en el género de sus faldas, más basto en 1910 y proveniente de fábricas mexicanas. Soberanía de los géneros, industria nacional, pero en Río Blanco o en Tlalpan sigue la misma explotación, o casi; en la división del trabajo histórico los olvidados, el pueblo, tienen a su cargo la siembra y fertilización del terreno con su sangre; luego los políticos pelechan y finalmente los burgueses cosechan.

Y aquí empezaría nuestro ensayo sobre la desigualdad que sería muy lindo, le robaríamos conceptos a Rousseau y a Riva. Pero concluimos súbito que la desigualdad debe ser más antigua que el tabú del incesto y que será siempre un arsenal moral para todos los que aspiren a liberar a un pueblo (aprovecho la entelequia) de cualquier injusto opresión. Con qué hemos de quedarnos, entonces, con la palabra del coronel Bernal que nos dice "muero por la libertad", o daremos precedencia a documentos irrecusables, como se decía, de que en el ejército popular de Riva se practicaba la leva, según se lee en una carta dirigida a él por una madre afligida:

> Señor gobernador del 1o. distrito de Toluca.
> Enero de 1864.
> *Muy estimado señor de todo mi respeto:*
> Siento darle a usted un rato de incomodidad pero en la situación en que me encuentro me impulsa a serlo [sic] porque desde que agarraron a mis 4 hijos el 9 de enero del presente año 2 de ellos se los llevó el general Pueblita y los otros 2 se los trajo la tropa que está a las órdenes de usted por lo cual no tengo quien trabaje para mantener a mi familia porque mi marido no puede hacerlo por estar quebrado de las espaldas y ha habido veces que me he quedado sin comer yo 10 hijos míos chicos y mis 4 nueras porque no hemos tenido maíz para hacer4 ni dinero con qué comprarlo. Por lo cual le suplico me haga usted el favor de darlos en libertad siquiera en obsequio de la caridad pues de ellos le es a usted inútil por padecer de un pie desde que era chico consecuencias de haberse clavado una espina en el pie y cada vez que hace ejercicio se le hincha. Por tanto te suplico se sirva oírme pues usted está la felicidad de mi familia y mía. El otro día que usted me dijo que fuera a decirle a (sic) señor capitán que viera haber si estaban mis hijos en cuerpo, el señor capitán no quiso hacerme aprecio ni oírme, pues antes se enojó conmigo y no quiso después ni darme la respuesta del recado que usted le mandó conmigo. Al concluir ésta dejó, encomendada a (sic) mi suerte a vuestra generosidad el porvenir de mis hijos.
>
> Josefina Gregoria
> En el nombre de Dios.[39]

[39] Colección Jiquilpan, carta de Josefina Gregoria a VRP, s. l., enero de 1864, doc. 52, Agradezco a Juan Ortiz Escamilla por haberme proporcionado las copias de las cartas de Vicente Riva Palacio que se conservan en el museo de Jiquilpan, Michoacán.

Pero si la pregunta fundamental es ¿en qué medida y de qué modo afectó la guerra de Intervención la escritura de Riva? no hace falta decir la última palabra sobre el carácter popular, o no tanto, de aquella guerra. Lo que más importa, en. términos de la escritura de la historia, es que Riva no transigió con los invasores como sí lo hizo Larráinzar, por otros motivos igualmente eminente; importa que no se refugió en el extranjero, como tantos tibios corazones. Se la jugó con los más débiles (¿cómo compararnos con Francia?) en un momento en que la victoria estaba lejos de vislumbrarse, cuando la Guerra Civil en los Estados Unidos se inclinaba a favor de los esclavistas debido a la superioridad de sus generales, y cuando los invasores franceses tenían mucho mayores elementos de guerra. Adoptar la causa de los débiles fue lo que hizo Cuauhtémoc, cuando su imperio yacía derrumbado; fue lo que hizo Héctor en la defensa de Troya, no pudo tolerar la idea de que "su pueblo" fuera esclavizado, es decir que su esposa se convirtiera en una mercancía, en una cosa de la cual dispusieran los argivos. Pero a diferencia de estos dos héroes trágicos, que fracasan y perecen, Riva triunfa con Escobedo, con Díaz, con Rocha y tantos más; se convierte así en un héroe romántico; se impone pues pensar qué tipo de historia escriben los héroes convertidos en historiadores románticos (recordemos que el triunfo de la República es el gran final, la apoteosis del México...). Y todas estas circunstancias no eran prendas externas de las que Riva podía o no disponer; no, estas circunstancias le fueron consubstanciales, es decir que estaba hecho de su peculiar contingencia histórica. Nada podía hacer para evitarla, todo partió de una disyuntiva ética e histórica: luchar con los olvidados o con los poderosos, por la tradición colonial o por la modernidad. Y fue así como Riva se convirtió en general

y en Madrid será conocido como "el" general por antonomasia, seguramente porque él reconoció que ésa era la mayor prenda de su gloria. Entonces, si Bernal Díaz en su historia busca ante todo dar cuenta de sus servicios al rey, en cierto modo el México... es la hoja de servicios de Riva y su generación, por cierto, impresionante.

Ante la mirada cínica de nuestro tiempo Riva el hombre, el héroe y el historiador queda inserto en una realidad histórica menos esplendente de la que quisieran los libros de texto, pero su postura ética, un liberal ético no más, queda intacta: peleó en el bando de los olvidados, como su abuelo, y durante cinco años padeció las privaciones de la campaña y el desdén del presidente Juárez. ¿Qué resulta ser, entonces, un hombre ejemplar? Sólo como ejemplo de una postura ética: elegir el bando de los desvalidos; en cambio mal ejemplo sería para quien quisiera hacerse rico o conservar la tranquilidad del hogar. Pero no cabe duda que entre los historiadores que, con alguna legitimidad, pueden hablar a nombre del pueblo, invocarlo, Vicente Riva Palacio debe ocupar un lugar preeminente; esto significa una honra para él pero, lo que es más importante, escribir con sangre la tinta le da al discurso historiográfico, al discurso sobre los muertos, su máxima legitimidad y, en consecuencia, su eficacia atraviesa los siglos.

Esperamos haber dejado en claro que Riva, fue hombre de honor, lo decimos para quienes tal cosa interese, mas por si algo faltare terminamos con una carta que, en momentos difíciles, escribiera Vicente a su esposa Josefina, en donde explica las razones que le impiden aceptar cierta oferta del Imperio (una jugosa suma a cambio de que deje las armas y salga del país):

> Yo estoy resuelto; nunca transigiré, si la fortuna me es adversa iré a comer el pan de la proscripción, pero no tendrás nunca el sonrojo de pasearte por las calles de México, asida al brazo de un marido que ha

> vendido a la patria de tu hijo, sí, mi vida, Vicente debe crecer solo, antes que a la sombra de un árbol envenenado. Tú tienes corazón grande, y sufrirás como yo sufro, y educarás por ahora a nuestro hijo, digno del nombre que debe llevar, y del que ni tú ni él, tendrán porqué avergonzarse.[40]

¿Qué más podemos agregar?

Viaje a Europa

Pasamos por alto, de momento, la experiencia de Riva como dramaturgo y novelista histórico, pues a ello nos referiremos especialmente en el próximo capítulo.

El momento propicio para visitar el viejo continente se presentó cuando, por diferencias jurídicas y políticas con los otros miembros del tribunal, renunció a su cargo de magistrado de la Suprema Corte de Justicia.[41]

Tres semanas después, el 13 de julio de 1870, se estampaba el sello de salida en porte de Riva, quien se embarcó en Veracruz con rumbo a Europa. Viaje pleno de curiosidades y anécdotas que dejaremos en el silencio para destacar el efecto que pudo tener este viaje en su oficio de historiador.

Llegó Riva a Francia en un momento crítico: el verano de 1870. Se habían desatado las hostilidades entre el ejército del canciller alemán Otto Von Bismarck y el de Napoleón III, emperador de los franceses. Desde el inicio Francia estuvo en desventaja: mientras que Bismarck había planeado esta guerra para conseguir la unificación definitiva del imperio alemán, para Napoleón III esta guerra era una medida desesperada para

[40] Recorte de un periódico con el título: "Una carta del señor don Vicente Riva Palacio a su esposa", fechado en México en enero 19 de 1865; puede consultarse en CAOS, foja 17 doc. 44.
[41] La renuncia está fechada el 22 de junio y fue publicada en La Orquesta, periódico del Riva era redactor en jefe, en junio 25 de 1870.

recuperar su legitimidad. Y, según se demostró en el campo de batalla, como general en jefe Moltke era muy superior a Mac-Mahon y a Bazaine.[42]

Durante ese verano Riva fue testigo del drama en que Francia representaba papel opuesto al que había desempeñado en México: ahora eran los franceses quienes sufrían una invasión extranjera, los que se preparaban para el asedio de su capital. Pero era tan grande la fama guerrera de Francia que cuando sobrevino la derrota de Sedán, (septiembre 2), el escándalo fue tan grande que a Riva le pareció: -"Situación comparable a [la] caída [del] imperio romano, pero en ésa surgió un Camilo, ahora falta el hombre".[43] Y como era natural el viajero mexicano vio en estos acontecimientos la expresión de la justicia: "El porvenir no es lo más risueño para Francia, y en el presente está pagando con usura todas las maldades que cometió en el negocio de México."[44]

El viaje a Europa tuvo otras consecuencias interesantes para Riva como historiador. Por miedo tal vez al ridículo todos los que van a Europa, hasta nuestros días, cuentan mil maravillas, presumen de haber catado vinos soberbios, cuando no de haber conquistado a hermosísimas y apasionadas mujeres. Pero Europa es sólo Europa, ni más ni menos. Y eso es bastante para admirar su grandeza. Pero cuando Riva fue allá, cuando caminó por los bulevares donde, tal vez ese mismo día, habían paseado Víctor Hugo los dos Julios, Michelet y Veme, esto por fuerza hacía cambiar un poco la dimensión gigantesca con que desde Veracruz, La Habana o Cartagena de Indias se apreciaba al viejo continente.

[42] Elie Peyron, Bazaine fut-il un traitre? Etude sur la campagne de Lorraine en 1870, Stock, París, 1904, passim. En la biblioteca del Instituto Mora se halla un volumen interesante que ilustra diversos aspectos de la guerra, sobre todo el sitio de París, gracias a la moderna técnica de la fotografía. Véase Armand Pierre Marie Dayot, L'invasion, le siége, la commune, 1870-1871: d'apres des peintures, gravures, photograrphies, sculptures, médailles, autographes, objets du temps, Ernest Flammarion, París, c. 1892.
[43] Utx-A, AVRP, carta de VRP a Josefina Bros, Madrid, diciembre 27 de 1870, fólder 183, doc.766.
[44] Utx-A, AVRP, comunicación de VPP a Josefina Bros, Madrid, octubre 25 de 1870, fólder 183, doc. 761. Subrayado nuestro.

Y no todo lo europeo resultaba superior a lo americano; según Riva:

> La comida, a pesar de que he estado en los grandes restaurantes, no es una cosa del otro jueves, y no deja de ser comida de fonda inferior cien veces a nuestro Tívolis, porque las verduras, carnes, frutas, etcétera no pueden compararse con las nuestras y eso, aunque te cuenten, que ahora sí ya lo vi y tú sabes que pongo cuidado en las cosas más insignificantes.[45]

Riva reconoce, no obstante, que en París los edificios públicos "son soberbios", pero no las iglesias. "La Cámara es menos bonita y menos suntuosa que la nuestra, más pequeña y no tan elegante, aunque de la misma forma".[46] Y "en cuanto a modas puedes decirle a Lupe que no se figure que esto es una cosa nunca vista."[47]

Antes de la derrota francesa en Sedán, Riva Palacio "quitó -como dirían los modernistas- París con rumbo a España. Allí siguió su plan de viajero ilustrado: visitar monumentos para conocer el pasado y visitar a los hombres distinguidos para conocer el presente y el porvenir, siempre acompañado de un abogado de La Habana, José Santos, inseparable compañero de viaje. En Madrid, el célebre Castelar visita al general, y también conocerá a los hombres de la política como Rivera, el ministro de Gobernación, y hasta al mismo general Prim. Pero el trato con todas estas eminencias no impide que Riva mire Europa si no propiamente con desdén, si con desencanto, según le escribe a su esposa: "He visto ya algunos teatros y aún no encuentro uno mejor que el Nacional

[45] Utx-A, AVRP, comunicación de VRP a Josefina Bros, París, agosto 14 de 1870, fólder 183,doc. 748. Subrayado nuestro.
[46] Ibid.
[47] Ibid.

nuestro"[48] en otra parte dice que: "no tenemos muchas cosas que envidiar en nuestro pobre pueblo por maravillas que te cuenten".[49]

Claro, la alteridad se presenta por todas partes, en las conversaciones de los famosos y en las cosas más nimias como la maravilla de la nieve que "la fortuna es que no moja".[50] En cuanto a las tan pregonadas lumbreras de Europa dice Riva "afortunadamente sé yo bien ya a qué debemos atenernos con las notabilidades de Ultramar, porque la suerte me ha puesto en situación de tratar con muchos hombres notables y compararlos con los de mi país."[51]

La consecuencia de reducir a su tamaño natural a tantos extranjeros ilustres algunos de ellos, no obstante, de veras notables, conduce a Riva a mirar con nuevos ojos a sus compatriotas, según apunta en una adenda dirigida a "Nacho" Altamirano, en carta a su esposa:

> En Europa he conocido cuánto valen los hombres que como se distinguen en nuestro país en las ciencias, en las artes, en la política, en las armas. La guerra de Francia me ha hecho ver como colosos Juárez, a Lerdo, a Porfirio, a González Ortega. He abierto los ojos. La historia cuenta que los antiguos habitantes del Nuevo Mundo tomaban, por piedras preciosas pedazos de cristal, ahora en México y tratándose de sus notabilidades, los mexicanos toman por pedazos de cristal diamantes.[52]

En cuanto a influencias intelectuales la más visible que recibió don Vicente en Europa fue la del krausismo, en su vertiente española. El fundador original de esta

[48] Utx-A, AVRP, comunicación de VRP a Josefina Bros, Madrid, septiembre 10 de 1870 fólder 183, doc. 755.
[49] Utx-A, AVRP, comunicación de VRP a Josefina Bros, Madrid, diciembre 27 de 1870, fólder 183, doc. 764.
[50] Ibid.
[51] Ibid.
[52] Utx-A, AVRP, comunicación de VRP a Josefina Bros, Madrid, noviembre 29 de 1870, 183, doc. 763. Subrayado nuestro.

escuela, Karl C. F. Krause no tuvo tanto éxito en Alemania, como si la tuvo en España su discípulo Julián Sanz del Río, a quien Riva ya no pudo conocer porque murió en 1869.

Sin embargo en un texto del general, y sólo en uno, se percibe una considerable influencia de Krause, tal como lo ha demostrado doña Clementina Díaz y de Ovando en su análisis del relato Cuentos de un loco, publicado en 1874.[53] Lo interesante aquí es constatar la gran capacidad que tuvo Riva para asimilar las ideas de su tiempo sobre una firme base de doctrina liberal, primero el krausismo y, años después, un positivismo más a que de fondo.

Hay noticias de que Riva visitó también Inglaterra e Italia,[54] como también Suiza de la cual hablará en un artículo periodístico titulado "Memorias de mi vida. Un viaje en trineo".[55]

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

El señor ministro

No cabe duda de que los historiadores somos muy sabios, leemos y leemos, meditamos, enarbolamos un marco teórico y con estas credenciales nos lanzamos por el mundo explicando todo, todo, todo. "El presidente Madero estaba dispuesto a pactar con los zapatistas, pero su, modernizador que

[53] VRP, Cuentos de un loco, Biblioteca de La Orquesta, Imprenta de F. Díaz de León y White, 1874. Díaz y de Ovando ha incluido esta obrita en su Antología de Vicente Riva Palacio, Universidad Nacional Autónoma de México / Coordinación de Humanidades, México, 1993, p. 72-117.
[54] Utx-A, AMRP. comunicación de VRP a Mariano Riva Palacio, Madrid, noviembre 4 de 1870, doc. 8925.
[55] El Radical. Edición Literaria de los Domingos, México, noviembre 9 de 1873.

impidió el pacto". "Obregón pensaba que con cincuenta mil pesos se libraría del molesto periodista..." "Hernán Cortés sopesó la situación y al fin confió en lo que le decía el cacique gordo de Zempoala". Aquí queremos ilustrar cómo muchos historiado mágicamente, se introducen en los cerebros de los poderosos y saben mejor que los mismos actores lo que estaban pensando. Lo que nosotros hemos escuchado decir a los entendidos es que los poderosos no lo saben todo y dedican gran parte de su tiempo a tratar de entender qué pasa, ahora que es mucho muy difícil conocer el poder desde fue y, en todo caso, la mejor guía es Voltaire, quien nos diría: "piensa mal y acertarás".

Por ello nos parece de suprema utilidad que un historiador tenga experiencia práctica en la política, y ocupe un Ministerio, como Riva el de Fomento de 1876 a 1879, siendo, por cierto, el ministro que más duró del primer gabinete de Díaz. La obra constructiva durante su gestión no fue muy considerable, pues la mejoría económica que caracterizaría al Porfiriato tardaría todavía varios años en llegar. Pero el espíritu innovador de Riva era incontenible y en plan moderno estableció la primera línea telefónica y los observatorios astronómico y meteorológico. Este último fue objeto de una campaña periodística desmesurada, que sostenía que costear tan inútil establecimiento es poco menos que una traición a la patria; Riva pagaba así los mil dardos que él había lanzado al gobierno desde la prensa.

Una obra capital, no en utilidad pero sí en valor simbólico, es el monumento a Cuauhtémoc en el Paseo de la Reforma, planeado e iniciado en el período de Riva y concluido en el del ministro Carlos Pacheco, otro personaje digno de estudio. Con este monumento, y con el hipsográfico que se halla a un costado de Catedral y está dedicado

al ingeniero novohispano Enrico Martínez, Riva escribe esa peculiar forma de historia que es la monumental urbana.[56] Fue una decisión estratégica elegir un héroe prehispánico, vez para mitigar en parte el efecto del monumento a Colón, sito en la rotonda inmediata del paseo y pagado por el Creso de la época, Escandón. En todo caso desde entonces ha sido Cuauhtémoc y no Moctezuma II (que tuvo sus admiradores) el gran representante de la época prehispánica. Y hay una buena razón: Cuauhtémoc es un héroe trágico, que heredó el trono cuando ya todo estaba virtualmente perdido, pero aún así se dispuso a defender a su pueblo, a su familia, a su mujer de los terribles invasores; la grandeza de Cuauhtémoc consiste en que peleó de lado de los débiles y esta postura ética nos afecta hasta la fecha. En la época de Riva, Cuauhtémoc fue sobre todo un símbolo de la independencia; durante la inauguración se dijo en voz alta que "el joven abuelo" cayó a manos de un capitán de Carlos V, y que un descendiente de este monarca -Maximiliano- había sucumbido ante la espada del general Díaz. Por ello es importante entender que si Riva, por los libros que produjo, podría ser considerado un colonialista, ello sería un error, era ante todo un independista, como todos los guerreros de la Intervención francesa,

[56] Sobre este tema es muy interesante el trabajo de Angélica Velázquez Guadarrama, "La historia patria en el Paseo de la Reforma. La propuesta de Francisco Sosa y la consolidación del Estado en el Porfiriato", en Arte, historia e identidad en América Latina. Visiones comparativas. XVII Coloquio Internacional de Historia del Arte, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Estéticas, 1994, t. II, p. 333-344. En este trabajo se dice: "La idea de Riva Palacio, concebida en los albores del Porfiriato, de convertir la gran arteria urbana del Paseo de la Reforma en una suerte de libro abierto de la historia nacional mediante la incorporación escultórica de sus momentos y personajes más significativos, acabó de tomar cuerpo más de treinta años después al quedar inaugurado en 1910 el monumento a la Independencia, que vino a coronar el Paseo con el más soberbio de sus monumentos" (p. 344). Y nosotros podemos agregar que en el interior de la columna de la Independencia, en su base, se grabó la efigie de Guillén de Lampart, el personaje que rescató Riva como un antecedente de la insurgencia.

nuestra segunda guerra de independencia; además era la suya una visión integral, es decir, que su visión histórica abarcaba todo nuestro pasado y quería darle sentido al conjunto. Ya veremos cómo se propuso hacerlo.

Ser ministro brinda también información privilegiada y permite tener ante sí gran cuadro del país, visto en relación a los poderes reales: la Iglesia, el ejército, vecinos del norte, los prestamistas y gente de calibre, los caciques regionales. Lo fundamental es señalar que cuando Riva, por ejemplo, discurre sobre Carlos III, tiene mejores elementos que la mayoría para juzgar los actos del poder. Recordemos que síndico y secretario del Ayuntamiento de México, constituyente del 57, diputado del aguerrido II Congreso Constitucional, general de brigada, gobernador de los estados de México y Michoacán, ministro de la Suprema Corte de Justicia. ministro de Fomento, nuevamente diputado y, después de escribir el México a través de los siglos, embajador en España.

En suma, el hombre tenía eso que llaman mundo y también fue viajero como Herodoto, pero además era hombre de letras, queremos decir escritor de muchos recursos y gran brillo, como veremos a continuación.

# CAPÍTULO III: UN ESCRITOR, DOS VERTIENTES LITERARIAS

## PRIMERA PARTE: OBRAS GENERALES

### Los dramas[1]

Es interesante que la producción literaria e historiográfica de Riva aborda diversos géneros, pero en una sucesión que permite definir, a grandes rasgos, su etapa de dramaturgo (1861-1862), de novelista (1868-1872), de periodista (1867-1876), de crítico literario (1882), de historiador (1881-1889), de poeta (1885-1893) y de cuentista (1892-1896).

Los dramas se escriben y se ponen en escena después del triunfo liberal en Calpulalpam (22 de diciembre de 1860), que abrió las puertas de la capital al gobierno de Benito Juárez. Los siguientes dos años fueron confusos: por una parte, los liberales mostraban un gran optimismo por haber triunfado sobre el partido clerical y conservador en la Guerra de Tres Años (1858-1860) o de Reforma, por otra parte llevar a la práctica la Constitución de 1857 resultó sumamente difícil y los choques entre el ejecutivo y el Legislativo -cuya composición era heterogénea, había desde liberales tibios hasta puros y jacobinos- no se hicieron esperar. Las relaciones internacionales eran muy tensas y la suspensión del pago de la deuda exterior abriría las puertas a la Intervención Francesa. Pese a todo se vivía un clima de excitación febril, un respiro entre dos guerras que mostró ser terreno fértil para los creadores, como Riva y su compañero dramaturgo, como Constantino Escalante y sus caricaturas de La Orquesta.

[1] Sobre los dramas y las novelas de Riva véase nuestro libro Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio (prólogo de Guillermo Zermeño), Instituto Universidad Iberoamericana, México, 1993.

En los años de 1861 y 1862 Riva se convirtió -junto con su socio literario Juan A. Mateos- en el autor dramático favorito de la ciudad de México. En ese lapso escribieron quince dramas, trece de los cuales llegaron a ser puestos en escena. Los progresos de los jóvenes poetas en el arte dramático fueron rápidos. Odio hereditario, su primera producción, presenta el drama de dos familias nobles de Italia y no pasa de ser una mediocre imitación del teatro europeo. Pero los autores, imaginativos y nacionalistas quieren innovar el teatro mexicano y en su segunda obra, Borrascas de un sobretodo hacen burla precisamente del teatro convencional y extranjerizante. Resulta muy difícil la actualidad dar una idea de lo que significó mexicanizar la escena en cuanto a temática, ubicación y caracterización de los personajes: era una tarea contrafactual, iba en contra del gusto y la mentalidad de casi todos los mexicanos. En la siguiente obra, El incendio del portal de Mercaderes, utilizan ya el recurso de criticar a sus contemporáneos, lo cual los convierte en los creadores del sketch político en México, o cuando menos antecedente más lejano. En ocasiones Riva y Mateos se repiten pero ¿quién niega el encore cuando hay un público que lo reclama? En su última obra que fue puesta en escena, La hija de un cantero, sin ser una obra maestra representa un hito importante e historia del teatro mexicano. Los autores demuestran en ella un innegable dominio del oficio; a decir de los críticos la obra está bien tramada, la versificación es fluida, los personajes están bien caracterizados e incluyen algunos de la clase humilde y hay escenas de un gran dramatismo que conmueven a los espectadores, sobre todo a través de patetismo. Pero independientemente del valor histórico y de la calidad dramática de estas obras, en la vida literaria de Riva fueron una escuela inmejorable. Con ellas aprendió a dominar los recursos del arte y mantuvo un estrecho contacto con el público cuya

sensibilidad llegó a conocer muy bien; este aprendizaje fue de capital importancia para toda su producción ulterior y creemos que explica en buena medida la popularidad de su obra. porque Riva tenia un envidiable instinto para gustar, para complacer a sus lectores.

Los dramaturgos de aquella época eran ante todo artistas, poetas. Pero como resultado de la filosofía de la Ilustración la función del artista era de una naturaleza eminentemente pedagógica, además de estética. Años después Riva escribiría:

> La comedia es el verdadero cuadro de las costumbres en la escena. Si como se ha dicho siempre, el teatro sirve como escuela de moral práctica, encomiando la virtud y haciendo odioso el vicio, realmente ni el drama ni la tragedia pueden cumplir esta misión... La comedia critica y burla, más que crímenes, que no se impiden con versos, costumbres de sociedad y pequeños vicios que, sin ser infracción de leyes divinas o humanas, molestan al prójimo, como decía el filósofo Heinecio, "más que una arena dentro de un ojo", y que pueden fácilmente corregirse, con la agudeza de un chiste, y con un verso fácil pero significativo, que los espectadores recogen y conservan en la memoria, o con el nombre de un personaje que viene a ser la representación de aquel defecto.[2]

Más adelante Riva aclara esta idea y especifica la función de la tragedia:

> siempre se ha dicho que el teatro es la escuela de las costumbres, cuando realmente no debe considerarse sino como la escuela de los afectos y de los sentimientos; en una palabra, de lo que en nuestro lenguaje común, aunque figurado, llamamos el corazón; y el corazón se educa quizá con más facilidad que el cerebro, y para resistir desde la niñez el influjo de los buenos modelos, de los sanos consejos y de las dulces amonestaciones que vienen de la boca de un padre, de la imaginación de un poeta o de la franca verdad de la Historia, se necesita, siempre hablando en sentido figurado, un corazón orgánicamente defectuoso que, así como el cerebro puede estar viciado por el idiotismo o la estupidez, esté, desde los primeros años, atacado de insensibilidad o de dureza.
>
> El teatro, como he dicho en otro artículo, considerándolo escuela de costumbres, sólo puede ser útil con la comedia, y con la

[2] VRP, Los ceros, loc. Cit., p. 259-260. Subrayado nuestro.

> comedia de costumbres; pero como escuela del corazón, en la que al par del solaz y la distracción, pone en ejercicio el sentimiento y predispone el alma a las grandes acciones y a los nobles afectos, cumple su función con el drama y la tragedia.
>
> Así lo han considerado todos los pueblos cultos, y por eso los orígenes del teatro se pierden en la oscuridad de los tiempos.[3]

Bajo este esquema estético-pedagógico, cuyo fin era "deleitar e instruir",[4] Riva escribe sus obras dramáticas, seis de las cuales son dramas históricos: Odio hereditario, El abrazo de Acatémpam, Temporal y eterno, Nadar, y a la orilla ahogar, La catarata del Niágara y Martín el demente.[5] Si seguimos las ideas del autor y las analizamos como "escuela del corazón", resulta sencillo discernir lo que en esta escuela se aprendía. Ciertos valores son exaltados como altamente positivos, tales el patriotismo y la independe nacional, mientras que otros son presentados como profundamente negativos, tales, malinchismo, la falsa religiosidad y la intervención del clero en asuntos ajenos a religión. Tomando en cuenta que estos dramas fueron escritos en México en los años 1861 y 1862, cuando el país estaba a punto de ser invadido por las tropas francesas apoyadas por la Iglesia y el partido conservador, resulta evidente que el autor tenía primordial interés en llevar a cabo un proselitismo político e ideológico.

[3] Ibid., p. 345. Subrayado nuestro.

[4] Clementina Díaz y de Ovando, "Un gran literato liberal, Vicente Riva Palacio", Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas, vol. VII, núm. 27, 1958. La fórmula puede hallarse no sólo en la Ilustración sino que tiene su origen en la Antigüedad clásica concretamente en Horacio.

[5] Los dramas no históricos de Riva Palacio y Mateos de que se tiene noticia son Borrascas de un sobretodo, El incendio del portal de Mercaderes, La ley del uno ciento, Una tormenta y un iris, La política casera, El tirano doméstico, Un drama anónimo, La hija de un cantero y La politicomanía. La mayoría de ellos fueron publicados años después en la antología de VRP y Juan A. Mateos titulada Las liras hermanas. Obras dramáticas de..., Imprenta de F. Díaz de León y Santiago White, México, 1871.

Ahora bien, ¿cuál era el objeto de recurrir a los temas históricos en los dramas? No es algo inusitado, los dramaturgos de todos los tiempos, desde Esquilo hasta Shakespeare, han acudido a los anales de la historia para urdir sus tramas. Aristóteles explicó este hecho aduciendo que las obras de teatro requieren de un aire de plausibilidad y ¿qué mejor indicación de que una serie de eventos es posible que el hecho de haber ocurrido realmente?

Dice el Estagirita en su Poética:

> En la tragedia [...] se apoya uno en nombres de personajes que han existido, la razón es que así resulta más convincente lo posible; ahora bien: si no creemos abiertamente que sea posible lo que no ha sucedido es, por el contrario, evidentemente posible, porque de ser imposible, no habría sucedido.[6]

No obstante, como ha señalado Paul Hernadi[7] desde el punto de vista historiográfico se puede proponer una razón no menos válida para dramatizar la historia: las obras históricas necesitan un aire de autenticidad y ¿qué mejor indicación de que una de eventos ocurrieron realmente que el hecho de que puedan ser representados sin la presencia tangible de la conciencia mediadora del narrador?

El problema consiste, pues, en que el drama histórico es un género híbrido o de frontera que se nutre igualmente de la literatura que de la historia, que puede aspirar legítimamente a cumplir una función ora literaria, ora historiográfica, aunque no sea ésta propiamente científica. Por lo mismo, el grado de "historicidad" de cada drama es en extremo variable, como puede constatarse en la producción dramática de Riva. En

[6] Aristóteles, Obras. Poética, Aguilar, Madrid, 1973, cap. 9, p. 85.
[7] Paul Hernadi, "Re-presenting the past: a note on narrative historiography and historical drama", en History and Theory, vol. XV, núm. 1, 1976, p. 45-51.

Temporal y eterno se intenta re-presentar la mentalidad y costumbres de una época pasada (la que antecedió a las Leyes de Reforma), sin la menor referencia a las figuras acontecimientos políticos, los cuales el auditorio conocía muy bien. El abrazo de Acatémpam, en cambio, es la dramatización de un hecho histórico bien documentado de la historia de México; se trata, pues, de un drama histórico de "bronce", para usar expresión de don Luis González y González. Martín el demente, por su parte, plasma en torno de una atmósfera colonial sucesos y actitudes no sólo ajenas a la realidad histórica, sino incluso inverosímiles (por su rabioso clericalismo), es decir, fábula pura. Pero no necesariamente se percataría de ello el publico (aunque no tenemos datos ciertos de que haya sido representado este drama), para el cual la representación en la escena podría darle todos los visos de la "autenticidad". Es muy posible que los autores hayan incluido en este drama a un jesuita imaginario, criminal y ambicioso, porque no contaban con mejor información para atacar al partido clerical; de haber tenido a la mano otras fuentes digamos el archivo de la Inquisición, es seguro que le habrían extraído todo el jugo dramático posible.[8]

Los casos más extremos del manejo de la historia son Odio hereditario y La catarata del Niágara . En el primero, la ubicación en la Italia renacentista aparece como un recurso para darle "plausibilidad" al romántico argumento, en el sentido que señalaba Aristóteles. En el segundo, en cambio, las referencias históricas sobre la invasión norteamericana se convierten en el asunto total del drama. Los diferentes personajes

[8] Cierto, desde marzo de 1861 Riva había recogido el archivo de la Inquisición, pero como lo demuestra cualquier investigación de fuentes primarias, no se pueden ofrecer resultados ni en un mes ni en un año, especialmente cuando el archivo no está ordenado ni se cuenta con instrumentos de consulta, acaso se pueden publicar algunos documentos, cosa que se intentó pero sin resultados inmediatos. Véase capítulo II.

ofrecen al público modelos admirables u odiosos, pero lo que en realidad se representa en escena no es sólo la historia particular de estos individuos sino los efectos que produce una intervención extranjera. Lo que se busca aquí, por lo tanto, es la "autenticidad", mostrar de una manera vívida y próxima hechos que supuestamente sucedieron en tiempos pasados y que al ser representados en escena parecen auténticos. De cualquier modo, en éste como en los demás dramas históricos de Riva predomina -por mucho- el objetivo político sobre el historiográfico.

¿Cuál fue el impacto que estas producciones dramáticas tuvieron en el público? No resulta fácil precisarlo. Habiendo obtenido las más de ellas un rotundo éxito es de suponerse que, además de entretener al auditorio y de hacer muy populares a los autores, contribuyeron en alguna medida -que yo estimo considerable-a dar una imagen positiva de la ideología liberal, a la vez que elevaron la moral de la población al enaltecer el patriotismo y propagar la idea de que la razón y la virtud eran patrimonio de los liberales, mientras que el fanatismo y el vicio lo eran de los invasores franceses y sus aliados mexicanos. Debe tenerse en cuenta que al estar escritos todos los dramas en verso era fácil conservar en la memoria algún pasaje significativo de manera fiel. Eduardo Ruiz refiere que durante la guerra de Intervención en Michoacán, los oficiales y soldados republicanos coreaban una cuarteta de El abrazo de Acatémpam:

> Desnudos y con hambre, pero erguidos,
> Sólo ante Dios doblegan la rodilla;
> Si es bandido, Señor, quien no se humilla,
> Pertenezco desde hoy a los bandidos.[9]

[9] Eduardo Ruiz, Historia de la guerra de Intervención en Michoacán, Balsal Editores, Morelia, 1975, p 342-343.

En cuanto a la difusión que hacen estas obras del conocimiento histórico, según hemos dicho con fines políticos muy definidos, sólo puede justipreciarse atendiendo a que Riva escribió sus dramas históricos en la víspera de una intervención extranjera, No pocas veces el autor deforma y adapta a sus intereses la realidad histórica, pero esto sucede porque en ese momento lo prioritario para Riva -y para muchos otros mexicanos era defender la independencia nacional, tarea verdaderamente monumental y dificilísima, sobre todo cuando todavía se tenía clara memoria del desastre de la invasión norteamericana. No hay duda sobre la validez de utilizar estos recursos desde el punto vista dramático y aunque no sean muy dignos del historiador en cuanto tal, sí lo son y en alto grado del patriota.

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

Las novelas históricas

En el libro más célebre, de la lengua más galana, se nos asegura que caballero andante sin amores es como árbol sin hojas, como flor sin aroma. Pues lo mismo puede decirse del historiador que no mantenga un constante affaire con los documentos, el cual debe completarse con el estudio de las teorías de la historia comenzando por los tiempos antiguos.

Un acontecimiento decisivo para convertir a Riva en historiador fue la comisión que recibió del presidente Juárez en marzo de 1861, a la que ya nos hemos referido, de recoger del arzobispado el archivo de la Inquisición, con objeto de publicar algunos procesos célebres. El archivo que Juárez mandó incautar proporcionaría a los liberales mexicanos todo un arsenal de armas con las cuales desacreditar al clero y a los

conservadores en general. Pero la victoria liberal en 1861 no fue el episodio definitivo de la guerra, hubo que esperar y que luchar cinco largos años contra la Intervención Francesa para poder difundir el contenido del archivo inquisitorial. Mientras tanto Riva, para usar las palabras de un archivista miope, "dispuso como cosa propia" del archivo. Si don Vicente no hubiera atrapado como perro de presa ese fondo documental, hubiera parado en manos de la clerigalla ultramontana que, probablemente, lo hubiera destruido como fue el caso del archivo inquisitorial de Manila, el cual fue quemado para evitar que cayera en manos de los invasores ingleses (léase protestantes).[10]

Acabada la guerra, la ebriedad del triunfo provocó un movimiento literario que en su fondo era resultado de los esfuerzos de generaciones literarias anteriores, pero en su forma y en su inusitada magnitud fue algo enteramente nuevo. Estimulado por las veladas literarias que se celebraron entonces, Riva escribió siete novelas históricas en cinco años, seis de las cuales eran de tema colonial.[11] Si bien la literatura mexicana de la primera mitad del siglo XIX es bastante nutrida, después de 1867 hay un auge editorial y literario

[10] Véanse en el capítulo II las presiones del clero para evitar la publicación de las causas célebres de la Inquisición. Por otro lado los protestantes tenían buenas razones para protestar al Tribunal de la Fe pues muchos de ellos habían sufrido su violencia; en la Nueva España fueron procesados Guillermo Calens (William Collins) y otros marinos acusados de luteranos. Por supuesto, un escritor católico diría que los protestantes no se quedaron atrás en el derramamiento de sangre por motivos religiosos. Véase Julio Jiménez Rueda, Corsarios franceses e ingleses en la Inquisición de la Nueva España. Siglo XVI, Archivo General de la Nación, México, 1945.

[11] Calvario y Tabor. Novela histórica y de costumbres, Manuel C. De Villegas y Compañía, editores, México, 1868. Monja y casada, virgen y mártir. Historia de los tiempos de la Inquisición, Manuel C. De Villegas, editor, imprenta de la Constitución Social, México, 1868. Martín Garatuza. Memorias de la Inquisición, México, Manuel C. De Villegas, editor, 1868. Las dos emparedadas. Memorias de los tiempos de la Inquisición, Manuel C. De Villegas, editor, Tomás F. Neve, impresor, México, 1869. La vuelta de los muertos. Novela histórica, Manuel C. De Villegas, editor, México, 1870. Memorias de un impostor. Don Guillén de Lampart, rey de México. Novela histórica. Manuel C. De Villegas, editor, México, 1872.

que obedece a la madurez que alcanzó la segunda generación romántica, es decir la de Altamirano, que coincidió con el triunfo grande de Querétaro en 1867. Ya en otro libro me he referido a las veladas literarias que se celebraron en la ciudad de México -muchas de ellas en casa de Riva- en los años de 1867 y 1868.[12] Muy pronto -para enojo de Altamirano, que era el alma de ellas- las veladas se convirtieron en reuniones sociales con lujo de vestidos, manteles largos, bebidas exóticas y lujosos libros importados exhibidos en grandes mesas. Guillermo Prieto sí apreció el reconocimiento que la sociedad hacía -incluso el general Díaz asistió a alguna velada- a los escritores, esos muertos de hambre por excelencia, que por una vez recibían el aplauso de todo México al leer sus composiciones y fue esto, en nuestra opinión, el motor de la multiplicación de todo tipo de publicaciones a partir de 1867.[13]

La vida política de 1867 a 1872 estuvo dominada por la figura señera del presidente Benito Juárez que, si bien era el jefe político y en cierto modo moral de nación, no era aún el benemérito, es decir que era un hombre de carne y hueso que muchos no querían, especialmente en la presidencia, y que como gobernante práctico muchas ocasiones le dio la vuelta a la Constitución de 1857, mediante las llamadas facultades extraordinarias. De cualquier modo el prestigio inmenso de Juárez le permitió conseguir la reelección, pero la muerte acabó con él en 1872. El saldo más positivo de la

[12] Ortiz Monasterio, Historia y ficción..., loc. Cit., p. 173 y ss.
[13] Según los datos que reúne Guadalupe Monroy, entre 1867 y 1876 se publicaron en país -por sólo hablar de las novelas- 79 obras. Véase "Las letras y las artes", en Daniel Cosío Villegas, Historia moderna de México. La República restaurada. Vida social. Editorial Hermes, México, 1974, p. 787-796.

República Restaurada, después naturalmente del restablecimiento del partido republicano liberal, bien puede ser lo que se consiguió en el ámbito cultural.

El gran personaje de las novelas coloniales de Riva era, precisamente, la Inquisición. Es decir que el autor eligió el género de la novela histórica (bien pudo haber escrito sesudo tratado) para lograr un mayor impacto. En consecuencia, el público que se interesó por conocer la Inquisición se multiplicó grandemente, siendo las mujeres las más ávidas lectoras, como lo ha dicho muy bien doña Clementina Díaz y de Ovando.[14]

Fue como novelista que Riva se internó en el mundo colonial, lo cual hay que mirar como una tarea doble: hacer historia y hacer literatura. Y más allá del evidente mensaje que estas novelas transmiten, en contra de la intolerancia, el despotismo y a favor de la separación de la Iglesia y el Estado, la etapa colonial de nuestra historia queda incorporada como parte constitutiva del ser nacional, cuyos rasgos principales apuntaremos más adelante. Esto significa que la colonización española ya no será vista como un mero "episodio", una contingencia que no afectó el ser de México sino que, al contrario, la etapa colonial se presenta como consubstancial y decisiva en nuestra historia; pero la integración de la Nueva España no se logra liquidando o despreciando el mundo indígena, sino agregándolo a una visión integradora que hoy nos parece "natural" pero que en realidad es artificio humano.[15] No interesa que en todos los acontecimientos de la Colonia Riva Palacio vea un antecedente de la independencia (idea que será

[14] Véase Clementina Díaz y de Ovando, "La novela histórica en México" en Memorias de la Academia Mexicana de la Historia, Academia Mexicana de la Historia México, t. XXX, 1971-1976.

[15] Algo similar, pero en mucho menor escala, sucedió en el siglo XX en que la mirada de historiadores y de los gobiernos que siguieron a la Revolución Mexicana empezó por condenar el régimen de Porfirio Díaz y terminó integrando esa etapa como algo más que una dictadura a secas, sin matices ni logros apreciables.

constante en muchos de sus escritos y también en los de sus antecesores), lo decisivo es que rompe la dicotomía hispanismo-indigenismo que por fuerza aniquila una raíces de México. Queriendo mostrar el cruel cautiverio al cual sometía el Tribunal de la Fe a los desviantes, Riva es cautivado por los procesos de mestizaje y de cultural que se gestan en los tres siglos de la dominación española; nacía un historiador.[16] La lectura de estas novelas transmite una idea muy negativa del despotismo especialmente del clero y la Inquisición, pero los antecedentes de la independencia recoge en la narración de los motines y otros planes concretos para levantar la tierra muestran una visión de ese pasado en la que hay episodios rescatables. Por condena al despotismo resulta natural cuando apenas ayer se combatía al último proyecto de instaurar el monarquismo en México: el imperio del archiduque de Austria. Mas el triunfo en el campo de batalla no era bastante, los liberales querían también apoderarse de las conciencias. En resumen, la idea del pasado que transmitían las novelas es un claroscuro, pero en cualquier caso aquel presente republicano se presentaba como un grado superior de civilización. De este modo el énfasis que pone Riva en Inquisición lo ubica hasta cierto punto como otro autor más que alimenta la "leyenda negra" en contra de España, pero él va más allá porque en los mismos protagonistas que sufren la persecución del nefando Tribunal Riva muestra el anuncio de un futuro

[16] En otro trabajo analizamos las primeras obras de Riva Palacio desde la perspectiva historiográfica. Véase Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio, (prólogo de Guillermo Zemeño), México, Instituto Mora / Universidad Iberoamericana, 1993.

promisorio; así, del pecado de la conquista saldrá también la penitencia: una sociedad mestiza y una nación independiente.

Todas las novelas de Riva se publicaron por entregas (cada novela se editaba en entregas de 32 páginas en 40 de folio) que costaban un real en la capital y real y medio en el interior; el costo total de cada novela era de 2.50 pesos en la capital y 3.75 en la provincia, precio accesible para la clase media, pero no para la masa popular.[17]

El editor, Manuel C. de Villegas, se encargaba de distribuir carteles que se fijaban en las esquinas además de publicar en los diarios prospectos de cada novela, en los que se anunciaba el argumento y las condiciones de publicación. También se enviaban a los periódicos las entregas que iban apareciendo y la "etiqueta" de la prensa obligaba a publicar, cuando menos, un acuse de recibo de la entrega de esa semana, el cual con frecuencia (cuando se trataba de un periódico liberal) incluía algún elogio que servía de propaganda y también como aviso oportuno para que los "suscritores" pasaran a recoger su entrega al establecimiento de Villegas.

El número de ejemplares que se editaban de cada novela sólo podemos señalarlo con relativa certeza para Calvario y Tabor, de la cual asegura el periódico La Orquesta se agotaron los 6,000 ejemplares de la primera edición y que se imprimió una segunda (sin aclarar el tiraje de esta última). También de Los piratas del Golfo afirman los editores que "se va a hacer una segunda edición para cubrir los nuevos pedidos". En cualquier caso podemos asegurar que todas las novelas de Riva tuvieron un buen éxito y fueron leídas (o escuchadas, cuando se leían en voz alta) por muchos miles de personas.

[17] Mayores detalles y las referencias de las fuentes pueden hallarse en nuestro librito Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio, Instituto Mora / Universidad Iberoamericana, México, 1993.

Las novelas eran anunciadas como históricas y puede asegurarse que en inmensa mayoría los lectores creyeron que todo lo que en ellas se decía era histórico. Claro está que los sabios, por ejemplo un Manuel Larráinzar, autor de "Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México...", texto que ya hemos comentado, objetaría a las novelas de Riva que 1a Historia no tiene sólo por objeto agradar, sino instruir principalmente",[18] y a esto agregaría que deben pintarse los personales históricos "no según su imaginación, sino según sus hechos, que es lo que distingue la Historia de la novela."[19] Pero el común de los mortales, es decir el público, según palabras del padre Dávila, "sólo juran en la palabra de los romanceros, y a puño cerrado creen cuanto ellos les cuentan, y mucho más cuando protestan que sólo se valen de hechos históricos."[20]

Antes de dar más pormenores es preciso tener en cuenta que la novela histórica es un producto específico del siglo XIX que causo una verdadera revolución en la lectura. La novela histórica (y la novela en general) adquirió una difusión masiva cuando s convirtió en "folletín", es decir cuando comenzó a publicarse en episodios que se

[18] En Juan A. Ortega y Medina, Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia, op. cit., p. 150.
[19] Ibid., p. 154.
[20] Alguien (seudónimo del presbítero Mariano Dávila), Breves observaciones sobre moderna novela titulada "Monja y casada, virgen y mártir. (Historia de los tiempos de la Inquisición)." Aceptación de un tremebundo reto. Imprenta Literaria, México, 1869. Más que breves son muy extensas las notas de Dávila que busca desacreditar a Riva tan como historiador, lo mismo que como novelista. Esta fuente da fe del impacto de las novelas y la reacción del clero para atenuarlo, que incluyó, en San Felipe del Obraje, la quema de los ejemplares. Hay un excelente estudio de Dávila como crítico literario: Leticia Algaba, Las licencias del novelista y las máscaras del crítico, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, México, 1997 (Biblioteca de Ciencias Sociales Humanidades, Serie Literatura).

imprimían en la parte inferior de las páginas de los periódicos (que luego podían recortarse y encuadernarse), cuyo objeto original había sido el de aumentar la circulación y disminuir los precios de los diarios. El primer periódico en hacerlo fue La Presse de París en 1836 y obtuvo un gran éxito, por lo cual los demás periódicos parisinos (Le siécle, el Journal de Débats y el Constitutionnel) se vieron obligados a hacer lo mismo para poder competir con los bajos precios de La Presse. Se inició entonces la época de oro de la novela y seguramente son pocos los diarios de entonces que no publicaron alguna novela de folletín; si en Francia no fue la excepción el Journal de Débats, en México tampoco lo fue el Diario Oficial, que en 1846 publicaba en el folletín El padre Goriot de Balzac.[21] El aumento de la circulación benefició a los diarios pero también a la novela pues su público creció y disminuyó su precio; todo ello provocó que la novela de folletín tuviera un enorme impacto; sobre el caso del viejo continente Monsiváis presenta este cuadro:

> En Europa las novelas de folletín provocan debates en las Cámaras de Diputados, originan modas y reformas, y convierten en supercelebridades a los autores de éxito, inundados de cartas y súplicas, figuras a la vez de la sociedad y de los marginados. Así, informa Humberto Eco en su magnífico ensayo "Socialismo y consolación", a causa de Los misterios de París (1843), Sue, el máximo ejemplo, se transforma en un personaje mundial. Los editores se disputan sus obras y le ofrecen contratos en blanco, el periódico fourierista Phalange lo glorifica por saber denunciar la realidad de la miseria y la opresión, los obreros, los campesinos y las grisette de París se reconocen en sus páginas [...] los gabinetes de lectura alquilan los números del Journal des Débats (donde se publica la novela) a diez sous la media hora, los

[21] Archivo General de la Nación, Crónica del Diario Oficial de la Federación, México, 1990, p. 41. Los datos sobre el origen del folletín están tomados del estudio preliminar de Castro Leal a la antología La novela del México colonial (estudio preliminar, selección, biografías, notas preliminares, bibliografía general y lista de los principales cimientos de la Nueva España de 1517 a 1821 por Antonio Castro Leal), Aguilar, México, 1977.

> analfabetos se hacen leer la continuación de la novela por porteros, eruditos, hay enfermos que esperan el final de la novela para morir, el Presidente del Consejo es presa de ataques de ira cuando Los misterios no sale.[22]

Las novelas históricas de Riva no fueron, estrictamente hablando, folletines sino que se publicaron por "entregas"(hoy diríamos fascículos) que mantenían la técnica de folletín, es decir dejar en suspenso al lector al final de cada entrega, a la vez que eran un modo de facilitar la compra al lector en abonos hebdomadarios.

Pero lo fundamental es reconocer que la novela del siglo XIX fue un fenómeno enteramente nuevo que multiplicó los lectores: nunca antes en la historia tantas personas se interesaron en la lectura. Su aparición está muy relacionada con varios fenómenos: la libertad de imprenta, las nuevas técnicas (más baratas) de impresión Y el afán de escritores del romanticismo de escribir para las "masas" o para el "pueblo" con lo cual se hicieron todo tipo de concesiones al lector y se rehuyó el oropel académico y pedantesco. En cuanto a la novela histórica propiamente dicha debe su existencia al siglo XIX y genio de Walter Scott; así lo ha señalado George Lucáks en su críptico estilo, por lo cual será mejor citar en este punto a Enrique Anderson Imbert, tan inteligente como el primero pero diáfano y castizo:

> En todas las épocas se noveló el pasado pero fue especialmente, en el período romántico cuando las novelas históricas aparecieron constelación con una implícita filosofía de la vida. Los racionalistas habían desatendido las raíces históricas de la existencia humana. Cuando ofrecían asuntos lejanos apuntaban a lo inmutable; y la móvil relatividad y versatilidad del hombre se les escapaba. La filosofía romántica, en cambio, insistió en que vivimos en el tiempo y, por tanto el sentido de nuestras acciones está condicionado por particularidades del proceso cultural. El novelista del siglo XIX -el

[22] Citado en el prólogo Monja y casada, virgen y mártir (prólogo de Carlos Monsiváis), Océano, México, 1986, p. XI-XII.

> siglo de la historia- enriqueció, pues, el viejo arte de contar con un nuevo arte de comprender el pasado.[23]

Para los fines de este trabajo es importante enfatizar que las novelas históricas del XIX, y las de Riva en particular, aportaron "un nuevo arte de comprender el pasado" que consistía, precisamente, en comprender todo lo humano como un proceso, como un devenir que no podía seguir cualquier camino, sino sólo aquel que sus orígenes y el de su desarrollo permitieran. Propiamente esta es una visión histórica de la sociedad que, como señala Anderson Imbert, es una actitud nueva, propia del romanticismo.

En cuanto al posible impacto que tuvieron las novelas de Riva no basta comparar al siglo XIX con el actual, sino que es de justicia cotejarlo con las condiciones que imperaban en el siglo XVIII. Decimos esto porque a veces se menosprecian los adelantos culturales de los antepasados de un plumazo, sin atender a las difíciles condiciones que a ellos les tocó vivir. Así, por ejemplo, se tiene en muy poco o en casi nada el impacto social de la literatura decimonónica pues, se nos dice en un tono que quiere ser definitivo, alfabetización estaba muy restringida. Tal vez sí, muy restringida con respecto a la que hay a finales del siglo XX, pero ¿cuál era la situación con respecto al siglo anterior? Por pronto podríamos remitir al interesado al texto del doctor Mora que comentamos en el capítulo primero, en el cual se señala que ya en 1836 era notable el aumento de la demanda de libros, al punto que se habían encarecido considerablemente. Pero además debe tenerse muy en cuenta la práctica, muy extendida en el siglo XIX, de leer en voz alta

[23] Enrique Anderson Imbert, "El telar de una novela histórica: 'Enriquillo' de Galván", en Estudios sobre letras hispánicas, Editorial Libros de México, México, 1974, (Colección Biblioteca del Nuevo Mundo. 7), p. 93.

para beneficio de los niños y de los analfabetos. Así lo hemos comprobado en investigación al hallar una carta que le envía Jorge Manjarrez a Riva desde Guadalajara y en la cual le dice:

> Tal vez será una niñería lo que voy a decir, pero confío en usted me dispensará en gracia de la sinceridad que dicta mis palabras En el curso de la novela [Calvario y Tabor], en episodios que oía con indiferencia una persona a quien yo la leía por las noches, yo sentía que se me venían las lágrimas a los ojos y tenía que suspender la lectura para limpiarlas con un pañuelo.
>
> Por la escasez de mis recursos vivo con una familia en que hay niños desde nueve a doce años: pues bien, me daba gusto verlos sentados en círculo, escuchando atentos y conmoviéndose con la lectura que daba el hermanito mayor, porque usted con una sencillez encantadora ha sabido tocar las fibras más delicadas del corazón, y poner su novela al alcance de todas las inteligencias.[24]

Y sin hacer una investigación específica, casi por azar, hayamos el testimonio de Toribio Esquivel Obregón, quien dice en sus memorias:

> Poco después de las oraciones de la noche, se rezaba el rosario, después se servía la cena en el comedor para la gente grande, en la cocina para los chicos, para mí no, pues debido a mi dieta me quedaba en mi recámara en compañía de alguno de los sirvientes que me dormían contándome cuentos.
>
> Los demás chicos eran mandados a acostar después de la cena mas los grandes se reunían en la "asistencia", venían a aumentar el número algunos de los tíos, invariablemente la tía Basilisa, y todos agrupados alrededor de un quinqué, se emprendía la lectura de algún libro, de cuando en cuando interrumpida por los comentarios suscitaba que suscitaba.
>
> Los libros que se leían, de que conservo memoria, eran ante todo el Antiguo y el Nuevo Testamento, para lo cual se había obtenido venia especial del señor obispo, mediante condición que la lectura se hiciera en la edición del padre Scio y siempre con las notas ilustrativas del texto; la Fabiola del cardenal Wiesman, El genio del cristianismo, Los mártires, Atala y René de Chateaubriand; El viaje a la luna, Los

[24] Biblioteca Nacional de Antropología e Historia "Emilio Dávalos Hurtado", Colección Antigua, CAOS [en el lomo del volumen] "Álbum de documentos históricos, impresos y grabados referentes a don Vicente Riva Palacio", foja 28, doc. 76, carta de Manjarrez a VRP, Guadalajara, 17 de julio de 1868.

> hijos del capitán Grant, Veinte mil leguas de viaje submarino y otras de Julio Verne y, cosa inexplicable, el hombre que ríe de Víctor Hugo.[25]

Ciertamente Riva no escribía sus novelas ni para los indígenas ni para las masas y el alfabeto sólo lo conocía una élite. Lo que nos parece que no queda claro es el tamaño de esa élite: no es lo mismo mil pedantes que medio millón de personas. No cabe en los objetivos de este trabajo dilucidar tan difícil cuestión, pero es preciso hacer unas breves reflexiones.[26]

Tal vez más importante que referirse a la cantidad de lectores, una minoría todavía mal dibujada, sea comprender la calidad de lectura que entonces se hacía. No nos referimos aquí a que hubiera lecturas muy eruditas, como las que hacía el conde de la Cortina, sino a que es necesario historizar el acto de leer y reconocer que es mala guía juzgar a los tatarabuelos por nuestra manera actual de leer. Los textos citados que hacen referencia a la lectura en voz alta están cargados de una emoción especial y, en el caso de Esquivel Obregón, los recuerdos de su lejana niñez son nítidos, entrañables, evidentemente importantes. Pensemos que hoy en la televisión, una noche cualquiera, podemos ver revoluciones, lo mejor de la obra de Monet, mujeres y hombres despampanantes, crímenes truculentos, coches que -al chocar- siempre explotan, la telenovela de moda, etcétera. Esto significa que la comunicación actual es algo completamente diferente a lo que fue en el siglo XIX en que la piedra litográfica,

[25] Toribio Esquivel Obregón, Recordatorios públicos y privados. León, 1864-1908 (prólogo, estudio introductorio y selección fotográfica de Guillermo Zermeño Padilla), Universidad Iberoamericana / Consejo Nacional para la Cultura / las Artes / Patronato Toribio Esquivel Obregón, México, 1992, p. 80.

[26] Sobre este punto publicamos un sucinto trabajo que tal vez le servirá a alguien: José Ortiz Monasterio, "La lectura en el siglo XIX", en Crónica Dominical, año 2, núm. 87, agosto 30 de 1998, p. 14-15.

especialmente la que se traía de ciertas canteras alemanas, produjo una revolución en la técnica de reproducir e imprimir imágenes. En consecuencia hacen falta todavía muchos estudios sobre la recepción literaria, artística o historiográfica para comprender distancia que nos separa del siglo XIX. En este trabajo no podremos hacer mucho que advertir el problema y tratar de comprender que la historiografía del siglo XI por sí bastante abundante, se leía entonces de otra manera, lo cual la hacía más perdurable y en cierto modo más significativa. Un buen indicador de que hace falta historizar el acto de leer es que hoy -como es natural- leemos generalmente en voz baja, pero tiempo hubo en que hacerlo así y no en voz alta -como era natural- se miró como un prodigio, según relata San Agustín, citado por Borges:

> Cuando Ambrosio leía, pasaba la vista sobre las páginas penetrando su alma, en el sentido, sin proferir una palabra ni moverla lengua. Muchas veces -pues a nadie se le prohibía entrar, ni había costumbre de avisarle quién venía-, lo vimos leer calladamente y nunca de otro modo, y al cabo de un tiempo nos íbamos, conjeturando que aquel breve intervalo que se le concedía para reparar su espíritu, libre del tumulto de los negocios ajenos, no quería que se lo ocupasen en otra cosa, tal vez receloso de que un oyente, atento a las dificultades del texto, te pidiera la explicación de un pasaje oscuro o quisiera discutirlo con él, con lo que no pudiera leer tantos volúmenes como deseaba. Yo entiendo que leía de ese modo por conservar la voz, que se le tomaba con facilidad. En todo caso, cualquiera que fuera el propósito de tal hombre, ciertamente era bueno.[27]

El tema dominante en las novelas históricas de Riva es la independencia nacional. Es verdad que el conflicto entre la Iglesia y el Estado es asunto muy principal en varias de las novelas, pero el gran acontecimiento, el telón de fondo delante del cual desfilan los personajes es siempre un asunto relacionado con la independencia de la

[27] Jorge Luis Borges, Obras completas 1923-1972, Emecé Editores, Buenos Aires, 1987, p. 714. El texto de San Agustín, quien fue discípulo de San Ambrosio a finales del siglo IV, corresponde al libro sexto de sus Confesiones.

Patria. El tema principal de Calvario y Tabor es la lucha por la independencia y contra la Intervención Francesa en Michoacán, en Monja y casada lo es el tumulto de 1624 y la caída del virrey como antecedente del potencial revolucionario del pueblo, en Martín Garatuza la supuesta conjura de los criollos para derrocar al gobierno español, en Los piratas del Golfo los imaginados planes para arrebatar a España las islas del Caribe y la Nueva España, en Las dos emparedadas el fallido intento de El Tapado para liberar a México del yugo hispánico, en La vuelta de los muertos la fracasada rebelión de los indios contra la corona española y, por último, en Memorias de un impostor la soñada revolución del irlandés Lampart.

En las novelas se pinta con oscuros colores a las autoridades españolas de la Nueva España, salvo en los momentos en que tienen conflictos con el clero pues entonces el novelista favorece la causa de las autoridades civiles. Las autoridades eclesiásticas son asocia das a los tumultos, como el arzobispo don Juan Pérez de la Serna, pero Riva no puede ocultar su admiración por un don Juan de Palafox y Mendoza; el resto del clero, con alguna excepción, son fanáticos, ambiciosos y a veces intrigantes. En cuanto a los súbditos españoles se les dibuja como ambiciosos, crueles, abusivos, sedientos de oro y también de las chicas de las novelas. Para Riva los criollos son todos los nacidos en el país (mestizos y castas incluidos), una raza nueva que será la más interesada en la independencia y a la que pertenecen los principales protagonistas. Este concepto ampliado de lo criollo, que yo sólo he leído en Riva, parece obedecer a la estrategia de sumar el mayor contingente posible a las intentonas de independencia. En cuanto al papel

de los indios lo que nos resulta más interesante es que Riva plantea una visión del mestizaje como la unión de lo masculino indígena (Cuauhtémoc) con lo femenino español (una dama peninsular que se enamora del rey azteca), lo cual contradice la versión más difundida, y adoptada como típica, de la unión de Cortés con la Malinche. Esto es bastante más que un matiz, pues según el planteamiento de Riva es lo indígena quien hace suyo a lo español, así lo indígena no es aquí la mujer violentada por el conquistador, sino el elemento activo, positivo y viril (en su sentido original de "virtud"). Es dable suponer que muchos mexicanos que tenían confianza en sí, al leer las novelas de Riva reforzaron su identidad y no cayeron en ese complejo de inferioridad al que alude Vigil, en el texto que hemos examinado en un capítulo anterior. Aquí Riva también resuelve el falso conflicto de lo indígena y lo español, que condena por fuerza una parte de nuestro ser histórico, y halla en el mestizaje (que él identifica con los criollos) la posibilidad de que México exista como Estado independiente, pues ya no es una nación indígena ni es tampoco europea, es un ente histórico nuevo, como las restantes colonias hispanoamericanas que también lograrían su emancipación.

Ya nos hemos referido a la Inquisición y especialmente a la posesión que archivo de la institución tuvo Riva. Resumiremos aquí la imagen que del Tribunal nefando da en sus novelas: el Tribunal de la Inquisición era una institución poderosa que todo lo abarcaba y todo lo invadía; se mantenía en el mayor secreto la identidad de los acusadores y testigos, así como todo lo que sucedía en las cárceles; cualquiera podía sujeto de una denuncia; culpables e inocentes confesaban a fuerza de crueles tormento las cárceles eran sitios inmundos e insalubres y se trataba muy mal a los reos, los Autos

de Fe se celebraban con frecuencia y se montaban con gran aparato; el destino del reo era generalmente terminar su vida en la hoguera.

La lectura de cualquier libro, de nivel académico y reciente, sobre este tema ara que Riva exagera, pero cuida la redacción para no caer en la franca mentira. Así, es muy exagerado decir que el Tribunal todo lo abarcaba y todo lo invadía, en un territorio (el de su jurisdicción) superior a los tres millones de kilómetros cuadrados. Por otro lado, no menciona Riva que los inquisidores obtenían mucha información metiendo a las celdas a informantes, que espiaban, lo cual a veces era mejor que el tormento pues los inquisidores sí estaban interesados en conocer la verdad y, con frecuencia, en medio de terribles dolores, los reos eran capaces de confesar cualquier cosa. También, casi todos los procesos que sigue Riva terminan en la hoguera, pero esto no era una regla general. Sin embargo, los delitos de conciencia que la Inquisición perseguía tienen sus símiles en nuestro siglo, sin duda mucho más horrorosos. Por ello no es posible, a nuestro juicio, adoptar una postura aséptica, "científica" y olvidar los tormentos que padecieron muchas personas (una sola sería demasiado) por el simple hecho de profesar una diferente religión. El historiador debe, en efecto, comprender más que juzgar pero debe también adoptar una postura ética que le permita llamar al pan, pan, y al vino, vino.

Hemos señalado brevísimamente las exageraciones de Riva pero eso no quiere decir que el padre Dávila, en sus Breves observaciones... tuvo razón en todos los puntos en que lo contradijo; ocurre que el presbítero peca de exageración en el sentido opuesto. Es un hecho irrecusable que Riva tomó su información de los archivos inquisitoriales y si puso el énfasis en los puntos más oscuros fue porque era un liberal de la Reforma y tenía interés en demostrar al público los horrores que había cometido el clero en México, pero

ello no quita que sus novelas tuvieran un fundamento documental. Y como Riva mantuvo en su poder el archivo inquisitorial hasta su muerte, sus novelas fueron durante muchos años las fuentes casi únicas para conocer algunas fábulas pero también muchos hechos indudables de la Inquisición en Nueva España.

En lo que sí tiene razón Dávila es cuando dice que el objetivo del autor, cuan menos en tres de las novelas, es hacer un ataque directo al clero mexicano, "es decir virtud de la libertad de cultos [...] atacar al catolicismo [infamando] al clero de otros tiempos, sus instituciones y establecimientos, sus leyes y tribunales, sobre todo el de Inquisición.[28] No cabe duda que los conflictos entre la Iglesia y el Estado que a Riva:, tocó vivir fueron determinantes para la elección de los temas de sus novelas, cuando en 1861 el Congreso decidió apoderarse del archivo inquisitorial y publicar sus causas célebres, lo hizo con la convicción de que favorecería a la causa liberal dar a conocer horrores cometidos por el Tribunal de la Fe. Se trataba de justificar ante una sociedad enteramente católica las razones por las cuales se abolieron los privilegios del clero, se desamortizaron y nacionalizaron sus propiedades y se suprimieron los conventos. En sentido, debemos considerar las novelas de Riva como una apología brillante del liberalismo y como un instrumento publicitario sumamente eficaz.

Por último, debe darse a Riva el crédito que merece por haber incorporado conciencia histórica mexicana el pasado colonial.[29] A pesar de que las novelas condensan la intolerancia, el despotismo y la represión que ejerce la Corona a través de institución como la Inquisición a lo largo de la época colonial, queda en el lector la idea de que

[28] Alguien, op. cit., p. 113.
[29] Y**a** doña Clementina Díaz y de Ovando ha señalado este aspecto en su prólogo a VRP, Cuentos del general, Editorial Porrúa, México, 1968 (Sepan Cuantos, 101) p. XVII.

pesar de todo México siempre ha tenido quien luche por su independencia y su libertad, desde Cuauhtémoc hasta Guillén de Lampart, o mejor aun hasta Juárez. La causa de los liberarles queda así convertida en "la verdadera" ruta del destino nacional.

El libro rojo

Riva es coautor de un libro curioso, que lleva el escandaloso título de El libro rojo.[30] Se publicó por entregas a partir de septiembre de 1869 y es una obra lujosa, ilustrada con litografías: cada entrega, en gran folio, costaba cinco pesos lo cual resultaba inaccesible para la gente de medio pelo, diría tal vez don Luis González y González. El siglo afortunado de un documento nos aporta interesante información sobre este proyecto editorial que, como casi todos los libros de Riva, fue un buen negocio cosa inusitada en nuestra literatura del siglo XIX: don Francisco Díaz de Léon, editor de El libro rojo, le escribe a Riva:

> Señor general:
>
> Antes de concluir el año quise practicar un reconocimiento en las cuentas del Libro Rojo, y a primera vista encuentro una utilidad de $2,271.98, de los que aun están por cobrar $1,682, además de $444 que considero perdido[s]: esta última partida aparte de los $2,271.98
>
> Quedan además existencias, que consisten en 40 colecciones y 2,000 y pico de cuadernos sueltos.
>
> Mi objeto al participar a usted este resultado, es el de que considere como bien recibidos los $500 que entregué en febrero de 1870, mientras con mejores datos y seguridad de cobros, pueda verificar una liquidación total.

[30] Vale la pena copiar el subtítulo: El libro rojo 1520-1867. Hogueras, horcas, patíbulos, guerras civiles, suicidios y sucesos lúgubres y extraños acaecidos en México durante sus guerras civiles y extranjeras. Esta obra la escribió Riva Palacio en unión de Manuel Payno, Juan A. Mateos y Rafael Martínez de la Torre y fue publicada, lujosamente, por Díaz de León y White en la ciudad de México en 1869 y 1870.

El señor Payno ha recibido hoy $300, primera cantidad que él recibe.
Su muy afectísimo seguro servidor,

Francisco Díaz de León
[rúbrica][31]

El libro rojo es un híbrido que no atina uno si debe colocarse en el terreno de la historiografía o en el más fictivo de la literatura. Algunos de los capítulos de este libro son transcripciones textuales de causas célebres de la Inquisición, como el proceso seguido a la familia Carvajal. Este proceso es algo espantoso. Esa costumbre que tenían los secretarios del tribunal de escribir cada grito y cada queja de los que sufrían tormento, provoca verdadero terror, sobre todo porque muchas veces los inquisidores sabían ya todo y el atormentado callaba queriendo proteger a los mismos parientes que y poco antes lo habían señalado a él como hereje. En los tiempos actuales el archivo del Tribunal de la Fe es una fuente para conocer una amplia gama de asuntos, desde historia de la medicina[32] hasta las estructuras del poder político, ello ha contribuido borrar la "leyenda negra" que, sin duda, se ha levantado contra la Inquisición española, como antes hemos mencionado. Pero la intolerancia de la Inquisición, contra los judío por ejemplo, es algo que, aún nos afecta pues no hace mucho ha renacido con el nazismo y por eso -sin olvidar que los palestinos también tienen derechos- no podemos aceptar la visión antiséptica, aparentemente no ideológica que algunos proponen. Estamos contaminados, el mal existe y la academia es torre de marfil que no sostiene un optimismo científico que se propone estar por encima de lo real. El pasado no ha

[31] Utx-A, AVRP, carta de Francisco Díaz de León a VRP, "su casa" [México], diciembre 24 de 1871, fólder 202.2, doc. 179.
[32] Véase nuestro artículo "La mujer que poseyeron los demonios", en México Indígena, núm. 18, marzo de 1991.

terminado y los historiadores, especialmente, estamos involucrados en él. Es muy cierto que el tribunal de la Fe, por orden real, dejó de tener jurisdicción sobre los indígenas (hacia 1570) pues su reciente conversión los ponía en situación muy diferente de los colonos y de sus descendientes, tal vez mestizos. También es un hecho que con respecto a las inquisiciones modernas como la guerra sucia en Argentina y el Gulag soviético, la violencia de la inquisición española comparativamente queda muy disminuida. Pero creemos que no importa tanto el número de muertos sino el principio, por más legal que fuera en su época, de que existía una institución que castigaba a los heterodoxos que tenían otra religión o bien ideas que se consideraban dañinas para esa sociedad. Por ello en el capítulo respectivo del México a través de los siglos, a diferencia de lo que dice en sus novelas coloniales y en El libro rojo, acepta que la institución era en su tiempo perfectamente legal y que correspondía a una postura intolerante del judaísmo, del protestantismo y aun de la ciencia moderna que en aquel esquema era heterodoxa, inaceptable. Esta es una diferencia de consideración pues se acepta que el tribunal obedecía a la legislación de la época y a la mentalidad prevaleciente entonces. Pero el principio de la libertad de conciencia, que los liberales del siglo XIX consideraban que había surgido con el protestantismo, era el opuesto perfecto de la mentalidad inquisitorial, que ciertamente no terminó totalmente con la supresión del tribunal a principios del siglo XIX, pues esta actitud intolerante de la Iglesia subsistió hasta la guerra de Reforma, por decir lo menos. Por ello el historiador de más amplio criterio y el más imparcial tienen que tomar en cuenta la situación de los perseguidos y resolver el dilema ético, pues si la Inquisición fue mal del siglo y no de España, el Gulag también podría considerarse como mal del siglo y no del soviet supremo, lo mismo que los militares argentinos que

adoptaron a los hijos de los activistas políticos, mismos que tiraron mar adentro desde los helicópteros. Pero todos estos juicios son más relativos que absolutos pues todo depende de quien hace esos juicios y de su "lugar social", como diría Michel de Certeau: en efecto un almirante de los Estados Unidos podría justificar una invasión a Irak señalando las "bárbaras" costumbres musulmanas, discriminatorias para las mujeres, pero aquí es el que una pretendida postura ética es la pantalla de claras intenciones imperialista. Además según el principio de la soberanía de los pueblos éstos pueden elegir la forma de vida que más les plazca, pero ¿qué pensar de las mujeres musulmanas repudiadas por maridos, auténticas parias que, en este instante, vagan por las calles de las ciudades árabes cargando con sus hijos y sin otro recurso que la mendicidad? O bien ¿qué decir de los pueblos que practican la clitorectomía? O cómo mantenerse ecuánime sabiendo que en ciertos pueblos del sureste de Asia, en la actualidad, los varones no toleran un desaire y castigan a las mujeres que les niegan sus favores arrojándoles al rostro ácido de batería de automóvil; todas ellas quedan desfiguradas y, muchas, también ciegas. El mal existe, sólo podemos ser científicos -sin atender a la moral- hasta cierto punto, hasta que enfrentamos con una disyuntiva ética y entonces se impone la solidaridad, si jamás, abandonamos el camino de un racionalismo mal comprendido corremos el riesgo de servir como peones de intereses inhumanos.

Otros capítulos de El libro rojo no parecen tener tan buen fundamento documental como el capítulo dedicado a la familia Carvajal. Por ejemplo el dedicado a Morelos termina de una manera que no carece de encanto: habiendo sido fusilado el héroe a orillas del lago de San Cristóbal, una súbita alteración provoca que se levanten las del lago que vienen a lavar la sangre del prócer, señalando así su carácter providencial

sobra decir que en los documentos relativos a la muerte de Morelos no se halla ningún informe de aguas que se encrespan, ni nada semejante. ¿Qué es Libro rojo historia o literatura? Hay textos que no soportan esta disyuntiva y no queda más remedio que considerarlos historia y literatura, sobre todo cuando atendemos a la recepción, es decir a las diferentes lecturas que se han hecho de ellos. El historiador experto detectará con facilidad cuándo se rompen los principios del método científico, pero los lectores creerán o no en El libro rojo en su conjunto y el abundante apoyo documental que se muestra en el episodio de la familia Carvajal en la práctica refuerza -aunque en buena lógica no sea posible- a todos los demás capítulos, por más inverosímiles que sean, Riva y los otros autores de este libro eran expertos en dar al lector toda una gama de marcas de autenticidad que daban verosimilitud -colorido de verdad- a sus textos; así, la contradicción de que un escrito sea historia y literatura al mismo tiempo se resuelve considerando el lugar de quien emite el juicio: para el científico El libro rojo será literatura, pero para la inmensa mayoría de los lectores funcionará como historia.

Los textos de este libro que escribió Riva corresponden a varias épocas históricas. De asunto prehispánico sólo hay uno, muy ligado a la idea de independencia: "Xicoténcatl". La mayoría de ellos corresponden a la historia de la Nueva España, a saber: "Rodrigo de Paz", "Los dos enjaulados", "Martín Cortés", "Pedro de Alvarado", "Caridad evangélica", "La familia Carvajal", "Los treinta y tres negros" y "El Tapado". Otros más corresponden al siglo XIX: "El licenciado Verdad", "Hidalgo", "Matamoros", "Morelos", "Iturbide" y "Arteaga y Salazar". Este último ensayo está inspirado en la existencia de la guerrilla republicana a la Intervención Francesa y al archiduque de Austria en el estado de Michoacán, es decir en la zona en que Riva actuó como uno de los

jefes principales, de tal modo que aquí narra hechos de los que fue testigo presencial; sin embargo habla poco de sí mismo y sólo le interesa destacar el destino extraño de dos verdaderos patriotas, que en vida no se soportaban hasta que al fin encuentran la reconciliación -obra directa de Riva- sólo para compartir poco después el paredón de fusilamiento.

Este libro de Riva ha recibido poca atención de los estudiosos y bien merece monografía pues serviría como una especie de ensaye de la mentalidad histórica de la República Restaurada, pero no la de los eruditos sino la de los llamados "publicistas", es decir los escritores que, sobre todo en los periódicos, divulgaban las doctrinas políticas en este caso el liberalismo. No podremos aquí estudiar El libro rojo con el detalle que desearíamos, pero hay un punto que debemos examinar pues define elocuentemente el criterio histórico de Riva. Su abuelo, Vicente Guerrero, mereció un capítulo en esta obra que fue escrito por don Manuel Payno; imposible que el propio Riva cantara las glorias de su ilustre antepasado. En breves páginas Payno da cuenta de los grandes momentos del libertador, al cual de entrada lo compara con los héroes clásicos de la Antigüedad:

> Si Guerrero hubiese sido uno de esos romanos que desde la oscuridad del campo se solían elevar hasta la gloria de la República, Tácito le habría consagrado un envidiable escrito como el que le dedicó a Julio Agrícola.[33]

A veces no es fácil interpretar a los autores del XIX pues con alguna frecuencia su prosa, en apariencia diáfana, encierra misterios ocultos, como las señas que usaban los masones para reconocerse. Digo esto porque Tácito, como se sabe, en efecto fu biógrafo de Agrícola pero también su yerno; ¿alude Payno aquí al yerno de Guerrero, don

[33] Manuel Payno, "Guerrero", en VRP et al., El libro rojo (prefacio de Andrés Henestrosa), Editorial Leyenda, México, 1946, p. 367.

Mariano Riva Palacio o está ensalzando a Vicente, un nuevo Tácito? Me inclino por la afirmativa pues bien pudiera ser una cortesía del escritor que se va a ocupar de alguien muy querido de un amigo. Guerrero, añadirá Payno, mantuvo el faro de la independencia en las montañas del Sur y por supuesto pintará el cuadro de la escena famosa que dio pie a las palabras: La patria es primero. Llegó el padre del libertador con la oferta del indulto completo del virrey, si deponía las armas y entonces:

> Abrazó Guerrero con efusión al autor de sus días: pero así que se enteró de su misión, tomó la mano del anciano, la besó respetuosamente, y acaso la humedeció con una lágrima: recibió el papel en que estaba escrito su perdón, quedó un rato pensativo, y después le dobló y le entregó tristemente a su padre.
> -He jurado que mi vida sería de mi patria y no sería el digno hijo de un hombre honrado, si no cumpliera mi palabra.
> El viejo abrazó a su hijo, le bendijo y se retiró silencioso, tomando de nuevo el camino, para poner en conocimiento del virrey el mal éxito de su comisión.[34]

Sin duda el mayor mérito de Vicente Guerrero fue lo que se conoce como el abrazo de Acatempam, es decir negociar y llegar a un acuerdo con Agustín de Iturbide, el jefe realista del Sur. Nuestra independencia tiene la peculiaridad, la cual se explica en el México.... de que no hubo una batalla final y un vencedor definitivo de la guerra de once años. Los acontecimientos ocurridos en España en 1820, particularmente el restablecimiento de la Constitución de Cádiz, fue lo que condujo a la élite (los autonomistas) de la Nueva España a separarse de la corona española, a manera de una medida sanitaria que evitara el contagio del liberalismo.[35] Con todo Acatempam

[34] Ibid., p. 371.
[35] Jaime E. Rodríguez O., uno de los mejores conocedores del proceso de independencia, dice con mucho tino: "The new Mexican nation emerged almost by accident". Véase, del autor citado, "From Royal Subject to Republican Citizen: The Role of the Autonomis the Independence of Mexico", en Jaime E. Rodríguez O. (editor), The Independence Mexico and the Creation of the New Nation, UCLA Latin American Center Publications, University of California, Los Angeles, 1989, p. 40.

representa un momento fundador indiscutible pues el simple hecho de dejar las armas y pactar un arreglo que garantizaba lo fundamental -la independencia de España- abría nueva era histórica para México.

Otra peculiaridad de nuestro país fue que los padres de la patria -a diferencia de los Jefferson y los Washington- trocaron pronto los laureles de su gloria por muertes trágicas: Iturbide en Padilla, Guerrero en Cuilapam. Sobre este punto no citaremos a Payno sino a Riva quien, en el artículo de El libro rojo dedicado a Iturbide, escribe con indignación:

> Iturbide libertador de México, Iturbide emperador, Iturbide ídolo y adoración un día de los mexicanos, expiró en un patíbulo, y en medio del más desconsolador abandono.
>
> Los partidos políticos se han pretendido culpar mutuamente su muerte. Ninguno de ellos ha querido hasta ahora reportar inmensa responsabilidad.
>
> En todo caso, y cualquiera que haya sido el partido sacrificó a don Agustín de Iturbide, yo no vacilaré en repetir que esa sangre derramada en Padilla, ha sido y es quizá una de las manchas más vergonzosas de la historia de México.
>
> Guerrero e Iturbide consumaron la independencia, y ambos, con el pretexto de que atacaban a un gobierno legítimo, expiraron a manos de sus mismos conciudadanos.
>
> No seré yo quien pueda hablar de la muerte de Guerrero; en cuanto a la de Iturbide, exclamaré siempre que fue la prueba más tristemente célebre de ingratitud que pudo haber dado en aquella época la nación mexicana. Iturbide reportaba, si se quiere, el peso de grandes delitos políticos, venía a conspirar a la República, bien; ¿pero hubiera bastado con reembarcarle?
>
> El pueblo que pone las manos sobre la cabeza de su libertador es tan culpable como el hijo que atenta contra la vida de su padre. Hay sobre los intereses políticos en las naciones, una virtud que es superior a todas las virtudes, la gratitud.

> El pueblo que es ingrato con sus grandes hombres, se expone a no tener por servidores, más que a los que buscan en la política un camino para enriquecer y sofocan todas las pasiones nobles y generosas.
>
> Dios permita que las generaciones venideras perdonen a nuestros antepasados la muerte de Iturbide, ya que la historia no puede borrar de sus fastos esta sangrienta y negra página.[36]

Este párrafo ciertamente no es lo más fuerte de la obra de Riva, pues domina en él una serie de circunstancias personales que nublan el cuadro. Como es usual en este autor hay mucha generosidad en el juicio de los monarquistas, toda vez que han fenecido definitivamente. Además el paralelismo entre Guerrero e Iturbide permite que, con la misma modestia de su abuelo, se excuse de hablar explícitamente de él si bien de modo implícito todo lo dicho sobre Iturbide vale igualmente para Guerrero. La pasión de la propia sangre, por otro lado, hace que Riva cometa la ligereza intelectual de tener en poco que los libertadores hayan atacado -con las armas en la mano- "al gobierno legítimo", siendo que la primera necesidad de cualquier gobierno es subsistir y precisa de todo su poder para cortar en seco las ambiciones de quienes quieran derrocarlo. Y como razón última apela a "Dios" para que permita que futuras generaciones perdonen la muerte de los libertadores; es decir que él -amo del perdón y de la reconciliación- no puede perdonar la muerte de su abuelo. En cuanto a la suprema virtud de la "gratitud" de los pueblos es algo que Riva repetirá en varios textos y es -quizá- un gesto que explica por qué no llegaría a ser presidente; considerar que en política pueda haber gratitud y especialmente de una entidad tan etérea como lo es "el pueblo", habla bien de la ética del autor, aunque esta es más propia de una construcción retórica con fines pedagógicos que de la política práctica. En los momentos en que Riva escribía El libro rojo se sentía

[36] VRP et al., El libro rojo, Editorial Leyenda, México, 1946, p. 351-352. Subrayados nuestros.

víctima de la ingratitud del pueblo cuya libertad había sido resultado de los sacrificios, muy considerables, de los ejércitos republicanos durante los cinco largos años de la guerra contra el invasor francés, y por ese motivo militaba en las filas que hacían la oposición a Juárez. Pero si consideramos la situación del presidente él no podía satisfacer todas las aspiraciones de los muy numerosos jefes militares que habían derramado mucha o poca, sangre durante la guerra: además era imperativo desmilitarizar al país lo oneroso de un ejército demasiado grande para tiempos de paz, pero sobre todo había que poner coto al expediente de la revuelta militar -la plaga del siglo XIX- y, establecer un gobierno civil que se renovara mediante elecciones, por más imperfectas que estas fueran. Es comprensible que Riva considerara que ser magistrado de la Suprema Corte de Justicia -cargo que debía a los electores y, no a Juárez- era pobre recompensa de sus innegables méritos en combate y no correspondía a sus altísimas aspiraciones. Otra muestra de la dignidad herida por la ingratitud de su pueblo la dará Riva al decidir enterrado in pártibus infidélium, es decir en Madrid, y tal vez este gesto y la moralidad fundamental de Riva será para algunos un estorbo en la política, pero también explica larga duración de su obra historiográfica que, al menos en parte, se debe a su fibra ética no fue presidente, pero sí un caballero; Borges habría apreciado la diferencia.

Cada uno de los capítulos de El libro rojo se inicia con un grabado en gran folio representando alguno de los momentos culminantes del texto. Las ilustraciones hacen mucha diferencia pues con todo y que la narrativa es impactante y truculenta ver, por ejemplo, la ilustración que muestra a los 33 negros en la picota en la gran plaza de

México, en el momento de ser ahorcados y decapitados, produce un verdadero y puro horror. La calidad de la impresión de las ilustraciones no es la mejor que hemos visto, su eficacia es incuestionable.

Historia de la administración de don Sebastián Lerdo de Tejada[37]

Alguien ha dicho, debe ser don Luis González y González, que Riva Palacio era tan diestro en el manejo tanto de la pluma como de la espada, que a veces cuando debía sacar la espada sacaba la pluma y, en otras ocasiones en que debía sacar la pluma, sacaba la espada; este humorismo no deja de tener mucho de verdad. Y es que la libertad de imprenta de aquella época era tan celosamente respetada que Riva, como jefe de redacción de El Ahuizote, puede publicar en ese periódico un manifiesto en el que explica es que lo motivan a abandonar el periódico para sumarse a la revolución de que derrocaría al gobierno de Lerdo. Por las mismas razones Riva sólo escribe las primeras 80 páginas de la obra que da título a este apartado, siendo las demás de la pluma según don Daniel Cosío Villegas, de Irenco Paz, que también fue el editor de la obra.

El lerdismo fue tina etapa políticamente positiva, comenzando por el hecho que el presidente, lo mismo que su antecesor Benito Juárez, terminó su período como encargado del poder Ejecutivo, lo cual rompía una tradición mexicana de muchas décadas durante las cuales la duración de los presidentes era brevísima. La relativa paz comenzó a rendir frutos apreciables, uno de los cuales fue la inauguración del ferrocarril

[37] VRP, Historia de la administración de don Sebastián Lerdo de Tejada, Imprenta y Biografía del Padre Cobos, 2a calle de Vanegas número 6, México, 1875.

México-Veracruz en 1873). Sin embargo don Sebastián Lerdo de Tejada recurrió, como su antecesor, a las facultades extraordinarias pues la independencia del Congreso y las considerables facultades que le otorgaba a éste la Constitución de 1857 impedían al presidente gobernar. La prensa de oposición, en la cual destacaban El Radical y El Ahuizote que Riva dirigió, tuvo mucha tela de donde cortar para enderezar al señor Lerdo, una crítica incesante y severa.

La Historia de la administración de don Sebastián Lerdo de Tejada es una obra cuyo tema son las cuestiones contemporáneas, actuales, actualísimas. Según Arthur Danto el estudio de la historia contemporánea presenta la dificultad considerable de que el autor no conoce el futuro del pasado, es decir que se ignora el desenlace de los acontecimientos que se estudian, lo cual resulta en una visión trunca del acontecer. Un experto de la historia de este período, el ya mencionado Cosío Villegas, parece coincidir con Danto cuando afirma que esta obra de Riva "es incompleta, burdamente apasionada, y la preside, incluidas las páginas de Riva Palacio, esa tendencia a explicar los hechos históricos acudiendo al misterio..."[38] La severa crítica de Cosío Villegas se explica en parte por el hecho de que él estaba en proceso de proponer una nueva visión de aquella época, para lo cual el primer paso era demostrar la insuficiencia de los libros disponibles. Pero llama mucho nuestra atención que cuando, finalmente, don Daniel escribe Historia moderna de México, dedica más de cuatro páginas al señalamiento de defectos de la obra que Riva escribió a vuela pluma y sólo en parte. ¿Tan mala era que requería todo ese espacio para sacar a la luz sus errores? Bueno, don Daniel era de pluma

[38] Daniel Cosío Villegas, "El Porfiriato: su historiografía o arte histórico", en Extremo América. Tezontle, México, 1949, p. 134-135.

Fácil y sabía sacarle jugo a cualquier asunto. Pero además, creemos que en esto estaremos todos de acuerdo, era abogado y le gustaba mucho el tono de polémica, de alegato, aun a pesar de que discutiera con los muertos. Parafraseando a Cosío Villegas nosotros diríamos: don Daniel se equivoca cuando dice en la página 226, en la primera parte de cierto tomo de su Historia moderna de México,[39] que Riva solo escribió cuarenta páginas del libro sobre la administración de Lerdo, pues realmente fueron ochenta, además ¿por qué tanto interés en corregir los errores de ese libro? acaso porque ésta no es tarea difícil de hacer cuando han pasado cerca de cien años: y qué decir de los documentos que se anexan en cada capítulo de la obra de Riva, tampoco eso le sirvió de nada?: por otro lado Cosío Villegas quiere mostrarse como inteligente crítico al proporcionar información novedosa que Riva pasó por alto, pero ¿cómo es entonces que él pasa por alto el muy significativo epígrafe de la obra que critica- un texto de Séneca, que dice: Multum autem restat, multumque restabit net elli nato post mille saecula praecluditur occasio aliquid adjiciendi, que en cristiano viene a significar: "Quedan aún muchas cosas, y quedarán por venir y a ningún nacido después de mil años le faltará ocasión para añadir algo más"; es decir que el autor reconoce su obra como imperfecta, y es natural, pues en asuntos de historia nadie puede pretender la última palabra. Somos los primeros en conceder que adoptar un espíritu batallador y poner a don Daniel en el banquillo de los acusados no le hace justicia; más que retrato semeja una grotesca caricatura. Pues no otra cosa parece su alegato contra Riva y es que a veces el abogado Cosío Villegas olvida que la historia no es un tribunal, ni el historiador severo juez: tal vez hace cien años se pensaba así, pero en

[39] Daniel Cosío Villegas, Historia moderna de México. El Porfiriato. Vida política interior. Primera-parte, Editorial Hermes, México / Buenos Aires, 1970.

este siglo: al menos desde los años cuarenta, la convención ha sido que el papel de historiador no es juzgar, sino comprender. Lamentamos que, en nuestro intento por comprender la obra de Riva, hemos dado una imagen de don Daniel Cosío Villegas repetimos, no le hace justicia ni a sus luces, ni a sus obras, ni a su pluma, pero el asunto es que no hay texto que resista un análisis que de tan severo más parezca una cuestión de tormento.

Nosotros plantearíamos así una evaluación desapasionada, en la medida que es posible: la Historia de la administración de don Sebastián es una obra dominada por el espíritu de partido, hay en ella mucha parcialidad y, evidentes miras políticas. Sus autores, Riva y cierto abogado (posiblemente Ireneo Paz), recurrieron a la historia porque veían en ella un arma poderosa, pues era "uno de los ataques más rudos que pueden darse a la administración actual, siquiera sea por la común creencia de que el periódico muere, pero el libro vive".[40] Se entiende pues que esta obra es corolario de los feroces ataques que contra el lerdismo publicó Riva en aquellos famosos periódicos de oposición que dirigió: El Ahuizote y El Radical. En ellos además de criticar sin cesar la inacción de Lerdo y sus ministros, lo mismo que la excesiva afición del presidente a todo tipo de convites (inmortalizada en las caricaturas de esos mismos periódicos), realiza una tarea de zapa que consiste en contrastar los preceptos de la Constitución de 1857 con la "política real" que instrumentaba don Sebastián Lerdo de Tejada. Así, en el libro y en los periódicos Riva dedica muchas líneas a condenar la intervención de los poderes federales en los estados, que debían ser libres y soberanos de acuerdo con la Constitución. Otro de los temas que con mayor frecuencia y virulencia aborda Riva es la cuestión de la división

[40] VRP, Historia de la administración..., loc cit., p. 5.

de poderes, y debió ser muy molesta para aquel gobierno la crítica incesante del autor y el señalamiento de los casos concretos en que el poder ejecutivo, saliendo de la esfera que le señalaba la Carta Magna, se entrometía en asuntos judiciales o legislativos que no eran de su competencia. Con respecto a las grandes dificultades que presentaba la aplicación de la ley fundamental el ya mencionado historiador, Daniel Cosío Villegas, publicó un estudio que bien puede llamarse clásico.[41]

Con todas sus deficiencias la Historia de la administración... del presidente resulta de señalada utilidad para los historiadores de hoy pues ofrece una visión contemporánea de los acontecimientos que, cuando menos, proporciona todo un temario de cuestiones de interés o que caracterizaron el periodo en cuestión. Imaginemos que tuviéramos un libro como este para todos los períodos presidenciales de la historia moderna y contemporánea de México; nadie puede poner en duda que dichos libros serían utilidad para el historiador actual, pues a pesar de sus deficiencias se tendría un punto de partida y una fuente con la cual se podría dialogar o, si a usted le place, polemizar. Creemos que el uso actual de esta obra es más cercano a lo real cuando un Jean Meyer la utiliza para presentar "un resumen ameno" de las protestas de Jalisco contra la separación de Nayarit de su soberanía, en cierto artículo interesante.[42]

De la historia de la administración lerdista hay una edición facsimilar reciente, con un prólogo de Alejandro de Antuñano Maurer, que puede brindar información

[41] Daniel Cosío Villegas, La Constitución de 1857 y sus críticos, Secretaría de Educación Pública, México,1973 (SEP/setentas, 98).
[42] Jean Meyer, "La cuestión de Tepic. El sentido de la separación de facto del 7o cantón en 1867", en Encuentro, revista de El Colegio de Jalisco, octubre-diciembre de 1983, pp. 71-79.

adicional.[43] Lo fundamental es que el libro que comentamos muestra el modo en que autor como Riva enfrentó el reto de escribir historia contemporánea. La difícil planteada por Arthur Danto, que presenta escribir historia cuando no se conoce desenlace de determinado proceso (lo que Danto llama "el futuro del pasado") es insoslayable. Pero debemos seguir el ejemplo de Riva y esforzarnos para escribir historia contemporánea, cuando menos para no caer en el papel del anticuario, ciego a su presente. Y a propósito de este punto bien ha dicho el maestro Álvaro Matute: no cabe duda de que este género es difícil, pero no es imposible cultivarlo. Una prueba incontestable de ello es el libro reciente de Enrique Krauze, La presidencia imperial,[44] que si no es estrictamente la primera sí es indudablemente la obra que con toda contundencia rompió el tabú de que los historiadores no debían escribir historia actual y, mucho menos poner especial énfasis en la institución presidencial. Lo que no queda claro es si todos pueden ya publicar a placer o es el lugar social específico de Krauze lo que le permite a él hacerlo.

Poemas históricos

Riva era un buen versificador y lo había demostrado, desde sus poemas juveniles (inéditos) a la que sería su esposa, pero esta habilidad suya sólo se hizo pública hasta que presentó sus dramas en verso en el año de 1861 y no dejó de escribir algunos buenos

[43] VRP, Historia de la administración de don Sebastián Lerdo de Tejada (apunte histórico de Miguel Alemán Valdés, prólogo de Alejandro de Antuñano Maurer), Biblioteca Mexicana de la Fundación Miguel Alemán, México, 1992.
[44] Enrique Krauze, La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996), Tusquets Editores, México, 1997 (Colección Andanzas).

poemas históricos. En Páginas en verso[45] publicó cuatro poemas de tema histórico: "El Escorial", "El rocío y el llanto", "La noche en el Escorial" y "La catedral de Toledo". Adicionalmente en otro de sus libros de poesía, titulado Mis versos[46] incluyó varios poemas históricos, algunos por cierto muy largos como "Lorencillo". Este es un poema que a nosotros nos encanta. Quizá la crítica no ha reparado en él pues la narración del ataque de los piratas, con todo el colorido que Riva sabía dar al siglo XVII se sobrepone a los aspectos formales y más propiamente estéticos, aunque es bien sabido que forma y fondo son inseparables. La crítica, en cambio, ha celebrado e incluido en las principales antologías el soneto de tema histórico titulado "El Escorial", que junto con "Al viento" y "La vejez" son considerados por los críticos como lo mejor de su producción poética:

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

El Escorial

Resuena en el marmóreo pavimento
Del medroso viajero la pisada,
Y repite la bóveda elevada
El gemido tristísimo del viento.

En la Historia se lanza el pensamiento,
Vive la vida de la edad pasada,
Y se agita en el alma conturbada
Supersticioso y vago sentimiento.

Palpita aquí el recuerdo, que aquí en vano,
Contra su propia hiel, buscó un abrigo,
Esclavo de sí mismo, un soberano,

Que la vida cruzó sin un amigo,
Águila que vivió como un gusano,

[45] VRP, Páginas en verso (prólogo de Francisco Sosa), La Ilustración, México, 1885.
[46] VRP, Mis versos, [Rivadeneyra], Madrid, 1893. Hay noticia de que Riva publicó otro libro de poesía con el seudónimo de Rosa Espino, pero la obra se ha perdido y sólo se conocen fragmentos. Luis Mario Schneider la buscó afanosamente, en México y en el extranjero, pero no tuvo éxito; sus señas editoriales son: Flores del alma (prólogo de Francisco Sosa), Imprenta de Ponce de León, México, 1875.

Monarca que murió como un mendigo.[47]

Pablo Mora ha publicado un artículo interesante que revalora el soneto mexicano del siglo XIX y su cepa hispánica, en el cual analiza con especial detenimiento el soneto de Riva que hemos copiado. El análisis formal y conceptual que realiza convence de muy buena calidad de "El Escorial", que utiliza un claroscuro, una dialéctica de opuestos. Mora señala:

> Como dijimos, parte de la "monumentalidad" del soneto radica en la forma como pinta la paradoja entre el monumento edificado, el imperio, frente al retrato humano que el propio poeta contrasta al referirnos la vida miserable del rey Felipe II: es la grandeza y el esplendor de un monumento el espacio que resguarda la historia de sus propias miserias. En ese sentido, el rey es esclavo de sí mismo, ya que a pesar de haber construido un monumento para buscar "abrigo", edificó una construcción que recuerda su paso por la vida: sin amigos, viviendo como un gusano y muriendo como mendigo. Con lo cual el escritor hace una crítica en donde relativiza valores tales como la grandeza, la fama, temas de otros sonetos.[48]

Alfonso Reyes, como otros grandes escritores a quienes les costaba trabajo digerir la literatura anterior al modernismo, no tuvo en mucho la poesía de Riva: "tal soneto decente al viento, al Escorial o a la vejez no justifica la reputación de poeta elegante".[49] En cambio Carlos González Peña en su Historia de la literatura mexicana afirmaba en 1928:

> Poeta límpido, discreto aunque poco abundante es don Vicente Riva Palacio. Por aquellas cualidades así como por no haber sido ajeno

[47] VRP, Páginas en verso, op. Cit., p. 23.
[48] Pablo Mora, "El Escorial y la tradición formal en Vicente Riva Palacio", en Literatura Mexicana , vol. VII, núm. 2, 1996, p. 380.
[49] Alfonso Reyes, Obras, Fondo de Cultura Económica, México, 1955, t. I, p. 255-256. Citado en el prólogo de Luis Mario Schneider a VRP, Poesía (coordinación de la obra José Ortiz Monasterio), Instituto Mora / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes e Instituto Mexiquense de Cultura / Universidad Nacional Autónoma de México, México (en prensa) Obras escogidas).

> a la tendencia de imprimir cierto sello nacional a su poesía considerémoslo dentro del grupo de Altamirano; tres sonetos suyos han merecido los honores de la antología: "El Escorial", "Al viento", "La vejez".[50]

En tiempos más recientes José Emilio Pacheco insiste: "compuso dos de los mejores sonetos de la poesía mexicana: 'El Escorial' y 'Al viento', capaces de salvar su nombre de poeta entre el olvido que borra o disminuye otros prestigios de su época."[51]

Producir dos o tres poemas que mantengan su vigencia después de un siglo -tal hemos escuchado decir a José Emilio Pacheco- no es una mala cosecha. Y para nosotros resulta de especial interés que esos tres sonetos que han pervivido sean todos, en cierto modo, de tema histórico pues "Al viento" tiene como asunto principal el tiempo, lo mismo que "La vejez"; en todo caso la poesía fue, entre otras cosas, un vehículo más para Riva con el cual expresar su sensibilidad histórica, a la vez que escribir poesía era la verdadera medida de un literato de entonces. Por otra parte ciertos poemas que fueron costumbristas y de inspiración nacionalista, como "La fiesta de Chepetlán", hoy bien pueden ser mirados como poemas históricos. Este poema celebra una tregua que dictó el libertador Vicente Guerrero durante la guerra de Independencia, para que realistas e insurgentes festejaran las fiestas de ese pueblo.

Un último aspecto digno de mención en torno a la poesía de Riva es que durante décadas se consideró poco abundante su producción poética; el estudio ya citado de Luis

[50] Editorial Porrúa, México, p. 79. Citado en el prólogo de Luis Mario Schneider mencionado en la nota anterior.
[51] José Emilio Pacheco, La poesía mexicana del siglo XIX. (Antología), Empresas Editoriales, México, 1965, p. 216.

Mario Schneider demuestra -como ya lo sospechaba Pablo Mora-[52] que no es así y que en realidad escribió más que muchos otros poetas de su generación.

Periodismo

Una peculiaridad de la obra de Riva es que varios de sus libros aparecieron en su primera versión, antes de convertirse en libros, en los periódicos. Tal es el caso de gran parte de su poesía, de Los ceros y de Tradiciones y leyendas mexicanas que se publicaron en La República; de los Cuentos del general que publicó en Madrid, primero en La Ilustración Española y Americana y después los reunió en un libro; y, también, en cierto modo, de sus novelas, que si bien no se publicaron como folletín sino como entregas sueltas fueron realmente un suplemento de La Orquesta pues el editor era el mismo Manuel C. de Villegas. Además, los discursos cívicos de tema histórico fuero publicados en los periódicos. Por último en los artículos de tema político de Riva son frecuentes las referencias históricas. En fecha próxima ha de publicarse la obra periodística de Riva[53] y allí hallaremos piezas tan curiosas como una historia de la ópera bufa, es decir del teatro popular desde los tiempos antiguos.[54] Y es que Riva era insaciable y estudiaba todos los asuntos imaginables. Lo fundamental es dejar bien claro

[52] Pablo Mora, "El Escorial y la tradición formal en Vicente Riva Palacio", loc. Cit., p. 366, nota 3.
[53] VRP, Obras escogidas (prólogo de María Teresa Solórzano Ponce, coordinación de la obra José Ortiz Monasterio, Instituto Mora / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Instituto Mexiquense de Cultura / Universidad Nacional Autónoma de México, México, (en prensa).
[54] En forma de cinco cartas dirigidas a Francisco Sosa publica esta serie de artículos en El Nacional. Periódico Literario, tomo II, p. 3-5, 9-13, 17-21, 35-37 y 65-67.

que en su periodismo la historia tiene un importante papel, como se vera cuando salga a la luz la publicación antes mencionada.

Los periódicos en que participó Riva, salvo indicación en contrario como jefe de redacción, fueron La Orquesta (1867-1870), El Monitor Republicano (1867, colaborador ocasional), El Federalista (1871, colaborador ocasional), El Correo del Comercio (1872), El Radical (1873-1874), El Radical. Edición Literaria de los Domingos (1873, colaborador ocasional), El Constitucional (1874, colaborador ocasional), El Ahuizote (1975-1876), La Exposición Internacional Mexicana (1879, circulares oficiales como ministro de Fomento), El Nacional, Periódico Literario (1880, colaborador ocasional). El Nacional (1881, colaborador ocasional), La Ilustración Española y Americana (1888-1896, colaborador ocasional).

Como antes señalamos Riva publicó muchas de sus obras primero en los periódicos y después en forma de libro; en este trabajo analizamos en el lugar respectivo las versiones publicadas como libros, por lo cual en este apartado sólo damos las coordenadas básicas del resto del periodismo de Riva. En cuanto a la temática de esta prensa de oposición puede decirse que criticaban todo y por todo los actos del gobierno; la clave de su estrategia era contrastar la Constitución de 1857 con la práctica política de los gobiernos de Juárez y de Lerdo de Tejada, con lo cual inevitablemente quedaban mal parados los gobernantes, en gran medida porque la Carta Magna era de muy difícil aplicación, especialmente en lo que toca al balance entre los tres poderes federales y la relación entre el poder central y los estados. En la Historia de la administración de don

Sebastián Lerdo de Tejada, otra obra de Riva que ya hemos comentado, puede verse con mayor detalle la argumentación de Riva desde la oposición.[55]

Es importante meditar sobre el impacto que pudo tener en la obra historiográfica de Riva su experiencia como periodista. Por principio el periodismo y la escritura de la historia son disímbolas actividades: al historiador le conviene una reflexión prolongada y entre más distante se halle su objeto de estudio, siempre y cuando abunden las fuentes, mejores posibilidades tiene de producir frutos sazonados; el periodismo, en cambio, es escritura de respuesta inmediata, es preciso comentar los asuntos del día y la información confiable generalmente es magra. Sin embargo son actividades que se complementan bien pues el periodista, siempre atento a la lucha política, y estando obligado a arriesgar su opinión constantemente, por el método de acierto y error va afinando su lectura del poder. Por ello los buenos periodistas terminan por comprender con mucha claridad cuáles son los actores políticos que verdaderamente tienen influjo en la cosa pública; así, por ejemplo, el ejército o la Iglesia en tiempos de calma pareciera que se difuminaran pues por así decirlo, producen pocos "acontecimientos" y dichos actores políticos suelen preferir la discreción antes que la espectacularidad, pero su poder es muy real. Como se comprenderá fácilmente todo esto es una excelente escuela para el historiador.

Por otra parte, como lo ha señalado don Daniel Cosío Villegas, el periodismo de aquella época era fundamentalmente doctrinario, es decir que el objetivo fundamental era

[55] Para este apartado dedicado al periodismo de Riva examinamos cada línea de los artículos firmados que de él pudo recopilar Teresa Solórzano y sólo este aspecto de su obra ha ofrecido materia para varias monografías, algunas de las cuales consultamos como tesis profesionales, las cuales se detallan en la bibliografía. Además nosotros mismos hemos publicado un artículo sobre esta veta de la obra de Riva. Véase José Ortiz Monasterio, "La Orquesta (1861-1877). Periódico omniscio, de buen humor y con caricaturas", en La Orquesta, vol. II, núm. 7, mayo-junio de 1987, p. 34-39.

hacer triunfar esa doctrina, lo cual equivale a decir que el fin era que determinado grupo se hiciera del poder. Por ello los periódicos de esa época, como fuente histórica, deben manejarse con reservas pues, tal como dice Riva en su ensayo sobre Hernán Cortés -que comentaremos en el siguiente capítulo- la prensa de oposición magnificaba los más pequeños lunares del quehacer gubernamental, en tanto que la prensa oficialista engrandecía las más mínimas disposiciones municipales.

Es interesante para su historiografía la eficacia narrativa del periodismo de Riva. Muchas veces una noticia de poco interés puede tener impacto en los lectores cuando el escritor cuenta con los recursos, en buena medida retóricos, para darle un determinado perfil que puede ser desde un abordaje truculento hasta un enfoque patético. Las dos principales voces periodísticas de Riva son la cómica y la trágica que usaba a placer ya para ridiculizar al gobierno o para despertar la indignación popular, pero hay muchos matices en su periodismo y sus recursos narrativos eran muchos y sin duda muy eficaces.

Otro elemento que Riva manejó en casi todos los periódicos en que colaboró fue la caricatura. El continuó una costumbre que ya existía en el periódico La Orquesta, cuando se hizo cargo de la redacción, inmediatamente después de la guerra de Intervención. Y si bien Constantino Escalante, el más diestro dibujante, había ya fallecido Villasana y otros caricaturistas salieron al relevo para deleite del público, incluso del público iletrado. Es claro que el dibujante grababa en la piedra litográfica su interpretación de la idea que le dictaba el jefe de la redacción. Ese afán de Riva por

ilustrar, en mayor o menor medida, la mayoría de sus obras delata al "publicista" que había en él, que buscaba por todos los medios cautivar al público. Pensar en un México a través de los siglos sin ilustraciones es imaginar un libro completamente diferente.

Tradiciones y leyendas mexicanas

El año de 1882 representa el inicio de la decadencia política de Riva. Habiendo sido ministro de Fomento durante el primer período presidencial de Díaz, más tarde director de la campaña política del general Manuel González, sólo era en este año diputado. Este relativo alejamiento del poder corresponde a lo mejor de su obra: Los ceros, el México a través de los siglos, los Cuentos del general. En el mundo político en esta fecha parece haber un cambio de generaciones: sube la de Justo Sierra y desplaza a la de Riva y otros liberales coetáneos de Porfirio Díaz, sólo que éste duraría un poco más.

A principios de 1882, el año del cometa, el periódico La República publicó una larga serie de composiciones en verso tituladas "Tradiciones y leyendas mexicanas", que venían firmadas por Vicente Riva Palacio y su ahijado Juan de Dios Peza.[56] Para muchos historiadores el uso de la versificación colocaría de lleno a estas "Tradiciones" ámbito de la literatura. Sin embargo Aristóteles ha demostrado que el verso sí ni miente ni dice verdad y hay muchos ejemplos de obras históricas escritas en verso, de la propia Ilíada o, más cercanas a nosotros, la Historia de la Nueva México de Gaspar de

[56] Posteriormente se reunieron en el libro de Vicente Riva Palacio y Juan de Dios Peza Tradiciones y leyendas mexicanas, J. Ballescá, México, [1885]. La edición más reciente lleva un excelente prólogo de Jorge Ruedas de la Serna. Véase VRP y Juan de Dios Peza Tradiciones y leyendas mexicanas, Instituto Mora / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Instituto Mexiquense de Cultura / Universidad Nacional Autónoma de México, México (Obras escogidas, II), 1996.

Villagrá y la aun más célebre La Araucana. Sin embargo para Riva Palacio tradiciones y leyendas eran un registro diferente a la historiografía propiamente dicha, tal como señala es uno de los Cuentos del general: "La historia no cuenta todo esto así; pero a mí me halaga más la tradición".[57] Es decir que las tradiciones de Riva son relatos en verso, más o menos fabulosos, que se ubican en tiempos pasados, generalmente los coloniales, donde habitan los espantos, los conjuros, los pactos malignos, en suma, donde el gran personaje es el Diablo.

Entre las leyendas de Riva me parece especialmente interesante "La mulata de Córdoba". Personas doctas me han dicho que hay versiones publicadas anteriores a la de Riva, que espero algún día encontrar, pero esto a la vez ilustra que la tradición es un género que se alimenta de la leyenda popular; propiamente no hay verdadera autoría sino que este género es de dominio público, si acaso puede decirse que Riva escribió su versión. Además de que "La mulata de Córdoba" tiene como protagonista al componente racial negro, tan silenciado en nuestra historia, incluye uno de los mejores finales que conocemos, de la literatura de todas parte. La mulata -dicho muy brevemente- es acosada por un funcionario, luego enviada a las cárceles del Santo Oficio donde el inquisidor, a su vez, desea sus favores; entonces ella dibuja con un carbón en la pared un barco velero y pregunta al inquisidor qué le falta a ese barco. El hombre mira una y otra vez y concluye que no le falta nada, a lo cual responde la mulata que sí le falta una cosa, le falta andar -dice- al tiempo que sube al barco que desaparece veloz por la pared.

[57] VRP, "La leyenda de un santo", en Cuentos del general (prólogo de Héctor Perea, coordinación de las obras José Ortiz Monasterio), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Mexiquense de Cultura / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1997, p. 78.

Mas no cualquiera puede escribir una leyenda (y menos en verso), quiero decir que el conocimiento histórico de la época que se retrata es importante para darle un aire de autenticidad mediante las descripciones de lugares, personas, vestidos, etcétera. Y como, además, es un género de ficción, un buen autor puede manejar diversos recursos formales para construir una composición que bien puede aspirar al nivel de lo estético.

Aquí viene muy a propósito la opinión muy autorizada de doña Clementina y de Ovando:

> En las tradiciones, como en Hispanoamérica se llamó el "cuento histórico", se encierran sucesos, costumbres, personajes, ideas que se transmiten oralmente, hasta que encuentran quien, como Palma de un pequeño hecho cierto, escueto, lo anime con la fantasía, imaginación y al llenarlo de vida le dé una mayor veracidad e interés esta novedad literaria es mérito de Ricardo Palma...[58]

Palma, el escritor peruano, fue el gran renovador de las "tradiciones" y publicó en varios tomos sus Tradiciones peruanas. Como bien dice doña Clementina, el origen de la mayor parte de estas leyendas es la tradición oral, es decir que son un bien mostrenco hasta que un escritor decide ponerla por escrito; y por lo mismo que es patrimonio de todos no es difícil hallar varias versiones de una leyenda. El afán de Peza y Riva Palacio por recoger la tradición popular tiene como objetivo producir una literatura que gustara a la gente, pues en aquella época era preciso sacrificar el oropel y los academicismos a cambio del alto fin de difundir la cultura y la moderna civilización. En este sentido Ricardo Palma le escribe a Riva una carta reveladora:

> Es usted uno de los poquísimos poetas esencialmente americanos que conozco en nuestro continente. La musa de usted no es

[58] VRP, Cuentos del general (prólogo de Clementina Díaz y de Ovando), Editorial Porrúa, México, 1968.

> de esas plañideras convencionales y amaneradas que tanto abundan en la América Latina y que no son sino imitadoras de esa poesía personal propia del mundo viejo y de sociedades ya caducas. Poesía sin propósito histórico o social es poesía de oropel. Esos poetas morirán con su siglo...[59]

Esta carta de Palma muestra la apuesta, de escala continental, del romanticismo literario. Para nosotros, desde el punto de vista sociológico, lo fundamental es que los románticos, ya como ciudadanos y no como súbditos, buscaron su afirmación estudiando su propia cultura. Lo específico americano, es decir lo indígena, dio mucho material a los escritores comenzando por la novela histórica Jicoténcal.[60] Otros, como Palma y como Riva, hallaron inspiración en la época colonial. Pero además de la temática nueva hubo un cambio en el lenguaje que se separó de los usos de España y dio forma a una voz propia que no despreciaba los localismos -como cacomite y yoloxóchitl- que resultaban cacofónicas y desprestigiadas a los oídos hispánicos. No es fácil explicar el tamaño de esta hazaña pues para nosotros todo esto es algo familiar, ahora nos parece normal, pero el caso del teatro puede ilustrar el aliento renovador de los románticos. En la escena, todavía a principios del siglo XX, los actores pronunciaban el idioma a la española, es decir la "C" y la "Z" al uso de la península; sucedía que el público estaba acostumbrado a oír el teatro así y, pronunciar de otra manera, rompía la ilusión de la puesta en escena y el lustre que se le atribuía pues si los actores hablaran como todo el mundo, se pensaba entonces, no sería teatro, sería demasiado parecido a la realidad. Esta costumbre puede apreciarse también en las primeras películas sonoras, pues reclutaban su elenco en los

[59] Utx-A, AVRP, carta de Ricardo Palma a VRP, Lima, mayo 14 de 1886, fólder 189, doc. 116. Subrayado nuestro.
[60] Félix Varela, Jicoténcal (edición de Luis Leal y Rodolfo J. Cortina), Arte Público Press Houston, 1995. Esta edición tiene especial interés pues hasta esta fecha se desconocía al autor de la novela.

teatros. Hoy día parece muy extraño, pero en aquella época les parecía "natural" pronunciar a la española. En este sentido la lengua de los colonizadores tuvo que ser adaptada, domesticada, para conseguir la emancipación mental que el Plan de Igualdad previó. Es decir que conseguir un modo propio de expresarse -la "expresión diría José Luis Martínez- no fue un producto automático o natural de la independencia sino obra difícilmente conseguida y en puridad artificio humano. La construcción del Estado en el siglo XIX precisó de la creación de una literatura nacional, la cual era la demostración patente no sólo de una identidad cultural, sino de la existencia de un "pueblo" y de una patria nueva entre las naciones del mundo.

Por ello cuando los escritores románticos se refieren a la propia historia, a las costumbres y "tipos" locales, cuando se apropian debidamente de la lengua o cuando rebeldes, cometen barbarismos, lo hacen con un claro sentido estratégico para fundar una literatura e, indirectamente, un Estado independiente. Por supuesto sería absurdo reducir la literatura a sus meras funciones sociológicas; ella tiene sus propios fines que son eminentemente estéticos. Los escritores neoclásicos, que precedieron a los románticos aportaron también obras muy importantes a la literatura nacional; los segundos aprovecharon la herencia de los primeros, a la vez que abrevaron en las fuentes del romanticismo europeo. Una de sus estrategias estéticas fue rechazar el culteranismo de los poetas barrocos, como Góngora y Quevedo -tan apreciados en la actualidad- pues detestaban el rebuscamiento y la oscuridad del sentido, efectivamente críptico. Al modo que la arquitectura del XIX echó abajo los retablos barrocos y no temió, sino que

propició los espacios vacíos, la literatura en cierto sentido se democratizó pues ya no se escribía para un puñado de sabios, sino para una entidad mal definida, más clasemediera que proletaria, llamada "pueblo". Todo esto viene obviamente de la Ilustración, aunque el propósito de agradar e instruir a la vez puede remontarse a la Antigüedad clásica. En realidad lo estético y lo sociológico difícilmente pueden separarse, pues corresponden a lo que es el texto y el contexto. Pero para evitar deducciones sofísticas debe siempre darse preferencia al texto, pues si bien es cierto que todo es social, no lo es menos que en el arte todo obedece a lo estético, y es esto último lo específico, lo propio, del arte. En sentido uno de los principios estéticos del romanticismo -con fuerte carga sociológica- es su orientación social que busca atrapar al mayor número posible de lectores, y que busca también un claro fin moral, es decir que entonces no se cultivó el arte por el arte, sino el arte para mejorar a la sociedad. Por esta razón la literatura romántica tuvo un papel más estratégico -en términos sociales, para apuntalar al Estado- que la literatura de otras épocas. Porque las letras no tienen un influjo necesariamente igual en todas las épocas -el cine y la televisión le han asignado otro papel- y sería interesante estudiar las razones concretas que le dieron a la literatura romántica mexicana de siglo XIX esa asociación tan íntima con los fines del Estado que se expresa, para empezar, en el nutrido contingente de los letrados que, como Riva, pusieron tanta pasión en sus sonetos como en sus discursos parlamentarios. En este trabajo nos referiremos siempre a la literatura de la época de Riva y si hacemos alguna generalización no necesariamente será válida para otras épocas u otros países. Nuestro oficio es la historia y miramos todo en su tiempo propio y su lugar específico. La literatura de orientación

social que escribieron Riva, Altamirano y Prieto, por mencionar a los más activos no fue aceptada por la crítica española de la época, como documentaremos en seguida con un testimonio de Prieto; pero lo dicho por Fidel también puede aplicarse a algunas críticas mexicanas del siglo XX, partidarias acérrimas del modernismo que sustituyó al romanticismo y que olvidan que la literatura, como todo lo social, es un proceso donde lo viejo y lo nuevo se complementan, por más que las vanguardias renieguen de antecesores:

> Hermano muy amado:
> No te escribo de mi letra porque sabes que casi no veo.
> Te remito un paquetito con el juicio crítico de Vigil sobre mis versos, repártelo entre tus amigos que creas puedan entender avísame de aquellos aptos para juzgar de nuestra literatura, porque sea, porque allá sólo hayan llegado noticias de servilones añejos, antiguos residuos de la Colonia, sea por el desdén al criollo rebelde o por lo que quieras, las críticas que he visto inclusive la de un señor Blanco, superficial y pretencioso, sea la de Núñez de Arce y Menéndez Pelayo, sea de un carretonero bufón y ordinario llamado Balbuena, las críticas están lejos, muy lejos de merecer tal nombre por su superficialidad y enfático desdén.
> Al señor Zorrilla San Martín escribí y no me ha contestado, Nuñez de Arce desde su eminencia me puso cuatro letras de estampilla que no corresponden a mi profunda admiración por el autor del "Idilio" y nadie ha comprendido la misión social que tú, Altamirano y yo hemos o quisimos desempeñar con nuestros versos y escritos sacrificando el oropel académico a la savia civilizadora de nuestros sentimientos y doctrinas.
> Escríbeme y ya sabes que te quiere y admira con todo su corazón
>
> Guillermo Prieto[61]

[61] Utx-A, AVRP, carta de Guillermo Prieto a VRP, s. l., mayo 20 de 189 fólder 198, doc. 104. Subrayado nuestro. Nuestras reflexiones sobre la literatura mexicana nacieron en el Seminario de Crítica Literaria de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, que dirige el doctor Jorge Ruedas de la Serna. Fruto del trabajo del Seminario son las siguientes publicaciones: Jorge Ruedas de la Serna, (coordinador de los tres libros siguientes). Historiografía de la literatura mexicana. Ensayos y comentarios, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, México, 1996. La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX, Universidad Nacional Autónoma de México / Coordinación de Humanidades, México, 1997 (Ida y vuelta al siglo XIX). De la perfecta expresión. Preceptistas iberoamericanos. Siglo XIX, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, México, 1998.

Cuentos históricos

Muchos autores inician su vida literaria escribiendo cuentos, a manera de ensayos breves que los conducen a las novelas, de mayor aliento. En el caso de Riva primero fue la novela y al final el cuento; en efecto, a excepción del cuento relativamente temprano titulado "Isabel", los cuentos de Riva son producto de su época de Madrid, como ministro que fue de México en España y Portugal, y en ellos se respira el ambiente de esa corte.

Lejos estaba ya el señor embajador de la política interna mexicana pues era sólo en cuestiones internacionales que era asiduo informante del general Porfirio Díaz, con quien mantuvo una correspondencia constante en los diez años de su exilio diplomático. Conciliador por encima de todo, si Díaz le pisó los pies en el pasado nada de ello se ve en su correspondencia, en la que domina la camaradería de viejos compañeros de armas. Eran pocos los hombres que, como Riva, tenían el privilegio de recibir las cartas del jerarca que terminaban siempre con las palabras: tu hermano, amigo y compañero, Porfirio Díaz. No obstante, como ya hemos mencionado al analizar El libro rojo, Riva murió con el sentimiento de que alguien (¿el pueblo, Díaz, los masones?) había sido ingrato con él, especialmente por sus servicios a la patria como general republicano durante la guerra de Intervención; y por decisión propia fue enterrado en el cementerio de San Justo Pastor de Madrid, un último gesto de autoestima. Durante el gobierno del

general Lázaro Cárdenas sus huesos fueron traídos a México y sepultados en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Como si quisiera probar que era capaz en todos los géneros literarios, en los últimos años de su vida Riva escribió un buen número de cuentos que se publicaron en Madrid, a partir de 1892, en La Ilustración Española y Americana. Después, en año de la muerte de Riva, reunió sus cuentos y los publicó en forma de libro y con y con el título de Cuentos del general.[62]

Estas composiciones breves han sido consideradas por Manuel Toussaint Clementina Díaz y, de Ovando, Luis Leal y, Héctor Perea entre lo mejor que escribió Riva. Y, en verdad, a pesar de los más de cien años transcurridos, de las diferencias de mentalidad y de gusto literario todavía se leen con verdadero deleite. En algunos es el humorismo, en otros lo notable de la anécdota y en todos una muy fina calidad de escritura lo que hace tan seductores a los cuentos de Riva. Algunos de ellos están ambientados en tierras mexicanas pero no faltan los de aire madrileño que reflejan fielmente el habla y los usos peculiares de la capital española.

Varios cuentos son de animales, otros humorísticos y esotros tocan asuntos históricos, a saber: “Las honras de Carlos V”, “El voto del soldado”, “La leyenda santo”, “Ciento por uno” y Tos azotes”; éstos son de tema novohispano, pero Riva escribió también un cuento histórico cuya acción ocurre en España: “El nido de jilgueros”, que se refiere a la ocupación napoleónica de la Península.

Estos cuentos históricos demuestran que los tiempos de la Reforma (la de Juárez) ya estaban lejanos, y tanto así que el autor relatará con mucho encanto la historia

[62] VRP, Cuentos del general. Sucesores de Rivadeneyra, Madrid. 1896.

de San Felipe de Jesús, el protomártir mexicano, con todo y el detalle de la higuera que reverdece cuando "Felipillo" es martirizado en Oriente. En este cuento titulado "La leyenda de un santo" Riva explica por qué se transmiten las tradiciones orales:

> Lo que es en algunos cuerpos la propiedad de reflejar la luz, y en otros la de repercutir el sonido, es en la humanidad la tendencia de las generaciones para repetir a las posteriores lo que oyeron de sus antepasados, no valiéndose del libro ni de la escritura, sino del recuerdo y de la palabra. Viven así las tradiciones, y tienen por eso frescura que encanta e interés que subyuga; y estudiadas luego a la luz de la historia, se empañan con el polvo de los archivos, se amaneran con el buen decir de los literatos y pierden su hechizo bajo el peso de los reflexivos estudios de los eruditos.[63]

Valga lo anterior como prueba del "buen decir" rivapalatino Y de su exquisita sensibilidad para pulsar los diversos registros de la historiografía y la literatura. Es mucho lo que tenemos que aprender de autores como Riva que, sin sonrojarse como hoy muchos lo harían, supieron cultivar la vasta gama de géneros de inspiración histórica y lograron inventar un buen número de lectores que obtenía franco placer de leerlos.

Otro cuento histórico de Riva que quisiéramos mencionar es "Los azotes", que refiere un episodio en la vida de Hernán Cortés. Sucedió que los fieles llegaban muy tarde a misa y se dio la orden de que se azotaría a quien tardara; ocurrió que quien llegó tarde fue Cortés y con una humildad inusitada se sometió al castigo. Riva cita como fuente del suceso cierta pintura que había en una capilla de México llamada de los talabarteros, que fue destruida por un incendio, lo cual tiene el sonido distintivo de la leyenda, al tiempo se hace el gesto de pretender apoyo documental.

[63] Cuentos del general y Los Ceros (prólogo de José Ortiz Monasterio), Promexa, México, 1979, p. 35.

De manera sucinta hemos examinado la gran diversidad de textos historiográficos o, si se prefiere, parahistoriográficos que escribió Riva. La variedad de géneros da cuenta de un auténtico polígrafo, y a muy pocos les está dado este raro don. Pero además hemos visto que, salvo excepciones contadas, la calidad de la escritura es buena y alcanza momentos estéticos incuestionables; digo esto porque sin estética no hay literatura y esto tal vez deba considerarse siempre al estudiar la historiografía mexicana del siglo XIX, donde la composición y aun la retórica juegan un papel importante.

Por otro lado hemos mostrado que veinte años antes de la escritura del México... Riva ya estaba estudiando documentos (coloniales), práctica indispensable para que surja un historiador. Además un hito fundamental fue la victoria de los liberales en 1862 triunfo grande, redondo, que sólo es comparable con la consumación de la independencia. De hecho estos dos eventos están muy ligados y fueron llamados la primera y la segunda independencia, respectivamente. Rebasa los límites de este trabajo explicar por qué la victoria liberal fue duradera y por qué progresivamente abrió paso a la prosperidad económica y a la paz. Nos interesa aquí el impacto que el triunfo de 1867 pudo tener en Riva el historiador y será él mismo quien nos dirá -lo veremos en el siguiente capítulo, que esa fecha marca un hito, un cambio de era, no sólo por convenio de los historiadores sino que ya los contemporáneos lo advirtieron con toda claridad. Y precisamente será ese gran acontecimiento que a Riva le servirá como clave para interpretar el pasado. En efecto, cuando el monarquismo era todavía un movimiento de considerable fuerza, todavía hasta tiempos de Maximiliano, aun no se podía comprender la época colonial pues no se sabía si el régimen monárquico continuaría el sistema político colonial o bien se impondría la república y se rompería la tradición monárquica española. Por supuesto

aun antes de 1867 se podía escribir sobre los tiempos coloniales: Alamán lo hizo y con brillo, pero a él, y a todos los que escribieron antes de esa fecha, les faltaba un dato fundamental: conocer el resultado final de la pugna partidista. Conocido el desenlace era mucho más fácil valorar y ubicar cada época. Pensemos en el ejemplo de la Unión Soviética: muchos escritores escribieron sobre la revolución soviética, siendo uno de los más notables Edward H. Carr, autor de muchos gruesos volúmenes; pero la gran falta de los demás escritores de su generación es que desconocían el final de la historia, a saber, que el imperio bolchevique se derrumbaría. Ahora ya no viene tanto al caso discutir si funcionaban o no los planes quinquenales, el hecho fundamental es que el modelo soviético llegó a su límite y se vino abajo; el proyecto de Lenin no pudo competir con el capitalismo occidental. De este modo, el historiador actual se encuentra en mucho mejores condiciones para estudiar la historia de la Unión Soviética, que por fuerza será la historia de un experimento fallido. Lo mismo puede decirse de Riva: después de 1867 estaba, como historiador, en mucho mejores condiciones que sus predecesores para comprender el pasado pues conocía el resultado final de las luchas intestinas del siglo XIX mexicano: un futuro promisorio para el liberalismo. Pues no son las causas, como suele decirse, sino las consecuencias, las que dan la clave para entender un proceso histórico; dicho en los términos de Arthur Danto resulta estratégico conocer “el futuro del pasado”.

CAPÍTULO IV: UN ESCRITOR, DOS VERTIENTES LITERARIAS

SEGUNDA PARTE: OBRAS DE TEORIA

De la historia de la religión cristiana

La principal razón para atribuirle la paternidad de este documento sin firma a Vicente Riva Palacio es que se halla en el legajo o fólder 199 de su archivo personal, que tiene los documentos sin fecha; pero esto es sólo un indicio y no una prueba definitiva. Otro indicio es que no esté firmado, pues no sería común enviarle a alguien un documento sin fecha ni firma; en cambio no es raro conservar documentos propios que por serlo no se firman pues no es preciso identificarlos así.

El documento no indica el lugar en que fue escrito pero nosotros presumimos -conjeturalmente- que se trata de México. Si esto es así podemos fechar el documento en algún año anterior a 1867, pues casi al final dice: "hará que concluya la guerra civil que tanto tiempo ha la devora [a la patria]".[1] Después de la fecha mencionada difícilmente puede decirse que hubiera en México una "guerra civil".[2] Hay otro dato que apunta hacia la paternidad de Riva; cuando se refiere a la Inquisición dice: "que hace al clero espía,

[1] VRP, (apócrifo), "De la historia de la religión cristiana", en VRP, Obras escogidas. IV. Ensayos históricos, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Mexiquense de Cultura / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1997. Salvo indicación en contrario todas las citas de los documentos de esta sección las tomaremos de esta obra, para que el lector curioso pueda verificar nuestro dicho, pero tendremos siempre a la vista el documento original.

[2] Aquí debemos insistir de que nos hallamos en un terreno conjetural pues desde la perspectiva actual sabemos que después de 1867 no hubo la inestabilidad política, los cuartelazos sin fin y la violencia generalizada de las décadas anteriores. Sin embargo algún escritor de aquella época pudo haber considerado que la revuelta de La Noria (1871), encabezada por Porfirio Díaz, lo mismo que los levantamientos cristeros de 1875-1876 y la revuelta tuxtepecana de 1876 podrían caber bajo la categoría de "guerra civil". Que se tomen nuestras conjeturas como conclusiones definitivas.

juez, verdugo e historiador de sus víctimas",[3] Los tres primeros calificativos son comunes en los juicios contra el Tribunal de la Fe, pero el llamarle "historiador" es algo sorprendente. ¿Quién apreciaría este aspecto si no alguien que conociera los archivos de la Inquisición, alguien que hubiera constatado cómo se sustanciaban los procesos, con qué minuciosidad se seguían las causas y con cuánto celo se cuidaban los archivos como por otra parte sabemos que Riva tuvo en su poder el archivo inquisitorial desde 1861, es dable inferir que este discurso es obra suya, aunque no de manera concluyente. Otro indicio es el juicio que hace de la Compañía de Jesús: "más destructora que la "Inquisición"[4], el cual coincide con el retrato que hace Riva de un avieso jesuita en la obra dramática que escribió junto con Juan A. Mateos titulada "Martín el demente", que por cierto no llegó a representarse, acaso por su furibundo anticlericalismo. Esta visión negativa de los jesuitas también está presente en el México a través de los siglos, pero con matices importantes.[5] Si este documento fue escrito por Riva es posible que date de 1861 o 1862, años en que él ya tenía ya en sus manos el archivo de la Inquisición y no había partido aún para la guerra, donde difícilmente prepararía este tipo de textos.

El discurso consta de dieciséis páginas manuscritas en letra bien clara que no es la de Riva y tiene la pulcritud que es común en un secretario o amanuense. Esto es algo que no extraña, como lo confirma el testimonio de su ahijado Juan de Dios Peza, quien conoció íntimamente: "Riva Palacio ha tenido siempre la costumbre de dictar sus

[3] VRP (apócrifo), "De la historia de la religión...", loc. Cit., p. 56.
[4] Ibid., p. 57.
[5] Lo que nosotros deducimos del capítulo respectivo del México... es que la Compañía de Jesús representa el retroceso (lo cual condujo a su expulsión en 1767) en el proceso de separación de la Iglesia y el Estado; pero a la vez representa el progreso por el impacto social y político que tuvo la expulsión como antecedente de la revolución de independencia. No es raro en Riva que aprecie un doble signo en los acontecimientos y sólo habría contradicción si el tiempo se detuviera, pero en el devenir aun los opuestos funcionan en una dialéctica que produce lo nuevo, lo inédito en la historia.

creaciones.[6] Hay algunas enmiendas, como un párrafo que fue iniciado y después, pero, en general, no presenta cambios ni añadiduras. No tiene título (por lo cual nosotros le adjudicamos uno) y comienza con las palabras: "Hermanos míos". Lo cual nos indica que está dirigido a algún tipo de fraternidad, religiosa o de otro orden. El tema del discurso es una rápida revisión de la historia del cristianismo desde sus orígenes hasta la reforma protestante. Se trata de un texto cargado de moral, de intención, de parcialidad: todo lo que sirva para atacar al "romanismo", es decir a la Iglesia con sede en Roma. Esto nos permite confirmar la fecha que hemos establecido, pues este discurso bien podría considerarse como otro belicoso producto de la guerra de Reforma mexicana. La parcialidad es clara, por ejemplo, en la visión idílica que presenta de los primeros tiempos del cristianismo. Se nos dice que originalmente el cristianismo no promovió el escurantismo y la esclavitud, sino la libertad, igualdad y fraternidad universal,[7] lo

cual recuerda, naturalmente, el ideario de la Revolución francesa, pero también la ideología de los masones: en un texto masónico de 1869 se dice que "el lema de Razón y Justicia asociará al que consignan las admirables palabras de Libertad, Igualdad, Fraternidad"[8]. Es claro que el cristianismo primitivo siempre ha sido modelo de una vida en común alejada de los intereses materiales, pero no hay que olvidar que uno de los principios básicos de la religión del Cristo es la jerarquía, siendo Pedro su primer jerarca.[9] El autor

[6] Juan de Dios Peza, Memorias, reliquias y retratos para la "gaveta íntima",prólogo de Isabel Quiñones, México, Editorial Porrúa, 1990 (Sepan cuantos, 594).
[7] VRP (apócrifo), "De la historia de la religión ", loc. Cit., p. 49.
[8] Cit., en José María Mateos, Historia de la masonería en México desde 1806 hasta 1884. México s. e., 1884, p. 247. Sin embargo este lema, estas palabras, eran patrimonio común de todo tipo de comunidades y grupos en el siglo XIX.
[9] Daniel Olmedo, La Iglesia católica en el mundo greco-romano, México, Editorial Jus, 1956, p. 40 y 45-46.

del discurso también pasa por alto que hubo herejías desde los primeros tiempos y no, como él parece indicarlo, a partir del año 371. Olmedo, el historiador jesuita, reseña las herejías del siglo II, entre ellas el gnosticismo, el marcionismo, el milenarismo y montanismo, y apunta al pie de su trabajo que:

> Herejías las hubo desde los principios de la Iglesia naciente Simón Mago, los judaizantes, Cerinto que negaba la divinidad de Cristo, los Docetas a quienes ya aludió San Juan y a quienes refutó expresamente San Ignacio de Antioquía no admitían que Jesús hubiera tenido cuerpo real.[10]

Al parecer, lo que más interesa al autor del discurso enfatizar es que el cristianismo se transformó en el siglo IV al recibir el apoyo del emperador Constantino, y al convertirse Roma en la sede de un papa con autoridad sobre los demás obispos. De San Agustín y su obra no nos dice nada, pero en cambio detalla los medios por los cuales la Iglesia se enriqueció cada vez más, hasta culminar con "la familia espuria de los Borgia".[11] En este momento de decadencia, en este nadir del cristianismo, leemos que surge la reforma con Huss, Calvino y Zwinglio; aparece el enemigo poderoso que podrá enfrentarse y vencer al romanismo.

Es importante señalar que en este texto el autor se refiere a "la savia vigorosa de las razas germánicas",[12] es decir a lo que nosotros conocemos más comúnmente como invasiones de los bárbaros. Y en su "Introducción al curso de historia universal", documento del cual no cabe duda que fue escrito por Riva, el cual analizaremos adelante, le atribuye a dichas invasiones el carácter de ser una de las grandes revoluciones de la historia. Esta analogía es importante porque refuerza en documentos la paternidad que le atribuimos. Por otra parte las invasiones de los bárbaros

[10] Ibid., p. 98.
[11] VRP(apócrifo), "De la historia de la religión...", loc. Cit., p.56.
[12] Ibid., p. 50.

con todo y la destrucción que trajeron, dejaron, primero, el campo franco para la expansión del cristianismo con sede en Roma y, luego en el siglo XVI, las razas germánicas recobran un papel protagónico al separarse de Roma y sostener el principio de la libertad de conciencia (lectura personal de la Biblia, relación directa del fiel con la divinidad). Así, en una dialéctica histórica que funciona como catapulta, desde los primeros tiempos de nuestra era, los grandes procesos históricos -argumenta el autor- han venido, preparando la modernidad. Nos parece importante la amplitud de miras, la visión de gran aliento de este texto manuscrito, pues bien puede tomarse como un testimonio de lo que discutían y pensaban los liberales mexicanos, que tal vez eran masones, pero también podían haber sido protestantes, poco después de la mitad de la centuria decimonónica.

El discurso termina con el feliz augurio de que "en nuestra querida patria la religión del Cristo sea ya conocida pues sobre ella atraerá las bendiciones del señor y hará que concluya la guerra civil que tanto tiempo ha la devora".[13] En una lectura sin perjuicios parecería que a fin de cuentas este discurso es proselitismo protestante. Aunque llama la atención que hable en general de Huss, Calvino y Zwinglio, en lugar de destacar la versión o confesión específica del protestantismo que defiende el discursista: evangélico, episcopal, luterano, etcétera. Sin duda este discurso es un intento de rescatar las raíces originales de un cristianismo corrompido por Roma, el cual cobró nueva vida con la reforma protestante que rechazó la supremacía romana y, sobre todo, favoreció la libertad de pensamiento. Desentrañar la paternidad de este texto es difícil porque hay muchos puntos de coincidencia entre el protestantismo y el liberalismo (y especialmente

[13] Ibid., p. 57

con la masonería): por ejemplo la necesidad de abatir el poder del clero romano establecer la libertad de conciencia como principio fundamental.

La idea de la reforma protestante como un momento cumbre en la historia humanidad no es extraña entre los liberales. Léase por ejemplo la muy curiosa biografía del imaginario fray Martín Durán, escrita por Antonio Carrión, y se verá que en su opinión Lutero, Zwinglio, Calvino y otros trajeron "la luz de la civilización y de la verdad" y "se separaron para siempre de la esclavitud eclesiástica de los dominios papales".[14] Esto último era quizá lo que más atraía a los liberales, la separación de Roma que ellos equiparaban con la separación de la Iglesia y el Estado que provocó la guerra civil de sus tiempos. Además hay que hacer notar que este Antonio Carrión bien podría ser el mismo que en los años ochentas fue colaborador de Riva Palacio en el proyecto del México a través de los siglos,[15] pero siempre cabe la posibilidad de la sinonimia.

Resumiendo: hallar este documento en el archivo de Riva, leer que el tribunal de la Inquisición es "historiador" de sus víctimas y luego la repetición (en éste y en otro

[14] Antonio Carrión, "Indios célebres de la república mexicana o biografías de los más notables que han florecido desde 1521 hasta nuestros días", México, 1860, que aparece como apéndice a Anastasio Zerecero, Memorias para la historia de las revoluciones México escritas por ..., México, Imprenta del gobierno en Palacio a cargo de José María Sandoval, 1869. En la edición reciente que hizo Jorge Gurría Lacroix de la obra Zerecero se suprimió este apéndice. El texto de Carrión abarca más de sesenta biografías y concluye con la de Benito Juárez. García Icazbalceta demostró años después, cuando Francisco Sosa ya había copiado lo principal de la vida de fray Martín Duran en colección de biografías, que este personaje jamás había existido. Tratándose entonces de una invención de Carrión nuestro argumento se fortalece, pues queda claro hasta dónde eran capaces de llegar los liberales masones para difundir su ideario: para alcanzar futuro deseado estaban dispuestos a forjar un pasado basado en imposturas. Véase Joaquín García Icazbalceta, Carta a J. M. Vigil aclarando un proceso de la Inquisición en el siglo XVI, México, José Porrúa e hijos, 1939.

[15] En abril de 1883 Antonio Carrión escribe a Riva Palacio asegurándole que aun sin sueldo él seguiría trabajando en la historia. Utx-A, AVRP, folder 188, doc. 364. Muy probablemente se trata del mismo Antonio Carrión, pero no se puede descartar completamente que haya sido un sinónimo.

texto) concerniente a la importancia de las invasiones germánicas, todo ello en un contexto masónico, son los argumentos más fuertes a favor de la paternidad de Riva, pues sabemos que él era masón. Por otro lado hay signos protestantes muy claros como la aversión a "introducir en el templo del Señor las imágenes para que se les rindiera culto"[16] práctica propiciada por Roma. También la crítica a la administración de los sacramentos y otros oficios religiosos "previa remuneración pecuniaria".[17] Lo mismo la negación de "el Purgatorio, invención muy moderna".[18] Finalmente el horror del autor hacia "El celibato que separando al hombre de la sociedad, no lo hace extraño sino lo convierte en su enemigo".[19] Todo esto hace más natural y directa, pues se basa en la crítica interna del texto, la interpretación de él como un discurso protestante, lo cual hace más complicado relacionarlo con Riva cuya filiación masónica podemos documentar pero no sus ligas con el protestantismo. Sin embargo en aquella época en que el Estado y la Iglesia sostenían una guerra decisiva cualquier arma era buena para atacar, para desprestigiar y para denunciar lo que hoy vemos como crímenes, por ejemplo la tortura en los procesos inquisitoriales, a pesar de que en la época en que ésta se aplicaba era perfectamente legal y formaba parte de las prácticas judiciales normales, tanto civiles como eclesiásticas. No sería enteramente extraño, en consecuencia, que con algún propósito de zapa, sin descartar el placer de ser hereje, Riva haya producido un discurso protestante, pero no tenemos pruebas definitivas. En todo caso este documento debe manejarse con tiento, pues lo que para mí es la hipótesis más plausible, tal vez no lo sea a algún lector más inteligente que yo.

[16] VRP (apócrifo), "De la historia de la religión...", loc. Cit., p. 54.
[17] Ibid., p. 55.
[18] Ibid.
[19] Ibid., p. 56.

Considerando esta "Historia de la religión cristiana" desde una perspectiva más amplia nos ofrece elementos muy importantes para comprender, a la luz de su propia época, el México a través de los siglos. En primer lugar habría que señalar la continuidad y la ruptura del catolicismo en México, con lo cual queremos decir que las leyes de Reforma representan sin duda un quiebre, una nueva relación entre la Iglesia y el Estado y comienza a vislumbrarse una sociedad secularizada. Sin embargo, es bien conocida la larga duración de las mentalidades, que no se modifican por decreto o por ley. También es sabido que las leyes de Reforma no cambiaron gran cosa el culto externo, como son las procesiones, la celebración de las fiestas religiosas y en particular las de la Semana Mayor.[20] De todo esto hay muchas pruebas documentales y el archivo particular de Riva nos aporta una carta enviada desde Yautepec, en la cual se relata que las autoridades civiles prohibieron la colocación de una lápida en una tumba, pues llevaba grabada signos masónicos; el corresponsal decidió ponerla a fuerzas, pero 24 horas después ya había desaparecido. En consecuencia pide ayuda a Riva para que:

> [En] estos pueblos de por estos rumbos, como por los demás se desarrollen en ellos los principios democráticos y reformistas pues se encuentran en el mayor atraso de civilización y ciegos por el inicuo fanatismo porque los frailes no desperdician el tiempo para introducir entre los incautos adoradores ciegos del hombre infalible de Roma, la inobediencia a los gobiernos, el odio a las leyes y el exterminio a todos sus semejantes que tratan de levantarse la venda de los ojos para ver la luz, lanzan contra ellos la ridícula farsa de excomunión.[21]

[20] AVPP, Utx-A, carta de Gil Ruiz? A VRP, Cuautla, abril 17 de 1870, fólder 183, doc. 716. Informa a los redactores del periódico La Orquesta que en Cuautla, a pesar de leyes de Reforma, se han permitido en Semana Santa actos fuera de los templos a los que estén al corriente en sus contribuciones.

[21] AVRP, Utx-A, carta de José María Díaz a VRP, Yautepec, noviembre 30 de 1876 fólder 203. 1, doc. 11. Debemos decir que este corresponsal estaba un poco desequilibrado, pues, en carta posterior, suplica a Riva "se cuide de comerles nada [a mochos y frailes] en los convites que ellos les den, y le suplico a usted se lo recomiende al mismo general Díaz...". Véase AVRP, Utx-A, carta de José María Díaz a VRP, Yautepec, febrero 10 de 1877, fólder 203.2, doc. 742.

La pasión que desataban los asuntos religiosos no era exclusiva de los liberales. A la redacción de El Monitor Republicano llegó una carta de "una católica", quien protestaba con la mayor vehemencia porque cierto sacerdote le había faltado al respeto al arzobispo:

> Ahora quiere usted enseñar a su prelado la ley de Dios y quiere demostrar que su ley es mejor que la nuestra, apóstata indigno que no merece usted que lo caliente el Sol, soez canalla y aunque mil ultrajes vierta usted contra su prelado no deberá contestarle a un apóstata perseguidor de la Iglesia, atrevido, insolente, malcriado, afrenta y deshonra del clero, revoltoso calumniador, infame, escandaloso, miserable, miembro apestoso respete usted a su prelado, es usted su súbdito, hermano llame usted a Judas que está esperando a usted en los infiernos, este señor le debe usted nombrar con respecto [sic] el ilustrísimo señor arzobispo don Antonio Pelagio de Labastida y modere usted sus procedimientos, ya que es usted un mal sacerdote, bien sabido es que no soy literata pero soy una señora cristiana apostólica y me duele que tire usted contra la Iglesia y contra nuestro prelado...[22]

La lectura actual del México... también encontrará mucha pasión en los capítulos correspondientes a la guerra de Reforma, pero el triunfo de la República en 1867, no porque lo haga explícito, sino por omisión del hecho de que las leyes de Reforma se incumplían, ofrece sin duda una idea más secular, menos conservadora y tradicional de lo que era en realidad la sociedad mexicana. Es claro que había ocurrido una ruptura que Riva señalará al decir que en la época en que todo giraba alrededor de la Iglesia, los chistes sobre sacerdotes menudeaban, cosa que no se vio más después de la Reforma. Y regresando al documento "De la historia de la religión cristiana" podemos apreciar que se ataca a la Iglesia católica y al Papa romano, pero el ataque se da desde dentro de la religión cristiana (al parecer protestante) y no (al menos explícitamente) para favorecer al Estado sino para restaurar los principios originarios del cristianismo. En

[22] AVRP, Utx-A, carta de una católica a los redactores de El Monitor Republicano, ¿México?, marzo 8 de 1872, fólder 183, doc. 857.

cualquier caso el documento plantea desde el inicio que su intención es hacer una defensa de la religión que "ha sufrido y sufre ataques de escritores, que pretendiendo defender la causa de la civilización y del progreso la han inculpado de hechos en que no ha tenido ningún participio".[23]

Ahora bien, ¿a qué se refiere el autor en el párrafo anterior al decir "la civilización y el progreso"? Tratándose, como se trata, de una historia de la religión, la civilización no puede ser otra cosa que la historia de la salvación, en su variante protestante. Esta idea de la historia -en su versión católica- fue implantada por los primeros cronistas coloniales, a partir de una visión medieval que la existencia misma de América vino a poner en crisis. Por otro lado escribir una historia de la religión no es mismo que escribir la historia del arte, de la guerra o el comercio; no, la historia de religión es la historia por antonomasia, el grande y verdadero metarrelato de los creyentes. Y lo específico de este ensayo es que, en un país archicatólico (de los tiempos de Pedro el Ermitaño, según don Luis González y González) se privilegia la versión de los reformadores protestantes que, en el siglo XVI, le dieron la espalda a Roma.

Es claro que este texto es un feroz ataque al clero mexicano y dirige sus baterías a los fundamentos mismos del catolicismo romano; pasa por alto la historia de la Iglesia, en México, pues eso no es lo estratégico, y se concentra en la historia salvífica del viejo continente, donde jugaron importante papel los romanos y los germanos, y donde la fuente original del cristianismo decayó y se secó bajo el dominio de los papas, renacer después en la reforma protestante. En cualquier caso este texto es sumamente heterodoxo y da fe de que la guerra de Reforma representa, más allá de sus expresiones

[23] VRP (apócrifo), "De la historia de la religión...", loc. Cit., p. 49.

económicas y sociales, un giro de la conciencia mexicana: es el paso de la infalibilidad del papado a la libertad de conciencia.

Discurso que pronunció en la Alameda de esta ciudad el ciudadano general Vicente Riva Palacio por encargo de la Junta Patriótica

Pocos años después de la independencia se estableció la costumbre de celebrar el 16 de septiembre con una función teatral, Te deum, desfile de empleados del gobierno (no militares), discurso cívico, verbena popular y fuegos de artificio.[24] Riva, con esa fascinación que tenía por probarse en todos los terrenos, fue el orador oficial el año nodal de 1867.[25] Ilustres oradores le habían antecedido otros años: Altamirano, Gómez Pedraza, Iglesias, Lafragua, De la Llave, Orozco y Berra, Otero, Prieto, Quintana Roo, Ramírez (Ignacio), De la Rosa, Tornel y otros menos recordados. De hecho Riva fue de los que repitió, pues en el año de 1871 volverá a cumplir el mismo encargo.

Como se sabe el discurso septembrino en la Alameda era una tradición que de la década de los veinte, pero pocos estuvieron tan cargados de sentido como éste, al haberse consumado el triunfo contra Francia, que en la época se dio en llamar nuestra segunda independencia. Recientes los sucesos de México y Querétaro, el atrevimiento de la nación azteca al derramar sangre Habsburgo daba la vuelta al globo en la prensa y en las líneas telegráficas, mientras que en los salones de Europa se intentaba

[24] Enrique Plascencia de la Parra, La visión de la independencia a través de los discursos conmemorativos (1825-1867), México, UNAM/Facultad de Filosofía y Letras, 1989 (tesis profesional).
[25] Existe una versión de este discurso en El Monitor Republicano, septiembre 20 de 1867. Cit. en ibid. Supra. El título completo es: "16 de setiembre [sic]. Discurso que pronunció la Alameda de esta ciudad el ciudadano general Vicente Riva Palacio por encargo de la Junta Patriótica".

evitar decir el nombre del hombre del día: Juárez. El jardín de La Alameda debió estar lleno de uniformes militares, de señoras elegantes que ese día elegían el rebozo tricolor de una plebe que expresaba su patriotismo con doble ración de pulque. Al subir al estrado el orador fue recibido con un nutrido aplauso: era el general Riva Palacio, el guerrero incansable en México y Michoacán, el periodista amenísimo de La Orquesta, el autor de teatro que todo el mundo conocía. Era el nieto de Guerrero.

El discurso duró menos de media hora y no hubo vivas. La premisa explícita fue que el "progreso" es la condición esencial de todos los seres creados, y por desgracia sus huellas "quedan marcadas siempre con sangre en los campos de batalla, o en los patíbulos, y en las humeantes ruinas de las ciudades y de las aldeas: la libertad necesita mártires: su sangre debe caer como un rocío benéfico sobre la tierra, y de su sepulcro deben brotar los laureles, a cuya sombra los pueblos emancipados o redimidos escriban tranquilamente sus instituciones..."[26] Nótese al final la escritura como símil de invención de las instituciones; aquí escribir tiene un carácter completamente ritual. Sigamos: se trata de una lucha incesante que recomienza en pos de nuevas victorias y nuevos triunfos con las banderas de las instituciones y, cuidado, el pueblo que deja caer sus banderas "no es pueblo, es un confuso hacinamiento de hombres sin ideas y sin corazón".[27] Pero hay un momento especial cuando los pueblos se reúnen a escuchar a un orador, que con historia que todos conocen, la historia de siempre y que se resume en la palabra "¡adelante!". Sea el orador modesto o ilustre enaltecerá los triunfos y la bandera que nos ha traído hasta aquí y de este punto no hay regreso; luego añade Riva en tono amenazante:

[26] Utilizamos la versión del discurso publicada en El Monitor Republicano, en septiembre 20 de 1867; todos los extractos citados corresponden a este número del diario, p. 1-2.
[27] Ibid.

> ni un solo paso atrás; porque te hundirás eternamente en el abismo, sin esperanza de redención, sin una palabra de compasión siquiera de los otros pueblos tus hermanos, a quienes abandonas y a quienes traicionas en la lucha de la libertad y de la reforma...[28]

En seguida Riva plantea una idea que le es muy peculiar, según la cual entre las naciones se da, llegado cierto punto de su desarrollo, lo que llama una "transfiguración". Este es un concepto bíblico que se refiere al momento en que, precisamente en el monte Tabor, el Cristo -transfigurado- se muestra a sus discípulos ya no como el hombre, sino como el Dios. Es obvia aquí la referencia a su novela Calvario y Tabor, que probablemente ya estaba escribiendo. Ahora debemos preguntarnos: ¿qué transfiguración puede haber en las sociedades comparable a la del monte Tabor? No puede ser la simple forma de gobierno, que se presta a tantas mudanzas, ni la conquista de una región, que sólo ensancha el territorio. Tiene que ser algo que se refiera a la constitución originaria de la sociedad, a las relaciones que guardan los diferentes cuerpos y sectores sociales entre sí y al sutil paso de una "lucha estéril" -según las palabras de Marx- de los actores y poderes sociales, a un nuevo orden en donde el gobierno es obedecido, después de décadas o siglos del imperio de la fuerza. Y no debe pasarse por alto la unión del partido liberal: en esa transfiguración la deuda de México con el archiduque Maximiliano y los conservadores de la última horneada es grande, porque consiguieron algo que nadie antes pudo hacer: convertir a los liberales en una fuerza política más cohesionada, que se atuvo (con la excepción de las rebeldías de Díaz) a los procesos de sucesión normales, con un Estado más centralizado que actuaba como una balanza del poder de los caciques regionales, los cuales casi siempre prefirieron negociar con el centro antes que declararse en rebeldía. Maximiliano y los conservadores lograron lo que parecía imposible: poner de

[28] Ibid.

acuerdo a unos cuantos miles de liberales que gobernaban efectivamente el país y que estaban convencidos de la necesidad de un Estado fuerte, uno que pudiera conciliar todas esas redes de intereses, armónicos o encontrados, y actuando en la medida de lo posible por medios políticos aceptados por todos y con un mínimo de violencia -aunque a veces sufriera la letra y el espíritu de la Constitución de 1857.

Había llegado el momento de "escribir las instituciones", el Tabor, que era reverso de la guerra, el Calvario. Y el signo de que la transfiguración era completa: llegado el momento indiscutido de la oligarquía liberal. Por cierto, todo este lenguaje bíblico era habitual en la época. El propio Juárez en célebre manifiesto exclama:

> ¡Mexicanos! El mundo atónito os contempla, si bien fraccionad dos bandos que debéis distinguir y conocer.
>
> El uno se encuentra identificado con la gran nación cuyos destinos, en el Gólgota me confió la providencia, para representarla, con su divina ayuda en el Tabor.[29]

Para algunos esta oratoria resultará en extremo "retórica", en su mala acepción. Pero, cuidado, Juárez no pretende ser pomposo, sino que sigue las reglas de la elocuencia prevalecientes en la época. Apela a la Providencia misma, se dice su representante, además debe tenerse muy en cuenta que aquella retórica estaba cargada de metáforas, alegorías, de imágenes multívocas y aun de sentidos herméticos.

Esta transfiguración en el monte Tabor merece un detenido análisis. Dice el Evangelio según San Mateo, capítulo XVII:

> 1. Seis días después tomó Jesús consigo a Pedro, y a Santiago y a Juan su hermano, y subiendo con ellos solos a un alto monte:[30]

[29] Benito Juárez, Manifiesto justificativo de los castigos nacionales en Queretano por... Tipografía del Gobierno del Estado, Monterrey, 1903, 4a. ed., p. 5. En la p. 9 Juárez dirá que los castigos en Querétaro "no violan la moral del Evangelio".

[30] No se menciona la palabra Tabor, pues en hebreo significa literalmente "altura" y así se traduce.

> 2. Se transfiguró en su presencia. De modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve.
> 3. Y al mismo tiempo les aparecieron Moysés y Elías conversando con él de lo que debía padecer en Jerusalem.
> 4. Entonces Pedro tomando la palabra, dijo a Jesús: Señor, bueno es estarnos aquí: si te parece, formemos aquí tres pabellones, uno para ti, otro para Moysés, y otro para Elías.
> 5. Todavía estaba Pedro hablando, cuando una nube resplandeciente vino a cubrirlos. Y al instante resonó desde la nube una voz que decía: Éste es mi querido Hijo, en quien tengo todas mis complacencias: a él habéis de escuchar.
> 6. A cuya voz los discípulos cayeron sobre su rostro en tierra, y quedaron poseídos de un grande espanto.
> 7. Mas Jesús se llegó a ellos, los tocó, y les dijo: Levantaos, y no tengáis miedo.
> 8. Y alzando los ojos, no vieron a nadie sino solo a Jesús.
> 9. Y al bajar del monte, les puso Jesús precepto, diciendo: No digáis a nadie lo que habéis visto, hasta tanto que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.[31]

Consultamos, hace algún tiempo, a don Edmundo O'Gonnan sobre el significado este pasaje y despertarnos su curiosidad, de lo cual resultó una breve investigación suya cuyas notas obran en nuestro poder y que dicen en una de sus partes:

> La interpretación del pasaje del Tabor puede ser el siguiente: Pedro descubre a Jesús como el Mesías. Eso sería su misión y razón de ser. Pero Jesús en su transfiguración en el Tabor, revela que no es sólo el Mesías, sino persona divina.
> Así su misión trasciende la del mesianato, se convierte en el Salvador del género humano; no es el Mesías, es el Redentor (que será concebido como la tercera persona de la divinidad). Así la transfiguración en el Tabor es la revelación y confirmación de la divinidad de Jesús. La transfiguración es el paso del misterio de la resurrección de Jesús y de todos los hombres que serán juzgados por Cristo al fin de los tiempos.[32]

Como se ve la trascendencia del pasaje del monte Tabor es inmensa; se trata menos que del inicio de una nueva era en la historia divina y humana, la de la

[31] La sagrada Biblia traducida de la vulgata latina al español por don Félix Torres Amat, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, México, 1953, p. 418.
[32] Edmundo O'Gorman, "Notas sobre la investigación del título de la novela Calvario y Tabor", manuscrito original en nuestro poder.

redención. Estas reflexiones servirán para darnos una idea del sentido que se dio época a los acontecimientos del año 67. De todo esto haremos comentarios adicionales más adelante.

Ahora debemos terminar el examen del discurso de Riva, donde, siempre en buena retórica, comprime el caos de las primeras décadas de vida independiente en un lapso relativamente rápido, sobre todo si se atiende a la magnitud del proceso:

> ...con asombro y a despecho de nuestros enemigos, podemos presentar al mundo, hombres que sintieron brotar su barba cuando la antigua metrópoli española dictaba sus órdenes a los antiguos virreyes de la Nueva España; y la nieve de los años blanquea apenas su cabeza y esa Nueva España es ya una República libre, independiente, soberana que ha despedazado por dos veces el yugo extranjero; que ha roto las cadenas del fanatismo y el retroceso.[33]

Claro que Riva piensa en un tiempo histórico, donde cincuenta años son pocos para el historiador. El yugo extranjero a que se alude, dos veces despedazado, es por supuesto la dominación española y la intervención francesa o segunda independencia. Para Riva y sus amigos intelectuales el éxito rotundo debió ser realmente una "transfiguración", porque ellos, primero que nada escritores, pensaban en términos de composición literaria y de eficacia dramática, y realmente no podía pedirse un concepto más vigoroso, más grandioso. Tal vez se hace mal al calificar a la época que siguió a 1867 como la República Restaurada, pues quienes lo hacen así proponen la idea de una restauración y pasan por alto esa misteriosa transfiguración de la nación, como si, hubiera sido cosa del otro jueves. Cierto, los contemporáneos hablaban de una segunda independencia, pero no tanto como una restauración de la República dibujada en la Constitución de 1824, sino como la apoteosis final del proceso 1808-1867; más exacto

[33] VRP, Discurso que pronunció en la alameda..., loc. Cit., [1867], p. 1-2. , Ibid., p. 1-2.

sería pues, hablar de la República Transfigurada si se busca el color, o del Estado nacional hegemónico, si se prefiere la exactitud.

Pero en este Riva de 1867 ya es bien perceptible una sensibilidad histórica muy fina y bien ponderada. Acaso la apreciación de la importancia del triunfo de ese año era de suyo evidente, pero también en otros aspectos Riva demuestra que no sólo sabe datos, sino historia propiamente dicha. Así cuando señala: "La conquista de las Américas, obra del espíritu en que se verificó..." para mostrar la diferencia grande en la visión del mundo o XVI y del suyo, que hizo de la conquista de pueblos más débiles primero un derecho divino "y hoy objeto de ignominia". También nos da Riva un adelanto de su personal versión de Cortés: "el más hábil, el más audaz y el más afortunado de todos los aventureros que registra la historia del mundo",[34] nada más y nada menos. Y hay también una conciencia historicista cuando señala:

> Esta fue la conquista; pero no tendremos un rencor para sus hombres, porque ellos no hacían sino lo que nosotros: adivinar y seguir el espíritu de la época, las ideas de su siglo y la conciencia de su nación; porque entonces, el conquistador y los conquistadores creían arrastrar al mundo así al progreso...[35]

El lugar común de la tranquilidad de la vida colonial (que se repetirá en el México... ) lo expresa Riva con eficaz pluma:

> Tranquilos se deslizaban los días de los virreyes, y México se aletargaba en la ignorancia y la esclavitud. Apenas turbaba la calma del extenso territorio de la Nueva España el pasajero rumor de la plebe de algún pueblo o de alguna ciudad, amotinada por la miseria... o el ataque de algún pirata sobre alguno de los mal defendidos puertos de la colonia.[36]

[34] Ibid., p. 1-2.
[35] Ibid., p. 1-2.
[36] Ibid., p. 1-2.

Copiamos en seguida el párrafo relativo del México a través de los siglos y reserva de ampliar los comentarios al analizar esta obra:

> Período tranquilo de crecimiento ininterrumpido apenas por tumultos locales y sin consecuencias, o por invasiones piráticas en las costas, que no tenían más resultado que el saco o destrucción de algún puerto, la vida de la colonia se deslizaba sin vida y sin brillo, noticias de la corte que una o dos veces al año llegaban con las flotas, las funciones religiosas, los actos literarios de la Universidad y algunas veces las ejecuciones de justicia o los autos de fe, eran los acontecimientos que turbaban la monotonía de aquella existencia.[37]

Aquí cabría reflexionar que todo historiador aborda su objeto de estudio con ciertas ideas preconcebidas. En el caso de Riva y de su época dichas ideas no sólo se referían a la heurística y la hermenéutica sino también a la composición, hoy tan descuidada. Los grandes modelos de la época como, por ejemplo, Michelet, hacían un tipo de historia donde el acontecimiento y la peripecia eran fundamentales; la gran importancia que tenía entonces el relato mismo producía libros que, por así decirlo, había que alimentar de carbón sin cesar, como una locomotora a vapor, para mantener el interés, el brillo y el colorido del relato. Por ello la narración de los acontecimientos de nuestro siglo XIX se prestaba perfectamente para esta historiografía episódica; en cambio la época colonial era más difícil, más estática, y se imponía el relato pormenorizado de conquista de las diferentes regiones, lo mismo que de las rebeliones y los motines. En este punto es preciso aceptar la distancia que media entre nosotros y Riva y los historiadores que lo precedieron; ahora el análisis lo es casi todo, entonces la narrativa reinaba y tal vez por ello los libros actuales tienen una corta vida, en tanto que los decimonónicos, muy superados en cuanto a información, nos siguen cautivando razones fundamentalmente literarias, como por ejemplo el pasaje de la Historia de Méjico de Alamán, donde inmortaliza el saqueo de una dulcería por los indios hambreados

[37] VRP, México a través de los siglos. T. II El virreinato, Espasa y Compañía, editores Barcelona, 1884-1889, p. XII.

durante la toma de Guanajuato. Se pueden hacer sesudos estudios sobre la alimentación de los indígenas pero ¿quién superará la prosa elegante y medida de Alamán?

El amor a la causa liberal, el horror a la monarquía, una visión manida de la Nueva España -por no llamarle ignorancia- dan lugar a que en este discurso cívico de 1867 Riva mienta bien y bonito:

> Nada de noticias de Europa; nada de relaciones con los otros pueblos del mundo; nada de imprenta, ni de libros, ni de periódicos, ni de instrucción pública. Todo era tan extraño para el gobierno colonial, como las revoluciones del celeste imperio para los antiguos habitantes de Tenoxtitlan.[38]

Pero a pesar de todo, nos asegura Riva, la idea de progreso representada por la independencia y la libertad "calcinaba" a más de un cerebro. Algunos de ellos eran sorprendidos "en medio de sus misteriosos trabajos y de sus santas meditaciones" e iba a parar las cárceles de la Inquisición "en donde el hombre entraba vivo en la región de los muertos".

> Mas la Providencia se presentó en "un anciano", luego repite: "Hidalgo, el anciano de la mirada dulce y tranquila de las vírgenes de la Escritura"; insiste: "los cabellos de plata de la vejez", "era el hombre llamado a dar forma a la idea, a realizar el pensamiento, a proclamar la independencia de México, a romper las cadenas que ataban a la Nueva España con la Vieja España". Y Riva todavía nos espeta otro "anciano virtuoso", que no es otro que Cristóbal Colón.[39]

También se aprecia en este discurso una idea muy propia de Riva que consistía vituperar a España; aun en medio de la guerra de Independencia no deja sin valor al

[38] VRP, Discurso que pronunció en la Alameda..., loc. Cit., [1867], p. 1-2.
[39] La idea de Hidalgo como anciano es una construcción historiográfica según lo demuestra Edmundo O'Gorman. Véase su artículo "Hidalgo en la historia", en Secuencia, núm. 6, septiembre-diciembre de 1986, p. 171-185.

adversario, lo cual, por cierto, aumenta el mérito del triunfo: "y los valientes hijos de Cortés y de Pelayo necesitaron para ser vencidos, una generación de Hidalgos, de Morelos y de Guerreros.[40]

Menciona que a aquella Ilíada le ha faltado un Homero (pero no tardaría en llegar, su nombre: Vicente Florencio Carlos Riva Palacio y Guerrero). También menciona, por supuesto, a su abuelo el libertador, resalta su abnegación; pero como republicano genuino que era nuestro Riva, ni en este texto ni en otros ensalza, saca de órbita o hace alarde del abuelo y antes reclamó la muerte injusta de Iturbide, que la de su sangre.[41]

A partir de la Independencia dos partidos, el liberal y el conservador o clerical, se disputaron el poder durante cincuenta años, sin que hubiera casi un momento de paz. Al término de este proceso, en la guerra de Intervención, México mostró al mundo su valía. Así: "La última esperanza del partido conservador y el último nudo del Plan de Iguala. [es decir el proyecto monárquico] se han desatado sobre la tumba de Maximiliano.[42]

El remate del discurso de Riva es curioso. En lugar del clásico final que vitorea a los héroes y arrebata, por gana o por fuerza, las exclamaciones del público, él dice a auditorio: "Pueblo: debes estar satisfecho de ti mismo". La frase es sencilla pero para comprenderla a fondo debemos recordar lo que Vigil nos ha dicho -en un texto que comentamos- sobre el sentimiento de inferioridad que nos arruina. Y Riva agrega que en ese momento se presentara el espíritu de Hidalgo y preguntara: "¿qué habéis hecho

[40] VRP, Discurso que pronunció en la Alameda..., loc. Cit., [1867], p. 1-2.
[41] Véase "Iturbide", en VRP et al., El libro rojo 1520-1867. Hogueras, horcas, patíbulos, martirios, suicidios y sucesos lúgubres y extraños acaecidos en México durante sus guerras civiles y extranjeras 1520-1867, Díaz de León y White, editores, México, 1870.
[42] VRP, Discurso que pronunció en la Alameda..., loc. Cit., [1867], p. 1-2.

con la independencia que os legué? Él respondería, orgulloso, a nombre de todos: "Defenderla, reconquistarla, consolidarla."[43]

Como comentario final a este texto podemos decir que Riva da fe de una reflexión personal -no tomada de otros- de la historia de México, motivada, en primer término, por haber participado en la vida pública del país desde mediados de los años cincuenta. No menos importante es que este discurso forma parte del movimiento literario que, a través de la invención estética, contribuyó en gran medida a la invención del Estado. Pero confesamos cierta sorpresa al percibir claras señales de un buen oficio de historiador, que hasta este momento habíamos ubicado como algo posterior al proceso escriturístico de sus novelas históricas. Gracias a ellas el historiador madurará, no cabe duda, pero ya cuenta con buenos elementos que quizá deban atribuirse a su educación y especialmente al conocimiento de los clásicos. Esta misma explicación es la única que podemos proponer para dar cuenta de la erudición de Larráinzar, que ya hemos comentado. Ambos son autores de mucho mérito, pues ellos nunca dejaron de estudiar; sí, lectores voraces pero, más que eso, lectores extremadamente inteligentes.

Discurso pronunciado por el general Riva Palacio en la capital de la república el 16 de septiembre de 1871[44]

El discurso abre con el exordio característico de estas piezas oratorias: México ha tenido que luchar por su libertad desde la cuna; el amor a la patria es similar al amor a la madre. En seguida plantea Riva su teoría de la historia: la humanidad se ha dividido

[43] Ibid.
[44] VRP, Discurso pronunciado por el general Riva Palacio en la capita de la república el 16 de septiembre de 1871, Imprenta de F. Díaz de León y Santiago White, México, 1871.

siempre en dos grandes partidos, el del progreso y el del retroceso; la historia es pues una marcha ascendente en la que luchan la inteligencia y la ciencia contra el oscurantismo y la superstición:

> Los hombres, espantados del porvenir o halagados a veces por sus recuerdos, se dividen instintivamente, anhelando unos el bien y la felicidad de los pueblos en las conquistas que esperan hacer en el porvenir, soñando otros la felicidad y la fortuna como la emanación directa de las viejas instituciones, de las pasadas y olvidadas costumbres y de las ya gastadas tradiciones. Pero de esa lucha, del choque del pedernal contra el acero, brota siempre la luz rojiza como el reflejo de un incendio, porque es luz de sangre y de rencor, pero luz que, iluminando siempre, hace dar un paso a la humanidad, paso del que jamás retrocede y que es siempre un avance, porque tal es la ley eterna, que aun el mismo triunfo de las ideas retrógradas, más que aparezca contrario al adelanto, hace marchar siempre el mundo en su camino de progreso y de civilización.[45]

El párrafo anterior señala con toda claridad que la ley fundamental de la historia es el "progreso", pero éste sigue un camino sinuoso en el que, por momentos o por siglos pueden dominar las fuerzas retrógradas, pero aun esto termina por ser un avance. Se trata de una "ley eterna", lo cual apunta a un planteamiento esencialista pues la contingencia histórica no hace mella en su inflexible aplicación. Por otro lado la fe en el progreso es fundamentalmente una actitud optimista, que corresponde bien a la época de la República restaurada y a un discurso patriótico cuyo fin principal es elevar la moral del auditorio.

Es interesante que Riva cobije bajo el principio esencialista de la ley eterna del progreso, la idea fundamentalmente historicista y relativista de que el adelanto y el

[45] "Discurso del 16 de septiembre de 1871", en VRP, Ensayos históricos (compilación y coordinador de la obra José Ortiz Monasterio), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Mexiquense de Cultura / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1997 (Obras escogidas, p. 60. Citaremos siempre esta edición, más fácil de encontrar, sin perder de vista la original.

retroceso "no se muestran siempre a la luz del sol bajo sus mismas formas, ni se engendran inexorablemente en los cerebros de sus mismos partidarios"[46], sino que se mezclan, se entrelazan y se confunden como dos serpientes que luchan.

Para ilustrar lo anterior Riva pone un ejemplo muy actual: el clero que en su época es considerado "enemigo de la ilustración, de la democracia y de la soberanía del pueblo" tuvo, en la época del bajo Imperio, un importante papel como "el fiel depositario y el ardiente propagador de la ciencia".[47] Pero en seguida pone otro ejemplo que es, en sí mismo, toda una interpretación de la historia de México. Comienza por señalar que la conquista de América y su independencia no son hechos aislados, sino que forman parte: "de nuestro grandioso todo, de esa inmensa obra de la humanidad que ha hecho del continente americano el lugar escogido por la libertad, por la república y por la democracia para plantear su imperio"[48]. Al parecer de la historia salvífica del pueblo escogido Riva pasa a la historia del continente "escogido", si bien se trata de una "obra de la humanidad", es decir inmanente, no trascendentalista. Luego viene la paradoja: América fue conquistada por un "principio monárquico y religioso intolerante":

> Pero ése era el espíritu de la época, y sería por demás injusto culpar [a] aquellos soldados, aquellos sacerdotes y aquellos reyes que, cediendo a las ideas de su siglo, y con toda la buena fe del fanático en sus creencias políticas y religiosas, seguían el camino natural marcado al progreso de la sociedad, y eran, sin conocerlo ellos mismos, los más entusiastas y constantes obreros del porvenir de la humanidad, y que preparaban, sin comprenderlo, el triunfo lento pero seguro de la democracia y de la república abriendo, con el regio aparato de los dogmas del derecho divino, ancho paso al sagrado principio de la soberanía popular.[49]

[46] Ibid., p. 60-61.
[47] Ibid., p. 61.
[48] Ibid., p. 61.
[49] Ibid., p. 62.

Admira el sentido de historiador moderno que tiene Riva, cuando previene que no debe juzgarse a los hombres del siglo XVI con ligereza pues eran, precisamente, hijos de su tiempo que no podían salir de la cárcel del "espíritu de la época"; este tipo de conocimiento nos parece de carácter eminentemente práctico, es un conocimiento que se adquiere escribiendo historia, más que leyéndola. Y luego la peculiar dialéctica que convierte a los conquistadores monárquicos en "obreros del porvenir" que abrieron paso a la soberanía popular tiene un sesgo eminentemente positivo; es decir que los colonizadores cometieron muchos horrores, pero su participación fue necesaria para el proceso histórico en su conjunto. Este punto es vital porque no cae en la negación de la Colonia que algunos se sentían obligados a establecer, ni es tampoco la apología del virreinato para preconizar la continuación del sistema monárquico: aquí puede atisbarse ya la visión integral de nuestra historia que Riva inventará, un logro estupendo que tendrá como piedra de toque el México a través de los siglos. Muy inspirado Riva continúa su discurso:

> La América era ese continente predestinado: la raza debía formarse de la mezcla, de la amalgama de conquistadores y conquistados, de vencedores y vencidos, de señores y de tributarios, para esto, era necesaria la conquista, era necesario que los soldados de los monarcas del viejo mundo vinieran a echar por tierra instituciones monárquicas del nuevo, que los principios de absolutismo y de gobierno hereditario vinieran a borrar hasta el recuerdo del absolutismo y del gobierno hereditario, y que los mismos sostenedores del derecho de conquista vinieran a soplar el fuego de independencia, convirtiéndose así, de terribles enemigos, en poderosos auxiliares de la libertad. Y así sucedió.[50]

Aquí Riva aclara que cuando dice que América era el continente "escogido" quiere decir "predestinado". La acepción original de esta palabra es de orden religioso, literalmente: señalado por Dios desde siempre para la gloria. Este gesto trascendentalista

[50] Ibid., p. 63.

debe tomarse muy en cuenta y habrá que ver si se repite en otros textos de Riva, porque también deberemos estar muy atentos a las mutaciones de su discurso que ocurren en relación a el género que elige en cada paso; de cualquier modo el auditorio de este discurso cívico debió sentirse halagado con la idea de que formaba parte del continente más grato a Dios.

Otro requisito para la soberanía del pueblo -afirma Riva- era el surgimiento de una raza nueva, que hubiera perdido los hábitos de los pueblos monárquicos; tal raza se formó de la mezcla -que Riva denomina incluso "amalgama"- de conquistados y conquistadores. Pero el término químico conduce a pensar en una mezcla cabal de suyo homogénea; la realidad era mucho más compleja pues, aun concediendo que la inmensa mayoría de los grupos étnicos tenían mayor o menor grado de mezcla con otras razas, la identidad étnica y la estructura social eran bastante más complicadas que la imagen simplificada de una sola raza mestiza, producto del cruzamiento de indios y españoles. Ahora bien, en este discurso Riva no pretende hacer una clasificación sociorracial; él está haciendo filosofía de la historia en la acepción de comprender el sentido y el rumbo de nuestra historia. Y como México no puede comprenderse como un país puramente criollo, ni puramente indígena, el mestizaje es la única solución de identidad nacional, por más que a muchos les incomodara la condición de mestizo (con todo y que Riva calla el componente negro, completamente inaceptable en la calle de Plateros). La mezcla racial es una actividad tan antigua como la historia, sin ser los pueblos europeos la excepción: Inglaterra, después de la victoria normanda de Hastings en 1066, inició un proceso de mestizaje entre normandos y sajones.

Riva asegura que en América sólo se conoció el lado odioso de la monarquía, guerra, persecución, esclavitud, monopolio, estanco, impuestos, azotes, picota y autos de fe; jamás tuvieron los virreyes la autoridad, el lustre ni los gestos magnánimos de los reyes europeos; esto desprestigió la monarquía. Por otra parte en la época colonial hubo un buen número de tumultos que Riva destaca por su conexión con lo que llegaría a ser soberanía popular:

> Los tumultos, tan comunes en las colonias, enseñaron a los pueblos que había en ellos un poder, un derecho, una fuerza latente que trataba de ocultárseles, pero que existía y que esgrimían como una arma los mismos que se la negaban. Los pueblos entonces comenzaron a comprender que eran algo que no creían; comenzaron a comprender, que sus opresores eran menos de lo que ellos presumieron.[51]

No estamos seguros de que haya una relación directa entre los tumultos coloniales y la soberanía popular y el sistema republicano. En contra de esta idea podríamos señalar que, con la independencia, los tumultos no cesaron ni tampoco los levantamientos indígenas. En el fondo de este planteamiento parece estar la necesidad de mostrar que la colonización española no abatió completamente a los nativos, que en cual momento sacaron la casta y se rebelaron. En el texto de Prieto que ya hemos comentado en un capítulo anterior está la idea de que, de la historia colonial, sólo se podía sacar provecho de los motines y levantamientos. Y esta necesidad es, por así decirlo, estratégica pues ¿cómo podría darse a la guerra de independencia un aire glorioso, sin adelantar los antecedentes que ya anunciaban esa gloria? Es decir que no se pasa de la nada a la gloria de un día al otro, debe haber premoniciones, señales y recursos eminentemente narrativos para escribir un relato verosímil; toda estatua necesita un zócalo. El proceso se desarrolló lentamente:

[51] Ibid., p. 64.

> Los modernos apóstoles de la democracia habían tenido colaboradores, y los ilustres héroes de nuestra independencia, infatigables obreros que comenzaron trescientos años antes a preparar el desenlace de ese grandioso drama que se llama la independencia de México, de esa sublime epopeya que se llamó la libertad del Nuevo Mundo, de ese gigantesco paso de la humanidad que se llama y se llamará por muchos siglos la democracia en la América.[52]

Con hábil pluma Riva dibuja como se presentía la llegada de la libertad:

> En aquellos días el terreno estaba preparado para recibir la simiente; el bronce líquido y dispuesto para correr precipitándose en el molde; los pueblos, esperando y presintiendo que había llegado el momento de alzarse por su libertad, por ser pueblos, por ser reyes y señores de sí mismos...[53]

Y Riva destaca con inteligencia que la emancipación fue un fenómeno continental, que recorrió toda la cordillera de los Andes y en todas partes se formaron repúblicas, a excepción del caso muy particular de Brasil. De este modo el acontecimiento se muestra en toda su magnitud hemisférica.

En seguida Riva expresa que se abstendrá de narrar las mil peripecias y actos de valor que tuvieron por escenario nuestra guerra de independencia, encabezada por las señeras de Hidalgo, Morelos y Guerrero; en cuanto al imperio de Iturbide dice que "aquel ensayo era el error de un pueblo niño",[54] Y agrega:

> Cuarenta y cuatro años después, en el cerro de las Campanas, tenía un sangriento desenlace el segundo ensayo monárquico, y la sombra de Maximiliano vagó errante, hasta que envolvieron a Francia las tinieblas de la noche en la memorable jornada de Sedán.[55]

Este pasaje resulta un poco hermético pero seguramente alude a que los excesos del ejército expedicionario francés en México durante el segundo imperio fueron

[52] Ibid., p. 64-65. Las últimas palabras de este párrafo recuerdan el libro famoso de Tocqueville.
[53] Ibid., p. 65.
[54] Ibid., p. 67.
[55] Ibid., p. 67.

castigados por la Providencia en la guerra franco-prusiana que fue tan costosa para Napoleón III.

Otro elemento que a nuestro parecer proviene de la religión, la misma que profesaban todos los oyentes de Riva, es cuando éste señala que un pueblo que no ha sufrido no comprende la grandeza de su conquista, "que no sabrá estimar en lo que vale y que no será capaz de sucumbir desapareciendo de la faz de la tierra, antes que perder la gloriosa herencia de sus mayores".[56] Aquí vemos la idea del Calvario necesario para llegar a el Tabor; entonces, ha sido necesario que México padezca. Pero en este punto se podría argumentar que los Estados Unidos sufrieron menos que nosotros durante el XIX ganaron la guerra con México, ganaron la guerra contra los indios, sufrieron -eso sí- considerablemente durante su Guerra Civil, en la que usaron mortíferas armas modernas, grandes cañones y los primeros barcos acorazados, pero el saldo nos parece más favorable que el nuestro y sin mengua de la herencia de sus mayores. Aquí Riva es retórico.

Después de comparar a los grandes hombres del antiguo y del nuevo continente, Riva asegura que los americanos son superiores, pero no cree necesario explicar por qué. Recordemos que se trata de un discurso cívico. Y luego apela a su vena poética describir los antecedentes de las modernas repúblicas:

> Las repúblicas de Roma fueron el galvanismo, la ilusión y el ensayo; las de Francia la poesía, la pasión, el vértigo; las de América la realidad, la lógica, la filosofía.
>
> El porvenir es de la democracia: el vapor y la electricidad, llevarán del nuevo mundo al viejo continente esas ideas y esas instituciones que son el terror de los grandes y la esperanza de los pequeños; que anuncian la nueva redención, y que no tienen escrita su historia en ciclópeos muros ni en pelásgicos monumentos, sino en una senda de luz que se mira en el porvenir, porque la democracia y el

[56] Ibid., p. 69.

> progreso son como Atila que marcaba con ruinas el paso de sus ejércitos, sino como el libertador de los israelitas que hizo abrirse los mares tempestuosos para dar paso franco al pueblo escogido.[57]

Está visto que las instituciones republicanas que Riva defiende con tanto ardimiento, no pueden prescindir del lenguaje teológico y la historia de México viene a ser a fin de cuentas otra historia de la "redención", que encaja perfectamente con la idea del mundo de sus oyentes, netamente religiosa. Y aun en una república Riva tiene tanto derecho como cualquiera a decir un sermón. Esta pieza oratoria termina con unas frases lapidarias: "México es grande porque es republicano, México es libre porque merece serlo, México es la tumba de las tiranías y el asilo de las libertades. ¡Viva México!"[58]

Un último comentario: Riva es otro pensador más que cuestiona la falta de confianza que tienen los mexicanos en sí mismos: "quizá nuestro gran defecto nacional haya consistido en la poca fe que hemos tenido en nosotros mismos, y la demasiada veneración en las cosas y los adelantos de otros países, que a través de exageradas relaciones, han tomado a nuestros ojos proporciones gigantescas."[59] Aquí Riva habla por experiencia, pues un año antes de pronunciar este discurso viajó por varios países de Europa y, en su opinión, pese a "exageradas relaciones", creía que México podía ir con ventaja con aquellos en no pocos aspectos. No nos parece fundamental averiguar si en efecto México podía competir con ventaja; creemos que en la valoración de lo propio está permitida, hasta cierto grado, la exageración. Así lo han hecho siempre todos los pueblos de la Tierra.

Los Ceros, galería de contemporáneos

[57] Ibid., p. 70-71.
[58] Ibid., p. 72.
[59] Ibid., p. 71.

Al mismo tiempo que se publicaban las Tradiciones y leyendas mexicanas (principios de 1882) y en el mismo periódico (La República), comenzaron a aparecer una serie de artículos firmados con el enigmático seudónimo de "Cero", del cual tomaron su nombre.[60] El autor originalmente fue Juan de Dios Peza, pero Riva se robó el seudónimo descaradamente. Todo esto era vago y confuso hasta que apareció el trabajo de Clementina Díaz y de Ovando,[61] en el cual descubrió cuáles de los "Ceros" eran de Peza, cuáles de Riva Palacio y no faltaron algunos escritos a dos manos.

Pocos libros se hallarán en nuestra literatura que reúnan los tres elementos que distinguen a Los Ceros: una erudición de buena ley, rica y variada, el retrato de algún personaje del medio literario y un fino humorismo que hace burla de los retratados es punzante pero no lastima.

Entreveradas con el retrato de los escritores que homenajea, aparecen súbitamente ciertas digresiones eruditas sobre los temas más variados, generalmente relacionadas con el personaje en cuestión. Así el retrato de José Peón Contreras, dramaturgo, da lugar a una digresión sobre los orígenes y desarrollo de la tragedia; así también, el retrato del poeta Juan de Dios Peza incluye una discusión sobre la lírica y la teoría literaria en general.

También aborda asuntos de tema histórico, por ejemplo en el retrato Francisco Sosa, que está como hecho a la medida para hablar del género biográfico. En

[60] Posteriormente una selección de los Ceros publicados en La República se publicaron en el libro Los Ceros, galería de contemporáneos por Cero, Imprenta de F. Díaz de León, México, 1882.

[61] Clementina Díaz y de Ovando, Un enigma de los "Ceros". Vicente Riva Palacio o Juan de Dios Peza, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1994 (Ida y regreso al siglo XIX). La primera versión de este libro fue la tesis doctoral de doña Clementina, "La incógnita de algunos "Ceros" de Vicente Riva Palacio", Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1965.

ese año de 1882 ya se sentía en el ambiente intelectual un positivismo pujante, que tenía por trinchera el periódico La Libertad, que se definía como liberal-conservador tal vez en oposición a liberal puro o radical. Paralelamente los viejos liberales iban siendo desplazados por hombres más jóvenes que, si no podían presumir de hazañas guerreras durante la Intervención francesa, poseían un gran pragmatismo, el cual incluía hacer de la Constitución de 1857 letra muerta, o poco menos. Por ello el "Cero" dedicado a Sosa es una discusión sobre la teoría del "grande" hombre, entendida en el sentido de que los individuos juegan un papel importante en la historia y ello lo conduce a disentir con los positivistas. El texto no sólo tiene valor arqueológico, pues su postura es moderada y concede una innegable influencia de los factores materiales y sociales; pero defiende la tesis de que los individuos, y sobre todo los más destacados, aportan algo a la historia, pues de otro modo viviríamos el fatalismo islámico, el "estaba escrito" y la sumisión total a vastas fuerzas impersonales.[62]

Otro rasgo notable de los "Ceros" es que el autor quiso rendir homenaje a los escritores de México, y no reparó en su bandera política; de ahí que haya sendos "Ceros" dedicados a Ignacio Aguilar y Marocho, Ipandro Acaico (seudónimo arcádico de Ignacio Montes de Oca y Obregón) y José María Roa Barcena. Así como perdonó a los prisioneros belgas durante la Intervención, así como adoptó el lema "Sin rencores por el pasado ni temores por el porvenir", así como pidió en 1867 una amnistía general y completa para los vencidos, así reconoce el mérito literario de los escritores

[62] Véase nuestra edición de este Cero en Secuencia, núm. 21, septiembre-diciembre de 1991, p. 117-134.

conservadores, pues para él los partidarios de buena fe simplemente profesan otra forma de patriotismo, pero buscan a su manera lo mismo: el bienestar del país.

La cantidad de fuentes y autoridades que cita Riva en Los Ceros es grande y predominan los clásicos griegos y romanos, los clásicos de nuestra lengua y los autores contemporáneos, en ese orden, según una cala que hice de las primeras cien páginas del libro. ¿Cómo, cuándo leyó tanto Riva? Parece que la única respuesta es la que diera don Enrique Florescano en cierta ocasión que un estudiante cuestionó que hubiera leído todos los libros que citaba en un libro; dijo Florescano: "lo que sucede es que a mí me gusta leer".

Quizá nada muestra mejor el carácter que domina al libro que el prólogo del autor. Riva comienza por criticar el prólogo de la novela Carmen de Pedro Castera, "escrito por un amigo del autor", que no es otro sino el propio Riva. En seguida hace una defensa del historiador y filósofo Ernesto Renan, -uno de los autores más citado por Riva- que en su opinión ha sido erróneamente interpretado por un miembro del Ateneo de Madrid. Luego hace una parodia de los prólogos de los editores, sumamente divertida. De paso, critica la cobardía y el mercenarismo de algunos periodistas, y para terminar señala que ya nadie se ocupa de escribir, pues lo que todos quieren es hacer negocios con el gobierno (otro signo del cambio de época). Y a todo esto, sin que sepamos por qué o para qué se ha referido al Quijote de Cervantes, a una traducción de Francesca de Rimini y al Guerra de Cataluña de Melo; menciona a Quevedo, a Buffon, a Valmiky y a Kalidaza, cita textualmente a Renan y a Marcial; se burla, además, de su amigo José María Vigil al referirse a su traducción de las Sátiras de Persio, en donde "va la obra del satírico latino

entre el prólogo y las notas, como un chico que ha roto un farol y camina entre dos gendarmes a la Comisaría".[63]

Son tan variados los temas que se abordan en Los Ceros y hay en cada uno de ellos tanta erudición que ya doña Clementina Díaz y de Ovando dedicó su tesis doctoral, ya mencionada, exclusivamente a este libro. Y no se puede decir que ella haya agotado el venero pues Los Ceros es un libro verdaderamente enciclopédico, pero no es el tema central de esta tesis. En los siguientes capítulos regresaremos a este libro, en particular para analizar las ideas de Riva sobre arqueología y sobre su amigo Alfredo Chavero, autor del tomo I del México...

Para los fines de esta tesis el libro Los Ceros resulta especialmente importante pues nos revela, en primer término, que cuando Riva acomete la empresa del México a través de los siglos posee un envidiable manejo de la lengua; además sirve para conocer con bastante detalle su bagaje intelectual, sus filias y sus fobias, y no cabe duda que bien se le puede aplicar el adjetivo de sabio. Cierto, en Los Ceros Riva se ocupa más de cuestiones literarias y menos de las historiográficas, pero ambas conviven y ambas deben ser tomadas en cuenta para analizar el México...

Introducción al curso de historia universal

Se trata de un manuscrito de 47 páginas que hallarnos en el legajo de documentos sin fecha del Archivo Vicente Riva Palacio de la Universidad de Texas en Austin.[64] No está firmado ni tiene indicación de lugar; no tiene título y, por esa razón, nosotros lo hemos bautizado. La letra no es la de Riva, sino otra, clara y pareja. Por su

[63] Cero (seudónimo de VRP), Los ceros. Galería de contemporáneos, por..., Imprenta de F. Díaz de León, México, 1882. p. 6.
[64] Utx-A, AVRP, fólder 199, doc. 22.

contenido nos enteramos que se trata de la primera de varias "lecciones" de un "curso de historia universal", que se impartía cada quince días en alguna institución de educación superior militar. En efecto, dice el documento que las lecciones "llegarán a dar un producto grande para el ejército" y que el catedrático se encuentra allí "por elección de algunos jefes del ejército, que pretendían establecer esta educación superior".[65] La redacción del texto es a menudo inconexa y la ortografía de los nombres de varios autores es errónea. Todo hace suponer que este texto es la versión escrita de las lecciones o impartidas por el catedrático, es decir los apuntes de clase que alguien tomó.

Estamos convencidos de que el catedrático de referencia no era otro que «por ello es que se halla este documento en su archivo personal. En el texto se dice que un general que ha perdido la confianza de su gobierno no debe perder el tiempo promoviendo revoluciones, sino que debe propagar la instrucción en el ejército. Tenemos pues que el maestro es un general "que está retirado", que ha perdido la confianza de su gobierno "explíqueselo él o no".[66] Esto corresponde bien a la situación de Riva en 1884. Después de sumarse al Plan de Tuxtepec y de su paso por el Ministerio de Fomento había dirigido la campaña presidencial de Manuel González; pero convertido éste en presidente Riva se torna, por razones aún no enteramente explicadas, diputado de la oposición. Luego, al ventilarse la cuestión del níquel, el general catedrático encabeza a los enemigos de la nueva moneda y termina en la prisión de Santiago Tlatelolco. Este episodio marca el fin de su carrera política y militar, y bien puede decirse que a partir de

[65] VRP, "Introducción al curso de historia universal", en Ensayos históricos (compilación, estudio preliminar y coordinador de la colección José Ortiz Monasterio) Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Mexiquense de Cultura / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1997, p. 94.
[66] Ibid.

entonces está "retirado". Es en esa época que escribe el México a través de los siglos, obra financiada por el Ministerio de Guerra, el cual posiblemente quiso aprovechar las luces de Riva y le solicitó que impartiera un curso de historia universal en la escuela superior del ejército. Pero hay además otros datos que fortalecen la hipótesis de la paternidad de Vicente Riva Palacio. Uno de los autores más citados por Riva, en todas sus obras, es Renan: pues en este texto se le menciona tres veces. En otra parte del documento el catedrático asegura: "he hablado en España con multitud de personas";[67] pues sabemos que Riva conoció ese país el año de 1870. Más adelante se refiere a la moda de "tocarse" el cabello, "a excepción de los que tenían la desgracia de no tenerlo";[68] esto corresponde muy bien a la calvicie de Riva y sobre todo al humorismo que le era característico.

En cuanto al contenido del documento no hallamos nada que no pudiera haber sido dicho o escrito por Riva. Más bien al contrario, en el estilo torpe de quien tomó los apuntes, se revela a un historiador experto; queremos decir que se trata de un hombre con muchas horas de lectura y meditación. Por ejemplo cuando dice: "no hay cosa más dudosa que la historia ni que se preste más a las interpretaciones",[69] al tiempo que insta a sus alumnos a perderle el "respeto a la historia".[70] Éste es en efecto uno de los grandes de la profesión: hacer creer en una certeza de la que privadamente dudamos. Eso en el mejor de los casos, pues no falta quien asegure que todo su trabajo está basado en documentos; en estos extremos, decía don Edmundo O'Gorman, mejor sería que publicaran los documentos mismos, en vista de que ellos nada aportan.

[67] Ibid., p. 105.
[68] Ibid
[69] Ibid., p. 95-96.
[70] Ibid., p. 96.

Esta "Introducción al curso de historia universal" reviste gran interés por los aspectos teóricos que aborda, a la vez que ilustra la postura de Riva ante la historia universal. Su obra historiográfica es fundamentalmente de tema mexicano y no conocíamos, por ejemplo, las que eran para él las grandes revoluciones de la historia: el cristianismo, la invasión de los bárbaros, el protestantismo y la democracia, categorización nos suena arcaica y exótica, ahora que se suelen favorecer interpretaciones económicas, pero lo más sabio sería reflexionar que las interpretaciones de nuestra época pueden tener desviaciones, que pueden ser mitigadas contrastándolas con las interpretaciones de nuestros antecesores.[71] Por otra parte, como ya hemos señalado, el énfasis puesto en estas etapas coincide en lo fundamental con lo que sostiene el autor en otro texto suyo que ya hemos comentado titulado De la historia de la religión cristiana, donde se da tanta importancia al cristianismo y al protestantismo y también se hace referencia al papel protagónico de las razas germánicas, lo cual indicaría cierto grado de probabilidad de que ambos textos sean de la misma mano, pero no sería prueba definitiva pues dos o más escritores contemporáneos pueden compartir muchas ideas afines.

La prueba definitiva de la paternidad de Riva respecto a este curso de historia universal es otro documento, este sí de su puño y letra, que no es otra cosa que el índice o borrador de los temas que trataría en el curso.[72] Descubrimos este documento cuando ya teníamos la certeza de que el maestro de ese curso no fue otro que Riva, lo cual fortalece

[71] Sin embargo un Jacques Le Goff coincidirá en parte con Riva y dirá que el inicio de la modernidad debe ubicarse en la culminación de la reforma protestante. Véase Alfonso Mendiola Mejía, Bernal Díaz del Castillo: verdad romanesca y verdad historiográfica, México, Universidad Iberoamericana / V Centenario 1492-1992 Comisión Puebla Gobierno del Estado, 1991, p. 24.

[72] Archivo Vicente Riva Palacio, Universidad de Texas en Austin, fólder 199, doc. 19.

la confianza que tenemos en nuestro método. Por otra parte, no sabemos si impartió más lecciones, pues no tenemos evidencias documentales de ello.

El autor advierte -y debemos tomarlo muy en serio- que supone en su auditorio cierto nivel: "No se trata de enseñar a niños, sino de dar un curso de lecciones orales, y es preciso que éstas estén a la altura de las personas que oyen".[73] Aquí lo que leemos es que no pretenderá moralizar. Tampoco será una narración cronológica de todos los sucesos de la historia. Propiamente lo que Riva se propone hacer es enseñar filosofía de la historia: "Tomemos solamente los grandes acontecimientos, estudiaremos las grandes revoluciones que han hecho cambiar la faz de la sociedad e iremos, por decirlo así, estudiando las leyes que han regido a la humanidad desde su origen, que se pierde en la noche de los tiempos, hasta el estado actual de civilización".[74]

Y si Riva antes ha dicho que la historia se presta a todo tipo de interpretaciones, no debe por ello pensarse que el autor incurre en el pirronismo, en el escepticismo a ultranza; es posible hallar una verdad en la historia, la cual se va decantando -ante los asedios de la crítica, diríamos- y es ésa la que Riva quiere enseñar:

> Creo que hay una historia verdadera, es decir que, en medio de este tejido de narraciones que nos llegan día a día por medio de la tradición, hay un hilo de verdades que viene atravesando los siglos y que llega perfectamente hasta nosotros. Y el objeto de las lecciones de historia y de la crítica es encontrar este hilo de verdades, este tejido de seda y oro que es lo que forma la verdadera tela, esa tela de donde se pueden sacar las lecciones del pasado para aplicarlas al presente y al porvenir.[75]

Se hace patente la interpretación de la historia más aceptada en aquella época, la del cristianismo, cuando Riva asevera que el hombre no debe de estar orgulloso por tener

[73] VRP, "Introducción al curso de historia universal", loc. Cit., p. 95.
[74] Ibid., p. 95.
[75] Ibid., p. 96.

como origen el soplo divino, sino que debe estarlo por el grado de civilización que se ha alcanzado en el siglo XIX; de este modo la humanidad adquiere su legitimidad no de un origen ilustre, sino del avance logrado hasta aquel presente -y el que se anuncia en futuro- es decir el progreso. Se pasa así de un trascendentalismo fundacional a un inmanentismo prospectivo.

En cuanto a las grandes revoluciones de la historia, la primera de todas es el surgimiento del cristianismo que fue una "revolución moral", es decir que ejerció su influjo en el ámbito de la conciencia. "Creo -dice Riva- que no ha habido una revolución que tan directamente haya afectado al ser de la humanidad".[76] Este enunciado no puede ser visto con ligereza: Riva dice que el proceso fundamental de la historia humana cristianismo, que es la expresión del "ser de la humanidad". Pero considerando escritos anteriores es preciso subrayar que Riva habla aquí propiamente como historiador el cristianismo tuvo una importancia enorme, si bien en su opinión fue "una revolución sofocada",[77] pero si durante algún tiempo fue un elemento de progreso y civilización, con el paso de los siglos cesó de ser un elemento propiciatorio del mejoramiento humanidad. Por ello tuvo Riva que denunciar los excesos de la Inquisición, no obstante que la huella del cristianismo en Occidente es gigante, desde la perspectiva historiador. La siguiente gran revolución de la humanidad -dice Riva- fue la invasión de los bárbaros que terminaron por ser los agentes de la caída del imperio romano: "Esta revolución tiene mucho de social porque vino a convertir notablemente el modo de ser de

[76] Ibid., p. 98.
[77] Ibid.

aquellos pueblos. Antes de la invasión de los bárbaros, el Estado era todo, el individuo era nada".[78]

Después vinieron la revolución de la reforma protestante -iniciada por Lutero-y la democracia -la última revolución; y al parecer Riva ve en ésta el destino final de todo el género humano pues la democracia "hará llegar a la humanidad al grado de civilización a que llegar debe".[79] Tal vez el historiador debiera dejar siempre al futuro caminos vírgenes y soluciones nuevas, pues creer que las instituciones actuales se reproducirán en el futuro puede conducir al defecto del presentismo. Sin embargo los más de cien años recorridos por la humanidad desde la muerte de Riva parecen darle la razón, en el sentido de que la democracia sigue siendo la meta en muchos países; aunque uno de cada tres seres, humanos es chino y comunista.

En seguida Riva se apoya en Renan para argumentar la superioridad de Occidente no por otra cosa que por su mayor conciencia histórica, es decir no tanto por sus mayores conocimientos científicos o técnicos sino por sus mejores conocimientos históricos; asegura que "los pueblos de Oriente han tenido poco cuidado en procurar los conocimientos históricos".[80] Esta es una marca de época en la que es preciso reparar. La ligereza con que se pasa por alto la milenaria historiografía China, por no hablar del Japón y de la India, delata que para Riva América viene a ser una extensión de Occidente, es decir de LA CIVILIZACIÓN, al tiempo que la mayor parte de Asia, África y Oceanía estaba ocupada en la época de Riva por pueblos que -según se decía- eran poco menos que salvajes. En nuestros días conocemos los resultados de la colonización de la "generosa" Europa, por ejemplo en África, y el saldo es terrorífico.

[78] Ibid.
[79] Ibid., p. 99.
[80] Ibid.

Señala Riva la diferencia entre el estudio de las ciencias naturales y el de la historia, pues éste sólo puede trabajar con huellas, con rastros, en tanto que el primero tiene ante sí los fenómenos y puede hacer experimentos con ellos. La parte científica de la historia es cuando se abandona la lista de los reyes y sus sucesores y se estudia "en su parte filosófica, en su parte científica, por así decirlo".[81] Tal enfoque, lo subraya debe incluir el estudio de las religiones, "porque nada ha ejercido en la tierra influencia que las religiones".[82]

Según Riva la humanidad suele tomar como modelos a ciertos pueblos "tipo". Y así la democracia, "el sueño dorado de la civilización moderna",[83] ha querido ver orígenes en las instituciones de Grecia y Roma pero, dice Riva, quienes así piensan pasan por alto que aquellas eran sociedades muy distintas y, en consecuencia, el significado de palabras como "república" y "democracia" ha cambiado radicalmente. En seguida Riva rompe el relato sobre los diferentes pueblos "tipo", como lo fue Francia en el siglo XIX, y da la explicación de por qué jamás escribió sus memorias, a pesar de que don Santiago Ballescá, el editor, estaba muy dispuesto a publicarlas, como veremos más adelante:

> César escribió sus campañas, y todos los que escriben las suyas tienen el defecto de que no pueden ser imparciales. En política las confesiones perjudican. Si un hombre confiesa una culpa o un defecto en lo particular, puede inmediatamente alcanzar la consideración y aun el aprecio, pero en menorías políticas no sucede lo mismo, el que tiene la debilidad de confesar un error o un delito, tiene en contra suya a todos aquellos que se creen incapaces de cometerlo y si me preguntáis ¿quiénes son estas personas? Os diré: todo el mundo, porque un hombre que tiene una debilidad política y dijera, el que se encuentre limpio tira la primera piedra, todos la tirarían los primeros, porque nadie se cree capaz de cometer un error político.[84]

[81] Ibid., p. 101.
[82] Ibid., p. 100.
[83] Ibid., p. 104.
[84] Ibid., p. 106.

Y sobre el significado original de la voz "historia" Riva expresa un concepto que no ha perdido su actualidad:

> Entre nosotros la palabra historia se toma como una relación tan verdadera que no hay lugar a dudar de ella, pero no es así. En su origen la historia quiere decir, en los tiempos primitivos, investigación de la verdad, de manera que los primeros historiadores buscaban la verdad cuando escribían la historia, y nuestros historiadores cuando la escriben creen poseerla. He aquí la gran diferencia entre lo que significa la palabra historia. Nuestra sociedad moderna tiene la fatuidad de creer que conoce la verdad de aquellos hechos que los mismos antiguos no se atrevían a decir que la conocían.[85]

Algo debemos decir de la erudición de Riva. A nuestro parecer hay dos formas ilegítimas y sólo una legítima de erudición, la erudición de buena ley. Ilegítima erudición es aquella que no viene al caso, que nada añade a la historia principal y que, como los sombreros de plumas, generalmente hunden y no favorecen a quienes los porta. Otra forma ilegítima de erudición es la que se obtiene al vapor y se quiere vender como una joya del saber: tal hacen quienes acuden a esos libros de frases célebres donde rápidamente se pueden buscar las opiniones de los famosos sobre todas materias, en su mayoría inocuas, pero que son sobre todo intrascendentes y sólo se han conservado en la memoria porque las dijo un gran personaje. La verdadera erudición, la que no es falsa sino de buena ley, es la suma decantada de muchos años de estudio. Poco tiene que ver en ella la memoria y mucho la comprensión profunda de los asuntos humanos. Así, el escritor hace alusión a un elemento cultural que refuerza su argumento, que resulta muy pertinente y, además de eso, que es una verdad más o menos profunda y no una fruslería. La memoria no entra mucho en juego porque cualquiera puede memorizar un párrafo de tal o cual autor, en tanto que el genuino objetivo de los estudios humanísticos es

[85] Ibid., p. 107.

comprender a la sociedad y lo que se comprende bien nunca se olvida, porque no es un dato sino un proceso mental que en cualquier momento se puede volver a hacer. Al menos así comprendemos nosotros la erudición de Riva y es con ella que trae a colación, varias definiciones de lo que es la historia:

> Renan, como he dicho ya, llama historia al estudio de las leyes que han regido a la humanidad. Boleyer la define diciendo que es el estudio del torrente de los experimentos que ha hecho la humanidad en su marcha, desde el principio de los tiempos hasta el tiempo en que nos hallamos. Cicerón, Catilina y la mayor parte de los padres de la Iglesia que han hecho la narración de los hechos, han dado algunas definiciones de la historia que no son científicas, pero que no carecen de verdad. Fontenelle dijo que la historia es la novela del espíritu, como la novela es la historia del corazón. Voltaire dice que la historia es una novela probable. Ninguno de estos dos historiadores ha andado fuera de camino, porque yo me prometo demostrar a ustedes en algunas otras lecciones que la historia, como he dicho al principio, no es más un tejido de falsedades en donde es muy difícil encontrar el hilo de oro de la verdad.[86]

El filosófico recorrido de Riva por la historia universal tiene un final mexicano y bastante audaz, pues reclama que los historiadores siempre se ocupen de la historia de los vencedores y raramente de los vencidos; así se ha perpetuado la visión española de la conquista de México y en cambio se ignora la visión de los vencidos:

> Si tomamos todos los libros que se han escrito sobre la conquista de México, venimos a sacar en último resultado que la conquista fue muy justa, muy santa, muy benéfica a la humanidad, que no merecían otra cosa nuestros antepasados y que hubiera sido faltar a una ley eterna, como la del movimiento del sol, el que no hubieran venido a conquistar a México. Ni una queja del vencido se ha exhalado a través de trescientos años, y hoy que México independiente y libre mira para aquellos tiempos, hoy se encuentra con la dificultad de que el transcurso de tres siglos, ha acabado con la historia y apenas algunas personas como el señor Orozco y Berra pueden desenterrar con inteligencia, constancia y trabajo, algo que puede revelamos, algo que puede decirnos que la conquista fue un acontecimiento notable pero que

[86] Ibid., p. 107-108.

> hubo en ella tantas injusticias como en las demás guerras que ha habido en el mundo.[87]

Por más que la ciencia avance y nos muestre los posibles errores que pueden hallarse en la obra de Riva, él será siempre un clásico. Como lo muestra el párrafo anterior, México fue siempre el gran asunto de sus meditaciones y él hará siempre, siempre, la defensa de lo propio, es decir de la cultura mexicana. Recuérdese que en a aquella época lo indio era sinónimo de desprestigio y ningún presidente soñó siquiera en ataviarse al modo indígena, como ahora lo hacen todos en sus giras políticas. Este fragmento también aclara que el texto es sin duda anterior al México..., pues de otro modo hubiera sido injusto no mencionar a Alfredo Chavero, el autor de la época prehispánica; a la vez que justifica los motivos para emprender aquella ambiciosa empresa editorial: era preciso llenar una carencia, darle voz a los vencidos y dibujar a los mexicanos de modo que estuvieran pintados por sí mismos y no por extrañas plumas y por ajenos valores.

Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico

Existen dos manuscritos de este ensayo en el archivo de Vicente Riva Palacio y el primero es a todas luces un borrador del segundo.[88] Al parecer el subtítulo original era simplemente: "Estudio histórico" y luego fue corregido. Ninguno de los manuscritos está fechado ni firmado. La letra de la versión definitiva es clara y pareja y presenta escasas correcciones, aunque realmente debiéramos decir las letras pues las citas textuales y las notas están escritas con otro tipo de letra, a la vez que las correcciones corresponden a otro tipo distinto (éste último es, a mi parecer, de puño y letra de Riva). Aquí es preciso

[87] Ibid., p. 112-113.
[88] Ambas versiones se encuentran en Utx-A, AVRP, fólder G587.

recordar el testimonio de Peza, en el sentido de que Riva tenía "la costumbre de dictar sus creaciones".

El lugar en que el documento fue escrito y leído se desprende de frases como "la altitud de la ciudad en que vivimos" y referencias a lugares como "el palacio de Chapultepec". Además es claro que este texto es un discurso leído "en el seno de esa sociedad literaria"; y más adelante dice: "como he tenido la honra de manifestar al Liceo hace poco tiempo al dar lectura al último capítulo de mi historia de la dominación española en México".[89] Queda claro, pues, que se trata de una sociedad literaria de la ciudad de México y, concretamente de un Liceo, que es sin duda el Liceo Hidalgo pues según informa Alicia Perales en la sección de su libro dedicada a esta sociedad: "En ese mismo mes de octubre [de 1885] el general Vicente Riva Palacio leyó un capítulo de historia del virreinato en México, que publicaría en México a través de los siglos",[90] Como pruebas adicionales de la autoría del texto podemos decir que Riva era miembro del Liceo Hidalgo desde el 28 de mayo de 1872.[91] Además en el texto hace referencia

[89] VRP, "Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico", en Ensayos históricos (estudio preliminar, compilación y coordinador de las obras José Ortiz Monasterio), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Mexiquense de Cultura / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1997 (Obras escogidas, 4), p. 248.

[90] Alicia Perales Ojeda, Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX, México, Centro de Estudios Literarios, UNAM, 1957, p. 120. Esta autora señala que había también en México en 1885 un Liceo Mexicano Científico y Literario, del cual también era socio Riva Palacio, pero era una asociación de menor importancia dirigida por jóvenes como Luis González Obregón y Ángel de Campo "Micrós". Por último había además un Liceo Morelos, fundado en 1885, pero sus fines eran especialmente dramáticos. En suma cuando alguien a finales del siglo XIX hacía referencia a "el Liceo", se trataba sin duda del Liceo Hidalgo.

[91] Fecha en la que está firmado el diploma que lo acredita como socio. "Álbum de documentos históricos, impresos y grabados referentes a don Vicente Riva Palacio [en el lomo CAOS], foja 68, doc. 156, Colección Antigua, Archivo Histórico de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia.

los odios hereditarios que frecuentemente aparecían "sobre todo en Italia", lo cual es significativo pues don Vicente es autor de un drama histórico intitulado "Odio hereditario"[92] cuya acción transcurre, precisamente, en Italia. Por otra parte un párrafo del documento dice así:

> Con tan extraños elementos de criterio y con tan extraviadas doctrinas, formose entre los vecinos y conquistadores de las islas una conciencia moral que difícilmente, si no a fuerza de meditación, podemos comprender los hombres del siglo XIX.[93]

Y en la introducción al tomo segundo del México a través de los siglos señala Riva:

> Con tan extraños elementos formose en el siglo XVI el embrión de un pueblo que con el transcurso de los años debía ser una República independiente.[94]

La similitud del lenguaje y el estilo indican una muy alta probabilidad de que ambos textos se deban a la misma mano.

En cuanto a la fecha es sin duda posterior a octubre de 1885, ocasión en que leyó la parte final del tomo segundo de México a través de los siglos, a que hace referencia, y anterior -pues se infiere que leyó este trabajo en el Liceo Hidalgo- a su partida a España como ministro plenipotenciario de México, lo cual ocurrió en 1886. Alicia Perales indica que el 22 de marzo de este último año Riva Palacio presentó en el Liceo la introducción de su poema "Juan Venturate" y, en el mes de junio, "en honor de Riva Palacio se preparó una velada literaria en la que tomaron parte el licenciado Antonio Zambrano, Francisco

[92] VRP y Juan A. Mateos, "Odio hereditario", en Las liras hermanas. (Obras dramáticas) prólogo de Eduardo Contreras Soto, coordinador de la obra José Ortiz Monasterio), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Mexiquense de Cultura / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1997 (Obras escogidas, IV), p. 36-92. Esta obra fue estrenada en el Teatro Iturbide de la ciudad de México el 27 de enero de 1861.
[93] VRP, "Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico", loc. Cit., p. 279.
[94] VRP, México a través de los siglos. Tomo II. El virreinato, loc. Cit., p. VIII.

Sosa y Eduardo del Valle".[95] A mi parecer debió ser en esta sesión cuando Riva Palacio debió leer su ensayo sobre Hernán Cortés, pero es difícil de creer que su participación haya pasado desapercibida para la prensa; me inclino, en consecuencia, a suponer que Riva se reservó la lectura de este trabajo para sí y sus más íntimos. El contenido del texto carente de moral, tal vez habría enfrentado una mala recepción.[96] O pudo haber, también un fondo político.

Por otra parte, y esto es muy importante, en este documento no hallo nada que contradiga flagrantemente lo dicho por Riva en otros textos. De hecho tiene la distintiva de sus escritos de esta época: una adopción más formal que de fondo del positivismo, parecida a aquel que bajo el ropaje de la última moda conserva su constitución de siempre. Esta postura ideológica puede observarse, por ejemplo, en su rechazo de la teoría del gran hombre ("no soy en sociología partidario de la 'teoría del grande hombre'");[97] y en la adopción de la cronología positivista ("la filosofía metafísica después de haber sustituido a la escuela teológica, cede el campo a la ciencia positiva, en cuyo período entra ya resueltamente la humanidad").[98] También encontramos en texto una larga cita de Spencer, quien es citado como autoridad. Todo ello permite

[95] Perales, op. cit., p. 121. Quien a su vez se apoya en El Siglo XIX, México, 28 de junio de 1886.
[96] En cuanto a la fecha indicada considera que el documento es obviamente posterior a algunos eventos citados en el texto: la absorción de Alsacia y Lorena por Alemania, que ocurrió en 1871 (Tratado de Francfort); la invasión guatemalteca a Centroamérica, que comienza a fines de marzo y termina el 2 de abril de 1885 con la muerte del caudillo Justo Rufino Barrios. Véase Paul Burguess, Justo Rufino Barrios: una biografía (traducción de Francis Gall), Comité Pro Festejos del Centenario de la Revolución de 1871, Guatemala, 1971 (Publicación especial número 17 de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala).
[97] VRP, "Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico", en Ensayos históricos, loc. Cit., p. 248.
[98] Ibid., p. 250.

afirmar que Riva escribe con una influencia considerable del positivismo. Pero es preciso reconocer, también, que se apropia del positivismo de una manera muy peculiar y personalísima. En consecuencia, no es fácil clasificar el pensamiento de Riva, sobre todo si ponemos en la balanza el retrato que hace de esa "grande mujer" que fue Isabel la Católica en el México a través de los siglos y su ensayo sobre los estudios biográficos, a la vez un homenaje a Francisco Sosa.[99] Aceptamos, sin dificultad alguna, la evidente influencia que tiene Riva del positivismo, pero para comprender cabalmente a nuestro autor tenemos que marcar también la distancia que lo separa de los que podríamos llamar historiadores positivistas clásicos. El doctor Álvaro Matute ha estudiado este problema y con la autoridad que le dan sus detenidas meditaciones sobre la historiografía mexicana, afirma:

> México a través de los siglos no es una obra positivista. Si bien me rindo ante la evidencia de las múltiples citas de Darwin y Spencer, una lectura cuidadosa de su texto -me refiero a El virreinato-, comparada con el de un típico positivista como Bulnes o Molina Enríquez, arroja una importante diferencia, consistente en que mientras Riva Palacio cita para apoyar sus ideas, los otros además conceptúan, elaboran metáforas y su estructura profunda es absolutamente positivista. En suma, no para eludir una definición, sino para decidir con justeza, Riva Palacio es un caso clásico de eclecticismo intelectual que lejos de menoscabarlo lo engrandece. Su impulso romántico vital trata de llegar a la madurez cientificista en un interesante equilibrio. Si el lenguaje expresa, también disfraza. Lejos de la unidad lograda por Bulnes o Molina [Enríquez], Riva Palacio atenúa con su evolucionismo el impulso nacionalista romántico que lo sustenta.[100]

El ensayo sobre Hernán Cortés termina donde para muchos debiera comenzar, es decir el extremeño funda el ayuntamiento veracruzano y manda "quemar las naves". Pero la intención de Riva no era relatar la historia del capitán español, sino

[99] Vid., supra, nota 5.
[100] Álvaro Matute, "Notas sobre la historiografía positivista mexicana", en Secuencia, núm. 21, septiembre-diciembre de 1991, p. 57.

establecer el criterio con el cual debía estudiarse su actuación en la historia. Y tiene razón: una vez establecidos los principios teóricos y metodológicos del análisis, es decir, la luz bajo la cual debía comprenderse al personaje, la interpretación prácticamente terminada; los datos sólo servirían para dar forma al relato que expresaría la interpretación ya existente, es decir previamente elaborada.

La obra que comentamos está formada por un preámbulo y cinco partes. En el preámbulo se establecen ciertos principios generales que caracterizan el estudio de la historia a finales del siglo XIX, si quiere aspirar al estatuto de ciencia; se trata de una disciplina compleja que debe considerar muchos factores, a la vez que ya no basta que esté bien escrita. En la primera parte analiza los diversos tipos de "preocupaciones" que influyen en el juicio que se forma el historiador; en el caso de Cortés debido a ellas se tienen esas contrastadas visiones que lo hacen un héroe o un monstruo. En la segunda parte analiza la aparente contradicción que encierra la expresión "derecho de conquista", que en realidad -dirá Riva- no es tal, y para demostrarlo aplica una suerte de darwinismo social. En la tercera parte comienza a analizar la mentalidad que dominaba conquistadores que se habían instalado en las antillas. En la parte cuarta examina la esclavitud de los indios y el origen de esa práctica, lo mismo que el espíritu levantisco de los conquistadores, todo lo cual influyó en la formación moral de Cortés. En la quinta parte, finalmente, analiza la situación en que se hallaba Cortés al iniciar la conquista pero, como hemos dicho, termina la narración tan pronto como se funda la villa y el ayuntamiento de Veracruz.

Este texto de Riva, aun si nunca llegó a hacerse público, nos parece de la mayor importancia pues aborda puntos de teoría fundamentales, y también es interesante pues

lo escribe después de la experiencia del México a través de los siglos. Por ello lo analizaremos con cierto detalle, esperamos se nos disculpe; ofrecemos a cambio cuestionamientos históricos que no han perdido su actualidad.

En el preámbulo el autor indica que su objetivo es formar un criterio histórico y filosófico para juzgar a Hernán Cortés, quien a veces a sido visto "con las colosales proporciones de un héroe y otras con el odioso aspecto de un ser monstruoso".[101] A esto le sigue un párrafo rico en teoría, que a continuación copiamos:

> Extrañamente fecundo y verdaderamente trascendental considero el estudio de esta cuestión, no porque de ella sea objeto la personalidad del afortunado aventurero español, pues como he tenido la honra de manifestar al Liceo hace poco tiempo, al dar lectura al último capítulo de mi historia de la dominación española en México, no soy en sociología partidario de "la teoría del grande hombre", ni creo que las evoluciones sociales se determinan por la influencia de un personaje, ni admito que el momento histórico dependa de circunstancias y ocasiones actuales, sino que todos los grandes movimientos son el resultado de lentas pero constantes preparaciones que acumulándose fatal e irremisiblemente, llegan a determinar la manifestación aparente del fenómeno histórico o social que tiene como representante a un hombre, llámese Mahoma o Lutero, Alejandro Magno o César, Washington o Hidalgo, Bolívar o Napoleón I...[102]

Si, como dice el texto, hace poco leyó Riva las conclusiones de su tomo del México... ante el Liceo, este ensayo sobre Cortés bien puede considerarse el corolario de su obra magna. Y lo primero que establece es que la historia es un proceso, es decir que no depende de causas actuales sino de lentas preparaciones que se acumulan "fatal e irremisiblemente", o sea que el proceso no puede detenerse ni, podemos inferir, desviarse de manera fundamental, ni siquiera por la acción de los más grandes hombres de la

[101] VRP, "Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico", loc. Cit., p. 248.
[102] Ibid. Subrayado nuestro.

historia.[103] Todo esto lo dice Riva en relación a la "teoría del grande hombre" y los antecedentes no permiten, sin embargo, concluir que la acción de los hombres no cuenta en la historia; diríamos que los hombres, aun los "grandes", están en una situación parecida a quien se hallara en un tren en movimiento, es decir que hay una inercia -en nuestro caso histórica- sumamente fuerte y el tren además corre sobre vías previamente tendidas, de tal modo que el conductor casi no puede hacer otra cosa que modular velocidad, lo cual, por cierto, no es poca cosa.

Una marca del altísimo nivel de Riva como historiador la ofrece cuando los diversos asuntos que es preciso estudiar para juzgar a Cortés y subraya que se debe comparar la situación del siglo XVI con la de su propia época, el siglo XIX; es decir que debe establecerse un diálogo entre el presente y el pasado:

> Pero entraña el asunto histórico y filosófico de que hoy nos ocupamos, el estudio de las diversas fases que presentan la religión, la moral, el derecho internacional y el privado, las ciencias, la literatura, el arte de la guerra en los siglos XVI y XIX, porque de la justa y

[103] En un texto anterior, que data de 1882, Riva había escrito: "a nuestro turno ponemos también este dilema: o la evolución social tiene que verificarse precisa e indispensablemente, indefectible en tiempo y en modo, o está sujeta a la eventualidad de todos los acontecimientos sociales y es susceptible de variar en tiempo y forma, y de ser o no ser. Si lo primero, entonces tendremos ya el fatalismo árabe, el 'estaba escrito', y por consecuencia el destino manifiesto, la falta de libertad naciendo del conjunto libertades; el libre albedrío de las unidades engendrando una entidad arrastrada ciegamente por el destino, como los personajes de Esquilo..." Véase VRP, "Francisco Sosa", en Los Ceros (prólogo de José Ortiz Monasterio), Promexa, México, 1979, p. 313-314. Al parecer Riva ha cambiado en este punto de postura, se ha tomado más determinista. Pero conviene recordar que los "Ceros" fueron artículos publicados en el periódico La República y destinados a una amplia divulgación; además había una polémica intensa con el periódico La Libertad, en el cual escribía Justo Sierra, que defendía la filosofía positivista. Apenas cuatro años después, con don Porfirio Díaz de nuevo en el poder, la correlación de fuerzas había cambiado considerablemente y el positivismo triunfante no tenía rival de consideración. Es importante tener en cuenta la de un género historiográfico a otro y, al aceptar que Riva se vio más y más influido por el positivismo, recordar que en muchos puntos el difiere de muchos positivistas más ortodoxos.

> rigurosa comparación de esas dos épocas debe sólo brotar la luz a la que debe examinarse el cuadro...[104]

El trabajo que el lector tiene en sus manos debe considerar no dos sino tres épocas: el siglo XVI de Cortés, el siglo XIX de Riva y el momento en que nosotros escribimos estas líneas; ignorar la distancia que nos separa de los dos primeros momentos sería una falsificación.

No deja Riva de advertir las dificultades que enfrenta su propósito, y de nuevo había en términos jurídicos; ahora dice "fallo", antes dijo "juicio". En efecto, un trabajo biográfico podrá parecer a algunos tarea fácil mas para:

> Lanzar un fallo severo, imparcial, razonado y digno de la época científica que hoy alcanza la humanidad, los escollos aparecen enormes, engañosa la ruta y débil el brazo que empuña el timón.[105]

Y hablando en lo general la historia es un saber especializado y dificilísimo:

> Por eso tan difícil va haciéndose ya el papel del historiador, que necesita en nuestra época, más que en ninguna otra, extensos y variados conocimientos en todas las ciencias, pues todas ellas llegan a enlazarse para mostrar los diferentes factores que han producido el nacimiento, el desarrollo, las desgracias, las glorias y la desaparición de las razas, de los pueblos y de las nacionalidades; y en vano pretenderá llamarse historia la narración de los acontecimientos de un pueblo, si no va acompañado del concienzudo estudio de las evoluciones antropológicas, morales, religiosas y políticas de ese pueblo, ni fruto alguno sacará de ella la ciencia por más que la engalane la gallardía del bien decir, la belleza de las figuras retóricas, la exactitud de las fechas y el interés de los acontecimientos que se relatan.[106]

Puede parecer excesivo lo que pide Riva al historiador, pero sucede que no está hablando de cualquier autor de un libro de historia patria, él dibuja el perfil del historiador científico y también, tal vez, de un tipo de historiador que no abunda en este país: el autor de historias generales. En cuanto a la historia como rama de la literatura,

---

[104] VRP, "Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico", loc. Cit., p. 248.
[105] Ibid., p. 249.
[106] Ibid., p. 249.

según la antigua tradición, ya no le parece bastante; el "bien decir" y "la retórica" no conducen a la ciencia. Pero la mera "exactitud de las fechas" tampoco es suficiente. Obviamente Riva no propone prescindir de las fechas, ni tampoco producir textos aburridos; él clama contra los que creen que basta con cumplir con alguno de esos puntos para ser historiadores científicos. Es interesante: para Riva lo fundamental no está ni en la literatura ni en el empirismo, todo el objeto de su ensayo sobre Cortés es descubrir bajo qué luz debe juzgarse al hombre y su obra, es decir que lo verdaderamente característico del historiador científico es su arsenal hermenéutico, es decir su habilidad para la interpretación pero siempre con bases científicas.[107] Y todo lo mencionado, por si aun es insuficiente:

> Y es porque se realiza en nuestros días una evolución científica: la filosofía metafísica, después de haber sustituido a la escuela teológica, cede el campo a la ciencia positiva, en cuyo período entra ya resueltamente la humanidad. La historia, que no podía quedar fuera de ese movimiento, toma un nuevo aspecto tomando como base, no los razonamientos a priori ni los sistemas preconcebidos, no el conocimiento de hechos sin más dependencia entre ellos que la cronológica, sino las relaciones que necesariamente enlazan entre sí a todos esos acontecimientos y que los determinan, que los convierten de cifras aisladas en antecedentes y consiguientes de profundo y exacto raciocinio, en causas y efectos de un gran proceso sociológico, en factores de un complejo producto, en letras de un alfabeto misterioso, que sólo tiene valor y significación cuando se agrupan ordenada y oportunamente y forman la frase en que puede leerse la vida de una nación o de una raza.[108]

Al parecer Riva concibe una ciencia histórica que deja poco al azar pues había de "relaciones que necesariamente enlazan entre sí a todos esos acontecimientos y determinan", a la vez que promete que con "exacto raciocinio" se conocerán las causas y

[107] En Ibid., p. 250 insistirá que la exactitud y la multiplicación de los pormenores no bastan al historiador científico.
[108] Ibid.

los efectos del "gran proceso sociológico". En cuanto a la periodización positivista de la historia es notable lo bien y fácilmente que se aplicaba a las tres grandes épocas de México: la prehispánica (teológica), la colonial (metafísica) y la independiente (científica -sobre todo el último tercio del siglo). También quedó como anillo al dedo que el famoso discurso de Gabino Barreda, que inaugura el positivismo, se produjera en el año de 1867, el más cargado de significación histórica desde 1821: fue el año del triunfo de la república y el fin del monarquismo. El positivismo, sobre todo desde el punto de vista del Estado, tenía una gran ventaja adicional: señalaba su propia época -la positiva- como el destino final de la humanidad, no habría ya más revoluciones. Lo mismo han dicho en años recientes los postmodernistas: "on est dejá lá", es decir que, propiamente, ya no hay futuro, sólo un presente que se recicla, y, si en todo el continente africano hay sólo 30,000 estaciones de Internet (de las cuales 28,000 están en Sudáfrica), pues qué lástima.

> Al evaluar el pensamiento "científico" de Riva es preciso situarlo en su propia época e iluminarlo con la luz que le es propia, pues en la Grecia antigua ya se hablaba de la separación del mito y la razón a la vez que, en nuestros tiempos, vulgarmente la voz "científico" es equivalente perfecto de lo verdadero, lo claro y distinto a que aludía Descartes; la historia de la ciencia, constituida por aciertos y errores, no avala la confiada actitud de nuestros tiempos, como tampoco los científicos más serios avalarían sin reservas la equivalencia antes dicha, pero en la práctica social funciona así.

No cabe duda que Riva y su generación hicieron muchos esfuerzos para procurar el avance de la ciencia (piénsese en el Instituto Médico Nacional y otras instituciones científicas fundadas durante el Porfiriato), a la vez que intentaron aplicar, al menos en parte, los criterios de las ciencias naturales para el estudio de las sociedades. En la "Introducción al curso de historia universal", texto que ya hemos analizado en este mismo capítulo, Riva establece las diferencias, considerables, entre el estudio de la

naturaleza y el del ser humano; pero eso no le impide, en su ensayo sobre Hernán Cortés recurrir a modelos tomados de la biología.[109] Riva escribe unos veinte años antes de que Einstein publicara sus primeros trabajos sobre la teoría de la relatividad (1905); sin embargo esta proximidad temporal puede ser engañosa pues Riva todavía quebrará una lanza a favor de la libertad de pensamiento y de una visión secularizada de la realidad social (ideas que, cuando menos, pueden rastrearse hasta el protestantismo del siglo XVI). Por ello declarará en el ensayo que comentamos que la historia ya no debe ser vista como la fatalidad de la Providencia, ni tampoco debe considerarse a los grandes hombres como el instrumento de la divinidad "encargados de una misión sobrenatural".[110] En cambio Riva propone un enfoque científico, pero uno que se interesa en el estudio individuo:

> Los datos para la resolución del problema se buscan en los luminosos archivos de la ciencia, y el hombre, elemento fundamental, unidad científica de ese plexus, estudia cuidadosamente su organismo y

[109] Un buen científico, digamos un matemático, no tendría mucha dificultad en aceptar que los modelos funcionan como metáforas, en el sentido de que no son el fenómeno mismo sino algo que se le asemeja. Por otro lado los modelos más simples se han reciclado y reutilizado con mucho provecho: Aristóteles estableció el ciclo binario (evaporación y precipitación) de la lluvia, el cual es mencionado en el siglo XVII expresamente por Harvey en su ensayo De motu cordis donde explica el modelo binario (sangre venosa y sangre arterial) de la circulación de la sangre; vino en el siglo XVIII Quesnay, médico familiarizado con la fisiología de Harvey, sobre todo a través de la riqueza de Boerhaave, e "inventó" el Tableau économique donde aplica un modelo binario (gastos productivos y gastos improductivos) para comprender la circulación de la riqueza en una sociedad dada; y en el siglo XX Leontief retomó la idea binaria de Quesnay para formular el modelo económico de insumo-producto (input-output) para medir y regular el crecimiento de la economía. No todo lo que dijeron estos grandes científicos fue verdad: Quesnay, por ejemplo, desestimó a la industria pues, a sus ojos, no generaba nuevo valor. Pero cada uno de ellos marca un gran avance en la comprensión del mundo natural y el mundo social. En el ámbito de la filosofía Hegel utilizó un modelo binario: tesis-antitesis pues el tercer elemento, en este caso la síntesis, es una derivación de cualquier modelo binario. Incluso la religión mexicana presenta dos dioses principales: Tláloc y Huitzilopochtli, que a su vez generan un tercero que es Ometéotl, síntesis y representación de la dualidad.

[110] VRP, "Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico", loc. Cit., p. 250.

> examina con profunda atención los caracteres estructurales y funcionales porque la moderna cultura dice como Claudio Bernard: 'la fisiología del hombre debe preceder a la historia de las razas humanas y sólo ella la puede explicar'.[111]

Es interesante que Riva inicie la frase anterior planteando un "problema",pues si nunca hay garantía de alcanzar el verdadero nivel científico no hay duda de que un requisito indispensable es comenzar haciendo una pregunta; la información documental no ofrecerá más que datos empíricos sin mayor sentido si no tenemos idea de lo que estamos buscando, la ordenación cronológica de los datos tampoco garantiza una verdadera explicación.

En cuanto a la visión organicista de lo social es algo que ha penetrado profundamente al estudio de la historia, así Cosío Villegas divide los tomos de su Historia moderna de México en "vidas": vida política, vida económica y vida social. Y esto ya nos suena muy natural y casi hemos olvidado que son metáforas organicistas. En cuanto al método inductivo que propone Claudio Bernard -ir de lo particular a lo general- Riva, nos parece, que muestra aquí su experiencia pues los problemas complejos primero tienen que analizarse -es decir, dividirse- en porciones manejables. Incluso cuando dirige la historia general que llamamos México a través de los siglos, como veremos, no abarca toda la historia sino que se concentra en los fragmentos mejor documentados y más significativos, para él. Aunque es cierto que el oficio del historiador consiste en parte en hacer creer en una plenitud, en una revisión completa del problema, que no siempre se da. En este trabajo utilizamos de manera muy consciente la técnica del fragmento,[112] pues

[111] Ibid., p. 250-251.
[112] La buena crítica literaria también recomienda la técnica del análisis de fragmentos. Véase Erich Auerbach, Mimesis: la representación de la realidad en la literatura occidental (traducción de I. Villanueva y E. Imaz), Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

sería absurdo que citáramos toda la obra historiográfica de Riva, es decir que elegimos lo que nos parece más significativo, a la luz de nuestros intereses, pero por supuesto que primero revisamos toda la obra de Riva, publicada e inédita. Y como no dudamos un momento que mañana o pasado mañana se descubrirá algún texto desconocido de Riva; si hubiéramos seguido la estrategia de querer abarcarlo todo, si nuestro éxito consistiera en saber todo, con el nuevo descubrimiento nuestro trabajo sería, por decir lo menos, incompleto. Pero si optamos por el análisis fino de fragmentos representativos y significativos difícilmente nuestros resultados se verán alterados en lo fundamenta es comprender y no comprehender. Sin embargo nuevas lecturas de Riva son muy necesarias.

Por otra parte el método inductivo no debe limitarse a los llamados estudios de caso; una buena monografía, además de tener pertinencia con respecto al trabajo de otros autores, debe cuestionar las ideas generales que se tienen sobre el campo en cuestión, es decir que debe intentarse minar el paradigma existente para construir otro más perfecto con mayor poder explicativo. Algunos escriben libros y hasta los publican, en los cuales aplican –deductivamente- las ideas de tales o cuales autoridades, y jamás cruza por su mente la posibilidad de expresar sus ideas personales. Estas investigaciones, que jamás pretenden llegar a ninguna parte, consiguen su objetivo.

Ya cerca del final de su preámbulo Riva presenta el contraste de lo que puede decir un poeta para pintar a una locomotora en marcha, al cual le bastarían unas cuantas pinceladas, con respecto a todo lo que sobre ese medio de transporte podría de ingeniero:

> El poeta y el orador para pintar una locomotora en marcha necesitan apenas unos cuantos rasgos de su elocuencia poderosa, y la

> imaginación de sus oyentes despertando rápidamente, extendería el mágico cuadro representando la gigantesca serpiente de hierro que cruza la tendida llanura con rapidez vertiginosa ostentando su fantástico penacho de humo... [pero el ingeniero tendría que explicar, entre muchas otras cosas] ...la fuerza latente almacenada en el combustible, los cálculos del desarrollo de esa fuerza y de las cantidades aprovechadas y perdidas, los coeficientes correccionales, las probabilidades de la deformación por usura... tendría necesidad [en fin] de escribir un grueso volumen en folio...[113]

Aquí Riva aprovecha para lucirse un poco pues, como ha sido ministro de fomento, puede impresionarnos con sus conocimientos sobre el símbolo por antonomasia del progreso decimonónico: el ferrocarril. No estamos seguros de que en esta frase Riva pretenda decir que las explicaciones de la ciencia son superiores a las de la literatura; lo principal que dice es que al poeta le bastan unos cuantos "rasgos" y al ingeniero, en cambio, le hacen falta conocer muy diversos factores mecánicos, físicos, de resistencia de materiales, etcétera. Pero el símil resultado forzado pues el poeta y el ingeniero buscan cosas diferentes, hacen preguntas distintas: el poeta busca "pintar una locomotora en marcha", en cambio el ingeniero -dice Riva- "pretende describir esa misma máquina, referir la historia de su origen, de su construcción, de las reformas que ha sufrido, las partes de [que] consta...",[114] etcétera. La verdadera razón por la cual Riva presenta esta comparación es que quiere decirnos: yo podría pintar con breves trazos el retrato del conquistador, porque soy poeta y sé hacerlo; pero mi objetivo es otro, emprender el estudio histórico y filosófico de Cortés:

> Cuya vida se enlaza íntimamente con un gran acontecimiento y es tanto más fácil que [el historiador] extravíe su camino cuanto que la menor alucinación o la ilusión menos apercibida pueden, falseando su criterio, obligarle a construir pesado y trabajoso edificio sobre cimientos deleznables y movedizos.[115]

[113] VRP, "Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico", loc. Cit., p. 251.
[114] Ibid.
[115] Ibid., p. 252.

Con estas precauciones Riva pone fin a su preámbulo.

En la sección primera Riva mencionará poco a Cortés; recordemos que su asunto es establecer el criterio histórico y filosófico para juzgar al conquistador. Y lo que plantea en primer lugar es que en historia, pero no sólo en historia, la posición del observador juega un papel muy importante:

> Decisiva influencia tienen en la resolución de un problema las actitudes o las preocupaciones[116] del observador que antes que otro dato, deben tomarse en consideración cuidadosamente.[117]

Ahora que, nos asegura Riva, el lugar del observador también debe tenerse en cuenta en la observación de muchos fenómenos científicos y es por ello que instrumentos tales como aneroides, magnetómetros o barómetros deben ajustarse y calibrarse según el lugar, la altitud y el clima. En seguida Riva se refiere a la llamada "ecuación personal" término que ya hemos leído en Justo Sierra cuando se refiere al general Díaz, pero al parecer el escritor campechano habla metafóricamente, en tanto que Riva se refiere a su acepción original:

> El hombre es el instrumento científico más complejo sujeto a error que se conoce, y por eso la astronomía, antes que las ciencias, estableció la ecuación personal, es decir la corrección del diferente período de tiempo que cada observador necesita para que la sensación producida por el momento del paso de un astro por el meridiano llegue hasta el cerebro y la orden que de allí parte para dar la voz de aviso al calculador, llegue hasta los órganos vocales y haga producir el sonido.[118]

[116] Riva utiliza en este ensayo y otros escritos la voz "preocupación" en la tercera acepción que da el Diccionario de la lengua española, ahora en desuso, a saber "ofuscación del entendimiento causada por pasión, por error de los sentidos, por educación o por el ejemplo de aquellos con quienes tratamos".
[117] VRP, "Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico", loc. Cit., p. 252.
[118] Ibid., p. 253.

Aquí Riva ya no se muestra organicista sino, propiamente, mecanicista: el hombre como máquina, como mecanismo, como "instrumento científico" y, al quedar el sujeto acotado dentro del campo de la ciencia, en principio puede pensarse que se puede corregir la desviación que el observador introduce, del mismo modo que otros instrumentos científicos pueden ser calibrados. En cuanto a la idea del hombre como mecanismo no es nueva, ya en el siglo XVIII Lamettrie, el filósofo francés desarrolló el concepto en su obra El hombre máquina (1747) y sin duda es legítimo considerar que el ser humano es una máquina de combustión de oxígeno que, poco a poco, se consume; pero sospechamos que los seres humanos son eso, y algo más. Por lo que toca al concepto de "ecuación personal" es muy útil para distinguir la distancia que nos separa de Riva y de Sierra, quienes a veces nos parecen muy cercanos, pero en realidad siempre están a un siglo de distancia; y es dable suponer que dentro de cien años muchos conceptos de nuestra ciencia resultarán exóticos y aun estrafalarios. También debemos cuidarnos de cometer el anacronismo de decir, por ejemplo, que la insistencia de Riva en el papel del observador viene a ser algo muy parecido -si no es que lo mismo- que, digamos, el concepto de "lugar social" de Michel de Certau. Este tipo de apreciaciones a menudo se hacen para agrandar el papel de hombres que no necesitan esta ayuda ahistórica; así le sucede al padre Sahagún cuando se asegura que su método para recabar informes anticipa ya el de los antropólogos del siglo XX, siendo que obviamente era un fraile inteligente y curioso del siglo XVI, por lo cual su trabajo resulta mucho más meritorio.

Las "preocupaciones" o dificultades subjetivas iniciales que se presentan en los estudios históricos pueden ser, según Riva, de varios tipos: "la de escuela, el patriotismo,

la pasión política, el fanatismo religioso y las resoluciones preconcebidas".[119] En seguida detalla cada una de ellas, comenzando por la educación:

> Las preocupaciones de educación existen, o adquiridas durante los primeros años de la existencia o recibidas en la organización cerebral por herencia de nuestros antepasados, que por enseñanza las tuvieron y las transmitieron a sus descendientes, hasta que aquella tradición se convirtió en un modo especial de sentir y en extravío orgánico del cerebro; sólo así pueden explicarse esos antagonismos instintivos de razas que tienen tan comunes y claras manifestaciones en los animales, esos odios hereditarios de que tantos ejemplos nos da la historia, sobre todo en Italia, y esos caracteres rencorosos y vengativos que cada día encontramos en el trato social. El criterio se extravía en casos semejantes por la idea preconcebida.[120]

La idea de que preocupaciones adquiridas en la temprana educación pueden llegar a implantarse orgánicamente en el cerebro resulta, a nuestros ojos, una hipótesis no muy fuerte. Aquí es clara la influencia del darwinismo que, en principio, ha aportado mucho a la biología; pero con Riva metido a científico es preciso tener cuidado pues no pocas veces de principios verdaderos deduce conclusiones erróneas. Así, para que una especie de vertebrados presente una mutación que persista y se convierta en características de esa especie tienen que pasar miles de años. Una manera -indirecta- de demostrar esto es recordando el drama famoso de Romeo y Julieta, quienes se aman a pesar del odio que se tienen mutuamente sus familias; del mismo modo un checheno y un ruso, o un musulmán y un judío, que fueran criados juntos se mirarían como hermanos, muy a pesar de sus genes. Aquí de nuevo es preciso considerar que, hace cien años, todo lo relativo a las razas era visto con "preocupación" y mil veces se ha querido demostrar la superioridad de una raza sobre otras. El ejemplo de Romeo y Julieta también viene a propósito de lo que Riva dice de los "odios hereditarios" que, especialmente en Italia, ha

[119] Ibid., p. 253.
[120] Ibid., p. 253-254.

conocido la historia, y no extraña que, como ya hemos señalado. Riva en unión de Juan A. Mateos haya escrito un drama titulado "Odio hereditario".[121] Esta obra es sin duda una metáfora de los odios, muy profundos en la época de la Reforma, que se tenían liberales y conservadores, pero dudamos que Riva pensara que dichos odios se habían convertido en un "extravío orgánico del cerebro" pues ¿qué sentido tendría escribir el México a través de los siglos si ya hasta la organización cerebral estaba predispuesta y, en consecuencia, la versión liberal de la magna obra no tendría ningún influjo?

En cuanto a las preocupaciones surgidas de la educación dice Riva:

> No con tan ruda expresión ni con manifestación tan grosera, pero sí conservando siempre su influencia, la educación es una de las causas de perturbación del criterio histórico y filosófico, haciéndonos muchas veces estudiar un punto con la preconcebida idea de encontrar, no lo que realmente existe, sino lo que nuestra educación nos ha hecho mirar como verdadero y como justo.[122]

Hasta aquí Riva ha mostrado los errados juicios que pueden producir las "preocupaciones", pero el único antídoto que ha ofrecido es tener conciencia de ellas. Y, es preciso recordarlo, el autor no ha dicho que él esté por encima de dichas "preocupaciones" y lo que dice sobre el patriotismo apunta propiamente a una mea culpa:

> ¿Y quién de nosotros no ha sentido repetidas veces dentro de sí mismo la influencia perturbatoria de las preocupaciones patrióticas o de partido político? ¿Quién no ha estado dispuesto a conceder la razón a su país en cualquier cuestión internacional, por más que esa razón no exista? ¿Quién no se ha sentido siempre impulsado a sostener a su partido o a su correligionario, y ver con prevención al que sigue opuestas banderas, aunque tenga después necesidad de pensar a sus solas que aquello no era conforme a la verdad y a la justicia?[123]

De acuerdo con lo que señala aquí Riva ¿quién puede, de veras, tirar la primera piedra? Porque precisamente los países más desarrollados, añade el autor, en aquella

[121] Véase en este mismo capítulo la nota 81.
[122] Ibid., p. 254.
[123] Ibid., p. 254-255.

época -Francia, España, Inglaterra, Alemania- en cuestión de patriotismo son excesivos como lo son también en su autovaloración. La preocupación patriótica no conoce límites y sale de todo pensamiento razonable:

> Pero el patriotismo y el espíritu de partido, tomados como causa de perturbación en el criterio histórico y filosófico, produce extrañas aberraciones, y entre ellas, [la] más notable [es] la que nos induce a censurar a ajena parcialidad al mismo tiempo que reprobamos la imparcialidad en nuestros correligionarios, tachando a los primeros el negar toda virtud a sus adversarios, y reprochando a los segundos no seguir el mismo sistema de apreciaciones.[124]

Para ser más claros: asevera Riva que se censura al adversario por falta de imparcialidad, pero si un correligionario intenta ser imparcial -es decir, autocrítico- se le censura también, pero ahora por falta de patriotismo o de fidelidad al partido. Como hemos dicho en otros trabajos prácticamente toda la obra de Riva es un ejemplo de la visión ilustrada del partido liberal, de modo que cuando toca aquí la cuestión de patriotismo y el partido político, viene a ser la confesión de esa preocupación en su obra. Y esto es posible en primer lugar por el género que ha elegido -un ensayo dirigido a los sabios del Liceo Hidalgo, que tal vez jamás leyó- para un público muy restringido y cuyo asunto fundamental es la teoría de la historia que mejor puede servir para juzgar (comprender es un concepto más moderno) a Hernán Cortés. En otro texto de Riva, también cargado de teoría,[125] ciertas lecciones a oficiales del ejército, el autor confesará lo que no todos se atreven a decir: "no hay cosa más dudosa que la historia ni que se preste más a las interpretaciones",[126] y poco más adelante insta a sus alumnos a perderla

[124] Ibid., p. 255.
[125] VRP, "Introducción al curso de historia universal", loc. Cit.
[126] Ibid., p. 95-96.

el "respeto a la historia".[127] En opinión nuestra esta postura crítica de Riva es un ensaye de la calidad de su obra y de su capacidad para pensar por sí mismo. Entre los historiadores de nuestros días tal vez habría diversidad de opiniones sobre este punto, los más vinculados al Estado tendrían más necesidad de hacer creer que hablan siempre con verdad y el error sólo se admitiría como algo superado: "ahora sabemos", suele ser el inicio de sus enunciados. Los historiadores más interesados en la teoría de la historia tal vez estarían de acuerdo con Riva, pero señalando que, para no caer en el pirronismo, debe aceptarse que hay una inteligibilidad progresiva del saber histórico, lo cual Riva expresó, en las mismas lecciones antes citadas, en estos términos: "Creo que hay una historia verdadera, es decir que, en medio de este tejido de narraciones que nos llegan día a día por medio de la tradición, hay un hilo de verdades que viene atravesando los siglos y que llega perfectamente hasta nosotros".[128] Todavía debería considerarse una variante más: la de los historiadores que -como Riva- son polígrafos y cultivan diversos géneros literarios e historiográficos; ellos saben que el género determina el público que conocerá el texto y, por ello adaptan la divulgación del saber histórico a ese público específico. Es un hecho bien conocido que el aparato gubernamental mexicano es, según la evaluación de organismos internacionales, uno de los más corruptos del mundo y las consecuencias de ello son sumamente graves. Pero no creemos que nadie, en su sano juicio, recomendaría que este "hecho" se incluyera en los libros de texto obligatorios de historia. ¿Estaríamos ocultando la verdad? Ciertamente, la omisión es una manera de ocultar la verdad. Pero es más importante para la enseñanza de la historia a nivel elemental que los alumnos tengan una visión positiva de su historia y, sobre todo, evitar que esta materia les disguste.

[127] Ibid. 96.
[128] Ibid.

Tampoco a los alumnos que ingresan a la licenciatura en historia, ya adultos, se les puede plantear de golpe las versiones más críticas de la historiografía pues difícilmente la asimilarían; la experiencia de muchas páginas de escritura de la historia, la docencia, la edad y la conciencia de su ser en el mundo son indispensables para que el historiador alcance a conocer las obras más decantadas del conocimiento histórico. El texto de Riva que venimos comentando, estaba dirigido a ese reducido público de expertos.

Resulta notable que Riva sea tan escueto al referirse a la preocupación religiosa, siendo que fue ésta el mayor obstáculo que encontró la Reforma en general particular la obra historiográfica del autor, sobre todo si incluimos en ella sus novelas históricas. De hecho su comentario tiene un fuerte sabor autobiográfico:

> La preocupación religiosa, la más exaltada de todas, invade por completo el campo, pues a tanto llega en ella el poder que, como fuente histórica se tiene por de corrompidas y venenosas aguas, la que no lleve el sello de la ortodoxia; siendo motivo de duda cuando no de absoluta reprobación, no el hecho referido ni la reflexión nacida de él, sino la pluma o la boca de donde ha brotado, anticipándose la condenación al conocimiento del proceso, no más por la noticia del nombre o de antecedentes de un autor.[129]

Es claro que para los últimos meses de 1885 -o poco después- en que Riva escribe este ensayo, la guerra de Reforma era un proceso consumado y no venía al caso, una actitud de combate frente a la Iglesia, pero aun quedaba vivo en el recuerdo el furor de muchos religiosos que, en su desesperación, tomaron medidas extremas y espectaculares. Un antiguo subalterno años atrás le había escrito a Riva desde Ixtlahuaca:

> Mi general: Escribo a usted bajo la dolorosa influencia que produce en mi corazón la noticia que en este instante acabo de recibir referente a que en el pueblo de San Felipe del Obraje, municipalidad perteneciente a este distrito, existen unos misioneros que han tenido la audacia de extraer de sus dueños todos los ejemplares de Martín

[129] VRP, "Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico", loc, Cit., p. 255-256.

> Garatuza, Monja y casada, y Piratas del Golfo, los que han quemado excomulgando a los que los leyesen.
>
> Tales hechos, dignos por cierto de un ejemplar castigo, han conmovido mi corazón, obligándole a dar a usted esta noticia para que si quisiese escribir algo, me lo remita con objeto de circularlo en San Felipe a fin de que las afrentosas calumnias que acaso manchen el nombre de usted terminen y los frailes misioneros sepan que hay quien proteste contra las narraciones de sus viperinas lenguas [...]
>
> El presente aviso no tiene más objeto que utilizar la ocasión que se presenta, para neutralizar de alguna manera el veneno que los famélicos sicarios del cristianismo infiltran en el débil corazón de la gente imbécil y preocupada.
>
> Soy de usted mi general su afectísimo servidor que besa su mano
>
> Manuel Oropesal[130]
> [rúbrica]

Esta carta explica perfectamente cómo era la gente "preocupada" en su versión religiosa y campirana. Aquí se ve lo que quiso decir don Luis González y González cuando dijo que los mexicanos de esta época eran católicos pero de los tiempos de Pedro el Ermitaño. Los impresos, invento de Gutenberg, símbolo de la moderna ilustración, son echados al fuego (que es también una alegoría de la purificación) para restaurar la ortodoxia. Como se ve, la guerra de Reforma no sólo se libró en los campos de batalla sino casa por casa, púlpito tras púlpito.

En seguida Riva concluye rápidamente y en los términos más "científicos" que pensar se pudieran. Ya en aquellos tiempos se recurría a una jerga especializada que en parte aspiraba a alcanzar una mayor precisión en el lenguaje, pero a la vez separaba a los iniciados de los villamelones:

> Todas estas preocupaciones capitales, que psicológicamente deben considerarse como una asociación de ideas persistente y enérgica, y fisiológicamente como excitaciones simultáneas, simpáticas

[130] Utx-A, AVRP, carta de Manuel Oropesa a VRP, Ixtlahuaca, junio 6 de 1869, fólder, 183, doc. 540.

> en el cerebro, se combinan para interponer su sombra, al tratarse de un juicio crítico que por objeto tenga la personalidad de Cortés...[131]

Nombrar es cautivar, conquistar. La obra iniciada por Linneo, para clasificar a los seres vivos según la fórmula binaria de género y especie, nos da cierta sensación de seguridad pues clasificar es ordenar y el aparente caos se esquematiza en compartimientos estancos, como los cajoncillos de un bargueño. Cada nueva especie clasificada se tiene por un avance de la ciencia, aunque en realidad lo único que ha ocurrido es un acto lingüístico, lo cual no es poca cosa, pero no es sino eso, un evento en el lenguaje; naturalmente, la invención de un lenguaje común a todos los científicos del mundo será gloria imperecedera de Linneo. Sin embargo en historia la jerga especializada presenta algunos problemas particulares. En primer término, como lo muestra el párrafo arriba citado de Riva, el lenguaje especializado viene con la moda y se va también con ella; de allí que el párrafo de referencia nos suene hoy tan exótico. Del mismo modo hablar de las "fuerzas productivas" y de la "plusvalía" actualmente resultaría anacrónico, y no porque alguien lo haya prohibido expresamente sino porque los tiempos cambian y también las modas en la nomenclatura. A la vez a menudo es indispensable utilizar términos técnicos y aun neologismos para describir con mayor exactitud algún fenómeno histórico, pero creemos que deben reducirse al mínimo pues el lenguaje llano ha bastado a los mejores historiadores de los últimos dos mil quinientos años, y esto es una ventaja potencial si se quiere multiplicar el número de los lectores. Comenzando por la averiguación de si la historia es una ciencia social o una rama de las humanidades, se ha construido una torre de Babel en la que habita la historia con muchas otras disciplinas vecinas que, sin haber conseguido establecer un lenguaje universal como el de Linneo

[131] VRP, "Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico", loc. Cit., p. 256.

-auténtica lengua franca- encuentran que cada vez es más difícil dialogar entre un saber y otro, siendo con frecuencia la nomenclatura el mayor obstáculo pues se comparten principios epistemológicos muy similares. Unido a esto viene el imperialismo cultural de las grandes potencias que trae muchas cosas de interés pero, a veces, también planteamientos que de entrada descalifican a los países del Sur, es decir a los intelectuales de las naciones pobres.

Un concepto que Riva usa con frecuencia en toda su obra es el de "raza" pues entonces se consideraba que para que existiera una nación era preciso que hubiera cierta homogeneidad racial. Por ello resulta difícil entender las cuestiones raciales al modo como se consideraban en la época de Riva, y especialmente porque este autor -y no fue el único- contribuyó en gran medida a configurar el México mestizo que hoy nos muy parece aceptable, pero que hace cien años requirió de actos de prestidigitación conceptual para ganar consenso. En efecto, sí se sigue con detalle la obra de Riva se puede comprobar que usa indistintamente los términos de mestizo y criollo para significar todos los nacidos en el país, con todo y que el barón de Humboldt y otros autores tienen otras definiciones, mucho más precisas, para estas categorías. Otros escritores hablan en términos más genéricos, pero probablemente más cercanos a la auténtica conciencia sociorracial de la época; así el doctor Mora, en 1836, dividirá a la población mexicana en dos grandes grupos: blancos y personas de tez oscura, que seguramente correspondía a la conciencia que los blancos -los criollos de Humboldt- tenían de su propia sociedad. Pero esta oposición mantenía una situación similar a la de los primeros tiempos de la conquista, en que se distinguían sin dificultad los españoles de los indios. El argumento de Riva -que documentará ampliamente en el México a través de los siglos- es que en los

trescientos años de dominación española se formó un pueblo nuevo, los mestizos, que bien podían reclamar como progenitores a los últimos reyes aztecas, como también a los capitanes españoles, pero que ya era un pueblo distinto de ambos, una nueva raza, dice Riva:

> La raza que conquistó la independencia de México era una raza nueva sobre la tierra, que con el derecho que le daban sus poderosos elementos, conquistaba una patria, formaba una nación, y no era el anciano que toma tras largo cautiverio a ocupar sus puestos en el hogar de las naciones, sino el joven y vigoroso adolescente, que sacudiendo de grado o por fuerza la paternal tutela, se presenta apoderándose del puesto que le pertenece en la poderosa asamblea de los pueblos libres.[132]

Para Riva mestizaje quiere decir cruzamiento entre dos razas: la indígena y la española. Él sabía muy bien que en México había otras razas y, especialmente, una población negra no despreciable; en sus libros habla aquí y allá de los negros y sus actividades durante la Colonia. Por ello debemos atribuir a una "preocupación" de raza, por parte de Riva, el que no haya incluido el ingrediente africano en el gran perol del mestizaje. O tal vez sería más justo decir que él tuvo que someterse a esa "preocupación" racial de la sociedad de su época para que su narrativa histórica fuera aceptada, al menos por algunos sectores de la élite. En efecto, la reivindicación no digamos del indio sino siquiera del mestizo costó a los escritores de entonces un trabajo indecible, precisamente porque la "preocupación" racial atañía a algo fundamental: la identidad social y la conciencia de cada grupo en la sociedad, cuestiones que pertenecen a una esfera donde los cambios ocurren muy lentamente, y sólo el trabajo titánico de varias generaciones de "publicistas" poseedores de un talento poco común -desde la Academia de Letrán (1836) hasta la revista El Renacimiento- lograron hacer, si no prestigioso, al menos aceptable el

[132] Ibid.

modo de ser de los mexicanos, rompiendo incluso en algunos círculos el patrón que sobrevaloraba todo lo que venía de Europa y despreciaba lo nacional.

Todo esto iba a contrapelo con la jerarquía de valores morales y sociales de las élites mexicanas y de todas partes. Riva -temerario- llegó a formular la hipótesis de que el indígena americano, siguiendo los principios del señor Darwin, era la raza más evolucionada de todas (prueba de ello era, por ejemplo, la escasez de vello en el cuerpo que mostraba una mayor distancia de nuestros antepasados simios). Y Riva habló de esto públicamente, en España; la recepción fue gélida. Se podría decir que en estas investigaciones antropológicas Riva se vio dominado por la "preocupación" patriótica. Pero el gesto muy criollo -en boca de un mestizo- delata una alta consideración de las del país sin la cual, por decir algo, la intervención francesa hubiera sido mucho más difícil de combatir. A la vez es notable que aun hoy día nadie quiera creer en la superioridad racial de los indígenas, sin mediar ningún análisis científico se descarta la idea porque, socialmente, aún resulta absurda. Por otro lado la idea del México mestizo -que otros escritores antes y después de Riva han compartido- es la mejor opción política para un país multirracial, a la vez que los exámenes sanguíneos han revelado que incluso en las comunidades indígenas predomina el mestizaje. La contribución de Riva para hacer que el poder y el prestigio de una minoría criolla se democratizara, y el haber elegido al mestizo como el personaje central de la historia de México desde tiempos coloniales, es una bonita hazaña, por más que hasta la fecha la riqueza y la pobreza estén asociadas, con demasiada frecuencia, con el color de la piel.

Debemos insistir en que la opción mestiza de Riva fue resultado de un difícil proceso. A partir de la independencia -asegura el autor- se formaron dos partidos: el

monárquico y el republicano; para los primeros Cortés y los demás conquistadores "representaban el principio de legitimidad, el espíritu católico ortodoxo",[133] y a pesar de ser mestizos veían en los españoles a sus ascendientes. Por contrarias razones los liberales republicanos, también mestizos "comenzaron a sentirse legítimos descendientes de los aztecas, de Cuauhtémoc y de Moctezuma, y para ellos Cortés y los conquistadores fueron la encarnación del espíritu de conquista, de la opresión, de la tiranía, de Inquisición, los perseguidores y los verdugos de los directos ascendientes de los mexicanos actuales y ni uno ni otro partido -enfatiza Riva- tomó en cuenta los antecedentes de la mezcla de las razas..."[134] Riva cierra la parte primera de su ensayo describiendo los encontrados juicios que sobre Cortés se expresaban en el siglo XIX:

> Naturalmente la preocupación histórica se apoderó de los ánimos, y el juicio sobre Hernán Cortés participó del apasionado arrebato que con antecedentes tales debía producir cualquier discusión sobre este punto y que la educación en las escuelas y las tradiciones[135] en el hogar iban vistiendo cada día con más engañosos ropajes. Alamán, el historiador del partido monárquico, habla de Cortés, no como de un hombre famoso en la historia, sino como de un señor a cuya familia sirve, llegando a dar hasta el tratamiento de don al padre del conquistador, cuando este tratamiento en el siglo XVI sólo se obtenía por concesión real y Martín Cortés [de Monroy] jamás la obtuvo. Por otro lado, en cada uno de los discursos que se pronunciaban celebrando la independencia en las solemnidades cívicas, Cortés era representado como el monstruo más abominable en la historia de México: hablaban a las pasiones y la verdad y la filosofía callaban esperando su turno.[136]

[133] Ibid., p. 257.
[134] Ibid., p. 257-258.
[135] Sugerimos que este término se entienda en el mismo sentido del título del libro publicado por Juan de Dios Peza y Riva en 1885, Tradiciones y leyendas mexicanas, es decir como un relato transmitido oralmente de una generación a otra y más cercano a la fábula que a la historia.
[136] VRP, "Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico", loc. Cit., p. 258. Hacemos la aclaración de que cuando Riva se refiere a quienes representan a Cortés como un monstruo no incluye a Diego Rivera, pues el genial pintor cubista vivió en el siglo XX.

Como se ve Riva no sólo describe dos escuelas que han interpretado diferentemente a Cortés sino que, general al fin y al cabo, desenvaina la espada y rápidamente esgrime mandobles en contra de Alamán, monarquista y sirviente del ducado de Monteleone, nos recuerda Riva. Sobre esto sólo diremos: touché.

La sección segunda del ensayo de Riva sobre Cortés es la que da el tenor de su ataque para juzgar al conquistador. Se trata de un enfoque epistemológico que nadie podría llamar light, más propiamente podría designársele como historia para adultos. También podría considerarse como un enfoque científico, en el sentido de que no antepone ningún principio, ninguna premisa axiomática, sino que examina directamente la experiencia histórica. En todo caso podría afirmarse que su premisa es, primero, que la experiencia es analizable científicamente y, segundo, que el ser humano forma parte de la naturaleza -no es creatura de los dioses- y está sujeto a las leyes de la naturaleza.

Lo primero que analiza el autor es el concepto "derecho de conquista" y la aparente contradicción que entraña esa expresión por ser el segundo término de la misma sinónimo "de fuerza, de abuso y de injusticia".[137] Pero Riva, que fue abogado y magistrado de la Suprema Corte de Justicia, apunta que si hay contradicción o no depende del concepto que tengamos de la palabra "derecho". Para el autor el derecho es: "la reunión de leyes establecidas para encadenar la fuerza individual o social impidiendo se ejercite en perjuicio de la libertad o del bienestar del individuo o de la misma "verdad".[138] De aquí se desprende -decimos nosotros- que el Estado es un órgano que regula las fuerzas, a menudo encontradas, de la sociedad. El derecho ideal -añadirá Riva- sólo existe potencialmente pues el papel de los legisladores -aquí habla el ex diputado- no

[137] Ibid., p. 259.
[138] Ibid.

es “el de inventar la relación que supone el derecho, sino consignar esas relaciones en la ley... consistiendo el acierto en no establecer relación que no vaya de acuerdo con el grado de perfección social de un pueblo”.[139] Es decir que para que la tarea del legislador no sea meramente fictiva es preciso que sea expresión de las fuerzas reales que operan en una sociedad. Y en definitiva Riva da la primacía a la fuerza y no al derecho, mera expresión de aquélla:

> Pero lo existente, lo actual, es la fuerza, reconocida por la física moderna como una sola; su expresión, las diversas manifestaciones que originan la constante lucha en todo y en todas las partes; el problema social por resolver, el equilibrio en las relaciones entre el individuo y el Estado, libertad, y de los individuos entre sí, igualdad. El derecho internacional no existe sino como el código de urbanidad introducido por la costumbre, interpretado razonamiento, pero sin más sanción que el duelo, la guerra, reprobado por la filosofía y sin embargo imprescriptible. Escuda contra todo ataque a los partidarios de la escuela que espera el reinado del derecho perfecto, la bondad de sus intenciones, y el noble altruismo que los hace pensar así; y prueba es de la limpieza y honradez de sus intenciones la santa indignación que manifiesta estudiando eso que llaman errores de la humanidad y que no son sino las necesarias etapas del camino del progreso que, como la escala misteriosa, debe subir el hombre sin llegar jamás a tocar el último peldaño. La lucha es la condición ineludible del orden en el universo; de la vida en los organismos, del progreso en las naciones; del bienestar en los individuos. La guerra está por todas partes; la fuerza se manifiesta sin más obstáculo que la fuerza misma, desde los portentosos movimientos de la mecánica celeste hasta las maravillosas atracciones de las moléculas.[140]

Como se ve Riva reconoce ciertas posturas éticas, pero a la vez las considera inadecuadas para formarse, por ejemplo, el criterio histórico y filosófico para juzgar a Cortés. Tiene razón el autor pues si nuestros valores morales fueran la pauta del juicio histórico civilizaciones enteras, épocas completas, serían condenadas; como se hace con frecuencia. Tal vez en la época de Riva el imperio de la fuerza era más cruento, como lo

[139] Ibid.
[140] Ibid., p. 259-260. Subrayado nuestro.

mostraría el examen del imperialismo y el expansionismo de Occidente a finales del siglo XIX. No había entonces organizaciones internacionales para la defensa de los derechos humanos, que tan loables intereses persiguen; tal vez ahora el "código de urbanidad" internacional cuide las formas más que antes, pero la magnitud de los horrores que el siglo XX ha conocido refuerzan, con multitud de pruebas, el criterio de Riva que no viene a ser otra cosa que una explicación ampliada del conocido adagio anglosajón: might is right.

En seguida Riva explica que las tanto las leyes de Kepter como las de Newton demuestran que hay en el universo un equilibrio de fuerzas físicas, y lo mismo sucede entre los seres vivos:

> Ninguna especie, ningún organismo vegetal o animal puede existir sin el combate, sin la destrucción de multitud de individuos a quienes hace perecer atacándolos directamente para alimentarse de ellos, o indirectamente apoderándose de los elementos que ellos necesitan para la vida.[141]

Y dicho combate es de todo punto necesario:

> Y esa lucha constante, y ese combate sin tregua puede llamarse a pesar de todo, el derecho de la naturaleza, porque es el equilibrio de la relación entre los seres; porque de ese equilibrio resulta la persistencia de los más fuertes y los más aptos de todas las especies, que es lo que constituye el progreso de los organismos por la selección natural.[142]

La evolución que en el tiempo va presentando el mundo natural -señala Riva- tiene su símil en el progreso social:

> El derecho positivo, es decir, las fórmulas de equilibrios de fuerza en la humanidad han seguido variablemente la evolución progresista de los pueblos; el derecho privado, la relación entre las fuerzas individuales ha avanzado mucho, y hay una distancia inmensa desde las legislaciones romanas que daban al padre el derecho de vida y muerte sobre sus hijos, o que entregaban al deudor como esclavo o cosa

[141] Ibid., p. 260.
[142] Ibid.

> en poder del acreedor, hasta los códigos modernos que han abolido la prisión por deudas... El derecho público ha progresado menos; pero los gobiernos comienzan a considerarse ya como los administradores responsables y no como los dueños absolutos de las naciones... El derecho internacional permanece sin más ley que las conveniencias de los pueblos poderosos, pero la fuerza en estos dos [últimos] derechos está todavía verdaderamente desencadenada...[143]

Para ilustrar sus opiniones Riva señala que tanto en el siglo XVI como en el XIX "el fuerte se apodera del débil",[144] como lo prueba en su época la anexión por parte de Alemania de Alsacia y Lorena, a expensas de Francia; lo mismo que la invasión de Barrios a Centroamérica. Estos ejemplos demuestran que "el derecho de conquista... vive, a pesar de todos los adelantos del siglo..."[145] Pero esta fuerza -opinamos nosotros- que en el mundo social aparece por todas partes no debe ser vista como un poder maligno, ya que sin ella la sociedad como la conocemos no podría existir; del mismo modo la fuerza coercitiva del Estado puede ser muy cruenta, pero es impensable una sociedad moderna sin la existencia del Estado; de hecho Riva aseverará que si desapareciera la fuerza, se derrumbaría la sociedad y regresaríamos al estado salvaje:

> El terrible principio germánico que sale como una amenaza de la filosofía de Schopenhauer "el derecho no es más que la medida de la fuerza" es, tratándose de las relaciones de los pueblos entre sí, y de éstos con sus gobiernos, una verdad terrible, por más que nos empeñemos en leer lo contrario. El derecho es la medida de la fuerza; eliminada la fuerza, el derecho más bien sentado y reconocido desaparece como el humo. La fuerza sostiene los gobiernos, garantiza las propiedades, sanciona las libertades públicas e individuales, suprimida un momento esa fuerza, por un atavismo de civilización los hombres volverían al estado salvaje. Como constante prueba de ello son los malhechores en las sociedades más cultas, son los cantonales en España, los nihilistas en Rusia, los fenianos en Inglaterra, los know-nothing en los Estados Unidos, y han sido las espantosas escenas de la Comuna en París... [No debe olvidarse] la sombría figura de Breno escribiendo con caracteres de fuego sobre el cielo tempestuoso de la

[143] Ibid., p .261-262.
[144] Ibid. p. 262.
[145] Ibid. p. 263.

humanidad aquellas fatídicas palabras: Vae victis, "Ay de los vencidos".[146]

Riva termina esta segunda sección regresando a su pregunta original y concluye que la expresión "derecho de conquista" no entraña una contradicción:

> La frase derecho de conquista no indica más, sino el verdadero punto en que se encontraba la relación entre las naciones en el siglo XVI, relación que no se ha modificado mucho en el período histórico en que vivimos...[147]

Sólo es hasta que llega a la tercera sección de su ensayo que Riva comienza a hablar propiamente de la conquista de América, de las primeras exploraciones en lo que es hoy el territorio mexicano y de cómo en los primeros años los Reyes Católicos no tuvieron otro recurso que enviar a presidiarios y criminales a poblar las Antillas, pues en las primeras conquistas todos padecían y pocos medraban. Buen abogado, Riva explica claridad la dificultad que enfrentaba el gobernador de Cuba, Diego de Velázquez, extender la conquista a Tierra Firme, pues el derecho de conquista lo otorgaban los propios reyes mediante capitulaciones, que Velázquez había pedido a la corte pero aún no había recibido. Ansioso en su ambición, Velázquez buscó un capitán capaz de emprender una conquista y que a la vez estuviera dispuesto a hacerla sin la debida autorización; fijó su atención en Fernando o Hernán Cortés.

A partir de esta sección Riva utilizará el aparato crítico para remitir a los lectores a diversos documentos, en su mayoría reales cédulas y otros documentos oficiales, pero también cita a un autor moderno que no es otro que el positivista inglés Herbert Spencer, específicamente su Introducción a la ciencia moral, y se apoya en él para argumentar que los conocimientos, es decir la formación intelectual, no influye sobre la conducta y la

[146] Ibid., p. 263-264.
[147] Ibid., p. 264.

moral de un hombre. Todo esto a propósito de los estudios que hizo en España Cortés, cuya cultura intelectual no era "ni siquiera mediana";[148] Riva no menciona los estudios escasos, de leyes sino sólo sus conocimientos de latín, de los que el extremeño hacía gala siempre que podía, lo cual el autor explica así:

> Como todos los generales a quienes la fortuna o su propio mérito han llevado a figurar en tan alta escala, se empeñaba [Cortés] probar que no sólo en la guerra era distinguido sino también debía serlo en las letras.[149]

Es decir que según Riva el conquistador de México se formó propiamente en las islas antillanas, donde vivió desde 1506,[150] de tal modo que su conducta moral con otros hombres tuvo como modelo el patrón de conducta moral de los españoles que habitaban en las islas, todos de oscuros orígenes y muchos de ellos criminales que obtuvieron el perdóna a condición de que salieran de España para poblar las Indias. Los verdaderos hijodalgos, los jóvenes guerreros que pertenecían a familias de cierta importancia, en España -en opinión de Riva- hallaron amplio campo de acción en las huestes del duque de Alba y otros famosos capitanes y se labraron un porvenir distinguiéndose en guerras europeas. Los pobretones, los de origen humilde fueron los que conquistaron las Indias e hicieron famosos los nombres de Cortés, Pizarro y Amagro, hasta entonces desconocidos. Por otra parte mientras en Europa llegaba a su fin la Edad Media y nacía la libertad de conciencia con el protestantismo, en las Indias la mentalidad medieval halló una continuación, pero en cualquier caso había una marcada diferencia evolutiva y

[148] Ibid., p. 269.
[149] Ibid., p. 268. "Durante dos años aprendió latín y rudimentos legales", dice don José Luis Martínez en su Hernán Cortés, Fondo de Cultura Económica / Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1997 (Sección de obras de historia), p. 113.
[150] G. Michael Riley, "Cortés, Fernando (Hernán)", en Michael S. Werner (editor), Encyclopedia of Mexico, Fitzroy Dearborn Publishers, Chicago, 1997, t. I, p. 352.

cultural entre los españoles y los indios pues, a decir de Riva: "los indios americanos apenas salían del período de piedra pulimentada".[151]

En la sección cuarta Riva examina la grave cuestión de la "racionalidad" de los indios y opina, en principio, que en España en general se consideraba a los indios seres racionales; en cambio, para los españoles que habían residido mucho tiempo en las islas caribeñas los indios eran "irracionales, eran cosas".[152] Es difícil imaginar en nuestros días en que la esclavitud existe sólo en reductos primitivos, que durante siglos, durante milenios, millones de seres humanos fueron objetos, cosas, sin ningún derecho político ni de ningún otro orden; aterra pensar que en la Antigüedad atravesar el Mediterráneo era tan azaroso que se podía caer en manos de piratas que en el acto esclavizaban a las personas de todas condiciones; (quisiera recordar el nombre del filósofo que, viéndose en este predicamento y siendo conducido al mercado de esclavos, vio a un comprador que se comportaba estúpidamente y dijo: "véndanme a ese hombre, pues necesita un amo"). Al hablar de la racionalidad de los indios Riva no quiere decir que todos los peninsulares creyeran en ella, como tampoco todos los isleños los consideraban irracionales, pero precisamente le interesa marcar la diferencia que, en su opinión, presentaban los que efectivamente trataban cotidianamente con los indios respecto a quienes no los habían visto jamás. Luego explica cómo, a pesar de la prohibición decretada por Isabel la Católica de esclavizar a los indios -que en la introducción de su tomo del México a través de los siglos destaca en los términos más elogiosos- los pobres resultados económicos de los primeros viajes de Colón produjeron que en 1495 éste trajera indios esclavos que fueron vendidos por orden de los reyes, y añade Riva:

[151] VRP, "Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico", loc. Cit., p. 271.
[152] Ibid., p. 272.

> Además se establecieron legalmente las encomiendas, que no eran más que la esclavitud con la restricción de no poder sacar a los indios de su territorio ni venderse a tercera persona, Y por último se permitía hacer esclavos a los rebeldes y a los que se llamaron caribes, pudiéndoles herrar en los brazos o las piernas, y esto abrió ancha puerta a todos los abusos y todas las tiranías.[153]

Concluye Riva que, si no Cortés mismo, la mayoría de los colonos españoles en las islas creía que el señorío real sobre los indios era completo, incluyendo la posibilidad de esclavizarlos. Por ello la encomienda fue tan cruenta, a pesar de las prédicas de Bartolomé de las Casas y otros notables dominicos.

Otro punto que Riva examina con cierto detalle es la nula disciplina, el ningún respeto que se tenía a los mandos, lo cual hizo de los colonos-soldados en las islas gente levantisca. Desde el primer viaje de Colón hubo defecciones, pero después:

> Las sublevaciones, las rebeliones, los desconocimientos y hasta las prisiones o muertes de los gobernadores y de los jefes militares se multiplicaron sin intervalo, y por regla general, la corte aceptaba los hechos consumados.[154]

La única lealtad que era indiscutible y su no observancia imperdonable era la sumisión a los monarcas, fuera de eso la conquista de América conoció todo tipo de trapacerías que los mismos españoles se cometían entre sí. De todo este ambiente resultó una moral peculiar a las islas, que era distinta de la de España:

> Con tan extraños elementos de criterio y con tan extraviadas costumbres, formose entre los vecinos y conquistadores de las islas una conciencia moral que difícilmente, si no a fuerza de meditación, podemos comprender los hombres del siglo XIX. Desapareció completamente el respeto a la vida humana, no sólo tratándose de los indios sino aun de los españoles mismos; el hombre era un instrumento o un obstáculo que debía cuidarse o suprimirse según las circunstancias, sin más consideración que el provecho que de él podía sacarse o la ventaja que se obtenía haciéndole desaparecer.[155]

[153] Ibid., p. 273-274.
[154] Ibid., p. 278.
[155] Ibid., p. 279.

Cuan fácilmente fluye la lengua española en boca de Riva, que una vez más nos hace ver que tenía genuina madera de historiador: diferenciar el siglo XIX de la época de la conquista es aparentemente fácil, pero muchas veces, incluso personas que ostentan títulos, creen que basta con cambiar el ropaje, las fechas y los nombres, para comprender la distancia que media entre nosotros y el pasado. No, el punto principal, que Riva a veces explica diciendo que debe mirarse cada época con la luz que le es propia, es que los diversos elementos de una era forman sistema, es decir que son en cierto modo solidarios entre sí y a tal punto que una mala comprensión de uno solo de los elementos principales de una época basta para falsear el cuadro y distorsionar la realidad histórica. El riesgo de hacer historia presentista está siempre presente y los buenos historiadores son los que más se cuidan de creer que podemos entender directamente o aprovechar literalmente lo que dicen los documentos, y no es raro el caso de que estos buenos historiadores sean también novelistas, como Riva y Walter Scott. Por eso Riva es tan minucioso y aun da la sensación en este ensayo de que avanza lentamente; él está investigando realidades huidizas, difíciles de aterrizar, pues en su afán de hacer un juicio "histórico y filosófico" del conquistador su objetivo principal consiste en despojarse de los espejuelos del siglo XIX para comprender a Cortés a la luz del lugar y de la época en que vivió. Por eso insiste en explicar el peculiar mundo de las islas caribeñas a principios del siglo XVI, en donde se formó una sociedad muy distinta a la sociedad española, y quienes a ellas llegaban tenían que vivir en ese mundo y "debían naturalmente contagiarse, adaptándose al medio moral en que habitaban..."[156]

[156] Ibid., p. 280.

La parte quinta y final del ensayo es la más narrativa sin dejar de ser profundamente reflexiva; Riva narra la manera en que ya desde su salida de Cuba Cortés desobedece a Diego de Velázquez y se lanza por cuenta propia hacia lo desconocido:

> Difícilmente podrá encontrarse en la historia para compararle con Hernán Cortés, ejemplo de otro capitán que como él se haya encontrado al abrir la campaña en situación más peligrosa, rodeado de circunstancias tan agravantes y necesitando más de las grandes dotes de un valor rayando en la temeridad, de una energía inquebrantable y de una astucia poco común.[157]

En la visión mestiza de Riva de la mexicana de historia lo mismo puede recuperarse y valorarse como propio el mundo prehispánico, que las hazañas de los capitanes españoles durante la conquista. Pero no se trata de una comunicación directa con el siglo XVI sino mediada, precisamente, por el mestizaje: podemos considerarnos descendientes de los españoles pero -para Riva- somos una raza nueva, de tal modo somos distintos a los españoles, somos algo inédito, somos mexicanos. Sin embargo cierto nacionalismo revolucionario retomó -tal vez como reflejo de la desigualdad social- la idea verdaderamente insostenible de que sólo somos descendientes de los aztecas y por ello coloquialmente aún se dice: "vinieron los españoles y nos conquistaron". En cuanto a la situación en que se hallaba Cortés respecto de las autoridades reales y de sus propias tropas, dice Riva:

> Estaba pues el aventurero español en la misma situación que un pirata haciendo un desembarco por su cuenta y riesgo siendo, para el rey, un desobediente; para el adelantado Diego Velázquez, para el almirante Diego Colón, para los padres jerónimos gobernadores de las islas, un sublevado; y para sus mismos compañeros de aventuras, un jefe que sólo conservaba el mando por la condescendencia de sus soldados sin tener investidura legal ni autoridad legítima. Érale pues imposible regresar a las islas...[158]

[157] Ibid.
[158] Ibid., p. 281.

Resuelto a seguir adelante Cortés funda una villa y establece un ayuntamiento para que éste legitimara su expedición de conquista:

> que le diera la investidura de jefe de la expedición celebrando con él capitulaciones para la conquista que meditaba. Aquella manera de legitimar la ocupación de las nuevas tierras y de legalizar la conquista y población de ellas era quizá el único arbitrio a que podía ocurrir aquel hombre que no tenía ni la menor esperanza de alcanzar por entonces del rey, la aprobación de su atrevido intento. Así se hizo en efecto y entonces sintiéndose Cortés ya fuerte con aquella autorización, mandó ajusticiar a los que pretendían regresar a La Habana y pegar fuego a los navíos para quitar a sus soldados hasta la más remota esperanza de esquivar el peligro, retrocediendo y embarcando para las islas.[159]

Es interesante que el ensayo de Riva sobre Hernán Cortés termine justo aquí, donde suelen comenzar las narraciones de la conquista de México. y termina de un modo abrupto, sin una reflexión final, sin un amarre que sea la suma de los argumentos esgrimidos. Riva es un narrador muy pulido y nos extraña mucho que en este ensayo falte un verdadero final. Es cierto que el ensayista ha cumplido su objetivo principal: reconstruir el ambiente moral de las islas antillanas en que Cortés se formó, el cual explica su temeridad y aun los excesos de violencia que tuvo durante la conquista de México, siendo el ahorcamiento de Cuauhtémoc el que generalmente se considera más grave. También ha demostrado Riva, con la información disponible a finales del siglo XIX, que la lucha de las fuerzas que operan en una sociedad no puede estudiarse con ideas a priori ni con un criterio ético que, prácticamente, condenaría a todos los gobernantes y a todos los poderosos de la historia. Un buen principio para comprender a una sociedad -pensamos nosotros- es averiguar quien es dueño de qué, a la vez que la

[159] Ibid., p. 282. Subrayado nuestro. Ciertamente es más expresiva la frase "quemar las naves" pero no fue así. Los navíos fueron desmantelados y herrajes, jarcias, velamen, cornamusas y otros elementos se llevaron a los lagos de México y con ellos se construyeron los bergantines que tuvieron un papel estratégico en el sitio de México. Véase:

política debe comprenderse siempre al modo de Maquiavelo, ubicando en otra esfera -interesante, pero que obedece a otra lógica- el ideario político, el derecho y las buenas intenciones.

Alguien podría sorprenderse de que Riva, cuyos trabajos literarios tienen un claro fin social y moral, se tome aquí tan frío, tan "científico", tan inmoral, como si la filosofía positivista se hubiera apoderado de él para convertirlo en una especie de ingeniero social que ha abandonado los moralismos narrativos de otros tiempos. A nuestro parecer no hay tal conversión ni tampoco incurre en una contradicción: cada obra de Riva debe examinarse considerando ante todo el género de que se trata, comparar sus novelas históricas, por ejemplo, con el México a través de los siglos sólo es posible si tenemos siempre en mente que están dirigidos a públicos distintos, tienen diferente extensión, entre el método de unas y otro hay un abismo, el criterio de verdad y el aparato crítico no se parecen en nada, la estrategia narrativa por episodios de las novelas contrasta vivamente con el continuo "a través de los siglos" que maneja en su magna obra historiográfica. Y a pesar de todo las novelas históricas dan la clave de muchos aspectos del México a través de los siglos como son su peculiar concepto del mestizaje y las pugnas entre la Iglesia y el Estado. Piénsese además que la obra de Riva es un catálogo de géneros: drama cómico, drama trágico, poesía, novela, crónica, tradiciones y leyendas, teoría literaria, teoría de la historia, varios subgéneros periodísticos, cuento, discurso cívico, conferencia académica, historia contemporánea, historia general y tal vez más. Los polígrafos como Riva sólo pueden tener éxito en la medida que respetan las reglas de cada género pues los lectores, aunque no tengan una educación formal, tienen

expectativas bastante claras de lo que debe ser digamos una novela; cierto, los lectores no están en capacidad de definir con nitidez las reglas, pero lo que les gusta y lo que no tanto lo deciden, porque no son lerdos, reconociendo si la novela está "bien narrada", lo cual no es otra cosa que aplaudir a un autor que conoce y aplica bien las reglas del género, pero que sabe a la vez ser diferente y único, es decir que inventa una voz propia. La polifonía discursiva de los historiadores de otros tiempos se va acabando y el tono estándar "académico" dificulta la aplicación de recursos narrativos que darían matices y relieve a nuestra ciencia; para algunos esto sonará a retórica y, en efecto, es retórica pero de un tipo que aprovecha mejor nuestra herencia cultural, porque hay otras retóricas, por ejemplo la retórica de la ciencia, cuyas limitaciones y su validez transitoria tienen como ejemplo el "ensayo histórico y filosófico" de Riva sobre Hernán Cortés.

Habiendo examinado lo que dice Riva en este ensayo debemos ahora decir dos palabras sobre los que no dice. La cruenta versión de la historia donde impera siempre el más fuerte, sobre la cual el autor abunda, tiene como objetivo principal mostrar a los mexicanos del siglo XIX que la conquista, y todos sus excesos, no fueron producto del azar sino de las condiciones concretas que prevalecían en las islas que fueron el trampolín para la conquista de México. Riva jamás dice que los españoles fueran inherentemente malos, mas bien sobrevivían como podían en un mundo violento. La retórica del análisis del poder debe ser fría, helada, porque el menor intento de moralizar distorsiona, idealiza, la realidad y la presa se escapa. No debe partirse en este tipo de análisis de ideas preconcebidas (el que se empeña en encontrar sus preferencias seguro las encontrará) pero puede seguirse la guía de los buenos autores inmorales y sobre todo de Breno cuando clama: "¡Ay de los vencidos!".

¿Era Riva un autor inmoral? Ciertamente que no, lo que sucede es que hay momentos para moralizar y momentos para analizar el poder. En realidad todo el argumento en tomo a la lucha de todos los seres vivientes, en torno al imperio de la fuerza en el universo todo, es más un modo de ataque, un método de análisis de un sector de la realidad -el poder- que ciertamente no lo es todo en la historia. El principio es correcto: impera el más fuerte, pero los cambios que ocurren en todos los niveles de la realidad histórica van modificando el equilibrio de las fuerzas. Hernán Cortés sumió a este país en la noche -no exenta de estrellas- del colonialismo, pero vino después la independencia. Queremos decir que las fuerzas del poder en las sociedades humanas son dinámicas, se erosionan, cambian, si esto no fuera así los faraones egipcios seguirían controlando al mundo, puesto que eran los más fuertes. En nuestros días hemos visto como el inmenso poder soviético -con todo y los misiles atómicos- se vino abajo en apariencia súbitamente, pues perdió algo que tiene más que ver con el derecho que con la fuerza bruta: perdió legitimidad, elemento sutil y etéreo que una vez que se pierde no lo recupera jamás. El mismo Cortés, con sus inmorales huestes, se apresuró a dar cierta forma de legitimidad a su conquista por la vía del ayuntamiento de la Villa Rica de la Veracruz. No obstante, el poder de la fuerza sigue imperando, esto es lo real; pero, como diría Marco Antonio Campos, el poeta, hay también "instantes éticos":[160] los zapatistas desayunando en Sanborns, Riva y sus chinacos en las montañas de Michoacán.

Hernán Cortés con toda su audacia, con la superioridad de su aparato bélico, con los caballos de los caballeros y con el pendón de Carlos V, terminó -con el paso de los siglos- siendo el vencido: los mexicanos lo rechazan y detestarían ver una estatua suya.

[160] El aforismo completo reza así: "La naturaleza, el arte, los instantes éticos y las mujeres hermosas son los paraísos de excepción en un mundo condenado". Véase Marco Antonio Campos, Árboles. Aforismos, Amate Editorial, México, 1998. p. 53.

En cambio Cuauhtémc vence al sucumbir, porque es la suya la postura ética: defender a sus hijos, a su pueblo, aunque la causa estuviera perdida. Y si los mexicanos se identifican con este héroe trágico es porque han sufrido muchas agresiones externas y porque en lo interno la desigualdad es la expresión de la fuerza excesiva de una minoría peligrosamente reducida. Por ello el día en que todos los mexicanos acepten, sin rencores ni temores, no sólo ser hijos de la Malinche sino también de Cortés, la autoestima de la nación aumentará enormemente y se abrirá la posibilidad de ir más allá de la autoinmolación en la dignidad -como Cuauhtémoc. Hidalgo y Zapata-, se podrá pensar un destino colectivo que sea vivir en la victoria; cosas mucho más increíbles han llegado a suceder.

Un último comentario. El abrupto final del ensayo sobre Hernán Cortés debe considerarse unido a la circunstancia de que, hasta donde hemos podido investigar, este discurso jamás se leyó en el Liceo Hidalgo, que era la intención original. ¿Por qué? El inmoral contenido no nos parece razón bastante pues el público era un conjunto de más o menos sabios, que no se iban a escandalizar y que gustaban de visitar la sala reservada del Museo Nacional donde se exhibían figuras fálicas y eróticas. La hipótesis que me parece más razonable es que la reflexión de Riva sobre la fuerza y el poder inevitablemente lo condujo a pensar en el caudillo, don Porfirio Díaz. Y no era imposible que la inmoralidad de Cortés se interpretara por los desafectos como una alusión a una presunta inmoralidad de Díaz; recuérdese que en varias ocasiones el caudillo se levantó en armas en contra de gobiernos legítimos y que fue una revolución, la de Tuxtepec, y no el voto popular, la que lo llevó al poder. Don Porfirio fue un estadista muy lúcido y su buen gobierno le ganó más y más legitimidad, pero de origen su gobierno era ilegal.

Unido esto al recuerdo reciente de la prisión de Santiago Tlateloleo Riva posiblemente optó por ser prudente y guardó este ensayo in peto.

Establecimiento y propagación del cristianismo en Nueva España[161]

Entre otras cosas este discurso es interesante pues llama la atención que un liberal puro, que el autor de las beligerantes novelas sobre la Inquisición se proponga en este trabajo poner en valor la propagación del cristianismo; ése es Riva, siempre sorprende. Insisto en lo dicho anteriormente: el papel del historiador no es juzgar,[162] sino comprender. Decir que la conquista fue buena, o fue mala, no es una actitud de historiador. Más bien éste se preguntaría ¿cuál es el significado de la conquista? Por ello el discurso pronunciado por Riva Palacio en el Ateneo de Madrid es una lección que todavía puede aprovecharse. Refleja el punto de vista del mestizo, más identificado con el

[161] VRP, Establecimiento y propagación del cristianismo en Nueva España. Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1892. En este trabajo citaremos siempre la siguiente edición: VRP, "Establecimiento y propagación cristianismo en Nueva España", en Ensayos históricos (compilación, estudio preliminar y coordinador de las obras José Ortiz Monasterio), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Universidad Nacional Autónoma de México / instituto Mexiquense de Cultura / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. México, 1997.

[162] Riva se refiere en diversos textos al juicio de la historia a lo que debe juzgar el historiador, postura que corresponde a la mentalidad de la época. Pero bien puede decirse que Riva busca ante todo comprender pues sus juicios son, por así decirlo, salomónicos; no es él uno de esos autores que, en su inanidad, someten a los personajes de la historia a juicios sumarísimos, a cortes marciales, en donde la sentencia siempre es condenatoria. Partisano de la república y de la modernidad, Riva era extremado patriota y hombre de armas tomar, pero con una inteligencia poco común pudo integrar estos rasgos a un espíritu de veras conciliador: el canje de los prisioneros belgas en Acuitzio, llamamiento al perdón general y completo de los vencidos al caer México en 1867 y el elogio que hace de escritores conservadores como Ipandro Acaico (monseñor Ignacio Montes de Oca y Obregón) e Ignacio Aguilar y Marocho (en Los ceros). Riva también juzgará que no existe una única forma de patriotismo, sentimiento que en última instancia viene a ser la creencia de que por tales medios, o por tales otros, se logrará la prosperidad pública. Todos estos gestos tal vez sean un punto de continuidad con su padre, don Mariano, liberal moderado a quien todos los partidos respetaban muchísimo.

Criollo que con el indio, y sostiene -lo mismo que en escritos anteriores- que una condición necesaria para la existencia de México fue la conquista española. Como historiador de altura, no se limita a contemplar los indudables sufrimientos de Cuauhtémoc como si hubieran sucedido ayer, sino que pondera todo el proceso histórico a que dieciséis naciones americanas tuvieron su origen en la conquista española; la Colonia no fue otra cosa que la etapa formativa, germinal, de esos países. Hasta donde sabemos estas ideas de Riva Palacio no han sido refutadas, especialmente en lo relativo a que México es un país mestizo que hereda tradiciones, caracteres e instituciones de sus raíces principales: la indígena y la española (sin olvidar la aportación africana, aunque Riva no la menciona), y que en todas puede hallar motivos de orgullo y timbres de gloria.

Este enfoque puede rastrearse hasta las novelas históricas de Riva, pero en éstas las truculentas imágenes de la cuestión de tormento y de los Autos de Fe propios de la Inquisición buscan indudablemente divulgar una imagen negativa más que de la religión del clero. Y si 25 años después hace el elogio de los frailes misioneros esto es, ante todo, una muestra patente de que los tiempos han cambiado; antaño publicó novelas para darle la puntilla al clero después de las guerras de Reforma, ahora se trata de celebrar (1892) el genio de Colón y los aspectos más positivos que siguieron al descubrimiento.

El ensayo sobre la propagación del cristianismo es el último trabajo historiográfico que conocemos de Riva. Bien puede considerarse como su testamento en materia del estudio de la historia y ya como ensayo, ya como pieza oratoria es una auténtica obra maestra. Se podría aseverar que siendo entonces Riva ministro de México en Madrid, dejó guiar su pluma por las conveniencias diplomáticas. En efecto en el texto

hay varios elogios al pueblo y a los monarcas españoles, pero la admiración de Riva por España viene de muy atrás y en este texto sólo encontró la oportunidad de expresarla cabalmente. No obstante 1892, es preciso recordarlo, es el año del cuarto centenario del descubrimiento de América y, en este contexto, este discurso es indudablemente conmemorativo en el sentido laudatorio.

De entrada el autor señala que en "el período científico"[163] en que se halla la humanidad la historia ha adquirido otro carácter. Es decir que adopta la periodización comtiana, al igual que en otros ensayos que ya hemos comentado. Y más adelante agrega que más que las simples narraciones de los hechos, acompañadas de algún consejo o moraleja, es la historia sin personajes la que ofrece positiva utilidad, es decir la historia sociológica.[164] Todo esto es muy positivista, sin embargo debemos insistir en que Riva es un ecléctico y no, propiamente, un positivista. No fue miembro del grupo inmediato a Gabino Barreda, considerado el fundador de esta escuela en México; tampoco perteneció, de hecho polemizó, con el grupo que giraba en tomo al periódico La Libertad encabezado por Justo Sierra; muy lejos estuvo de compartir las ideas, digamos, de un Francisco Cosmes, sobre la cuestión racial;[165] y evidentemente, desde el exilio diplomático, no podía ser parte del grupo político de los "científicos" cuya figura principal era José Yves Limantour. Por estas razones Riva es una suerte de liberal puro, acaso convertido al darwinismo, que muy a su modo tomó varias ideas del positivismo. Y es que el general, a quien le gustaba estar al día, escogió un camino intermedio entre la conversión plena al

[163] VRP, Establecimiento y propagación del cristianismo en Nueva España, loc. Cit.. 283.
[164] Sin duda Riva se refiere al contexto hispano y latinoamericano, pues en otras latitudes encontramos muchos historiadores que están muy lejos de la visión "sociológica" de la historia.
[165] Véase sobre esta cuestión Moisés González Navarro, "Las ideas racistas de los científicos", en Historia Mexicana, vol. XXXVII, núm. 148, 1988, p. 565-583.

positivismo (a la manera de Sierra) y la conservación del ideario nacionalista romántico (a la manera de José María Vigil). Sucedió lo que ocurre con frecuencia en la historia de las ideas y las mentalidades: éstas no se transmiten por convencimiento sino por una especie de contaminación atmosférica (esto sí que suena a Riva Palacio). Quiero decir que en el aire (la noosfera de Kierkegaard),[166] en el ambiente en que uno se mueve, las cosas cambian y uno cambia con ellas, casi sin advertirlo y sin saber a punto fijo cuándo y cómo ocurrió el cambio. Tantos amigos que han pasado del marxismo al postmodernismo (whatever that means) yo no he visto que hayan tenido, como San Pablo en el camino de Damasco, una súbita revelación; más bien de modo muy paulatino, sin rupturas visibles, se han tomado otra cosa. Y esto es así porque la difusión de las ideas obedece a un ritmo propio: la propagación del positivismo en México se inició, según la versión canónica, en 1867 en Guanajuato con el célebre discurso de Barreda. A partir de ese momento y a través de diferentes medios (los periódicos y revistas, la escuela preparatoria, el discurso político, las conversaciones en los cafés, etcétera) fue contaminando a todos los que tocaba, incluso a sus detractores quienes sin quererlo divulgaban esas ideas al combatirlas. (Lo mismo dice Riva en el texto que comentamos de los autores cristianos heterodoxos que eran dados a conocer por los autores ortodoxos que, al demostrar sus yerros, les hacían cierta forma de publicidad).

La peculiaridad del positivismo de Riva es muy patente en La propagación del cristianismo. Así, reconoce que los cambios trascendentales son obra no de un hombre ni de un pequeño grupo sino, de acuerdo con la escuela sociológica, trabajos lentamente

[166] Apunte erudito aportado por Jane Dale-Lloyd. Véase Peter Rhode (editor), The Diary of Soren Kierkegaard, Philosophical Library, Nueva York. 1960.

elaborados por una serie de generaciones. Sin embargo Riva no niega la importancia de los grandes hombres que "condensan las aspiraciones de su época", y en algo así como un arrebato intelectual agrega: "y hay pueblos, como hay hombres que, por leyes sociológicas hasta ahora no descubiertas, tienen en un momento histórico la terrible misión, no sólo de condensar las aspiraciones de su siglo, sino de preparar, misteriosas combinaciones, los futuros destinos de la humanidad."[167] Desde el punto de vista de un mexicano como Riva y considerando que para él la conquista fue de todo punto necesaria primero, para echar abajo las monarquías indígenas y, después, para dar forma a un nuevo pueblo, mestizo, que conquistará su independencia y establecerá -menos en teoría- una república y una democracia, la frase recién citada alude probablemente al gran papel que tuvo España para la formación de las repúblicas hispanoamericanas. Como siempre Riva suma las épocas de la historia, de modo que pueda integrase todo el proceso histórico y mucho de lo que sucede en la historia, según lo muestra en su "Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico", es obra de la fuerza y padecen los vencidos. Pero hay también momentos éticos y muchos de ellos fueron obra de los frailes durante el proceso de evangelización.

El auditorio español debió apreciar mucho la aseveración de Riva en el sentido de que España, por el descubrimiento de América, debía ser colocada junto con Grecia, Roma y Judea entre las historias de primer interés. La importancia del descubrimiento de nuevo continente era para Riva el más grande acontecimiento que registraba la historia, es decir que estaba por encima de todo lo que conoció la Antigüedad, era más

[167] VRP, Establecimiento y propagación del cristianismo en Nueva España, loc. Cit., p. 285. En algunos textos anteriores Riva ha señalado que no cree en la teoría del "grande hombre" pero, como lo demuestra este texto escrito al final de su vida, conclusión de su pensamiento, jamás desestimó la acción humana, pero no quiso caer en el exceso de Carlyle en que los grandes hombres mandan sin límite a una humanidad subalterna.

trascendental que las invasiones de los bárbaros y la reforma protestante con todo y la libertad de conciencia. A nuestros ojos esto podría cuestionarse señalando la importancia inmensa del descubrimiento de la agricultura, o la revolución industrial, pero lo primero no entra en las consideraciones de Riva pues él está hablando de civilizaciones ya constituidas, además el criterio tecnológico que ahora nos gusta tanto encajaba de otro modo en aquella época. Para Riva, sin duda, el ferrocarril y la máquina de vapor son símbolos de la modernidad e incluso dice en otro texto que ellos llevarán la democracia al viejo mundo. Pero para Riva, lo mismo que para Renan, la historia de las religiones era fundamental, para ellos los fenómenos de la conciencia eran importantísimos, y el descubrimiento no fue un simple "hecho marítimo"; no, como lo ha demostrado don Edmundo O'Gorman en el proceso de invención de América se rompió la idea aristotélica de un mundo cerrado y América señaló la posibilidad de un mundo abierto que, al menos en teoría, podría incluir la existencia de otros mundos. Riva lo dice en sus propios términos:

> Indudablemente, los fastos de la humanidad no registran acontecimiento más importante, ni más asombroso, ni de más trascendentales consecuencias que el descubrimiento del nuevo mundo; que por un desdén tan incomprensible como injustificado, no se marca como el fin de la Edad Media y el principio de una era nueva.
>
> Con el descubrimiento del nuevo mundo se completó, por decirlo así, la geografía del globo terrestre: entraron al concurso de la humanidad, incontable muchedumbre de pueblos y tribus que vivían apartados, no sólo del mundo conocido sino aislados entre sí; y todas las ciencias y todas las artes y la industria y el comercio y la navegación, y cuanto constituye el patrimonio del trabajo humano, y nuevos horizontes se abrieron a todas las energías de la inteligencia.[168]

[168] Ibid., p. 286-287. Nótese al final de la cita el peculiar uso repetido de la conjunción "y" que provoca el efecto de una acumulación de argumentos en tropel, como una granizada. Este es uno de los muchos recursos literarios que Riva aprendió como periodista.

Y entre los innumerables efectos del temerario viaje de Colón y de las tres carabelas Riva destaca por encima de todos dos: el establecimiento del cristianismo y la formación de la geografía política del Nuevo Mundo. (Esto último ya lo había apuntado Riva Palacio en su discurso cívico de 1871.) Destaquemos que al poner Riva por encima de todos los demás acontecimientos al descubrimiento de América no olvida ni por un momento otro acontecimiento grandísimo: el nacimiento de Cristo.

Y con una retórica que podríamos llamar pendular elogia la obra civilizatoria de España pero de tal modo que pone en valor lo propio de los americanos:

> No se conserva memoria de otro pueblo que, como el español, sin desmembrar su territorio patrimonial y sin perder la existencia social y política, haya formado dieciséis nacionalidades enteramente nuevas sobre la faz de la tierra, hoy ya emancipadas, y a las que legó sus costumbres, su idioma, su literatura, su altivez, su indomable patriotismo y el celo exagerado por su autonomía... y quizá algún día España, hija del antiguo mundo, podrá decir delante de esas dieciséis nacionalidades, como Cornelia la romana: "Tengo más orgullo en ser madre de los Gracos que en ser hija de Escipión el africano.[169]

En materia de agallas Riva no tenía competencia de consideración: presentarse en el Ateneo de Madrid y decirle a los sabios cómo España debía estimar a sus antiguas colonias, haciendo alusión a Cornelia la de Roma, de manera muy pertinente y sobrada elegancia: qué faena. Este pasaje también ayuda a comprender cierta anécdota según la cual, al llegar Riva a Madrid, alguien le comentó que de seguro estaría contento por todo lo que iba a ver y todo lo que iba a aprender, a lo cual contestó Riva: yo he venido a España a dictar cátedra, no a aprender. Conquistar a los conquistadores sigue siendo una prioridad.

[169] Ibid., p. 287-288.

Luego empieza el autor a desplegar una erudición auténtica, pues a partir de su indispensable Renan se apoya en autoridades del mundo clásico, en los padres de la Iglesia, en poetas de la India, en muchos cronistas americanos y en diversas colecciones de documentos publicados, así como en autores modernos que sería largo referir, aunque es indispensable mencionar a Enrique Tomás Buckle, renombrado historiador positivista. Con estas bases puede discutir la cuestión de los sacrificios humanos y mostrar que no fue práctica exclusiva de los antiguos mexicanos. Apreciamos que utiliza cómodamente el método comparativo, cita la Biblia tan fácilmente como el Corán, compara las religiones de la India, la Iglesia bizantina y la Iglesia africana.[170]

La rapidez de la conversión de los indios americanos Riva la explica con estas palabras:

> Los pueblos vencidos por los europeos en las llamadas Indias, ni aun remotamente tenían idea de la doctrina cristiana, ni del culto católico; pero miraban su conversión a esa doctrina y a ese culto como necesaria consecuencia de su desgracia en el combate, como indispensable requisito para afirmar su vasallaje y servidumbre al monarca español, porque siendo esa conversión el principal motivo que para la invasión les presentaban los conquistadores, ellos, por muy rudos que se les suponga, comprendieron que del éxito de la campaña dependía la religión que debían tener en lo sucesivo, aceptando necesariamente la de los cristianos desde el momento en que éstos fueron los vencedores. Se explica así la violenta conversión de Cuauhtémoc y de otros muchos señores, que energía inquebrantable habían probado en el sitio de México y otros terribles combates.
>
> [...]
>
> Por eso Tzinzintcha, rey de Michoacán, a la hora de morir en un patíbulo, lanzó como un gran reproche a sus verdugos que le hubieran atormentado y le dieran la muerte, cuando con tanta diligencia y buena voluntad había recibido el bautismo.[171]

[170] Aquí nos referimos al método comparativo en su sentido lato, al usado desde el siglo XVII por la diplomacia (ciencia de los diplomas o documentos) y la filología y no a propuestas comparativas más modernas como la llamada "base analógica" de John Stuart Mill (1806-1873), pero no es imposible que Riva haya conocido a este autor así fuera indirectamente en la obra de Auguste Comte (1798-1857).

[171] Ibid., p. 293.

Además de señalar que los reyes decretaron que los indios, en su calidad de neófitos, estuvieran fuera del poder de la Inquisición, Riva hace cumplido elogio para España: la admirable labor de los religiosos en Nueva España para proteger la vida y la libertad de los indios: "aquellos hombres estaban, por decirlo así, fuera de la humanidad que conocemos y que comprendemos; formaban, por las cualidades de su espíritu, una especie distinta de los que fueron antes y de los que han sido después".[172] Entre numerosos historiadores que han elogiado la obra de los misioneros, difícilmente podrá hallarse otro que lo exprese mejor que Riva.

También menciona el debate sobre la racionalidad del indio y con un dejo sentimentalismo hace homenaje a Carlos II y su afán de proteger a sus súbditos americanos de los excesos de los encomenderos, pues a este monarca se debe la recopilación de leyes de Indias; aquí no es un positivista el que habla, sino el poeta romántico que se conmueve ante la acción admirable de un hombre.

En suma, el proceso ideológico de Riva Palacio expresa los afanes de un político liberal puro, de un escritor nacionalista romántico por encontrar, como señala A Matute, un "interesante equilibrio" entre sus orígenes y las nuevas condiciones del fin de siglo. Tuvo que rendir homenaje a la visión "científica" del mundo que proponía positivismo y, para mantenerse al día, tuvo que adoptar el lenguaje en uso de Comte y Spencer, que reconocían que en el siglo XIX se inicia "el período del positivismo en todas las manifestaciones y trabajos del espíritu humano",[173] pero mantenía la creencia en una Edad Media que había llegado a su fin con el descubrimiento de América; aceptaba, reconocía, en fin, que la historia se regía por leyes sociológicas (por ejemplo la historia

[172] Ibid., p. 310.
[173] Ibid.

como un desarrollo progresivo de tres etapas necesarias: la teológica, la metafísica y la científica) pero gustaba de conmover a su auditorio con el relato de la magnanimidad de Carlos II el Hechizado. El positivismo de Riva Palacio obedece a que era un hombre que se movía con los tiempos, y que logró -no sin contradicción- mantenerse fiel a sus ideas básicas del hombre y la historia, las cuales adaptaba con maestría al género que estuviera escribiendo.

Es verdaderamente mestiza, mixturada, la escritura de Riva pues el pundonor con que defiende como un avance en el desarrollo histórico la propagación del cristianismo en América, en cierto sentido lo autoriza ampliamente para discutir y cuestionar la manera en que se ha juzgado (en corte marcial) la práctica del sacrificio humano entre los pueblos mesoamericanos (otra vez la retórica pendular). Para los mexicanos esto no pasa de ser un dato que nos es habitual y que, en la medida que ya no existe más no nos altera. Pero estas prácticas primitivas, o cuando menos premodernas, se han usado muchas veces por los países coloniales para justificar sus conquistas. Se dice que en algunas partes de África se practicaba el canibalismo y nosotros hemos visto, en un documental, a un inglés justificar ciertos actos que afectaban a la comunidad local y decir: “aquí eran ustedes caníbales antes de nuestra llegada”; a lo cual el moreno con el que hablaba contestó: “aquí no, por allá, más allá”.

Haciendo una mínima recapitulación de las obras de teoría de la historia de Riva lo primero que salta a la vista es que el fue el historiador mexicano de su siglo que más páginas escribió en torno a cuestiones teóricas y metodológicas. Pero más que la cantidad importa la calidad de su pensamiento que, indudablemente inscrito en el pensamiento occidental -desde los clásicos antiguos hasta Renan, Spencer y Comte- es a la vez una

reflexión que mira y adopta esa tradición desde México. Y pensamos que el gran éxito que como historiador ha tenido Riva se debe en gran medida a que para él la erudición era un deber, pues la verdadera virtud del historiógrafo era dar sentido a la masa caótica de los acontecimientos. No deja de haber en su doctrina ambigüedades y aun contradicciones muy claras, por ejemplo, en torno al positivismo. Mas sería una tontería querer a fuerzas que la obra de Riva tenga un sentido unívoco, como si se estuviera disectando a un cadáver; la maravilla de este autor es que su obra está viva y ofrece una multiplicidad de lecturas (algunas extremas, como la del padre Cacho Vázquez, de quien hablaremos más adelante), e incluso la sola confrontación de sus propios textos no ofrece una sola respuesta sino varias, que llegan al punto de la contradicción. Y como hubiéramos hecho el encargo especialmente, don Antonio Candido, el célebre crítico brasileño, sirve de acicate para este trabajo:

> Para llegar lo más cerca posible al designio expuesto, es necesario un movimiento amplio y constante entre lo general y lo particular, la síntesis y el análisis, la erudición y el gusto. Es necesaria una tendencia para integrar contradicciones, inevitables cuando se atiende, al mismo tiempo, el significado histórico del conjunto y el carácter singular de los autores. Resulta necesario sentir, a veces, que un autor y una obra pueden ser y no ser alguna cosa, siendo dos cosas opuestas simultáneamente -porque las obras vivas constituyen una tensión incesante entre los contrastes del espíritu y de la sensibilidad. La forma, a través de la cual se manifiesta el contenido, completando con él la expresión, es una tentativa más o menos feliz y duradera de equilibrio entre estos contrastes. Pero incluso cuando es relativamente perfecta deja vislumbrar la contradicción y revela la fragilidad del equilibrio. Por eso, quien quiera ver con profundidad, tiene que aceptar lo contradictorio, en los períodos y en los autores, porque, según una frase justa, ello "es el mismo nervio de la vida".[174]

[174] Antonio Candido, " 'Introducción'. Formacao da literatura brasileira (momentos decisivos)", en Alberto Vital (editor), Conjuntos, teorías y enfoques literarios recientes, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Literarias y Semiolingüísticas, Universidad Verac México, (Instituto de Investigaciones Filológicas, Ediciones Especiales, 4), p. 314.

Sería una vulgaridad pensar que esta idea importante de Candido ha de servirnos para disculpar al autor que estudiamos; no, Riva vale mucho, pero sus yerros, sus verdaderos despropósitos simplemente no tienen defensa. En cambio estudiar su doctrina histórica que, lejos de ser dogmática, está plena de matices, de ambigüedades y aun de contradicciones, nos acerca a comprender el proceso que dista de sus novelas históricas al México a través de los siglos. En vano se buscará en la teoría histórica de Riva un producto definitivo y unívoco, en cambio parece más cercano a la verdad decir que puede detectarse en la obra de Vicente Riva Palacio una inteligibilidad progresiva de la mexicana historia.

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

# CAPÍTULO V: UNA GRAN FÁBRICA DE HISTORIA

Después de que Riva renunciara al Ministerio de Fomento, por motivo de haberse suspendido la Exposición Internacional Mexicana, tal vez más por razones políticas que de finanzas, no dejó de conservar una importancia política considerable, si bien no fuera por lo pronto presidenciable, como se suele decir. El candidato oficial para las elecciones de 1880, designado indudablemente por Porfirio Díaz, fue el general Manuel González quien había salvado el día en la acción de Tecoac, durante la revolución de Tuxtepec. No parece imposible que también fuera el propio Díaz quien recomendó a González que designara a Riva como director de su campaña electoral, puesto delicadísimo que prueba la confianza que el caudillo tenía tanto en la capacidad como en la lealtad de Riva. No es éste el lugar para entrar en detalles pero quien quiera conocer cómo se realizaba entonces una campaña presidencial no debe omitir la revisión del rico archivo del archicitado Riva. En todo caso estos importantes servicios prestados por don Vicente, que en efecto llevaron a González a la presidencia, hicieron suponer que, probablemente. conseguiría un puesto ministerial. Pero no fue así, solo consiguió una curul de diputado y el relativo honor de ser el primer presidente del Congreso. Sin embargo hay indicios de que Riva sentía que el nuevo presidente había sido ingrato con él, por ejemplo un poema anónimo que se halla en su archivo personal y titulado “Vicente Palacio” dice entre otras cosas:

> Si en mi patria no hubiera ingratitudes
> Y al bueno se premiara dignamente
> Un laurel ceñiría su noble frente

Como premio nomás a sus virtudes.[1]

Sin embargo pronto recibió lo que podría considerarse una compensación: la encomienda de escribir una historia de la guerra de Intervención; pero otra interpretación posible es que Riva, por su prestigio y sus muchas relaciones políticas, resultaba incómodo para el presidente González y qué mejor que distraerlo de la política aprovechando su bien conocida pasión por los libros. Aun me atrevo a conjeturar que la idea fue de Díaz, quien lo conocía mucho mejor, y tal vez por ello se enfatiza en los documentos que González "concibió la idea" de que se escribiera dicha historia, aclaración innecesaria que a mis ojos apunta a todo lo contrario. No cabe duda que nos movemos aquí en un terreno conjetural pero podemos convenir en que escribir un libro de historia da cierto prestigio, pero no precisamente político y sí distrae mucho, especialmente si consideramos que Riva modificó el proyecto de hacer una historia de la guerra de Intervención para convertirlo en el monumental México a través de los siglos.

Don Daniel Cosío Villegas informa que desde diciembre de 1880 El Nacional[2] anunció el proyecto editorial sobre la Intervención, y la comunicación oficial no se hizo esperar: el 8 de febrero de 1881 el general Jerónimo Treviño, ministro de Guerra y marina, manifestaba a Riva "que el presidente de la República tuvo a bien comisionarlo para escribir la Historia de la Guerra contra la Intervención y el Imperio".[3] Como rigor, Riva respondió con una carta, suscrita en febrero 9 de 1881, dirigida al ministro de

[1] Utx-A, AVR-P, fólder 187, doc. 400.
[2] Precisamente el 16 de diciembre de 1880.
[3] Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Puebla, febrero 13 de 1881, p. 340 (Puede consultarse en la biblioteca del Centro de Estudios Históricos de CONDUMEX.

Guerra y Marina "para agradecer al presidente de la República la designación que hizo en su favor como cronista de la Guerra contra la Intervención y e Imperio.[4]

Los fondos necesarios para la empresa los proporcionaría el Ministerio de Guerra cuya primera acción fue reincorporar a Riva al ejército con el grado de general de Brigada, pues había renunciado al instituto armado desde tiempos del presidente Lerdo;[5] esta condición castrense habría de traerle graves consecuencias cuando se desató el escándalo de la moneda de níquel.

En tanto se integraba un equipo de trabajo, Riva comenzó a recibir ofrecimientos de materiales históricos que podían serle de utilidad, como el de cierto excombatiente de nombre Adolfo M. Obregón, quien le ofrece datos sobre la guerra en Tamaulipas, donde combatió al temible contraguerrillero Dupin.[6] A la vez don Vicente dictó una infinidad de cartas a personas de todas las calidades, para solicitarles la información que pudieran tener. Estas cartas llegan a parecer machotes por los repetitivos términos de la solicitud. Así a su compadre don Ramón Corona, entonces embajador en España, le solicita:

> me remitas, lo más pronto que te sea posible, todos los libros, folletos, planos, dibujos, vistas, manuscritos, datos y los documentos políticos, diplomáticos, parlamentarios, militares, financieros y privados que puedas conseguir en España sobre el asunto, y especialmente noticias pormenorizadas sobre la parte activa que tomaste en esa lucha, así como sobre los acontecimientos y episodios que presenciaste o de los que tengas conocimiento, con sus respectivas fechas y detalles.
>
> También te estimaré me envíes un retrato tuyo de aquel tiempo y, si se puede, con el traje de campaña que usabas.

[4] Ibid., febrero 20 de 1881, p. 393-394. Las fechas del oficio y de la respuesta de Riva son febrero 8 y 9 de 1881, respectivamente.
[5] Daniel Cosío Villegas, Historia moderna de México, El Porfiriato. La vida política interior. Parte primera, p. 661.
[6] Utx-A, AV RP, carta de Adolfo M. Obregón a VRP, México, febrero 10 de 1881, fólder 188, doc. 20.

> Me serán útiles igualmente una buena fotografía de Prim y de los principales jefes que lo acompañaron, así como de los buques de guerra que formaron parte de la expedición, y diseños de los uniformes de los cuerpos españoles que vinieron a nuestro país.[7]

Y no sólo a la legación de Madrid se solicitaron documentos sobre la guerra de Intervención, sino a todas las principales embajadas, consulados y aun a las agencias comerciales en el extranjero. A Francia -que obviamente era una fuente estratégica por ser la nación que consumó la intervención militar en México- se pidieron informes, documentos, planos, retratos fotográficos de muchos generales. Etcétera; el primer párrafo de la carta que envía Riva al embajador Emilio Velasco nos da el primer indicio de que don Vicente no iba a ser el único autor, pues de otro modo no tendría sentido que refiriera a sí mismo como director de la obra:

> El supremo gobierno ha dispuesto que <u>bajo mi dirección se escriba</u> la historia de las guerras que sostuvo el pueblo mexicano contra la intervención y el imperio.[8]

Al embajador en Inglaterra, que cerraba el tercio de la triple alianza que inició la guerra de Intervención, nada más le pide:

> Todos los libros, folletos, planos, dibujos, vistas, datos y los documentos políticos, diplomáticos, parlamentarios, militares financieros y privados que pueda usted conseguir en Inglaterra sobre el asunto...
>
> En una palabra, sírvase usted favorecerme con todo cuanto pueda, en su concepto, derramar luz sobre los acontecimientos de esa época y contribuir a la exactitud y estricta verdad de la historia desde luego voy a escribir con todo afán, imparcialidad y conciencia

[7] Utx-A, AVRP, borrador de carta de VRP a Ramón Corona, México, febrero 16 de 1881, fólder 188, doc. 27.
[8] Utx-A, AVRP, México, febrero 16 de 1881, fólder 188, doc. 29. Subrayado nuestro.

> pudiendo girar a mi cargo por el importe de los gastos que originen esas remisiones.[9]

Todo parece indicar que estos documentos en que pide Riva apoyo documental son sólo vestigios de muchas otras cartas enviadas no sólo a las embajadas sino a los monasterios, a los gobernadores y aun a particulares de quienes se creía podían proporcionar alguna información; esto se deduce fácilmente de la multitud de respuestas que se conservan hasta hoy en el archivo de Riva.[10] Así, don Ángel Núñez Ortega, embajador en Bélgica le responde que son muy raras las obras sobre la Intervención en aquel país y sólo se las consigue "de lance`, pero como literato que él mismo es le informa que publicó en El Federalista, en 1877, un catálogo de 300 obras sobre el tema.[11] El compadre Ramón Corona le escribe al menos en dos ocasiones sobre este asunto, promete datos biográficos, ofrece alguna referencia biográfica y la intención de buscar informes en los ministerios españoles.[12]

La seriedad y la magnitud del proyecto que "concibió" el presidente González de escribir la mencionada historia se percibe claramente al constatar que Riva no era el único que dictaba carta tras carta, pues don Ignacio Mariscal, ministro de Relaciones

[9] Utx-A, AVRP, carta de VRP a Ignacio de Ibarronda (en Londres), México, febrero 16 1881, fólder 188, doc. 26. Muy similares son las cartas enviadas por Riva a Bruselas (en donde se interesa especialmente por fotografías de ciertos generales belgas) y a los Estados Unidos; era entonces cónsul en Nueva York el célebre diplomático Matías Romero, en tanto que la legación en Washington estaba a cargo de don Manuel María Zamacona; a ambos les pide su retrato que "ha de figurar en el texto", además de toda la ayuda de su memoria. Véase Utx-A, AVRP, carta de VRP a Ángel Núñez Ortega (en Bruselas), México, febrero 16 de 1881, fólder 188, doc. 28; carta de VRP a Matías Romero (en Nueva York), México, febrero 26 de 1881, fólder 188, doc. 44; y carta de VRP a Manuel María de Zamacona (en Washington), México, febrero 26 de 1881, fólder 8, doc. 45.

[10] Conocemos el destino de una parte de la documentación que Riva solicitó, me refiero a la que no quedó en su archivo personal. Tal es el caso de los documentos que le envió el general Francisco Leyva, que hoy existen (no en los originales sino en copias mecanografiadas) en el fondo Segundo Imperio del Archivo General de la Nación, vol. 61 . exp. 58 al 71. Véase Utx-A, AVRP, carta de Francisco Leyva a VRP, México, marzo 19 de 1881, fólder 1888, doc. 87.

[11] Utx-A, AVRP, carta de Ángel Núñez y Ortega a VRP, Bruselas, marzo 23 de 1881, fólder 188, doc. 92.

[12] Utx-A, AVRP, cartas de Ramón Corona a VRP, Madrid, marzo 25 y abril 5 de 1881 fólder 188, docs. 98 y 114.

Exteriores, se había encargado de hacer lo propio inquiriendo aun en lugares donde la probabilidad de hallar documentos era mínima, como era el caso de la Agencia Comercial Privada de México en ¡Cardiff!

> En circular de fecha 26 de febrero último, me ordenaba el señor secretario de Relaciones Exteriores remitiera a usted datos o publicaciones que trataran de la guerra que contra la intervención y el Imperio sostuvo México, y como quiera que ni en la biblioteca de este puerto ni en otras particulares he encontrado nada que se refiera a este acontecimiento; registrando mis libros he visto la Historia contemporánea de España de la que he copiado los capítulos que hablaba sobre el particular y por si fueran a usted de alguna utilidad tengo el gusto de remitírselos en la presente comunicación.[13]

De diferentes puntos de Europa Riva recibió algunos libros o artículos,[14] y en otros sitios la cosecha fue mayor, por ejemplo en Alemania:

> Me es grato dirigirme a usted -le dice el cónsul en Hamburgo R, G. Granados- para remitirle la lista que usted encuentra adjunta conteniendo las obras que se han publicado en Alemania, así como los documentos que se encuentran en este consulado relativos a la citada época de nuestra historia.[15]

Como ya hemos dicho estos testimonios son sólo vestigios o rastros de las exhaustivas indagaciones que por correspondencia realizó Riva en el extranjero, con el decidido apoyo de Mariscal, ministro de Relaciones Exteriores. No menos intensa fue la actividad de Riva en suelo mexicano. A cada uno de los ministros envió una carta, que en lo fundamental era idéntica, solicitando informes para la historia que habría de escribir:

> Señor ministro: El Supremo Gobierno ha dispuesto que bajo mi dirección se escriba la historia de las guerras que el pueblo mexicano sostuvo contra la Intervención y el Imperio. Para cumplir debidamente este encargo, estoy acopiando todos los materiales necesarios y

[13] Utx-A, AVR-P, carta de Felipe de Lugo a VRP, Cardiff, abril 8 de 1881, fólder 188, doc. 120. Otros sitios de donde recibe informes más vagos que específicos son: Rio Grande City, Filadelfia, Venecia y Centroamérica. Véase Utx-A, AVRP, fólder 188, docs. 128, 134, 139 y 373.
[14] Utx-A, AVRP, fólder 188, docs. 131, 340, 359 y 372.
[15] Utx-A, AVRP, Hamburgo, abril 18 de 1881, fólder 188, doc. 135.

> agradeceré a usted sobremanera tenga la bondad de disponer se me faciliten todos los libros, folletos, planos, dibujos, vistas, estadísticas, monumentos, datos y documentos políticos, diplomáticos, militares, parlamentarios y financieros que, relativos a esa época existan en la Secretaría del digno cargo de usted, a fin de que hecho el estudio y elección de todo aquello que fuere útil para derramar luz sobre esos acontecimientos y contribuya a la exactitud y estricta verdad de la obra que desde luego voy a escribir con todo afán, conciencia e imparcialidad, usted se sirva ordenar se me expidan las copias correspondientes.
>
> Estimaré a usted asimismo tenga a bien comunicar a las oficinas de su departamento me ~~faciliten~~ [sic] ministren las noticias que puedan ser útiles al fin que se propuso el Ejecutivo de la Unión al honrarme con la comisión que se dignó confiarme.[16]

Las respuestas que recibió de Fomento y Gobernación fueron correctas, escuetas y contaban con que Riva proporcionaría el personal que llevara a cabo las copias de los documentos. Don Ezequiel Montes, ministro de Justicia y notable romanista, de seguro estaba pensando en Catulo cuando leyó la solicitud de Riva, pues la entendió en el sentido que él, Montes, debía hacer personalmente todo el trabajo:

> Amigo mío -respondió Montes-: la carga que usted impone sobre mis hombros es superior a mis fuerzas; para llevarla conmigo, sería necesario que contara yo con el primer elemento del escritor: el retiro y el ocio. No sólo no cuento con él; sino que estoy agobiado bajo el peso de las obligaciones que me ha impuesto la confianza de nuestro común y querido amigo el presidente de la República. ¿Qué hacer? Yo obsequiaré el mandato de usted, hasta donde alcancen mis facultades...[17]

El ministro que mostró mejor disposición fue Mariscal, de Relaciones, a quien Riva había solicitado especialmente "el examen del archivo de la secretaría particular del príncipe Maximiliano de Habsburgo que se encuentra en Departamento de

[16] Utx-A, AVRP, borrador de carta de VRP a los ministros de Hacienda, Justicia e Instrucción, Gobernación y oficial mayor de Fomento, México, febrero 27 de 1881, fólder 188, doc. 50.
[17] Utx-A, AVRP, carta de Ezequiel Montes a VRP, México, marzo 7 de 1881, fólder 18 doc. 64.

Relaciones.[18] Este archivo de la secretaría particular del príncipe constituye "la mayor parte de la información" del fondo Segundo Imperio del Archivo General de la Nación.[19]

Como prueba de que Mariscal apoyó en todo a Riva copiamos esta carta:

> Con esta fecha se da orden a los archivos general de la nación y particular de esta Secretaría, para que atiendan a usted de una manera especial, siempre que se presente a consultar los documentos que puedan darle alguna luz y servirle para escribir la historia de las guerras que el pueblo mexicano sostuvo contra la Intervención y el Imperio de Maximiliano, comisión que el señor presidente ha encomendado a la dirección de usted; previniéndoles, además, que proporcionen a usted copias de todos los documentos que designe.
>
> Igualmente se dirige una circular a las legaciones República en el exterior y a nuestros principales agentes consulares para que se sirvan remitir a usted todas las noticias de interés de que tengan conocimiento.[20]

Con este tratamiento de lujo inició Riva el acopio de los materiales para su historia. Otro contingente importante al que don Vicente envió sendas cartas solicitando información fue el de los gobernadores de los estados, que le respondieron de diferentes

[18] Utx-A, AVPP, carta de VRP a Ignacio Mariscal, México, febrero 27 de 1881, fólder 188, doc.51.

[19] Archivo General de la Nación, Inventario del fondo Segundo Imperio, México, 1998, p. 10. Sobre el origen de este fondo se lee en este inventario: "Vicente Riva Palacio fue comisionado por el gobierno federal para que escribiera una obra que se titularía Historia de la lucha del pueblo de México contra la Intervención Francesa y el Segundo Imperio. Para cumplir con su encomienda, Riva Palacio solicitó a los principales protagonistas estos sucesos, que le proporcionaran los documentos que conservaran en su poder y que se refirieran a los hechos ocurridos durante la Intervención y el Imperio. El Archivo General de la Nación proporcionó también un lote de documentos para este proyecto. A la muerte de Riva Palacio, los documentos quedaron en manos de su hijo Federico, quien varios años después los vendió a un anticuario español. De manos de éste, los documentos fueron recuperados por el AGN en 1909." (p. 9) El fondo tiene una magnitud considerable, 64 volúmenes, que corresponden a los años 1803-1888, si bien la mayoría fueron producidos en los años 1864-1867.

[20] Utx-A, AVRP, carta de Ignacio Mariscal a VR-P, México, febrero 26 de 1881, fólder, 188,doc. 46.

modos. El gobernador de Puebla, el muy respetado general Juan N. Méndez. le respondió a términos muy honrosos para Riva:

> Nunca ha estado más acertado que esta vez, el ciudadano presidente de la República que designando a un escritor ilustrado como usted para relatar a las generaciones venideras los hechos heroicos con que los mexicanos supieron defender de las naciones más poderosas de la Europa sus fueros y su independencia. Usted no sólo como escritor sino como actor en muchos de esos gloriosos acontecimientos sabrá referir la verdad con todos sus detalles, y la presentará al mundo con una noble enseñanza de lo que vale el esfuerzo de un pueblo que sabe amar la democracia y defender la libertad.[21]

En seguida Méndez le informaba que había dispuesto se nombraran comisiones en cada distrito para que recojan los datos que desea; en la capital poblana nombraría una "comisión central que recoja y coordine las referencias que le envíen los distritos, para que el trabajo histórico que usted reciba sea perfecto".[22]

Más escueto es el gobernador de Veracruz, Apolinar Castillo, pero con buena voluntad. Sencillamente acusó recibo de la solicitud e hizo del conocimiento de ella a la sección de archivo y a todos los jefes políticos "para que me remitan los datos que tengan en sus archivos a la mayor brevedad.[23]

Don Rafael Cravioto, gobernador de Hidalgo, quien por cierto tenía fuertes ligas políticas con Riva, al responder a la solicitud manifestó haber dado órdenes a los jefes políticos de los distritos que envíen datos para la historia, y luego añadió un párrafo

[21] Utx-A, AVRP, carta de Juan N. Méndez a VRP, Puebla. marzo 5 de 1881, fólder 188, doc.60.
[22] Ibid.
[23] Utx-A, AVRP, carta de Apolinar Castillo a VRP, Orizaba, marzo 5 de 1881, fólder 88, doc. 61.

curioso: “Al terminar el presente mes me prometo enviarle los apuntes que pretende”[24] Es decir que actuaría “violentamente”, como decían entonces para significar celeridad pero el señor gobernador no parece comprender la diferencia entre los documentos originales, o las copias de ellos, y los “apuntes” que menciona que obviamente no serían una fuente primaría sino un testimonio escrito con posterioridad a los hechos, cuya utilidad sería muy variable dependiendo del lugar, de la experiencia y de la capacidad de quien escribiera dichos “apuntes”. Esto no es una crítica al gobernador de Hidalgo, cuyo oficio era gobernar y no participar en investigaciones históricas, es sólo que su respuesta a Riva nos sirve para ilustrar que la fábrica de historia que Riva dirigía recibió todo de insumos, muchos de ellos de poca utilidad para la historia, sin embargo, la estrategia de pedir todo tipo de informes, documentos planos y cuanto hay posiblemente fue la más correcta: primero recopilar todos los materiales que se pudieran allegar y después depurarlos y seleccionarlos.

En Guanajuato gobernaba uno de tantos Muñoz Ledo que ha conocido el país (quiero decir familia antigua), don Manuel, y escuetamente respondió que había órdenes para que se le enviaran a Riva todos los datos que hubiera en los archivos del estado.[25]

El fugaz gobernador de Aguascalientes, don Miguel Guichard, mostró tan buena voluntad que dispuso se escribieran dos reseñas; por lo visto este señor también desconocía el principio de las fuentes primarias:

[24] Utx-A, AVRP, carta de Rafael Cravioto a VRP, Pachuca, marzo 8 de 1881, fólder 188 doc. 67.
[25] Utx-A, AVRP, carta de Manuel Muñoz Ledo a VRP, Guanajuato, marzo 9 de 19 fólder 188, doc. 69.

> Oportunamente remitiré a usted los datos que pueda recoger del estado de mi mando, en relación a los sucesos de la misma guerra de Intervención para cuyo efecto ya comisiono a varias personas formen dos reseñas. una por la parte militar y otra por la política, que espero le servirán de material a su importante obra.[26]

De manera similar don Mariano Martínez de Castro. gobernador de Sinaloa informó: "Cuanto antes mandaré a usted los apuntes históricos que menciono".[27]

No obstante hubo casos en que la respuesta a la solicitud de Riva era desalentadora, tal la del general Leopoldo Romano quien le escribe desde Tepic:

> Las circunstancias azarosas de este distrito han hecho que repetidas veces desaparezcan los archivos, y no se encuentran en ellos documentos relativos a la época cuya historia va a escribir usted tan acertadamente.[28]

Igualmente escasa fue la ayuda que ofreció el general Carlos Pacheco, gobernador del Distrito Federal, (quien por cierto tenía tan marcada vocación para ser gobernador que también lo fue de Morelos y de Chihuahua). Respondió diciendo que en el archivo no había sino pocos datos útiles:

> Y no existen absolutamente de la naturaleza que indica, pues aunque deben haberse publicado en el Diario Oficial y en los diarios caracterizados de aquella época, de éstos no hay en el archivo ninguna colección.
>
> Tampoco existen datos para la relación de los sucesos porque la mayor parte de los expedientes se refieren a los asuntos de los diversos ramos de la administración pública despachados en aquella época en estado normal, y sólo uno que otro dato incompleto, por los trastornos que ha sufrido el archivo con motivo de los diversos cambios políticos, se refiere a la organización de la guardia nacional, reparación de las fortificaciones, ministración de raciones al ejército del Centro, y

[26] Utx-A, AVRP, carta de Miguel Guichard a VRP, Aguascalientes, marzo 11 de 1881, fólder 188, doc. 72.
[27] Utx-A, AVRP, carta de Mariano Martínez de Castro a VRP, Culiacán, marzo 23 de 1881, fólder 188, doc. 93.
[28] Utx-A, AVRP, carta de Leopoldo Romano a VRP, Tepic, marzo 28 de 1881, fólder 188, doc. 100. Sin embargo ofreció el corresponsal obtener datos de los particulares.

> cobro de impuestos personales y extraordinarios creados en aquella situación para subvenir a las atenciones de la guerra, cuyas disposiciones tengo el gusto de acompañarle.[29]

Como ya hemos dicho todos estos documentos son lo que han llegado a nosotros de una nutridísima correspondencia que debió ocupar a buen número de escribientes.[30] Porque parece lógico pensar que quien quisiera escribir una historia de la guerra contra la Intervención Francesa, y contara con el apoyo oficial, se dirigiría a las autoridades principales de los gobiernos de los estados, y naturalmente del gobierno federal; en este sentido es claro el objetivo de Riva cuando escribe a la sección de archivo del gobierno de Veracruz,[31] o al tesorero del estado de Puebla.[32] Pero ¿qué caso tenía solicitar información a don Antonio María Vizcaíno, quien había sido juez de primera instancia del distrito de Texcoco, magistrado del Tribunal Superior de Tulancingo y a últimas fechas empleado del Ministerio de Gobernación? Todo parece indicar que Riva y su equipo hicieron una lista larguísima, exhaustiva, para recabar el mayor número de documentos e informes. Y es muy probable que muchas respuestas fueran como la de Vizcaíno: "en las épocas a que usted se refiere, estuve enteramente extraño a los

[29] Utx-A, AVRP, carta de Carlos Pacheco a VRP, México, abril 4 de 1881, fólder 188, doc. 112.
[30] Utx-A, AVRP, manuscrito no firmado de VRP, s. l. s. f., fólder 205, doc. 7. Se trata de una lista de personas a las que Riva quiere solicitar información, abarcan todas las regiones, además de una lista de fuentes hemerográficas y bibliográficas para la historia de la Intervención. Por otra parte en el Ramo Archivo de Leyva, del Archivo General de la Nación, encontramos una gran cantidad de cartas, reseñas y apuntes que fueron originalmente enviados a Riva, muy parecidos a los que aquí hemos copiado. Véase Archivo General de la Nación, Ramo Archivo de Leyva, México, 1979, elaborado por Eddie María Perera C., (Serie Guías y Catálogos, 6).
[31] Utx-A, AVRP, de la sección de archivo del gobierno del estado de Veracruz a VRP, Orizaba, junio 12 de 1881, fólder 188, doc. 143. Este documento está colocado equivocadamente, en el sitio que corresponde a abril 25 de 1881.
[32] Utx-A, AVRP, carta de Juan Crisóstomo Bonilla a VRP, Puebla, marzo 21 de 1881 fólder 188, doc.90.

acontecimientos de la guerra, y por lo mismo no tengo los datos suficientes para poder contribuir a la exactitud y verdad de la historia".[33] Esto revela una gran tenacidad de parte de Riva y la intención de seguir todas las pistas, a la manera de un detective, y de buscar aun bajo las piedras la información histórica que le interesaba.

No cabe duda de que fueron muchas las personas que, con cargo oficial o sin él, recibieron de Riva una detallada solicitud de informes. Sóstenes Rocha, el general, por supuesto, respondió: "Con positivo placer ministraré a usted los pormenores de los acontecimientos relativos a las campañas y acciones de guerra que sostuve en el Norte y sitio de Querétaro, luego que acabe de escribirlos".[34] Luis P. Figueroa [?]: "con gusto procuraré reunir todos (los datos) de mis recuerdos de soldado de la República [que] venga, además de los documentos que encuentre concernientes al objeto".[35] El famoso Luis Mier y Terán, que no sabía aún que conocería el hospital de dementes de París, tutea a Vicente y le escribe con entusiasmo:

> Te escribo ésta con el solo objeto de participarte que el señor general José María González de Mendoza, cuartel maestre que fue del Ejército de Oriente, tenía muchos y muy preciosos datos sobre la guerra de intervención; que los ordenó y durante los días de navegación que hicimos los prisioneros mexicanos al ser conducidos a Francia, le sirvieron a bordo del "Darién" para redactar una especie de Memorándum, sirviéndole yo en esta tarea de amanuense.[36]

[33] Utx-A, AVRP, carta de Antonio María Vizcaíno a VRP, s. l., marzo 24 de 1881, fólder 188, doc. 95.
[34] Utx-A, AVRP, carta de Sóstenes Rocha a VRP, Tacubaya, marzo 8 de 1881, fólder doc. 66.
[35] Utx-A, AVRP, carta de Luis P. Figueroa [?] a VRP, s. l., marzo 9 de 1881, fólder 188, doc. 68.
[36] Utx-A, AVRP, carta de Luis Mier y Terán a VRP, Orizaba, marzo 9 de 1881, fólder doc. 70.

Sugiere además que recupere estos apuntes de los albaceas del citado general. Añade que en el mes que corre tendrá los otros apuntes que le ofreció y, por último, le informa que el señor Colombres tiene datos muy interesantes acerca del general Ignacio Zaragoza.

Son muchos otros los que reciben la solicitud de Riva respecto a informes sobre la Intervención y que respondieron con la mejor voluntad de contribuir con documentos y, con frecuencia, con apuntes de sus memorias. Mencionemos al general Mariano Escobedo, Y. R. Alatorre, Ignacio Belendez, Fernando Poucel, A.Villegas, Teófilo Grosse, B. Topete, Antonio S. Carvajal, Manuel Balbotín y F. Somera. Y detallaremos en seguida otros por ser especialmente curiosos.

F. G. Vargas contestó a Riva que él, en efecto, tenía muchos datos y de primera mano. "Pero, como acabo de decir, para inquirir estos datos fehacientes y minuciosos, así como para levantar los croquis y planos de los puntos más notables por sus gloriosos hechos de armas se requiere, como es de considerase, emprender gastos cuantiosos".[37] Y en seguida pide se le pague su sueldo de coronel, pero si esto no es posible ayudará de todos modos en lo que sea "dable".

Una respuesta cargada de misterio es la que envió a Riva al señor Manuel Mendiola, quien le asegura que él pasó el sitio de Querétaro dentro de la plaza y un tal coronel Saviñón ofreció dejarles varias cajas con los documentos del imperio. Que todo paró en manos del doctor Licea, procesado por vender despojos del archiduque. Pero no

[37] Utx-A, AVRP, carta de F. G. Venegas a VRP, s. 1. marzo 14 de 1881, fólder 188, doc. 76.

sabe de cierto si este archivo existe. Mejores datos podrá darle a Riva su compadre el padre Campa.[38]

Mencionemos por último, en este grupo, a uno de esos que llaman con iniciativa. J. A. Ruiz, quien le respondió a Riva: "pienso hacer algo más que enviarle documentos y, noticias sueltas, en relación a la costa de sotavento del estado de Veracruz"; su plan consistía en escribir una historia de la región que tal vez Riva te ayudaría a imprimir a cuenta del gobierno; además le prometió el envío de un "Ensayo de un imperio en México".

Otro contingente lo forman los corresponsales que, por esta razón o aquella, se rehusaron a participar en el proyecto. M. del Castillo contestó: "no me es posible porque habiendo yo salido para Europa a mediados del año 1866, dejé todos los documentos y libros en los respectivos Ministerios y no regresé a México sino pasados algunos años.[39] Por su parte J. L. Milicua le escribió una carta larga de cinco páginas, todo para decirle que sus documentos y memorias se los dio a Ignacio M. Altamirano y al general Montesinos.[40] Desde la frontera norte le escribió a su vez Jacobo Marsh [?] para declarar que no tiene dato alguno, que en la época que le interesa el pasó a Brownsville. Otra carta interesante es la que escribió Diego Álvarez, el cacique del Sur que carecía de los méritos de su padre, don Juan Álvarez, y sólo heredó un regionalismo exacerbado y que durante la guerra con Francia rehusó su ayuda tanto a Altamirano como a Riva. El hecho de que

[38] Utx-A, AVRP, carta de Manuel Mendiola a VRP, Matamoros, abril 7 de 1881, fólder 188. doc. 118.
[39] Utx-A, AVRP, carta de M. del Castillo a VRP, s. l. marzo 15 de 1881, fólder 1888, doc. 79.
[40] Utx-A, ABR, carta de J. M. Milicua a VRP, Veracruz, marzo 16 de 1881, fólder 88, doc. 84.

no aporte ni siquiera datos para la historia es el mejor retrato de su personalidad. Según sus palabras:

> Interesándome como el que más en que en dicha historia sea conocido este estado por sus hechos más notables durante aquella época, no dude usted que con la debida oportunidad satisfaga sus deseos; no verificándolo de momento porque necesito practicar con registro general de mi archivo, el cual demanda un trabajo escrupuloso para poder hacer personalmente la separación de todos los documentos que me sirvan al intento, y esto no me es posible efectuarlo ahora porque son los momentos en que alisto mi marcha para Chilpancingo para recibirme del gobierno del estado, y se trata de papeles que están aún en el desorden originado por los sucesos de 1877.[41]

Un último contingente que debemos mencionar entre quienes colaboraron con noticias, documentos, retratos y otras fuentes de información son aquellos que actuaron de por sí, sin invitación expresa de Riva. En este sentido estuvieron dispuestos a ayudarlo Adolfo M. de Obregón, Antonio Carrión desde luego le envió la parte publicada de sus memorias, al tiempo que Ignacio Cerda puso a su disposición el diario que llevó como empleado de hacienda; Gaspar Sánchez Ochoa, por su parte, le promete en ocho días los pormenores del asunto del vapor de guerra francés "Cordelliere" y José González le envía "borradores mal formados" del año de 62.[42] Otro corresponsal se muestra preocupado porque Riva no pase "en silencio los desaciertos no sólo de los hombres de menor escala sino aun de los más acreditados capitanes de aquella época, que rendían su espada valiéndose de algún medio, y aun entregado los elementos nacionales en algún simulacro

[41] Utx-A, AVPP, carta de Diego Álvarez a VRP, La Providencia, marzo 16 de 1881, fólder 188, doc. 83.
[42] Utx-A, AVRP, fólder 188, docs. 20, 31, 361, 63, 82.

de asedio".[43] Y luego resulta que además ha escrito en su "pulcro lenguaje" un diario que va de 1858 a 1868.

Con mayor amplitud debemos referimos a otras cartas no solicitadas por Riva. Interesante sobremanera es la que le envió Agustín Díaz, según parece empleado de ferrocarriles (es decir subalterno del Ministerio de Fomento que Riva encabezó en el primer gabinete de don Porfirio Díaz). En ella se insinúa que bien quisieran ver a Riva en oposición política más alta -tal vez hasta en la presidencia- y este no es un caso aislado sino que hay muchos mensajes de este tipo, enviados por muy variados corresponsales, que en nuestra opinión reflejan la actitud de la clientela política directa que Riva alimentó en su vida pública.

> He visto la aceptación de usted para escribir la historia de la guerra contra la Intervención y el Imperio: el servicio no está a la altura de los que usted pudiera prestar al país, pero con su actividad y conocimientos prácticos sobre las fuentes de noticias, podrá desempeñar la comisión con mucha más inteligencia que otro cualquiera y sin las paparruchadas de ciertos historiadores; además, esto lo distraerá, y emprendida la obra ya verá usted como se entusiasma, al fin llega a agradarle y se entusiasmará tanto como en los ferrocarriles, faros, etcétera.[44]

Al analizar estas insinuaciones y buenos deseos para que Riva progrese en la política hay que tener en cuenta que son opiniones de los clientes, hasta cierto punto de los "paniaguados", que quieren ser las rémoras en ese futuro promisorio, y no reflejan

[43] Utx-A, AVRP, carta de Juan G. González a VRP, Guadalajara, marzo 20 de 1881, fólder 188, doc. 89.
[44] Utx-A, AVRP, carta de Agustín Díaz a VRP, Puebla, febrero 18 de 1881. Como nuestra de que varias personas le escriben a Riva -¿cuántas no se lo dirían en persona?- que quieren verlo en la presidencia, "a cuyo puesto le llaman su privilegiada inteligencia, grandes virtudes cívicas e indisputable popularidad". Véase Utx-A, AVRP, carta de J. Dugelar, San Cristóbal de las Casas, septiembre 18 de 1880, fólder 187. doc. 292; también Utx-A. AVRP, carta de M. H. de León a VRP, San Francisco, enero 2 de 1882, fólder 188, doc. 248. Subrayado nuestro.

con toda exactitud las posibilidades reales que tenía Riva de ascender a los más altos puestos. Durante su carrera don Vicente ocupó muchos e importantes cargos en todos los sectores de la administración pública, su papel fue muy distinguido, pero hay ciertas coyunturas que sirven como termómetros para medir el verdadero apoyo que tenía principales actores políticos (los caciques regionales y los gobernadores, el ejército, la burguesía terrateniente, industrial y comercial, los otros grupos políticos de alcance nacional). Nos referimos aquí a su campaña para ocupar la presidencia de la Suprema Corte de Justicia que sonó mucho en los periódicos, pero en las elecciones de 1872 quedó muy atrás del candidato oficial don José María Iglesias. También la manera en que es desplazado de los puestos más altos en el gobierno del general Manuel González, después de haber dirigido su campaña presidencial, indica que el presidente no lo consideraba un apoyo fundamental ni una entidad política digna de la mayor consideración. En cuanto a lo que pensaba el propio Riva de sus posibilidades de llegar a ser presidente no tenemos una base documental sólida para decirlo y sólo podemos conjeturar, pero quizá ilustre este punto la respuesta que diera don Daniel Cosío Villegas a un impertinente que le preguntó si alguna vez había deseado ser presidente; ni un solo día, contestó don Daniel, ni un solo día he dejado de pensar en ello.

Un testimonio da cuenta de las dificultades para acceder a ciertos documentos es la carta que le envía a Riva el licenciado Jesús A. Martínez Ancira:

> Escribí una pequeña historia de las operaciones militares del ejército de Oriente, obrita pésimamente escrita porque soy un pobre abogado de aldea muy ignorante, pero que podría ser útil a usted porque

> contiene detalles interesantes que entiendo no fueron conocidos del público.
>
> La pequeña obrita, por haberle agradado en Monterrey a mi primo don José Martínez Ancira, se la regalé hace poco tiempo: pero si usted la necesitare para algunos datos que no halle en otros documentos, sírvase conseguir una orden del Ministerio de la Guerra dirigida a mí como ayudante que fui del general Zaragoza, para que le remita ese diario que pertenece al archivo de la nación, y así veré cómo se lo quito a mi citado primo.[45]

Otro colaborador quiere que en la historia que dirige Riva Figuren los patriotas de Tlalpann que sufrieron los excesos del general O'Horan, cuyo furor alcanzó incluso a la fama canina tlalpeña:

> Yo no desconozco los méritos y servicios de todos los pueblos de la República Mexicana, pero entre todos ellos merecemos figurar los tlalpeños, porque durante la funesta dominación de don Tomás O'Horan apuramos aquí hasta las heces el cáliz del infortunio y de la humillación. Este hombre que mandó asesinar al ilustrado doctor Muñoz, al patriota Vicente Martínez, digno émulo de Nicolás Romero, y a otros sesenta y uno más, llegó aquí hasta el extremo de hacer una acusación, un proceso y pronunciar una sentencia de muerte que se ejecutorió [sic] contra nuestro perro llamado "Broquel" por solo el hecho de pertenecer a la familia de los "chinacos muchachos Martínez". Esta excentricidad caracteriza a don Tomás O'Horan, al imperio y a su época, y creo que debe figurar con este carácter en las que nos prometemos muy bien escritas e imparciales relaciones históricas que va usted a formar.[46]

En vista de todo lo anterior podemos deducir algunas conclusiones. El México a través de los siglos tuvo su origen en una idea que "concibió" el presidente Manuel González: que se escribiera una "historia de la guerra contra la Intervención y el Imperio", que sería pagada por el Ministerio de la Guerra. Riva es restituido en su grado de general

[45] Utx-A, AVRP, carta de Jesús A. Martínez Ancira a VRP, Saltillo, febrero 21 de 1881, fólder 188, doc. 36. Riva, en efecto, giró instrucciones al Ministerio de la Guerra para recuperar dicho diario, según se lee en Utx-A, AVRP, carta de VRP al ministro de la Guerra, México, marzo 2 de 188 1, fólder 188, doc. 57.

[46] Utx-A, AVRP, carta de Ricardo Martínez Alanís a VRP, Tlalpan, abril 14 de 1881, fólder 188, doc. 127.

de brigada y recibe el sueldo correspondiente para cumplir esta comisión. Se trata pues de un proyecto oficial, oficial a más no poder, y prácticamente todo el aparato gubernamental, federal (en el país y en las legaciones extranjeras) y estatal, es inusitado contribuir con los documentos, informes, planos o croquis que puedan ser útiles al proyecto. En general casi todas las respuestas son positivas, si bien las excusas de un Diego Álvarez[47] nos recuerdan que algunas regiones defendían su autonomía en todo y por todo. En algunos casos, como el del ministro Mariscal, la cooperación es completa sin faltar el ofrecimiento de sacar copias (manuscritas) de los documentos pertinentes. En otros se recibe la idea como la solicitud de una reseña o apuntes históricos y se pasan por alto los documentos de primera mano.

Riva también se encarga de solicitar información a los particulares cuya participación en la guerra de Intervención es conocida en mayor o menor grado, y la respuesta es en lo general favorable. A la vez surgen cierto número de corresponsales que por voluntad propia, toda vez que se han enterado del proyecto, ofrecen informes de diversos tipos. Es importante recordar que los documentos que pudimos consultar son a todas luces la punta del carámbano, es decir sólo un fragmento de una masa informativa que debió ser mucho mayor.

En cualquier caso se percibe claramente la energía y la dedicación desplegada por Riva, y este ardor o ardimiento es característico de todas las empresas que acometía

[47] Hombre de espíritu sanguinario, se le acusó de intentar asesinar al general Vicente Jiménez, otro guerrerense, al suponer que era una amenaza para su dominio del feudo del Sur. Apunte erudito de Nicole Giron.

En seguida explicaremos cómo fue que esa ambición y ese afán por lo sublime condujo a la ampliación del proyecto inicial, para convertirlo en una historia general de México.

De la historia de la guerra de la Intervención a la historia general de México

Una prueba fehaciente de la estatura historiográfica de Riva es que haya trasformado el encargo de hacer una historia de la guerra del Intervención y el imperio en el México a través de los siglos. La encomienda inicial data de 1881 y la aparición del México... se inicia en 1884; por otro lado Chavero afirma en el tomo I que escribirlo le tomó dieciocho meses, lo cual nos permite situar en 1882 o en una fecha anterior la trasformación del proyecto.[48] Yo creo que Riva tenía desde un principio la ambición de escribir una historia general y las magnas obras de Zamacois (español) y Bancroft (estadounidense), como la menos conocida obra en seis volúmenes del mexicano (y conservador) Ignacio Álvarez,[49] eran un acicate adicional para ofrecer una versión mexicana y que ofreciera el punto de vista liberal de nuestra historia. Riva conocía bien -como protagonista que fue- el proceso de creación de la literatura mexicana: su orientación social, su compromiso con la sociedad y con el Estado. El concepto amplio de la literatura incluía a la historiografía y Riva debió percatarse de que era la oportunidad de escribir una historia "general y completa" -como será anunciada- que superara a las

[48] Posiblemente Riva pensó desde un principio en escribir una historia general, en apoyo de lo cual está el documento en que Riva se autonombra, por lo pronto, director de una historia de la Intervención, lo cual indica que habría otros autores. Véase nota 8 en este mismo capítulo.

[49] Niceto de Zamacois, Historia de México, J. F. Parres y Compañía, México-Barcelona, 1876, 20 vols. Hubert H. Bancroft History of the Pacific States of North America, A. L. Bancroft and Company, San Francisco, 1874-1890, 33 vols. Ignacio Álvarez, Estudios sobre la historia general de México, Imprenta Económica de Mariano Ruiz Esparza, Zacatecas, 1875-1877, 6 vols.

otras ya mencionadas. Por otro lado es bien conocida la tendencia de los historiadores de remitirse a los orígenes y era claro que la Intervención Francesa era sólo un episodio de un proceso que se inició en la independencia y tal vez mucho más atrás.

No hemos hallado ningún documento que aluda formalmente a la modificación del proyecto, pero las investigaciones que realizaba el equipo de investigadores -al nos referiremos con mayor detalle- muestran que muy pronto rebasaron el plan original. Según parece -a propósito de la Intervención- se pusieron a indagar las diversas incursiones extranjeras que había conocido esta tierra, de todo tipo y en todo tiempo; así encontramos en el archivo de Riva un documento titulado "Índice general de los escritores sobre invasiones extranjeras a la Nueva España de 1521 a 1821. Ayuda de memoria de la comisión. 1882." Está dividido realmente en tres partes, pero promete cuatro:

> 1o. Invasiones europeas a México, durante la dominación española de 1577 (incursión de sir Francis Drake) a 1821. (Introducción.)
> 2o. Tentativas para restablecer la monarquía en México, o establecer un príncipe europeo de 1821 a 1861.
> 3o. Historia de la intervención europea de 1861 [sic], imperio de Maximiliano de Habsburgo de 1861 a 1867.
> 4o. Apéndice de 1867 a 1882, en que se reanudaron las relaciones diplomáticas con Francia.[50]

No obstante, el llamado "índice" no se limitaba a las incursiones extranjeras sino que se ocupaba también de los asuntos internos de la Nueva España. Así en el capítulo XIX, correspondiente al año de 1767, leemos:

> Se fija en las sublevaciones que tenían lugar en la Nueva España el virrey Croix. Regimientos de dragones provinciales de Querétaro y Celaya. Neve organiza otro en Valladolid. Interpretación que los indios dieron al reclutamiento. Levantamiento en Pátzcuaro

[50] Utx-A, AVRP, anónimo, México, 1882, fólder G 575. El legajo incluye un índice de los documentos que poseía la viuda del general Prim.

> contra la leva. Sublevación en el Mineral del Monte contra don Pedro Romero de Terreros. Muerte del alcalde mayor de Pachuca.[51]

De este modo, primero se amplió el horizonte temporal de la obra, y de ahí había sólo un paso para ampliar el horizonte temático y realizar una historia general. Otro documento, que le envía un diligente colaborador, y que probablemente data de 1881 o 1882, indica claramente que en esta fecha Riva ya estaba preparando su historia del virreinato:

> Mi general [,] fino y muy estimado amigo:
>
> Encontré cuanto usted necesita sobre fundación de la ciudad de México, formación de ella, distribución de solares, calles, puentes, etcétera. Reales cédulas y 15 tomos de "Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía. Sacados de los archivos del reino, y muy especialmente de el de Indias. Publicación autorizada por el Ministerio de Ultramar según real orden de 1o. de julio de l862". En esta colección está casi todo lo que de México hay en el Archivo de Simancas. Sobre colonización de españoles, indios e isleños, también he hallado mucho en varias obras. Hoy empezamos a copiar a usted todo...
>
> Ojalá me hiciera usted favor de indicarme. en un papelito lo que debemos de copiar, porque es tanto lo encontrado que dan ganas de no perder una letra.[52]

También podemos mencionar que en el archivo de su padre, don Mariano, se conservan diversos documentos que deben haber formado parte del proyecto del México... por ejemplo ciertas notas históricas sobre sir Francis Drake, o bien unos apuntes sobre la vida de Moctezuma, lo cual indica que el equipo se ocupaba también de lo prehispánico.[53]

---

[51] Ibid., foja 11.
[52] Utx-A, AVRP, carta de Antonio Carrión a VRP, s. l., s. f., fólder 199, doc. 41.
[53] Utx-A, AMRP, anónimo, s. l., s. f.. doc 10,191; anónimo, s. l., s. f., doc. 10,194.

Existe, por otra parte, en el archivo de Riva un prospecto de una "Historia general de México" (todavía no lleva el nombre definitivo), que probablemente es de puño y letra suyos (además el estilo es inconfundible), si bien no va firmado. Pero es interesante comentarlo porque nos muestra lo que ellos consideraban digno de resaltar en su empresa, sin que olvidemos por un momento que los prospectos eran un medio de mercadotecnia de la época:

> El movimiento intelectual de México y el adelanto notable, en ciencias y en literatura, que cada día toma mayor vuelo, hacer indispensable la publicación de una Historia completa que reúna todas las condiciones de las obras de este género, en época como la presente, en que ni el gusto ni el buen criterio se conforman ya con trabajos medianos o incompletos.
>
> Además, la necesidad de dar a luz la Historia general de México desde sus más remotos tiempos, se halla ligada con la gran conveniencia de que se conozca en todo el mundo civilizado la marcha progresiva y fecunda en acontecimientos de un pueblo cuyo origen, desenvolvimiento y cultura, son desconocidos en los países ilustrados de Europa y aun en el mismo continente americano.[54]

En seguida anuncia que las casas Ballescá, en México, y Espasa y Compañía, en España, tendrán a su cargo la edición que promete con "lujo". Se ha escrito mucho y bueno, en parte, sobre México pero:

> No están formando un cuerpo en cuyas íntimas relaciones pueda estudiarse y comprenderse el movimiento sociológico de un pueblo que, en menos de cuatro siglos, ha atravesado en sus diferentes evoluciones, los inmensos períodos que cuenta la humanidad de edad que se llama de piedra pulimentada, hasta la de la moderna civilización...[55]

[54] Utx-A, AVRP, "Historia general de México. Prospecto", s. l., s. f., fólder G 604, foja 1. Nótese el inicio directo, entonado ya con la voz de todo el documento y especialmente el ritmo magistral de Riva.
[55] Ibid., foja 3.

Resulta interesante este lenguaje "sociológico", propio de los tiempos; como ya hemos señalado Riva fue un ecléctico que lo mismo adopta el krausismo en Cuentos de un loco, como también toma -muy a su modo- muchas ideas y conceptos del darwinismo, como también del positivismo de las escuelas de Spencer y Comte. Comparte con estos pensadores esa gran fe que se tuvo en el siglo XIX en el progreso, pero como veremos más adelante su idea de la historia y del ser de México no pueden considerarse propiamente positivistas.[56] Nos parece que Riva comprendía bien que el positivismo iba a la alza y que su historia debía tener en cuenta a muchos lectores entusiastas de Auguste Comte (1798-1857) y Herbert Spencer (1820-1903). Y estos autores no fueron los únicos en ponderar que la historia podía sujetarse al riguroso escrutinio de la ciencia, piénsese por ejemplo en Karl Marx (1818-1883) e incluso en Hyppolite-Adolphe Taine (1828-1893) quien en su afán de aplicar los métodos de la ciencia al estudio de la civilización se atrevió a afirmar: "La historia es un problema mecánico. La única diferencia estriba en que no puede medirse por los mismos medios ni definirse tan exactamente".[57] Tal vez el aspecto más positivo que estas doctrinas tuvieron en Riva fue que lo llevaron a considerar el arte historiográfico desde una perspectiva más moderna, en la cual métodos y controles más científicos -acéptesenos este concepto en su sentido genérico- tendrán una influencia apreciable en el México a través de los siglos, como se verá más adelante.

[56] Remitimos nuevamente al artículo en que Álvaro Matute hace un análisis comparado de varios historiadores mexicanos influidos en mayor o menor grado por el positivismo, entre los cuales se cuenta Riva, el cual sin duda tiene una veta positivista, pero está muy lejos de las posturas más ortodoxas. Todo esto resultará más claro cuando hagamos la crítica interna del México a través de los siglos. Véase Álvaro Matute, "Notas sobre la historiografía positivista mexicana", en Secuencia, núm. 21, septiembre-diciembre de p.49-64.

[57] Cit. en George P. Gooch, Historia e historiadores en el siglo XIX, Fondo de Cultura Económica, México, 1977, p. 244-245.

En cuanto a si la "moderna civilización" realmente ya había sido alcanzada por los mexicanos se podrían adelantar diversas objeciones, múltiples signos de atraso que mostrarían una sociedad muy desigual. Nos preguntamos ¿cómo habría que medir el grado de civilización: por el número de mexicanos que hablaban en aquella época el francés, o por el número de mexicanos que no hablaban el español? En cualquier caso un análisis desapasionado mostraría avances muy considerables en todos los órdenes, con respecto a la situación del país al iniciar su vida independiente. Aceptemos pues que la tesis, o cuando menos la hipótesis, no carece de fundamento: México es ya un país moderno: "una sociedad que, al través de grandes dificultades, consuma las evoluciones que le llevan hasta ocupar un puesto digno al lado de los pueblos más ilustrados".[58]

Riva promete -y cumplirá-:

> Cromos, grabados, planos, autógrafos, todo en abundancia y todo ejecutado por los mejores artistas y tomado de los mejores modelos; paisajes, vistas de ciudades, de edificios, de monumentos, retratos, representación de armas, de objetos de arte, numismática, antiguos geroglíficos e inscripciones, todo cuanto sea necesario para la perfecta inteligencia del texto, todo aparecerá en la obra.[59]

Nombra a los autores de cada etapa de la historia: Alfredo Chavero para la época prehispánica, el propio Riva para el virreinato de la Nueva España, Julio Zárate para la guerra de Independencia, Juan de Dios Arias[60] para el México independiente y José María Vigil para la época de la Reforma; lo cual es -en opinión de Riva- "garantía

[58] Utx-A, AVRP, "Historia general de México. Prospecto", loc. Cit., foja 4.
[59] Ibid., fojas 4-5.
[60] Arias murió cuando sólo había escrito unos 15 capítulos de su tomo y fue relevado por Enrique de Olavarría y Ferrari.

suficiente de honradez histórica".[61] Describe los cinco tomos de 500 a 600 páginas (aquí se quedó corto), tal cual quedaron, salvo un momento de duda en el tomo V, en que tacha su idea primera:

> V.- Desde la proclamación del Plan de Ayutla hasta ~~el gobierno del general D~~ la restauración de la República después de la guerra de Intervención -1867, agregándose un discurso final que comprenda los últimos años de la historia desde el gobierno de don Benito Juárez, hasta el gobierno del general Díaz.[62]

Se propone ser más imparcial que sus predecesores mediante la adopción de una energía discursiva que evite los extremos, para superar las posturas partidistas de historiadores como Bustamante y Alamán quienes: "dejaron mucho qué desear por la parcialidad con que escribieron, apasionado el primero en favor de los hombres que trabajaron por la Independencia y el segundo adherido al sistema colonial".[63] La imparcialidad -la que es humanamente posible- es una legítima aspiración de los historiadores y puede conseguirse si se entiende por ésta el examen sin prejuicios de los procesos históricos, sin "preocupaciones" dirá Riva, es decir no buscar la comprobación preconcebidas mediante la tortura de documentos que por fuerza tienen que decir lo que nos plazca. Se puede afirmar que Riva fue imparcial en el México... al buscar la conciliación de las opuestas visiones que aseguraban que la verdadera cepa de la nación era, ya el mundo prehispánico, ya la época colonial. Pero debemos recordar que el México... es el gran monumento que se levanta al triunfo grande de 1867 y, en consecuencia, la defensa del sistema republicano es un principio no negociable para los escritores de esa magna obra. Es por eso que en ese libro don Lucas Alamán aparece por

[61] Ibid., p. 6.
[62] Ibid., fojas 7-8.
[63] Ibid., fojas 13-14.

todas partes, casi siempre para ser desmentido. Hoy día juzgamos a Alamán con otros ojos, menos apasionados, pero esto es más que nada un privilegio que nos da la distancia en el tiempo. También hoy tenemos otra ventaja considerable: un siglo más de reflexión teórica y metodológica, realizada por un número muy grande de historiadoras e historiadores profesionales. Por ejemplo el concepto de "lugar social", de Michel de Certeau, el cual mencionamos desde las primeras páginas de este trabajo, nos hace ver que todo libro se escribe, valga la redundancia, en algún lugar social y éste se refleja inevitablemente en la obra, si bien la operación puede ser rectificada hasta cierto punto con controles científicos y guardando una sana distancia de los focos centrales del poder. Por otra parte sería imposible escribir desde "ningún lugar" pues ¿con qué ordenaríamos la información histórica si no tenemos un referente, por ejemplo una tradición académica, que nos ayude a distinguir lo fundamental de lo secundario? La imparcialidad es pues un sano, necesario propósito, en la medida que el historiador tiene como principal objetivo comprender el pasado con verdad; sin embargo la imparcialidad es como una asíntota que se acerca más y más a una línea curva, sin llegar a tocarla jamás. Aunque no por ello debe pensarse que la objetividad es siempre un proceso ascendente y progresivo, pues existen los saltos para atrás sea por las condiciones políticas imperantes o bien porque el historiador no comprende en dónde está parado, o lo comprende demasiado bien.

Al final del prospecto hay una reflexión que da prueba de una alta ambición y el propósito de superar la historia político-militar ya tan trillada. Como veremos en los siguientes capítulos estos anhelos no se cumplieron cabalmente, y sólo Riva tomará en

cuenta en la arquitectura de su tomo los aspectos que se mencionan en el párrafo que a continuación copiamos:

> Ha sido común sistema en los historiadores, narrar y, juzgar de los acontecimientos más culminantes de los pueblos, en materia de guerras y actos violentos que han alterado las costumbres y cambiado la faz de las sociedades. Tal sistema ha sido inconveniente, porque al través de la espesa polvareda levantada en los combates, pocas veces ha podido traslucirse el desenvolvimiento intelectual y moral de las naciones antiguas.
>
> En esta nueva Historia los autores, separándose de aquel método, dan lugar no secundario a los medios que han servido para el progreso de la inteligencia y de la moral en México, siguiendo la fundación, desarrollo y utilidad de las Universidades fundadas, de los principales Colegios, de las escuelas de artes, de las Academias, museos y sociedades literarias que han florecido o florecen actualmente en la República, de las casas de Beneficencia, hospitales, institutos de instrucción pública, de los literatos, poetas, hombres científicos, publicistas y artistas que han distinguídose y dádose a conocer en el mundo de las letras, de las ciencias y de las artes.[64]

El interés de Riva por el desenvolvimiento intelectual y moral de las naciones propone ensanchar la temática historiográfica a nuevas manifestaciones de la cultura hasta entonces silenciadas. Ciertamente para él la civilización es mucho más que sus manifestaciones políticas y militares (un antecedente de este orden de ideas puede hallarse en Las revoluciones de Méjico (1836) del doctor Mora, que hemos comentado en el capítulo I). Sin embargo cumplir este programa presentaba serias dificultades, siendo la más considerable el hecho de que el arte, las instituciones o la cultura tendrían que examinarse sin excluir el enfoque político-militar, del que no se podía prescindir; por otro lado la historia intelectual estaba menos trabajada y las buenas fuentes eran mucho más escasas. En el capítulo VII, en el cual analizaremos el tomo que escribió de Riva del México... abundaremos sobre esta propuesta interesante. Baste decir aquí que Riva

[64] Ibid., fojas 17-18.

como autor dramático, como novelista y como poeta había aportado su granito de arena a nuestra cultura y, lo que es más importante, su generación -lo mismo que la de Guillermo Prieto, su antecesor- veía en la literatura un elemento estratégico para consolidar la independencia y para entrar plenamente en la modernidad, es decir que su orientación era eminentemente social. Con estos antecedentes no sorprende que Riva quiera poner en valor la historia cultura¡, sin embargo los otros autores del México... no quisieron o no les fue posible llevar a la práctica esta propuesta de Riva.

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

Obra magna, obra de equipo

Todo tiene precedentes, sin duda, pero el México a través de los siglos trajo muchas novedades y no creemos que sea exagerado decir que fue la primera "fábrica" de historia que operó en este país. Ya hemos hablado de un buen número de informantes que participaron en el proyecto -una muestra nada más- y ahora nos referiremos al círculo más íntimo que, siempre en torno al general Riva Palacio, llevó a cabo la empresa (a los coautores del México... los comentaremos en el capítulo siguiente). Y tenemos que comenzar por don Santiago Ballescá (o si se quiere nombrarlo en catalán Jaume Ballescá como lo llama Álvaro Matute ),[65] el editor de la obra, un personaje campechano, de fácil y amena palabra, que mantuvo a lo largo de varios años de publicación de la obra una muy cordial relación con Riva, y una correspondencia relativamente nutrida. Pero antes de

[65] Justo Sierra, La evolución política del pueblo mexicano (estudio introductorio de Álvaro Matute), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México. 1993 (Cien de México).

referirnos a ella copiaremos algunos trazos del retrato que hace de Ballescá el conocido historiador que en vida se llamó Victoriano Salado Álvarez:

> Llegó pequeñín al país -de once años a lo que me parece- y sabiendo apenas leer. El padre [Josep], que era un republicano de la escuela de Ruiz Zorrilla, se entusiasmó al saber que en ultramar había un país en que se fusilaba emperadores. Juntos vinieron padre e hijo, trayendo por todo matalotaje una enorme caja de libros, más bien dicho, de papel impreso, pues los libros salieron, andando el tiempo, de aquel montón de truculenta literatura que venía sólo en muestras, o sea en entregas, que se deslizaban debajo de las puertas, pasaban contra la consigna de las porteras más sutiles, que tenían orden de mandar muy lejos al gachupincito que iba a introducir en los hogares honrados aquella perdición de los novelones de Ortega y Frías, de Tárrago y Mateos, de María del Pilar, y sobre todos de dos: el uno preferido por las gentes que buscaban la lección moral y el castigo de los malvados, y el otro amado por las de rumbo y trueno que vivían de la relación de aventuras de valientes y ternes y que enseñaban una historia muy suya, aunque quería ser la historia de España. He mencionado a don Enrique Pérez Escrich y a don Manuel Fernández y González.
>
> [...]
>
> Como era guapito y modoso, tenía metimiento en la casa de Riva Palacio, y como sabía bailar, cantar y declamar, según acontece con todo catalán que se respeta, era solicitado para representar comedias en la casa señorial del poeta hombre de armas. Allí tuvo la idea de editar una Historia general de México que Riva quiso se destinara para uso de los liberales, encomendando el trabajo a plumas de primer orden, y como la paz porfiriana empezaba a dar sus primeros frutos, empezaron también a menudear los abonados a aquella obra monumental que iba a hacer cisco y a convertir en pavesas lo mismo a don Lucas Alamán que a don Niceto de Zamacois, a don José María Álvarez que a don José María Roa Bárcena.
>
> Mala suerte tuvo, porque en los primeros años -duró varios la publicación-, si bien dio el magistral volumen de historia antigua y de la conquista, Riva Palacio se metió en la política andante de los tiempos del níquel, y no sólo no dirigía la obra, sino que ni siquiera entregaba su parte, que por cierto desempeñó de mano maestra, y a la prisión de Santiago iba Ballescá a sacar los originales a furto de centinelas y consignas.[66]

[66] Victoriano Salado Álvarez, Memorias de..., Edición y Distribución Ibero Americana de Publicaciones, México, 1946, t. I. "Tiempo viejo", p. 322-324. Según este autor don Santiago Ballescá nació en la calle del Conde del Asalto, parroquia de Santa Madrona, Barcelona en 1856; murió en 1913.

Salado Álvarez señala que Ballescá, además de ser editor del México a través de los siglos, lo fue de México, su evolución social la magna obra dirigida por Justo Sierra, y también de este autor Juárez, su obra y su tiempo. Micrós. Díaz Dufoo, Carlos Pereyra, la poetisa María Enriqueta y José Peón también tuvieron como editor a Ballescá; Álvarez estima en más de cien el número de obras que editó Santiago Ballescá.[67] Acudamos ahora a la correspondencia del editor catalán con Riva.

La primera carta que hallamos data de julio de 1882 y es muy interesante pues, ya alude al gran proyecto del México... Antes menciona la edición de las de Riva y luego añade:

> Algo más difícil que el asunto de que he tratado se presenta el de la publicación de la otra obra. Creo, sin embargo, poder asegurar a usted que todo saldrá a medida de nuestros deseos; pues si por ahora se presentan algunas dificultades, éstas son sólo de detalle, ya que la idea en general ha sido bien aceptada por la casa que ha de emprender negocio [Espasa].
>
> Estas dificultades que ahora se presentan por la magnitud de la empresa que se proyecta, no dudo ni un momento que desaparecerán si, como creo, puedo continuar contando con el apoyo de usted y con la seguridad de que las personas comprometidas trabajarán como es necesario para una vez comenzada la publicación no tenga que interrumpirse un solo día por falta de originales. Yo ruego a usted se sirva decirme si puedo contar con tales seguridades, única cosa que se necesita para presentar a México a la faz del mundo tal como él es no como se le juzga aun por hombres que son reputados como sabios y que respecto de ese país sólo saben que no saben nada.[68]

[67] Ibid., t. I, p. 325. El autor rememora que Ballescá le había relatado que, cierto día en que Riva fue ovacionado por unos estudiantes, uno de ellos soltó este epigrama: "Valiente general, aunque eres mudo, / celebro tu prudencia y te saludo". Véase ibid., t. I, p. 324. Este episodio probablemente corresponde a cuando salió el general de la prisión de Santiago y, por una mínima prudencia, se cuidó mucho de irritar nuevamente al gobierno que lo había encarcelado. De ahí la mudez a que se alude.

[68] Santiago Ballescá, "Cartas del editor de México a través de los siglos" (presentación, transcripción y notas de José Ortiz Monasterio), en Secuencia, núm. 35, mayo - agosto de 1996, carta de Santiago Ballescá a VRP, Barcelona, julio 29 de 1882, p. 134.

Una cosa veremos siempre, o casi siempre, en Ballescá: el amable recordatorio a los autores de que se apresuren con los originales. En agosto de 1883 escribía a Riva, hallaba en su hacienda de La Asunción, y al parecer hasta ese momento no se habían entregado originales:

> Acompaño la satisfactoria carta de Espasa, que acabo de recibir, y la publicación a que la misma se refiere. Ya verá usted que hasta los mismos editores se sorprenden de la bondad de lo que mandamos: más se sorprenderán cuando lean los originales literarios.[69]

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

Un rasgo muy propio de Riva, pero también de Ballescá, es que esta relación editor-autor se desarrolló con la mayor cordialidad, más aun, en sus cartas hay mucho humor y, dejos de ironía. Estos señores se comportan, por momentos, como estudiantes en el relajo o como andaluces dicharacheros; prueba de ello es que en plan de burla Ballescá llama a uno de los autores del México..., Juan de Dios Arias, "Juan de Lámina Grande Arias"; y él mismo firma con palabras tomadas de la jerga de los editores: -Santiago Cromo Chico de Intercalado".[70]

Para mediados de 1884 Ballescá asegura que: "En estos momentos se reparte la obra en todas partes. Pronto recibiremos los artículos de la prensa."[71] Se entiende que se refiere al tomo primero del México... pues en la misiva comenta con Riva sobre ilustraciones para el tomo segundo:

> Leí el capítulo 34 y creo que será bueno poner:
> Retrato de don Luis de Velasco.
> Alguna vista antigua de Oaxaca.
> Alguna vista antigua de Guadalajara.

[69] Ibid., carta de Santiago Ballescá a VRP, México, agosto 1 de 1883, p. 135.
[70] Ibid.
[71] Ibid., carta de Santiago Ballescá a VRP, México, junio 28 de 1884, p. 136.

> Sepulcro de Cortés.
> Una vista de Castilleja de la Cuesta.
> Panteón de los duques de Medina Sidonia.
> Iglesia de San Francisco, en Texcoco.
> Algún edificio antiguo de Cholula...[72]

Además de coordinar todo lo relativo a las muy numerosas ilustraciones de la obra, Ballescá también proporcionaba material bibliográfico o documental a los autores, verbigracia:

> El libro sobre piraterías que encargó usted en ninguna parte lo hay ni se tienen noticias de él. En el Archivo hay: "Historia manuscrita.- Correspondencia de los virreyes al rey y varios documentos referentes a piratas." En la Biblioteca: Piratas de la América y loor a la defensa de las costas de Indias Occidentales, por Abreu, traducción de Buena Maison, edición tercera, 1793.[73]

Y las cosas marcharon bien, sobre todo porque los autores cumplieron con la entrega oportuna de los originales, de tal modo que, para fines de agosto de 1885 Ballescá ya estaba leyendo los primeros capítulos de don Juan de Dios Arias, es decir del tomo cuarto de la obra.[74] Pero no tan bien como quería Ballescá, quien repite su sempiterna queja:

> Por falta de originales en Barcelona, me anuncian los señores Espasa que de no hacerles buenas remesas pronto tendrán que suspender los repartos o que dar menos al mes de los que se deben. Esto mataría la publicación, y para evitarlo le suplico a usted encarecidamente que me remita todo lo que tenga dispuesto, para mandar a Barcelona, así como que continúe escribiendo tanto como pueda para que mensualmente puedan ir buenas remesas.[75]

[72] Ibid.
[73] Ibid., carta de Santiago Ballescá a VRP, agosto 25 de 1884, p. 137.
[74] Ibid., carta de Santiago Ballescá a Juan de Dios Arias, agosto 28 de 1885, p. 137. No obstante que leyera estos capítulos no significa que estuvieran totalmente terminados los tomos previos.
[75] Ibid., p. 138.

Tal vez el mayor problema que enfrentó el editor del México... fue la larga enfermedad que precedió a la muerte de don Juan de Dios Arias, autor originalmente designado para escribir el tomo cuarto, correspondiente a la historia de la primera mitad del siglo XIX. Además del retraso debido a la enfermedad fue preciso encontrar de inmediato un sustituto y como mandado hacer apareció don Enrique de Olavarría y Ferrari, natural de España y avecindado en México desde años atrás, de quien pronto nos ocuparemos.

La correspondencia ocasional que enviaba Ballescá a Riva, cuando éste se hallaba en su hacienda de La Asunción, se volverá -para nuestra fortuna- más frecuente desde el momento en que el general es designado embajador en Madrid. Esos dos caracteres congeniaban de un modo inmejorable, y tal vez la mayor culpa de ello la tenía Riva que había sabido ser compañero de Juan Mateos para escribir teatro, de Juan de Dios Peza para escribir las "tradiciones", por no mencionar muchas otras asociaciones felices en el periodismo, la tribuna y la batalla. La siguiente carta muestra perfectamente el espíritu alegre del amigo Ballescá:

> La salida de usted de aquí me dejó en la orfandad de un amigo verdadero que me alentaba siempre que era necesario con sus sabios consejos. Desde que se marchó usted no hablo con nadie ni tengo a quien referir mis cuitas: me paso el día trabajando duro y parejo y por la noche emprendo mudo y solitario el camino de Mixcoac: en donde, para no acostarme a la hora de las gallinas, me entretengo inocentemente en echar al aire dulces melodías sobre temas de "Las tres gracias", "El barón de la Castaña" y otras obras escogidas del clásico repertorio de don Pancho. La inmensa familia canina del pueblo suele contestar mis

> armoniosos sones con aullidos salvajes; pero yo confío que el tiempo lograré introducir el buen gusto musical entre aquellos canes.[76]

Luego empezó Ballescá a hacer planes para regresar a Barcelona, pues sentía que él sembraba y eran otros los que cosechaban; es decir: "Hasta hoy puede decirse yo he trabajado para los moros; ya tengo ganas de hacerlo para los cristianos".[77] Su pensar era que:

> puedo prosperar más yéndome a Barcelona que estando aquí recibiendo órdenes de los editores. La casa de aquí quedará a cargo de los dependientes y desde Barcelona yo la dirigiré... al mismo tiempo que me dedique a publicar las obras que ahora sólo edito de nombre con todas las desventajas pero sin ninguna ventaja de tal editor.[78]

Y en la misma carta nos enteramos de que: "El señor Zárate ya terminó su tomo. Falta ahora acabar el de Vigil y el de Olavarría. Si hasta ahora con los tres sólo han podido darse dos o tres cuadernos al mes, no sé en lo sucesivo lo que va a suceder ni es fácil que presuma yo cuándo acabará la obra".[79] Y luego Ballescá ofrece datos de interés:

> Y a este paso sucede lo que es natural; que el público se aburre y que el número de suscritores va cada día a menos, quedando hoy unos 2800 entre nuevos y antiguos de más de 7000 que empezaron. Ya supondrá usted lo que esto significa para mí teniendo el compromiso de recibir y pagar 5000 ejemplares. ¡Buena diferencia habría si todos hubiesen cumplido como usted![80]

[76] Ibid., carta de Santiago Ballescá a VRP, México, octubre 14 de 1886, p. 139. En esa misma carta anunciaba "han concluido los dos tomos".
[77] Ibid., carta de Santiago Ballescá a VRP, México, junio 30 de 1887, p. 142.
[78] Ibid.
[79] Ibid., p. 143.
[80] En esta misma carta le recomienda que escriba sus memorias, que sería "el libro de más popularidad en España y en América que puede usted escribir".

Ballescá consiguió su deseo de retornar a Barcelona con la familia que había formado en México, desde aquella villa a principios de 1889 envía una carta a Riva.[81] Algo en extremo curioso es que desde esta primera carta que escribe cuando se encuentra ya en España, promete ir a Madrid a ver al general, pero por razones de más o menos peso, jamás lo hará. ¿No es esto una rareza? En otra carta, de 30 de marzo de 1889, nos enteramos que el México... al fin ha quedado terminado: "El México quedará terminado el mes que entra en el [¿capítulo?] 157 ó 158".[82] Por desgracia Ballescá es un poco parco el hacer "la historia de la historia". pero hasta donde podemos darnos cuenta le dejan mal sabor en primer lugar los impresores (la casa Espasa) y en segundo término varios autores, por su lentitud para escribir, pero Riva no está comprendido entre ellos:

> Nada he querido poner [¿en el manifiesto?] de todo lo que antes había pensado en la -Historia de la Historia, porque de recordar tan sólo las mil porquerías con que embarrándose ellos nos quisieron embarrar a usted y a mí nuestros amigos (?) [sic] sin conseguirlo, se me revuelve todavía el estómago.
>
> Nadie mejor que usted sabe que es cierto cuanto digo en mi manifiesto. Pero la obra ha concluido, he salido de mis compromisos y ya no me importa, lo digo con sinceridad, lo que haya podido perder en la operación, con tal de verla terminada. Empezamos en la República unos 7000 suscritores y concluimos con 3000 escasamente, debiéndose un número tan considerable de bajas, primero a las circunstancias políticas de cuando empezamos y después a la calma de los señores historiadores, salvo una que otra excepción que yo me sé.[83]

[81] Ibid., carta de Santiago Ballescá a VRP, Barcelona-Gracia, febrero 9 de 1889, p. 148.
[82] Ibid., carta de Santiago de Ballescá a VRP, Barcelona-Gracia, marzo 30 de 1889, p. 149. En carta de abril 15 Ballescá confirma la terminación del México... en el capítulo 157 "el cual está en prensa", p. 150.
[83] Ibid., carta de Santiago de Ballescá a VRP, Barcelona-Gracia, abril 15 de 1889, p. 150. El sentido más natural de estas quejas es el comprensible cansancio que el editor tenía después de años de trabajar y de sortear las muchas dificultades que se presentaron en la edición de la obra. La verdad es que los autores cumplieron bien, si pasamos por alto los retrasos en la entrega de originales, que realmente no fueron tan considerables, en suma: se alcanzó el éxito. Pero los editores, al fin y al cabo arrieros y a veces capataces de los escritores, siempre tienen de qué quejarse. La prueba de que Ballescá exageraba está en la airada respuesta de Riva, que comentaremos en seguida.

Lo que parecería un final feliz no lo fue tanto porque Riva se sulfuró en parte por la carta que recién comentamos, pero sobre todo por el dichoso "manifiesto" o "circular", es decir por el mensaje final que acostumbraban dirigir los editores a sus suscritores dando término a la publicación. Todo esto lo inferimos de la respuesta de Ballescá a una carta "dura" de Riva, en la que trata de exculparse:

> La lectura de la apreciable de usted me ha causado honda pena. No sé que en mi carta haya estampado cosa alguna que pueda haber herido a usted, pero algo indebido contendrá cuando en la apreciable de usted que contesto hay conceptos que me parecerían muy duros, para dirigirlos a un amigo, si no fuese por el temor que abrigo de haber cometido una garrafal indiscreción en mi citada anterior. Si es así le ruego encarecidamente que la dé por no escrita y que me dispense del mal rato que haya podido causarle, teniendo la seguridad de que mi ánimo no fue ése sino proporcionarle a usted una satisfacción haciéndole saber el término de la obra. Nunca he dicho, ni pensado siquiera, que el mal negocio que con ésta he hecho sea por causa de usted o que usted tenga en ello alguna culpa. Todo lo contrario; tengo la convicción íntima de que si sólo con usted me hubiera tenido que entender, otro bien distinto sería el resultado, y quizás hoy no me acordaría ya de la obra más que para disfrutar de los beneficios alcanzados.[84]

En otra parte de la larga misiva, Ballescá se queja de que la calidad de la obra es dispareja y apunta sus tiros a Chavero y a Vigil, como detallaremos después:

> Quiero suponer que crea usted que mi cariño por la obra que se acaba de publicar sea, como realmente es, grande. ¿Cree usted que a pesar de esto pueda yo tener la convicción de que carezca de muy sensibles lunares? Y como que los tiene, en conciencia no podía yo decir que era un libro perfecto (si es que los hay) y mucho menos podía señalar las partes buenas, las medianas y las malas, explicando al público las causas de tal desigualdad... Ni me ha quedado el recurso de decir de cada uno de los autores lo que cada uno merece, sino que a

[84] Ibid., carta de Santiago Ballescá a VRP, Barcelona-Gracia, abril 23 de 1889, p. 151-152.

> todos he tenido que tratarlos por igual para evitar que vuelvan a las andadas y me priven de vender la obra completa.[85]

En seguida explica lo que quiso decir en la "circular", pero de veras que lo explica muy confusamente:

> Mi intención fue decir a la gente ilustrada, lo más próximo a la verdad; hacerle comprender que la publicación de la obra no ha sido empresa tan sencilla, y me pareció que con decir "esta obra ha sido escrita con grande empeño y levantadas miras patrióticas por hombres competentes y honrados, se ha publicado con el esmero que requería su importancia y es la única en que puede estudiarse la Historia patria mexicana", ya estaba dicho que era vano empeño buscar cosa mejor, sin que esta mejoría dependa sólo de que sea más medianito que lo demás que hay escrito sobre Historia de México, sino muy bueno aunque no inmejorable con el tiempo; pues no puede ser malo, ni siquiera mediano un libro escrito con empeño por hombres competentes. No quise decir en absoluto que su mérito consistiera en ser la única, sino en que es la única autorizada por razón de las personas que la han escrito y de las miras con que lo han hecho.[86]

Ya en la siguiente carta se acaban los malentendidos y se recrea la amistad de siempre, sin faltar la promesa -nunca cumplida por Ballescá- de ir a visitar a Riva. En comunicación posterior lamenta que Riva no trabaje en escribir las memorias de que han hablado y se dedique, en cambio, a la pintura:

> Dice usted que escribir es rascar. Nadie mejor que yo sabe lo cierto que esto es tratándose de usted, que rascando ha escrito siempre todo lo que ha querido. Lo que tiene es que ahora no le pica.[87]

Y más adelante nos lleva a creer que quienes hicieron buen negocio con el México... fueron los Espasa:

> Hasta hoy ha andado usted en malas compañías en todo lo que ha escrito para mí. Esto nos ha perjudicado a los dos, más a usted que a mí, y a mí me ha perjudicado no ser el verdadero editor de sus libros.

---

[85] Ibid., p. 152.
[86] Ibid., p. 152-153.
[87] Ibid., carta de Santiago Ballescá a VRP, Barcelona, noviembre 7 de 1890, p. 159.

> Así, aunque éstos hayan alcanzado mucho éxito los que han ganado más han sido los que han hecho menos. Pregunte usted a Espasa. Si el México hubiera sido escrito por usted solo y editado por mí, con eso salgo de pobre.
>
> Conque ¿rasca usted? ¿sí o no?[88]

Diremos más de Ballescá en el siguiente capítulo, cuando analicemos la contribución de cada uno de los autores del México... y de su relación con el editor. Pero antes es preciso mencionar a otros colaboradores de cierta importancia que contribuyeron al buen resultado de la magna obra que Riva dirigió.

Existe una fotografía que parece a todas luces el retrato oficial del proyecto. En ella aparecen sentados Riva, Juan de Dios Arias leyendo no sé qué (ambos con traje de paisanos) y un hombre con uniforme militar, las escupideras se aprecian claramente y a la distancia reglamentaria. Atrás, de pie, otro grupo de uniformados aparece en posturas relajadas, los sables y los kepís en las mesas, y uno de ellos mira a la cámara. Al fondo se ven los anaqueles de una biblioteca, algunos libros en posición diagonal, parece una biblioteca para el uso y no para la vista nada más ¿será la casa de Riva? Al reverso se lee "Comisión de historia de la Intervención francesa y sus aliados nombrada por el supremo gobierno. 1882, junio". Y en seguida una lista de nombres:

1. Vicente Riva Palacio
2. Juan de Dios Arias, ex oficial mayor de Relaciones Exteriores
3. Coronel Antonio Carrión
4. Coronel Miguel Mateos
5. Teniente coronel Juan García Diego
6. Mayor Ángel Medina
7. Mayor Antonio G. Llave
8. Subteniente Felipe D. Munguía[89]

[88] Ibid., p. 160. Después de esta fecha disminuye la frecuencia de la correspondencia; la última carta de Ballescá data de enero 31 de 1893.

[89] Agradezco al doctor Álvaro Matute que me haya permitido la consulta de este interesante documento, que forma parte de su colección particular. México, agosto 28 de 1885, p. 138.

Resulta claro que el Ministerio de la Guerra proporcionó a Riva el personal de apoyo que necesitaba, entre los propios oficiales de buen nivel que ya tenía en la nómina y que resultaban a propósito para la empresa. Los datos dispersos que hemos hallado de algunos de ellos (y de otros más que no aparecen en la fotografía) nos ofrecen un bosquejo del método de trabajo que siguieron Riva y sus colaboradores.

De origen catalán, residente en México desde hacía más de 20 años México, Ramón Cantó participó muy activamente en todo lo relativo a las ilustraciones y además amplió otras funciones, como hombre de confianza de Ballescá, En el archivo de Riva hallamos varias cartas de este personaje, por ejemplo una de 1884, en que Cantó refiere el Museo Nacional encontró los retratos de un inquisidor mayor y dos calificadores, y te pregunta si quiere que se saquen. Luego añade:

> Con respecto a la vista primitiva del edificio de la Inquisición hemos buscado mucho el señor García Cubas y yo y no hemos encontrado nada. Sólo puedo sacar esa vista del México y sus alrededores agrandándola y arreglándola algo.
>
> He comprado por un peso y en los libros viejos el libro que le remito y que creo nos ha de ser de suma utilidad. Por de pronto desea Ballescá que la vista del patio del convento de La Merced vaya en lámina en negro, y en verdad que lo merece por ser riquísima.[90]

En seguida recomienda encarecidamente a Riva para que use su "influencia" para que los proyectos de cierto señor Bureau (todavía diremos algo más de este hombre) sean

[90] Utx-A, AVRP, carta de Ramón Cantó a VRP, s. l., julio 18 de 1884, fólder 188, doc. La lámina del convento de La Merced puede apreciarse frente a la p. 316, del tomo segundo del México.... de muy buena calidad.

aprobados por el Congreso. No cabe duda que la situación de Riva como figura política relevante contribuyó mucho a la cooperación de los informantes, funcionarios, etcétera.

Cuando Riva parte a Madrid de tiempo en tiempo recibirá cartas, muy afectuosas, de Cantó quien le relata cosas curiosas como una corrida de toros en Puebla.[91] Y también algo de negocios: le envía un retrato para que le aclare si se trata del general Treviño o del general Naranjo.

Hablemos ahora de otros colaboradores. Algo muy necesario entonces eran los escribientes, que debían hacer las cosas bien pues los originales para la imprenta iban manuscritos, por eso el editor pide: "Conviene mucho que el escribiente haga la letra un poco más grande y pareja, es decir, que no escriba una plana con letra microscópico y otra con letra de buen tamaño".[92] Y había varios candidatos a escribientes: Eduardo Moreno le escribe a Riva para recordarle que le había prometido una colocación cuando triunfara González, y se declara dispuesto a ser escribiente de la comisión de historia.[93] Por su parte Dionisio Quiñones recomienda al señor Mariano Meneses pues "a más de bastante honrado y muy inteligente escribe bien y violentamente".[94] La de escribiente podía ser humilde profesión, pero también el inicio de una carrera administrativa y política, como fue el caso de Emilio Rabasa, el autor de El cuarto poder.

[91] Utx-A, AVRP, carta de Ramón Cantó a VRP, México, marzo 10 de 1887. En ese tiempo el diestro español Mazzantini hacía la América. Véase La Banderilla. Sernanario Taurino Ilustrado, México, diciembre 11 de 1887, p. 1
[92].Santiago Ballescá, "Cartas del editor de México a través de los siglos" (presentación, transcripción y notas de José Ortiz Monasterio), en Secuencia, núm. 35, mayo - agosto de 1996, carta de Santiago Ballescá a VRP, México, agosto 28 de 1885. p 138.
[93] Utx-A, AVRP, carta de Eduardo Moreno a VRP, Toluca, febrero 21 de 1881, fólder 188, doc.37.
[94] UTX-a, AVRP, carta de Dionisio Quiñones a VRP, s. l., febrero 24 de 1881, 188, doc. 41.

Otros miembros del equipo se dedicaron a viajar a los estados para conseguir la información que requerían, tal es el caso de Alfredo Bablot, quien refiere sus actividades en Veracruz:

> El señor Domingo Burcau que, mejor que nadie, conoce en todos sus detalles los acontecimientos que tuvieron lugar en el estado de Veracruz y en Oriente durante la época de la Intervención y del Imperio, nos ha favorecido con su valiosa cooperación, refiriéndome hechos muy interesantes, facilitándonos su importante archivo particular, mandando sacar de los primeros documentos que apartamos copias que te entregará personalmente, consiguiendo que los preciosos archivos de la jefatura política se pusieran a mi disposición, y ayudándome con amabilidad suma en los trabajos de indagación y compilación que he emprendido y que darán opimos resultados, pues he encontrado datos y piezas inéditas que dan una luz clara y completa sobre los sucesos generales y los particulares de esta zona.[95]

Bablot pide encarecidamente a Riva que use su "influencia" para que ciertos proyectos de Bureau sean aprobados por el Congreso. No cabe duda que la estatura política de Riva resultaba muy útil para obtener la cooperación de los informantes, funcionarios, etcétera. Añade Bablot que se halla en un "mare mágnum de documentos" y no regresará a ésa sino hasta la semana entrante. Al parecer en Veracruz se reunieron gran cantidad de documentos, lo cual se explica en parte por las muchas acciones de que ocurrieron ahí, además de los preliminares. El hecho es que en el mes de abril el Ministerio de la Guerra giraba las órdenes para que un contingente de tropa se trasladara a Veracruz con "objeto de que recoja y coleccione los documentos que allí existen sobre la intervención europea..."[96]

[95] Utx-A, AVRP, carta de Alfredo Bablot a VRP, Veracruz, marzo 16 de 1881, fólder 188, doc. 85. Toda esta fraternidad es muy específica: todos ellos eran masones. Apunte erudito de Nicole Giron.
[96] Utx-A, AVRP, carta del Ministerio de la Guerra a VRP, abril 28 de 1881. fólder 188, doc. 147.

Sin embargo el más entusiasta de los colaboradores de Riva era el coronel Antonio Carrión, quien da cuenta de cómo se van organizando los trabajos y cómo también, van registrando las invasiones extranjeras más y más lejanas en el tiempo.

> Ayer mandé al comandante Castillo que avisara a los oficiales de la comisión el que se trasladaran a San Agustín y hoy se me incorporó el coronel Mateos. El señor Vigil [director de la Biblioteca Nacional en San Agustín] le proporcionó otra mesa, que se colocó junto a la mía.
>
> Munguía aún no se me presenta, y el teniente coronel Diego sé que va a pasar al 5o. de caballería y lo remplaza otro teniente coronel Méndez, que según me informaron es compadre del presidente En la mañana copié la instrucción reservada del rey Femando VI al virrey de México sobre la conducta que debía observar con los franceses que invadieron Texas, y de las memorias de los virreyes copié también lo relativo a Noland, y otro curioso documento sobre el estado de Marengo erigido en la Intendencia de San Luis Potosí.[97]

El lector ya estará cansado con tanto personaje bien o mal dispuesto a copiar, documentos, localizar libros, pasar en limpio los originales, etcétera. Sin embargo suponemos que los implicados fueron más numerosos que los aquí señalados, mencionaremos todavía a un colaborador más que ilustra el aspecto comercial del proyecto. El susodicho se pasa un poquitín en los elogios y lo hace así:

> Nadie sabe más que el que estas líneas escribe las inmensas simpatías de que goza el escritor, el general, el caballero Riva Palacio. Su fama y su renombre los conocí recién llegado en esta República, en los primeros meses del año pasado recorriendo los estados por encargo de los señores Ballescá y Compañía para la propaganda de la importante obra escrita bajo su muy digna y acertada dirección intitulada México a través de los siglos.
>
> Al ver por primera vez dicha historia y leer su nombre bajo la dirección del general don Vicente Riva Palacio todas las clases sociales

[97] Utx-A, AVRP, carta de Antonio Carrión a VRP, México, julio 8 de 18811 fólder 188, doc. 194. Sobre Carrión véanse también, en el mismo fólder, los documentos 195,188, 209, 246, 341, 364, 398.

> se deshacían en preguntas y elogios que demostraban un profundo sentimiento por usted y odio eterno con el señor general González...[98]

Hemos visto, pues, como se organizó una fábrica de escritura de la historia en el siglo IX. La búsqueda de información fue exhaustiva tanto en los archivos públicos, entre los particulares. Además, Riva y los otros autores del México... contaban con un buen número de colaboradores que tenían a su cargo copiar los documentos y libros de bibliotecas y archivos, a la vez que organizar y hacer índices y reseñas de la documentación original que recibió la Comisión;[99] con estos materiales los autores componían los textos y luego sus borradores eran trasladados por escribientes en letra clara y pareja para enviarlos a los impresores en Barcelona. También hay indicios de que utilizaron correctores que verificaban las fechas y nombres citados, se menciona de manera especial a J. de la Luz Palafox, vecino de Puebla.[100] Otro aspecto laborioso y complejo fue localizar, dibujar y luego -aún sin técnicas fotográficas- reproducir las ilustraciones para la publicación; Ramón Cantó fue quien más activo se mostró en esta idea, pero las imágenes que ilustran el México... llevan un gran número de firmas. En ocasiones las ilustraciones llevan dos firmas: la de quien hizo el dibujo y la de quien lo convirtió en grabado. En Barcelona Espasa y Compañía tenían a su cargo la impresión y,

[98] Utx-A, AVRP, carta de Francisco Álvarez a VRP, Monterrey, abril 28 de 1885, fólder 189, doc. 33.

[99] La copiosa documentación que manejó la Comisión fue a parar en parte al archivo del general Leyva, ya mencionado; otra porción considerable constituye hoy el Fondo Segundo Imperio del Archivo General de la Nación. Este fondo está formado en su mayor parte por los documentos de la secretaría particular del príncipe Maximiliano (que Riva solicitó por escrito al ministro Mariscal), junto con documentos, memorias, diarios y reseñas sobre la Intervención francesa. Véase: Archivo General de la Nación, Inventario del Fondo Segundo Imperio, México, 1998 (Guías y Catálogos, 77). Raúl González tuvo a su cargo la ordenación de los documentos y la elaboración del inventario.

[100] Universidad Nacional Autónoma de México, Biblioteca Nacional, Archivo Enrique de Olavarría y Ferrari, carta de J. de la Luz Palafox a VRP, Puebla, enero 1 de 1888.

eventualmente, la encuadernación. Riva dirigía todo el trabajo con la cercana colaboración de Santiago Ballescá, quien a la vez era el enlace con España.

Por último no debemos omitir que la comunidad de sabios de la ciudad de México auxilió, unos más otros menos, a Riva en su magno proyecto. Francisco Sosa y Francisco de Garay fueron muy activos, pero también colaboraron Agreda, García Cubes, Orozco y Berra,[101] García Pimentel y Mariano Bárcena. Sí, es cierto, obra magna, obra de equipo.

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

La cuestión del níquel

Por razones de composición hemos querido mostrar los diversos aspectos de la organización, investigación y edición del México... de un modo coherente e ininterrumpido. Pero la verdad es que en esta época Riva se involucró en problemas políticos tan serios que fue a parar a prisión. Pero antes debemos decir que la energía inagotable de don Vicente le permitía, además de hacer el México..., presidir el Ateneo Mexicano, una asociación de un nuevo tipo que es lástima no podamos comentar detalle. En lo general consistía en una reunión de sabios divididos en secciones: ciencias, geografía, literatura, historia, etcétera, luego divididas en subsecciones, que anunciaban una gran actividad y un influjo considerable en el medio cultural. Riva, por supuesto, era el presidente de la asociación, y con la febril actividad que lo caracterizaba, sus muchas relaciones e infinitas amistades, acometió la empresa que, sin embargo no había de durar.

[101] Este insigne historiador había muerto en 1881, pero ciertos apuntes suyos aprovechados para el México..., como se detallará en este mismo capítulo.

Una novedad fue expedir acciones de cien pesos y cada socio estaba obligado a adquirir al menos una. Se comenzó por expedir diplomas provisionales para enviarlos a las personas que se creyó serían de utilidad a la asociación; admira que algunos rechazaran la oferta, en especial un erudito tan eminente como don Joaquín García Icazbalceta. quien escribe a Juan de Dios Arias:

> Hoy he hallado sobre mi mesa un diploma provisional de socio accionista y activo de Ateneo Mexicano, cuyo diploma encontrará usted adjunto porque mis ocupaciones y mi vida retirada no me permiten tomar parte en las tareas del nuevo instituto.[102]

Otra actividad que ocupaba el tiempo de Riva era la que se derivaba de su calidad de masón, pues él era nada menos que Gran Maestre de la Orden de los Temp... [sic].[103]

Pero la ingrata pérfida, es decir la política, era la actividad que más lo distraía del México... Ya hemos señalado que, tras la elección presidencial de González, Riva quedó como diputado y primer presidente de la Cámara. Al principio apoyó la política de González, incluyendo la primera propuesta, a la que Guillermo Prieto se opuso, de poner en circulación una moneda de níquel de valor nominal (y no real como el cobre o la plata). Pero cuando se puso en circulación en diciembre de 1882 algunos comercios se rehusaron a recibir la nueva moneda y otros sólo lo hacían con un descuento de 4 %.[104] Las multas a los comercios no mejoraron la situación y hubo disturbios en Pachuca,

[102] Utx-A, AVRP, carta de Joaquín García Icazbalceta a Juan de Dios Arias, México, julio 5 de 1882, fólder 188, doc. 315. Ver también los documentos 638 y 643-647.
[103] Utx-A, AVRP, carta de Agustín Tirado a VKP, Chalco, abril 13 de 1881, fólder 188, 125. Es curiosa una solicitud de un señor que quiere pertenecer a la Sociedad Masónica Escocesa, donde declara que es católico. Véase Utx-A, AVRP, carta de Ladislao Ojeda a VRP, Morelia, agosto 20 de 1881, fólder 188, doc. 216.
[104] Daniel Cosío Villegas, Historia moderna de México. El Porfiriato. Vida política interior. Primera parte, loc. Cit. p. 761.

carestía en León, agitación obrera en Orizaba y manifestaciones populares en Texcoco y Guadalajara. Riva decidió entonces encabezar la oposición en la Cámara a la nueva moneda. En seguida recuperamos la versión de Cosío Villegas:

"La parte sensacional del debate corrió por cuenta de Vicente Riva Palacio primero, porque él había sido el principal defensor de la ley primitiva, y, por lo tanto ahora subía a la tribuna parlamentaria en el dramático papel del pecador arrepentido después, por el color de negro augurio que da a sus palabras; en fin, porque no vaciló en culpar al presidente y a sus consejeros de aquel desastre. La frase inicial da el tono a toda su peroración:

> Yo, señores, siento bajo mis pies conmoverse la tierra, porque veo que el gobierno, el pueblo, la nación y la sociedad, están al borde del precipicio.

"Sus colegas deben dar con un remedio cabal de inmediato que salve 'de su catástrofe' al país. Riva Palacio se muestra renuente a admitir que la ley primitiva haya sido mala; pero no vacila en acusar al Ejecutivo de no merecer la confianza que en él se puso para hacer circular la moneda de níquel paulatinamente, en todo el territorio nacional y en cantidades moderadas:

> El gobierno se hallaba afligido, no tenía modo de cubrir los pagos de sus servidores, y echó mano del níquel. Este arbitrio es el que nos ha perdido.

[...]

"Para Riva Palacio, antes que nada y por sobre todas las cosas, es necesario restaurar la confianza pública. Esto se conseguiría desechando desde luego aquel

proyecto de ley, cosa que él pide 'en nombre de la patria, en nombre de la sociedad y en nombre de la conciencia humana'; en seguida, debe procederse 'a sacar las máquinas con que se troqueló el níquel y hacerlas pedazos en la plaza pública' ".[105]

En la Cámara no consiguió Riva el apoyo de la mayoría, que aprobó con amplio margen el proyecto de ley que proponía retirar gradualmente el níquel. El encendido discurso de Riva lo colocó naturalmente en las filas de la oposición y marcaba su distancia del presidente González. Y tal vez las cosas no hubieran pasado a más de no ser por el motín que se desató en la Plaza de Armas de México, con el agravante de que el presidente estuvo muy cerca de él, aunque no se le agredió directamente. Recurrimos de a Cosío Villegas:

> Pero el gran motín sobrevino el 21 de diciembre de 1883. Nadie supo determinar con exactitud su origen y ni siquiera su culminación, que ocurrió frente al Palacio Nacional. Parece que brotó en la plaza de La Merced, donde el populacho comenzó a vociferar contra el níquel y a usarlo como proyectil de su protesta. El grupo, al crecer, determinó hacerla inequívoca, llevándola a las puertas de Palacio Nacional. En el camino, sin embargo, se desató la ira popular apedreando hasta hacer trizas los faroles del alumbrado público y los ventanales de comercios y casas particulares. Su llegada al Zócalo coincidió con la del presidente, que venía de su residencia privada a su despacho oficial. Se dijo que al ver aquella multitud enfurecida. González se apeó del carruaje con el ánimo de hablarle para aquietarla; pero que como el populacho avanzaba y comenzó la pedrea, sus acompañantes lo convencieron de que se dirigiera a pie y aceleradamente al Palacio, cosa que hizo mientras la policía la emprendía a garrotazos contra los amotinados y aun disparaba sus armas al aire para amedrentarla, con el saldo trágico de dos muertos y varios lesionados.[106]

[105] Diario de los Debates, XI, III, p. 339-341. Citado en ibid.
[106] Daniel Cosío Villegas, Historia moderna de México. El Porfiriato. Vida política. Primera parte, loc. Cit., tomo IV, p. 769.

En seguida Cosío Villegas se corrige y cita El Correo del Lunes, el cual afirmaba: "Las masas retrocedieron. Ninguna actitud hostil mantenían contra el primer magistrado... tampoco escuchamos contra él ningún grito sedicioso".[107] Esta versión da una idea menos violenta del motín por ser, posiblemente, más oficialista; en cualquier caso el asunto fue grave.

Combinado el motín, que tan cerca estuvo del presidente González, con el encendido discurso de Riva, se tuvo como resultado una mezcla explosiva que produciría graves consecuencias, según nos dice Cosío Villegas: "Manuel González procedió entonces con prontitud y bronca energía, pues allí mismo ordenó la aprehensión de Riva Palacio, y al mes era declarado formalmente preso."[108]

La excusa que se dio para confinarlo en la prisión militar de Santiago Tlatelolco fue que, durante el motín, en su calidad de militar debió acudir al Ministerio de Guerra y no lo hizo; pero como en primer lugar tenía el fuero de diputado el proceder del presidente fue a todas luces inconstitucional. En efecto, el artículo 57 de la Constitución de 1857 establecía: "El cargo de diputado es incompatible con cualquiera comisión o destino de la Unión en que se disfrute sueldo"; es decir que Riva debió renunciar -pero no lo hizo- a su empleo de general de brigada. A pesar de esto no cabe duda de que, estaba en su derecho de protestar la reforma monetaria con la mayor vehemencia pues el artículo 59 de la misma Constitución señalaba: "Los diputados son inviolables por sus opiniones manifestadas en el desempeño de su encargo, y jamás podrán ser reconvenidas por ellas". Todo esto nos hace pensar que en la orden presidencial de mandar a Riva a

[107] Cit. en ibid., p. 770.
[108] Ibid., p. 661.

prisión hay no sólo la intención de reprimir una protesta legal pero indeseable, sino el propósito de acabar con alguien que se considera un adversario de peligro, esto explica también el que se le haya mantenido incomunicado durante dieciocho días.[109] "Riva Palacio -escribe Cosío Villegas- entendió que las cosas iban en serio; pensó entonces que expatriándose voluntariamente podía saciar el apetito vengativo del presidente. Alegando que tenía la imperiosa necesidad de trasladarse a Europa para arreglar la impresión de lo que ya llamaba México a través de los siglos, pidió el permiso y el pasaporte para hacer el viaje. Ni siquiera se le contestó".[110] Nosotros encontramos la siguiente respuesta:

> Querido hermano: Un amigo común nuestro me ha entregado una solicitud suscrita por ti para marchar fuera del país. Inmediatamente fui a presentársela al presidente: la recibió benévolo, y me pareció que su acuerdo sería favorable y que no se haría esperar mucho. Pero después de tres días vino esta mañana el señor general Montesinos diciéndome que había que allanar algunas dificultades, y como ni yo las comprendí exactamente ni quiero sufrir equivocación en este asunto, le supliqué me hiciera un apunte sobre la fórmula que indicaba el Ministerio obteniendo el que te adjunto por si esa forma que contiene estuviese dentro de tus propósitos.
>
> Sabes que te quiere y desea serte útil tu hermano
>
> Porfirio Díaz[111]

El hecho de que no fuera atendida la razonable solicitud de un político tan influyente como Díaz indica que el presidente González estaba decidido a hacer escarmiento con Riva. En cuanto a la "fórmula" propuesta por el Ministerio de la Guerra, obviamente resultó inaceptable para Riva pues en lugar de salir del país sufrió nueve meses de prisión.

Hay otra versión que no aparece en los documentos sino que ha llegado hasta nosotros por la tradición; en opinión nuestra tiene todo el colorido de la verdad, por más que no pueda comprobarse. Sostuvimos hace algún tiempo una conversación con don

---

[109] Apud., ibid., p. 662.
[110] Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional. XI/III/2-262. Cit. en ibid. Supra, p. 662.
[111] Utx-A, ABR, carta de Porfirio Díaz a VRP, México, marzo 28 de 1884, fólder 206, doc. 7.

Andrés Lira, un historiador muy prominente, quien nos relató que don Antonio Pompa y Pompa, otro conocido historiador, aseguraba que el verdadero motivo por el cual Riva terminó en la cárcel fue porque cierto día, en presencia del general y presidente Manuel González, soltó esta frase: "No sé que tengo en los ojos, que puros cabrones veo".

En prisión Riva Palacio se dedicó a escribir el tomo dedicado al virreinato del México a través de los siglos. Algunos rumores hacían creer que el general estaba confinado en un frío calabozo, pero lo cierto es que su celda más parecía un estudio, bien modesto, poblado de libros y su soledad era acompañada de visitas de la familia y de escribientes que tomaban su dictado. Cierto corresponsal le suplicaba: "Ruego a usted que no olvide aquellos cortísimos instantes que pasábamos juntos en su humilde salón de estudio de Santiago, leyendo versos o hablando de literatura."[112] En cuanto a que era un preso político no había duda; su correspondencia, en su domicilio, era interceptada por la policía secreta;[113] se le vigilaba como un presunto revolucionario aun estando en prisión.

Por su parte Francisco Sosa le escribía para decirle que don Manuel Orozco y Berra le había facilitado los capítulos que escribió sobre la dominación española y que quería que el general los viera antes de devolverlos; aquí lo que extraña es que Orozco y Berra había muerto en 1881, por lo cual suponemos que dichos capítulos los recibió Sosa de otra persona, algún familiar o algún amigo en cuyas manos habían parado esos papeles.[114]

Doña Clementina Díaz y de Ovando bien dice:

> Y como otrora el canciller López de Ayala, que en prisión redactó su Rimado de Palacio, nuestro general, según testimonio de Juan de Dios Peza... escribió gran parte "de la historia de la

[112] Utx-A, AVRP, carta de Francisco J. Arredondo a VRP, s. l., septiembre 21 de 1884, fólder 188, doc. 437.
[113] Utx-A, AVRP, carta de Ignacio Cerda a VRP, Morelia, enero 10 de 1884, fólder 188, doc. 409.
[114] Utx-A, AVRP, carta de Francisco Sosa a VRP, s. l., julio 19 de 1884, fólder 188, doc. 425.

> dominación española, que forma el segundo tomo de México a través de los siglos..."[115]

Nos parece una metáfora interesante la del historiador encarcelado, escribiendo la gesta del mismo Estado que lo encarceló. Yo también tengo una celda, que mide cuatro por cuatro, con agradable compañía, y como saben que no escaparé puedo entrar y salir a placer. La escritura, la voz misma, tienen límites definidos que marca el Estado, pero no se trata aquí de una censura más o menos encubierta sino que el director del México... era hombre de experiencia y sabía dónde estaba parado; la celda sólo hacía aflorar de visible aquello que Riva conocía bien en su interior: él servía al Estado y en la cuestión del níquel se había propasado. Esto no excluye que el historiador preso tuviera sentimientos y de seguro muy poco afecto por el presidente González. Pero no se debe confundir al Estado con el que a veces llaman "Jefe de Estado", pues esta institución poderosa no es ninguna persona en particular, sino un conjunto complejo de instituciones -desde el ejército hasta la escuela- que se encargan de catalizar los elementos disolventes, las fuerzas centrífugas que minan la solidez del Estado, para conducirlas -o en su caso reprimirlas- de modo que hasta donde sea posible todas las instituciones y todos los actores políticos contribuyan a la cohesión de ese Estado. Riva tenía clara conciencia de que él y su generación eran herederos de la obra iniciada -entre otros patriotas- por su abuelo, don Vicente Guerrero: un vasto movimiento político que ante todo que buscaba ante todo que se reconociera la existencia del nuevo país (la independencia), a vez que procuraba una modernización en todos los órdenes que permitiera despojar a la nación de los usos, costumbres e instituciones del Antiguo Régimen heredados de España. En 1884 era claro que después de indecibles dificultades se había logrado lo esencial: la independencia, la creación de nuevas leyes e instituciones, la modernización

[115] VRP, Cuentos del general (prólogo de Clementina Díaz y de Ovando), Porrúa, México, 1968, P. XXII. El dicho de Peza está tomado de "Rectificaciones históricas a los honores decretados a don Vicente Riva Palacio", en El Mundo, diciembre 19 de 1896.

en muchos sectores de la economía, sacar a la hacienda pública de la banca rota y reconciliar a los sectores de la sociedad que habían mantenido enconada lucha durante décadas. El Estado no es el lobo, es una institución que tiene un origen histórico, social y es inseparable de eso que llamamos la modernidad. Por todo ello Riva tenía el gran propósito de contar la historia del Estado mexicano desde sus orígenes más remotos hasta 1867, es decir que el presidente González ni siquiera figuraría en ella, y a pesar de las vidas y los terribles costos de ese desarrollo era claro que se trataba de un proceso constructivo o, para usar la terminología de Riva, se había entrado en el camino del "progreso". En consecuencia creemos que una historia tan oficial como el México... benefició con la penuria personal de su director que, al verse reducido a prisión, se distanció ligeramente de los intereses del gobierno en turno, lo cual pudo contribuir a aminorar el "presentismo" que todos los libros de historia tienen; me refiero a la tendencia a ajustar el pasado a la mentalidad y a los intereses actuales, sin dar debida cuenta de la distancia que nos separa de las épocas pretéritas. En cierto modo el compromiso adquirido por Riva al aceptar la invitación de don Manuel González para escribir la historia, cambió cuando el historiador fue reducido a prisión, con el agravante de que la medida fue un acto de fuerza a todas luces ilegal. No queremos exagerar la diferencia en la escritura de la historia dentro y fuera de prisión, pues Riva de antemano había trazado el plan de su obra, y sus ideas sobre México y sobre la historia no podían variar súbitamente. Pero no cabe duda de que la imprudencia de Riva al pronunciar tan exaltados discursos en la Cámara de Diputados (aunque era imposible que él previera los motines que ocurrieron después magnificarían su rebeldía) le hizo probar el brazo coercitivo del Estado, de tal suerte que su nueva situación como político y como historiador mostraba el alto grado en que dependía de sus vínculos específicos con ese mismo Estado. No se puede decir -insistimos- que Riva haya sido censurado directamente, pero la presencia del Estado es patente en su escritura como el marco de lo

que era posible -y político- expresar; la tipografía es de Riva pero el Estado marca los límites, del mismo modo que la caja de la imprenta marca los linderos de los tipos, de las letras. Con todo, al mudar Riva su condición de político prominente a preso político, pasó de un lugar social relativamente central a otro más marginal y según el aserto de Michel de Certeau es desde los márgenes donde le conviene escribir al historiador.

En prisión escribió también algunos de sus mejores poemas, en los que expresa la madurez que dan los desengaños políticos, pero los sublima y los convierte en elementos estéticos, como en este prodigioso soneto titulado "Al viento":

> Cuando era niño, con pavor te oía
> en las puertas gemir de mi aposento;
> doloroso, tristísimo lamento
> de misteriosos seres te creía.
>
> Cuando era joven, tu rumor decía
> frases que adivinó mi pensamiento;
> y cruzando después el campamento,
> "Patria", tu ronca voz me repetía.
>
> Hoy te siento, azotando, en las oscuras
> noches, de mi prisión las fuertes rejas;
> pero hánme dicho ya mis desventuras
>
> que eres viento, no más, cuando te quejas,
> eres viento si ruges o murmuras,
> viento si llegas, viento si te alejas.
>
> Prisión de Santiago Tlalteloco,
> julio de 1884.[116]

Algún periódico publicó la noticia de que Riva Palacio malpasaba sus días en un frío calabozo y que estaba perdiendo el juicio; de inmediato su esposa, Josefina, pidió a Francisco Sosa que se encargara de desmentir la noticia, y éste pidió una rectificación a El Monitor Republicano, en los siguientes términos:

> El general Riva Palacio.- Un amigo del señor Riva Palacio y de su familia, ha venido a manifestarnos, en nombre de ésta, que es absolutamente

[116] VRP, Páginas en verso (prólogo de Francisco Sosa), Librería La Ilustración, México, 1885, p. 74.

> falsa la noticia publicada por uno de nuestros colegas y reproducida por nosotros, acerca de que el expresado general esté padeciendo en la prisión de Santiago de enajenación mental. También son falsos los pormenores relativos a su prisión.[117]

De cualquier modo el encierro es siempre muy duro, aun bajo las mejores condiciones, y cuando inopinadamente, pasados nueve meses, el 16 de septiembre de 1884, el gobierno lo liberó, un diario aseveraba: "el señor Riva Palacio ha sufrido mucho en la prisión, pues su físico ha desmejorado y los padecimientos le han hecho que parezca casi un viejo".[118] Sin embargo, su casa estaba colmada de amigos que celebraban su liberación; un grupo de estudiantes intentó también ir a su domicilio a ovacionarlo, fue disuelto por la policía.[119]

Un claro indicio de que Riva Palacio comprendía que, aun fuera de prisión, tener un papel activo en la política era sumamente riesgoso (recordar que la valentía es que el punto medio entre la cobardía y la temeridad), fue su pasividad durante las elecciones de Guillermo Prieto le escribió varias veces al respecto, y el celebrado poeta muestra cierta desesperación pues desde que en el 76 se unió a los decembristas, encabezados por José María Iglesias, había andado muy errado en política. Por eso "Fidel" apura a Vicente:

> Tu abstención en la lucha electoral me hace creer que estás disgustado del todo y es necesario que hables para que nos entendamos...

[117] Utx-a. ABR, carta de Francisco Sosa a Guadalupe Bros, s. l., agosto 21 de 1884, fólder 188, doc. 428.
[118] El Nacional, septiembre 22 de 1884. Citado en Historia moderna de México. El Porfiriato. Vida política interior. Primera parte, loc. Cit. p. 665.
[119] Ibid., El Porfiriato. Vida política interior primera parte, p. 665. La popularidad del general entre los estudiantes, como víctima ilustre del despotismo de Manuel González, hacía que le enviaran telegramas como éste: "La Comisión de Estudiantes de México unida a los de Toluca y a varios patriotas de la misma, felicitan a usted con efusión al evocar el recuerdo de su padre y el de usted y lo invitan para que siga como hasta aquí siendo el genuino representante de los estudiantes y de los verdaderos patriotas del Estado libre y soberano de México". Véase Utx-A, ABR, carta de la Comisión de Estudiantes de México y Toluca a VRP, Toluca, diciembre 8 de 1884, fólder 188, doc. 456.

> Es forzoso pensar seriamente en un periódico serio dedicado a la juventud con nombres respetables a su frente.[120]

A pesar del quietismo de Riva Palacio no faltó un periódico despistado, El Clamor Popular, que propusiera al general como candidato a la presidencia, y de hecho obtuvo algunos votos en Aguascalientes y Guanajuato; pero Porfirio Díaz preparó tan bien su reelección que obtuvo el 99 % de los votos.[121] También se especuló que Riva regresaría al Ministerio de Fomento en el nuevo gabinete de Díaz, pues la amistad entre ellos era bien conocida. Pero dejando aparte los lazos fraternales, don Porfirio ya no necesitaba al general, ni requería de sus variados talentos ni de la legitimidad popular que representaba, como en los tiempos de Tuxtepec; y el espíritu independiente del que siempre hizo gala no dejaba de representar cierta peligrosidad.

Lo cierto es que Riva pidió su separación del ejército, la cual le fue concedida en estos términos: "acompaño a usted la patente de licencia absoluta que para separarse del servicio militar ha expedido a su favor el Ejecutivo por haberla solicitado".[122] Y uno de sus colaboradores en el proyecto del México a través de los siglos, Luis G. de la Sierra, se apresuró a escribirle para felicitarlo por haber renunciado al empleo de general, y le dice: "La biblioteca, para un hombre como usted, tiene más atractivo que el cuartel".[123]

El año de 1885 y la primera mitad de 1886, hasta su nombramiento como embajador en España, fueron grises para Riva, aunque esta calma fue ideal para trabajar

[120] Utx-A, ABR, carta de Guillermo Prieto a VRP, s. l., diciembre 21 de 1884, fólder 188, doc. 465.
[121] Historia moderna de México. El Porfiriato. Vida política interior. Primera parte, loc. Cit., p. 748 y 756. También fue propuesto para presidir el Ayuntamiento de México por el "Club Hidalgo", los "Hijos del Pueblo" y una "Junta General de Electores Independientes"; véase HMM, El Porfiriato. Vida política interior segunda parte, p. 27-28.
[122] Utx-A, ABR, carta del Departamento del Cuerpo Especial de Estado Mayor, Secretaría de Guerra y Marina a VRP, México, diciembre 6 de 1884, fólder 188, doc. 455.
[123] Utx-A, ABR, carta de Luis G. De la Sierra, Suprema Corte de Justicia Militar, secretaría particular, a VRP, México, diciembre 1 de 1884, fólder 188, doc. 451.

en el México a través de los siglos. Su rutina la relata un amigo quien le escribe un romance donde detalla: levantarse "muy tempranito", en seguida la toilette y después encerrarse en su bufete a escribir; a las ocho las visitas de los amigos hasta las diez, luego hojear libros y "chupa que chupa cigarros" hasta la hora de comer; para hacer la digestión un paseo por la Reforma, de regreso a casa recibir a los amigos de la tertulia, por fin cenar y dormir.[124]

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

[124] Utx-A, ABR, carta de Rafael López de Mendoza a VRP, México, abril 17 de 1886, fólder 189, doc. 111.

## CAPÍTULO VI: LOS OTROS TOMOS Y AUTORES DEL MÉXICO A TRAVÉS DE LOS SIGLOS

En este capítulo ofreceremos un panorama general de los distintos tomos y autores del México...: del tomo de Riva nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

Todos los autores del México... fueron liberales puros o radicales y eran bien conocidos en la sociedad mexicana, de modo que los lectores de entonces sabían muy bien a qué atenerse. También todos eran polígrafos, es decir que dominaban dos o más géneros literarios y, además, el periodismo. Dos de ellos fueron guerreros: Riva y el coronel Juan de Dios Arias. Con excepción de Enrique de Olavarría y Ferrari, que era nativo de España, todos los demás autores participaron en la política nacional aunque ninguno destacó tanto como Riva. Tal vez el rasgo más conspicuo de este contingente sea realmente eran "reputados literatos", según reza la portadilla de la obra, que pudieron producir textos bien fundamentados y con una calidad de escritura sobresaliente; además fueron capaces de, como decimos ahora, "trabajar bajo presión", es decir que el editor les fijaba las fechas para la entrega de los capítulos y ellos se comprometían a terminar a tiempo; al parecer sólo José María Vigil tuvo un paso cansino, como veremos más adelante.

### Tomo I. México antiguo. Alfredo Chavero (1841-1906).

Comencemos con Chaverito, según le llamaban sus amigos, quien nació en México casi diez años después de Riva, en 1841. Estudió en el Colegio de San Juan de Letrán y luego hizo estudios de Leyes, obteniendo el título de abogado en muy buen

momento, 1861, cuando los liberales triunfan en la guerra de Reforma y necesitan urgencia hombres aptos y con educación. En el 62 es diputado y al año siguiente acompaña a la comitiva del señor Juárez, presidente de la República, en su retirada hacia el norte, provocada por la Intervención Francesa. Sus biógrafos mencionan diversas comisiones durante la guerra pero no aclaran si llegó a empuñar las armas. Después del triunfo de 1867 ocupó diversos cargos: magistrado, síndico del Ayuntamiento, diputado y gobernador del Distrito Federal. Antilerdista, es nombrado oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores al caer el gobierno de don Sebastián, es decir en el primer período presidencial de Porfirio Díaz. Además de sus colaboraciones en muchos diarios de la época, Chavero tuvo dos grandes pasiones: la arqueología y el teatro. Si bien don Alfredo escribió un número considerable de obras cómicas e incluso zarzuelas, sus dramas de mayor aliento fueron los de tema prehispánico: "Xóchitl" y "Quetzalcóatl", obras de gran mérito por la sola audacia de poner en escena a personajes indígenas en una sociedad altamente racista; pocos aplausos recibió.

Su obra historiográfica puede dividirse en dos partes: obras originales suyas y ediciones comentadas de otros historiadores. En ambos casos la mayor parte de su producción es posterior al México... Un estudio del decreto de abolición de la esclavitud firmado por Morelos, el honor de pronunciar el discurso en los funerales del señor Juárez, consultas indeterminadas para el Diccionario... de José María Pérez y Hernández, algunos apuntes sobre bibliografía mexicana y, lo más importante, su estudio del calendario azteca, es todo lo que hemos podido encontrar publicado por Chavero antes del México... Después de éste publicó diversas colaboraciones especialmente en los Anales del Museo Nacional sobre Sigüenza y Góngora, Boturini, Tovar, Vega, Morfi,

Veytia, astronomía prehispánica, "La piedra del Sol" (en varias entregas), el monolito de Coatlinchán, el calendario de Palenque, antigüedades mayas, exploraciones en el valle de México y también su flora y fauna, la exposición de Saint Louis Missouri. En formato de libro publicó un Homenaje a Cristóbal Colón. Antigüedades mexicanas... por supuesto en 1892; también Pinturas jeroglíficas (1901) y en la misma fecha una nueva versión de Calendario o rueda del año de los antiguos mexicanos. Otros trabajos han aparecido en el siglo XX rubricados por él, que probablemente son alguno de los trabajos mencionados, con otro título: Sahagún y Los azteca o mexica. Fundación de México Tenochtitlan, por ejemplo. En cuanto a la edición de la obra de otros historiadores con comentarios de Chavero conocemos la Historia de Tlaxcala de Muñoz Camargo, las Obras históricas de Ixtlixóchitl y su edición y comentarios al códice o Lienzo de Tlaxcala, todos de 1892 y seguramente asociados a la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América. En 1904 se reunieron las Obras de Chavero por Victoriano Agüeros. Muere don Alfredo a la edad de 65 años, el 24 de octubre de 1906.[1]

Estructura de la obra

El tomo de Chavero muestra claramente una sobrerrepresentación del México central y muy especialmente de la metrópoli lacustre. La obra está dividida en "libros" y ya estos cortes son la prueba de la predilección de Chavero por el México central. En efecto los libros tercero ("Los tolteca") (parcialmente), cuarto ("Los mexicas") y quinto ("Grandeza y ruina de México") están dedicados a esta región, incluyendo el episodio de

[1] Véase Jorge Gurría Lacroix, Alfredo Chavero, Gráficos Herber, México, 1952, 16 p.; quien a su vez se apoya en Juan B. Iguíniz, Bibliografía de novelistas mexicanos. Para la vida de Chavero también hemos aprovechado a Enrique Cárdenas de la Peña, Mil personajes en el México del siglo XIX, Banco Mexicano Somex, México, 1979, t. I, p. 493.

la conquista de México-Tenochtitlan, y suman algo más de 550 páginas, de las 900 que tiene la obra; es decir que más del 60 % del espacio se ocupa del enclave central del Estado. El libro primero está dedicado a los "Tiempos prehistóricos" y el segundo a los que llama "Meca" o "ulmeca". En general el tomo de Chavero se resiente de desorden, de una narración a veces deshilvanada de episodios donde no siempre es fácil distinguir lo que se sabe de cierto, de lo que es especulación o francamente legendario. Ello prueba que entonces no se había formado la imagen estructurada del mundo prehispánico que hoy tenemos, en que las culturas, las regiones y especialmente la cronología están razonablemente bien establecidas. Nos parece que esta obra de Chavero pertenece enteramente a la historia, en el sentido de covacha de trebejos viejos, y sólo quien se interese por el proceso de construcción de nuestra idea del mundo prehispánico leerá este libro con verdadero interés y utilidad. Sin embargo hay que tener cuidado menospreciarlo demasiado pues quizá en cien años los que causaremos risa nosotros.

La reseña biográfica que hemos presentado de Chavero muestra que su mayor productividad fue posterior al México... No obstante él presume, al final de la obra que analizamos, de haber dedicado 16 años "de constantes estudios" al tema de su predilección, nos informa que escribió su tomo del México... en veinte meses y se excusa de incluir notas: "He abandonado la costumbre de hacer citaciones en notas [aunque hace algunas aquí y allá], porque ni he querido alardear de erudito ni fatigar la atención de los lectores". Y por último un rasgo de modestia: "Estoy muy lejos de creer que he hecho una obra perfecta: he escrito cuanto sé, sin pretensiones de haber acertado. Y si en ella

por acaso, hubiere algo bueno, recíbalo como humilde homenaje mi patria".[2] Aquí habría que aclarar que para esta generación la patria no era sinónimo del presupuesto y que sus posturas éticas -contra la Intervención, por ejemplo- les dan cierta autoridad moral.

Señala Chavero cómo los frailes recogieron arengas y tradiciones y luego delata la mirada occidental con que estudia el pasado:

> Pero nuestra historia antigua se había salvado; y lo que en el olvido pudo perecer, hoy acaso va a levantarse a nuestras manos, que si guiadas más por la audacia que por el saber, muévense también al resorte del amor a la patria, que abraza el deseo de conservar los viejos recuerdos y las añejas hazañas, como en el salón condal del castillo almenado se guardan los retratos de todos sus señores, la espada de combate del conquistador y el laúd de la castellana.[3]

En seguida hace una afirmación que nos parece extraviada, por decir algo, después de Champolion y su famosa Piedra Roseta: "nuestra historia antigua es más digna de fe que la de la mayor parte de los pueblos primitivos del viejo mundo... y que no es exageración decir que en esto es superior nuestra historia a la misma historia de Grecia... tenían [los antiguos mexicanos] una cronología perfecta, base muy principal la precisión de la historia".[4]

Estas afirmaciones de Chavero interesan porque delatan una grande necesidad de reconocimiento, que en su carencia, provoca una reacción exagerada al valorar lo "propio", del tipo como México no hay dos o Jalisco nunca pierde. Nadie pidió una valoración de este tipo y mucho menos ocupar el primer lugar; es un lapsus de Chavero.

---

[2] Alfredo Chavero, México a través de los siglos, Tomo I, Historia antigua, Espasa y Compañía, editores, Barcelona, 1884-1889, p. 912.
[3] Chavero, op. Cit., t. I, p. IV. Subrayado nuestro.
[4] Ibid. Debe tenerse muy en cuenta que lo que llamaban hace un siglo "cronología" era más que una lista de fechas, incluía una visión particular y un método para el estudio de la historia. Apunte erudito de Nicole Giron.

Luego señala Chavero que las fuentes más directas para conocer las culturas prehispánicas son los jeroglíficos y se pregunta si pueden interpretarse debidamente entonces explica su escuela:

> Al fin un estudio asiduo, una comparación incesante y profundas meditaciones, hicieron que el señor don José Fernando Ramírez, fundador de la manera de historiar que hoy seguimos, encontrase el primero el modo de leer los jeroglíficos fonéticos y figurativos. Consultando cuantas pinturas pudo haber a las manos, ya en México ya en los diversos museos de Europa, llegó a formar una gran colección de pequeñas tarjetas, cada una con un jeroglífico y su interpretación, que constituían en realidad un precioso diccionario. Su orden, división y clasificación venían a dar además algunas reglas generales para interpretarlos. El señor don Manuel Orozco [y Berra], utilizando esos materiales fijó varias de esas reglas, explicó figuras e hizo un ensayo de diccionario explicativo de los principales signos figurativos, fonéticos e ideográficos. Nosotros nos atrevimos a dar una regla general para interpretar los fonéticos, diciendo que los jeroglíficos se leen de la misma manera que se forman las palabras compuestas en mexicano. Y llevamos nuestra audacia hasta estudiar la lectura de mucho mayor número de signos figurativos e ideográficos, emprendiendo la de los simbólicos. Acaso el estudio de muchos años puede darnos la esperanza de no habernos equivocado.[5]

En general Chavero busca con afán enaltecer a nuestros antepasados prehispánicos pero, como muchos otros escritores, se tropieza con la cuestión de los sacrificios humanos, por los cuales manifiesta una repulsión incontenible:

> Pero junto a todos estos progresos venía el fanatismo a echar un velo de sangre a tanta civilización y tanta gloria, pues no solamente se repetían los sacrificios, sino que se tenía lujo de barbarie en ellos (...)
>
> Entonces comenzaba el sacrificio gladiatorio, y después del sacrificio desollaban a los muertos y se vestían sus cueros los sacerdotes Tototéctin, los cuales armados de rodelas y de palos con sonajas iban pidiendo limosna de casa en casa. A los veinte días se arrancaban esos inmundos pellejos y los arrojaban en el Yopico.[6]

[5] Ibid., t. I, p. 6. Nótese que no se menciona a ninguno de los nahuatlatos extranjeros.
[6] Ibid., t. I, p. 563. La visión de Chavero de las distintas culturas de Mesoamérica (término que entonces no existía) es tan enredada que ahondar en ella requería las destrezas de un especialista arqueólogo.

Lecturas de la obra de Chavero

Uno de los primeros juicios que se hicieron del tomo de Chavero fue el que expresó el editor del México... Santiago Ballescá, quien al completarse la edición se sentía aliviado pero escribía con cierta amargura a Riva:

> Quiero suponer que crea usted que mi cariño por la obra que se acaba de publicar sea, como realmente es, grande. ¿Cree usted que a pesar de esto pueda yo tener la convicción de que carezca de muy sensibles lunares? Y como que los tiene, en conciencia no podía yo decir que era un libro perfecto (si los hay) y mucho menos podía señalar las partes buenas, las medianas y las malas, explicando al público las causas de tal desigualdad y de que Chavero, por ejemplo, por lo que sólo usted y yo sabemos, afirme en su tomo, en varios casos y contra toda verdad, lo contrario de lo escrito por usted; de que el tomo primero se componga de paja pura y de que en algunos otros se haya dado preferencia a discursos, brindis, etcétera...[7]

La alusión a las demasiado numerosas citas textuales de "discursos, brindis, etcétera" muy probablemente se refiere a don José María Vigil, autor del tomo V del México..., y a su costumbre de copiar largos documentos, lo cual detallaremos al llegar a tomo. En cuanto a la "paja pura" es algo que con el tiempo parece haberse multiplicado en el tomo primero, pues los avances de la arqueología en el siglo XX han modificado radicalmente las ideas que sobre el mundo prehispánico se tenían hace cien años. Falto de actualidad sí, pero no debe despreciarse el tomo de Chavero por sus muchos yerros, pues incluso éstos jugaron su papel para reconocer mejores caminos del conocimiento, aunque sus resultados hoy nos parezcan equivocados.

La mejor crítica que se hizo a Chavero por sus contemporáneos se debe a la pluma del célebre Justo Sierra Méndez, quien al terminarse la publicación del México...

[7] "Cartas del editor de México a través de los siglos", en Secuencia, núm. 35, mayo-agosto de 1996, p. 152. Subrayado nuestro.

hizo una recensión bastante amplia. Citaremos sus principales señalamientos sobre Chavero y después los comentaremos:

> Al señor Chavero cupo en suerte, por sus conocimientos arqueológicos, la primera parte de nuestra historia, la anterior a la conquista... Dejando a un lado los errores posibles en inevitables obras de tamaño aliento, puede afirmarse que cuanto de sustancial e importante se conoce sobre estas épocas muertas, está allí, y es relatado en un estilo superiormente literario y florido, elocuente con frecuencia, pocas veces retórico y declamatorio.
>
> Taine afirma que un historiador completo debe, en cierto modo, ser un poeta: lo es el señor Chavero, sin duda alguna. La intuición, el don de adivinar lo pasado, la contagiosa convicción con que nos lo presenta redivivo, fluyen de sus cualidades de poeta. Mas de allí vienen también, y este es el defecto de la cualidad, la facilidad de inferir en grande de premisas o muy vagas o muy pequeñas, de edificar hipótesis atrevidísimas sobre frágiles bases y, en suma, la tendencia de imaginar la historia ahí donde falta el dato concluyente, y la tentación de tomar las simples probabilidades por hechos ciertos...
>
> [...]
>
> Después de la narración de la conquista de nuestro inolvidable Orozco y Berra (Historia antigua y de la conquista de México tomo IV), para referirnos a los contemporáneos solamente, era bastante difícil hacer algo mejor o más interesante; el señor Chavero lo ha hecho diversamente, se ha colocado en otro punto de vista y ha salido muy airoso de un empeño en que ha apurado su talento y su arte. Y este es el caso de felicitarlo por haber dado a la conquista, considerada desde lo alto y en conjunto, todo su valor, y de no haber rendido parias a la escuela que con un criterio que puede ser muy patriótico, pero que por apasionado es perfectamente extraño a la ciencia, niega lo que hay grande en la personalidad de Cortés (mezcla de vicios y cualidades extraordinarios, como tantas veces las hubo en el siglo XVI), y, lo que es más grave, pretende rebajar la importancia suprema de la obra de conquistadores, punto de partida de la sociedad mexicana.[8]

La crítica de Sierra nos parece en general bastante favorable a Chavero; pondera el aspecto literario (lo "cursi" que señalará Gurría Lacroix, como veremos más adelante) y lo elogia hasta cierto punto. No le parece a Sierra este tomo tan "indigenista", en la

[8] Justo Sierra, "México a través de los siglos", en Revista Nacional de Letras y Ciencias, t. II, 1889, p. 113 y ss.; a su vez en Obras completas del maestro Justo Sierra, tomo IX. Ensayos y textos elementales de historia, Universidad Nacional Autónoma de México México, 1948, p. 182-183.

medida que no descalifica a Cortés. En cambio le parece que Chavero se extravía en ocasiones a fuerza de imaginación. Es interesante que Riva haya criticado a Chavero por esto mismo y aun antes de escribir el México... En efecto, en Los Ceros, un libro pleno de humorismo, don Vicente valora la ciencia arqueológico-hermenéutica de Chavero con una frase terrible y festiva a la vez: "cuentan que es tan hábil para comprender jeroglíficos, que ha descifrado toda la historia de Xochimilco en las huellas que dejaron las viruelas en el rostro de un hijo de esa población".[9] Pero Riva no para ahí sino que entra en pormenores:

> ¡Oh poder de la ciencia arqueológica! ¡y cómo [Chavero] descubre, desenvuelve, desentraña y desenmaraña los más ocultos e intrincados misterios de las edades pasadas, con sólo el feliz descubrimiento de un botón, de un limpiadientes o una navaja de afeitar!
>
> Encuéntrense ustedes, lectores, una de esas piedras, que tan comúnmente se hallan al hacer una excavación en México, un trozo de roca en donde toscamente se miren grabadas o en relieves horribles e informes figuras, mándenla ustedes lavar y preséntensela a Chavero.
>
> Alfredo arrugará los ojos, dará un buen sorbo de rapé, pondrá luego ambas manos atrás, y sacando todo lo más que pueda el abdomen, os espetará una bonita disertación: "el pasaje que representa la piedra es muy conocido; figura un episodio de la gran guerra entre los atepocates, pueblos belicosos del Sur del Anáhuac, y los escuincles sus rivales, y en la que definitivamente fueron vencidos los últimos. El personaje que está en pie es Chilpocle XI, de la dinastía de los Chacualoles, que por muerte de su padre Chichicuilote III heredó el trono estando en la infancia, y durante su menor edad fue regente su madre, la famosa reina Apipisca II, la Semíramis de Tepechichilco. El personaje que está de rodillas es Chayote V, infortunado monarca de los vencidos, que debió la pérdida de su imperio a la traición de su consejero Chincual que es el que está detrás de él. Los dos sujetos que están cerca del vencedor, son su hijo, que fue después el célebre conquistador Cacahuate II, y su consejero el ilustre historiador y filósofo Guajilote, por sobrenombre llamado Chicuase, con motivo de tener seis dedos en la mano izquierda, y que fue quien escribió la crónica de la sublevación y destrucción de la tribu de los mestlapiques. Esos signos estrella de dos picos que se ven en la parte superior, son las armas del fundador de la dinastía, Chahuistle el Grande, y esta piedra está labrada en el siglo de oro de las

[9] VRP, Los ceros (prólogo de José Ortiz Monasterio), Promesa, México, 1979, p. 238.

> artes, de los atepocates, cuando figuraron entre sus escultores el insigne Ajolote, entre sus pintores el famosísimo Tlecuil y entre sus arquitectos el célebre Huausontle.[10]

Y en seguida Riva aclara que no desconfía de Chavero en particular, sino de todos los arqueólogos habidos y por haber, sin faltar Champolion. Todo esto lo dice el general en 1882, es decir cuando arrancaba el proyecto del México..., pero años atrás ya había manifestado su incredulidad y dudaba que los jeroglíficos y los códices prehispánicos se pudieran descifrar. Fue en su novela Memorias de un impostor. Don Guillén de Lampart, rey de México que describió una conspiración en que los levantados conocían el paradero del tesoro de Moctezuma, cuyas señas estaban guardadas en un viejo cofre. Pero al abrirlo encuentran un códice que parecía "un cuadro bizantino pintado por un niño".[11] Don Guillén no logra entender nada y entonces pregunta a otro personaje:

> -¿Ninguno de nuestros hermanos comprende?
> -Ninguno: hay figuras cuya significación se alcanza, pero que no dan sino palabras aisladas, de las cuales nada se puede inferir. Mirad aquí, por ejemplo, esta pequeña colina sobre la cual se posa una langosta gigantesca; pues no cabe duda de que representa el cerro de Chapultepec, "cerro de la langosta". Esta cabeza, encima de la cual se encuentra una flecha hiriendo al cielo, representa al emperador Moctezuma I. Pero todos estos son conocimientos vulgares, insignificantes, piezas de un gran todo, cuyas relaciones nos son desconocidas; falta la clave, y sin ella, todos los esfuerzos serán perdidos. No ahora, en que aún estamos cerca de los días en que esto se escribió, sino en el porvenir, dentro de dos o tres siglos, habrá muchos hombres que de buena o mala fe, queriendo pasar por sabios entre sus contemporáneos, forjarán una leyenda de cada una de esas figuras, explicarán lo que significan cada uno de los relieves de esas piedras que se encuentran a cada paso, labradas por los antiguos pobladores de México; pero todas esas interpretaciones serán más ingeniosas que verdaderas, y más convencionales que exactas; y todos ellos convendrán en que cierto signo quiere decir tributo, y por tributo

[10] Ibid., p. 239. Sólo el primer subrayado que aparece en esta cita es nuestro.
[11] VRP, Memorias de un impostor. Don Guillén de Lampart, rey de México (prólogo de Antonio Castro Leal), Editorial Porrúa, México, 1946 (Colección de Escritores Mexicanos, 33 y 34), t. I, p. 213.

> pasará, y será como si ellos inventaran y no como si interpretaran, y querrán que la gramática española y la construcción española resulten de esos jeroglíficos, estampados por la mano de hombres cuyo idioma no tenía gramática, y eso sólo porque los jesuitas han fabricado gramáticas para los idiomas del Anáhuac, pretendiendo que todos ellos siguen las reglas del latín. ¿Comprendéis bien la dificultad insuperable de descifrar estos jeroglíficos ahora y en el porvenir?[12]

Como se ve Riva da muy poco crédito a las explicaciones arqueológicas, llega a decir que las lenguas nativas carecen de gramáticas y ni siquiera deja a la posteridad la posibilidad de descifrar los jeroglíficos. De Chavero en particular hace una divertida burla con idéntico mensaje. ¿Por qué entonces le encargó el tomo I del México...? Al parecer porque no había nadie más que hubiera hecho estudios del tema y que tuviera las agallas de emprender un proyecto de esa magnitud. Sí, tal vez Orozco y Berra resultó -lo vemos a un siglo de distancia- más atinado que Chavero, pero aquél murió en 1881. Y Chavero era además buen amigo de Riva, compañero diputado. Tal vez lo justo sería destacar que a Chavero le tocó escribir la parte más incierta y por ello la más difícil de nuestra historia. En su propia época y en las siguientes ha sido censurado, pero igual suerte corrieron todos los escritores que se ocuparon en el siglo XIX de los estudios de las épocas prehistóricas y protohistóricas. Aun Ernest Renan, tan admirado por Riva, cuya erudición en filología semítica era universalmente reconocida, fue criticado cuando publicó sus Orígenes del cristianismo y especialmente el primer tomo, que corresponde a la etapa más antigua y legendaria de los israelitas hasta los tiempos del rey David. El propio Renan advierte en este libro que resulta muy difícil establecer los hechos y se propone al menos reconstruir el ambiente, para lo cual ha tenido que echar mano de la imaginación y de antemano se disculpa de sus yerros: "Incluso si he adivinado mal en

[12] Ibid.

ciertos puntos, estoy seguro de haber captado la obra única que el aliento de Dios, que es el alma del mundo, ha realizado a través de Israel".[13]

Con todo en la desconfianza de Riva por los estudios arqueológicos, si bien él se refiere a la arqueología de todas partes, pudiera pensarse que hay una pequeña dosis, muy pequeña, de menosprecio por lo indígena, sin embargo otros textos suyos echan abajo esta idea. Tal vez en el trabajo de Sierra se podría hallar también un indicio de esto cuando dice que son las prehispánicas "épocas muertas", cuando que la mayoría de los habitantes del país eran entonces indígenas, especialmente abundantes en la península de Yucatán, la cual Sierra llegará a describir como una inmensa necrópolis; pero, de nuevo, esta sería una interpretación un poco forzada de Sierra quien sólo intenta decir que la conquista fue "el punto de partida de la sociedad mexicana".

De la falta de pertinencia, de la alteridad, de las interpretaciones de Chavero podrían darse muchos ejemplos pero bastará uno para mostrar que el lector llega a creer que se está hablando de una cultura ajena, antidiluviana:

> Si ahora resumimos todo lo dicho respecto a las emigraciones de las razas y nos suponemos viviendo, no en el año 995 antes de la era vulgar, sino a principios de ésta, a fin de que lleguemos al tiempo en que las diversas emigraciones debieron alcanzar su completo desarrollo, nos encontramos con la siguiente división geográfica. En la península maya la teocracia de los Zamná, en el territorio quiché la de los Votan y en el de Didjazá la de los petela. Extendida la raza del Sur por el Tamoanchán, y acaso unida en aquellos remotos tiempos con los vixtoti, hallamos en Chulul y Quitemaquí a la otra teocracia de los Xelva. Estas cuatro teocracias forman un conjunto compacto en el Sur.[14]

[13] Cit. en George P. Gooch, Historia e historiadores en el siglo XIX, Fondo de Cultura Económica, México, 1977, p. 525-526. El subrayado es nuestro.

[14] Chavero, México a través de los siglos, loc. Cit., t. I, p. 269. Muy curiosa también es la disquisición para demostrar que Quetzalcóatl no fue, como algunos habían dicho, un extranjero, que ocupa buena parte del capítulo II del libro tercero. Por otro lado no le parece imposible un antiguo contacto con Egipto: "Por la relación de origen, acaso por comunicaciones muy antiguas, la idea de la pirámide fue común a egipcios y mayaquichés...", t. I, p. 402.

Hay otra crítica interesante del tomo de Chavero que hizo en 1952 don Jorge Gurría Lacroix, director que fue del Instituto de Investigaciones Históricas, de la Universidad Nacional Autónoma de México, en tiempos posteriores. Con su estilo lacónico, este autor trata de ubicar a Chavero a través de ciertas coordenadas fundamentales. Primero que nada deduce de la obra dramática de éste el carácter del estilo de su escritura "que bien puede ser calificado de cursi", según el criterio de Gurría Lacroix.[15] Y como contraprueba señala que ni don Fernando Ramírez, ni Orozco y Berra ni García Icazbalceta tienen florido el estilo. La frase final del tomo le parece a Gurría Lacroix la más ilustrativa:

> Moría ya la tarde, prometiendo tormenta, y entre nubes rojas como sangre se hundió para siempre detrás de las montañas el quinto sol de los mexica.[16]

Concedamos, pues para todo hay gustos, que el estilo sea "cursi". Pero sería, nos parece, más interesante pensar en términos de la eficacia de la escritura. Es decir que Chavero pudo culminar su tomo diciendo simplemente: "Y éste fue el fin de los mexica", o bien "Queda así explicada la historia antigua de México". Nos parece que las generaciones actuales se han distanciado del modo de abordar la historia de Gurría Lacroix y los suyos; ahora el papel de la literatura en la historia se reconoce cada vez más. Es claro que mucha literatura puede producir ideologemas, pero como señalamos en un capítulo anterior una frase puede ser una simple verdad en cierto contexto y época, y convertirse luego en ideologema. Imaginad al gobernador de Tlaxcala el 15 de septiembre diciendo "y de guerreros como Xicoténcatl, el joven, que preferían morir por la patria, a dejarla profanar"; imaginad, como es probable, al auditorio ligado

[15] Gurría Lacroix, Alfredo Chavero, loc. Cit., p. 6.
[16] Ibid.

más por el presupuesto que por patrióticas inclinaciones en servil aplauso: un claro ideologema. Pero si Chavero lo dice, como lo dijo, en la página 749, y al decir "patria" evoca sus andanzas durante la Intervención Francesa, comisionado por el señor Juárez, me parece que no sería un ideologema pues Xicoténcatl pereció, en efecto, por su pueblo, como muchos perecieron durante la Intervención; en cambio del séquito del gobernador nadie perece y todos pelechan.

Otros aspectos interesantes de la crítica de Gurría Lacroix son calificar el tomo de Chavero de "indigenista" -si bien Justo Sierra no estaría de acuerdo en esta apreciación-, pues Chavero casi siempre prefiere a los cronistas de esta escuela, y el tomo también le parece tendencioso pues los autores del México en su conjunto son:

> Todos ellos liberales, por lo que puede ser catalogada como obra tendenciosa, es decir, de franco sello liberal, y por lo mismo no puede concedérsele el carácter de imparcial muy a pesar de que Chavero en el final del tomo primero exprese que haya procurado serlo, cosa que no logra.[17]

Aquí Gurría Lacroix delata su creencia de que la imparcialidad es posible, es más él de seguro se cree imparcial, mejor que Chavero; pero Gurría Lacroix no muestra interés en explicar por qué era aquél indigenista (lo cual es discutible) y liberal. Establecer un hecho no es explicarlo, es sólo establecer un hecho. Por último el crítico señala que Chavero enfatiza en la conquista el papel de los indios:

> El fanatismo enervaría las fuerzas de sus contrarios; para destruirlo, la división de los pueblos le proporcionaría innumerables ejércitos; que pocos soldados españoles dirigirían y acudirían en los momentos supremos; y él, nuevo Dios de nueva e ignota teogonía, dispararía los rayos de fuego de su artillería espantosa para alumbrar los

[17] Ibid.

> lagos de sangre india de dos ejércitos indios que luchaban para dar la victoria al audaz español.[18]

Para Gurría Lacroix este párrafo es clara evidencia del indigenismo y del pensamiento sobre la conquista de Chavero, bajo el esquema bipolar indigenista-colonialista. Sin embargo en el México... como bien lo percibió Justo Sierra hay un claro afán de no vituperar nuestra ascendencia española; así, más que indigenista, el intento original de Chavero parece haber sido ofrecer una versión mestiza, o por lo menos dual, que integrara nuestras dos raíces principales en un nuevo pueblo. En cualquier caso Gurría Lacroix -quien por cierto señala que Chayero es exhaustivo en el manejo de las fuentes disponibles-[19] es su vez un texto fundamental para quienes se interesen en hacer un estudio de la recepción del México...; tiene él cierta rudeza en la escritura, o si se

[18] Alfredo Chavero, "Las naves de Cortés", en Obras de don Alfredo Chavero, Victoriano Agüeros, México, 1904, p. 313; citado en Gurría Lacroix, Alfredo Chavero, loc. Cit., p. 15.

[19] Gurría Lacroix enumera las fuentes que usa Chavero, pero sólo las escritas, y pasa por alto los monumentos que Chavero valora así: "Esas cifras gigantescas que las viejas razas dejan, al desaparecer, esparcidas en el suelo que ocuparon, han sido, en todos los países, elementos de primer orden para reconstruir su historia. Sirven para este objeto los monumentos, primeramente por su carácter, distinguiéndose su carácter propio y su carácter progresivo. El primero, que se forma de los elementos arquitectónicos especiales, como son materiales, manera de construcción y forma, no sólo determina las razas de un país, sino que es una marca segura del camino de las emigraciones; y la comparación de los monumentos ha llegado a ser uno de los principales datos en los estudios etnográficos. El segundo, el carácter progresivo, señala las etapas de una civilización y es signo seguro del desarrollo sucesivo de un pueblo o raza. El interés de los monumentos crece cuando tienes inscripciones, que naturalmente en nuestras antigüedades son inscripciones jeroglíficas. Son entonces los monumentos grandiosas páginas de la historia, teniendo la ventaja de que no es discutible su autenticidad. Y esta preciosa fuente histórica es muy abundante entre nosotros". Chavero, México a través de los siglos, loc, Cit., t. I, p. XVII-XVIII. No mencionamos en detalle todas las fuentes escritas que Chavero promete aprovechar porque la lista es muy larga y puede resumirse diciendo que reúne todos los códices y las crónicas tempranas de la conquista que era posible reconocer en su época; el interesado puede consultarlas en el artículo de Gurría Lacroix ya citado, o en la propia introducción del tomo escrito por Chavero, con que se inicia el México...

prefiere cierto esquematismo, que le hace expresar con mayor nitidez la manera de hacer historia de su generación.

Al cumplirse cien años de la publicación del México... se celebró un coloquio conmemorativo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, que no dejó rastros impresos. Aparte de ello el padre Xavier Cacho Vázquez s. j. publicó el ensayo México a través de los siglos a cien años de su publicación 1884-1889.[20] Es interesante esta lectura del México..., si bien resulta académicamente impertinente, quiero decir que expresa una opinión personal que no compartirían todos los historiadores profesionales de nuestro tiempo. De entrada destaca la "índole literaria de la obra", entendiendo por esto "la marcada preferencia de los autores por un relato sabroso, adjetivado con profusión, y más cercano a una novela histórica que a un discurso historiográfico crítico".[21] En efecto pueden encontrarse inclinaciones retóricas en los autores del México..., pero que linden en la novela histórica un juicio estrafalario pues en ninguno de los tomos hay propósitos expresos de escribir ficción. Puede ser que ésta surja involuntariamente, pero más correcto sería llamarle error y no ficción. Un "relato sabroso, adjetivado con profusión" lo encontraremos en todos los buenos historiadores del XIX; para ellos esto era no sólo permisible sino una virtud de composición, de hecho -ya lo mencionamos en el capítulo I- usaban la expresión: dar colorido de verdad, es decir que procuraban poner las letras al servicio de la investigación, la literatura como mecanismo de verosimilitud. La lectura de Cacho Vázquez, válida como cualquier otra, pero no tan autorizada, delata que la historiografía ralla de nuestros tiempos se entiende -por él al menos- como un ensayo seco,

[20] Archivo General del Estado de Nuevo León, Monterrey, 1998 (Cuadernos del Archivo, 31).
[21] Ibid., p. 13. Subrayado nuestro.

fundamentalmente descriptivo, La obra de don Luis González y González, adjetivada hasta la exageración sería, en este concepto, algo muy distinto a la historiografía propiamente dicha. No obstante el padre Cacho distingue a Chavero, que le parece el menos literario, con lo cual no estaría de acuerdo Gurría Lacroix.

La otra estrategia errada de Cacho Vázquez es enfatizar que el México... es un producto obvio de la filosofía positivista. Él hace sus cuentas: el discurso famoso de Barreda data de 1867, ergo, deduce el padre: "La cuestión no es, pues, investigar si algo tuvo que ver el positivismo en la estructuración de México a través de los siglos, sino en qué grado..."[22] Luego advierte que no se hallará en la obra un riguroso positivismo y cuando queremos darle, al menos en parte, la razón, el prelado deja ver que él se está refiriendo al empirismo, también llamado positivismo, de Leopold von Ranke y no al que inauguraron Spencer y Comte. Esta pifia es de antología y sólo podemos mitigarla relatando que una vez escuché a un aspirante confundir la paleontología con la paleografía. Vigil, el de la Revista Filosófica, el de los debates con Justo Sierra, se revolvería en su tumba de ser llamado positivista, ya fuera al modo de Comte o al de Spencer; sin embargo, sobre todo en el tomo de Riva, hay claras huellas de estos filósofos. Pero el empirismo, el apego a los datos escuetos de la documentación, es un método completamente diferente; e incluso si le aceptáramos al respetable sacerdote esta clasificación anacrónica para el México... nos parece que sería muy forzada su aplicación, más allá de lo evidente, es decir que todos los libros de historia contienen "datos". Por otro lado esta lectura tan peculiar nos mueve a pensar que hay más maneras

[22] Ibid., p. 21.

de leer el México... de lo que podría pensarse y ninguna de ellas puede invalidarse, pues todas enriquecen el texto.

Dados estos peculiares antecedentes ahora podemos copiar la opinión de Vázquez con respecto al tomo de Chavero:

> Alfredo Chavero, autor del primer tomo "Historia antigua de la conquista" [sic], se ciñe a los cánones positivistas y nos brinda una minuciosa descripción de las fuentes documentales entonces conocidas e inéditas para la historia de México prehispánico. De entre los seis autores es el que usa un lenguaje más sobrio [de modo que según él no es cursi], con el que no intenta elaborar un relato novelado o dramatizado sobre los datos que aportan los documentos... Congruente con sus principios positivistas de epistemología pragmatística (los datos de la experiencia sensible son los solos y únicos reales para el conocimiento científico), a Chavero no le quedaba más que intentar la descripción de los documentos prehispánicos en su apariencia, ya que no en su contenido (solamente penetrable por la inteligencia y la razón, facultades conscientes que interpretan los datos empíricos ofrecidos a la experiencia sensible). A pesar de esto, en algunas ocasiones Chavero se atreve a intentar alguna interpretación como en el caso de La piedra del Sol, y su intento nos regala lo que hace cien años pensaban que decía tal monumento.[23]

¡Cáscaras! -diría Riva si estuviera en nuestro lugar y se viera en la obligación de comentar este párrafo. Como aquí el positivismo no es el positivismo, sino que es el otro positivismo que no es el positivismo mexicano del XIX, la cuestión es enredosa. Entonces, este párrafo puede servir como precioso ejemplo de que el lenguaje de la historia es multívoco. Además de su confusa idea del positivismo, eso de que el México... es historia novelada ¿de dónde lo sacó? Acaso del tono literario, peculiarmente retórico, más acusado en algunos autores del México... que en otros. Pero sin duda convenció a Claudia Valdés Velandia, autora de la presentación del trabajo de Cacho Vázquez y dueña, muy dueña de una muy original sintaxis:

[23] Ibid., p. 13-14.

> Las características de la publicación, en las que sobresalen las literarias, con su profuso y ardiente lenguaje, la avecinan más a la novela histórica que a un estudio crítico de los hechos y circunstancias en las diversas etapas, revelan con nitidez que en los artífices, impele la urgencia de asegurar la identidad.[24]

Ahora quisiera que alguien se atreviera a decimos que los textos históricos son unívocos, estables y que los podemos entender directamente. De las interpretaciones de Chavero del mundo prehispánico, de su texto mismo, a las interpretaciones que otros autores venimos haciendo de lo que se supone que quiso decir Chavero se forma una linda comedia de enredos que sólo tiene una solución: telón.[25]

Ilustraciones

Debemos resaltar el valor de las muy numerosas ilustraciones de la obra, que en tal cantidad no tienen, que nosotros sepamos, precedente. La mayoría son grabados, posiblemente litografías, y vienen intercaladas en el texto, pero hay algunas láminas a una tinta o a color que ocupan una página completa, como son: el dios del año, el palacio "de Palemke", el juego de pelota, el descubrimiento del pulque (copia del cuadro de José Obregón), pirámides de Teotihuacán, objetos antiguos mexicanos, plano de Coatlinchán, baño de Netzahualcóyotl, la piedra del Sol, sacrificio gladatorio, cuauhxicalli de Tizoc,

[24] Ibid., p. 1.
[25] En este trabajo no incluimos las muchas lecturas o alusiones al México... que de manera dispersa y breve se han publicado en los últimos cien años. Esta laguna ya ha sido colmada en gran medida por el muy útil y comprehensivo artículo de Alejandro García y Lilia Vieyra, "México a través de los siglos: revisión crítica", en Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, nueva época, vol. 1, núm. 2, segundo semestre de 1996, p. 145-158.

ornamentos polícromos, objetos de la época de la conquista y, finalmente, árbol de noche triste.[26]

Además cada tomo del México... va precedido de una lámina a color que es la alegoría de la etapa respectiva. Es muy de la época cierta estética pretendidamente mexicanista, como el cuadro antes mencionado de José Obregón o la pintura del Senado de Tlaxcala; también de este estilo son ciertos muebles que se conservan en el Museo de Historia de la ciudad de Querétaro con grecas y motivos prehispánicos labrados y, el mejor ejemplo de todos, es el monumento a Cuauhtémoc (que Riva, como ministro de Fomento mandó erigir sobre una pirámide adornada con glifos en altorrelieves donde se mezclan diversas culturas mesoamericanas). Hoy es difícil apreciar los valores estéticos de este estilo que obedeció más bien a un imperativo político: el nacionalismo desalado que siguió al triunfo de la República en 1867. En la alegoría o lámina a color con que inicia el tomo I el motivo central es la piedra del Sol o calendario azteca, lo cual refrenda la predilección de Chavero (que sigue presente en nuestro Museo de Arqueología de la capital, donde la calzada de los turistas remata justo en este monolito) por las culturas de la mesa central; también está allí la piedra de los sacrificios llamada de Tizoc, pero convertida en cómoda banca donde un hombre y una mujer indígenas descansan plácidamente.

Todas estas ilustraciones tuvieron una gran importancia que es preciso revalorar. Una característica común a casi todos los libros que publicó Riva es que están, en mayor o menor medida, ilustrados. Incluso en los periódicos en que participó como director o jefe de redacción, la caricatura con que se ilustraban, casi siempre política, era uno de los

[26] En el siguiente capítulo daremos más detalles de las ilustraciones del México... y de sus autores, cuando comentemos el tomo que escribió Riva

aspectos más comentados por los lectores. Entre otros beneficios la caricatura permitía que incluso los iletrados tuvieran cierto acceso a lo que se publicaba en esos periódicos. Pensamos que las ilustraciones del México... tenían un papel parecido al de la caricatura, sobre todo si entendemos ésta no tanto como burla sino como simplificación, como ilustración de los rasgos básicos de la historia que se intentaba transmitir. En este sentido las ilustraciones del tomo de Chavero hablan de un mundo prehispánico en cierta medida idealizado, dominado por el nacionalismo que el liberalismo triunfante quería imponer desde arriba a todo el país, con un claro sesgo centralista. Es claro: los liberales tenían el poder y los recursos para pagarles a Ballescá y a Espasa la edición de una obra lujosa, queremos decir que impusieron su voluntad. Es concebible que muchos sectores consideraran el México... como una imposición y que sólo con el tiempo adquiriría una aceptación generalizada, descontando algunos escépticos. Sin embargo es innegable que esta obra refleja que no fueron en vano los esfuerzos de los historiadores, y especialmente los del siglo XIX, pues se alcanzó una conciencia histórica más elevada por ser integradora, que sumaba en lugar de restar las etapas y las civilizaciones que, no sin violencia, se impusieron sucesivamente en el actual territorio de la República Mexicana. Ahora es difícil apreciar la dificultad que se tuvo en valorar el mundo prehispánico, pues un vaso maya se cotiza en mucho en cualquier parte del mundo; pero tiempo hubo en que ese arte se consideraba monstruoso y carente de los valores estéticos de aquel Occidente que era aún más eurocentrista que el actual. En consecuencia, debe ponerse en valor la tradición historiográfica que heredaron los liberales, pero también es preciso reconocer la aportación de la generación de Riva cuyo coraje se expresa incluso en las ilustraciones del México a través de los siglos: decididos a valorar por encima de todo lo propio -no

carente de un sesgo político- eligieron que en la encuadernación de todos los tomos de la obra destacara también, como motivo central, la piedra del Sol o calendario azteca.

En la alegoría del dibujo de la página capitular correspondiente a la introducción, del tomo I escrito por Chavero, se muestra a una madre casi desnuda con su bebé, al pie de un arquero ataviado con collar, brazaletes y tatuajes, al acecho de un animal que parece más tigre de Bengala que jaguar, al fondo otro hombre, lanza en ristre, aunque decirlo sea un anacronismo, observa sigiloso a un mamut que parece idéntico a un elefante. Notamos algún tipo de agave pero, más importante, un águila con grandes alas sobrevuela y parece otear nada menos que un nopal, pero aún no era tiempo.[27]

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

Tomo III. La independencia. Julio Zárate (1844-1917).

Zárate es quizá, de los escritores del México..., el menos recordado y no es que a él te falten méritos sino que a los otros autores les sobran. Nació en Jalapa, Veracruz, el 12 de abril de 1844. Allí hizo sus primeros estudios y luego pasó al Colegio Carolino de Puebla donde obtuvo título de abogado. Diputado federal en varios períodos, siendo el primero en 1862 cuando contaba apenas dieciocho años de edad; fue considerado como un excelente orador parlamentario. Colaboró en diversos periódicos, entre los cuales destaca El Eco del País de Atlixco, en el cual combatió al imperio de Maximiliano, y El Siglo Diecinueve, del cual fue editor de 1870 a 1875. Ocupó los cargos de jefe de sección, oficial mayor y encargado del despacho (esto último de diciembre de 1879, febrero de 1880, durante el primer período presidencial de Díaz) de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Luego durante la gubernatura en Veracruz de Juan de la Luz

[27] Trataremos de no descuidar los mensajes gráficos de la obra, siguiendo en este punto las enseñanzas de nuestro maestro don Juan A. Ortega y Medina.

Enríquez, obtuvo el nombramiento de secretario general de Gobierno de diciembre de 1884 a octubre de 1886. Fue también profesor de historia de la Escuela Nacional de Profesores desde 1883 y durante los siguientes treinta años. En 1896 se le nombró magistrado de la Suprema Corte de Justicia; en 1912 senador de la República.[28]

Su obra escrita es menos abundante que la de los otros autores del México... Publicó tres textos escolares: Catecismo geográfico del estado de Puebla, Elementos de historia general y Compendio de historia general; además de algunas monografías históricas: Don Carlos de Sigüenza y Góngora, Episodios mexicanos 1862-1867: Jalapa, velada en la conmemoración del cuarto centenario de la muerte de Cristóbal Colón, Don Luis de Velasco, el segundo virrey de México; y un Discurso pronunciado en la ciudad de Atlixco por el ciudadano Julio Zárate. Otro par de textos parecen ser extractos de su tomo del México...: El sitio de Cuautla y Morelos: biografía: 1765-1815.

Estructura de la obra

El tomo de Zárate destaca por ser el que se refiere al período de tiempo más corto: los once años de la guerra de independencia. Pero al autor no parece haberle costado más trabajo que a sus colegas componerlo. El gran aliado de Zárate es el acontecimiento, la peripecia, que le permite construir cientos de narraciones entretejidas poco más de ochocientas páginas, que para algunos pudiera ser "mera" crónica pero aun así obra historiográfica.[29] Con excepción del análisis geográfico con que inicia el tomo, de algunas reflexiones sobre la política europea y de mínimas consideraciones

[28] Véase Enrique Cárdenas de la Peña, Mil personajes en el México del siglo XIX, Banco Mexicano Somex, México, 1979, t. III, p. 665.
[29] Un excelente análisis de la crónica historiográfica y la crónica literaria puede verse en Álvaro Matute, "Crónica: historia o literatura", en Historia Mexicana, vol. XLVI, núm. 4, 1996, p. 711-721.

económicas, todo lo demás es historia-batalla, según le llaman los franceses. Así Zárate va siguiendo el curso de la guerra y narra como la suerte se inclina ya hacia los realistas ya hacia los insurgentes. Aunque don Julio tiene una gran ventaja: él conoce, según la expresión de Arthur Danto, el "futuro del pasado", es decir que sabe de antemano el desenlace de su historia. Este privilegio, permítasenos insistir en ello, no lo tuvo don Lucas Alamán pues todavía en la época que escribió él se debatían dos proyectos de nación sin que ninguno de ellos imperara de forma definitiva; el desenlace llegaría en 1867. En efecto el triunfo de la República en nuestra "segunda guerra de independencia" contra la Intervención Francesa es el parteaguas que decidió la ruta del país. Esto se sintió desde ese mismo año por quedar los conservadores totalmente derrotados, erradicados se podría decir, de la lucha por el poder, y para los años ochenta el destino de un México republicano e independiente de cualquier potencia era clarísimo.

El volumen tercero es, de los cinco, el tomo central. La faena que tenía ante sí Zárate era demostrar que la independencia fue un bien de suyo evidente, a la vez que tenía que ofrecer una versión que fuera aceptable, en lo posible, para la comunidad de historiadores. Así, dice en la introducción: "Hidalgo concentra las aspiraciones justísimas de la inmensa mayoría de los mexicanos"; y páginas adelante lo repite: "la Independencia traducía la ardiente aspiración de la gran mayoría de los mexicanos".[30] A la vez Zárate propone que ya es posible una lectura no partidista de la guerra de independencia:

[30] Julio Zárate, México a través de los siglos, Tomo III. La independencia, Espasa y Compañía, editores, Barcelona, 1884-1889, p. IX y XII.

"Hemos ya alcanzado la época en que la historia de la guerra de Independencia puede escribirse sin odio y sin lisonjas".[31] Él se propone ser imparcial:

> La misión de la historia quedaría a su vez envilecida si hubiera de atenuar los desafueros atendiendo al lado en que fueron cometidos: podemos, y más todavía, debemos, como mexicanos, elevarnos hasta el entusiasmo al relatar las proezas de nuestros padres; pero no sería lícito que callásemos con cobarde complacencia sus errores. Podemos sentir íntimo y legítimo orgullo al describir sus glorias; pero seríamos reos de imperdonable injusticia si negáramos a los antiguos dominadores de este suelo su indómito valor, su infatigable energía, su ardiente patriotismo nunca adormecido y que han dado al pueblo español un lugar altísimo en la historia. Más benemérita aparecerá así la noble y grande empresa de nuestros progenitores, iluminada por la luz de la justicia y en parangón con el esfuerzo y el indomable brío de sus contrarios.[32]

Este párrafo apunta en cierto modo a la idea de que la historia es un tribunal y el historiador severo juez, sin embargo nótese que no es vituperio sino ponderación positiva la que hace este autor del pueblo español. Ciertamente el tomo de Zárate ya no es la partisana de un Carlos María de Bustamante, pero el sello liberal está impreso en toda obra y se expresa, claramente, en sus muchas discusiones con Alamán, para corregirlo siempre.[33] En cambio suele apoyarse en Mora, Zavala y Bustamante. También cuando narra algún evento de dudoso resultado, sujeto a esta o aquella opinión, don Julio será bueno con los insurgentes. Una prueba de ello es la batalla del Monte de las Cruces: 80.000 indios enfrentan a poco más de 1.500 hombres del ejército realista al mando de don Torcuato Trujillo; durante todo el día se hizo una carnicería de los mal armados y peor disciplinados insurgentes, pero eventualmente rodearon a los realistas y éstos

[31] Ibid., t. III, p. XIII.
[32] Ibid., t. III, p. XIII.
[33] Véase ibid., p. IX y XII; libro primero: caps. V, VIII (dos veces), IX "inexactitud y malevolencia de dicho escritor", cap. XI, XIII "falseo de la historia por Alamán"; libro segundo: caps. IV, V, X "falsas afirmaciones de Lucas Alamán", cap. XII; libro tercero: caps. II, XI "contradicciones en que incurre Alamán", caps. XII y XVI, etcétera.

recularon; pero he aquí que en lugar de entrar a México los insurgentes toman el rumbo de Aculco. Lo que estaba en la mente de Hidalgo es materia sólo accesible a la especulación. En cambio es evidente que los insurgentes, en su periplo desde Dolores, no habían hallado resistencia de consideración, más allá de la que tuvieron en Guanajuato no muy eficaz. El Monte de las cruces fue su verdadero bautizo de sangre y muy caro por cierto. El mérito de Trujillo consistió en detener la fuerza enemiga, la cual optó por varias su rumbo. Esto y la disparidad numérica nos mueven a ver mayor ganancia en ese día para los realistas pero Zárate se inclina por los sublevados. Y luego reclama que Alamán pondere a Trujillo más grande que Leónidas en las Termópilas.

No obstante Zárate y Alamán concuerdan en lo esencial: el intento de insertar a sus personajes en parangón con los héroes clásicos de la Antigüedad, ya sea en positivo o en negativo. Así, según el primero, Carlos IV "parecía reforzar al cabo de diecisiete siglos la irrisoria majestad de Claudio".[34] O bien: "El cura de Dolores aparece con toda la grandeza de los héroes antiguos al asomar la aurora del 16 de septiembre de 1810".[35] Y Guerrero, nuevo Ayax, "no pide a los dioses favor ni tregua; pídeles tan sólo luz seguir luchando contra ellos".[36] Aquí nos recuerda Zárate que la narración de la gesta de independencia corresponde al género épico que en Occidente tiene una tradición muy antigua que se remonta a la Ilíada, de tal modo que los documentos que maneja, los que cita o los que incluye en el apéndice[37] no estorban a una retórica tradicional que enseñaba

[34] Ibid., t. III, p. VII.
[35] Ibid., t. III, p. IX.
[36] Ibid., t. III, p. XI.
[37] Una peculiaridad del tomo de Zárate que lo hace distinto a los demás es que al final de la obra incluye un apéndice que consta de catorce documentos siendo los más importantes de la "Balanza del comercio de Veracruz correspondiente al año de 1803", la "Memoria secreta presentada a su majestad por el conde de Aranda", el "Bando de Hidalgo aboliendo la esclavitud", el "Manifiesto del doctor Cos", la "Nómina de los miembros del clero secular y del regular, que promovieron, coadyuvaron o tomaron las armas en las gloriosas guerras de independencia de México" y el "Decreto constitucional para la libertad de la América Mexicana, octubre 22 y 23 de 1814".

con reglas específicas, el modo correcto de contar una guerra. De hecho no es una guerra, sino la guerra, es decir la gesta fundadora de la nación. Por ello el autor dará cuenta de las clases dominantes de la Nueva España, en un movimiento reaccionario, optan la independencia cuando se restablece la Constitución liberal de Cádiz en 1820 y en ese momento Iturbide juega su gran papel. Pero esta observación, sociológicamente correcta, es puesta en paralelo con arrebatos patrióticos que ya no acostumbramos:

> Era el 27 de septiembre de 1821. Un entusiasmo delirante animaba ese día a todos los habitantes de la hermosa ciudad de los lagos, ceñida con sus galas más ricas y desplegando a los aires en sus torres y palacios la bandera de la Independencia adoptada en Iguala. Era el símbolo de la soberanía nacional, era el emblema de un pueblo que nacía en aquellos momentos a la vida independiente, y al reflejar los rayos del sol en sus bellos colores, todos los corazones palpitaban henchidos de júbilo y los ojos se empañaban con el llanto del patriotismo orgulloso. Jamás pueblo alguno tuvo motivo para regocijarse tanto como el pueblo mexicano en aquel día de eterna memoria. Después de once años de lucha portentosa contemplaba terminada la obra augusta iniciada en Dolores. Más de una vez había creído que su libertad espiraba [sic] en los cadalsos junto con sus más egregios defensores, y en esos instantes la sentía vivir y fulgurar con toda la fuerza de la juventud y de la victoria. Podía pronunciar y bendecir en alta voz los nombres de los héroes que le habían dado patria emancipada. Alzaba al cielo himnos de inmensa gratitud por el bien inestimable que comenzaba a sonreírle. Se hundían para él en los abismos del tiempo la esclavitud con sus cadenas, la servidumbre con su dolor y su ignominia, y contemplaba el porvenir radiante de esperanzas. Era al fin dueño de sus destinos, y por eso tendía alfombra de flores al paso del ejército independiente, y por eso, en medio de atronadoras y universales aclamaciones, saludaba con el nombre de Libertador, doblegándole al peso de sus coronas, al jefe de aquellas legiones que acababa de inscribir a México en el catálogo de los pueblos libres.[38]

Dudamos mucho que alguna de las actuales "comisiones dictaminadoras" aprobara un texto en este tono. Nosotros intentaríamos sostener que es un estilo elevado,

[38] Zárate, México a través de los siglos, loc. Cit., t. III, p. XII-XIII.

pero Gurría Lacroix nos diría que es "cursi". Nosotros apelaríamos al lenguaje: el "perspicuo" conde de Aranda, la "tremenda rota [derrota] de Trafalgar", "el armipotente aliado", el "integérrimo Morelos", la "aleve invasión"; concedemos que ya no se suele escribir así, pero nos da mucho gusto que Zárate lo haya hecho. Toda guerra, o al menos toda nación, necesita su Homero y don Julio lo fue muy digno para México. A primera vista Zárate es el más desconocido de los autores del México..., pero no fue elección de Riva; hemos dicho que el primero tenía fama de ser excelente orador y al parecer el segundo pensó que eso era lo que necesitaba la guerra de independencia, más que un escritor un cantor. Y de nuevo precisamos recordar que quienes vivieron la Intervención Francesa, me refiero a los escritores, retomaron esa fibra épica y la aprovecharon con brillo. Ni siquiera la guerra en Chiapas nos permite a los contemporáneos tener una idea de lo que es verdaderamente el combate, el valor o la audacia, el pánico de la desbandada y la cercanía de la muerte. Y qué bueno que sea así. Pero, como casi todas las naciones, tenemos un origen épico, una guerra sagrada que permitió el surgimiento de "un pueblo nuevo en la filiación de las sociedades políticas",[39] según palabras de Zárate. Y lo sagrado no es propiamente sujeto del escrutinio científico, es más bien motivo de veneración. Cada 15 de septiembre se intenta avivar esa llama, ese mito que se llama patriotismo, pero generalmente prevalece el alcohol y el desorden. Al contemplar ese registro épico de Occidente, antiguo en más de tres mil años, nos cuesta trabajo descartarlo, rechazarlo, de un plumazo. Tal vez las conflagraciones mundiales de nuestro siglo, los muertos que se cuentan por millones y nuevas armas con un poder destructivo fenomenal, han cambiado el concepto de lo épico que nuestra generación

[39] Ibid., t. III, p. XIII.

asocia a valores negativos. Ernst Junger, tal vez el último héroe clásico, ha muerto hace poco a los 102 años de edad. Pero sigue siendo cierto lo que leímos en la Ilíada hace años: "maldito el cobarde que inventó las armas que matan a distancia", aunque ahora de otro modo, pues no es lo mismo lanzar una flecha que un misil balístico intercontinental.

En cualquier caso opinamos que la obra de Zárate ocupa un lugar distinguido en nuestra tradición historiográfica. Le tocó en suerte escribir el tomo central de una obra en muchos sentidos fundadora y estuvo a la altura de la empresa. Sabemos que anda un poco errado cuando supone que la Nueva España, en sus últimos tiempos, era próspera; investigadores de nuestro tiempo como John Jay TePaske han echado abajo esta idea: la colonia se hallaba en virtual bancarrota.[40] Tal vez su estrategia narrativa, es decir el relato de las minucias, no necesariamente es la mejor manera de explicar. Como ha señalado Arthur Danto[41] incluso un cronista ideal que pudiera narrarlo todo, absolutamente todo, siempre terminará apoyándose en otro dato fundamental, su conocimiento del "futuro del pasado". Es decir que la comprensión no viene tanto de la multiplicación de los pormenores, sino del conocimiento del lugar en donde encaja determinada etapa en el

[40] Este autor apunta que desde 1780 la Nueva España había entrado en una crisis gradual e inexorable y demuestra que para el año de 1810 el colapso financiero del Estado era un hecho consumado. Con la independencia esta severa crisis se convirtió en catástrofe pues al interrumpirse la producción minera se dejó de percibir la parte más substancial de los ingresos. Véase John Jay TePaske, "The financial disintegration of the royal gobernment of Mexico during the epoch of independence", en Jaime E. Rodríguez O., The Independence of Mexico and the Creation of a New Nation, University of California, Los Angeles-Irvine, 1989. Una idea bastante completa de la visión actual de la independencia puede seguirse en los varios libros de Jaime E. Rodríguez O. Él adopta una visión muy amplia que contempla cómo se viene abajo el imperio español en América, que es el otro nombre que se puede dar a las guerras de independencia; el nacionalismo exagerado tiende a minimizar el papel de la decadencia del imperio en su conjunto. En cuanto a los daños causados por la guerra a la industria minera véase: Hira de Gortari Rabiela, "La minería durante al guerra de independencia y los primeros años del México independiente, 1810-1824", en el libro arriba citado y editado por Jaime E. Rodríguez O.

[41] Arthur Danto, Analytical Philosophy of History, Cambridge University Press, Cambridge, 1965, p. 112 y ss.

Proceso general de la historia, para lo cual es preciso conocer el desenlace del proceso. Sin embargo al leer a Zárate y comprobar que prácticamente no hay sitio, al menos centro de México, que no haya sido lugar de una batalla nuestro territorio se ve de otro color, rojo como la sangre.

Ya hemos citado una frase de Zárate donde se propone no restarle méritos a los adversarios de la independencia y aun otorga al pueblo español un lugar distinguido entre las naciones. ¿Significa esto que tiene una visión colonialista de la historia, según la dicotomía que menciona Gurría Lacroix? Me parece que su postura es ambigua. Por un lado apela al sentimiento de nacionalidad heredado del Anáhuac prehispánico, pero no explica si éste se hallaba en los cerebros de los pobladores, en el agua que bebían o en el ether atmosférico; queremos decir que con excesiva facilidad Zárate aplica términos como el de "nacionalidad" y el de "patria" -que nunca define con precisión, sino que incurre en el presentismo- a un conjunto heterogéneo de culturas (prehispánicas) y tal vez a ello de deba, al menos en parte, la sobrerrepresentación de la cultura azteca, dejando en la oscuridad a todas las demás. Dice este autor:

> Y el dominio de España, tres veces secular, no fue bastante, lo repetimos, a desvanecer el sentimiento de nacionalidad en el pueblo sometido a sus leyes ni a lograr la absoluta asimilación de la colonia a la metrópoli, porque se alzaba entre ellas, siempre enérgico y vivaz, el recuerdo de una patria independiente que había gozado de épocas gloriosas, que había sucumbido con noble heroísmo y cuyos timbres invocaban con secreto orgullo los vástagos de aquel brillante y poderoso pueblo que cayó vencido en el primer tercio del siglo XVI.[42]

Pero un poco más adelante Zárate pondera el proceso de mestizaje y el surgimiento de una nueva nacionalidad: "un nuevo pueblo formose a la sombra de una

[42] Zárate, México a través de los siglos, loc. Cit., t. III, p. IV.

dominación cuyas robustas bases flaqueaban ya en los postreros años del pasado siglo".[43] Y en seguida nos asegura:

> Durante las tres centurias de la dominación española hay, empero, un lento trabajo de identificación de que resultará el alma nacional. producto de diversos intereses, de nobilísimas aspiraciones, de vehementes deseos, que con el transcurso del tiempo llegaron a confundirse y a intentar la realización de esos mágicos ideales que acarician los pueblos oprimidos.[44]

Además pondera "el genio y el valor"[45] de Hernán Cortés, es decir que no condena su actuación en la historia. Pero, al parecer, Zárate trata de ofrecer una visión mestiza de nuestra nacionalidad que se forma de la herencia prehispánica y también de la época colonial, lo cual le permite asegurar que:

> La guerra revela entonces que un descanso de tres siglos no ha cambiado ni el amor a la patria ni el valor ingénito de los hijos del suelo mexicano, cuyos antecesores lucharon con bravura y cayeron por fin al incontrastable choque de la Conquista.[46]

Y como remate de su "Introducción" Zárate termina con unas frases lapidarias:

> Cayó la dominación española cuando se había cumplido su destino y en los momentos precisos e improrrogables de su término.
>
> Cayó, y México entra entonces a la vida tempestuosa de los pueblos jóvenes y libres, y comienza a marchar por el sendero glorioso y difícil de las naciones independientes. Trae a su nueva existencia los errores y defectos que le han legado sus dominadores, pero ha heredado también sus altas virtudes, y ellas le bastarán para mantener su independencia.[47]

En esta frase final Zárate parece inclinarse a una mayor influencia de la dominación española, que se combina, no obstante con el "valor ingénito" y "el amor a la patria" de los antiguos mexicanos. Antes nos ha dicho que la insurgencia se formó de

[43] Ibid., t. III, p. V.
[44] Ibid.
[45] Ibid., t. III, p. XII.
[46] Ibid., t. III, p. XIII.
[47] Ibid., t. III, p. XIII.

indígenas, de mestizos y castas, y también de criollos. Ya es muy clara aquí la visión integradora del México... que sigue la estrategia de aglutinar todas las etapas y todos los pueblos que han figurado en nuestra historia; en principio la integración es artificial pues no es lo mismo escribir en casa un capítulo donde alternen los antiguos mexicanos -clasificación también artificial, presentista- con los conquistadores, a lo que fue la batalla, la diplomacia, la violencia y el deslumbramiento que Cortés y los suyos trajeron a este continente. Queremos decir que con el paso del tiempo las olas se calman y el mar embravecido de las luchas de pueblos y de las clases se torna en un liso espejo que Zárate -lo mismo que los otros autores- mira y se halaga creyendo que ve el pasado, pero es claro que se mira a sí mismo; puede decirse, pues, que el Porfiriato está presente en cada a página del México... Todo esto es importante para nuestra tesis, pero es preciso completar la lectura de la obra para reconocer debidamente el terreno.

Fuentes

Para formarnos una idea precisa de las fuentes fue preciso levantar una estadística del aparato crítico que nos indicara las obras citadas y la frecuencia de citaciones. Para aclarar el análisis dividimos las fuentes en los siguientes tipos: obras de historiadores, fuentes primarias (que incluyen documentos publicados, documentos de archivo[48] y periódicos) y obras generales. Lo primero que resalta es que casi la mitad de las veces (46 %) en que Zárate cita o se apoya en una fuente corresponde a obras de otros historiadores que lo precedieron, y es curioso que la obra que más combate es la que más veces cita o menciona, nos referimos a la Historia de México de Alamán (288 menciones

[48] Sólo contabilizamos las citaciones en el aparato crítico, lo cual basta para darnos las tendencias básicas.

o citaciones). Le iguala casi Carlos María de Bustamante (287) si reunimos todas sus citadas. A mucha distancia les sigue a ellos el doctor Mora con México y sus revoluciones (50 menciones), José María Lafragua con Hombres ilustres mexicanos (47) don Modesto Lafuente cuya Historia general de España (32) es su fuente principal para lo concerniente a España y el escenario europeo. También aprovecha bastante las

Memorias de la Revolución de México (29) de Robinson y las Adiciones y rectificaciones a la Historia de México que escribió don Lucas Alamán (22) de José María Liceaga. En cambio recurre menos a la Historia de la revolución de Nueva España (10) de fray Servando Teresa de Mier y al Ensayo histórico de las revoluciones de México (7) de don Lorenzo de Zavala. Otros autores multicitados, pero con menor frecuencia, son Rosains, Manuel Rivera Cambas, Manuel de Mier y Terán, Luis Pérez Verdía, Vicente Rocafuerte, Francisco Sosa, Agustín Rivera, Anastasio Zerecero y el conde de Toreno. Algunos más son mencionados sólo una vez.

En lo que toca a colecciones de documentos publicadas la de Juan E. Hernández y Dávalos, Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México de 1801 a 1821 fue la fuente documental casi única de Zárate quien se apoya en ella o la cita en 327 ocasiones. En notable contraste la edición oficial de Derecho internacional mexicano es citada sólo 4 veces, la Recopilación de Indias 3 y cierta Manifestación del cabildo de Valladolid 2 veces. Siete fuentes documentales más se citan una vez.

Documentos de archivo al parecer manejó muy pocos. En 16 ocasiones remite a documentos del Archivo General de la Nación, un par de veces a documentos en poder de

Vicente Riva Palacio y hay tres documentos más que cita, con cierta vaguedad, que podrían ser de archivo.

En cuanto a publicaciones periódicas destaca por mucho la Gaceta de México con 90 citaciones, seguido muy de lejos por el Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística con apenas 5 menciones; le siguen, con 2 citaciones, el Diario de las Cortes y cierto Plan del Mexicano Independiente, que presumo sea periódico. Cinco periódicos más son mencionados en una sola ocasión.

Por último, en cuanto a obras generales, el barón de Humboldt impera con 5 menciones de su Ensayo político sobre la Nueva España. En escalera le siguen cierta Memoria sobre la población... (4) de Fernando Navarro y Noriega y el Diccionario mexicano de historia y geografía (3). Sólo ocho obras más son mencionadas una sola vez.

En suma, sobre las fuentes que usó Zárate podemos decir que aprovechó principalmente el cúmulo de la historiografía que sobre la independencia se había escrito a lo largo de más de cincuenta años. Comparando unas y otras obras, aprovechando los aspectos más ventajosos de cada una pudo hacer una suma nueva, que reunía en más de ochocientas páginas todo cuanto más de notable se había escrito. De valor estratégico resultó la publicación de la colección documental de Hernández Dávalos, que le dio acceso a información nueva que no conocieron los primeros historiadores de la independencia. Como crítico documental Zárate no descolla y busca en el documento el dato, el acontecimiento, sin alarde diplomático alguno. Si aquí y allá cuestiona la autenticidad de algún documento puede tenerse por seguro que éste no halaga la causa de la independencia, por ejemplo la documentación de los procesos seguidos a Hidalgo y a

sus principales capitanes, que sólo "el oráculo de la facción clerical", es decir Alamán, les da entero crédito.[49]

Una peculiaridad del tomo de Zárate, ya lo anotamos, que lo distingue de los otros del México... es que incluye un apéndice con catorce documentos sobre varios temas (religiosos, económicos), pero destacan en ellos los asuntos políticos. Uno muy notable es la memoria secreta del conde de Aranda a Carlos III,[50] en donde propone (en 1783) una emancipación parcial de las colonias americanas, a la cual alude y comenta Zárate en su "Introducción". En nuestros tiempos este documento es poco citado y tal vez don Julio -siempre con una visión integradora- quiso destacar que la oportunidad de la independencia era tan clara que ilustres estadistas españoles la habían recomendado hacía tiempo.

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

Lecturas del tomo de Zárate

Don Julio Zárate, según se deduce de la correspondencia de Riva con Ballescá, fue diligente en su trabajo, cumplió el compromiso y no hizo ruido. Lo único que de él dice Ballescá es muy escueto, en una carta de junio de 1887: "El señor Zárate ya terminó su tomo".[51] Por su parte Justo Sierra, en su crítica del México..., se excusa de comentar tomo de Zárate y dice, otra vez escuetamente: "Aún no hemos tenido vagar para leer el

[49] Ibid., t. III, p. 215.
[50] "Memoria secreta presentada al rey Carlos III por su excelencia el conde de Aranda, sobre la independencia de las colonias inglesas, después de haber firmado el tratado de París de 1783". Véase Zárate, México a través de los siglos, loc. Cit., t. III, p. 757-758.
[51] "Cartas del editor de México a través de los siglos", loc. Cit., carta de Santiago Ballescá a VRP, México, junio 30 de 1887, p. 141.

voluminoso tomo..."[52] Pero Zárate sí fue incluido en la crítica que el padre Cacho publicó con motivo del centenario de la magna obra:

> El rigor de la cronología, la puntualidad del seguimiento datos aportados por las mejores fuentes conocidas, integran e método de don Julio Zárate. La brevedad del período presentado permite a Zárate afocar con gran detalle los acontecimientos. No se trata del universo sin contornos fijos del México prehispánico, ni siquiera de los tres siglos anteriores a la lucha de la Independencia. Pero quizá en eso mismo Zárate se entrampó y echó mano y abusó de la grandilocuencia y del verbalismo. El lector añora los relatos sabrosos de Riva Palacio, se cansa con los detallismos prolijos de Julio Zárate, quien obviamente no tiene la calidad literaria ni el ingenio vivo de Riva Palacio, ni quizá tampoco de Olavarría y de Vigil. Otra meta de Zárate es moralizar a lectores con los altos ejemplos de los héroes, objetivo que encaja en el deseo de todos los autores de México a través de los siglos de marcar en las conciencias de los mexicanos lo que México debe ser y afirmar como nación independiente y libre.[53]

Aquí como el padre elogia a Riva yo debería estar de acuerdo con él, aunque sus apreciaciones sólo prueban que el estilo, más clásico y castizo de Riva ha resultado más duradero. En cuanto a la función de "moralizar a los lectores" que Cacho enfatiza mucho tino, trae a la memoria a los autores que comentamos en el primer capítulo de este trabajo -De la Rosa, Lafragua, Prieto-, para quienes era inconcebible una historia "inmoral". El perfeccionamiento progresivo de la historiografía, especialmente en el sentido de buscar un mayor rigor científico, ha preferido en nuestros días explicar antes que moralizar, del mismo modo que se propone más comprender que juzgar. Pero la historia moralizante -muy cercana a la historia de bronce que don Luis González y

[52] Justo Sierra, "México a través de los siglos", en Revista Nacional de Letras y Ciencias, 1889, t. II, p. 113 y ss.; antologado en Obras completas del maestro Justo Sierra, t. IX, Ensayos y textos elementales de historia, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1948, p. 185. No obstante se hace patente la buena opinión que tenía Sierra de las habilidades de Zárate como historiador, en el hecho de que lo invitó a colaborar en el México. Su evolución social. Apunte erudito de Álvaro Matute.

[53] Cacho Vázquez, México a través de los siglos a cien años de su publicación 1884-1889, loc. Cit., p. 34-35.

González ha examinado con brillo- no ha desaparecido: basta pensar en los libros de texto obligatorios que, si bien han sido depurados de ciertos excesos de las ediciones de los años sesenta, no dejan de tener un claro fin cívico y moral. Esto no escandalizaba a don Edmundo O'Gorman, quien creía que cada edad, que cada etapa del desarrollo del estudiante, requería de un tipo diferente de historiografía pues debe buscarse -en el ámbito pedagógico- que a los lectores les guste la historia, en todo lo cual estamos muy de acuerdo. En el caso de Zárate el objetivo es doble pues al tiempo que eleva a un altar a los héroes de la independencia y los coloca, por así decirlo, más allá del ámbito humano, tiene además un claro interés por descubrir la verdad -su verdad- histórica y discute y polemiza con otros historiógrafos. Recordemos siempre que Zárate escribió su libro hace

más de cien años, cuando la palabra independencia tenía un valor distinto -actualísimo- pues estaba fresco en la memoria de todos el recuerdo de las invasiones extranjeras del 46 y del 62.

Ilustraciones

En la lámina a color que abre el tomo, obra de Ramón Cantó, aparece al centro la patria empuñando la bandera tricolor en una mano y la espada en la otra; abajo hay imágenes difusas de una batalla, probablemente la del Monte de las Cruces, a juzgar por los pinos circundantes y por un monumento que aquí sólo se ve en parte, pero que recordamos haber visto en ese sitio antes de la ampliación de la supercarretera; por último, abajo a la derecha, un arcángel aparece escribiendo las glorias de los cientos o miles de indígenas que fueron sacrificados ahí.

Al iniciar la "Introducción" hay un grabado notable, también de Cantó, figura al león de Castilla, sostenido por dos columnas que ostentan el lema de Carlos V "plus ultra"; al fondo aparece un templo que sin duda debe ser el de Dolores, en tanto que un águila vuela sobre el león y con sus garras sostiene el estandarte de la virgen de Guadalupe.

Todo este lenguaje gráfico es interesante pues no es simplemente algo que ilustra el texto, sino que se trata de un discurso paralelo que destaca -más que en el texto- imágenes como la de la Virgen de Guadalupe, cuya aparición en el Tepeyac no registra Riva en su tomo. También es preciso considerar que a finales del siglo XIX no había ese arsenal inmenso de imágenes de que disponemos hoy; la fotografía había llegado a México en la década de los cuarenta, pero cuando se publica el México... apenas estaban ensayando las técnicas, todavía imperfectas, para imprimir las fotografías en los libros. En este sentido la obra que dirigió Riva tiene un valor comparable -o aun mayor- que las enciclopedias ilustradas del siglo XX; ya antes se había leído historia, pero por primera vez sería vista con verdadera profusión de ilustraciones. El maestro Ernesto Lemoine platicaba en cierta ocasión que un descendiente de una familia acomodada del Porfiriato recordaba que en su niñez había en su casa dos ediciones del México...: una era la que se leía y la otra la que se usaba para recortar retratos y otras imágenes útiles para los trabajos escolares.

Las otras láminas más destacadas, que ocupan toda la página, intercaladas en el volumen son: mapa de la Nueva España, retrato de Hidalgo, parroquia de Dolores, Monte de las Cruces, facsímil de un documento de la Inquisición en su causa contra Hidalgo, retrato de Morelos, facsímil de una carta de Morelos a Rayón, portal de Matamoros en

Morelia, panorama de San Cristóbal Ecatepec, Allende, Matamoros y Mina, retrato de Guerrero, facsímil de una carta de Iturbide, objetos de la época de la independencia y facsímil de las firmas de los principales defensores de la independencia. Como se ve en las ilustraciones se reafirma el santoral cívico, a la vez que se apela a la truculencia -técnica eminentemente narrativa- (batalla de Las Cruces, sitio del fusilamiento de

Morelos) para cautivar al observador.

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

Tomo IV: México independiente. Juan de Dios Arias (1828-1886) y Enrique de Olavarría y Ferrari (1844-1919)

Juan de Dios Arias (1828-1886)

Juan de Dios Arias nació en Puebla en 1828 y Riva, en Los Ceros, lo retrató de este modo:

> Juan de Dios Arias merece un artículo, porque como escritor y periodista satírico ha tenido su gran época, en aquellos días terribles en que la prensa, la tribuna y la guerra eran los múltiples terrenos en que libraban terribles combates los partidarios de la Reforma y sus obstinados enemigos, en ese tiempo en que la discordia civil enardecía los ánimos de tal manera, que desde el hogar doméstico hasta el campo de batalla se desconfiaba, se luchaba, se odiaba.
>
> Arias pertenece al partido progresista más avanzado: esta circunstancia por sí sola no constituye un motivo de alabanza, porque todos los partidarios de buena fe son dignos de respeto, cualesquiera que sean sus ideas; el credo político es cuestión de apreciaciones, es una forma de patriotismo, que en último análisis viene a convertirse en la creencia de que por tal camino, mejor que por tal otro, se puede llegar a la felicidad pública, estableciendo el gobierno más adecuado a las tendencias del pueblo, la administración más conforme a las exigencias nacionales, y una política más conveniente a las costumbres y al modo de ser de una sociedad.
>
> Pero Arias no ha sido sólo un partidario constante y atrevido, en cuyo caso no hablaríamos de él, que la política no nos llama la

> atención, sino un periodista popular y afortunado, y esto es lo que hace caer en nuestras manos.
>
> Juan Arias se formó solo, y esto sí es un gran mérito.
>
> [...]
>
> Juan Arias desde los trece años de edad necesitó ganar su vida y aprovechar el tiempo del descanso en la instrucción; y notables aptitudes debe poseer cuando ha llegado a distinguirse como periodista y poeta, y aun ocupar una Secretaría de Estado.
>
> Arias redactó un periódico satírico La Pata de Cabra, que tuvo gran popularidad, que, pasados ya muchos años, no faltan quienes recuerden con gusto. Como historiador, su Reseña[54] sobre las campañas del Ejército del Norte, está llena de datos interesantes; y eso que puede decirse que fue escrita a paso de carga: se creyó necesaria la publicación de la obra en un tiempo dado, y no hubo remedio; a llenar pliegos y a dar trabajo a la imprenta.
>
> Juan Arias pertenece ya a los veteranos de la prensa: de compañeros, de sus contemporáneos en el periodismo, la mayor parte han tomado cuarteles de invierno, y él sigue impertérrito escribiendo ya serio ya jocoso, según se le presenta la oportunidad. Durante su vida periodística, ha fundado catorce periódicos, muchos de los cuales han tenido larga existencia, y colaborado en la mayor parte de los que se han escrito en la capital de la República.
>
> En los aciagos días de la Intervención, Arias se vio obligado a permanecer una temporada en México, y escribió en dos periódicos republicanos, La Sombra y la famosa Orquesta. En sus escritos se reflejo de la prensa de los tiempos de Pancho Zarco, de Joaquín Téllez, de Alcaraz y de las mocedades de don José María Iglesias.
>
> Arias se ha distinguido por su honradez; habiendo ocupado elevados puestos, vive ahora en una humilde medianía. Tiene grandes aptitudes que no ha querido aprovechar: es pintor y músico, sin que de esto haya sacado nunca provecho: es uno de esos hombres que no son de este tiempo; por eso la pasa en la oscuridad.[55]

Nos parece que este retrato vale más que una biografía de diccionario y se le puede complementar con eso que no le interesa a "Cero", los cargos políticos. Arias fue constituyente del 57 y oficial mayor (¿acaso encargado del despacho?) del Ministerio de

[54] Reseña histórica de la formación y operaciones del cuerpo del ejército del Norte durante la Intervención Francesa: sitio de Querétaro y noticias oficiales sobre la captura de Maximiliano, su proceso íntegro y su muerte, Nabor Chávez, México, 1867, 752 p. ils.

[55] VRP, Los Ceros (prólogo de José Ortiz Monasterio), Promesa, México, 1979, p. 257-259.

Relaciones Exteriores en 1860. Al año siguiente fue redactor del Diario Oficial y tiempo después obtuvo el nombramiento de secretario de la legación en Washington. No rehuyó el combate y alcanzó a ser coronel del ejército del Norte durante la Intervención; durante el sitio de Querétaro se desempeñó como secretario del general Escobedo. Las letras que llevaba dentro las virtió en los periódicos; propiamente sólo tiene un libro, la Reseña, además de los quince capítulos que alcanzó a escribir del México...; también colaboró en Los mexicanos pintados por sí mismos[56] , es suyo uno de los Discursos pronunciados en las exequias del señor general don Venancio Leyva[57] y una Memoria[58] presentada al Congreso.

La impecable trayectoria liberal de Arias, su buen oficio de escritor, capaz aun de escribir "violentamente" (es decir a todo vapor) parecen ser las prendas que le ganaron la invitación a colaborar en el México..., pero sólo alcanzó a escribir quince capítulos de modo que el tomo pertenece casi por entero a don Enrique de Olavarría y Ferrari, quien lo sustituyó en la empresa, no obstante haremos algunos comentarios sobre la introducción de Arias que nos parecen interesantes. El tomo IV cubre el período 1821-1885 sin duda el más anárquico y caótico de la historia de México desde los tiempos de Moctezuma.

Y dice Arias:

> Desde que España colonizó en el Nuevo Mundo echó en él los gérmenes de una sociedad nueva también: la mezcla de conquistadores y conquistados forzosamente hubo de producir otra raza igualmente diversa de la española y de la india; engendráronse familias semejantes, pero no iguales a las de la metrópoli, y apareció otro pueblo con

[56] Reimpresión de Conductores Mexicanos, México, c. 1989.
[57] N. Chávez, México, 1871.
[58] Memoria que en cumplimiento del precepto constitucional presentó al octavo Congreso de la Unión en el primer período de sus sesiones Juan de Dios Arias, Imprenta del Eco de Ambos Mundos, 1875.

> distintas necesidades, otra entidad, en fin, que más tarde o temprano se hallaría dotada de fuerza propia e impulsada necesariamente a reclamar su autonomía.[59]

En seguida Arias ofrece un panorama de la situación europea a principios siglo XIX y los elementos que, como la Revolución Francesa, influyeron en la independencia de América. La Nueva España, con sus siete y medio millones de habitantes, se prometía un porvenir halagüeño cuando estalló la insurgencia. Sus habitantes formaban tres grupos, cada uno con diversos intereses: españoles, criollos e indios. Llama poderosamente nuestra atención la ausencia de los mestizos; esto quiere decir que Arias ubica a los mestizos en el grupo de los criollos:

> Los criollos formaban la segunda agrupación: mezcla de indios y de europeos, alcanzaban una educación igual o semejante a la de los españoles, con quienes tenían mayor afinidad por razón de la sangre del idioma, de las creencias religiosas y de las costumbres; pero, con raras excepciones, alejados de los puestos públicos, sin representación importante en el gobierno hasta los últimos tiempos en que la constitución vino a otorgar algunos derechos políticos, la independencia era para los indígenas una certidumbre de mejora y adelanto en todos los ramos del orden civil, y no sin razón creían que, señores de sí mismos, elevados a mayor dignidad, pudieran constituir una nación cuyos cuantiosos elementos, liberalmente explotados, serían otros manantiales de prosperidad.[60]

Nosotros siempre hemos entendido que los criollos eran los españoles americanos, nacidos aquí pero sin mezcla de raza (en apariencia al menos y todo para mantener cierto status), y quienes nosotros creíamos que se llamaban mestizos Arias nos dice que eran los criollos; pero la cosa no para aquí, en el mismo párrafo que inicia con el sujeto "los criollos", estos devienen -rara magia- "los indígenas". Pero luego se refiere a los "indios" como un grupo aparte y señala que en conjunto:

---

[59] Juan de Dios Arias y Enrique de Olavarría y Ferrari, México a través de los siglos, Tomo IV. México independiente, Espasa y Compañía, editores, Barcelona, 1884-1889, p. III. Subrayado nuestro.
[60] Ibid., t. IV, p. V. Subrayado Nuestro.

> Elementos sociales, bien heterogéneos por cierto, eran los que transitoriamente se amasaban con un objeto único, independerse de España; pero como las tendencias de agrupación en el fondo eran divergentes, la grande obra de la independencia tenía muy en breve que resentirse de tan opuestas aspiraciones.[61]

Esta caracterización sociorracial confusa la encontramos hace tiempo en una novela de Riva titulada Martín Garatuza, en la que juega gran papel cierta revuelta de los "criollos" y repetiremos lo que dijimos entonces:

> La historia de la conspiración de los criollos es sumamente interesante. En primer lugar es curioso que el autor se refiera a los "criollos" significando todos los nacidos en el país (como se usa el vocablo para decir, por ejemplo, aguacate criollo) y no en su estricta acepción racial novohispana; de ahí que a los descendientes de Cuauhtémoc, mestizos, en todo momento el autor los llama criollos. Así, criollo viene a ser un gentilicio de muy amplia acepción, equivalente al término "americanos" del XVIII y de las proclamas de Hidalgo. El sentido que tiene el uso de esta terminología es aumentar el número de los posibles alzados (al agregar los mestizos con los criollos) pero, sobre todo, busca romper todas las limitaciones jurídicas y sociales que por cuestiones de pureza de sangre pesaban particularmente sobre los mestizos, asunto éste que no podía ignorar un conocedor de la Inquisición como lo era Riva Palacio.[62]

Las clasificaciones sociorraciales que son tan nítidas en Humboldt son confusas en los autores del México... y cabe preguntarse: ¿Había cambiado el nombre de los grupos étnicos durante el siglo XIX? Y también: ¿El uso que hacen Riva y sus colegas

---

[61] Ibid.

[62] José Ortiz Monasterio, Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio, Universidad Iberoamericana / Instituto Mora, México, 1993, p. 242. Recordemos las palabras de Humboldt: "Entre los habitantes de raza pura ocuparían el segundo lugar los blancos, si no se hubiere de atender sino al número de ellos, Divídense en blancos nacidos en Europa y en descendientes de europeos nacidos en las colonias españolas de la América o en las islas asiáticas. A los primeros se da el nombre de chapetones o de gachupines, a los segundos, el de criollos." (...) "Al hijo de un blanco, sea criollo o europeo, y de una indígena de color bronceado, se le llama mestizo... los mestizos componen probablemente 7/8 de la totalidad de las castas". Véase Alejandro de Humboldt, Ensayo político sobre el reino de la Nueva España (estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina), Editorial Porrúa, México, 1996 (Sepan Cuantos, 39),

era peculiar suyo o de uso generalizado? Responder a estas interrogantes merecería un amplio estudio pero queda claro que los autores del México... tienen una clasificación de las razas distinta a la de autoridades como Humboldt y, de cualquier modo, su definición entró en el circuito del discurso historiográfico y no en un rincón, sino en una obra central como lo es el México... Nos parece que detrás de este tratamiento laxo de las clasificaciones étnicas y sociales está el afán de inventar un pueblo, una unidad básica que a falta de mejor término se identifica con los "criollos" (en sentido amplísimo) pero que sólo puede plantearse como una abstracción, pues en el momento que se intente darle una realidad concreta, histórica y social, surgen las peculiaridades propias de cada estamento, por no hablar de las diferencias del México central y del sur, el México indio, del México del norte que en el tomo IV es escenario de la guerra contra otro tipo de indios: los apaches, los "bárbaros".[63] Por ello Arias reconoce -por más que quiera hacer a un pueblo el personaje de su historia, como ya hemos citado, el grave problema de la heterogeneidad social y abunda en ello:

> A esas disidencias agregábanse las inclinaciones republicanas de unos, de otros un odio hasta irracional a lo antiguo, y las legítimas ambiciones que nacían y prematuramente se desembozaban frente a una situación de dudosa consistencia, hacinaban esa multitud de fuerzas antagonistas que han agitado a la nación, causándola sacudimientos y convulsiones, que a veces la hacían aparecer como retrocediendo a la barbarie a veces como próxima a su disolución.[64]

Y una de las más graves consecuencias de la descomposición política y social que siguió a la independencia fue una larga crisis de hegemonía, es decir que ningún

[63] Como señala R. Williams nombrar es apropiarse, apoderarse del objeto de estudio, lo cual equivale a su domesticación. Apunte erudito de Jane-Dale Lloyd.
[64] Arias y Olavarría, México a través de los siglos, loc. Cit., t. IV, p. VI

grupo lograba imperar: era posible derrocar a un gobierno y establecer otro en su lugar, pero era imposible hacerlo duradero pues no tardaba en ser a su vez derrocado:

> A tan desordenados materiales seguiríase la equivalencia de los partidos, que sin ser uno de ellos bastante robusto para sobreponerse a los demás, en irregulares alternativas ocuparían el gobierno y mutuamente se oprimirían hasta que la fuerza militar, dispuesta a la sedición, levantase a los vencidos, estableciendo así la evolución más estrecha dentro de un círculo vicioso, que a la fecha que escribimos no se ha podido ensanchar ni romper.[65]

Y la fecha en que escribe Arias es la del segundo período de Porfirio Díaz, quien llegó al poder derrocando al gobierno legal con un levantamiento militar. Arias se muestra aquí valiente.

Otro pecado de principios del siglo XIX, que Arias no deja de menciona, es el parricidio cometido contra los libertadores: Iturbide y Guerrero, padres fundadores de la nacionalidad, quienes terminan su vida en el paredón del fusilamiento, en medio del remolino del fanatismo partidista. Los agiotistas también aparecen en escena, otra terrible lacra de la época. Arias, impedido por la contingencia de la muerte, no logró su intento de entrar:

> Cuidadosamente en el campo de las investigaciones para descubrir el verdadero origen de los acontecimientos: así llegaremos con todo posible acierto a existimar [formar un juicio cierto] de las personas y de las cosas en ese dilatado período de calamidades a que ha servido de escenario la vasta extensión de la República. En él la fatigada vista puede apenas seguir el tropel de los sucesos, bajo la oscuridad de una tormenta continua.[66]

Además este autor hace ver al lector una dificultad adicional: "la circunstancia de tocarse sucesos casi contemporáneos hace más delicada y espinosa la posición del

[65] Ibid., t. IV, p. VI.
[66] Ibid., t. IV, p. VIII.

escritor".[67] Pero Arias sólo alcanzaría a narrar, siguiendo el estricto plan cronológico de la obra, el período 1821-1828. Cierra la introducción una anotación que mitiga en algo la esterilidad de la primera mitad del siglo XIX:

> Sí, en ese fondo en el que tantas aberraciones producen confusión y sombras, aparecen puntos luminosos y consoladores. Las mismas convulsiones han lanzado de la oscuridad notables figuras de hombres dotados de cualidades superiores, que si no imprimieron carácter a la sociedad a tiempo en que brillaron [sic] y ejercieron legítima influencia, concibieron para ella ideas generadoras, dieron más acertado giro a las revoluciones y trabajaron por la difusión de las luces, comprendiendo mejor que otros cuánto la ilustración de los pueblos abrevia y facilita el camino para llegar a los dominios de la libertad y de la paz.[68]

Esta mención de las "ideas generadoras", de la "difusión de las luces" y de "la ilustración de los pueblos" apunta. en nuestra opinión, al reverso de la historia de la guerra, es decir a la historia de la civilización. Arias no entrará plenamente en este ámbito, siendo la suya una historia eminentemente política y militar, pero demuestra fina sensibilidad al nombrar aspectos más leves de la historia que, no por ser menos estruendosos y mortíferos que la metralla, dejan de jugar un papel interesante.

En los capítulos que pudo escribir Arias por lo general narra un período determinado, expone los principales acontecimientos y, al final de cada capítulo, ofrece unas breves reflexiones. Lo político es lo predominante, pero el préstamo obtenido de la casa Barclay de Inglaterra se sigue desde sus inicios hasta su lamentable desenlace; otro punto que atiende Arias con esmero son las leyes de imprenta de los diversos gobiernos, y lo caótico también: la revuelta de los mayas en Yucatán, el bandidaje por todas partes y como remate el agio, al cual los gobiernos entregan su crédito con muy graves consecuencias. Es claro que esta etapa violenta sólo adquiere sentido desde el presente en

[67] Ibid.
[68] Ibid.

que escribe Arias; todos los elementos desintegradores de la sociedad pretérita contrastan, como un negativo, con el gobierno imperfecto pero estable, con crédito y comunicaciones modernas, de Porfirio Díaz: el Calvario sirve para resaltar el Tabor.

Enrique de Olavarría y Ferrari (1844-1919)

La muerte del coronel Juan de Dios Arias presentó un serio problema para los editores del México..., era preciso conseguir un sustituto y de inmediato pues la obra se publicaba por entregas, al ritmo más rápido de que eran capaces de escribir los autores. La elección recayó sobre Olavarría y Ferrari, nativo de España, quien vino a enriquecer el proyecto con su formación europea, con un punto de vista que pudiera calificarse como diferente, pero creemos que nadie se atrevería a decir que don Enrique es ajeno a México después de leer estas palabras suyas:

> este país que me es tres veces santo y tres veces querido, por ser el de mi elección, por haberse mecido en él las cunas de mi esposa y mis hijos, y porque de su tierra bendita, penetrada de mis lágrimas, forma parte el polvo a que implacable y prematura muerte redujo las tiernas y deleitosas figuras de mis dos únicos hijos varones.[69]

Olavarría nació en Madrid el mismo año que don Julio Zárate, el de 1844, el 13 de julio. Llega a México durante el Imperio de Maximiliano, en 1865, y trae como recomendaciones su diploma de bachiller en Artes y su título de licenciado en Derecho. Álvaro Matute se pregunta si vino a México por cuestiones de trabajo, pues era empleado de la casa del Banco de España,[70] pero aclara que su verdadera vocación eran las letras,

[69] Enrique de Olavarría y Ferrari, Reseña histórica del teatro en México (prólogo de Salvador Novo), Editorial Porrúa, México, 1961, t. I, p. XV.

[70] Enrique de Olavarría y Ferrari, Episodios históricos mexicanos (prólogo de Álvaro Matute), Instituto Cultural Helénico / Fondo de Cultura Económica, 1987, t. I, p. VI-VII. Seguimos, para la reseña biográfica de Olavarría, este prólogo de Álvaro Matute.

según testimonio de Anselmo de la Portilla y Juan de Dios Peza. Olavarría se adaptó bien al ambiente mexicano y en 1869 fue colaborador de El Renacimiento, la célebre revista de Altamirano. Además publicó buen número de artículos en otros diarios: El Siglo Diecinueve, El Constitucional, La Iberia, El Globo, El Correo de México, La Revista Universal, El Federalista y La Niñez Ilustrada. Fue director de la última publicación mencionada y fundador de las dos anteriores.

Se casó con la mexicana Matilde Landázuri y de 1874 a 1876 residió en diversas ciudades europeas, sin dejar de escribir pues se encarga de que en España se publiquen dos obras suyas de tema mexicano: El arte literario en México[71] y Poesías líricas mexicanas[72]. Regresó a México a finales de 1878 y aquí pasó el resto de su vida; en momentos Riva era ministro de Fomento y Olavarría consideró útil obtener algunas recomendaciones dirigidas a él a pesar de que ya se conocían; la del general Ramón Corona, entonces embajador en España, es impresionante por los muy elogiosos términos en que se refiere a Olavarría. La recomendación de Juan de Dios Peza, ahijado de Riva, es más familiar:

> Con esta carta envío a usted un abrazo con nuestro común y buen amigo don Enrique de Olavarría y Ferrari, que vuelve a México después de haber publicado dos obras que han dado a conocer en España nuestros adelantos literarios... me atrevo a suplicar a usted que si puede ayudarle que tenga éxito en un negocio de que le hablará...[73]

"Desempeña las cátedras de literatura en el Conservatorio de Música: geografía, historia universal, historia de México y declamación en la Escuela de Artes y

[71] El arte literario en México. Noticias biográficas y críticas de sus más notables escritores, Imprenta de la revista Andalucía, Málaga, 1877. Hay una segunda edición de Espinosa y Bautista, editores, Madrid, 1878.
[72] 1878; hay una segunda edición madrileña de 1882.
[73] Utx-A, ABRP, carta de Juan de Dios Peza a VRP, Madrid, noviembre 17 de 1878, fólder 203.9, doc. 211.

Oficios para señoritas; y de aritmética y álgebra en la Escuela Normal Municipal".[74] Continúa colaborando en diversos periódicos Y, a partir de 1880, inicia la publicación de los 18 volúmenes de Episodios históricos mexicanos que son versiones noveladas del siglo XIX mexicano. Fue administrador del Colegio de las Vizcaínas y escribió una historia del mismo. Por recomendación de Riva[75] representó a España en el Congreso Americanista celebrado en México en 1895 y también escribió una crónica del mismo.[76] Fue además diputado de 1898 a 1908 y al respecto nos dice don Álvaro Matute, con su personal estilo:

> Obviamente nacionalizado, don Porfirio -otro liberal conciliador- le otorgó una diputación, acaso por distritos que jamás conoció, y que era una especie de beca para escritores, a falta de instituciones ad hoc y también para llenar la Cámara con uno que otro ilustrado que le evitara a Alfredo Chavero ser el redactor de todo cuanto se escribiera.[77]

Es preciso mencionar otra obra muy importante de Olavarría: su Reseña histórica del teatro en México, que se publicó originalmente como folletín de El Nacional entre 1880 y 1884; la segunda edición fue de la Imprenta, Encuadernadora y Papelería La Europea, México, 1895, 4 vols.[78] Don Enrique murió en 1919.

Como hemos dicho Olavarría y Ferrari vino a sustituir a Arias, quien falleció. Al final de este tomo cuarto "Los editores", es decir Ballescá, insertaron una advertencia honrosa para Olavarría, que debe copiarse íntegra:

---

[74] Enrique Cárdenas de la Peña, Mil personajes en el México del siglo XIX, Banco Mexicano Somex, México, 1979, t. II, p. 649

[75] Utx-A, ABR, carta de Enrique de Olavarría y Ferrari a VRP, México, octubre 9 de 1895, fólder 197, doc. 317. Olavarría en ésta agradece la recomendación.

[76] Crónica del undécimo Congreso Internacional de Americanistas; primero reunido en México en octubre de 1895, Imprenta [sic], México, 1896.

[77] Olavarría y Ferrari, Episodios históricos mexicanos (prólogo de Álvaro Matute), t. I. p. VII. Véanse en este mismo prólogo otras obras escritas por Olavarría.

[78] Véase Diccionario de escritores mexicanos, Centro de Estudios Literarios, Universidad Nacional Autónoma de México, 1967, p. 261.

> Entre el inmenso número de dificultades que ha ofrecido la publicación de esta obra, ha sido una de las más sensibles el fallecimiento del señor don Juan de Dios Arias cuando apenas se había dado principio a la publicación del tomo IV, que tenía a su cargo. Acudimos al señor don Enrique de Olavarría y Ferrari, como la persona más indicada para llevar a cabo tan importante como difícil trabajo, y si bien hallamos al principio alguna resistencia de su parte, por el infundado temor que abrigaba de no poder dar cima en tan corto plazo y sin previa preparación a una empresa de tamaña importancia, al fin accedió a nuestros ruegos, emprendiendo y terminando con actividad y una inteligencia superiores a todo encomio la obra que el público ha tenido ya ocasión de juzgar. Creemos que las personas ilustradas agradecerán al señor Olavarría, como muy sinceramente se lo agradecemos nosotros, el servicio que ha prestado a la historia patria mexicana, llevando a cabo un trabajo cuyo mérito contrasta con la modestia de su autor.[79]

En la misma página Olavarría anota como "Conclusión" que Arias cuando apenas había terminado el capítulo XV del libro primero y añade: "desde página 198 inclusive, mío es por entero este libro, el más difícil e improvisado de cuantos he producido".[80] Lo curioso es que en dicha página inicia el capítulo XVII que es una recapitulación de los años anteriores con la cual decidió comenzar Olavarría; así las cosas el capítulo XVI sólo puede ser atribuido al duende de la imprenta. Ballescá confirma nuestro aserto:

> Algunos días antes de que falleciese nuestro pobre amigo don Juan [de Dios Arias] empezó a escribir Enrique [de Olavarría y Ferrari] con mucho miedo pero con buenos deseos de salir bien de su empresa: su primer capítulo es el XVII; le suplico a usted lo lea tan pronto como esté impreso y me dé su opinión, que creo será favorable. Ha querido Enrique antes de seguir adelante presentar bien coordinados en un capítulo todos los acontecimientos anteriormente referidos de manera desordenada y sin un plan fijo. Creo que ha conseguido su objeto y que nadie podrá quejarse cuando al terminar la obra se haga público el cambio de autor. Por lo demás he pasado y sigo pasando

[79] Arias y Olavarría, México a través de los siglos, loc. Cit., t. IV, p. 860.
[80] Ibid.

> muchas penas por la falta de originales debida especialmente primero a la demora de don Juan y después a su larga enfermedad.[81]

Algunos meses después el propio Olavarría le escribió a Riva, en un tono cortés y casi cortesano, y resuelve el misterio del capítulo XVI:

> Realmente no sé cómo entendérmelas con la historia que por recomendación de usted me encomendó el amigo Ballescá, pues aunque creo conocer efectivamente los sucesos de México, no es lo mismo verterlos en narraciones de forma novelesca que en una obra de los tamaños de la concebida y realizada por usted y Ballescá. Continúo escribiéndola hoy con el mismo miedo horrible con que la empecé, y sólo me anima el ver que hasta la fecha usted no ha desaprobado lo que ha visto la luz, pues supongo que al menos los primeros capítulos, del XVI inclusive en adelante obra mía, habrán sido recorridos, aunque no haya sido más que por encima, por usted como me lo ofreció y yo se lo supliqué. Para inspirarme en el estilo histórico y en especial en el de la obra tal como usted la ideó, todos los días antes de ponerme a escribir leo un par de columnas del segundo tomo, y me sucede muchas veces que, como se dice, se me caen las alas del corazón al conocerme incapaz de imitar siquiera aquella soltura y facilidad de estilo que a usted distingue. Me animo, no obstante, a proseguir, en el deseo de que no se pierdan los datos abundantísimos que existen para escribir esta parte de la historia, y no poco trabajo me está dando reducirme a los estrechos límites prescritos, cuando tanto y tanto bueno poseo en materiales que nadie se había tomado el trabajo de buscar y muchos creían perdidos. No deje usted, mi buen amigo, de señalarme a tiempo las faltas en que haya yo incurrido y puedan y deban rectificarse antes de concluir el tomo.[82]

Estructura de la obra

El tomo IV del México... consta de sólo dos libros o secciones: la primera inicia en 1821 con la consumación de la independencia y termina en 1835, con la aprobación de las Bases Constitucionales con las que cesa el sistema federal; la segunda inicia con los

[81] Santiago Ballescá, "Cartas del editor de México a través de los siglos", México, octubre 14 de 1886, p. 139-140.
[82] Utx-A, ABR, carta de Enrique de Olavarría y Ferrari a VRP, México, abril 20 de 1887, fólder 189, doc. 297. Subrayado nuestro.

conflictos de Texas y culmina con el triunfo de la Revolución de Ayutla, a raíz del cual Santa Anna sale del país.

La parte que escribió Olavarría (capítulo XVI en adelante) toca los innumerables pronunciamientos y levantamientos que asolaron el país durante varias décadas. El ascenso de los caudillos, su precipitada caída, el oportunismo de Santa Anna que prefería residir en su hacienda de Manga de Clavo, los conflictos con otras naciones, las penurias financieras y los ires y venires de la libertad de imprenta, todo ello y más da a Olavarría mucha materia para narrar una historia episódica, de acontecimientos, de peripecias. La trama está siempre en movimiento, como en una novela de folletín, sumando a complicación otra complicación y los personajes entran y salen de la escena representando papeles patéticos, cómicos o trágicos y sólo por excepción sublimes. También en este tomo se sigue un plan estrictamente cronológico (que por cierto facilita su consulta) donde lo político es lo fundamental pero el mal estado de la hacienda pública se manifiesta constantemente, a veces con medidas extremas como el impuesto a puertas y ventanas. Una breve cita del índice mostrará como el autor hilvana los sucesos:

> Capítulo VIII.- 1822-1823. Apreciaciones sobre el Plan de Iguala y Tratados de Córdoba.- El sargento Pío Marcha resuelve la cuestión de independencia.- Los hombres de Estado españoles.- Iturbide, proclamado emperador, hace una exhortación al pueblo.- Reunión del Congreso.- Medidas para aquietar el tumulto.- Exposición de los militares al Congreso.- Resistencias y proposiciones de algunos diputados.- Escena de confusión en el Congreso.- Resistencias y proposiciones de algunos diputados.- Iniciativa de Gómez Farías y de 46 diputados más.- Elección en favor de Iturbide.- Juramento prestado por el emperador.- General aprobación del nombramiento de Iturbide.- Preparativos para la coronación.-Declárase hereditaria la monarquía.- [Etcétera][83]

[83] Arias y Olavarría, México a través de los siglos, loc. Cit., t. IV, p. 862.

En este tomo también está muy presente el que bien puede considerarse como el autor involuntario, el séptimo autor, de México a través de los siglos que por supuesto no otro que Lucas Alamán. Olavarría, por dar un ejemplo, en nota al pie señala que relata de otro modo ciertos sucesos, luego asegura que "no es así" y añade en su abono documentos y argumentos.[84] No se puede aquilatar debidamente la utilidad enorme que tuvo Alamán para el México... pues sirvió, como dicen en los teatros, a manera de "Patiño". Poco importa que don Lucas casi siempre lleve la peor parte, desde su desventajosa posición de cadáver y monarquista, lo que más cuenta es que rompe la monotonía de la voz narrativa del autor y se entabla un diálogo, si se quiere prefabricado, que permite dar mayor colorido, mayor contraste al discurso de la historia. Y, como ya hemos señalado, el México..., sin quererlo, es el mayor divulgador de las ideas de Alamán.

Como veremos más adelante Olavarría utiliza una rica documentación y practica la sana costumbre de citar los documentos originales, a veces in extenso; pero no se excede y si interrumpe el texto para insertar citaciones éstas son siempre pertinentes. No se percibe en su español extranjería, escribe con el español de México y hay en su estilo cierta modestia, en el sentido que impide que su voz luzca más que la propia historia que narra. Olavarría es excelente retratista porque no exagera, no hace caricatura, y su estilo sobrio le basta para transmitir al lector una gama de efectos. Su retórica es la de la sobriedad, no conoce el aspaviento ni el tono declamatorio; es un escapista, pretende que no está ahí narrando y dando forma a cada párrafo; su monotonía sirve de balance a una época plena de peripecias. Reflexiona narrando y no al revés, sólo con dificultad puede hallarse un pensamiento suyo y si hay reflexión teórica es involuntaria. En cierto modo el

[84] Ibid., t. IV, p. 225.

tomo IV semeja una novela, no por los elementos de ficción, sino porque la narración lo es todo; un novelista no se detiene a reflexionar sobre la teoría literaria, simplemente narra y puede aportar mucho a la teoría pero en forma empírica, es decir narrando. En cambio utiliza el recurso de concluir un capítulo con una narración del primer aniversario de la batalla de Churubusco y con mínimos, elegantes, recursos alcanza lo patético y delata su poco amor por los norteamericanos, como comentará Sierra más adelante:

> El 20 de agosto se celebró en México el primer aniversario de la acción de Churubusco. Desde la tarde de la víspera, el batallón "Independencia" marchó a aquel punto y se alojó en el convento de Diego.[85] En las primeras horas del día se procedió a la exhumación del cadáver de don Francisco Peñúñuri, que se encontró casi en esqueleto, pues no conservaba intactos más que el pie y la mano del lado en que recibió, en el costado, una de las tres heridas que le dieron muerte. En aquel acto solemne todos los asistentes hicieron votos por el descanso del espíritu del mártir de la más noble de las causas. Casi toda la población de la capital se trasladó allí. Churubusco presentaba aún el mismo aspecto que en 1847, en los momentos de concluir la acción: en las débiles fortificaciones, en las paredes de la iglesia y del convento, en las humildes casuchas de adobe se notaban aún los estragos del sostenido fuego de artillería y fusilería del enemigo; de trecho en trecho se divisaban los esqueletos de los caballos matados en el combate, sin que faltaran tampoco algunas calaveras y huesos de los hombres que allí sucumbieron. No se podía volver los ojos a parte alguna sin encontrar un lugar memorable por algún hecho importante: el recinto en que se hizo la defensa fue tan reducido, que era preciso que así sucediese. Los oficiales y soldados del "Independencia" con la voz trémula, los ojos llorosos, repetían los sucesos más interesantes, señalaban los puntos donde fue más sostenido el ataque, enseñaban el árbol a cuyo pie recibió Peñúñuri la herida mortal; el lugar del camino en que cayó Martínez de Castro; la celda número 12 en que estuvo agonizando, y los oyentes, con la atención fija en las palabras del narrador, se entristecían al recordar el resultado poco feliz de tantos sacrificios. El gobernador del Distrito, el comandante general, el coronel del "Independencia" y otros jefes y oficiales de cuerpo, asistieron a la misa que se celebró: la compañía de granaderos hizo dos descargas: el ataúd con los restos de Peñúñuri fue colocado en un carro cubierto: subieron en otros los heridos y mutilados del batallón, que

[85] El convento de Churubusco fue erigido por los franciscanos en 1524, pero desde 1580 lo ocuparon los dieguinos (de ahí proviene el nombre que le da Olavarría); hoy se conoce como convento de Santa María de los Ángeles.

> habían querido también volver a los sitios regados con su sangre, y al ir a ponerse en camino ocurrió un episodio inesperado que fue uno de los actos más patéticos del día. El regimiento 3o. de línea, mandado por don Miguel Echeagaray, iba en marcha para Tlalpan, adonde se dirigía por orden del gobierno. Aquel digno jefe, por un sentimiento de patriotismo, no quiso tomar el camino derecho que del puente de Churubusco va para San Antonio, sino que resolvió pasar por donde estaba el "Independencia", y mandó se le avisase que deseaba hacer honores a aquel cuerpo de guardia nacional, éste, poniéndose, agradecido, sobre las armas, se tendió en la calzada de frente de la iglesia, que sale para el camino de Coyoacán. El 3o. de línea se presentó a poco rato; desfiló con las armas a la funerala, tocando la banda a sordina; el batallón "independencia", que estaba con las armas al hombro, las echó a la funerala también en el momento de pasar el regimiento de Eheagaray, que anduvo un corto trecho por el camino de Coyoacán, hizo varias descargas por compañías y volvió a transitar por Churubusco, para dirigirse al lugar de su destino. Al verificarse esto, reinaba un silencio solemne, y más de una lágrima rodó por las mejillas de los concurrentes.[86]

No para aquí el relato de Olavarría sino que continúa hasta el regreso de los concurrentes a México. Llama la atención que el sobrio estilo del autor busca emocionar a través del patetismo y de veras que sabe manejar muy bien su retórica. El sentimiento patriótico, la defensa de lo propio, es perfectamente legítimo y especialmente en relación a aquella época y a la guerra con los Estados Unidos. Sin embargo no se debe perder de vista que también entran en juego mecanismos retóricos que permiten sacar mayor provecho de los acontecimientos. De este modo el combate de Chapultepec bien pudiera, desde el punto de vista norteamericano, narrarse de un modo patético con los detalles de inclinación del cerro, la falta de puntos de resguardo y los oficiales con su revólver Colt listo para disparar a quien diera marcha atrás. (Por cierto, de los Niños Héroes de Chapultepec, Olavarría menciona su prematura muerte y su patriotismo, pero sin vuelos en alas de bandera). La fibra patética -es importante tenerlo en cuenta- es engañosa, de modo que viejas películas inglesas nos venden a los buenos y civilizados blancos en la

[86] Arias y Olavarría, México a través de los siglos, loc. Cit., t. IV, p. 715.

India, enfrentando a los crueles y salvajes nativos. Igualmente Hitler aprovechó el cine para su propaganda y las imágenes -perdónenme si ofendo a alguien- son estupendas -especialmente las de Leni Riefensthal- y constituyen un modelo de narración cinematográfica, por más terroríficos que sean los fines de sus patrones nazis.

Ni siquiera al final (el autor detesta "el gran final") pierde Olavarría la compostura pero sí celebra el fin de la tiranía:

> Con esta fuga [la del dictador], el triunfo de la revolución iniciada el lo. de marzo de 1854 en Ayutla contra la dictadura del general don Antonio López de Santa Anna quedaba virtualmente consumado, y cumplido el primer objeto de aquel plan, que era derrocar la tiranía: el segundo, el de convocar a la nación para que se constituyera conforme a su voluntad, quedaba aún por conseguir; pero quienes tanta entereza y valor habían demostrado en las batallas no dejarían de completar su conquista con el triunfo definitivo de la libertad, cuya luz apuntaba esplendorosa en la brecha que acababa de abrirse en la muralla de abuso y de opresión que hasta entonces habíanla interceptado.[87]

El triunfo grande del plan de Ayutla, significado no en sí mismo sino en los sucesos que desencadenó (otra vez el "futuro del pasado" de Danto) permiten que el tomo IV del México... culmine con una victoria para los liberales y sobre todo con una esperanza de mejoría que no sería completa, que tardaría en llegar, pero que daría lugar a un Estado perdurable que, por más defectos que se le quieran ver, era más favorable para los catrines y también para la gente humilde, que la anarquía de los años 1841 o 1842, por decir algo.

Un aspecto en que la obra de Olavarría puede ser especialmente útil es para conocer las leyes de imprenta de la época, cuyas modificaciones ya a favor o en contra de la libertad, registra acucioso el historiador. Y no debe sorprender que no mencione a la Academia de Letrán ni otros tantos acontecimientos literarios y culturales en general; es,

[87] Ibid., t. IV, p. 859.

cierto que Olavarría fue también historiador de la literatura (y cronista de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística) pero prácticamente nada de eso entra en el México... Nuevamente comprobamos que ésta es una historia-batalla, plena de sucesos políticos y militares en donde casi sólo la economía logra entrar, a fuerza de ser tan pésimo el estado de las finanzas, el "desbarajuste hacendario", según palabras de Olavarría. Por ello el estudioso de la hacienda pública puede aprovechar mucha información de este libro.

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

Fuentes

En cuanto a la heurística Olavarría tiene la ventaja de que, a partir de la independencia, el número de imprentas y de impresos de todo tipo crece de manera notabilísima, lo cual brinda al historiador multitud de fuentes y de acceso más fácil. Cumple el autor hispanomexicano con el requisito, ya de rigor en esta época, de manejar un aparato crítico que acompaña al discurso. Sin embargo no tiene un carácter muy sistemático y esto conduce a confusiones pues, a veces, es imposible saber si el autor hace referencia a un documento original o a una versión publicada de éste. Por ello en nuestra acostumbrada estadística hemos reunido todas las fuentes primarias -publicadas o no- pues es precisamente este carácter la que las distingue, en lo fundamental, y no la circunstancia de haber alcanzado los honores de la imprenta. Olavarría trabajó en los archivos, especialmente en el Archivo General de la Nación (17 citaciones) y algo en el archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores (1). Además cita 25 decretos y 4 veces alude a lo que hoy conocemos como la "Colección Lafragua" de la Biblioteca Nacional; cita 3 veces el Plan de Ayutla, un "Manifiesto" de Gómez Pedraza de 1831 y la

Colección eclesiástica mexicana publicada por Galván; 2 veces cada uno se citan diversos manifiestos, pronunciamientos, discursos presidenciales y colecciones documentales como las de Valdés, Arrillaga y Dublán-Lozano para sumar un total de 20 citaciones; por último, en 1 sola ocasión cita toda una gama de actas, planes, leyes, oficios, tratados y otros documentos de la época, que suman en total 65 citaciones; la suma de todo anterior sería 141 citaciones de fuentes primarias. Pero a esto hay que agregar las publicaciones periódicas que Olavarría consultó con cierta abundancia: las Actas del Congreso 30 citaciones; La Gaceta (con sus diferentes denominaciones) 16 veces: el Diario Oficial 5, El Noticioso 3, en dos ocasiones cita cada uno de los siguientes: El Registro Oficial, el Boletín de Veracruz, el Diario del Gobierno y El Monito Republicano; una sola vez aludirá a El Telégrafo, el Journal de Débats y El Demócrata;[88] todo lo cual suma 65 citaciones y, añadido a la suma anterior, resulta un total de 206 menciones o citas de fuentes primarias.

Se apoya en otros historiadores mucho menos que Zárate en el tomo sobre la guerra de independencia. Alamán sigue siendo el historiador más citado -20 citaciones- pero comparativamente es muy grande la diferencia; los Recuerdos de la invasión norteamericana de Roa Bárcena se citan 15 veces; la Breve reseña histórica de los acontecimientos más notables de la nación mexicana desde el año de 1821 hasta nuestros días de Tomel 10 veces; Carlos María de Bustamante, diversas obras, 6 veces; La invasión norteamericana de Balbotín 5 veces; el Ensayo histórico de las revoluciones de México 4 veces, lo mismo que la Historia de la revolución de México contra la dictadura del general Santa Anna de don Anselmo de la Portilla; 3 veces se citan cada uno, las

[88] A propósito de periódicos, Olavarría proporciona una lista de los existentes en la República en 1840; sumaban en total 36, de los cuales 16 se publicaban en la capital y sólo 2 eran diarios. Véase ibid, t. IV, p. 450.

Biografías de mexicanos distinguidos de Sosa, Los gobernantes de México de Rivera Cambas, ciertos vagos "apuntes" de Palafox y una difusa "memoria" de Medina; por 2 es se citan respectivamente tal Relación histórica formada por la Asamblea de Querétaro, el "diario" del doctor Yuramí, que en paz descanse, el Bosquejo de la revolución de México de Rocafuerte y el México y sus cuestiones financieras con la Inglaterra, la España y la Francia de Payno; en 1 ocasión cita a Gallo, a Otero, a De Paula y Arrangoiz y a Altamirano. En suma, Olavarría se apoya en otros historiadores en 88 ocasiones.

Para terminar diremos que es poco lo que recurre Olavarría a obras generales: 5 veces al Diccionario universal de historia y geografía de Lafragua y 2 veces al Diccionario de geografía y estadística, para sumar 7 citaciones.

En resumen podemos decir que Olavarría privilegia de manera muy acusada las fuentes primarias (incluyendo periódicos), que cita en 206 ocasiones, sobre las citaciones otros historiadores que son sólo 88; muy poco alude a obras generales, sólo en 7 ocasiones. El total de citaciones es de 301.

Cabe aclarar que las cifras mencionadas arriba buscan detectar tendencias generales. Es obvio que Olavarría consultó diversas fuentes en muchas ocasiones más de lo que las cita; además en esta obra influyen muchos otros libros que no cita, por ejemplo los textos donde él aprendió historia de España. Insistimos que el siglo XIX produce un nuevo tipo de documentación, como son los periódicos y el gran cúmulo de folletería, que resultan de gran utilidad al historiador. Por otro lado la época que estudia Olavarría, o al menos parte de ella, ha levantado menos polémica que la guerra de independencia; y así

lo expresa el propio autor al referirse a la etapa posterior a la guerra con los Estados Unidos:

> En esta última parte de nuestros trabajos vamos a ser no tan minuciosos como en los precedentes, que importaba restituir a la verdad histórica, malamente desfigurada por aquellos que, al relatar los anales del partido conservador, procuraron exculparles de las faltas, crímenes y responsabilidades que le tocan: fijadas, como creemos haberlo hecho, las causas, sólo queda el enumerar sus consecuencias.[89]

Por si hubiera alguna duda el autor hace explícito en el párrafo anterior asume el papel del historiador, comprometido con la "verdad histórica", situación considerablemente distinta a la que tuvo como novelista en sus Episodios históricos mexicanos. También se refiere a una conexión causal de los sucesos, siguiendo una antigua tradición que llega al menos hasta John Locke y David Hume, que refuerza la presunta objetividad de la historia conforme a un criterio lógico.

En el manejo de las fuentes Olavarría asume la responsabilidad de "restituir a la verdad" -su verdad naturalmente, de rectificar la versión de los conservadores de la historia nacional y es en este sentido que menciona con frecuencia a Alamán, es decir que cita a sus adversarios para corregirlos. Y este liberal español y mexicano tiene a su favor, no tanto nuevas fuentes documentales antes desconocidas, sino la victoria del partido liberal en 1867, que le da la clave del desenlace de la historia; Lucas Alamán podrá ser todo lo inteligente que se quiera y nosotros somos los primeros en admirar sus escritos, pero la solución que él proponía para México -el sistema monárquico- no resultó viable. En vista de los hechos, no le cuesta gran trabajo a Olavarría enumerar todos los motivos -reales o supuestos- que hacían indefectible el triunfo liberal. La victoria en la guerra de Reforma y contra la Intervención Francesa no eran bastante; faltaba cautivar las

[89] Ibid., t. IV, p. 699.

conciencias de aquella sociedad archicatólica y establecer la "historia verdadera" de la nación, lo cual nos recuerda aquella frase de Siqueiros: "no hay más ruta que la nuestra", que estamos convencidos que Olavarría era hombre mucho más sensato que el célebre pintor.

Lecturas del tomo de Arias y Olavarría

En su crítica del México... Justo Sierra hace una confesión:

> El período que baja de la consumación de la independencia al triunfo de la revolución de Ayutla está muy bien narrado en el cuarto volumen. Al que esto escribe hizo el favor de pedirle el señor Riva Palacio, director general de la obra, la redacción de esta parte; la tarea nos pareció abrumadora para el corto tiempo de preparación que las necesidades de la empresa exigían, y declinamos la honrosa proposición. (...) Un literato español, fraternalmente unido al grupo de jóvenes que hace veinte años empujó a la vida literaria el poderoso aliento de Altamirano, y que llegó a la plenitud de sus facultades aquí en nuestra patria, aclimatando para siempre en ella su espíritu y su corazón, don Enrique de Olavarría, fue el encargado de dar cima a la temerosa la temerosa labor.[90]

En seguida Sierra comenta que Olavarría había ya publicado algunos de sus populares Episodio al estilo de Pérez Galdós y que en breve tiempo logró reunir una cantidad muy considerable de información para el tomo IV. Luego considera que el espíritu que domina en éste es "exageradamente mexicano... De aquí un odio altivo hacia cuanto a yankee trasciende desde los primeros años de nuestra existencia nacional, de aquí la patética relación de las tristes campañas del 47 y 48."[91] De acuerdo con Sierra intenta Olavarría ser imparcial "pero no oculta sus simpatías por el partido reformista avanzado", ni tampoco su ira contra el partido moderado: "lo persigue y zahiere sin

[90] Sierra, "México a través de los siglos", loc. Cit., p. 186.
[91] Ibid.

descanso a través de su obra".[92] Son muy interesantes las apreciaciones de Sierra sobre los moderados pues nos muestran que su estudio, aunque en los últimos años han despertado gran interés,[93] no es una novedad y que, como ya sospechábamos nosotros, categoría "moderado" es difícil de manejar, movediza y casi inasible, pues si bien en la práctica política es relativamente fácil distinguir a radicales o puros y moderados, no lo es tanto en la doctrina y en los principios liberales: los moderados querían lo mismo que los puros pero mediante una pausada transición, sin cambiarlo todo de una vez.

> Por lo demás, en nuestra tremenda revuelta de medio siglo, todo tendía a confundirse y no hay límite rigurosamente demarcable entre los credos políticos liberales, ni menos entre la acción de los caudillos y estadistas. Esta política, que el señor Olavarría llama moderada, fue la de muchos hombres de todos los bandos cuando estuvieron en el gobierno; no fue la de ninguno en las horas de combate, en que se dejó la palabra a los cañones.
>
> No importa; en el tomo cuarto de México a través de los siglos yacen organizados datos preciosos y abundantísimos sobre este período de transición, tan interesante, tan curioso, tan obscuro, de nuestra historia; ningún futuro historiador de México podrá eximirse de consultarlo; ninguno, tampoco, escatimará sus homenajes al mérito de su inteligente y modesto autor.[94]

Cacho Vázquez dice poco del tomo IV, algo más que señalar que Olavarría sigue la metodología positivista (queriendo decir empirista) que, en su opinión, es común a los otros autores del México... Y el dislate de confundir el positivismo de Barreda con el Ranke, se va complicando en la medida que el autor intenta una postura erudita:

---

[92] Ibid.

[93] Véase por ejemplo la tesis doctoral de Laura Suárez de la Torre, "Luis de la Rosa Oteiza, político del México independiente", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997. La doctora Suárez de la Torre está a cargo además de la publicación de las Obras completas de Luis de la Rosa Oteiza; el primer tomo (periodismo y obra literaria) ya está en circulación y este solo tomo convence de que se trata de un autor estratégico. Otro trabajo muy útil para el estudio del grupo político de los moderados es la tesis de maestría de Laura Solares Robles, "Manuel Gómez Pedraza. Una biografía política 1789-1851", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.

[94] Sierra, "México a través de los siglos", loc. Cit., p. 187.

> Don Enrique de Olavarría habla formalmente de "la verdad" histórica como dependiente de "los documentos oficiales y públicos" y prosigue diciéndonos que el trabajo de buscarlos y encontrarlos puede ser tan digno como que de él depende lograr la verdad histórica. La equivalencia entre investigación y juicios de hecho o entre heurística y comprensión, afirmada por Olavarría, no deja lugar a la distinción entre la experiencia y la intelección de los datos de la experiencia.
>
> El positivismo, por contradecir el Geist absoluto de los idealistas, parece reducir la inteligencia a una máquina fotográfica que obtiene buenas fotografías siempre y cuando haya luz suficiente, afoque preciso y velocidad adecuada en el obturador.[95]

Según el criterio del padre Cacho cualquier autor que dé importancia a los documentos como fundamento para decir verdad resultaría "positivista", hasta el mismo O'Gorman. Indirectamente, sin embargo, Cacho Vázquez es útil para comprender el peligro de asignar categorías sin considerar las propias categorías de la época que se estudia; en el fondo se trata realmente de un anacronismo: no se aplica a los autores del México... el concepto de positivismo que, en efecto, estaba muy en boga en su época, sin otro que corresponde a otro tiempo y a otro lugar. Se hace así de la realidad histórica una maraña; es decir que se utiliza una "teoría" que en lugar de aclarar obscurece. Pero el mérito de ser la única publicación dedicada a celebrar el centenario del México... corresponde por entero al reverendo padre.

En contraste con Cacho Vázquez traemos a cuento la lectura del tomo IV que ha publicado, si bien en forma concisa, don Álvaro Matute Aguirre, quien argumenta -en oposición al primero- que si hay en esta obra de Olavarría algo más que crónica y "hace historia cuando recapitula, analiza, comenta, explica y manifiesta su comprensión de los hechos por encima de su exclusiva consignación". Copiaremos el pasaje casi completo, en vista de que no hay en él desperdicio:

[95] Cacho Vázquez, "México a través de los siglos. A cien años de su publicación", loc. Cit., p. 40-41.

El mexicanismo que le advierte Sierra [a Olavarría] ya apunta a también en los Episodios, precisamente como extensión del latinismo. Para subrayar el aserto y acierto de Sierra, cabe indicar que es Olavarría uno de los primeros historiadores liberales plenamente antiyanqui. La tradición inicial inaugurada por Alamán hacía que los conservadores hispanistas fueran contrarios a todo lo que se relacionara con lo norteamericano; la tradición liberal iniciada por Zavala, en cambio, identificaba a lo norteamericano con el progreso y la razón, y por consiguiente el enemigo a vencer era la herencia hispana. El liberal español Olavarría no podía seguir esos pasos, como tampoco podía sostenerse después del 47. Sin embargo, es importante señalar que en la construcción de la primera gran historia oficial mexicana que es el México a través de los siglos ya aparezca una actitud liberal contraria a lo norteamericano. El cambio de perspectiva es fundamental. Para el Porfiriato temprano, que es cuando se escribe esta obra, se da la coincidencia entre liberales y conservadores con respecto a los Estados Unidos. De ello dan fe Olavarría y José María Roa Bárcena.

[...]

México a través de los siglos es una obra que, en general, se caracteriza por su estructura rigurosamente cronológica. El tomo cuarto lo confirma, ya que a través de él se puede seguir año con año lo sucedido entonces. A este respecto vale la pena traer a cuento un comentario -otra vez- de Sierra, no referente a la parte de Olavarría, sino en general a la época colonial, cuyos tres siglos "son monótonos, áridos; la historia en ellos tiende a retrogradar hacia la crónica y la crónica a pulverizarse en efemérides". El abuso del rigor cronológico, puede llevar a la narración histórica a las efemérides. Ciertamente Olavarría no llega a ellas, pero en una gran medida está entre la historia y la crónica. Se salva de las efemérides gracias a seguir las secuencias históricas de los sucesos, que naturalmente no se dan año tras año, sino que tienen su duración propia. En ese sentido hay una crónica que la presencia del autor hace historia cuando recapitula, analiza, comenta, explica y manifiesta su comprensión de los hechos por encima de exclusiva consignación. De las tres grandes obras de Olavarría, el tomo cuarto de México a través de los siglos se ubica en el medio. La Reseña histórica del teatro en México está en la crónica más que en la gran explicación histórica, y donde hay un esfuerzo hermenéutico mayor, pese al género, es en los Episodios.

Antes de comentarlos, sólo resta decir de México independiente, o sea el tomo cuarto, que es el intento global de recoger la historia desde la consumación de la independencia hasta Ayutla, más completo y el primero que establece esos límites cronológicos como momentos que abren y cierran una época. La Historiografía testimonial anterior no había satisfecho toda la extensión cronológica que posee la

> obra de Olavarría, aunque el mérito en realidad corresponda a Riva Palacio. El llamado México independiente quedó acotado así, de Iturbide a la caída de Santa Anna, para dar paso después a las luchas por la Reforma y contra el Imperio. Olavarría y Ferrari fue su primer historiador completo.[96]

Este último punto que señala Álvaro Matute nos parece especialmente interesante. Es claro que hay grandes acontecimientos de nuestra historia -la independencia, la Revolución- que indudablemente marcan un hito y, en consecuencia, sugieren fuertemente cierta división cronológica. Pero esto no es tan claro en la primera mitad de nuestro siglo XIX y aquí parece haber más intervención del artificio del historiador -Riva, en este caso. Y lo interesante es que esa cronología haya logrado imponerse aun en nuestros días, sin olvidar que establecer un corte cronológico es hacer interpretación muy importante, decisiva quizá. Y esto es así porque marcar el principio y el desenlace de una historia, lo mismo que el principio y el fin de las etapas intermedias, pone el énfasis en ciertos aspectos o acontecimientos que dan la pauta de lo importante y de lo ancilar, y de esta interpretación general siguen todos los pormenores que se quiera, pero el marco hermenéutico ya ha quedado establecido. Esto sugiere que andan por ahí muchos historiadores, tal vez inteligentes y originales, que cargan sin hacer conciencia de ello con la cronología -es decir la interpretación- del México... También se debe meditar que resulta crucial en cualquier relato el desenlace, de tal modo que la división cronológica bien puede imponer determinada interpretación de una época o, para decirlo en términos de Hayden White, puede decidir el tropo. Y nada de esto estaríamos pensando si el doctor Álvaro Matute no hubiera advertido que el tomo de Olavarría es el primero en su tipo, el primero en tener esas coordenadas cronológicas.

[96] Olavarría y Ferrari, Episodios históricos mexicanos (prólogo de Álvaro Matute), loc. Cit., p. X-XI.

Ilustraciones

La lámina a color, sin firma pero que bien puede atribuirse a Ramón Cantó, que abre el tomo de Olavarría es interesante. Al centro, de gran tamaño, la patria -vestida con los colores de la bandera- empuña una daga (¿de destrucción?) en la mano derecha y una antorcha (¿de civilización?) en la izquierda, que es la que está en alto. Apreciable el escote, en la testa porta un pequeño gorro terminado en punta, metálico, militar. En la parte baja se aprecia, del lado izquierdo, una ciudad en llamas y unas aves indefinibles sobrevuelan como carroñeras; del lado derecho se ven dos monumentos mortuorios, dice "Guerrero" y el otro "Iturbide", son los testimonios del parricidio. Al centro, abajo, se ven unos árboles talados y unas cadenas tiradas, acaso una alusión a la libertad que trajo la independencia. En conjunto la imagen es impactante y la presencia simultánea de un relámpago y un arcoiris, tal vez figuren los dos aspectos de la primera mitad del XIX, los afanes de ilustración, la inauguración del telégrafo, versus la destrucción, la violencia y la descomposición social.

La introducción abre con una enorme letra capitular (dibujo de Ramón Cantó), es una "A" que semeja un monumento: abajo aparecen unas armas y otros aperos militares, en la parte media dos banderas: la de los Estados Unidos y otra, que podría ser la de Francia, unidas por una corona con un águila imperial; arriba el busto de ¿la patria?, a su diestra una bandera de México hecha girones, a su izquierda un águila que devora una serpiente es amenazada por otras dos que vuelan cerca, la una con el emblema de barras y las estrellas de los vecinos del norte, la otra empuñando un cetro y una corona imperial ¿francesa? En la distancia, al fondo, un panorama de desolación y destrucción.

No tan dramáticas pero sí cargadas de sentido son las láminas a página completa de este tomo: antigua Cámara de Diputados en el Palacio Nacional, Iturbide emperador, vista de la antigua Acordada en México, vista del Sagrario Metropolitano de México, facsímil del tratado de paz firmado con España en 1836, mapa de la República Mexicana antes de la invasión norteamericana (a doble página), Colegiata de Guadalupe, panorama Churubusco, vista del castillo de Chapultepec, recuerdo de la guerra con los Estados Unidos, general don Mariano Arista y general don Antonio López de Santa Anna. Es interesante que se hayan elegido a estos dos personajes para destacarlos con una lámina página de completa; la presencia de Santa Anna se explica más fácilmente que la de Arista, cuyo papel en la historia merecería una revisión por los historiadores actuales, en vista de la importancia que aquí se le da. Una última mención haremos de los excelentes planos de las principales batallas sostenidas durante la guerra de México con los Estados Unidos.

Tomo V: La Reforma. José María Vigil (1829-1909)

De Vigil, el autor del tomo dedicado a la Reforma y la Intervención, bien se puede decir que comenzó a escribir dicho tomo con la pluma pero, no pareciéndole bastante, en un descuido le arrebató al general Riva Palacio el espadín y fue con él que prosiguió la obra. Ya Arias, en el torno anterior, advertía de la dificultad de escribir historia contemporánea, aserto que con más razón puede aplicarse al tomo de Vigil quien sucesos acaecidos hacia apenas unos quince años antes del momento en que los narraba. Le toca a éste la difícil tarea de ser juez habiendo sido parte del proceso político que narra y por más votos que hace de imparcialidad (lo que generalmente indica lo

opuesto de lo que se propone) ofrece, sin lugar a dudas, la versión de los liberales que dieron forma a la Constitución de 1857 y a las leyes de Reforma Y que triunfaron en Calpulalpam, en Puebla, en La Carbonera y en Querétaro. Y sin embargo murió como buen católico poco después de pronunciar estas palabras: "A esta hora se siente más que nunca lo vacío de todas las filosofías y lo inútil de todos los sistemas. Frente al más allá sólo hay la religión de nuestros padres".[97]

Nació Vigil en Guadalajara el 11 de octubre de 1829 y murió en México el 18 de febrero de 1909. En la capital tapatía hizo sus estudios primarios en la Escuela Municipal, los preparatorios en el Seminario Conciliar de Señor San José y jurisprudencia en la Universidad de Guadalajara, pero casi al terminar interrumpe estos estudios. Ignacio L. Vallarta fue su compañero en la primaria, testigo de su matrimonio con Asunción Robles Gil y también compañero en la Cámara de Diputados; Jesús González Ortega fue su compañero en la preparatoria. De 1867 a 1869 fue director de la Biblioteca Pública Estado de Jalisco y a partir de 1880, y hasta su muerte, fue director de la Biblioteca Nacional, en donde apoyó ampliamente las investigaciones para el México a través de los siglos. Fue además diputado en varios períodos incluyendo el Congreso Constituyente de 1857, como suplente. Su actividad como periodista fue amplísima desde que en 1855 fue redactor de La Revolución que es por supuesto un órgano de apoyo al plan de Ayutla. Con algunas interrupciones dirigió El País. Periódico Oficial del Estado de Jalisco de 1856 a 1869; además fue director o redactor de El Nuevo Mundo, El Boletín de Noticias,

[97] Para conocer a este ilustre jaliciense contamos con una fuente privilegiada: Gabriel Agraz García de Alba, Bibliografía general de don José María Vigil, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1981 (Bibliografías, 7). No alcanza a formar una biografía cabal pero incluye una cronología sumamente detallada y la bibliografía es prácticamente exhaustiva. De esta obra tomamos la cita textual, p. 18.

El siglo Diecinueve, El Eco de Ambos Mundos, El Porvenir, El Monitor Republicano, El Sistema Postal, la Revista Filosófica (en donde defiende a la metafísica de los embates del positivismo), La Prensa y el Boletín de la Biblioteca Nacional de México. Al acercarse las fuerzas de la Intervención a Guadalajara Vigil no las toleró y se embarcó en Colima rumbo a San Francisco, California, donde fundó y dirigió El Nuevo Mundo, en colaboración con don Sotero Prieto, periódico en el cual defendió la causa de México rente a la invasión extranjera. Por falta de recursos tiene que regresar a Guadalajara y allí fundó el Boletín de Noticias, donde siguió defendiendo su credo político, hasta que fue clausurado por las autoridades.

Después de la guerra fue partidario y defensor acérrimo de don Sebastián Lerdo de Tejada -a diferencia de Riva que militaba en la oposición; durante parte de su gobierno Vigil fue director del Archivo General de la Nación. También en esa época fue nombrado ministro de la Suprema Corte de Justicia. Su labor docente permitió una mejor alimentación de sus siete hijos, pues fue maestro en el Liceo de Varones del Estado de Jalisco, sinodal en el Instituto de Ciencias del Estado de Jalisco, profesor en la Escuela Nacional Preparatoria, la Escuela Nacional Secundaria para Niñas y la Escuela Normal de Profesores.

Cultivó diversos géneros literarios comenzando por el arte dramático; varias obras suyas se representaron en Guadalajara, entre ellas La hija del carpintero. En el ámbito historiográfico se encargó del prólogo y edición de la Historia de las Indias de Las Casas, fue editor de la Crónica mexicana de Hernando Alvarado Tezozómoc, además fue autor del Ensayo histórico del ejército de Occidente (en colaboración con Juan B. Híjar y Haro). Dominaba el inglés, el portugués, el italiano, el alemán, el francés, el latín y el

griego; tradujo las Sátiras de Persio,[98] así como del francés, Murmuraciones de Labiano. La crítica histórica en tiempos de Augusto, por M A. Regead. Cultivó la poesía y publicó Flores de Anáhuac en donde reúne sus composiciones; para Riva a la obra poética de Vigil le faltaba "inspiración" y "fuego" si bien reconoce su perfección técnica. Vigil destaca además como promotor, editor y crítico de poetisas; su discurso de ingreso a la Academia de la Lengua lo dedicó a Isabel Prieto y además publicó Poetisas mexicanas, siglos XVI, XVII, XVIII y XIX. También colaboró con una "Reseña histórica de la poesía mexicana" incluida en la Antología de poetas mexicanos que formaron Casimiro del Collado y José María Roa Bárcena. También se le atribuye ciertos poemas firmados con las iniciales J. M. V. incluidos en el "Homenaje fúnebre que a la memoria de nuestro Santísimo Padre el Papa Pío Nono consagran los fieles de la parroquia de Santa María la Redonda".

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

Estructura de la obra

El tomo de Vigil está dividido en dos libros: el primero parte de la revolución de Ayutla (1855) y llega a los prolegómenos de la Intervención Francesa (1861) y el segundo alcanza hasta el triunfo de la República en 1867. Lo mismo que los otros tomos sigue un plan estrictamente cronológico, pero es característica propia de este tomo el tener un aparato crítico que incluye muchos documentos, además de las fuentes que copia con mucha frecuencia y amplitud en el cuerpo mismo del texto. Por esta razón la composición es menos atildada que en los otros tomos pues el relato se corta con

[98] Sobre esta traducción, en son de broma, escribió Riva: "va la obra del satírico latino, entre el prólogo y las notas, como un chico que ha roto un farol y camina entre dos gendarmes a la Comisaría"; en Los Ceros (prólogo de José Ortiz Monasterio), Promesa, México, 1979, p. 109.

excesiva frecuencia con la inclusión, más que de citas, de documentos completos, que autor más pulido hubiera evitado o cuando menos habría sido más sintético. Esto, que bien puede considerarse un defecto de composición, a cien años de distancia no deja tener señalada utilidad pues, tratándose de los documentos políticos, Vigil copia casi todos los fundamentales y los hace muy accesibles a nosotros. Pero no es muy elegante su técnica de "tijeras y engrudo", para usar la expresión de Collingwood.

El asunto principal del tomo final del México... lo explica Vigil al dedicar toda la "Introducción", que llega hasta la página LIII, no a hacer una sinopsis de los diversos asuntos de su libro, sino exclusivamente a la cuestión del enfrentamiento entre el Estado y la Iglesia. Para ello se remite al siglo XVI y a las disposiciones de Hernán Cortés en esta delicada materia pues para Vigil la Reforma y la Intervención no son sino: "consecuencias de antecedentes que de largo tiempo atrás se habían hecho sentir en nuestro desenvolvimiento social, pudiendo señalarse algunos de ellos en la cuna de nuestra civilización, en el momento solemne en que bajo la espada del conquistador, México se iniciaba en los misterios de la cultura cristiana".[99] De este modo Vigil ve cierto incipiente "regalismo" o preeminencia del Estado sobre la Iglesia en algunas disposiciones de Cortés. Cita a Sahagún para demostrar que la conversión de los indios era muy imperfecta: "fictos que recibían aquella fe sin dejar la falsa que tenían de muchos dioses".[100] Pondera el buen criterio que dejó a los indios fuera de la órbita de la Inquisición pero lamenta -como muchos otros liberales- que se dejara "al indio como un

[99] José María Vigil, México a través de los siglos, Tomo V, La Reforma, Espasa y Compañía, editores, Barcelona, 1884-1889, p. III.
[100] Historia general de las cosas de Nueva España, lib. XI, cap. XII, 6. Citado en Vigil, México a través de los siglos, loc. Cit., t. V, p. VII.

ser de naturaleza inferior que debía mantenerse en una especie de tutela".[101] Su "imparcial" retrospectiva le permite ver que: "examinando los hechos en sí mismos con la severa imparcialidad del historiador, hay que señalar en aquella situación extraordinaria la presencia de problemas cuya solución acarrearía necesariamente largas y dolorosas sacudidas... una pugna que poco a poco se iría haciendo más visible entre la Iglesia y el Estado".[102] Vigil se entretiene en señalar las fallas y las disputas no sólo entre las diversas órdenes monásticas, sino en el propio seno de cada una de ellas. Otro hito del conflicto Iglesia-Estado es la contienda entre el virrey don Diego Carrillo Mendoza y Pimentel, marqués de Gelves, y el arzobispo don Juan Pérez de la Serna. Subraya Vigil la avidez por las riquezas materiales, especialmente por parte de la Compañía de Jesús. No podemos detenernos a ponderar cada información del "imparcial" historiador autor tomo V, pero cuando se refiere a la expulsión de los jesuitas, obra del despotismo ilustrado de Carlos III, Vigil nos asegura: "En la Nueva España, donde la expulsión se verificó en la madrugada del 25 de junio del año citado (1767), el suceso pasó sin producir perturbación ninguna en la paz pública..."[103] Este pasaje es falso, según la opinión de otros historiadores antiguos y modernos, comenzando por Riva, quien en el tomo II de la misma obra afirma:

> La expulsión de los jesuitas fue un acontecimiento que conmovió los ánimos de toda la Nueva España; perfectamente lo comprendieron el ministerio de España y el marqués de Croix y don José de Gálvez [visitador] en México, y merced a su habilidad, a su energía y al profundo secreto con que se dispuso y ejecutó la disposición, pudo conseguirse que no preparados los padres con anticipación no se opusieran los pueblos a la ejecución del decreto. Tanta influencia tenían, que el mismo marqués dice en una de sus cartas: "Todo el mundo los llora todavía y no hay que asombrarse de

[101] Vigil, México a través de los siglos, loc. Cit., t. V, p. VIII.
[102] Ibid., t. V, p. IX.
[103] Ibid., t. V, p. XIX. Subrayado nuestro.

> ello: eran dueños absolutos de los corazones y de las conciencias de todos los habitantes de ese vasto imperio".
>
> Sin embargo, la conmoción fue tal, que se produjeron tumultos en San Luis Potosí, en Guanajuato, en San Luis de la Paz, en Pátzcuaro, en Valladolid y en Uruapan.[104]

Tan flagrante contradicción en torno a un suceso sonado y ampliamente conocido no creemos que sea una "mentira" de Vigil. Se trata, más propiamente, de un lapsus. En su afán de defender la causa del Estado, que es el objetivo visible de la "Introducción" y del tomo en su conjunto, el autor no pudo evitar dejar este guiño a los lectores de entonces y ahora. Y es normal si consideramos la velocidad a la que se escribió esta obra que hacía preciso componer el texto de primera intención, casi sin tiempo para revisarlo. No queremos aminorar la pifia de Vigil sino ilustrar el modo en que su cruzada por el Estado, el gran vencedor de las guerras de Reforma y de la Intervención Francesa, hace que emerja, mediante un lapsus, el espíritu de partido cargado de anticlericalismo. Y no se trata de un juicio subjetivo, donde pudiera defenderse tal o cual opinión, es un error de hechos con respecto a un acontecimiento ampliamente conocido. Aunque también es claro que Riva destaca la importancia y las percusiones del acontecimiento, para conectar el descontento que produjo la expulsión los padres con la causa suprema de la independencia.

Otro rasgo que muestra la distancia de aquella historiografía con respecto a nosotros es la mención que hace Vigil de la cédula de consolidación de bienes de obras pías o vales reales (1804), según se le llama ahora, y que siempre se menciona en

[104] VRP, México a través de los siglos. Tomo II, El virreinato, Espasa y Compañía, editores, Barcelona, 1884-1889, p. 842. En San Luis Potosí el pueblos se amotinó en el momento de salir los desterrados. En vano salió el comendador de la Merced, fray José de Reumayor, con el Santísimo en las manos para sosegar al tumulto. Un flechazo le pasó el escapulario y una pedrada le dio en la boca. Véase José Gutiérrez Casillas s. j., Historia de la Iglesia en México, Editorial Porrúa, México, 1974, p. 175.

cualquier historia de la economía sobre esa época. Para Vigil lo más importante es que ilustra un episodio más de la pugna entre el Estado y la Iglesia -el gran asunto- y sólo de modo secundario le interesa que sea una manifestación de la vida económica. Y sobre la gente de esa época dice el autor: "Ignorante, más que todo creyente, y si se quiere hasta fanática, era en lo general la sociedad mexicana de aquellos días..."[105] Y luego Vigil repite lo dicho por Zárate en el tomo III: la consumación de la independencia fue estrictamente hablando, una medida desesperada de la reacción:

> En efecto, viendo el clero que de seguir las cosas como iban su poder y sus riquezas corrían inminente riesgo de naufragar en el torbellino de reformas que a la sombra de la Constitución [liberal de 1812 restituida en 1820] se estaban llevando a cabo en España, quiso poner un dique al torrente que ya se desbordaba, y el mejor medio encontró fue cortar los vínculos que unían a la colonia con la madre patria, poner de esta manera una especie de cordón sanitario que preservase a México del contagio liberal que le venía de allende los mares, y este pensamiento se realizó con la proclamación del Plan de Iguala, cuyo triunfo dio cima a la revolución de independencia asegurando para siempre la autonomía de México.[106]

La desviación de Vigil consiste principalmente en que en su afán de mostrar el conflicto Iglesia-Estado deja fuera a otros actores; así en el párrafo recién citado el sujeto, el actor que aquí aparece como único, es el clero. Es una omisión, por decir lo menos, mencionar el papel que jugó la oligarquía de españoles y criollos.

Y el autor, tal como lo viene haciendo desde que comenzó su narración, desde que recuerda los primeros días de la conquista, tiene la amabilidad de anticiparnos el final de su obra: "La lucha debía, pues, continuar entre dos potencias cuya conciliación era de todo punto imposible..."[107] Concretamente la gran disputa se derivó de que, con la

[105] Vigil, México a través de los siglos, loc. Cit., t. V, p. XX.
[106] Ibid., t. V, p. XXI. En cuanto al origen de la lucha por la independencia lo atribuye a "una parte del clero bajo, seguido por las masas populares". Véase ibid., t. V, p. LII.
[107] Ibid., t. V, p. XXI.

independencia, cesó el patronato con el que el papado había favorecido a la corona española; el Estado en ciernes pedirá las mismas prerrogativas, pero la Iglesia dirá: nones. Vigil asevera: "Compréndese de esta manera que el estado de las relaciones entre el gobierno de la República y la Iglesia mexicana vino a ser el de una guerra permanente que pronto se haría sentir en la marcha de los negocios políticos."[108] Y así, de manera bastante detallada, Vigil narra los avatares del conflicto -inevitable, nos dice siempre- entre la Iglesia y el Estado; especialmente interesante es el seguimiento que hace de las reformas liberales de 1833 las cuales se mantienen en pie, en buena medida, aun después de la caída del vicepresidente Valentín Gómez Farias.

Al parecer a Vigil no le parecieron bastante lo que los autores de los tomos anteriores del México... habían dicho sobre cuestiones eclesiásticas pues la "Introducción", está dedicada enteramente a mostrar la decadencia del clero mexicano y cómo se fue comprometiendo más y más en los negocios políticos hasta entrar en la completa oposición con el Estado. Por supuesto no pasa por alto la resistencia de la Iglesia a prestar dinero al gobierno, aun en momentos de necesidad suprema como fueron los de la invasión norteamericana. Y así: "al través de las mudanzas políticas y de los cambios personales, se nota constantemente una oposición de miras entre el gobierno mexicano y el clero, prueba inequívoca de que aquellas dos entidades representaban principios divergentes, y cuya conciliación, por lo mismo, estaba fuera del poder humano."[109]

De este modo Vigil argumenta que el choque entre la Iglesia y el Estado, es decir la guerra de Reforma, era un proceso absolutamente inevitable. Por añadidura

[108] Ibid., t. V, p. XXXI.
[109] Ibid., t. V, p. XLV.

asegura que en su análisis no ha tomado una actitud de partido: "hemos procurado colocarnos sobre toda mira apasionada, para poder fijar con entera precisión verdaderas causas de los hechos y su trascendente significación".[110] Pero en seguida nos dirá que su labor será también de rectificación de desviadas opiniones pues se propone: "trazar el cuadro de una revolución mal comprendida por unos y siniestramente interpretada por otros, que no pudiendo hacer retroceder las cosas al estado que guardaban antes de ella, se satisfacen con derramar la hiel del odio, alterando acontecimientos y envileciendo a sus autores."[111]

El tomo de Vigil es producto de la humareda, que en 1889 no terminaba de disiparse del todo, de las guerras de Reforma e Intervención. Ofrece el punto de vista liberal, pero no es una vulgar arenga sino un trabajo bien meditado que pretende "explicar" una época, pero no sólo con fines científicos sino eminentemente políticos. Es claro que la mentalidad de la población no cambió al parejo de la evolución jurídica y política del país; aun después de la derrota de Maximiliano amplios sectores de la población suspiraban por los buenos viejos tiempos en que la Iglesia era el centro de la vida social. Por ello la élite de liberales radicales que gobernó al país a partir de 1867 quería ofrecer, en el México a través de los siglos, su versión de la historia. Pero al saberse vencedores, especialmente para el tardío año de 1889, no quisieron aplicar el "¡Ay de los vencidos!" de Breno; la victoria era completa y prefirieron persuadir antes que imponer por la fuerza su idea de la historia. Es por ello que el tomo de Vigil a todas luces una apología del Estado liberal, pero trata -en nuestra opinión- de no ser una filípica contra la Iglesia. Es un texto argumentativo cuya gran premisa es, evidentemente,

[110] Ibid., t. V, p. LIII.
[111] Ibid., t. V, p. LIII.

el triunfo liberal que es el desenlace a la vez que la clave de la interpretación del conjunto de la época. Como ya se conoce el final la explicación es retrospectiva, aunque la exposición será consecutiva, como se acostumbra en los libros de historia, que se narran fingiendo en cierto modo que no se conoce lo que sucederá después. Pero Vigil no es un títere ni un actor pagado que representa cualquier papel que se le pida; no, su trayectoria vital nos indica que es un liberal convencido y debemos creer en la sinceridad de sus palabras. Él por su parte no nos pide que creamos a priori en sus ideas políticas y en su versión de los grandes acontecimientos de su época. En cambio tratará de persuadirnos y acumular (de veras un gran cúmulo) de documentos favorables a su causa; en términos generales escribe para lectores sin prejuicios, de buena fe, pero también para poner en evidencia la "falsedad" de otras versiones que se han escrito lo cual engloba, principalmente, a la historiografía conservadora.

Para que su argumento sea completo el autor se remite a los primeros tiempos de la conquista pero, de manera especial, examina las consecuencias de la declaración de la Constitución de 1824, en el sentido de que sólo la religión católica sería tolerada. Al establecerse una religión oficial era obligado reglamentar las relaciones entre sus ministros y el gobierno civil pero, adverso a reconocer derechos equivalentes a los del patronato de los tiempos de la dominación española, el clero -nótese que fue el clero- inició una disputa que se mantendría hasta más allá de la mitad del siglo. Después de muchos enfrentamientos y de victorias parciales la batalla decisiva se dará a raíz del levantamiento del cura de Zacapoaxtla,[112] que se extendió después a Puebla. Vígil narra

[112] Sitio interesante que si bien en esta época aparece afiliado al conservadurismo, después será cuna del liberalismo serrano de Puebla, que aportó importante contingente en la batalla del 5 de mayo de 1862 y que fue apoyo fundamental de los generales Juan N. Méndez, Juan Francisco Lucas y Juan Crisóstomo Bonilla. Apunte erudito de Jane Dale Lloyd.

con mucho detenimiento la orientación moderada del presidente Ignacio Comonfort, con todo y que mantiene en vigor la ley Juárez que termina con el fuero eclesiástico y militar.[113] Pero a esta disposición -dice el autor- no se le puede culpar de la revolución: "ahora bien, sea cual fuere la opinión que se tenga de aquella ley, nadie podrá admitir que constituyese motivo bastante para promover una revolución y derrocar un gobierno";[114] y más adelante dice: "La ausencia de motivos suficientes que justificasen la reacción, explica los medios poco morales a que recurrían sus caudillos..."[115] Y al tiempo que le arrebata esta bandera al levantamiento documenta que el cura de Zacapoaxtla estaba implicado en el motín y que los alzados "llevaban en el pecho cruces e imágenes de santos, y en el sombrero un listón con el lema Religión o muerte".[116] Este punto es el quid de la argumentación, del libro, de la revolución misma, en palabras de Vigil: "Ahora bien, ¿el clero favorecía la revolución? A esta pregunta que el lector se hará sin duda al recorrer el presente período de nuestra historia, contestaremos con la simple exposición de los hechos, dejando al buen juicio de cada uno la resolución de cuestión tan importante".[117] Esta es una estrategia inteligente de Vigil, no declarar su parecer así de

[113] Durante el gobierno del presidente Comonfort se publicaron algunas de las leyes de Reforma como la ley Iglesias, la ley Lerdo y el decreto que abolía la Compañía de Jesús (junio 5 de 1856). Véase Vicente Quirarte, "Ignacio Comonfort", en Encyc1opedia of Mexico. History, Society & Culture , Fitzroy Dearborn Publishers, Chicago, 1997, t. I, 282-283. Es difícil decidir sin pasión si las leyes de Reforma justificaban o no el levantamiento de Zacapoaxtla y la ulterior revolución en Puebla; pero, en principio la Iglesia actuó fuera de la ley en la medida que la legislación -buena o mal pero al fin legal- daba al Estado la fuerza del Derecho, por más que éste, como dice Riva en su ensayo sobre Hernán Cortés, es sólo una expresión de la fuerza. Lo real es que el Derecho justifica la causa del Estado y no así la de la Iglesia.
[114] Vigil, México a través de los siglos, loc. Cit., t. V, p. 105.
[115] Ibid., t. V, p. 106.
[116] Ibid., t. V, p. 101.
[117] Ibid., t. V, p. 106.

pronto, es más, él no promete dar su parecer sino que se constreñirá a "la simple exposición de los hechos". He aquí otra forma de retórica que, sin mediar efectos de lenguaje como el patetismo de Olavarría o la grandilocuencia de Zárate, puede tener muy buenos resultados. En nuestros días esta es la retórica prevaleciente: se apela a los hechos mismos o a los documentos como si éstos pudieran adquirir sentido sin la acción mediadora del historiador. Pero, páginas adelante, Vigil siempre sí opina sobre la intervención del clero: "Era un hecho, [es decir no sujeto a la opinión] por otra parte, la ingerencia activa que los eclesiásticos tomaban en la revolución y que daba pasto a la prensa periódica, figurando en casi todos los pronunciamientos, de una manera más o menos directa, algún individuo del clero".[118]

Sin embargo Vigil reconoce que los obispos intentaban contener a los religiosos levantiscos, a la vez que trata de quitarle a la revolución el fondo religioso -aunque parezca una contradicción- para mostrar que el gobierno no era antirreligioso pues "ni el presidente ni sus ministros pudieran ser colocados fuera del gremio netamente católico".[119] Este punto es muy delicado pues la revolución de Puebla tuvo como consecuencia la guerra de Reforma y la Intervención y deslindar la responsabilidad del Estado no sólo atañe a la verdad histórica sino -cosa bastante más importante- a la relación futura de la Iglesia y el Estado, durante la República Restaurada y el Porfiriato. Es decir que en el texto hay tres tiempos: el nuestro, el de Vigil y el de la guerra Reforma que relata; él tenía que justificar la postura del Estado en aquel enfrentamiento, pero sin perder de vista que para la época en la cual escribe las cosas habían cambiado de manera radical. Habiendo triunfado los puros ya no hacía falta la postura jacobina,

[118] Ibid.
[119] Ibid., t. V, p. 108.

combatiente, de antaño. Y para salvar la contradicción apela al recurso de culpar a un tercero: después de insistir en repetidas ocasiones que era inevitable el enfrentamiento de los dos poderes, la Iglesia y el Estado, hace aparecer una especie de bateador emergente que bien puede cargar con la responsabilidad, y entonces dice: "Lo que había en realidad era que las clases privilegiadas, habituadas a disponer a su arbitrio de los destinos de la nación, comprendían que la presa se les iba a escapar de las manos, y no podían resignarse a perder posición tan ventajosa".[120] Y en otro pasaje afirma:

> ganaba cada día más terreno la convicción de que nada tenía que ver en aquel conflicto las creencias religiosas; que la reforma se dirigía exclusivamente a cuestiones políticas que sus enemigos se esforzaban en complicar con los sagrados intereses de la conciencia, y esto, como era natural, tenía que producir resultados muy distintos de los que la República estaba acostumbrada a presenciar en sus luchas fratricidas.[121]

Como es sabido Comonfort mismo acudió a sofocar el levantamiento poblano y venció a los rebeldes. De paso Vigil comenta un detalle que retrata bien uno de los aspectos más siniestros de la guerra. El general Echeagaray presentó el parte del primer enfrentamiento, en el cual le tocó ocupar la loma de Montero a las afueras de Puebla; allí resistió a la columna enemiga y el general comenta: "en esta columna [es decir la del enemigo] venía un hermano mío".[122] Pero la consecuencia mayor del levantamiento fue la decisión del presidente Comonfort de intervenir los bienes de la diócesis de Puebla, para indemnizar al gobierno, a las viudas, los huérfanos, los mutilados. Mas en este punto el obispo de Puebla, don Antonio Pelagio de Labastida y Dávalos se mostró intransigente con el argumento de que, en efecto, había proporcionado fondos a Haro y Tamariz, jefe de la rebelión, pero sólo a partir de que se convirtió en un "gobierno reconocido"; este

[120] Ibid., t. V, p. 105.
[121] Ibid., t. V, p. 109.
[122] Ibid., t. V, p. 115.

planteamiento es más oscuro que claro pues habría que preguntarse "gobierno reconocido" ¿por cuál bando, por qué partido? Vigil examina la postura de uno y otro bandos:

> El gobierno, cediendo al torrente avasallador de la revolución, se veía estrechado a obrar en contra de un enemigo, que por su parte se encastillaba en un círculo de hierro, sin admitir transacciones de ninguna especie. Los prelados de la Iglesia mexicana no aceptaban ni reconocían nada que ni de lejos pareciera menoscabar un ápice sus inmunidades y privilegios; así que cuando el gobierno expidió su decreto de intervención en los bienes eclesiásticos en Puebla, se encontró frente a frente con el obispo de aquella diócesis, que pronunció el non possumus absoluto, negándole todo derecho para dictar aquella disposición, que no teniendo más base que la fuerza, no podía tener otro nombre que el de un acto de salvaje tiranía".[123]

Luego se pregunta Vigil si el obispo era culpable (de lo cual hace rato nos viene persuadiendo) y de nuevo opta por la estrategia de la imparcialidad:

> He aquí otras tantas cuestiones que podrían tener diversa solución según el criterio a que se las sometiera; por nuestra parte, manteniéndonos en la esfera serena en que debe colocarse el historiador, no aventuraremos ninguna suposición que no pueda racionalmente fundarse en los mismos hechos.[124]

Poco después el obispo de Puebla fue desterrado y siguió luego la cadena de acontecimientos que condujo al Plan de Tacubaya, al golpe de Estado de Comonfort y al acceso de Juárez a la presidencia en su calidad de presidente de la Suprema Corte de Justicia: la guerra de Tres años (1858-1860) o de Reforma se iniciaba.

En las siguientes 700 páginas Vigil hace un relato pormenorizado de los sucesos más importantes de 1858 a 1867, incluyendo por supuesto la guerra de Intervención. Resumir toda esa multitud de acontecimientos cansaría al lector y ya hemos dicho lo fundamental: Vigil se encarga de rastrear el proceso histórico del regalismo a expensas de

[123] Ibid., t. V, p. 138.
[124] Ibid., t. V, p. 136.

la Iglesia y tiene gran cuidado en señalar que el enfrentamiento decisivo no ocurrió por voluntad del Estado, sino que fue consecuencia de la intransigencia del clero, concretamente la actitud asumida por el obispo de Puebla al ser intervenidos los bienes de esa diócesis.

Cabe sin embargo señalar un par de aspectos especialmente interesantes para esta tesis. Lo primero es la manera discreta, sucinta, sin entrar en pormenores, con que relata Vigil los hechos de armas del general Vicente Riva Palacio en Michoacán: el director de la obra no recibe un tratamiento especial; bonito gesto republicano. Por otra parte tocó en suerte a don Mariano Riva Palacio, padre de Vicente, hacer la infructuosa defensa de Maximiliano, en unión de don Rafael Martínez de la Torre, en el juicio sumario que lo condenó a muerte. Los hechos y las palabras de los Riva Palacio, padre e hijo, manifiestan su celo para salvar la vida del archiduque; ellos parecían pensar "a enemigo que huye puente de plata", pero en nuestro país con más frecuencia se ha aplicado el otro dicho: "a enemigo que huye puente minado".[125] Y un último gesto de composición: Vigil no termina el tomo con una reflexión más o menos sesuda; en cambio inserta como final un manifiesto de Juárez que celebra el triunfo republicano; casi, casi nos convence de que los documentos hablan por sí mismos, pero no.

Fuentes

Las fuentes utilizadas por Vigil son difíciles de comentar pues, en lo que toca a documentos inéditos o publicados, su número es muy grande pero en la mayoría de los casos sólo cita un documento una o, a lo más, dos veces. Tenemos así que 185

[125] Fernando Curiel Defossé, comunicación personal, 1998.

documentos de todo tipo se citan en el texto una o dos veces e incluyen toda una gama de cartas, circulares, decretos, anuncios, proclamas, planes, edictos, leyes, decretos, folletos, bandos, manifiestos, memorias, apuntes y demás. Nunca señala Vigil el repositorio donde pueden encontrarse los documentos, pero es difícil creer que él los tuviera todos en su poder con todo y que era director de la Biblioteca Nacional. Por otra parte como tiene la costumbre de citarlos, casi siempre, completos, este tomo del México... es una mina de información de primera mano que sigue siendo de gran utilidad. Sólo un par de colecciones documentales son citadas hasta 5 veces cada una: las Cartas de Indias y la Recopilación de Indias. También es importante considerar que el México..., en su origen, iba a ser una historia de la Intervención francesa y que se hicieron grandes esfuerzos para acopiar todo tipo de noticias y documentos de la época, como ya hemos señalado en un capítulo anterior. Sin duda Vigil fue el que más se benefició de ese trabajo y es probable que en su obra se hallen datos y noticias que no se pueden conseguir en otra parte. Otro tipo de fuentes primarias, los periódicos, también los usa con profusión, especialmente El Siglo Diecinueve, pero también L'Estafette, la Revue des Deux Mondes el Semanario Erudito, Le Trait d'Union, el Diario Oficial, El Español, El Tiempo, La Cruz , el Periódico Oficial del Estado de Jalisco, The New-York Herald, Diario de Avisos, El Pájaro Verde, La Sociedad, el Diario del Imperio y el Boletín Oficial de Querétaro. Además el uso que hace de la prensa es muy selecto pues rescata artículos sumamente relevantes y escritos por los autores más prominentes; se podría suponer que tenía a la mano una preciosa colección de recortes coleccionados durante años.

En cuanto a fuentes secundarias los historiadores y obras más citados son G. Niox y su Expédition du Méxique y don Anselmo de la Portilla y su México en 1856 y

1857. Gobierno del general Comonfort, con 17 citaciones cada uno; don Francisco de Paula Arrangoiz, varias obras suyas, 15 citaciones; don Francisco Zarco y su Historia del Congreso Extraordinario Constituyente de 1856 y 1857 14 citaciones; E. Masseras y su Un essai d'empire au Mexique 10 citaciones; don José María Iglesias y sus Revistas históricas sobre la Intervención francesa 8 citaciones; cada uno con 7 citaciones el Ensayo histórico del ejército de Occidente, obra del propio Vigil y Juan B. Híjar y Haro, y la Historia de la revolución de México contra la dictadura del general Santa Anna de Anselmo de la Portilla. Merecen 6 citaciones cada uno las Cuentas, gastos, acreedores y otros asuntos del tiempo de la Intervención francesa y de imperio de don Manuel Payno, España y México de José G. de Arboleya, Le géneral Miramón de M. V. Daran y Historia de las Indias de fray Diego Durán. Se citan 5 veces cada uno los Combats et retraites des six mille del príncipe Bibesco y L'elevation et la chute de l'empereur Maximillien del conde de Kératry. Otras 54 obras son citadas de 1 a 4 veces y son los trabajos de Zerecero, Tornel, don Ireneo Paz, Núñez Ortega, Lafuente, Epitacio Huerta, A. Hans, Frederic Hall, Gil González Dávila, Salm Salm, Ramón Corral, Brancroft, Sahagún, García Icazbalceta y otros.

La única obra general que cita Vigil es el artículo "Bazaine" de La grande Encyclopédie.

En general Vigil logra un buen balance donde predominan las fuentes primarias pero hay también buen número de trabajos de historiadores. De la muy abundante literatura europea sobre el imperio de Maximiliano aprovecha un número considerable de obras pero está lejos de agotar esta veta. Si bien desde el principio señala su intención de

rectificar erradas opiniones no emprende campaña contra ningún historiador en particular, pero con frecuencia comenta con sarcasmo la historiografía conservadora.

Lecturas del tomo V

Santiago Ballescá, el editor del México..., que bien puede considerarse el primer lector de la obra, tenía muy particulares opiniones sobre Vigil y las expresó sin el menor recato:

> El señor Vigil no hay manera que salga de su paso, y mucho he conseguido con convencerlo al fin de que en una Historia General salen sobrando tantos discursos y documentos inmensos sin verdadero interés y propios sólo para alargar indefinidamente la obra con perjuicio mío y fastidio de los suscritores.[126]

Sin embargo una carta posterior, de junio 30 de 1887, nos indica que Vigil no hizo caso de los buenos consejos de Ballescá:

> La cachaza de Vigil no tiene igual ni la tiene su monomanía por llenarlo todo de discursos, brindis, documentos y otras zarandajas que sólo sirven para alargar indefinidamente el tomo, el cual al paso que vamos sólo puede terminar con la vida del autor.[127]

Las zarandajas, como todo el mundo sabe, son cosas menudas, de poco valor. No tal el capítulo de Vigil sobre la rendición de Querétaro que provoca este comentario Ballescá:

> El México quedará terminado el mes que entra en el capítulo 157 o 158. El 156 saldrá mañana y con él se armará seguramente mucha bola en México, porque se publica el informe que Escobedo presentó al

[126] Carta de Santiago Ballescá a VRP, México, octubre 14 de 1886. Véase "Cartas del editor de México a través de los siglos", en Secuencia, núm. 35, mayo-agosto, p. 140.
[127] Ibid., p. 143. En otra carta (Barcelona, abril 23 de 1889) Ballescá se lamentará de que Vigil "se haya dado preferencia a discursos, brindis, etc., con perjuicio de cosas más importantes, tales como la continuación de los capítulos presentando la formación y desarrollo de las ciencias, las artes, la administración, etc." Ibid., p. 152.

general Díaz sobre la rendición de Querétaro y la supuesta traición de López.[128]

Ballescá nos recuerda aquí que Vigil estaba escribiendo historia contemporánea actual, que podía herir sensibilidades y despertar pasiones políticas; esto nos hace comprender mejor la estrategia de Vigil de dejar hablar a "los hechos" mismos, como si fuera una novela en la que el narrador se apaga y los personajes hablan de por sí. El episodio y el informe de Escobedo a que se refiere Ballescá es una carta dirigida por este general al presidente Porfirio Díaz en julio 8 de 1887. En ella el citado general da los pormenores de su entrevista con el coronel imperialista Miguel López, a quien muchos -especialmente los conservadores- atribuían el haber traicionado a Maximiliano a cambio de dinero. Escobedo señala que López era en realidad un enviado del archiduque y que fue éste quien concibió la idea de pactar su rendición, como en efecto ocurrió, y más tarde el desafortunado príncipe le había pedido a él, es decir a Escobedo, que guardara silencio sobre su voluntaria capitulación para cuidar su buen nombre y así fue como López cargó con la culpa y con el cargo de traidor. Como es costumbre en Vigil copia completo el documento, el cual es bastante largo.[129]

Hoy día sólo los historiadores podrían interesarse sobre los detalles de los momentos finales del sitio de Querétaro. Hace cien años la mayoría de los actores de aquel drama aún vivían y el elemento conservador, si bien estaba políticamente desarticulado, seguía teniendo una influencia considerable en la sociedad y en la opinión pública, de tal modo que la conducta de los liberales sufría el escrutinio de los conservadores que, aun en su derrota, tenían su propia versión de los acontecimientos del

[128] Ibid. Carta de Ballescá a VRP (Barcelona, marzo 30 de 1889), p. 149.
[129] Carta del general Mariano Escobedo al presidente Porfirio Díaz, México, julio 8 de 1887. Véase Vigil, México a través de los siglos, loc. Cit., t. V, p. 839-844.

y de los acontecidos veinte años atrás. Precisamente el México... pretendía dar una versión de la historia de carácter oficial pero que, en lo posible, fuera aceptable para los desafectos o, al menos, argumentara con el mayor número de pruebas las razones que lo asistían al Estado y pusiera en tela de juicio los ataques del partido católico.

Las rectificaciones de la carta de Escobedo nos señalan también la participación del presidente Díaz en el México..., pues como él era el destinatario de la misiva recibida dos años antes, sólo él la pudo poner en manos de Vigil para que se publicara en la historia. Lo que resulta un poco extraño es que Escobedo, general de División ya en retiro, esperara hasta 1887 para aclarar la cuestión, pero esto es lo primero que explica en su carta: la dirige a Díaz por ser el mandatario supremo, pero con objeto de satisfacer una licitud de López, el supuesto traidor:

> Señor presidente: Los acontecimientos pasados hace veinte años en Querétaro ha venido a removerlos en la actualidad la aparición de un folleto escrito en francés y publicado en Roma por el señor Víctor Darán, y cuya publicación tiene por título: El general Miguel Miramón. En ella, entre otros episodios de nuestras guerras intestinas, se narran las operaciones emprendidas sobre la plaza de Querétaro por el ejército republicano. Estando la narración a que me contraigo escrita bajo un color enteramente inexacto, y sobre todo, en lo que se refiere al motivo que originó aquella misma ocupación, dio lugar a que el coronel imperialista Miguel López publicara en uno de los diarios de esta capital, una carta, en la cual me pedía que con toda sinceridad expresara la verdad histórica relativa a aquellos sucesos.[130]

Hay otro aspecto que distingue a Vigil entre los autores del México... y es que fue el que más dinero cobró por su colaboración, según el testimonio de Ballescá:

> Ya que en una de sus estimadas me cita usted a Vigil, permítame usted una confidencia. Ya sabe usted lo que ese señor me hizo sufrir por su grandísima calma en la entrega de originales y las pérdidas materiales que esto me causó. Entre tanto iba él pidiendo dinero cada mes, que yo le daba porque de otro modo no habría escrito poco ni mucho, pues según me tenía dicho necesitaba contar con un

[130] Ibid., t. V, p. 839.

> tanto fijo mensual y de no dárselo yo, tendría que escribir para algún diario. En vísperas de mi salida de México, temiendo que me dejase colgado acepté sus proposiciones de escribir una obra completa referente a la Reforma, tan pronto como acabara el México, y que él seguiría cobrando en mi casa la mensualidad hasta completar la cantidad de $ 1,350 por su tomo de aquella obra y nada menos que $ 2,000 por la nueva: total $ 3,350 que ha recibido en buena moneda, sin que hasta la fecha sepa yo que haya entregado una sola hoja de original de su novísima anestésica producción. Esto último me tiene sin cuidado, porque no creo que sea el hijo de mi madre el que se meta a publicar tal cosa. Lo que quise asegurar con aquel sacrificio fue la conclusión del México, y nada más. Y no digo más por no decir lo que pugna por salir de mi cabeza hablando de aquel señor.[131]

Si cada autor del México... cobró $ 1,350 y Riva tal vez un poco más por ser el director, no puede decirse que haya sido un pingüe negocio para ellos, sobre todo al considerar que invirtieron aproximadamente dos años en escribir sus respectivos tomos y ello sin considerar los años de estudio previos. También se ve que el sistema de ediciones por entregas tenía ciertos riesgos para los editores que tenían que satisfacer -al menos hasta cierto punto- los caprichos del escritor con tal de que entregara material y para no desacreditarse ante sus clientes, a causa del retraso de las entregas o fascículos.

Justo Sierra también hizo un breve examen del tomo de Vigil y lo estima como:

> el más considerable de la colección; el más considerable y el más interesante, porque nos toca más de cerca, porque el autor narra una historia en la que vivimos todavía, puede decirse, y en la que existen las causas inmediatas y determinantes de los sucesos de hoy. En él ha desplegado el señor Vigil todos los recursos de su talento, de su saber y de su estilo, y de hoy en adelante podrá decirse que el gran período de la Reforma ha encontrado un historiador digno de él.[132]

Sierra pondera las muchas dificultades que enfrentó Vigil: difícil acceso a documentos importantes, falta de perspectiva histórica, el espíritu de partido y aun escollos de orden psicológico, que nos resulta difícil precisar. Y, siendo historia política,

[131] Santiago Ballescá, "Cartas del editor de México a través de los siglos", en Secuencia, núm. 35, mayo-agosto de 1996, carta a VRP, Barcelona, febrero 8 de 1891, p. 163.
[132] Sierra, "México a través de los siglos", loc. Cit., p. 187.

concede Sierra, no se le puede pedir al autor la serenidad de un Tucídides. En cuanto a su estilo, para don Justo, es "correcto" y a veces caliente hasta llegar al "rojo-alambrado". Después de hacer alusión a Taine, emite Sierra su principal crítica:

> La obra nacional de que hablamos es el proceso implacable, bajo una forma cortés, del partido reaccionario e imperialista en México. El autor no es un juez, es un acusador, un representante de la vindicta pública, como se decía en el añejo idioma criminalista, y su conclusión breve y despiadada se infiere rectamente de premisas en que no figura una sola circunstancia atenuante
>
> ¿Es esto justo? Ai posteri l'ardua sentenza, que dijo Manzoni. Ante esta formidable imputación, quisiéramos ver producirse en la facción vencida una obra en que el mismo período en que el señor Vigil se ocupa, fuese tratado muy en grande; no un folleto polémico, sino una historia orgánica y formal, que saliera de las filas del grupo que cuenta entre los suyos hombres de erudición, de inteligencia y de conciencia, como los García Icazbalceta y los Roa Bárcena, muy capaces de dar cima a tamaña empresa; a ellos vendrían documentos y notas de que difícilmente podemos disponer los escritores liberales; de todo ello nunca podría resultar que de parte de los reaccionarios estuvo la razón y la justicia; pero sí muchas rectificaciones y muchos motivos de meditación, entre ellos, el de que todos los partidos han cometido terribles errores, y que en el amor a la patria todos podemos encontrar no la conciliación de las ideas, irrealizable utopía, pero sí la paz entre los sentimientos; sería una desgracia inmensa que esto fuera imposible.[133]

Según parece todos los votos que hizo Vigil de ser imparcial no valen, para Sierra, un cacahuate. ¿Puede pensarse que hubiera alguna animadversión de parte de Sierra? Bueno, es claro que don Justo ya acariciaba la idea de escribir una historia de México, que tomará forma, más de diez años después en México. Su evolución social. También es bien conocida la polémica que sostuvieron Sierra y Vigil, cada uno desde su perspectiva filosófica: Vigil defendió entonces, a principios de los años ochenta, la postura "metafísica" en su Revista Filosófica, frente al positivismo emergente que Sierra divulgaba desde el periódico La Libertad. Cierto, Sierra era un liberal, pero él pertenece a

[133] Ibid., p. 189.

la nueva horneada, la que iba ascendiendo políticamente, en cambio Vigil y su generación iban de salida de la arena política. No creemos que Sierra juzgue a Vigil con mala voluntad, era demasiado inteligente para hacerlo, pero tal vez podemos pensar en una situación de competencia. Quiero decir que Sierra dedicó tiempo y pensamiento a la crítica que venimos citando, y podría decirse que realmente se "puso en los zapatos", como se dice, de Vigil y pensó que él hubiera historiado esa época de un modo diferente. El llamado que hace a los conservadores para que ofrezcan su versión apunta también en el sentido de que algo faltó en el México..., resultó una historia parcial Y fue tan legítima la ambición de Sierra que en efecto escribió su versión de la historia contemporánea: México. Su evolución social, un libro notable en más de un sentido, pero que perdió actualidad después de la Revolución de 1910, cuando se desató la crítica contra el Porfiriato en general y contra el positivismo en particular. En cambio el México... menos doctrinario, al menos explícitamente, y con la ventaja de llegar sólo hasta el año de 1867, no fue considerado estrictamente hablando como un producto del Porfiriato, pese a que evidentemente lo fue. Sin embargo la argucia de extraer los textos de Sierra de la obra original y convertirlos en La evolución política del pueblo mexicano, como si fuera una obra autónoma, ha permitido rescatar, actualizar, el pensamiento histórico de Sierra, que es por cierto de lo mejor que hay que leer. Pero pedirle a los conservadores, a cualquiera que no contara con el apoyo decidido del gobierno, lo publicaran una obra que compitiera con el México... nos parece que era demasiado pedir; pese a ello el que Sierra considere que puede haber otras versiones de la historia lo señala como buen historiador y es una marca de que pertenece a una nueva generación, más conciliatoria, de políticos.

En cuanto a la lectura que hace el padre Cacho Vázquez del tomo de Vigil, sólo podemos conocerla por un par de breves comentarios:

> El último tomo, redactado por José María Vigil... muestra, mucho más que los dos anteriores referidos al XIX mexicano, que México contemporáneo [sic] ha luchado por lo que debía hacerlo y ha triunfado. No es, pues, de extrañar que los elogios retóricos y las apologías ideologizantes abunden.[134]

Y más adelante, ya para terminar, afirma:

> La metodología de don José María Vígil... es semejante a la de sus compañeros. Sin embargo, se distingue por su mejor uso y manejo de la lengua, su academicismo literario.[135]

Hallamos cierta dificultad para ponderar las críticas del padre Cacho Vázquez, en la medida que el positivismo que les achaca a los autores del México... no tiene nada que ver con lo que se entendía por positivismo en la propia época de los autores. Eso hace que su argumentación esté permanentemente, por así decirlo, fuera de foco. Aun aceptando la definición de Cacho Vázquez del positivismo, en el sentido de empirismo, no nos parece que sea este un rasgo verdaderamente acusado del México... Pero es grande la aportación del historiador jesuita pues nos muestra que nosotros leemos el México... conforme a la tradición que hemos heredado, pero no podemos considerarla la única posible, ni siquiera como la más "correcta", simplemente es la que nos parece más pertinente a esa tradición. Y esperarnos que el padre Cacho Vázquez disculpe el que, por momentos, lo tratemos como a don Lucas Alamán, rectificándolo todo el tiempo, como los autores del México...

Ilustraciones

[134] Cacho Vázquez, México a través de los siglos a cien años de su publicación, loc. Cit., p.19.
[135] Ibid., p. 41.

La lámina a color con la que abre el tomo V es sencilla: una mujer representa la patria vuela por los aires vestida con los colores nacionales; el brazo derecho está levantado y lleva en la mano un retoño de laurel (¿o de encina?); el brazo izquierdo atrae contra su pecho una lápida en la que están inscritas estas palabras: "Constitución de 1857"; en la parte alta se lee: "México a través de los siglos".

La ilustración hecha por Ramón Cantó para iniciar la "Introducción" en una gran "F" capitular que dice en la parte media "Constitución 5 de febrero de 1857"; presenta una moneda con el perfil de Juárez que dice: "Resp.: Benito Juárez No. 3 Or.: de México" es decir el benemérito como jefe de los masones mexicanos y a un lado lo que parece el reverso de la moneda con el símbolo masón del compás. Arriba un pequeño gorro frigio -símbolo del liberalismo tomado de la Revolución Francesa- esparce rayos de luz en todo el cuadro. Y todavía más arriba se ve una iglesia sobre una loma que tiene que ser la de Dolores; a la derecha hay una casa derruida y otra loma, al pie de la cual pueden apreciarse tres cruces, posible referencia al cerro de las Campanas. Por último en la parte más baja se aprecia una corona -el monarquismo- que se precipita a la oscuridad.

Cada tomo del México... lleva, en la página inmediata anterior al inicio del texto, una viñeta sencilla y el nombre de la época que se trata. La del tomo V es digna de mención por la riqueza simbólica. En primer plano aparece un soldado humilde con fusil y bayoneta; cerca de él un agave y algunos frutos; su codo lo recarga en un árbol caído que tiene una corona y las iniciales "N" "I" (¿Napoleón imperator?); sobre el tronco hay unas "tablas de la ley" que se refieren a las leyes de Reforma; atrás se aprecia un árbol frondoso en cuyo tronco está grabada una escuadra, símbolo masónico; al fondo se ve torre de una Iglesia.

## CAPÍTULO VII: EL TOMO DE VICENTE RIVA PALACIO, SEGUNDO DEL MÉXICO A TRAVÉS DE LOS SIGLOS

### Breves aclaraciones

Si alguna vez estuvo Riva cerca de la presidencia de la República fue a principios de los años ochenta. En el período presidencial anterior había sido ministro de Fomento y contaba en sus antecedentes el haber sido secretario del Ayuntamiento de México, diputado, general de brigada, gobernador de los estados de México y Michoacán, magistrado de la Suprema Corte de Justicia (y candidato a su presidencia). Sus méritos literarios eran muchos y bien conocidos. Además como director de la campaña política del presidente Manuel González había aumentado sus relaciones en todos los estados del país. Masón de alta graduación contaba también con el apoyo de sus hermanos de logia. Todo ello sumado al prestigio de su familia. Sin embargo se distrajo en el proyecto de escribir una historia de las guerras contra la Intervención y el Imperio, y además amplió el plan original para convertirlo en una historia general de México.

Si muchas ocupaciones reclaman tiempo completo ninguna es tan exigente como la política. En primer lugar hay que estar informado, lo cual no es fácil y consume mucho tiempo. Luego hay que formar y alimentar a una clientela, siempre con el riesgo de que no sea fiel. Es preciso atraerse a los descontentos y ofrecerles la oportunidad de subir, de figurar. Además se debe actuar con el mayor sigilo pues el secreto es fundamental. (En la correspondencia de Riva se lee que una de las primeras medidas que tomó Porfirio Díaz después de la revuelta de Tuxtepec fue sustituir a los telegrafistas por otros de mayor confianza.) Las relaciones con el ejército son de suprema importancia, caso que los

electores se equivoquen. Se comprende, pues, que la política es verdaderamente actividad de tiempo completo. Ni Juárez, ni Lerdo de Tejada ni Díaz ambicionaron jamás escribir una novela; la alta política y las letras no son afines, alguna excepción habrá esta regla, pero no será más que eso, una excepción.

Diversas personas con las que Riva mantenía correspondencia anunciaban, soñaban o suspiraban por verlo en la presidencia. Además hay en su archivo un curioso documento que es un plan para preparar, a lo largo de cuatro años, el camino a la presidencia; pero el documento no está firmado ni tampoco se indica, valga la redundancia, quien es el "indicado" para tan alto puesto. Esto no ha sido obstáculo para que algunos especulen que el presidenciable era Riva,[1] todo porque en su archivo se halla el documento; para mí esto no es prueba bastante, pues son muy numerosos los documentos no firmados en ese archivo y no podemos asegurar que todos sean suyos, lo que es más, es evidente que muchos no lo son.

Pero supongamos que Riva quería ser presidente y que había formulado un plan detallado para acceder a ese puesto ¿para qué, entonces, aceptó dirigir la obra en su conjunto y escribir el segundo tomo del México a través de los siglos? Y no se trataba de una de esas comisiones que son sólo de nombre y para aparecer en la fotografía de rigor. No, eran incontables horas de trabajo personal y por más ayudantes que tuviera la escritura sería exclusivamente suya. Podría pensarse que Riva tenía tan alta estima de sus habilidades, que estaba confiado en despachar el México... sin mengua de sus planes presidenciales; esta hipótesis tiene el apoyo de que no abandonó sus actividades políticas

[1] Marcos Tonatiuh Águila, El liberalismo mexicano y la sucesión presidencial de 1880: dos ensayos, Universidad Autónoma Metropolitana / Miguel Ángel Porrúa, México, 1995. (Las ciencias sociales). Don Daniel Cosío Villegas fue el primero en descubrir e interpretar así este documento.

y fue nombrado diputado y fungió como presidente de la Cámara. Pero si su mayor ambición era la política hubiera sido más prudente renunciar al empleo de general pues, de otro modo, estaba sujeto a la ley militar y no podría actuar libremente. Se recordará que precisamente, fue a dar a la prisión de Santiago Tlatelolco con el pretexto de haber cuidado sus obligaciones militares.

Nosotros nos inclinamos a creer que, como todo buen mexicano, Riva pensó más una vez en la presidencia. Pero no se le puede calificar como un gran político (lo cual quiere decir que fuera torpe, pues fue tal vez el escritor que más alto llegó); en cambio si fue un escritor estratégico. Y si podía alternar o combinar las actividades de diputado con las de escritor, era por su inteligencia y su laboriosidad, pero jamás fue, ni de cerca, un "animal político", según la caracterización que Cosío Villegas hace de Díaz. En suma, sostenemos la hipótesis de que si hubiera tenido planes concretos para hacerse de la presidencia no habría escrito el México..., habría hecho política.

Tocando ahora otro punto, es preciso señalar que en la portadilla del México... presenta a los autores como "reputados literatos" y está muy bien dicho pues todos ellos fueron polígrafos y no exclusivamente historiadores. De hecho cabe preguntarse si Riva era historiador antes de escribir el México...: bajo los criterios actuales y aplicándolos estrictamente tal vez no pasaría la prueba. Ni sus dramas ni sus novelas históricas le abrirían la puerta al Sistema Nacional de Investigadores. El libro rojo gustaría por la documentación de "La familia Carvajal", pero sería rechazado por los supuestos portentos que ocurren al morir Morelos. La historia de la administración de don Sebastián Lerdo de Tejada tal vez engañaría por el título y por los documentos que hay al

final de cada capítulo, pero más bien se tendría por obra de actualidad. Según este criterio el México... sería la primera obra propiamente historiográfica de Riva.

Podríamos argumentar que la historiografía es, ante todo, escritura y que el dominio del lenguaje así como el conocimiento de las diversas posibilidades narrativas no es mero adorno sino un punto decisivo de nuestra ciencia, si bien este aserto era más considerado hace cien años. Además Riva escribió sus novelas a partir de documentos originales y de cronistas del siglo XVII. Por añadidura la novela histórica presenta varias dificultades adicionales: es preciso reconstruir un mundo, incluyendo los detalles de la vida cotidiana; en cambio el historiador puede siempre delimitar su campo a placer y aun hacer creer -erróneamente- que en su obra no hay lagunas. Otra cosa: la novela histórica no tolera las muletas, me refiero a las citaciones de autores y documentos cuyo objetivo demostrativo es superado con frecuencia por el afán de llenar y llenar cuartillas. Y los historiadores, sobre todo en los últimos tiempos, han descuidado la composición, en cambio en una novela hay en todo momento un imperativo estético (mutable a lo largo los siglos) que es el que en última instancia decide el valor literario de una obra. Estas observaciones nos interesan para destacar que forma y fondo son inseparables para el lector y que un ensayo bien escrito, de veras bien escrito, no añade sólo un valor estético formal sino que se ven también alteradas las cuestiones de más fondo, es decir el sentido. Desde esta perspectiva Riva estaba muy bien dotado pues tenía una formación literaria estupenda y basta revisar algunas pocas páginas de Los Ceros para darse cuenta de que conocía a los clásicos con familiaridad, incluyendo por supuesto a los historiadores.

Estructura de la obra

Hemos dicho que el tomo tercero del México..., el de don Julio Zárate, bien puede considerarse como el "central" tanto porque ocupa justo el punto medio de los cinco, como también por ser la idea de independencia la obsesión común de los autores.[2] No obstante el de Riva es el tomo estratégico pues abarca el largo trayecto de tres siglos que corresponden al embrión, al origen, de la nacionalidad mexicana. Además Riva ha meditado la historia colonial de México durante veinte años, es decir desde que pasó a su poder el archivo de la Inquisición; por ello, para bien y para mal, el tomo segundo es el más cargado de teoría e incluso de filosofía de la historia.

Este tomo sigue el plan estrictamente cronológico de toda la obra. Una peculiaridad exclusiva del tomo de Riva es que, al iniciarse el examen de los siglos XVII y XVIII, inserta cinco o seis capítulos en los que rompe la secuencia cronológica y ofrece una visión de conjunto de ciertos aspectos estructurales. La inclusión de estos capítulos que rompen el relato aleja el tomo de Riva del calificativo de crónica, esto sin mencionar las muchas reflexiones que hace el autor a lo largo de la obra. Estos capítulos son también un signo de modernidad pues si bien abarca aspectos convencionales como la división política, reseña otros -como el comercio y la Real Hacienda, como las costumbres y las ciencias- que interesan mucho hoy día. Suponemos que todo esto es una influencia de la Ilustración que Riva pudo mamar en multitud de fuentes, comenzando por el barón de Humboldt y el doctor Mora; pero no deja de tener originalidad en la historiografía mexicana. La obra está dividida en tres "libros" que corresponden a sendos

[2] Vigil, en el tomo V, parece privilegiar la idea de la Reforma, pero esto es así pues para él este proceso está indisolublemente atado a la reacción del monarquismo mexicano cuyo último recurso fue Maximiliano, es decir la negación de la independencia bajo el gobierno, otra vez, de Habsburgo.

siglos de dominación española. El libro primero es por mucho el más extenso pues abarca 450 páginas, justo la mitad de toda la obra; la explicación de este desequilibrio es quizá que el siglo XVI es más rico en acontecimientos que los que le siguieron: en primer lugar era preciso narrar la expansión de las conquistas y los avatares de la subyugación de las diferentes culturas o grupos étnicos, por otra parte muchos renglones los ocupa el autor en narrar el proceso del establecimiento del gobierno virreinal en la Colonia, cuyos primeros años fueron tan turbios. Los libros segundo y tercero abarcan 200 y 250 páginas, respectivamente.

El libro primero (1521-1599) comienza con una jugosa introducción y luego sigue la descripción de Tenochtitlan después de la victoria española, plena de cadáveres insepultos, y la cuestión de tormento a que es sometido Cuauhtémoc por la sed de oro de los conquistadores. Sigue luego la relación de la conquista de Michoacán y Oaxaca; en ambos casos Riva termina con un análisis de la lengua de esas regiones y dice que para Michoacán no se apoya tanto en Pimentel como en sus propias observaciones durante la guerra de Intervención, así como en los trabajos de "don Toribio Ruiz, vecino Uruapan". Se narran luego las expediciones a Goatzacoalco, Tututepec, Colima y Pánuco. Después explica qué eran las encomiendas. La desastrada expedición de Cristóbal de Olid a las Hibueras. Sublevación de mixes y zapotecas. Pedro de Alvarado conquista Guatemala. Cortés parte a las Hibueras y quedan a cargo del gobierno Zuazo, Estrada y Albornoz. Muerte de Cuauhtémoc y otras dificultades camino a las Hibueras, Gobierno de Salazar y Chirinos en México; oposición de Rodrigo de Paz, su tormento y muerte. Regreso de Cortés a México. Levantamiento en Oaxaca. Llegada de la primera

Audiencia. Cortés parte para España. Buen gobierno de la segunda Audiencia. Expedición de Nuño de Guzmán a Occidente. Fundación de Culiacán, Guadalajara, Acámbaro. Llegada del primer virrey, don Antonio de Mendoza. Periplo de Cabeza de Vaca. Levantamiento de los negros. Expediciones a la mar del Sur. Expedición a Cíbola. Establecimiento de las órdenes religiosas y propagación del cristianismo. Conquista de Yucatán. Las Nuevas Leyes . El obispo Las Casas. Muerte de Cortés. Llegada del virrey Luis de Velasco. Fundación de Durango. Apertura de la Universidad. Desgraciada expedición a la Florida. Exitosa expedición a Filipinas. Conjura de Martín Cortés. Llega el virrey Gastón de Peralta. La Inquisición: orígenes, su establecimiento en México, procedimientos, autos de fe. Peste en Nueva España. Marcha Oñate a la conquista de Nuevo México.

El libro segundo (1600-1699) comienza con seis capítulos monográficos -ya mencionados- que rompen la secuencia cronológica para describir el estado de la colonia al terminar el siglo XVI, y son los siguientes:

I. División política. División eclesiástica. Ciudades, villas y pueblos.

II. Razas y castas.

III. Minería, agricultura, ganadería, animales domésticos.

IV. Comercio.

V. Navegación.

VI. Instrucción pública, literatura y bellas artes.

Luego narra el autor la sublevación en Topia. Enrico Martín o Martínez y el desagüe de la ciudad de México. Expedición de Vizcaíno al Japón. Sometimiento de los

yaquis. Ejecución de los treinta y tres negros. Más sobre el desagüe de México. Piratas en Acapulco. Misiones en Sonora y Chihuahua. Llega el virrey duque de Escalona. El obispo Juan de Palafox es nombrado en lugar del duque. Conflicto del obispo con los jesuitas. La soñada conspiración del irlandés Lampart. Llega el nuevo virrey, conde de Salvatierra. Disturbios y hambre. Insurrección en Tehuantepec. El pirata Morgan. Insurrección general en Nuevo México. El pirata Lorencillo. Llega un falso visitador. Reconocimiento de Texas. Sublevación en Sonora y Chihuahua. Salvatierra y Kino ganar la California.

El libro tercero (1700-1799) inicia igualmente con cinco capítulos monográficos sobre el estado de la colonia al terminar el siglo XVII, y son los siguientes:

I. El territorio, su división política y administrativa. Ciudades, villas y pueblos. Población.

II. Agricultura, minería y comercio.

III. La Real Hacienda

IV. Religión. Costumbres.

V. Ciencias, literatura y bellas artes.

Sigue el autor su narración comentando las incursiones de los piratas. Lujo y corrupción de las costumbres. Osadía de los ladrones. Persigue el virrey a Lorenzo Boturini. Pacificación de Tamaulipas. Gobierno del virrey marqués de las Amarillas. Sublevación en Sonora. Levantamiento de Canek en Yucatán. Llega el visitador don José de Galvez. Gobierno del virrey marqués de Croix. Extrañamiento de los jesuitas. Reforma del clero regular. Problemas con Inglaterra por Belice. Gobierno del virrey conde de Revillagigedo. Revolución francesa, sus efectos. Expediciones a Nutka.

Lo anterior no es un resumen perfecto sino sólo una guía que esperamos dará idea general del contenido de este tomo, que puede apreciarse con detalle en el índice del mismo. La inclusión de los capítulos monográficos al inicio de los libros segundo y tercero son un buen indicador de que la historia estrictamente narrativa estaba llegando a sus límites, y sobre esto más adelante citaremos algunas palabras de Riva. Otra peculiaridad, que hace distinto a este tomo con respecto a los demás es la inclusión, al final del tomo, de ciertas "Consideraciones generales" a manera de conclusión. Esto nos parece significativo. Una obra narrativa, un relato, propiamente ni requiere ni ofrece conclusiones. Sí, tiene un desenlace, pero éste obedece a reglas fundamentalmente literarias, es decir que forma parte de ese esquema retórico. Las conclusiones, en cambio, pertenecen al ensayo y en particular al ensayo científico que propone una tesis o idea, la cual se pone a prueba y se examina, y al fin se arriba a una conclusión. Estos aspectos hacen a Riva más moderno o más cercano a las prácticas actuales.

Hay otro punto importante a considerar y es el proceso mediante el cual se escribió la obra. Hoy día utilizamos un truco que no todos los lectores advierten: primero hacemos la investigación, luego escribimos el libro y, al final, redactamos una introducción en la que planteamos ciertas interrogantes, como si no conociéramos de antemano las respuestas; y, naturalmente, todo lo que anticipamos en la introducción se cumplirá debidamente en las conclusiones. Riva se hallaba en otra situación: como la obra se publicaba por entregas, él entregaba al editor cada capítulo en una sucesión en donde todas las partes debían tener coherencia. Por supuesto él tenía un plan detallado de la obra pero formado, como es natural, por preguntas que al encontrar respuesta en la investigación documental modificaban, en cierta medida el plan o la idea iniciales. Por

ello puede decirse que, con toda exactitud, Riva no sabía cuál sería el final o, mejor dicho, desconocía el sentido completo de su tomo. Obviamente había un plan de conjunto e interpretaciones de nuestra historia que ya había dibujado en trabajos previos, y también ciertos temas ya los había investigado con cierta profundidad para sus novelas históricas y otras obras. Pero tal como en este momento que escribimos, conocemos el asunto al que queremos referirnos, mas tenemos la impresión de que al vertir al lenguaje escrito algunas ideas precisas, otras más vagas, ocurre a menudo algo no previsto que in respecto a los grandes historiadores puede llamarse revelación, no muy distinta a la que tuvo San Pablo en el camino de Damasco -así lo creía O'Gorman. O si se prefiere menos dramático diremos que Riva conocía mucho menos la historia colonial de México al escribir los primeros capítulos, que al redactar los postreros; se pueden tener todos los datos a la mano, ya completa la investigación, pero sólo la escritura da su mayor significación a esa materia prima.

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

La "Introducción"

En ella plasma Riva su idea de la historia y es preciso analizarla con detenimiento. Pero notemos antes que el título mismo de la obra, México a través de los siglos, ya trae en sí su carga de teoría pues supone la existencia de México como un ente cuya esencia es siempre idéntica, pasan los siglos y México permanece siempre el mismo, puede haber alteraciones o contingencias pero no alcanzan el ser de México; dicho de otro modo: los que cambian son los siglos, pero México no.

Dice Riva en la "Introducción" que el siglo XVI ha sido el "más glorioso y más fecundo en grandes acontecimientos que registra la Historia".[3] Un siglo de tremendas contradicciones en el que puede hallarse lo más sublime y lo más degradante; y "ese siglo... preparó con una evolución convulsiva y sangrienta, la geografía del mundo el estado de los espíritus, para recibir la semilla de la moderna civilización".[4] Es decir que la historia es un proceso (progreso) evolutivo hacia la moderna civilización; ésta es una historia determinista: hay una meta fijada desde el principio, a la que se le puede llamar la moderna civilización lo mismo que la República independiente.

Sigue una descripción de las luces y sombras de Europa en el siglo XVI en donde destaca la figura señera de Carlos V que lleva "sobre sus hombros el terrible peso de dos mundos".[5] Menciona Riva que la conquista fue obra de los conquistadores, no de la corona y no tardarían los oficiales reales en entrar en conflicto con aquéllos. Elogia de una manera superlativa a Isabel la Católica, quien prohibió terminantemente la esclavitud de los indios: "En la época actual y a la luz de la política y la filosofía del siglo XIX, nada parece tan fácil, tan natural y tan sencillo como la conducta de Isabel; pero en aquellos días... pruebas dio de tener un espíritu superior al siglo en que vivía, y de haber vislumbrado al través de las prerrogativas del vasallo los sagrados derechos del ciudadano".[6] Aquí Riva al parecer se adhiere a la doctrina del "gran hombre", en este caso la "gran mujer" que con su sola voluntad cambió el destino de millones de indígenas, si bien resulta un poco exagerado que Isabel vislumbrara los "sagrados derechos del

[3] VRP, México a través de los siglos. Tomo II. El virreinato, Espasa y Compañía, editores, Barcelona, 1884-1889, t. II, p. III.
[4] Ibid. Subrayado nuestro.
[5] Ibid., t. II, p. IV.
[6] Ibid., t. II, p. VI-VII.

ciudadano"; este es otro rasgo determinista, en el sentido de que se propone que la nación y sus ciudadanos ya se venían anunciando desde el siglo XVI. Y tal vez la moderna civilización a que se refería antes tome forma también "a la luz de ¡a política y la filosofía del siglo XIX" de la cual, por cierto, no podía quedar fuera el positivismo.

> Isabel la Católica hizo tanto en favor de los naturales del Nuevo Mundo, como los señores de la tierra que con indomable constancia defendieron su independencia: ella no podía oponerse a la terrible evolución que arrojaba al antiguo sobre el nuevo continente una guerra de conquista; pero pudo y tuvo levantado espíritu y resuelta voluntad para apartar de los conquistados el azote de la esclavitud.[7]

De nuevo aparece la evolución histórica como un proceso inevitable, predeterminado desde siempre: era una indefectible, "terrible evolución que arrojaba al antiguo sobre el nuevo continente". Y la comparación de la constancia de los vencidos con el levantado espíritu de la reina es un recurso interesante pues, siendo precisamente los opuestos que se hacían la guerra, cada uno estaba cumpliendo su papel en la evolución histórica del país; de este modo el autor salva históricamente a ambos. Esta visión conciliadora será fundamental en Riva, aunque no deje de condenar a "clérigos codiciosos o ávidos encomenderos".[8]

Señala el autor que España buscó mantener un desequilibrio entre conquistadores y conquistados en todo lo tocante a la potencia guerrera, pero "no en materia de cultura y de adorno del espíritu, como vulgarmente se ha creído".[9] Es decir que según Riva la conquista no aplastó el espíritu y la cultura de los indios, lo cual viene a ser una reivindicación, cuando menos parcial, de la conquista y de la época colonial.

[7] Ibid., t. II, p. VII.
[8] Ibid.
[9] Ibid.

Rápidamente avanzaron las conquistas pues los pueblos comprendían lo inútil resultaba oponerse a quienes habían vencido "al arrogante y esforzado Cuauhtemotzin".[10]

> Tan pronto como alguna de aquellas independientes nacionalidades, asentadas en el gran territorio que debía formar la Nueva España, era dominada por los españoles, sus fronteras desaparecían, ella entraba a formar parte de la gran colonia que Cortés había adivinado, la geografía de México comenzaba a dibujarse, la legislación unificaba intereses y costumbres, y la propagación del cristianismo, predicando la fraternidad universal y la obediencia a los reyes de España, coronaba la obra, creando la uniformidad de sentimientos y de aspiraciones, a todo lo cual poderosa y eficazmente contribuía la generalización del idioma español.[11]

Este párrafo es muy interesante pues explica cómo el país se transfiguró a una etapa más avanzada en el proceso evolutivo, pero sigue siendo un ente siempre idéntico en su esencia (incluye al México prehispánico o indio que no desaparece); sin embargo dicha transfiguración no es todavía definitiva, sino que tiene, más que nada, un carácter premonitorio. Riva añade: "Con tan extraños elementos formose en el siglo XVI el embrión de un pueblo que con el transcurso de los años debía ser una República independiente."[12] La conexión del origen y el destino es aquí clarísima; un embrión tiene ya en potencia todos los elementos del desarrollo que ha de alcanzar, de modo en este y en cualquier caso el embrión y el ejemplar adulto son el mismo, idéntico ser: uno en potencia, otro en plenitud. Regresemos a Riva:

> Laboriosa y difícil evolución tenía que consumar aquel informe agrupamiento de familias, de pueblos y de razas, unidos repentinamente y al azar por un cataclismo social y político, para organizarse, cohonestando sus tendencias y sus esfuerzos, y construir la sociedad de donde debía surgir un pueblo que ni era el conquistado ni el

[10] Ibid., t. II, p. VIII.
[11] Ibid.
[12] Ibid.

> conquistador, pero que de ambos heredaba virtudes y vicios, glorias y tradiciones, caracteres y temperamentos, y en el cual, sin faltar a patrióticos deberes, ni a fraternales vínculos, ni provocar domésticas disensiones, blasonarían unos de tener la sangre de los vencedores de San Quintín y de Lepanto, y otros de contar entre sus abuelos a los hijos de Moctezuma y de Cuauhtimoc, y llegarían a reunirse bajo una sola bandera, constituyendo un solo pueblo, reinos y repúblicas, que no sólo eran independientes entre sí antes de la llegada de los españoles, sino que tal rencor abrigaban y tan ruda guerra se hacían, que buscando venganza, fueron poderosos auxiliares de Hernán Cortés, consiguiendo con el triunfo obtenido sobre sus enemigos, la pérdida de la propia autonomía y la común servidumbre de la raza.[13]

Con esta prosa elegante y rítmica anuncia Riva el surgimiento de un nuevo pueblo con dos raíces: la indígena y la española, pero sólo después de la conquista podrán constituir "un solo pueblo", ya que antes eran reinos no sólo independientes entre sí sino que se hacían "ruda guerra". La conquista aparece así como un elemento de progreso hacia la meta determinada, pues al echar abajo a las monarquías indígenas abrirá el camino para la república independiente, meta y destino del ser histórico llamado México. A la vez Riva zanja el estéril debate entre indigenistas y colonialistas y dirá, salomónicamente: tanto vale, vale tanto, Isabel como Fernando. Y este proceso de mestizaje por fuerza debía ser "laboriosa y difícil evolución"; ya existía el ser de México pero en un estado embrionario y era preciso que recorriera un proceso histórico evolutivo para realizar su verdadero ser: la República Mexicana libre, independiente y soberana; esta era la meta fijada por el determinismo de Riva. Y decir determinista es decir inevitable:

> Lento y silencioso el trabajo social, se operó incesante en tres siglos de la dominación española a pesar de que las le proclamaban la división de las razas y de las castas...[14]

[13] Ibid.
[14] Ibid. Subrayado nuestro.

Es decir que nada valieron las disposiciones legales para impedir que se formara un nuevo pueblo, pues con el tiempo las razas fueron confundiéndose, las familias enlazándose, "identificándose los intereses, convirtiéndose en patria la tierra de los desheredados, formándose el alma nacional".[15] Ocurre pues una transfiguración: la Nueva España, la Colonia, se transforma en patria, cuya esencia es el alma nacional.

> La Nueva España no fue la vieja nación conquistada que recobra su libertad después de trescientos años de dominación extranjera: fuente de históricos errores y de extraviadas consideraciones filosóficas ha sido considerarla así, cuando es un pueblo cuyas embriogenia y morfología deben estudiarse en los tres siglos del gobierno español, durante los cuales con el misterioso trabajo de la crisálida y con heterogéneos componentes, formose la individualidad social y política que, sintiéndose viril y robusta, proclamó su emancipación en 1810.[16]

Este párrafo es de gran interés pues echa abajo la idea de que en la fecha culminante arriba citada resurgió el Anáhuac, después de sólo tres siglos de ocupación extranjera. No, asegura Riva, es en la Colonia donde se debe estudiar la embriogenia (ciencia que estudia la formación y desarrollo del embrión) y morfología (trata de la forma de los seres orgánicos y de las trasformaciones que experimentan) del ser político que se emancipó en Dolores; por cierto esta terminología apunta hacia un modelo

[15] Ibid. Subrayado nuestro.

[16] Ibid. Un posible eco de esta idea interesante la podemos hallar en la obra de Jonathan I. Israel, cuando señala: "Con todo, no hay duda de que al mismo tiempo existía ya otra sociedad indígena, españolizada y menos compacta y disciplinada, separada de las comunidades tradicionales, cuyos miembros se vestían de otra manera y que se estaba desarrollando continuamente en las zonas donde los corregidores tenían menos poder, es decir, en las plantaciones y haciendas de los criollos y en los centros de las grandes ciudades. Cultural y económicamente, esta sociedad se hallaba mucho más estrechamente ligada a la vida de los centros españoles de población que la otra, y a ella se mezclaban gran número de mestizos, negros y mulatos. En cierto sentido, era por eso el embrión de la nación mexicana del futuro". Véase Jonathan I. Irael, Razas, clases sociales y vida política en el México colonial 1610-1670 (traducción de Roberto Gómez Ciriza), Fondo de Cultura Económica, México, 1980, p. 272.

organicista, posiblemente por influencia del señor Darwin, quien en este mismo libro es citado textualmente.

En seguida señala Riva que ese desarrollo del pueblo mexicano abarca el período del 13 de agosto de 1521 al 27 de septiembre de 1821. Aquí hay algo curioso: el tomo de Riva llega sólo al año de 1800, pero incluye los siguientes 21 años en esta frase porque seguramente quiso incluir esa meta que el país estaba determinado a alcanzar, morfología "viril y robusta": es decir la independencia y sin condenar a Iturbide, como tampoco lo hará Zárate en el tomo relativo a la guerra insurgente. Es decir que la Nueva España corresponde a la etapa temprana de un pueblo en desarrollo, pero que ya es ese pueblo -en potencia al menos- y que alcanzaría a cobrar conciencia de su individualidad y lucharía, en consecuencia, por su independencia. Sobre esto abundaremos más adelante.

Riva no se atiene a la común opinión que menosprecia a los reyes de la dinastía de los Austrias y ensalza, en cambio, a los Borbones; opone el argumento de la obra legislativa de los primeros y la ventaja de los segundos al hallar ya formada y organizada la Colonia. Lo más importante es que:

> A la muerte de Carlos II era crecido el número de los que se llamaban criollos, pueblo nuevo y raza belicosa e inteligente, que formando una clase intermedia entre españoles e indios, ejerció tal influencia en aquella naciente sociedad, que, a pesar de la prevención con que se les miraba, comenzó por moderar los derechos de los encomenderos, por iniciar la idea de la igualdad, y por apoderarse de algunos puestos en la escala más baja en el clero y la administración: siguió luego preparando sordamente los ánimos para la emancipación social, y concluyó por proclamar y consumar la independencia.[17]

He aquí a los protagonistas del destino ineludible del país. El autor en este pasaje no define con exactitud qué entiende por criollos, pero se deduce del enunciado

[17] VRP, México a través de los siglos, loc. Cit., t. II, p. IX.

mismo que es la "clase intermedia entre españoles e indios", es decir aquellos que hoy cita llamaríamos mestizos (incluyendo tal vez a las castas). Sin embargo advertimos una contradicción pues en el capítulo sobre las razas y las castas dirá Riva: "Los hijos de español y española que no podían considerarse como casta, eran llamados criollos".[18] Y para confundir más el cuadro en las consideraciones finales resulta que la nueva y belicosa raza, la que triunfa con la independencia, no son los criollos, sino los mestizos. Nos cuesta trabajo creer que un escritor tan pulido como Riva descuidara estas cuestiones, que son de suma gravedad. Conocemos además el antecedente, que ya hemos mencionado, de que en las novelas históricas que escribió incurrió también en contradicciones, o cuando menos en ambigüedades, étnicas y raciales. Pensemos entonces en qué ventaja se obtendría en darle un carácter multívoco a estos términos; sobre lo cual nos parece que la explicación más natural es que, al mantenerse la ambivalencia de los términos, unos grupos y otros se confunden y terminan por sumarse a un vago concepto de "pueblo". Así, cuando Riva señala a los criollos como el grupo humano fundador de la nación la "gente decente" se sentirá identificada con el destino nacional; al tiempo que cuando le da a los mestizos el papel estelar, el maestro de escuela, el tratante de maíz o de café y también el obrero, sentirán que ellos han forjado esa patria.

No tarda Riva en mencionar muchos abusos que se cometían en la Colonia y la existencia de instituciones terribles como lo fue el Tribunal de la Inquisición, pero el ánimo del autor no es condenar de un plumazo esa época y por ello también menciona el

[18] Ibid., t. II, p. 472.

gran valor de la Recopilación de leyes de Indias y el auge económico que llegó a tener la Nueva España, siendo México: "una de las más opulentas ciudades del mundo".[19]

Son interesantes ciertas reflexiones de Riva sobre nuestro oficio que hoy, cuando ya nadie defiende la imparcialidad total, pueden sonar retóricas; pero dése un poco de crédito al autor y se verá que no son una antigualla, quiero decir que, al menos en cierta medida, aún funcionan:

> La severa imparcialidad de la historia debe juzgar a los hombres y a los acontecimientos sin preocuparse del efecto que su fallo ha de producir en las presentes o venideras generaciones. El tribuno puede halagar las pasiones o los intereses de la multitud para alcanzar el triunfo de una causa: el diplomático cubrir con un velo ante un gobierno los acontecimientos cuyos contornos le conviene que no se perciban: el poeta alzar sobre un pedestal de gloria al hombre que le inspira un canto. El historiador no puede ni debe más sino decir la verdad; pero como esa verdad iluminada por la filosofía del escritor afecta muchas veces formas y proporciones que están muy lejos de ser las ciertas, preciso es alumbrar cada uno de los cuadros con la luz que le es propia. Si quiere juzgarse a los hombres del siglo XVI por el código de ilustración, de cultura y de ciencia que rige en el que alcanzamos; si las pasiones religiosas y políticas de la época de Carlos V; si los hechos, las leves y las costumbres de aquellos tiempos se estudian con la antorcha que guía al mundo en los últimos años del siglo XIX, fallo injusto será sin duda el que se pronuncie, y los personajes quedarán tan desconocidos para el lector como los hechos de esos grandes personajes serían para ellos mismos si pudieran leer las crónicas de su vida escritas bajo ese sistema.[20]

Aquí Riva demuestra que percibe el pasado como alteridad, como una realidad que no se puede aprehender directamente; y que el paso del tiempo no es sólo el cambio del vestuario a la moda. No, cada época tiene una "luz que le es propia" con lo cual, nos parece, estarían de acuerdo los historicistas. Y puede añadirse que cada época forma sistema, es decir que no es sólo éste o aquél aspecto que nos es ajeno sino el conjunto de

[19] Ibid., t. II, p. XI.
[20] Ibid., t. II, p. XII.

prácticas y valores sociales. Siempre que creemos entender algún aspecto del pasado directamente, las más de las veces estaremos cometiendo un anacronismo; es preciso, si queremos ser verdaderos profesionales, reconstruir la distancia que nos separa de nuestro objeto de estudio. Por eso hay algo de engañoso en Riva pues expresa su afán de no imponerle a su obra "la filosofía del escritor", a la vez que demuestra en muchos sentidos que el Estado independiente y republicano era el destino ineluctable del país, como un determinismo, y que México era una esencia que se desarrollaba pero sin dejar de ser idéntico a sí mismo. Pero recordemos que el autor asume seriamente su papel de historiador, es decir que se interesa profundamente por descubrir la verdad, no es un demagogo ni alguien que quiere ajustar la realidad a su sistema. Se trata entonces de un diálogo -aunque a veces más parece una tensión- entre su teoría de la historia y las evidencias documentales.

En el párrafo siguiente comenta Riva sobre eso que llaman los grandes hombres, de los cuales ha dado ejemplo al mencionar a Isabel la Católica y a Hernán Cortés:

> Es verdad que los grandes hombres pueden producir importantes modificaciones en la estructura y en la marcha de los pueblos; pero es preciso no olvidar, como dice Spencer, que cuando un hombre influye sobre una sociedad, esa sociedad ha influido con anterioridad sobre el hombre, y todos los cambios de que él es autor inmediato tienen sus causas principales en las generaciones de que él desciende. El hombre pertenece a su siglo y el siglo no pertenece al hombre; para juzgar al hombre se necesita conocer el siglo; pero para conocer el siglo se necesita estudiar a la sociedad.[21]

De lo anterior podría darse una interpretación directa que no daría en el blanco: a juzgar por las conclusiones del párrafo "demostraríamos" que Riva no tolera la teoría del grande hombre, y luego como trae en su abono a Spencer con toda "certeza" lo

[21] Ibid.

declararíamos positivista. Sin embargo en otro texto de la misma época (1882) Riva discute dicha teoría del grande hombre y concluye:

> Mientras no se encuentren nuevas razones, creeré que el grande hombre influye directamente sobre su nación y sobre su época; porque aun creo más, que hay acontecimientos y pequeñas causas, que pueden producir, por un encadenamiento de circunstancias, grandes evoluciones, como el maquinista que en una locomotora no necesita más que abrir fácilmente unos cuantos grados el ángulo de una palanca para despertar ese pavoroso movimiento de émbolos y ruedas que ponen en marcha un enorme tren cargado de mercancías; y pensaré con Renan, cuando dice: "Hay más de un ejemplo de cosas bellas y permanentes que no se han fundado sino sobre una niñería; es preciso no buscar ninguna proporción entre el incendio y la chispa que produce".[22]

¿Qué aduciremos sobre este punto? ¿Que el autor cambió de opinión en un par de años? ¿Que miente en alguno de los dos casos? En realidad sucede que el primer párrafo está un poco fuera de contexto, pues no ofrece mayores detalles; el segundo forma parte de un artículo más amplio donde Riva discute con Spencer y le da la razón en varios puntos. Y no hay que descartar la posibilidad de que el autor cite a Spencer para mostrar que está al día en filosofía; pero lo que en verdad hace es montar al pensador inglés sobre la estructura de su pensamiento nacionalista, romántico y liberal de toda la vida. Álvaro Matute ha dado en el clavo al describir a Riva como un ecléctico:

> Para mí México a través de los siglos no es una obra positivista. Si bien me rindo ante la evidencia de las múltiples citas de Darwin y Spencer, una lectura cuidadosa de su texto -me refiero a El virreinato- y comparada con la de un típico positivista como Bulnes o Molina Enríquez, arroja una importante diferencia consistente en que mientras Riva Palacio cita para apoyar sus ideas, los otros, además conceptúan, elaboran metáforas y su estructura profunda es absolutamente positivista. En suma, no para eludir una definición, sino

[22] José Ortiz Monasterio, "Francisco Sosa, el género biográfico y la teoría del grande hombre", en Secuencia, núm. 21, septiembre-diciembre de 1991, p. 134. El texto citado puede hallarse en cualquiera de las ediciones de Los Ceros de Riva, en el artículo correspondiente a Francisco Sosa.

> para decidir con justeza, Riva Palacio es un caso expreso de eclecticismo intelectual que lejos de menoscabarlo lo engrandece. Su impulso romántico vital trata de llegar a la madurez cientificista en un interesante equilibrio. Si el lenguaje expresa, también disfraza. Lejos de la unidad lograda por Bulnes o Molina, Riva atenúa con su evolucionismo el impulso nacionalista romántico que lo sustenta.[23]

Ya cerca del final de su "Introducción" Riva repite una idea muy extendida en el siglo XIX y que a nuestros contemporáneos podría causar cierta extrañeza, nos referimos al concepto, que ya hemos encontrado en boca de Guillermo Prieto, de que vanamente se buscarán en la época colonial esas apasionadas luchas de los partidos, lo mismo que resonantes acontecimientos, ni "esa efervescencia de los ánimos, tan fecunda en deslumbrantes rasgos de virtudes o de valor, que caracterizan en las épocas críticas de los pueblos las grandes convulsiones de la madurez y la virilidad".[24] Sí, porque para Riva:

> Período tranquilo de crecimiento interrumpido apenas por tumultos locales y sin consecuencias, o por invasiones piráticas en las costas que no tenían más resultado que el saco o destrucción de algún puerto, la vida de la colonia se deslizaba sin ruido y sin brillo. Las noticias de la corte que una o dos veces al año llegaban con las flotas, las funciones religiosas, los actos literarios de la Universidad y algunas veces las ejecuciones de justicia o los autos de fe, eran los acontecimientos que turbaban la monotonía de aquella existencia.[25]

Sin embargo, señala Riva, bajo la aparente calma ocurría algo de gran importancia:

> ...se formaba un pueblo, y los fenómenos de ese trabajo y las lentas fases de esa poderosa evolución, objetos dignos serán siempre de profundo estudio y materia de largos años de investigación y de extensas y laboriosas disertaciones.[26]

[23] Álvaro Matute, "Notas sobre la historiografía positivista mexicana", en Estudios historiográficos, Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos, Cuernavaca, 1997, p. 38-39 (Nuestro tiempo). Repetimos, dada su importancia, esta cita.
[24] VRP, México a través de los siglos, loc. Cit., t. II, p. XII.
[25] Ibid.
[26] Ibid.

Nuestro concepto de la historia ha cambiado, hemos dejado atrás la historia-batalla y bajo una visión global no hay asunto que no sea interesante, siempre y cuando esté en las manos indicadas; ya no precisamos tanto del acontecimiento. Pero además de eso podemos suponer que los avatares del siglo XIX, los mil y un combates que se libraron a partir de 1810, los cambios incesantes de gobiernos efímeros, debieron producir una idea muy diferente de "acontecimiento" con respecto a la actual. Tal vez nuestros tiempos se parecen a los coloniales más de lo que creemos: la alternancia, en una sucesión bianual, del mundial de fútbol y las olimpiadas, con una probadita de las olimpiadas de invierno, el Superbowl y la serie mundial de beisbol; a la par de esto cae algún muro, los piratas siguen vendiendo droga, otro mexicano ingresa a death row y asistimos a algunos actos literarios de la Universidad. Pero cuidado, el tedio no nos debe hacer olvidar que muchos procesos están hoy en juego, algunos no muy halagüeños para la historia oficial, que es la fuente de esa versión tediosa de lo actual. A Riva y a muchos de sus contemporáneos les sucedió algo parecido: el muy limitado acceso que tenían a los archivos los hacía fundar su opinión en fuentes que no se caracterizan por su imparcialidad, por ejemplo los informes de los virreyes cuyo principal objetivo era hacer creer a la Corona que aquí no pasaba nada, que todo estaba en orden. Así lo señala Jonathan I. Israel en un libro interesante:

> El tono tranquilizador del marqués de Cerralvo recordaba a algunos de sus predecesores en la alta responsabilidad virreinal, y más tarde a mediados del siglo, le harían eco uno o dos de sus sucesores. Por ejemplo el duque de Alburquerque, recién llegado de los campos de batalla de Flandes y Cataluña, se refirió en varias de sus cartas a la placidez de Nueva España y a la facilidad con que los criollos mexicanos se dejaban gobernar, por lo menos antes de verse envuelto en el pleito que sostuvo con el arzobispo Sagade Bugueiro. El conde de Alva de Liste y el marqués de Mancera también mostraron tendencia a

> expresar de cuando en cuando esta clase de pensamientos. Pero la supuesta calma imperante en Nueva España era sólo aparente, y en realidad es verdaderamente notable -si se considera cuánto convenía a un virrey hacer creer a los ministros del monarca que su gobierno se caracterizaba por el orden y la eficiencia administrativa- que tan pocos virreyes del medio siglo transcurrido de 1620 a 1670 hayan presentado, de acuerdo con el ejemplo del marqués de Cerralvo, sus actividades de gobierno como modelo de una administración correcta, porque efectivamente no fueron menos de seis los que durante ese período perdieron el control de la Colonia como resultado de disturbios sociales y políticos más o menos graves: los marqueses de Guadalcázar, Gelves y Cadereita, el duque de Escalona, y los condes de Salvatierra y Baños, y casi todos ellos, al igual que los otros que tuvieron graves dificultades, incluso el marqués de Cerralvo y el duque de Alburquerque, prefirieron achacar la culpa de sus fracasos y desgracias a la irresponsabilidad individual de personas como los obispos Palafox y Osorio de Escobar, para no tener que reconocer que las causas de los trastornos eran más hondas y generales. Únicamente el marqués de Gelves se mostró dispuesto a aceptar que muchas cosas estaban mal, y que sus propias medidas de gobierno provocaron una amplia oposición; pero lo hizo porque no le quedaba otro remedio, ya que su autoridad se derrumbó totalmente al ser derrocado por una insurrección popular.[27]

Por último, Riva pondera el inmenso valor de las crónicas coloniales para comprender aquellos tiempos y, para él, basta un poco de criterio para separar "lo que es fruto de la imaginación, descubriendo lo que haya de verdad en el relato":

> Tiene más de laborioso que de difícil encontrar en las difusas obras de esos cronistas religiosos los datos necesarios para aclarar un punto histórico; pero puede decirse con seguridad que esas crónicas de los conventos forman los anales del establecimiento del gobierno y de la colonia, de la fundación y propagación del cristianismo, de la marcha y desarrollo de la sociedad, de la adopción y cambio de las costumbres, de la iniciación y progreso de la instrucción primaria, secundaria y superior, de la fundación y prosperidad de ciudades y pueblos y hasta de la estadística de la población y de las riquezas.[28]

[27] Jonathan I. Israel, Razas, clases sociales y vida política en el México colonial 1610-1670, loc. Cit., 269-270. Como lo indica el título de esta obra hay en ella mucha información tomada de documentos de primera mano sobre las razas y las castas en la Nueva España; en ningún momento se halla la ambigüedad o la confusión de criollos y mestizos que presenta Riva.

[28] VRP, México a través de los siglos, loc. Cit., t. II, p. XII-XIII

El servicio hecho por los misioneros a la historia al escribir sus crónicas atenúa la destrucción que ellos mismos propiciaron al quemar códices y al echar abajo monumentos, dice Riva, y nos muestra así una vez más su actitud equilibrada, conciliadora, frente al pasado. Pero también señala que el modo de escribir la historia ha cambiado en una gran medida:

> Aun cuando se escriba la historia del tiempo del virreinato bajo un sistema enteramente distinto del que ellos [los cronistas] adoptaron, esas antiguas relaciones son poderoso auxiliar que facilita el trabajo y proporciona siempre abundante copia de noticias.[29]

De lo anterior podríamos deducir que el autor se propone aprovechar la información que brindan los cronistas, pero con "un sistema enteramente distinto" para llegar a nuevos resultados. ¿Sería lícito llevar el argumento al futuro y decir que Riva anticipa que, a su vez, su "sistema" será superado? Nos parece que en sí mismo el párrafo no lo indica y sería muy forzado creerlo así; a la vez sostenemos que Riva está lejos de suponer que es la suya una versión definitiva y la prueba de ello es que investiga, no pontifica.

Termina la "Introducción" con el lugar común retórico de la Colonia como modelo de aburrición narrativa: "largo y pesado es el sendero" pues, a diferencia de otras épocas cuyas peripecias ofrecen mucha materia al historiador, "muchos y monótonos años... abraza el período de esta historia".[30]

La "Introducción" de Riva al tomo segundo del México... da mucha tela de donde cortar. Pensamos que esto se debe a que este autor, respecto a los otros escritores del México..., tiene una actitud más reflexiva ante la historia. Tal vez Vigil también

[29] Ibid., t. II, p. XIII.
[30] Ibid., t. II, p. XIII.

tenga momentos de reflexión en su afán de demostrar lo ineluctable del triunfo de la República, pero su dogmatismo y su horror a todo lo que huela a sotana o monarquía producen un discurso más esquemático. En cambio Riva contempla en conjunto nuestro proceso histórico, aborda puntos de teoría para mostrar los mejores caminos de la investigación histórica e incluso entra en el ámbito de la filosofía de la historia al proponer una visión esencialista de México (que aun en su desarrollo es igual a sí mismo) que está marcado por un determinismo: el destino inevitable de convertirse en república soberana e independiente; siempre la obsesión por la independencia. Y aun los aparentes obstáculos a la independencia -mayormente la condición colonial- se tornan en ventajas pues los conquistadores realizaron la importante tarea de destruir las monarquías indígenas, lo cual fue el primer paso en el camino hacia la meta marcada: la República independiente.

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

Capítulos monográficos al inicio del libro II (siglo XVII)

Los capítulos que rompen el orden cronológico al inicio de los libros segundo y tercero son interesantes, reveladores y excéntricos. Como siempre Riva demuestra sus grandes habilidades narrativas aun en asuntos que parecerían imposibles; por ejemplo la descripción física del territorio él la relata así:

> Ocupaba la colonia llamada Nueva España, al terminar el siglo XVI, poco más o menos la misma extensión territorial que la hoy República de los Estados Unidos Mexicanos, desde el 16º al 32º en la América Septentrional y en esa parte del continente cuyos contornos dibujan de una manera informe la cola de un inmenso pez, o hacen recordar la figura de las fabulosas sirenas de la mitología griega. Baten aquel territorio, por el lado del oriente, las agitadas aguas del seno mexicano, y por el sur y occidente las majestuosas olas del mar del Sur, llamado después el Océano Pacífico, no por la calma de la Naturaleza, sino por la paz de los hombres, que si bien se desatan sobre aquellas

> aguas vientos y tempestades muchas veces más terribles que en Atlántico, ningún combate naval registra la historia...[31]

Pero hay que tener cuidado con Riva metido a científico pues no sólo resulta originalísimo sino excéntrico y estrafalario. Así, por ejemplo, para explicar por qué son mejores los puertos del Pacífico sale con esto:

> Seguramente la conformación de las costas del Pacífico está probando algún profundo desgarramiento del continente por aquel lado de la cordillera de los Andes, en una revolución no conservada por la historia ni encontrada aún por la ciencia, pero que, lenta o repentina, abrió aquel abismo a las aguas del Océano, e influyó, en virtud de las leyes de atracción y del equilibrio, en la inclinación del eje de la tierra sobre el plano de su órbita.[32]

Otra de las originales teorías científicas de Riva tiene que ver con la meteorología del Valle de México el cual, nos asegura, sería prácticamente inhabitable de no existir los lagos que hace cien años todavía tenían una extensión considerable. En razón de la altitud y a merced de la influencia de las inmensas masas de hielo Popocatépetl y el Ixtaccíhuatl, de no ser por la evaporación de los lagos el aire sería tan seco que prácticamente sería imposible, en opinión de Riva, la vida en la capital. Tal vez su paso por el Ministerio de Fomento le hizo creer a Riva que podía opinar de estos temas; lo cierto es que como naturalista no es recomendable.

Uno de los capítulos más notables es el que se refiere a las razas y castas al terminar el siglo XVI. Aquí el interés de Riva va más allá de lo estrictamente antropológico o etnológico y toca algo fundamental que es la formación de la nación:

> "No basta para constituir una nacionalidad, como ha dicho un pensador de nuestros tiempos, ni la unidad de lenguaje y de la religión, ni la comunidad de intereses, ni la posición geográfica de un territorio ocupado por una gran comunidad de familias, y quizá ni aun la raza,

[31] Ibid., t. II, p. 460.
[32] Ibid., t. II, p. 460.

> tomándose esta palabra en el sentido de remota fuente de individualidades, pero tampoco basta tener en común una herencia de recuerdos, de glorias o sufrimientos nacionales, como quiere ese pensador [se refiere a Renan], para formar el alma de una nación: preciso es el concurso de todos estos factores, porque las naciones, como los individuos, deben tener un espíritu, una alma nacional, pero también un cuerpo, un organismo material igualmente nacional. Mientras en una muchedumbre de individuos que vivan en un mismo país, sujetos a un mismo gobierno y a unas mismas leyes, como sucedía en Nueva España en el siglo XVI, haya una porción de ellos que estén sujetos por su organización a sufrir enfermedades y necesidades distintas de la otra porción, no como anomalía particular, sino como ley fisiológica de la raza, eso no puede ser una nacionalidad, ni allí puede existir el alma nacional, ni los sentimientos patrióticos y políticos, que representan las pasiones de esa alma, puede aparecer dando impulso a aquel pueblo y formando de él una gran personalidad moral".[33]

Aquí Riva está poniendo en valor el lento proceso de mestizaje y señalando que cierta unidad biológica es necesaria para la formación de una nacionalidad, que era la preocupación fundamental de los pensadores mexicanos del siglo XIX. Esto se lo confirmaba su experiencia durante la guerra de Intervención en la que sólo por excepción recibió el apoyo de los indígenas del Estado de México y Michoacán. "Toda tentativa de independencia -insistirá- era infructuosa mientras el cruzamiento de razas no produjese un pueblo nuevo, exclusivamente mexicano".[34] La mención de Renan no es de extrañar pues es frecuente en muchos escritos de Riva y muy probablemente fue el escritor extranjero con quien sintió mayor afinidad.

Luego Riva sale con una tesis un poquitín atrevida:

> La raza indígena, juzgada conforme a los principios de la escuela evolucionista, es indudable que está en un período de perfección y progreso corporal, superior al de todas las razas conocidas, aun cuando la cultura y civilización que alcanzaba al verificarse la Conquista fuera inferior al de las naciones civilizadas de Europa.[35]

[33] Ibid., t. II, p. 471.
[34] Ibid.
[35] Ibid., t. II, p. 472.

Las razones que aduce, apoyándose en varias autoridades y especialmente en los escritos de Charles Darwin, son la ausencia de vello en los indígenas, incluso en la unión de los cuatro miembros; la perfección de su dentadura en la que se ha sustituido el colmillo por un molar, además de la ausencia del último molar interior (o muela juicio) en la raza mexicana, aunque no en la otomí. Y después de ofrecer o pormenores concluye:

> Sustituido el canino por un molar, se hace verdaderamente apropiado para auxiliar la masticación; y esta variación, que no es una anomalía particular sino un carácter general de las razas mexicana y otomí, y que se encuentra en cráneos muy antiguos, prueba también que se había verificado ya en ellas una evolución progresiva superior a la de las razas europeas y africanas.[36]

Pero Riva va aún más lejos y quiere que la raza nativa americana, además de ser la más evolucionada, no deba nada a parte alguna sino que sea autóctona:

> La existencia del hombre en América en el período geológico que denuncia el hombre fósil de México [el hallazgo del Peñón] y los caracteres observados en sus restos, dan ocasión a suponer autóctonas las razas que poblaron el continente americano...
>
> Queda, pues, el extremo de decir, aunque sin poderlo afirmar definitivamente, que las razas americanas son autóctonas y en un grado de progreso superior al de las otras razas, pues si por progreso debe entenderse la acumulación de los caracteres que en un organismo son útiles y necesarios para sostener la lucha por la existencia, y la desaparición más o menos completa de los inútiles y perjudiciales poseídos por anteriores generaciones, es indudable que los indios estaban en una evolución más avanzada, pues conservando en estado ya rudimentario [sic] los mismos órganos que en estado rudimentario [sic] tienen los individuos de las otras razas, como las mamilas en el sexo masculino, habían perdido la barba y el pelo en el cuerpo, la muela del juicio, y adquirido un molar nuevo, sustituyendo el canino que en las razas más avanzadas de Europa todavía subsiste en estado rudimentario.[37]

[36] Ibid., t. II, p. 474.
[37] Ibid.

Debemos decir que en el archivo personal de Riva se encuentran buen número de documentos que dan fe de sus investigaciones antropológicas. En parte son cartas que recibió de diversos corresponsales, en su mayoría médicos, de los estados de México y Michoacán, los cuales responden a un cuestionario enviado por Riva para verificar en esas regiones los rasgos que consideraba prueba de una mayor evolución en las razas americanas. Uno de ellos fue Teodoro Herrera quien desde Uruapan le envía extensa misiva respondiendo a su cuestionario; otros, Antonio Hernández de Toluca y Rafael Montaño Ramírez de Morelia y otros más, con firmas ilegibles, de Huichapan y Tlalmanalco. Pero quizá la carta más interesante es la que le envía su ahijado, Mariano Bárcena (precursor de la paleontología y estudioso del hueso sacro de Tequisquiac).[38] En

[38] Todos estos documentos se hallan en Utx-A, AVRP, fólder G 582, documentos sin numerar. Riva también mandó el cuestionario a Hubert Bancroft, pero le respondió un Savage excusándose de dar información debido a ser muy escasa su colección paleontológica. Todo el legajo lleva el título de "Evolución dentaria y apéndices cutáneos de la raza indígena pura" y está fechado en 1884. Por último guarda ese archivo una obrita manuscrita de Riva escrita en inglés y titulada: "The native races of America". Vale la pena mencionar que este capítulo del México... sobre las razas y las castas ha sido incluida en la muy hermosa obra de don Elías Trabulse, Historia de la ciencia en México. Estudios y textos. Cuarta parte. La ciencia del período nacional (con la colaboración de Perla Chinchilla), Consejo Nacional para la Ciencia y la Tecnología / Fondo de Cultura Económica, México, 1985, p. 145-159. También la consideró de interés y la incluyó en su antología don Roberto Moreno de los Arcos, El darwinismo en México. Siglo XIX. Testimonios, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1984 (Serie de la Historia de la Ciencia y la Tecnología, l), p. 247-256. En un trabajo anterior este mismo autor había incluido a Riva entre los introductores de las ideas de Darwin en México, véase Roberto Moreno de los Arcos, "La introducción del darwinismo en México", en Anuario de Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, año VII, 1975, p. 124. Al final de su vida Riva seguía defendiendo su hipótesis y terminaba diciendo: "Profesadas de buena fe, lo mismo en la ciencia que en la religión, todas las creencias merecen profundo respeto". Véase: Rafael Delorme Salto, Los aborígenes de América. Disquisición acerca del asiento, origen, historia y adelantos en la esfera científica de las sociedades precolombinas. Con un prólogo del general don Vicente Riva Palacio y Guerrero, ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de México en España, Librería de Fernando Fe, Madrid, 1894.

ella le dice que en un lugar llamado "Peñol" [sic] de los Baños, usando la dinamita para romper la piedra, aparecieron los huesos; la carta es de octubre de 1884, de odo Riva prácticamente da la primicia en su tomo del México... del hallazgo e incluye una ilustración que muestra dichos restos óseos.

El director del México... se sentía seguro de su tesis, tanto así, que más de diez años después dictó en España una conferencia sobre este asunto, casi sobra decir que la recepción fue muy mala. ¡Qué tupé! Ir a decirles a los conquistadores que eran una raza inferior. Pero aquí más que ver el dislate antropológico, ciencia que Riva conocía sólo superficialmente, debemos destacar el acendrado nacionalismo que lo conduce a establecer tan arriesgada hipótesis. El desplante es parecido al de los criollos coloniales que se empeñaban en demostrar la superioridad de todo lo americano; pero los criollos reaccionaban así por el desprecio con que les miraban los chapetones. Envuelto en guerras extranjeras es lógico que Riva -y su generación- desarrollaran un nacionalismo, nuevamente defensivo, porque vivieron de cerca la posibilidad de que desapareciera la nacionalidad. Este rasgo de Riva también lo ilustra cierto discurso en la Cámara en torno a un permiso para sacar piezas arqueológicas del país; él se declaró en contra y no tuvo empacho en decir que era el suyo "un nacionalismo salvaje".[39]

En otro de los capítulos monográficos que vienen intercalados en el México..., el dedicado a "Minería, agricultura, ganadería, animales domésticos" hay una reflexión sobre los latifundios en la cual refleja Riva las preocupaciones de su tiempo:

> Esas bases de división territorial en la agricultura y esa espantosa desproporción en la propiedad y posesión de los terrenos,

[39] Citado en Díaz y de Ovando, Clementina, Memoria de un debate (1880). La postura de México frente al patrimonio arqueológico nacional, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1990.

> constituyó la parte débil del cimiento al formarse aquella sociedad, y ha venido causando graves y trascendentales trastornos económicos y políticos, primero en la marcha de la colonia y después en la de la República. El desequilibrio en la propiedad, la desmesurada grandeza de muchas posesiones rústicas al lado de multitud de pueblos, entre cuyos vecinos se encuentra apenas un solo propietario, ha mantenido, durante más de tres siglos, la sorda agitación que ha hecho tantas manifestaciones con el carácter de movimientos políticos, pero acusando siempre un malestar social, y fue causa sin duda, en el segundo siglo de la dominación española, de algunos tumultos, porque la magnitud y estancamiento de la propiedad alientan y facilitan el monopolio, produciendo la escasez artificial de los efectos de primera necesidad para conseguir por ese medio el alza de precio y la segura y fácil ganancia.[40]

Este párrafo no debe leerse en un sentido extremo, como una defensa de la división a ultranza de la tierra, al menos no en el sentido que la propuso Ponciano Arriaga en el Congreso Constituyente de 1857, a la cual respondieron decididamente en contra varios propietarios de fincas rústicas, entre los cuales se contaba el padre, Mariano Riva Palacio y uno de los Muñoz Ledo.

En otro de los capítulos monográficos Riva ofrece información muy curiosa sobre los navíos que hacían el viaje a las Indias y todo su avituallamiento, junto con todas las leyes relativas al comercio intercontinental, siempre amagado por la piratería. En cuanto al capítulo monográfico dedicado a instrucción, literatura y bellas artes el autor presenta una buena síntesis de lo que en su tiempo se sabía y se comprendía sobre estas materias. En conjunto los capítulos monográficos muestran la universal curiosidad del historiador que se interesa en todas las manifestaciones de la vida social, todo con el objeto de ofrecer una verdadera historia general.

Capítulos monográficos al inicio del libro III (siglo XVIII)

[40] VRP, México a través de los siglos, loc. Cit., t. II, p. 489.

No podemos detenemos todo lo que quisiéramos en estos capítulos pues son bastante extensos; sumados a los que se hallan al comenzar el libro II suman 164 páginas, es decir poco menos de la quinta parte del tomo. Sólo haremos algunos señalamientos.

Sobre el estado de las razas a principios del siglo XVIII dice Riva que algunas son más proclives a viajar y por ende a la exogamia; acaso por descender de pastores trashumantes las que viajan más. Pero lo más trascendental era que:

> Se había verificado un cambio radical, y durante el siglo XVlI, los criollos y los mestizos no estaban ya incapacitados ni se les consideraba indignos de recibir las órdenes sacerdotales y de ocupar puestos distinguidos: por el contrario, muchos de los hijos de Nueva España llegaron en la jerarquía eclesiástica hasta el obispado, muchos fueron honrados por sus conocimientos científicos, y el mismo monarca español previno que en las elecciones de superiores de las órdenes religiosas de México, se cuidase de que alternativamente recayese aquel nombramiento en españoles y en hijos del país.[41]

Y en seguida da prueba de lo refinado de su oficio:

> Pero lo que más alentó a los criollos y a los mestizos, haciéndoles comprender que no eran una raza inferior, y dándoles un argumento contra los españoles que se oponían a que se les confiasen cargos públicos de grande importancia, fueron el martirio y la beatificación de san Felipe de Jesús y de san Bartolomé Gutiérrez. Considerando las costumbres y el espíritu religioso del siglo XVII, fácil es comprender el influjo que tendría en el ánimo de los hombres de la nueva raza, la declaración del papa Urbano VIII en 1627 en la beatificación de san Felipe, novicio de la orden de San Francisco... Aquella era una verdadera revolución moral, cuya importancia se apenas apreciar hoy... Los mexicanos alcanzaron a comprender con esto que podían aspirar a todo, y que ningún puesto sobre la tierra estaba cerrado para una raza cuyos hijos habían llegado a tener representantes que recibían culto en los templos... Felipe de Jesús, muriendo en el Japón, rehabilitaba completamente la dignidad humana de los nativos de Nueva España, y ese acontecimiento que en el siglo que atravesamos sería de poca importancia y pasaría desapercibido, casi fue entonces de trascendentales resultados, porque la beatificación del mártir mexicano, en un pueblo esencialmente católico, fue el más solemne triunfo sobre las doctrinas de los primeros misioneros

[41] Ibid., t. II, p. 667.

> franciscanos y dominicos, que sostenían la inferioridad de los hombres nacidos en Nueva España, aun cuando sus padres fueran españoles.[42]

Es interesante como Riva trata aquí de salvar la distancia que lo separa del 1700 y advierte al lector que aquella era otra mentalidad y otra escala de valores. Esto es mirar época "con la luz que le es propia", según el mismo Riva recomienda. Sin embargo, esta apreciación de san Felipe de Jesús, del papel de la religión en aquella sociedad, delata la grave decisión que tomó Riva al dejar fuera de su historia de México al personaje que para algunos, tal vez aun hoy día, es el de mayor importancia: la Virgen de Guadalupe. Nótese también que utiliza el gentilicio mexicanos lo cual puede considerarse un anacronismo, pero para Riva -según parece- valía la pena para poner el énfasis en que ya existía un nuevo pueblo que no tardaría mucho en llegar a la mayoría de edad.

Por otro lado puede medirse la distancia que nos separa a nosotros de la época Riva a través del juicio que hace él -y que compartían los escritores de su generación- quien hoy día se tiene como cima de la literatura del período colonial, y a quien han dedicado extensos estudios Elías Trabulse, Octavio Paz y Antonio Alatorre:

> Sor Juana Inés de la Cruz llegó a adquirir el nombre de La décima musa, y a pesar de que no han faltado críticos que como suyos llegan a atribuirle defectos que fueron sólo de su época, la poetisa mexicana brilla siempre en la historia de la literatura por sus grandes conocimientos, por la agudeza de su ingenio, por su elevado carácter y por sus delicados sentimientos; si alambicado, sutil y conceptuoso es a veces su estilo, si en él se notan amaneramientos y retruécanos que empañan sus composiciones, debe decirse con don Juan Nicasio Gallego, que eso lo debió a la mala suerte que tuvo de vivir en el último tercio del siglo XVII, tiempos los más infelices de la literatura española.[43]

[42] Ibid., t. II, p. 667-669. Al terminar este párrafo inserta Riva el facsímil de la firma de don Alonso de Casas, padre de San Felipe de Jesús: ello aporta un plus al relato y da fe de la calidad de la investigación. Todos los subrayados son nuestros.
[43] Ibid., t. II, p. 743.

¡Qué vueltas da la suerte! Ahora la que resulta chocante es la poesía romántica, la de Riva y sus amigos. Y también les desagradaba a ellos la arquitectura barroca, ya que en los templos construidos en el siglo XVII, afirma el autor que analizamos, "no presidió en la construcción de ellos el mejor gusto ni fueron la obra de privilegiadas inteligencias".[44]

Otro punto que llama la atención es que Riva culpa a la Colonia de las innumerables dificultades que en materia de hacienda pública conoció el siglo XIX:

> Tal era el sistema hacendario del gobierno español en México durante los siglos XVI y XVII. La influencia de aquel sistema, modificado un tanto en el siglo XVIII por las disposiciones de los ministros de Carlos III y por las acertadas medidas del virrey conde de Revillagigedo, influyó tan poderosamente sobre la organización de la hacienda pública de México, como nación independiente, que aun hoy la multitud de empleados, la complicación de los trámites y el atender más a la entrada directa del impuesto que al progreso y aumento de la riqueza pública, son vicios que no han podido desarraigarse y que han presentado grandes obstáculos a la prosperidad de la nación y al bienestar de la sociedad.[45]

Es más o menos hasta este punto que llega la crítica de Riva al régimen colonial: condena la desigualdad, el fanatismo religioso, el despotismo; pero no llega nunca a descalificarla completamente y, sobre todo, jamás niega que allí se encuentran los orígenes del Estado mexicano, de la nación que llega a la edad adulta, por decirlo en lenguaje figurado, con la independencia.

Otros capítulos monográficos

Es preciso mencionar, siquiera sea de paso, que además de los capítulos monográficos que se encuentran al inicio de los libros II y III, hay otros -tres por lo

[44] Ibid., t. II, p. 750.
[45] Ibid., t. II, p. 705.

menos- que bien pueden considerarse ensayos monográficos y que podrían, sin ningún problema, publicarse como piezas autónomas. Me refiero a los capítulos dedicados a la propagación del cristianismo, al Tribunal de la Inquisición y a la expulsión de los jesuitas de la Nueva España en 1767. De hecho, del primero Riva publicará en España una nueva versión, resultado de una conferencia que dictó en el Ateneo de Madrid, bajo el título de Establecimiento y propagación del cristianismo en la Nueva España .[46] En cuanto al capítulo sobre la Inquisición fue adoptado como prólogo para el libro de don José Toribio Medina, Historia del tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de México.[47] Salta a la vista que los tres capítulos son de tema religioso y es evidente que aquí hay una conexión con las leyes de Reforma del México independiente.

> El extrañamiento de los jesuitas debe considerarse como un gran episodio en el proceso de la revolución general que iba haciendo pasar el gobierno a manos del pueblo, pero que debía en su marcha asumir como una de sus grandes fases la lucha entre el poder temporal y el espiritual y el triunfo del primero. Los jesuitas defendidos y sostenidos por Clemente XIII y expulsados por los reyes de Portugal, de Francia y de España contra la voluntad del Pontífice, simbolizaban la completa independencia de los monarcas de la influencia del Papa, y si después Clemente XIV llegó a dar la bula de la extinción de la Compañía merced a las exigencias del monarca español, esto vino a probar que la revolución avanzando había llevado su influencia hasta la misma corte de Roma.[48]

¿Es objetivo Riva en su análisis? Por supuesto que no. En materia de creencias y fe religiosas dudamos que aun hoy día podamos hablar sin que el pulso se altere. Sin embargo Riva es tanto más eficaz en la medida que su postura de hombre de la Reforma es moderada, no es la suya la voz estentórea del Estado jacobino, masón y ateo (aunque

[46] Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1982 (Ateneo de Madrid, Conferencias).
[47] Imprenta Elzeviriara, Santiago de Chile, 1905.
[48] VRP, México a través de los siglos, loc. Cit., t. II, p. 847.

todo nos indica que él era todo eso); no, él se ubica -como diría tal vez Michel de Certeau- en los márgenes del Estado, aunque sin salir nunca de su órbita, y produce una versión que puede parecer ambigua porque elogia a Las Casas y a Vasco de Quirroga, a la vez que relata los pleitos de los frailes carmelitas que tenían sonados enfrentamientos en el seno mismo de su orden y todo ello arcabuz en mano. En cuanto a la Inquisición transcribe, en efecto, esos terroríficos documentos que los escribanos tomaban a la letra durante la cuestión del tormento; esto, a la luz de la legislación del siglo pasado del actual, no tiene defensa posible. Pero el autor nos dice también que "la Inquisición no tuvo realmente en México ese terrible carácter que se le vio desplegar en otras partes",[49] y en prueba de ello aduce al número relativamente bajo de procesos seguidos por el nefando tribunal. Puede incluso pensarse que el tomo de Riva resultara "tibio" para los partidarios más radicales de la Reforma, tanto en la capital como en el interior, y en cambio "rojo vivo" para los mochos, para las beatas y para tal o cual obispo. El tomo está sin duda bañado por el mundo de ideas de la Reforma, a la vez que su visión esencialista de México reposaba en el principio no negociable de la independencia, para todo lo demás podía adoptar una actitud relativista, historicista, y así, en vez de condenar el fanatismo que condujo al martirio a san Felipe de Jesús, Riva recupera el valor que tuvo como ejemplo para los que ya llama "mexicanos" pues si uno de ellos llegó a ser santo, aspirar a cualquier otra posición era posible.

## Máximas políticas

[49] Ibid., t. II, p. 711.

A la manera de los historiadores de la Antigüedad Riva siembra aquí y allá ciertas máximas o pensamientos que tienen en común la aspiración de tener un valor general y permanente, como si no estuvieran sujetas -como cualquier otro aspecto histórico o social- a la contingencia histórica, Cabría meditar si realmente hay comportamientos o actitudes humanas que traspasen las edades. Los celos, según parece, ya estaban vigentes cuando Shakespeare compone el Othelo, pero hoy en día el divorcio ha dejado de ser censurable para convertirse, en muchos casos, en actitud sana y recomendable, por ello no estamos seguros de comprender plenamente lo que sintió el célebre moro. Tal vez sería aceptable decir que hay características humanas que en lo general nos son comunes con nuestros antepasados (celar es humano), pero que en lo particular se ven irremediablemente atacadas por el acontecer, por el momento histórico. Con esta salvedad comentaremos algunas de las máximas que regalaba Riva en cada entrega a los suscritores, por el mismo precio. Ante la inminente llegada -dice Riva- de Nuño de Guzmán como presidente de la primera Audiencia:

> Preparáronse a recibirlo con gran solemnidad los habitantes de México, porque todos los pueblos miran como una esperanza de fortuna y bienestar cualquier cambio de gobierno y creen encontrar en el que viene lo que no encontraron con el pasado.[50]

En otra parte, con respecto al acertado nombramiento del primer virrey, dice el autor:

> El acierto en los gobernantes no depende, en lo general, más que de la energía para desprenderse en todas sus resoluciones de esa nube de favoritos y aduladores que, envolviendo siempre al que está en un elevado puesto, le ciega y ensordece, sin consentir que hasta él lleguen ni la luz de la verdad, ni las quejas de los pueblos, ni los consejos de los buenos patricios.

[50] Ibid., t. II, p. 163.

> Fácil teoría en la ciencia, pero difícil práctica en el arte de la pública administración.[51]

Qué bien escribe Riva, casi parece un orador romano, sobre todo por aquello de "los buenos patricios". Y la huella de sus tiempos de periodista está presente cuando dice:

> Los gobiernos, por grandes que sean su fuerza y despotismo, son impotentes para contener ese torrente incontrastable que se llama la opinión pública.[52]

Sin embargo en aquella época no estaba tan perfeccionado el "embute", el "chayote" y otros "medios" de comunicación social.

> Toda sociedad, por corrompida y desorganizada que se la suponga, guarda en su seno un germen incorruptible de moralidad y un núcleo de hombres y de familias que ni el ejemplo, ni la seducción, ni el miedo alcanzan a prostituir, y que protegidos por un gobierno enérgico y deseoso de alcanzar una regeneración social, son la inquebrantable voluntad que sirve de punto de apoyo a la evolución más o menos lenta, prolongada y laboriosa de reforma y progreso, que sigue siempre en todas las naciones al período de decadencia y de inmoralidad.[53]

No alcanzamos a comprender este optimismo, cuando sabemos que esta página probablemente fue escrita en la prisión de Santiago Tlatelolco. No cabe duda que la fe en el progreso que tenían aquellas generaciones era inmensa. Otra severa sentencia pudiera tener un fondo autobiográfico:

> Razón tenían los encomenderos de México en su odio y temor al obispo Las Casas, porque en las épocas de corrupción y cuando la mayoría de un pueblo se prostituye, nada es tan terrible como la presencia de un hombre honrado que, como la encarnación del remordimiento y el representante de la conciencia, aparece a cada paso delante de los que han extraviado el sendero de la moral y de la justicia de una sociedad, entregándose al vicio y la corrupción; por eso todos los odios se condensan contra aquel hombre, y no hay arma, por infame que sea, ni empeño, por reprobable que parezca, que no se use o ponga en juego para hacerle desaparecer o para mancharle, ya haciéndole caer

[51] Ibid., t. II, p. 176.
[52] Ibid., t. II, p. 185.
[53] Ibid., t. II, p. 194.

> en el cieno de la común prostitución, ya procurando empañar su fama y su nombre con supuestos delitos o vicios que en algo le puedan asimilar a sus enemigos, y ni la seducción se excusa, ni la calumnia deja de prodigarse, que no hay ánimo tranquilo ni en tirano ni en criminal, mientras vivan el noble patricio o el hombre honrado, severos testigos de tan criminales desaciertos.[54]

Aquello de los "supuestos delitos" encaja con la causa, verdaderamente baladí, que condujo a Riva a prisión: no presentarse, en su calidad de general del ejército, a la superioridad en ocasión del escándalo que hubo en el Zócalo por la moneda de níquel. Otra fibra muy sensible en el autor es la ingratitud del pueblo y del gobierno, que será la razón por la cual decidirá a ser enterrado en Madrid, de espaldas a la tierra que lo vio nacer y llegó a decir: "sólo los pueblos han sido más ingratos con sus grandes hombres que los reyes". En otro pasaje leemos:

> La ingratitud de los gobiernos está fuera de las reglas de la lógica, o mejor dicho, nada hay más lógico en la historia que la ingratitud y la falta de reconocimiento de los más distinguidos servicios, de tal manera que el mérito de los grandes hombres puede tener como medida el número y la magnitud de las injurias y de las persecuciones de que hayan sido víctimas durante su vida.[55]

Terminamos esta sección con una severa andanada que dispara un hombre cuyo único pecado era escribir demasiado:

> La facultad de disponer arbitrariamente de los fondos públicos concedida a un ejecutivo, llámese rey o presidente, bien por autorización especial de las Cámaras o bien por la vergonzosa condescendencia de éstas, que forman el presupuesto al capricho de un gobernante o que cierran los ojos ante la infracción de la ley y sancionan la impunidad, es la base de todos los despotismos.[56]

Esta severa crítica suena familiar.

[54] Ibid., t. II, p. 341.
[55] Ibid., t. II, p. 777.
[56] Ibid., t. II, p. 681.

Todas estas sentencias de carácter didáctico, edificantes, nos hablan de otra época de la historiografía cuando se la consideraba "maestra de la vida" y, en especial, escuela de los gobernantes. En tiempos recientes, al ser considerada como ciencia, tiene su fin en sí misma y se cuida especialmente de moralizar. Pero no moralizar es otro modo de moralizar, la ausencia también tiene un sentido. Riva escribió: "yo a la moral defino como ciencia, de preparar ovejas a los lobos"; y, a pesar de ello, moraliza. Creemos que aquí debe verse un imperativo que regía a todos los géneros literarios, a saber, que el arte debía servir para mejorar a la sociedad; la generación siguiente, la de los modernistas, sostendrá la validez, en cambio, del arte por el arte mismo. Este viraje debe asociarse al propio desarrollo de las letras nacionales y extranjeras, pero también corresponde a la consolidación del Estado mexicano que pudo al fin, en el Porfiriato, prescindir de la épica y de la retórica que lo sostuvieron cuando su existencia era sumamente dudosa por la penuria financiera, la incapacidad de cambiar de gobierno pacíficamente y por una descomposición social sobre la cual el bandidaje es elocuente.

Dice Cicerón: "La historia testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida, mensajera de la antigüedad".[57] Tal vez para algunos el valor práctico de la historia sea escaso, pero eso puede ser defecto del individuo y no de la propia ciencia. También alguien ha dicho -creemos recordar que fue Santayana- que quien no conoce la historia está condenado a repetirla; aquí se infiere un reciclaje, una visión circular de la historia, difícil de sostener en este siglo, que ha conocido tantos fenómenos enteramente nuevos. Nosotros creemos que la historia debe estudiarse, a falta de algo mejor. Una bola de cristal que nos mostrara el futuro sería ciertamente preferible,

[57] De Oratore, libro 2: "Historia testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis".

pero mientras la conseguimos el estudio de la historia es buena guía para la acción, aunque en su carácter de ciencia tenga sus propios fines no necesariamente pragmáticos.

Observaciones científicas

Si el moralismo es un rasgo de la tradición en Riva, el espíritu científico lo es de modernidad y la convivencia pacífica de ambos una constante en este autor, ecléctico por naturaleza, conciliador y capaz de hallar una síntesis como resultado de los más heterogéneos elementos. Y como su época fue llamada por los pensadores positivistas el estadio "científico" de una evolución natural, Riva no dejaría de aportar su contingente a nueva ciencia de la sociología. Sin embargo, como ya hemos señalado, el autor tiene una veta positivista, pero no es el elemento dominante ni decisivo en su obra. Esta veta más que a explicar le conduce a inquirir y es sobre todo una marca de actualidad, de quien quiere mostrar que está al día. Por ejemplo:

> Difícil problema ha sido y es para la ciencia la traslación a remotas distancias del movimiento regularizador y regular de la fuerza en la máquina administrativa: por eso el sistema colonial ha tenido tan grandes tropiezos que han precipitado siempre la emancipación de esos agrupamientos, que sin tener vida política propia han comenzado a sentir la necesidad de un gobierno.
>
> Las colonias griegas, cartaginesas o romanas, se encontraron comúnmente a distancias de la metrópoli, que no podían compararse con la que separaba a España de sus nuevas posesiones. La extensión territorial y el modo de ser de esas colonias eran enteramente distintos de las que se formaron en las Indias; y sin embargo, las mismas vicisitudes conmovieron aquellos embriones de nacionalidades antes de emprender su marcha regular y de llegar a la época de su emancipación.[58]

[58] VRP, México a través de los siglos, loc. Cit., t. II, p. 161.

Aquí el telón de fondo es la "emancipación" de las colonias y Riva lo propone en términos científicos; sin embargo la comparación con las colonias del Mediterráneo lo conduce a romper su propia regla de estudiar a las sociedades "bajo la luz que les es propia". Al parecer estuvo dispuesto a pagar el costo del anacronismo, en aras de "descubrir" el tipo de leyes generales características de las ciencias naturales.

En otras ocasiones Riva, sin llegar a proponer leyes, se vale de metáforas antropomórficas y evolucionistas:

> Nuevo período en la historia de la colonia se abre naturalmente con la llegada de don Antonio de Mendoza y con el establecimiento del gobierno virreinal. Como el niño saliendo del estado embrionario no tiene ni la fuerza, ni la energía, ni el conocimiento para emprender ni sostener la lucha por la vida y necesita la protección y auxilio de extraña mano, así la colonia al establecerse el gobierno de los virreyes comenzó el largo y trabajoso período de la infancia, recibiendo de la metrópoli cuanto un pueblo joven y libre puede proporcionarse para su existencia y desarrollo, con el esfuerzo y el trabajo combinado de sus propios hijos.[59]

De quien sí dice horrores Riva es de Nuño de Guzmán, célebre por la crueldad que exhibió durante sus conquistas, pero esto en parte le sirve para compararlo con Cortés, que en esa comparación resulta favorecido. Además Nuño da pie para señalar una "ley histórica", aunque tal vez no sea más que un principio de estrategia militar para la defensa de la Nueva España:

> No ha faltado quien pretenda pintar a Nuño de Guzmán como un héroe, ponderando su conquista de la Nueva Galicia; pero sus contemporáneos, como el obispo Zumárraga, y la posteridad condenan, su memoria y execran su nombre. La conquista de la Nueva Galicia era un acontecimiento que naturalmente había de llegar, hubiera o no tenido Nuño de Guzmán el gobierno de México, porque una ley histórica exigía la invasión y conquista de los pueblos bárbaros por las colonias

[59] Ibid., t. II, p. 227. Subrayado nuestro.

> civilizadas, so pena de que las invasiones de esos pueblos hubieran hecho desaparecer las colonias.[60]

Otra declaración de positivismo la encontramos cuando el autor compara las supersticiones de diversos pueblos. Así, ciertos indios de Nueva Galicia se levantaron por augurio de que durante una danza en torno a un calabazo, éste fue arrebatado por el viento y se perdió; y Riva reflexiona en estos términos:

> Esto debe haber tenido gran influencia en los indios para la sublevación, pues no es raro encontrar en la historia de los romanos el caso de un combate empeñado o aplazado porque los pollos sagrados querían o no tomar el alimento, y los pueblos en el período teológico, sea cual fuere la raza a la que pertenezcan, se han movido fácilmente bajo la influencia de esos augurios.[61]

Pasando por alto otros ejemplos concluimos este tramo con el intento de Riva por comprender la "anomalía orgánica" del Estado mexicano:

> Don Juan de Villalba comenzó con actividad [en 1765] a organizar el ejército, pero las facultades de que estaba investido amenguaron el poder del virrey. Entonces por primera vez se formó esa entidad que se llamó ejército y que ha venido casi siempre siendo el antagonista del pueblo; un elemento que sacado del pueblo mismo, ha formado una clase tan distinta de ese pueblo, como lo ha sido el clero, sin que a remediar ese mal, esa perturbación social, esa anomalía orgánica en el ser del estado, hayan sido bastante poderosas ninguna de las revoluciones que han sacudido después hondamente a la República Mexicana.[62]

Riva se muestra aquí muy sensible a esa pesadilla del siglo XIX: la asonada, el levantamiento, el golpe de Estado.[63] Sin embargo la estabilidad, relativa si se quiere, que experimenta el Estado mexicano a partir de 1867, se debió en buena medida a la aplastante victoria militar de los liberales que lograron reunir un ejército de grandes

[60] Ibid., t. II, p. 149. Subrayado nuestro.
[61] Ibid., t. II, p. 266. Subrayado nuestro.
[62] Ibid., t. II, p. 820-821.
[63] Sin olvidar los privilegios exorbitantes que concedió Santa Anna al ejército. Apunte erudito de Nicole Giron.

proporciones. Por otro lado tiene razón Riva en buscar los aspectos científicos del estudio de la historia; quizá sus planteamientos nos parezcan tan extravagantes como las levitas y los sombreros de copa, pero son sin duda el antecedente de las nuevas visiones, más ricas y complejas en su aspecto teórico y metodológico, aunque ciertamente más pobres como narraciones, que conocerá el siglo XX.

Las "Consideraciones generales"

Al final del tomo de Riva hallamos una suerte de conclusiones que son en parte la síntesis final de su investigación, pero a la vez miran hacia el futuro y hacia la manera en que se escribirá la historia en los años por venir. La influencia del positivismo es mucho más patente aquí que en los inicios del tomo, lo cual no entraña una contradicción sino que responde al propio proceso de escritura de este volumen y del conjunto de su obra; ya antes insistimos en que Riva es un ecléctico y no un dogmático. En consecuencia al estudiar a este autor hay que tener siempre en cuenta que él es un pensador que no cesa jamás de estudiar y en su afán de estar al día va cambiando, va modificando pensamiento.[64] Es mirando al futuro que afirma Riva:

[64] Un ejemplo de su facilidad para absorber las ideas del ambiente y luego dejarlas, como si fueran un abrigo viejo, es el texto titulado Cuentos de un loco, que escribe en 1872 a su regreso de Europa. Pues bien, en ese texto Clementina Díaz y de Ovando ha mostrado la grande influencia del krausismo, entonces muy de moda en España. Pero en ninguno de sus escritos posteriores se hace presente, de una manera clara y distinta, la filosofía de Krause. Cuentos de un loco puede consultarse en la Antología de Vicente Riva Palacio preparada por doña Clementina Díaz y de Ovando, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1993, 2a. edición (Biblioteca del Estudiante Universitario), p. 72-117. Sobre el krausismo la obra más accesible es la de Juan López Morillas, El krausismo español. Perfil de una aventura intelectual, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1956 (Sección de obras de filosofía).

> El período científico en que se encuentra hoy la humanidad ha dado un nuevo giro al estudio y a los escritos de la historia; no es ésta ya la simple narración de los acontecimientos ni el juicio más o menos acertado de los movimientos políticos y de la conducta de los hombres que han regido los pueblos o influido de alguna manera en sus destinos; altas consideraciones sociales sobre las evoluciones y sobre la marcha y progreso del espíritu humano, sobre el influjo de la ley de la herencia en el pasado y el porvenir de una nación, y sobre el estudio del complicado problema de la geografía política del mundo; investigaciones acerca de la relación que el territorio habitado y el medio vital tienen con los caracteres nacionales; estas son, en lo general, las grandes cuestiones que van preocupando cada día más a los modernos escritores. La historia detallada y minuciosa de los sucesos y de las personas va separándose de la historia sin personajes, y aunque mutuamente prestándose auxilios y siendo indispensables la una a la otra, es la segunda la que debe prestar positiva utilidad en lo porvenir, llevando por base las ciencias sociológicas y sirviéndoles al mismo tiempo a esas ciencias de centro y dirección.[65]

Hoy día estamos en una situación prácticamente opuesta a la de Riva. Eso que algunos llaman el regreso de la narrativa parece ser el reflujo del movimiento científico y sociológico cuyos inicios son patentes en el párrafo arriba citado. Aunque en cierta forma pareciera que Riva dice al lector: no hagas lo que yo hago, haz lo que digo. Pero como en historiografía hacer y decir vienen a ser lo mismo de nuevo tenemos al ecléctico. Sí, hay hombres que nunca cambian, digamos un Aguilar y Marocho, redactor de periódicos confesionales; en cambio otros son más dúctiles y, como algunos animales, se mimetizan con el entorno. Y está muy bien que diga Riva que la historia de acontecimientos y la historia sociológica son mutuamente "indispensables", tal vez lo ideal sería una combinación de ambas, un equilibrio entre lo narrativo y lo científico. Pero también es preciso reconocer que Riva sigue a la nave del Estado cuyo rumbo en aquel momento era en el sentido de fortalecerse, siendo el general Díaz el perfecto catalizador para equilibrar la lucha por el poder entre los distintos sectores, en las diferentes regiones. El

[65] VRP, México a través de los siglos, loc. Cit., t. II, p. 898.

nacionalismo pasa de moda y los escritores del modernismo cesarán de cantarle a la "tierruca",detestarán el didactismo y proclamarán la validez del arte por el arte. Por ello el eclecticismo de Riva es en el fondo un ropaje a la moda, pero el individuo kilos más, kilos menos, conserva la misma constitución. En las conclusiones, Riva sigue su plan doctrinario:

> Tiene la noticia de los pasados sucesos la importancia que puede darles el conocimiento por ellos adquirido de la índole, del carácter, de las costumbres, de la naturaleza misma de los hombres y de las razas entre quienes se han efectuado; pero el minucioso trabajo de narrar o aprender los detalles de aquellos acontecimientos, los nombres de los personajes y los mil incidentes ocurridos, por más que se tenga por obra de grande utilidad, sirve sólo para halagar la vanidad del escritor y la curiosidad del lector, dando copiosa fuente de inútil y laboriosa erudición. Los hombres obedecen al impulso de su época, y es ella la que determina su marcha, por más que quiera presentarse por la escuela histórica personalista a un hombre dando la dirección a un pueblo o a un agrupamiento decidiendo el rumbo por donde debe caminar en lo porvenir una nación o una raza. Las grandes ideas, las reformas trascendentales, las redenciones de los pueblos, son trabajos penosa y lentamente elaborados por una serie de generaciones, que comienzan a sentir primero la idea como una aspiración imposible, que la miran después como una utopía difícil, pero no irrealizable, y terminan por comprenderla como una necesidad ineludible.[66]

Quisiéramos destacar la parte final del párrafo anterior, en la cual se examina el proceso por el cual una sociedad toma conciencia de que ha llegado el tiempo de modificar el pacto social -primero como "idea imposible" y al fin como "necesidad ineludible"- lo cual muestra que Riva le da un gran papel a la esfera de las ideas y de lo que llaman ahora las mentalidades.[67] Más adelante Riva concibe un nuevo tipo de historia, que distinguirá al historiador propiamente dicho del mero cronista:

---

[66] Ibid., t. II, p. 899.

[67] Hemos dicho que la independencia es la gran obsesión del México... y los antecedentes de este proceso vienen de muy atrás; por ejemplo el levantamiento de Canek en Yucatán Riva lo mira como un "movimiento de independencia"; y en el tumulto de 1624 ve "los gérmenes de la independencia". Véase ibid., t. II, p. 813 y 582, respectivamente. Y sobre la huelga -la primera de todas- de los mineros de Real del Monte en el último tercio del siglo XVIII, dice Riva: "Todos estos movimientos no eran más que el gran síntoma del estado de los espíritus; comenzaba a agitarse la idea de la independencia, y sus primeras manifestaciones se presentaban con el carácter de tumultos aislados sin plan ni acuerdo". Véase ibid., t. II, p. 823.

> Los historiadores se ven precisados todavía a mezclar la historia filosófica de las razas y de los pueblos con la historia personal de sus gobernantes y de sus hombres públicos, porque así lo exige el gusto de la época, porque aún no está señalado el campo que debe separar en lo porvenir al cronista del verdadero historiador y porque aun los hombres más ilustrados no quieren dar fe a la historia de un pueblo, ni les satisface su lectura, ni aun la creen digna del nombre de historia, si no va señalando minuciosamente el nombre de los monarcas, el de sus mujeres, de sus ministros, de los generales que mandaban los ejércitos y hasta de los mismos favoritos del poder. Para conocer y comprender la marcha de la humanidad o de un pueblo no son los detalles los que deben presentarse, sino el movimiento, las tendencias, los choques de las grandes agrupaciones, que de no ser así tratados escaparían a la inteligencia, como no se podría conocer a un individuo si en vez de presentar el conjunto de sus facciones en un retrato, una por una fueran mostrándose estas, perfectamente dibujadas... Seguir el detalle es perder el conjunto.[68]

Lo que más interesa en este párrafo es que, al terminar su tomo, diga Riva algo parecido a esto: he escrito así este libro para que me entiendan, porque si lo escribiera como yo lo quisiera ni Pancho Sosa lo entendiera. Y no debemos tomar esto como un alarde, pues Riva había escrito bastantes páginas de historia, suficientes para tomarlo muy en serio. Entonces podemos decir que, en este punto, Riva atisba acertadamente el porvenir, aunque él sólo podía entenderlo de una manera vaga y no en la forma concreta en que todo sucedió. Al terminar su tomo tenía motivos para decir cuántos trabajos había pasado para escribirlo; pero, en lugar de ello, dice: esto es un libro hecho a la antigua, una mejor historia se escribirá en el porvenir.[69]

[68] Ibid., t. II, p. 901-902.
[69] Guillermo Prieto expresó alguna vez que su generación era la de los pioneros, que los frutos sazonados vendrían después. Apunte erudito de Nicole Giron.

Las meditaciones de Riva sobre las razas y el mestizaje son fundamentales en su teoría de la historia. Como hemos dicho veía a la historia de la Colonia propiamente hablando como perteneciente a la historia de España pero, a la vez, a partir de que nace el primer mestizo -generalmente hijo de español e india, dice el autor- se inicia el proceso histórico que conducirá a la independencia, es decir al nacimiento de un nuevo Estado entre las naciones. Pero tal como lo entendió perfectamente don Edmundo O'Gorman, a quien más adelante aludiremos, la raza mexicana era algo nuevo, distinto de lo indio y también de lo español. En palabras de Riva:

> Aquella clase [los mestizos], muy numerosa ya en la sociedad, que ni era india ni podía ser española, tuvo necesidad de amalgamarse y reconocerse como mexicana; no buscó aquel agrupamiento árbol genealógico con sus abuelos de ambas razas, que no le reconocían, y quiso y se formó un lugar por sí mismo en el mundo, dando a su ve ejemplo de no desconocer sus orígenes.[70]

Queda así aclarado el ambiguo término de "criollo" que usa Riva en las primeras páginas del tomo para referirse a la nueva raza: el gran personaje de la mexicana historia son los mestizos, como el propio Riva, como Porfirio Díaz (con la colaboración imprescindible de indios como Juárez y Altamirano). También vemos que la independencia es el asunto crucial del México... porque marca la realización de lo que era sólo un germen durante la Colonia, el nacimiento de un nuevo ser político, de Estado, que llevaría el nombre de México. Ahora bien, otra de las grandes aportaciones de Riva es su afán por "no desconocer sus orígenes", es decir los de la nueva raza mestiza:

> Pero para que esa nacionalidad [mexicana] llegase a existir, fue necesario que se formase la unidad territorial, y ésta la formaron conquistas de los españoles... A la luz del Derecho moderno la

[70] VRP, México a través de los siglos, loc. Cit., t. II, p. 905.

> conquista de aquellos países no puede sostenerse como justa; pero ante la filosofía de la historia, aquellas invasiones eran necesarias para preparar el advenimiento de una nación libre y fuerte en el Nuevo Mundo.[71]

Esta peculiar visión de la conquista como "necesaria" para cumplir un destino determinista: el surgimiento de la nueva nación (que sólo podía convertirse en un Estado independiente constituyendo una república) es lo que hace del México... una historia integral, que no sólo acepta sino que reconoce el papel que tuvieron las diferentes épocas, las diferentes razas en la invención de la nación. Aquí se ven superadas las posturas indigenista y colonialista, se amalgaman en una nueva visión que reconoce a ambas pero, a la vez, establece que la nueva nación, sin negar su herencia, fue algo nuevo, un ser político jamás antes visto sobre la faz de la tierra.[72] Y reconoce que la unidad territorial, lo mismo que la unidad de religión y de lengua -todo ello obra de los conquistadores- fueron poderosos auxiliares al "progreso", es decir a la construcción de la nueva nación.

Sin embargo para Riva la raza indígena, después del heroísmo de Cuauhtémoc, cayó en la abyección durante trescientos años y esta condición se convirtió en un "atavismo" de la raza:

> Una vez dominados por la fuerza de las armas los pueblos conquistados, el temor de mayores males les hizo aparentar también mayor resignación con su suerte; este disimulo con el transcurso de los años y de las generaciones convirtiose por la adaptación en un carácter

[71] Ibid., t. II, p. 905-906. Enseguida presenta Riva un ejemplo antiguo: Tiberio es presentado como un tirano vicioso "pero la filosofía de la historia mira en él al gran unificador del imperio romano, superior en eso al mismo Augusto". Véase ibid., t. II, p. 907.

[72] A diferencia de Europa, en que la independencia significaba recobrar una situación que había existido en el pasado "en las Américas españolas la independencia de la nación la conquistaba un pueblo enteramente nuevo sobre la haz de la tierra, una raza nacida del cruzamiento entre las razas americanas y europeas, que siendo descendiente de ambas, llevaba en sus caracteres físicos y morales los opuestos que había recibido de sus progenitores". Véase ibid., t. II, p. 914.

> de raza, y este carácter, profundamente arraigado ya, ha sido y es la más grave de las dificultades con que ha tropezado el pueblo mexicano para su organización política, porque la raza indígena presenta siempre una resistencia pasiva para entrar de lleno en el movimiento social y político de toda la nación, conservando como un rasgo hereditario la desconfianza y el fondo de tristeza de las tribus vencidas.[73]

Los indios fueron para Riva y su generación una especie de incógnita adicional que impedía despejar la ecuación nacional. Ahora los vemos de otra manera, porque el "progreso" al cual los indígenas presentaban resistencia condujo a su expoliación, y ellos viven hoy en las sierras más remotas y en los reductos más inhóspitos, y por razones de supervivencia se han integrado también al lumpen urbano y al de los braceros. Reducidos a formar parte de las corporaciones, las leyes de Reforma fueron un golpe brutal para las comunidades indígenas, pues si antes se les despojaba por medio de la violencia bruta ahora se actuaba siguiendo los dictados de la ley. Por ello la República liberal fue excluyente, dejó fuera de su proyecto político a la mitad de la población, por decir lo menos, y todo eso que dice Riva de los atavismos y el fondo de tristeza de la raza no viene a ser, en última instancia, a nuestros ojos, más que el impacto de la desigualdad sobre un patrimonio genético cuya influencia no descartamos enteramente. Y el bello proyecto de progreso y de una nueva nación, esa meta necesaria, al indio le ha aportado muy poco, cuando no lo ha perjudicado profundamente. Es claro que en este punto la distancia de nosotros con respecto a Riva parece acrecentarse, pero en realidad es siempre la misma y es sólo aparente la cercanía cuando tenemos con él comunidad de ideas en tal o cual aspecto. Comprender esto, más que regañar a Riva, es lo fundamental en lo que toca a los indios; y debemos ver en cierta indignación que nos provoca el evangelio

[73] Ibid., t. II, p. 914.

liberal que vivimos en la cárcel de nuestro tiempo, lo que hace a veces muy difícil la mirada objetiva, desprendida, científica.

Para Riva y su generación el tipo ideal, el "buen salvaje" parece ser el de un bucólico ranchero mestizo:

> Al lado de la población que vivía en las grandes ciudades habíase formado en el campo y en las montañas, con los labradores y ganaderos de la casta de los mestizos, un nuevo elemento social que tomó el nombre de ranchero; en esta clase, sobria, laboriosa y honrada, refugiábanse siempre las modestas virtudes, difiriendo enteramente en sus costumbres esos hombres y esas familias de las costumbres de las ciudades. Con poca instrucción pero con sagaz inteligencia, dotados generalmente de buena salud y vigorosa constitución, extremados jinetes, acostumbrados a resistir la intemperie y viviendo en corta sociedad, aquellos hombres han formado el núcleo de los soldados voluntarios que en todas épocas han luchado con abnegación por la independencia de su patria o por el triunfo de la libertad; de entre ellos han salido en su mayor parte los héroes de la historia moderna de México, y esa clase es hasta hoy depositaria del verdadero patriotismo e inquebrantable baluarte de la independencia de México.[74]

No tendría mucho caso verificar si todos los mestizos tenían todas estas virtudes, ni falta hace acudir a los archivos judiciales en busca de mestizos criminales para argumentar lo contrario, lo fundamental es comprender que aquí Riva está pensando en algo así como los "chinacos" o charros que pelearon en sus filas en Michoacán y contra la Intervención Francesa. Consideramos que el autor proyecta un tipo ideal, a una población totalmente mestizada que resulta -tal vez por obra de la Providencia- virtuosa como ninguna otra. Hoy día prácticamente toda la población de México es producto de una mezcla y aun en las comunidades indias, según se ha comprobado mediante exámenes sanguíneos, la inmensa mayoría de la población es mestiza. Resultaría más difícil demostrar que todos, o al menos la mayoría de los mestizos, tienen las virtudes cívicas

[74] Ibid., t. II, p. 733. Esta caracterización corresponde bien con la categoría de "serranos" que, en tiempos recientes, ha aportado Allan Knight. Apunte erudito de Jane-Dale Lloyd.

que el autor anhela; con todo, la literatura mexicana del siglo XIX y también del XX es abundante en ejemplos de estos "tipos" o caracteres, comenzando por el herrero Nicolás en El Zarco, la conocida novela de Ignacio Manuel Altamirano, llegando hasta las novelas de Martín Luis Guzmán, donde se refiere a unos combatientes como "la fina raza de Chihuahua"; y no debería descartarse la posibilidad de que Pedro Páramo pueda mirarse como una versión sublimada del "tipo nacional". La reflexión que se impone en esta cuestión es que la antigüedad, la inmensidad y la heterogeneidad del país produjeron una ausencia, una carencia, para el nacionalismo del siglo XIX: la base biológica, la unidad de raza de la que no podía prescindir una nación moderna. De este modo el impulso integrador del México... no se da sólo en el horizonte del tiempo que se unifica en cinco tomos, también en el eje vertical de la estructura sociorracial Riva impone orden, busca la unidad de intereses de millones de individuos con orígenes y medios de fortuna extremadamente diversos. Esta tarea, que atañe a las mentalidades colectivas y que es eminentemente política, bien podía examinarse desde el punto de vista sociológico siguiendo las ideas de Spencer y Comte. Pero es preciso recordar que Riva viene de una generación anterior, que había tomado la estafeta de la Academia de Letrán (1836), en la cual los intelectuales-políticos-soldados, como Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano y el propio Riva, producen de manera muy consciente una literatura y una historiografía "empeñadas" (como dicen en Brasil) en mejorar a la sociedad. Vista en conjunto la producción literaria del siglo XIX mexicano -en contacto siempre con otras expresiones de la cultura- es un reflejo de la sociedad, pero al mismo tiempo documenta el proceso de invención de esa misma sociedad. Es claro que la

construcción de la identidad nacional es un proceso "desde arriba", es decir que estuvo a cargo de una élite conocedora, pero tal vez deberíamos también considerar la posibilidad de que haya sido un proceso "desde atrás", con lo cual queremos expresar que no fue el Estado, relativamente consolidado después de 1867, el que desató la invención de la identidad nacional, sino que fue la invención de la cultura y la identidad nacionales las que abrieron el camino para la consolidación de ese Estado. Apuntamos esta hipótesis como un posible camino a futuras investigaciones, pero debe quedar claro que es una pregunta, no una respuesta. Lo que sí podemos decir con certeza es que el director del México... no tomó de extraño país su ideal del "tipo" nacional, ni lo concibió en mullido sillón de su rica biblioteca: fue en Michoacán, en medio de la balacera de la guerra de Intervención, que conoció a los mestizos que son los protagonistas de su magna obra. Riva tuvo como modelos a guerrilleros como Nicolás Romero, ex peón en las cercanías de Pachuca, ex obrero textil de Tlalpan, luego coronel republicano, realmente "extremado jinete" (le gustaba "menear el penco", según sus propias palabras), apodado por los franceses como "El león de las montañas", capturado al fin y, en capilla, cuando se le preguntó si deseaba los servicios de un sacerdote, contestó que prefería dormir. Pues sí, quien no se desearía un país poblado por puros chinacos, puros Romeros.

Fuentes

Riva alude, comenta o cita diversos tipos de fuentes en 1047 ocasiones. De estas 508 corresponden a historiadores antiguos (siglos XVI al XVIII) y modernos (siglo XIX), en tanto que 539 citaciones corresponden a documentos originales (incluyendo 3

periódicos). Aquí hablar de fuentes primarias es más complicado pues bajo el rubro "historiadores antiguos" entran todos los cronistas, y muchos de ellos fueron testigos presenciales de muchas de las cosas que narran (pero no de todas), siendo el mejor ejemplo Hernán Cortés y sus cartas de relación; otro rasgo común es que los cronistas apoyan algunas veces en crónicas anteriores, por cierto sin ningún sentido de propiedad literaria. No obstante podemos afirmar con toda certeza que Riva fundamenta su relato, su ensayo científico, apoyado principalmente en fuentes primarias. En seguida detallamos el tipo de fuentes y el número de citaciones que encontramos en el tomo II del México...

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

| | |
|---|---|
| Historiadores modernos | 140 |
| Historiadores antiguos | 368 |
| Documentos publicados | 350 |
| Documentos de archivo | 15 |
| Documentos copiados in extenso (cualquier origen) | 32 |
| Documentos en su poder | 47 |
| Documento de localización no especificada | 50 |
| Periódicos | 3 |
| Obras generales | 42 |
| TOTAL | 1047 |

Entre los historiadores modernos el más citado es el jesuita Andrés Cavo cuya obra, Los tres siglos de México, edición de Carlos María de Bustamante, se aprovecha expresamente en 33 citaciones; le sigue don Manuel Orozco y Berra, varias de sus obras,

17 citaciones; vienen después, con 16 citaciones cada uno, don Joaquín García Icazbalceta, también con varias de sus obras, y Eligio Ancona con su Historia de Yucatán. Ligeramente abajo está Francisco Sosa con su Episcopado Mexicano y sus Biografías de mexicanos distinguidos con 14 citaciones sumando ambas obras; más atrás está Ferrer del Río y su Historia del reinado de Carlos IIL en España con 8 citaciones; le sigue Lucas Alamán con su Historia de Méjico y sus Disertaciones con 6 citaciones sumando ambas obras; con 5 citaciones cada uno encontramos a Humboldt y su Ensayo político, Couto y su Diálogo de la historia de la pintura en México y Quintana con su Vida de fray Bartolomé de las Casas. Otros 9 autores son citados en menor número de ocasiones, lo cual da un total de 19 historiadores modernos citados.[75]

El contingente de los historiadores antiguos (siglos XVI, XVII y XVIII) es considerablemente mayor, pues suma 42 escritores. El más citado de todos ellos es fray Antonio de Remesal y su Historia de la provincia de San Vicente de Chiapas y Guatemala con 37 citaciones; le sigue fray Jerónimo de Mendieta y su Historia eclesiástica indiana con 34 citaciones; luego viene Motolinía y su Historia de los indios de la Nueva España, edición de García Icazbalceta, con 29 citaciones; en el cuarto sitio tenemos al jesuita Francisco Javier Alegre y su Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España, con 27 citaciones; y en calidad de empate está fray Pablo Beaumont con dos crónicas que se citan idéntico número de veces; Bernal Díaz del Castillo ocupa el quinto sitio con su Historia verdadera de la conquista de México, la cual se cita 24 veces; luego viene don Antonio de Robles y su Diario de sucesos notables con 17 citaciones; a

[75] La inclusión del padre Cavo, autor del siglo XVIII, entre los historiadores del siguiente siglo puede llamar la atención; pero, como se sabe, Bustamante al editarlo lo maquilló a la moda del XIX.

éste le sigue Matías Ángel Mota Padilla y su Historia de la conquista de la Nueva Galicia con 16 citaciones; algo más atrás encontramos a fray Antonio Tello y su Historia de a Nueva Galicia, edición de García Icazbalceta, con 11 citaciones; siguen en escalera Juan de Solórzano y Pereira y su Política indiana con 10 citaciones; y fray Agustín de Vetancourt, varias obras, con 9 citaciones; ligeramente abajo hallamos tanto a Francisco Javier Clavijero y su Historia de la Baja California, con 7 citaciones; como a Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán y su Historia de Guatemala o recordación florida, edición de Justo Zaragoza, también con 7 citaciones; y finalmente hallamos a tres autores, cada uno de ellos con 5 citaciones; Gregorio Martín Guijo y su Diario de sucesos notables; Antúnez y Acevedo y sus Memorias históricas sobre la legislación y el gobierno de los españoles en sus colonias en las Indias occidentales; y fray Bartolomé de las Casas y su Historia general de las Indias, manuscrito perteneciente a don Antonio Uguina. Otros 25 autores antiguos aparecen en menos de 5 citaciones. Es digno de mención que varios de estos historiadores antiguos fueron rescatados y publicados por eruditos del siglo XIX, entre los cuales destaca don Joaquín García Icazbalceta. También notamos que hace cien años se carecía de muchos materiales que ahora son de uso general; esto lo ilustra bien el hecho de que todavía leyeran a Las Casas en manuscrito.

En lo que se refiere a las colecciones de documentos publicadas en diversas épocas hay una tendencia muy clara: cuatro colecciones o fuentes constituyen, con 300 de un total de 350 citaciones, más del 85 % de ellas. Nos referimos a la Colección de documentos inéditos de Indias, con 186 citaciones; el Cedulario de Puga, con 43 citaciones; la Recopilación de las leyes de Indias, con 40 citaciones, y la Colección de documentos para la historia de México, editados por García Icazbalceta, con 31

citaciones. El 15 % restante está formado por las Instrucciones de los virreyes, con 16 citaciones; la Noticia histórica y procesos de la conjuración del marqués del Valle, con 13 citaciones; que empata con diversas Reales cédulas, también con 13 citaciones; finalmente hallamos las Cartas del marqués de Croix, editadas por Ángel Núñez Ortega, con 5 citaciones; sumadas a otras 7 fuentes que se citan menos de 5 veces cada una.

Otro rasgo de la investigación de Riva que parece extraño con respecto a las prácticas actuales es que en todo el tomo segundo del México... sólo se citen 15 documentos provenientes de archivos, en su mayoría del Archivo General de la Nación. Es difícil apreciar el lujo que significan los modernos archivos y la ventaja que tenemos en relación a nuestros antepasados. Reales cédulas, actas de cabildo, instrucciones de virreyes y algún juicio de residencia constituyen los 15 documentos de archivo que cita expresamente Riva, lo cual no cierra la posibilidad de que aprovechara otros documentos sin hacer una citación expresa.

El patito feo de nuestra clasificación son los documentos copiados in extenso porque no atienden al llamado principio de procedencia, ni a la época en que fueron producidos, pero quisimos averiguar cuánto espacio de su tomo dedicaba Riva a transcribir documentos de un modo amplio si no es que completo. Resultó algo curioso: principalmente en dos temas utilizó Riva el recurso de citar documentos in extenso, a saber, el capítulo sobre la expulsión de los jesuitas y la investigación sobre Walix, es decir Belice. Por lo que toca a esto último la explicación es que, por razones que ignoramos, la Casa Ballescá tenía en su poder un buen número de documentos sobre aquella región y las muchas disputas fronterizas que tuvieron lugar desde tiempos

coloniales.[76] En cuanto a la expulsión de los jesuitas de nuevo aparece como un capítulo estratégico, pues muestra que el conflicto entre la Iglesia y el Estado no fue un invento de los liberales del XIX, sino que desde mucho antes se había perfilado el rumbo que tomaría la disputa por el poder entre las dos instituciones. Entonces Riva decide publicar muy extensamente las instrucciones reales para la expulsión, tanto la general como particular de Nueva España, así como varias pragmáticas que incluyen, por supuesto, la célebre frase de Carlos III en el sentido de que los súbditos nacieron para callar y obedecer, y no para discurrir ni opinar en los altos "asumptos" del gobierno. De este modo Riva le saca partido doble al extrañamiento de los jesuitas: subraya la preponderancia del Estado sobre la Iglesia, a la vez que muestra a todo el mundo el despotismo del ilustrado monarca. Los padres de la Compañía, según lo documenta puntualmente Riva, padecieron mucho a causa de la expulsión, y también se muestra que la Corona llegó a prohibir incluso la expresión de cualquier opinión sobre el asunto, literalmente se ordenó callar y obedecer. El número de documentos (de todos los temas) citados in extenso es de 32 y ocupan un poco más de cuarenta páginas del tomo.

Hallamos también un buen número de documentos que se citan con fórmulas como "manuscrito original en mi poder" y todos ellos corresponden al capítulo sobre la Inquisición; suman 47 citaciones. Como ya se ha dicho Riva poseyó el archivo del tribunal desde 1861.

[76] No descartamos la posibilidad de que dichos documentos sobre Belice se hayan perdido para siempre, pues según nos dijo en vida don Ernesto Lemoine, el archivo de Ballescá se quemó. Entonces, tal vez los documentos rescatados en el México... no se hallen en ninguna otra parte. Dice Riva: "Todos los datos relativos a la colonia inglesa de Walix... los he tomado de los expedientes y documentos originales que existen en poder del editor de esta obra don Santiago Ballescá". Véase VRP, México a través de los siglos, t. II, p. 806.

También encontramos 50 citaciones imperfectas, es decir que el autor no indica el origen o la localización del documento citado. Se hacen, por otra parte, 3 referencias a periódicos y 42 citaciones de obras de temas generales. La variedad de éstas da cuenta de la universal curiosidad de Riva: Darwin (diversas obras), Bagehot (Lois scientifiques du developpement des nations dans leurs rapports avec les principles de la selection naturelle et de l'hérédité), H. H. Bancroft, (The Native Races), Howe (Anatomy of vertebrates), De Candolle (Plantas cultivadas), el jesuita Mariana (De rege et regis institutione), Beristáin y Souza (Biblioteca...), no podía faltar Renan (Qu'est-ce qu'une nation?), Blaserna (Le son et la musique), Berganzo (Inundaciones y desagües de México), Álvarez y Durán (Itinerarios y derroteros de la República Mexicana), Sigüenza y Góngora (Libra astronómica y filosófica), Pimentel (Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México). Entre otras obras que incluyen, por supuesto, los diccionarios: García Cubas (Cuadro estadístico y descriptivo de la República Mexicana), Alcedo (Diccionario geográfico histórico de las Indias), sin faltar el Diccionario de la lengua castellana (edición de 1739) y el Diccionario universal de historia y de geografía (México, 1854).

En otras ocasiones, como ya hemos señalado, los datos sobre la fuente están incompletos, acaso porque en aquella época no cursaban "Metodología y técnicas de la investigación histórica". Otras veces la fuente es aun más vaga: "dicen las crónicas" (p. 27), "según los datos más antiguos" (p. 3l), "piensan algunos historiadores" (p. 70).

Hasta ahora nos hemos concentrado en lo que podríamos llamar la anatomía de las fuentes, pero tal vez más importante sea la fisiología de las mismas, es decir lo que llamamos comúnmente la crítica de las fuentes. En este aspecto es preciso recordar que Riva se familiarizó con los documentos coloniales desde que recogió el archivo

inquisitorial en 1861, aunque también cabe la posibilidad de que años antes hubiera ya manejado otros documentos históricos, nos referimos a los del Ayuntamiento de México del cual fue secretario en 1855-1856 y, como hemos dicho, encargó que se hiciera el primer índice alfabético del archivo histórico de la corporación. Presumimos que contaba Riva con ayudantes paleógrafos, que en este país siempre se han necesitado sobre todo para aclarar asuntos de viejas propiedades cuyos títulos de propiedad datan de la Colonia. En cualquier caso Riva tuvo un trato directo y continuado con las fuentes originales de la Colonia y eso garantiza que su lectura y los traslados que de ella hace son bastante correctos, confiables. Esto en cuanto a la crítica externa.

La crítica interna también la practica de manera relativamente constante y nos muestra la peculiar manera de leer de su época. Ya desde la "Introducción" señaló Riva como fuente muy principal a los cronistas coloniales y en el segundo capítulo del libro primero nos deja saber su idea general de ellas:

> Generalmente todas las relaciones de esta clase descubrimientos, lo mismo que las de los itinerarios de los misioneros, llenas están de acontecimientos fantásticos y maravillosos, o cuando menos de exageradas descripciones, y con dificultad puede escogerse entre lo que es obra de la imaginación y lo que constituye el relato de la verdad. Ni es extraño que tan perplejo se encuentre el ánimo de quien tales noticias lee y examina después de tantos años, cuando relaciones de exploradores y misioneros hicieron creer a los primeros conquistadores y virreyes, causando con esto no pocas turbaciones, en la existencia de Cíbola y Quibiría y otras muchas ciudades fabulosas, cuyos edificios estaban cubiertos de oro y plata y que decían haber hallado en terrenos que, explorados después, aparecieron ser pequeñas y tristes poblaciones o campos incultos y desiertos.
>
> Pero siguiendo el más prudente camino en el juicio de esas relaciones, puede admitirse que los hechos en general son verdaderos, aun cuando en los detalles, sobre todo en las maravillas de riqueza y en los discursos que se ponen en boca de personajes, haya más de fantasía que de verdad.[77]

[77] Ibid., t. II, p. 27.

Resulta, pues, que al inicio de su libro Riva, con una honradez que no todos tienen, plantea a sus lectores el problema: en las crónicas coloniales hay mucho de fantástico; menciona también la distancia de "tantos años" que nos separa de aquellos cronistas y cómo dichas fantasías extraviaron incluso a los contemporáneos. Pero para su libro son imprescindibles esas crónicas a la vez que para sus lectores es preciso saber que tiene en su mano un libro de historia y como tal empeñado con la verdad. Entonces concluye que con un prudente juicio "puede admitirse que los hechos en general son verdaderos", aunque los detalles sean más fantasiosos que ciertos. Esta postura implica que la verdad algo tiene de suyo evidente que permite reconocerla y aprovecharla al tiempo que el error es, a su vez, evidente y se deshecha; también supone que hay en las crónicas varios discursos y que se puede rechazar unos y rescatar otros. La lectura del excelente libro de Alfonso Mendiola,[78] nuestro maestro en los cursos de doctorado, permite reconocer los límites de la lectura tradicional de las crónicas, que tal vez aún exista. Mendiola nos muestra que todo libro es solidario consigo mismo, es decir que no se puede dar por cierto un capítulo y por falso el siguiente ya que el criterio de la verosimilitud no es un criterio confiable; un libro forma sistema y no puede ser y no ser al mismo tiempo. Lo que debe hacer el historiador, propone Mendiola, es considerar que el autor -en su caso Bernal Díaz- tiene un horizonte de expectativas diferente, de hecho muy diferente al nuestro. El error tradicional ha consistido en imponerle a los cronistas las determinaciones de nuestra época, de nuestro mundo, cuando que lo que hace falta es salvar la distancia -reconstruirla- que nos separa de Bernal Díaz y entonces comparar y

[78] Bernal Díaz del Castillo: verdad romanesca y verdad historiográfica, Comisión Puebla Quinto Centenario, Gobierno del Estado de Puebla / Universidad Iberoamericana, México, 1991.

contrastar su visión del mundo y la nuestra. Uno de los ejemplos que da Mendiola es la fama de "verdadera" que tiene la crónica de Bernal lo mismo que la sorprendente memoria de su autor, que le permite describir hasta los colores de los caballos que montaban los conquistadores; pero, en el capítulo siguiente, el cronista escribirá que en cierta batalla fueron auxiliados los españoles con la aparición del apóstol Santiago. El lector tradicional dice: lo de la aparición pamplinas, pero lo de los caballos sí es muy verdadero. Esta lectura no toma en cuenta que para Bernal ambas cosas eran perfectamente ciertas, pues en su mundo una aparición era casi normal, por más trabajo que nos cueste a nosotros creerlo. Concluye así Alfonso Mendiola que hoy día no es posible hacer una lectura directa, literal, prácticamente de ningún texto; esa estrategia conduce sin remedio a imponer al pasado las determinaciones de nuestro mundo, y lo que es preciso es reconstruir la distancia que nos separa de los textos, que naturalmente será mayor al aumentar la distancia en el tiempo.

Comentaremos ahora algunas de las más explícitas críticas de las fuentes que hace Riva. Sobre una de las cartas de relación de Cortés dice que hay dos dificultades:

> La primera, es lo mucho que se divaga en pormenores, defecto natural de quien escribe propios hechos con interés de presentarlos grandes, y la segunda, la poca seguridad que hay en la exactitud de los nombres propios de poblaciones y personas que a cada paso escribe completamente desfigurados.[79]

Con el padre Alegre y su historia Riva no escatima el elogio a la vez que recomienda el apoyo permanente de los documentos en una narración histórica:

[79] VRP, México a través de los siglos, loc. Cit., t. II, p. 115.

> Alegre es minucioso y procura seguir en sus trabajos a los misioneros de la Compañía, describiendo el país, las tribus que lo poblaban y las costumbres de las gentes que las componían. Además, cuida siempre de insertar en su Historia los documentos que prueban la verdad de su dicho, sin pretender en lo general que en cosas de importancia se le crea sólo bajo su propio testimonio, defecto muy común en algunos historiadores, que produce, además de la justa duda del lector, la dificultad de encontrar el origen de noticias que se le dan como ciertas, y prueba o poco estudio en el que escribe o extremada fatuidad, suponiendo que basta su dicho para fundar una verdad histórica, cuando apenas testigos presenciales y libres de toda sospecha pueden merecer tal honra de parte de la moderna ilustración.[80]

En cambio Mota Padilla no le entusiasma ni siquiera un poco, pero quizá en este caso Riva cae en el defecto que O'Gorman llamaba "regañar a los muertos", deporte harto inútil en el que el adversario -ya fallecido- no tiene derecho de réplica:

> Mota Padilla, en toda la parte de su historia desde el principio hasta el punto en que encuentra fragmentos de la Historia de la Nueva Galicia, escrita por fray Antonio Tello, contiene muchas inexactitudes, omite fechas importantísimas, equivoca las que llega a estampar y pretende suplir su falta de conocimientos y de estudio de esa época, en la que no pudo valerse de fray Antonio Tello, con exageradas descripciones, con novelescos y legendarios episodios y con pormenores y detalles fantásticos, inútiles y ridículos.[81]

En muchos puntos Riva es erudito, de buena ley, y compara y contrasta las fuentes como aconseja el viejo método filológico:

> García del Pilar, intérprete, nahuatlato, como decían los mexicanos, o lengua, como llamaban los españoles a los intérpretes, dice en una relación que Nuño de Guzmán mandó llamar a Caltzontzín en Tzintzuntzan y allí le prendió; lo mismo refiere un testigo presencial en la cuarta relación anónima de la jornada de Nuño de Guzmán; [Colección de documentos de García Icazbalceta, t. II, p. 294 y 463.] pero el mismo García del Pilar en su declaración, 24 de enero de 1532, [Beaumont, Crónica de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, 1ª parte, lib. 1, cap. XXI. Declaración de García del Pilar.] y Pedro de Carranza, en su relación de la jornada de Nuño de Guzmán, año de 1531, refiere que Nuño llevó preso desde México a Caltzontzín, a quien

[80] Ibid., t. II, p. 895.
[81] Ibid., t. II, p. 204.

> había mandado llamar anticipadamente, que en Ixtlahuaca le hizo poner grillos y que al llegar a Tzintzuntzan le encerró encadenado en un cuarto inmediato a la cámara en que él dormía; [Documentos inéditos de Indias, t. XIV, p. 347.] y esta última versión es la más cierta, porque cuenta en su apoyo con las constancias del proceso de Nuño de Guzmán.[82]

La visión hasta cierto punto centralista, en torno a los virreyes y los acontecimientos de la capital, se aminora con relatos de otras partes y Michoacán es para Riva un lugar especial pues ese fue el escenario de su guerrilla durante la Intervención Francesa. Y también, como dice Croce, es la de Riva una historia contemporánea pues no tenía otros ojos con qué mirar que los de su época, y así al hablar del segundo concilio mexicano destaca que entonces "comenzó a establecerse en México el fuero privilegiado de los eclesiásticos, que tres siglos después ha sido uno de los motivos de larga y sangrienta guerra civil".[83]

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

La lectura de Santiago Ballescá

El editor Santiago Ballescá, primer lector de la obra es muy reservado al referirse al tomo de Riva en la correspondencia que con él sostenía; es parco, pero siempre elogioso:

> Cada día aumenta el interés del tomo 2º. Deje usted que esté completo y la gente lo lea aquí y fuera del país.
>
> Tengo el gusto de enviarle pruebas del "Altar de los reyes" y de los "Escudos" [de ciudades mexicanas]: creo que le gustarán. También va el prospecto que se ha hecho para la América del Sur. En estos momentos se reparte la obra en todas partes. Pronto recibiremos los artículos de la prensa.[84]

[82] Ibid., t. II, p. 347
[83] Ibid., t. II, p. 377-378.
[84] Santiago Ballescá, "Cartas del editor de México a través de los siglos" loc. Cit., carta de Santiago Ballescá a VRP, México, junio 28 de 1884, p. 136.

Otra noticia: escueta pero interesante, pues nos informa de la fecha en que se terminó de imprimir el tomo de Riva (octubre 14 de 1886): "Como verá usted por el anuncio que acompaño, han concluido los dos tomos. Con este motivo estoy haciendo una nueva y activa propaganda, de cuyos resultados no puedo todavía decir a usted nada".[85]

Para el 30 de marzo de 1889 Ballescá le anunciaba a Riva: "El México quedará terminado el mes que entra..."[86] Y en una carta de abril 15 el mismo agradece a Riva lo que hizo para llevar a buen término la empresa y deja claro, a nuestro modo de ver, que el editor era Ballescá, pero el general era el general:

> "Cayó el rico imperio de Moctezuma..." [palabras iniciales del tomo de Riva], dijo no recuerdo quién, y yo agrego:
>
> Pero se salvó la obra México a través de los siglos y con ella el honor de un papelero al que no pudieron hacer mella la audacia de aventureros sin inteligencia y sin decoro etcétera [sic].
>
> Un millón de gracias por todo lo que debo a usted.[87]

Y en carta posterior dirá: "Si todos los tomos del México fuesen como el segundo, otro fuera el nombre de esa obra".[88]

Un último comentario sobre Ballescá. En repetidas ocasiones le ofrece a Riva editar sus memorias, tan pronto como este último las escriba. Según parece éste consideró por largo tiempo la idea, llegó a prometerle a Ballescá que las escribiría y al fin la desechó; en sus últimos diez años Riva escribe poco, básicamente sus Cuentos del

[85] Ibid., carta de Santiago Ballescá a VRP, México, octubre 14 de 1886, p. 141. En carta posterior a VRP, México, junio 30 de 1887, p. 142, dice Ballescá: "El señor Zárate ya terminó su tomo".
[86] Ibid., carta de Santiago Ballescá a VRP, Barcelona, marzo 30 de 1889.
[87] Ibid., carta de Santiago Ballescá a VRP, Barcelona, abril 15 de 1889, p. 150.
[88] Ibid., carta de Santiago Ballescá a VRP, Barcelona, noviembre 7 de 1890, p. 160.

general, en cambio, como si le faltara un oficio más a la amplia colección que tenía, se hizo pintor y ello es causa de un reclamo de Ballescá:

> Desde que cambió la pluma por el pincel le ha entrado esa flojera que antes no se le conoció a usted. Las bellas letras deben de tener ojeriza a las bellas artes por causa de usted. Yo no me opongo a que siga usted rindiendo culto a aquella afición; pero, hombre, ¡que comamos todos! como dice el sepulturero de "A casarse tocan".[89]

En suma, para Ballescá el tomo de Riva es el mejor de la colección, pero establece el hecho sin desarrollar propiamente el argumento.

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

La lectura de Justo Sierra

La postura de Sierra es favorable para el México... en su conjunto, si bien el tomo de Vigil es el que menos le gusta. Sus opiniones sobre el tomo segundo son las siguientes:

> La parte encomendada al señor Riva Palacio era quizás la más importante de todas, aunque la menos dramática y pintoresca. Los tres siglos del gobierno colonial, exceptuadas sus dos extremidades: la que se desprende de la conquista y la que se pierde en las convulsiones de la gran insurrección de 1810, son monótonos, áridos; la historia en ellos tiende a retrogradar hacia la crónica y la crónica a pulverizarse en efemérides; sólo un esfuerzo superior podía extraer del hacinamiento de materiales referentes a la vida superficial de la sociedad y al movimiento uniforme del mecanismo administrativo armado aquí por España, una buena narración explicada de los sucesos, una regular historia pragmática, en suma.[90]

Sierra percibe bien la importancia de la etapa colonial, pues el juicio que se haga de ella determina el concepto, el ser de México. Hace eco además de la idea inveterada de

[89] Ibid. supra, p. 159. Hemos tenido la oportunidad de conocer a una familia que desciende de Josefina BROS, la esposa de Riva, que conserva la correspondencia que él le escribió cuando eran novios. Además me mostraron dos cuadritos de pequeño formato, tamaño esquela, firmados por Riva, son unos pasajes naïve y tienen cierto encanto, nada del otro mundo.

[90] Sierra, "México a través de los siglos", loc. Cit., p. 184.

la monotonía y aridez de la historia de la Colonia, lo cual se entiende por ser la historiografía de aquella época de corte eminentemente político y era poco el partido narrativo que se le podía sacar; pensamos que en este punto se percibe también la huella de una retórica de la historia convencional -que tenía su origen en los clásicos antiguos- que iba dirigida a lectores que querían aprender historia, pero esperaban de entrada una narración interesante, con el colorido de la verdad y con peripecias que sacaran a la luz el drama humano. En cuanto a ser el tomo de Riva "una regular historia pragmática", nos preguntamos: ¿pragmática para quién? Y la única respuesta que se nos ocurre es que fuera pragmática para el "príncipe", en el sentido de que argumentando un origen común se fortalecería el Estado del presente y del mañana. Pero en el párrafo siguiente Sierra nos da una idea más clara de su apreciación del México...:

> Hombre capaz de ponerse a la altura de cuanto emprende, lleno de entusiasmo y de fe, cualidades que suelen negarse a la familia mestiza, de la que el señor Riva Palacio es uno de los más conspicuos representantes, familiarizado con todas las disquisiciones de la ciencia, artista por instinto, filósofo por insaciable y desordenada curiosidad, como la de todos nosotros los hispanoamericanos, no podía contentarse con un trabajo que, en los límites que hemos apuntado, tenía que ser de segunda mano. Otra era visiblemente su ambición; penetrar en las causas de los fenómenos históricos, analizar sus elementos, seguir en sentido inverso su evolución, trazando a grandes rasgos al fin de cada período, el cuadro de nuestro estado intelectual, moral y económico; relacionarlo todo con la historia de la metrópoli, tal era el plan de la obra. Entonces, bajo la dormida superficie del lago, se descubre la vida intensa de los organismos inferiores, se ven flotar las raíces de la planta colonial, aspirando todos los jugos, asimilándose todos los gérmenes, y el drama humano se revela en la sombra con algunos de sus más conmovedores caracteres.[91]

Aquí Sierra señala o reconstruye los objetivos, las metas que se fijó Riva al escribir su libro. A la vez alude a la condición racial del autor del tomo segundo, es decir

[91] Ibid., p. 184-185.

el ser mestizo, pero un mestizo excepcional "lleno de entusiasmo y de fe" virtudes que, según Sierra, no se presentan normalmente en esa raza. Pondera en seguida la ambición muy alta que se fijó Riva y que le permitió entender a profundidad lo que otros sólo atisbaron superficialmente. Pero luego Sierra agrega otras reflexiones que parten del elogio para no herir con la crítica que tiene preparada:

> Nadie dudaba que el señor Riva Palacio fuese capaz de llevar a buen término tamaña empresa; a pocos entre nosotros les conocemos aptitudes más propias para ello; tampoco diremos que su programa haya quedado plenamente realizado; hay, en verdad, aquí y allí, capítulos magistrales, aquí y allí el historiador ha mostrado de lo que es capaz, manipulando el documento, clasificando el hecho y haciendo hablar entrambos el verbo de la verdad y la vida; los capítulos sobre la propagación del cristianismo, sus consideraciones sobre la Inquisición, algunos trozos de sus cuadros seculares pueden contarse entre lo mejor que la literatura histórica en América ha producido. La introducción, que nosotros vimos escribir, no encierra por cierto gran novedad, sino bajo la pluma de un neomexicano, por la soberanamente justa apreciación que hace de la gran Isabel de Castilla y por lo bien que el siglo XVI parece sentido y comprendido por el autor.[92]

Inferimos de lo que con sumo tacto dice Sierra que, al lado de "capítulos magistrales", obviamente hay otros que no lo son. En cuanto a la escasa novedad de la "Introducción" (escrita con fuerte carga de teoría) tal vez tenga razón Sierra y ya en otra parte de este trabajo llamamos la atención sobre las estupendas reflexiones de Larráinzar y de Vigil, que presentan muchas ideas -como la del mestizaje- que Riva retomará. Sin embargo los proyectos de estos dos historiadores, que nos parecen muy importantes, no dejan de ser eso: proyectos, libros en potencia; en cambio el México... es la realización de una obra cumbre, lo cual tiene, a nuestros ojos, un mérito considerablemente mayor

[92] Ibid., p. 185.

(que a Vigil le toca también en justicia). Por último Sierra explica los aspectos más débiles del tomo de Riva:

> En cambio, todo el libro se resiente de cierta rapidez en la ejecución, de cierta facilidad improvisadora, que quita un poco de lastre a las teorías, hace inseguro el método empleado y suele inspirar desconfianza respecto de las conclusiones. No seremos nosotros quienes reprochemos al autor cierto alarde de erudición científica, al contrario, cuando esto se hace con sinceridad y sin pedantería, y nada menos pedante aun por temperamento que el señor Riva Palacio, sirve para orientar al lector poniendo de manifiesto los fundamentos del criterio del historiador. Nos atrevemos, sin embargo, a sentir que haya cierto sabor de asimilación incompleta en algunos capítulos de las digresiones étnicas y antropológicas y alguna precipitación en las aplicaciones. Así y todo, esta parte de la obra, sobre la que procuraremos luego ser más explícitos, es, en conjunto, enteramente superior a cuantas historias de la edad colonial conocemos.[93]

Un positivista como Sierra, quizá con buenas razones, se resiste a dar fe a las "digresiones étnicas y antropológicas"; además este crítico es oriundo de una región -la península de Yucatán- en donde la población era mayoritariamente indígena y, lo que es más, en esa región se desató una guerra de castas muy intensa, a mediados del siglo XIX, y por el resto de esa centuria se mantuvo como guerra de baja intensidad y amplias regiones de la península, especialmente en el actual estado de Quintana Roo, no reconocían a las autoridades yucatecas. Por cierto Riva y Sierra sostuvieron un debate en la Cámara de diputados en el año de 1880, al que ya hemos aludido, respecto al permiso solicitado por el arqueólogo francés Désiré Charnay, para sacar del país cierto número de piezas arqueológicas. Sierra defendió la iniciativa de aprobar la solicitud del interesado, en cambio Riva (y la gran mayoría de los diputados) se opusieron. Las intervenciones de Riva fueron las más radicales:

[93] Ibid., p. 185.

> Señores: Confieso que estoy profundamente conmovido. Yo amo la ciencia, pero del patriotismo tengo una idea salvaje si se quiere, porque prefiero el incendio antes que la dominación del extranjero. (Aplausos.) No vengo atacando esas grandes civilizaciones que nos van a traer la luz a México; es verdad que esas grandes sociedades están haciendo profundos estudios sobre nosotros, pero estos estudios no los hacen sólo por amor a la ciencia, porque también en todo esto entra la especulación que unas veces tiene buen éxito y otras malo. Pero que no se nos venga a decir aquí que porque son tesoros escondidos, nosotros debemos entregarlos; que se nos compare con Egipto en su decadencia y con la India en la barbarie; que se nos venga a decir que todo eso puede aprovechar a la ciencia europea, y por esto debemos permitir que se exporten fácilmente todas nuestras preciosidades... Señor, yo no lo puedo consentir. Yo todavía le lloro a la California, aun cuando la California sea una gran ciudad, porque me acuerdo de que ésta era parte de mi patria, y que esta parte la hemos perdido. (Aplausos.)[94]

Por las razones arriba expuestas es muy probable que Sierra tuviera una idea de lo indígena, ligeramente distinta a la de un capitalino como Riva. Por más que las teorías antropológicas de éste sean francamente excéntricas, han sido numerosos los pueblos que se han considerado el ombligo del mundo, que se han nombrado los "hombres verdaderos"; a final de cuentas todo esto no es sino una forma de patriotismo, o mejor dicho de etnocentrismo, por más que como ciencia sea débil. Concedemos, Riva es demasiado atrevido en estas cuestiones, pero produce en nosotros un efecto desagradable comprobar que la hipótesis de Riva no es echada abajo por otra hipótesis más perfecta y mejor fundada; simplemente se le descalifica, por racismo.

[94] Diario de los debates de la Cámara de Diputados. Año de 1880, Tipografía literaria de F. Mata, México, 1880; este opúsculo es apéndice de Clementina Díaz y de Ovando, Memoria de un debate (1880). La postura de México frente al patrimonio arqueológico nacional, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1990. La generación de Riva menciona con poca frecuencia la invasión norteamericana y, en cambio, con muchísima frecuencia a la francesa; la victoria sobre la segunda silenció el trauma de la primera. No obstante Jesús Velasco y otros autores han señalado que el mencionado trauma sirvió para que los mexicanos cobraran conciencia de su verdadera y difícil situación. Poco antes de que se publicara el México... José María Roa Bárcena dio a la imprenta sus Recuerdos de la invasión norteamericana 1846-1848 (1883), libro muy leído entonces y ahora.

El balance final que hace Sierra del México... es muy positivo, con todo y los defectos que a su parecer tienen los diferentes tomos y en especial el aparato crítico:

> Nuestra impresión, en resumen, respecto de México a través de los siglos es, en dos palabras, la siguiente: la obra representa el estado actual de nuestros conocimientos respecto de la historia de nuestro país; marca el fin de un período de trabajos, en muchos años, lo repetimos, nada igual podrá intentarse siquiera. Después de un cuarto de siglo de analizar las épocas y los hombres que viven en nuestra historia, aplicando los modernos métodos de investigación y examen, después de un cuarto de siglo de monografías y biografías fundadas en documentos libre y profundamente estudiados, pudiera rehacerse una obra que resultaría no mejor, tal vez, pero de seguro diferente.[95]

La lectura de Edmundo O'Gorman

No debe sorprender que Edmundo O'Gorman se refiera al México a través de los siglos en cierto estudio de la Revolución Mexicana.[96] Lo decimos porque, como historiador de altura, con toda naturalidad salta la valla que la fecha "1910" marcaba en

[95] Justo Sierra, "México a través de los siglos", loc. Cit., p. 190. Debemos añadir la discrepancia de Sierra respecto al uso del aparato crítico y las citas de documentos: "Y para cerrar con una pequeña "chicana" éste, que no es por cierto un juicio crítico, sino un breve conjunto de reflexiones nacidas de la primera lectura, permítannos los historiadores de México a través de los siglos (porque la crítica no va solamente enderezada al señor Chavero), que extrañemos el sistema de incorporar el aparejo erudito, la documentación sólo propia de apéndices, los excursus o disertaciones complementarias en el texto mismo. Esto, tras de fatigar al lector, es un grave defecto de composición. Los resultados sustanciales, en el texto; las referencias y las indicaciones indispensables, en las notas; el material importante que ha servido para el trabajo, en los apéndices, este es el buen sistema, perfectamente conocido de los autores a quienes nos dirigimos. Por no haberlo empleado, obligados quizás por exigencias editoriales, resulta que la obra parece un edificio al que se le hubieran dejado los andamios". Ibid., p. 184. Subrayado nuestro.

[96] Edmundo O'Gorman, "La historiografía", en México: cincuenta años de Revolución. IV La cultura, Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

principio para el ensayo que comentaremos, de acuerdo con la encomienda del presidente de la República.[97] Y no deja don Edmundo de explicar sus razones:

> La Revolución Mexicana no es, como no lo es nada, un fenómeno de generación espontánea, algo milagroso que, habiendo reducido a cenizas un régimen caduco y podrido, nada le deba al pasado. Afirmando enérgicamente los anhelos que explican el triunfo del movimiento iniciado en 1910 y la apertura que ese triunfo significó para ideas nuevas valientemente traducidas a instituciones y programas de acción social nunca antes ensayados, es necesario ver que en todos los órdenes, pero peculiarmente, por su índole, en el relativo a la esfera intelectual, la Revolución hunde raíces en el pasado que la vinculan, no ya tan sólo al devenir nacional, sino, más amplia y generosamente, al gran proceso de la historia universal. Visto así, es fácil remover el mayor obstáculo que se ha ofrecido a la comprensión objetiva de aquel movimiento, porque únicamente de ese modo es posible superar la estéril y dañina contención entre quienes, por mal entendida exigencias de bandería, se sienten obligados a condenar en masa el inmediato pasado para exaltar el presente y quienes, por parecidos motivos, se ven constreñidos a situarse en la posición opuesta. Aceptemos, pues, la evidencia de la Revolución como un bien; pero no por efecto del contraste con una maldad supuestamente inherente a la época de los abuelos, sino por el de una mayor madurez histórica que malamente se les puede exigir.[98]

Supongo que pocos párrafos de nuestra rica historiografía están tan cargados de sentido como el anterior que consigue establecer en pocas palabras que:

A) La Revolución Mexicana no puede explicarse por una generación espontánea.

B) La Revolución trae consigo muchas novedades (no dice triunfos).

C) Pero especialmente en la "esfera intelectual" tiene hondas raíces en el pasado.

[97] El propósito de esta obra sería, según carta de don Adolfo López Mateos de 3 de agosto de 1960, invitando al autor a colaborar: practicar una "meditación honesta y patriótica tendiente a determinar en forma sistemática los avances y logros de México, dentro del régimen de la Revolución". Citada en ibid., p. 194.
[98] Ibid., p. 193.

D) Dichas raíces vinculan a la Revolución con la historia nacional pero también con la universal (es decir que la Revolución tiene significado no sólo para los mexicanos sino para todo el mundo).

E) Así es fácil superar la visión de quienes "condenan en masa el pasado inmediato" y de quienes sostienen la postura opuesta.

F) Finalmente acepta "la evidencia de la Revolución como un bien", pero no por oposición a una supuesta maldad de los abuelos, sino como producto de una "mayor madurez histórica".

Es bonita esta reivindicación del Porfiriato pues no la logra -eso no sería un triunfo- condenando a la Revolución -que, al contrario, acepta como un bien- sino asignando a cada etapa un lugar en la historia, no sólo en la mexicana sino en la universal. De este modo, no puede decirse que los hombres o los gobiernos de la Revolución sean esencialmente mejores que los del Porfiriato, aunque sin duda es ésta una etapa histórica más madura, que tiene a su favor "ideas nuevas valientemente traducidas a instituciones y programas de acción social nunca antes ensayados" y si no señala éstos como triunfos (o fracasos) es porque en 1960 aún no era posible hacer el balance definitivo de la Revolución. Si se considera que este ensayo de O'Gorman es respuesta a una carta-invitación del presidente en turno, se tendrá un ejemplo estupendo de cómo puede trabajar un historiador en los límites del Estado -nunca fuera de él- sin traicionar a la ciencia y cumpliendo una función educativa, sin ser fiel sirviente o esclavo vil del gobierno, aun de su representante más elevado.

En la búsqueda de las raíces de la historiografía del siglo XX O'Gorman comenta rápidamente sus expresiones coloniales y las dos tendencias opuestas que favorecieron -con cierta contaminación mutua- en el siglo XIX los historiadores liberales y los conservadores, respectivamente el indigenismo y el colonialismo. Esta dicotomía se altera en el Porfiriato, especialmente por la publicación de México a través de los siglos, a la cual califica de entrada como "una de las obras más notables de la historiografía, mexicana".[99] Y luego dice filosóficamente, llevándonos de la mano: "Veamos de qué modo va a enfrentarse esa nueva época en ese libro al dualismo en que se venía debatiendo la definición del ser del pueblo mexicano".[100]

O'Gorman extrae los elementos de su análisis del prólogo del tomo de Chavero (Historia antigua y de la conquista) y de la introducción y las conclusiones del tomo de Riva. Comenta el aserto de Chavero en el sentido de que José Fernando Ramírez y Manuel Orozco y Berra, y él por supuesto, representan al "nuevo sistema de historiar" según palabras de Chavero. Se valora positivamente el mundo indígena que bien puede compararse con muchas de las civilizaciones antiguas. Algo parecido -señala O'Gorman- habían dicho ya el padre Las Casas o Francisco Xavier Clavijero, pero la novedad de Chavero (y de Riva) consiste en "la consideración de ese antiguo pasado indígena, no sólo ya como digno y valioso, sino como algo propio de la historia mexicana moderna; como un devenir, pues, consustancialmente vinculado al devenir nacional. Se trata de su primer gran capítulo."[101] Pero O'Gorman aclara que la independencia, en el México..., no significa que el pueblo emancipado sea el mismo a aquel en que vio la luz

[99] Ibid., p. 198.
[100] Ibid.
[101] Ibid., p. 199.

Cuauhtémoc (la vieja tesis indigenista) sino que se trata de un pueblo nuevo y O'Gorman explica:

> ... El pueblo mexicano que advino a la vida moderna es otro; es la resultante de un proceso complicado que incluye al pasado precortesiano, pero también al pasado colonial. ¿Cuál, entonces, ese proceso? ¿Cuál el nuevo pueblo que es su resultante? Estas son las preguntas cuya respuesta encontramos claramente formulada por Riva Palacio.
>
> La historia de la época colonial, explica ese autor, no debe considerarse por las leyes del código de la ilustración vigente en el siglo XIX; es preciso alumbrarla con la luz que le es propia. De ese modo esa historia ya no se verá como una larga época de oscurantismo, de superstición y servidumbre. Ya no es una pesadilla que debe rechazarse; por el contrario, el historiador percibe en ella las huellas reales de un notable avance por el camino del progreso. Del mismo modo, pues, que Chavero reivindica el pasado indígena, Riva Palacio lo hace respecto al pasado virreinal. Bien, ¿pero no se trata, acaso, de un devenir radicalmente ajeno a la historia nacional de México? Sí y no, contesta. Por una parte, debe decirse que, propiamente hablando, el Virreinato no es historia mexicana; es un capítulo memorable de la historia española. Por otra parte, sin embargo, es durante esa época cuando, precisamente, se forma el nuevo pueblo y, por consiguiente, debe decirse que la Colonia es parte entrañable de su pasado. En efecto, la Colonia (no el Virreinato) se revela como la época en que se inicia y desarrolla un proceso evolutivo que tiene por base el cruzamiento físico y espiritual de conquistadores y conquistados. Ese es el acontecimiento capital de nuestra historia, el que permite comprender cómo dos pasados ajenos son, sin embargo, propios. Porque, en efecto, de ese acontecimiento surge un nuevo pueblo que, durante el régimen colonial, aparece tan sólo bajo la especie de clase social, una clase intermedia entre el español y el indio, el elemento moderador que provoca la igualdad, prepara la emancipación y proclama y consuma la independencia. Ese nuevo pueblo empieza, por lo tanto, constituyendo una clase indeseable y extraña en el seno de la sociedad virreinal, y precisamente esta su condición de paria es la circunstancia que la amalgamó y obligó a reconocerse a sí misma como mexicana. La emancipación de los pueblos de América, concluye Riva Palacio, es algo único en la historia universal. Se trata de entidades realmente nuevas, no de pueblos ya formados que reclamen y obtengan su libertad. En suma, la independencia lograda por la lucha que empezó en 1807 con el incidente Iturrigaray no es una vuelta a lo indígena, como quieren algunos, pero tampoco es una prolongación de la Nueva España, como pretenden otros; es el surgimiento entre las naciones libres del mundo de una nueva, joven y vigorosa república.

> He aquí la solución que ofrece la historiografía del liberalismo triunfante al viejo dilema sobre el ser mexicano. A la luz de un pensamiento evolucionista que permite explicar el devenir histórico como un proceso creador de nuevas entidades nacionales, la dicotomía ha quedado superada con una inclusión de sus dos extremos. Sin necesidad de identificar a México con el Imperio azteca, ni con el Virreinato, la historia nacional puede, sin embargo, reclamarlos como suyos, y fue así como se cerró la primera gran etapa de la toma de conciencia que el mexicano va realizando acerca de sí mismo.[102]

Más adelante dice O'Gorman: "Desde el punto de vista del tema que venimos examinando, esta obra [México: su evolución social, dirigida por Justo Sierra] no ofrece novedad radical a pesar de los agudos y proféticos atisbos de Sierra. La importante diferencia entre ella y México a través de los siglos consiste en que, mientras en esta última obra se intenta explicar cómo se formó y fraguó el pueblo mexicano, en la otra se intenta mostrar cuál ha sido su evolución".[103] Es decir que la nueva comprensión de México, del Estado, proviene propiamente de la obra dirigida por Riva, si bien la que dirigió Sierra es, por así decirlo, una visión prospectiva desde el estadio "positivo" o "científico" publicitado por Spencer y Comte, en tanto que el México... tiene una estrategia retrospectiva en busca de los orígenes del Estado y la nacionalidad mexicanos. Más que oponerse ambas perspectivas se complementan y ambas podían regalarse a los inversionistas o a los embajadores extranjeros como una muestra de que el país cumplía con su destino y era, al fin, "moderno". Sin embargo -asevera O'Gorman- las versiones de Riva y Sierra tienen un punto en común, verdaderamente crucial, con las visiones indigenista y colonialista; estas últimas, al igual que la idea evolucionista de los primeros son visiones esencialistas, según explica don Edmundo:

[102] Ibid., p. 200.
[103] Ibid., p. 201.

> Se ve bien: en las tres tesis, a partir de un cierto momento milagroso se concibe al pueblo mexicano como un alguien a quien le acontecen sucesos y peripecias como, digamos, la guerra contra los norteamericanos, la lucha de la Reforma o la Intervención francesa, sucesos que, sin duda, lo afectan de muchos modos, pero nunca en la entraña de su ser que permanece para siempre el mismo encerrado en la fortaleza inexpugnable de su definición. Equivale a concebirlo como una persona cuya biografía no alcanza nunca a alterar en lo más mínimo la identidad que se le atribuye al nacer.[104]

La postura esencialista, por definición, va contra la historia en el sentido de que quiere sostener que hay verdades que no son afectadas por la contingencia histórica y que tales verdades son, si no eternas, de larguísima duración. En este sentido el caso de Riva es curioso pues en principio él se ha propuesto seguir el método histórico, pero su conclusión es esencialista. Aquí hay una dificultad lógica que probablemente obedece a un imperativo político: aun en la década de los ochenta la idea de que en México se implantara otro régimen político que no fuera la República era inaceptable para los liberales, que al imponer una visión "autorizada" de la historia nacional querían cortar esta posibilidad incluso al futuro.

Enseguida O'Gorman arriesga una interpretación que pudo en su momento considerarse como posible, pero en todo caso es claramente hipotética a la luz de la evidencia que el mismo autor presenta más adelante. El riesgo de referencia es el siguiente:

> ...el movimiento revolucionario de 1910, con su preocupación fundamental de justicia social, implica una apertura hacia la comprensión del ser mexicano como un haz de posibilidades, o si se prefiere como un quehacer, no como un legado; no, pues, como una especie de entidad mística respecto a la cual sólo podemos ligarnos con una lealtad incondicional, pero pasiva, sino como una suprema responsabilidad común.[105]

[104] Ibid., p. 202.
[105] Ibid.

Aquí don Edmundo le proporciona a López Mateos un verdadero "caballo de hacienda", al darle un muy serio fundamento histórico-filosófico al concepto, no propiamente claro y distinto, de justicia social. Pero aun aceptando la posibilidad de que la Revolución de 1910, precisamente ella, abría nuevas maneras de concebir la mexicana historia y, en última instancia ogormaniana, de comprender el ser nacional, en seguida nos asegura O'Gorman que, por diversas razones, todavía es "caudalosa entre nosotros la producción historiográfica inspirada por la vieja manera de definir el ser nacional".[106] Pero a pesar de esto nos asegurará el mismo autor que ha habido un avance bajo el régimen revolucionario:

> ... Ese avance se registra en otras obras menos espectaculares y menos aplaudidas y difundidas por la extrañeza que provoca su moderna orientación filosófica, pero en las cuales hay el intento muy serio de comprender nuestro pasado a la luz de la noción del ser mexicano como una posibilidad siempre abierta, siempre en trance de realización.
>
> Debemos confesar, sin embargo, que todo ese trabajo a cuyo margen, desgraciadamente, han permanecido ajenos tantos historiadores de oficio, es todavía insuficiente como se advierte en el hecho de que aún no ha aparecido una obra comparable en significación a lo que fue en su día México a través de los siglos. Decir lo contrario no sería responder honestamente a la confianza que depositó en nosotros el primer magistrado de la República [nótese a quién le ha venido hablando el célebre historiador] al encomendarnos este trabajo. Pero no se tome a desaliento esta confesión sincera. Ya el hecho de hacerla en lugar de engañarnos con falsas complacencias, y sobre todo, ya el hecho de poder ver con suficiente claridad los nuevos senderos debe computarse como un logro formidable.[107]

Las reflexiones de O'Gorman son realmente estupendas, es lástima que en lugar de apoyar ese orden de ideas el Estado haya creado en 1959, la institución del libro de texto obligatorio (y en segundo lugar, gratuito). Así el supuesto haz de posibilidades que

[106] Ibid.
[107] Ibid., p. 203.

tenían ante sí los mexicanos, se reducía a libros de historia que enseñaban "la única y verdadera" visión de nuestro acontecer.[108] Pero tal vez aún es tiempo para convertir en realidad el planteamiento hipotético de O'Gorman: hacer de la historiografía, de la historia misma, un haz de posibilidades creativas, de las cuales tenemos que hacernos responsables. Así las cosas no vemos la falla en la teoría de O'Gorman, que mantiene su validez potencial, sino -propiamente- en las ideologías peculiares de esa época que llamamos la Guerra Fría.

En cualquier caso debemos resaltar la calificada opinión de O'Gorman en el sentido de que, al menos hasta 1960, no se había publicado una obra comparable al México a través de los siglos. Cabría preguntarse si, en el ocaso del siglo XX, se ha conseguido superar la obra de Riva. Pero superar ¿en qué sentido? ¿En su fundamento teórico y filosófico? ¿En su número de páginas e ilustraciones? Es difícil calibrar la posición adecuada desde la cual decidirse. Pero nosotros nos atreveríamos a decir que es difícil superar al México..., esa obra obsesionada con la independencia, debido, cuando menos en parte, a que no ha ocurrido un acontecimiento, o si se prefiere un proceso, de importancia comparable a la independencia, es decir a la creación del Estado mexicano. El valor fundador de la obra le da por necesidad un lugar especial, que sólo sería disputable si el país alcanzara una transformación monumental, por ejemplo que imperara, hasta donde es dable humanamente, la justicia.

[108] En 1969 la Comisión Nacional del Libro de Texto Gratuito publicó 50,627,026 ejemplares, lo cual se estima que corresponde a la mitad de todo lo publicado en ese año en México. Véase Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México, quinta edición, Editorial Porrúa, México, 1986, p. 660.

La lectura del padre Xavier Cacho Vázquez

Ninguna lectura, así sea la más excéntrica, pude descartarse, tiene validez, cuando menos, para quien la emite. Sin embargo el padre Cacho nos intriga en primer lugar por el dislate de confundir el positivismo de Spencer y Comte -que tuvo mucho influjo en aquel México- con el positivismo (mejor sería decir empirismo) de Ranke; este último cree verlo el padre en todas las páginas de la obra. Y para mayor confusión y suprema contradicción nos quiere convencer que es clara "la marcada preferencia de los autores por un relato sabroso, adjetivado con profusión y más cercano a una novela histórica que a un discurso historiográfico crítico".[109] Pero páginas más adelante se desdice:

> De ninguna manera quiero afirmar que Riva Palacio novelee con su sabroso tomo segundo, pero sí quiero decir que prefiere interesar al lector con sucesos realmente acaecidos, bien documentados, que elaborar un relato cuyo principal objetivo sea el seguir un proceso histórico acumulativo y cambiante que haga conocer los grandes motivos y propósitos, las estructuras e instituciones sociales, los profundos significados culturales de la Conquista de Mesoamérica por los castellanos y de los siglos virreinales del México hispano-mestizo en formación. Ni la formación, ni la época positivista nos permiten exigir todo esto último de don Vicente Riva Palacio.[110]

En este punto se nos ocurren dos estrategias: la primera sería demostrar punto por punto lo que para nosotros son opiniones equivocadas del padre, y Sierra lo mismo que O'Gorman nos servirían de apoyo; la otra sería aceptar que el proceso de leer es dinámico y resulta difícil adivinar cómo será leído un texto. También habría que aceptar la validez relativa de las interpretaciones de Cacho Vázquez. Mas, siendo todas válidas, no todas las lecturas tienen la misma autoridad y ésta se obtiene aplicando controles

[109] Cacho Vázquez, México a través de los siglos. A cien años de su publicación, loc. Cit., p. 13.
[110] Ibid., p.30

científicos en el curso de la investigación y con el trato continuado con los clásicos de aquí y de todas partes.

Ilustraciones

El México a través de los siglos es uno de los libros de historia mejor ilustrados. Las ediciones recientes de esta obra hechas por la Editorial Cumbre son en realidad facsímiles de la original, es decir que son copias fotográficas ligeramente reducidas, donde la calidad de las ilustraciones pierde mucho con respecto a la princeps. En aquella época todavía no se dominaba el arte de reproducir fotografías en libros y por ello casi todas las ilustraciones son grabados originales realizados especialmente para esta edición, proceso en el cual jugó un importante papel Ramón Cantó, como ya hemos dicho al hablar de los colaboradores del México...

En el tomo segundo encontramos un total de 414 ilustraciones de las cuales 178 vienen firmadas; del resto (es decir 236), 103 corresponden a los facsímiles de las firmas o rúbricas de igual número de personajes de nuestra historia. Estos facsímiles no sólo tienen un papel decorativo: en primer lugar dan fe gráficamente -por así decirlo- de que la investigación que se llevó a cabo tiene como fundamento multitud de documentos, todos ellos fuentes primarias y la rúbrica viene a ser la síntesis más extrema del documento; por otra parte estos facsímiles son de gran utilidad para el historiador pues es bien sabido que la parte más difícil de descifrar en un documento es la firma, porque la letra se torna caprichosa y la rúbrica hace confusos los rasgos de la escritura, de tal modo

que en los cinco volúmenes del México... tenemos un catálogo de las rúbricas de los personajes más sonados de nuestra historia.

Los temas de las ilustraciones del tomo segundo son bastante variados: más de 100[111] son retratos de los personajes de la historia (y han sido reproducidos en multitud de libros posteriores); cerca de 40 son facsímiles de códices o libros antiguos como el de Beaumont; más de 60 representan parajes, edificios, monumentos, cordilleras y volcanes; un poco más de 20 representan tipos étnicos antiguos y modernos, muchos de ellos yucatecos; hay además algunos mapas, sobre todo de Belice, medallas, embarcaciones, escudos, blasones, sellos, pendones, gremiales, campanas, restos paleontológicos y monedas que cubren el resto. Por cierto que ya son pocos los que acuden a la numismática, una de las ciencias auxiliares con mayor tradición, pero en el México... podrían reconocer los rasgos distintivos de castellanos, doblones, ducados, escudos o coronas, doblas, blancas, reales y maravedís.

En cuanto a los autores de las ilustraciones presentan la particularidad de llevar muchas de ellas dos firmas, abajo a la derecha de la ilustración y abajo a la izquierda, que seguramente corresponden a quien realizó el dibujo y a quien lo grabó (posiblemente en litografía). Pero la firma de un mismo artista aparece indistintamente a la izquierda o a la derecha, de modo que no podemos saber quién hizo cada parte del proceso. En algunos de los cromos a página completa aparece como firma Tipografía y Litografía de Espasa y Compañía, y lo más razonable es pensar que en México se hicieran los dibujos y que se grabaran en Barcelona, en la imprenta de Espasa.

[111] Estas cifras sobre los temas de las ilustraciones son aproximaciones, pero proporcionalmente bastante exactas.

Ramón P. Cantó, hombre de confianza de Ballescá y excelente dibujante, tuvo a su cargo las principales ilustraciones y posiblemente servía de enlace entre Ballescá -el editor- y los demás artistas que forman un contingente numeroso. Los que aparecen con más frecuencia son F. Fusté, Julián, P. Ross, E. Gimeno, Meisenbach (encargado además de las contadas fotografías), Branguli, Castro y Saura; un número menor de ilustraciones viene firmado por: Ribas, Labarta, J. Serra, L. C. Asarta, Passos, B. C., L, L. H., J. Llopart, Paya, Romero, Sadurni y Thomás.

El esfuerzo que esto significó, es decir realizar algo menos de 2,000 ilustraciones para los cinco tomos, fue muy considerable y sin precedentes, al menos en el país, pues aproximadamente la mitad de ellas son originales, hechas especialmente para el México...; y aun las que están sacadas de otros originales fueron reproducidas a mano, calcando de algún modo, pues la fotografía todavía no se había desarrollado plenamente en el ámbito editorial. Además la impresión del texto se hizo por algún medio mecánico que grabó o, valga la redundancia, propiamente imprimió el tipo cuya huella es perceptible al tacto, experiencia sumamente agradable (nos referimos a la edición princeps). Tal vez el mayor número de lectores que ha tenido el México... han sido multitud de ociosos que simplemente lo han ojeado, como decimos, fijándose únicamente en las ilustraciones.

La encuadernación de la primera edición, realizada en el "Taller de encuadernación de todas clases J. Riba, rambla de San Juan 76. Tarragona",[112] es en cuero verde con dorados y al fondo unas palmeras de un verde más vivo; en la primera de forros representa al calendario azteca o piedra del sol, rodeado de otras figuras humanas e

[112] Así reza una etiqueta en la segunda de forros de la edición que adquirimos en España.

ídolos de los tiempos prehispánicos, pero con aire de falsos. Dicho calendario siempre ha sido emblemático, desde los tiempos en que estuvo adosado a un muro de la catedral de México habiéndose salvado, por algún milagro, de la destrucción de la conquista. Esta piedra representa al menos dos cosas: la existencia de una alta cultura en Mesoamérica con amplios conocimientos astronómicos y, a la vez, resalta a la cultura mexica del centro de México, tanto por el origen del monolito como por su propia composición de círculos concéntricos que culminan en el centro solar.

La lámina a color que precede a la portadilla es rica en sentido, si bien las técnicas de impresión a color de la época le dan -a nuestros ojos- un aire de obra mal hecha (las plastas de color se superponen y los rasgos de los rostros tienen poca definición), pero no dudamos que en su tiempo haya sido todo un alarde de lo más moderno del arte tipográfico. Representa una suerte de arco triunfal: en la columna izquierda se lee "agosto 13, 1521" (la caída de Tenochtitlan), y en la derecha "27 de septiembre, 1821" (la entrada de Iturbide a México); ambas están decoradas a la europea, estilo porfiriano-francés. Como se ve Iturbide es reconocido y no vituperado como lo será después. En la parte baja del dibujo se ve a un fraile que al parecer está en trance de bautizar a un niño que le entrega una mujer india, mientras que el posible padre quizá sea un español que se ve al lado con armadura completa y empuñando una lanza; atrás de la mujer se aprecia a un mozalbete que al parecer viste también como un fraile. A la derecha del sacerdote que preside la escena se ve a otro padre, a juzgar por sus vestiduras casi lujosas, pero significativamente tiene la tez morena. Atrás de él se aprecia a un guerrero indígena, cubierto con burda piel de animal, y reposando sus manos en un gran escudo; a su lado se aprecia una piedra presumiblemente prehispánica, tal vez el basamento de una

columna. En segundo plano se ven unos edificios prehispánicos, de un estilo similar al de Mitla, y en el último plano se aprecian los dos grandes volcanes del valle de México, una guirnalda de hojas de encina o de laurel y el cielo purísimo. En la parte alta, al centro, un águila con las alas desplegadas y el gorro frigio sostiene una bandera tricolor en cada ala y abajo de ella, en letras doradas, la leyenda: "México a través de los siglos". En suma: entre el arco europeizante y liberal, y el edificio prehispánico está el mundo colonial; aquí se enfatiza el aspecto civilizador del cristianismo y el mestizaje; tanto indios como mestizos (el cura moreno) tienen un lugar digno. Gran total: una imagen positiva de la Colonia en el proceso histórico de México.

En cuanto a la viñeta que anuncia la época a la cual está dedicado este tomo, "Segunda época. El virreinato", muestra de un modo principal un yelmo, un mosquete, una espada, una lanza y un cañón. Pero, discretamente, abajo a la izquierda se muestran algunos libros -uno con las páginas abiertas de par en par- un tintero y una pluma de ave; es decir: los conquistadores trajeron el azote de la guerra pero también, hay que aceptarlo, nos permitieron incorporarnos a la moderna civilización. Al menos esta es nuestra lectura.

La ilustración que corresponde al inicio de la "Introducción" muestra arriba una cruz y una espada, una corona y una mitra. Abajo de esto se ve el águila de dos cabezas de la casa de Austria, con el respectivo escudo de armas. A la izquierda aparece una armadura completa, el yelmo oculta el rostro. Dicha armadura sostiene la efigie de un hombre coronado que es sin duda Carlos V, pues abajo se leen dos letras "C" y "V". Abajo de ellas se ve un león rampante, tal vez el león castellano. Como adornos vemos diversas armas: una espada, una lanza, un arcabuz y una especie de macana. Aquí todos

los elementos son españoles, europeos, como significando que esta etapa de nuestra historia más propiamente pertenece a la historia de España.

Otras 16 ilustraciones a página completa se incluyen en este tomo: 1) el monumento a Colón en la ciudad de México (que siempre es visto positivamente o, según los indigenistas, "occidentalmente"); 2) el árbol genealógico de la familia Moctezuma (que muestra al primero de ellos que se vistió a la española; 3) un retrato de Cortés por E. Gimeno, exornado con símbolos de prestigio, de poder y de gloria, como lo es el escudo de armas del marqués; 4) facsímil del primer documento franciscano (propiedad del señor Chavero) por Ramón Cantó; 5) cuadro antiguo del bautizo de Cuauhtémoc que muestra la interacción de las diversas razas; 6) el claustro de la Merced, copia de un dibujo de Gualdi, una excelente ilustración; 7) escudos de armas de varias ciudades mexicanas, a color y de imperfecta factura; 8) restos del hombre fósil de México (sólo se aprecia bien en la edición princeps, en las posteriores sólo se ven difusas plastas de color); 9) ruinas de un convento franciscano en Tlalmanalco, por Ramón Cantú; 10) la catedral de México (fotografía original, posiblemente un alarde técnico); 11) hábitos de los monjes de Nueva España, 19 distintos; 12) hábitos de las monjas del país, 21 distintos; 13) el altar de los Reyes de la catedral de México (tal vez sea la lámina a color mejor realizada, ayudan mucho los dorados profusos del altar); 14) vista de la plaza principal de México (cuando estaba allí la estatua de Carlos IV); 15) dicha estatua ecuestre vista de cerca: 16) la escalinata del Colegio de Minería.

La iconografía del México... tiene un discurso propio que en sí daría materia bastante para hacer un estudio específico. Podemos anticipar que las ilustraciones no son traslados exactos de los originales, sino que en cada una de ellas está presente la

mentalidad del ilustrador o copista. A la vez las láminas se utilizan como evidencia adicional, en ciertos casos con mayor autoridad aparente en la medida que pretenden el retratar el objeto mismo, corno es el caso de la ilustración de los restos del hombre fósil de México, cuya antigüedad está sobrevalorada en el texto; la lámina no resuelve debidamente esta cuestión, pero en la práctica refuerza el texto al hacer creer que miramos, que controlamos, por así decirlo, la cosa misma.

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

# CONCLUSIONES

El más alto sentido que puede tener este trabajo es invitar a quien leyera a reflexionar sobre el oficio del historiador, de hoy y de mañana. En el campo de la historia de la historiografía los profesionales miran su objeto de estudio -otros historiadores e historiadoras- en una relación especular, donde el espejo refleja en principio una imagen deforme que requiere de una serie operaciones técnicas para poder apreciar algo que se acerca más o menos al natural. De este modo cuando aseguramos que Riva dice, opina, considera o concluye estamos hablando siempre de nuestro Riva, es decir del personaje, el objeto de estudio que nosotros hemos "construido" con base en lo que hemos considerado el enfoque de mayor significación y las mejores fuentes, pero no por ello podemos calificarlas como irrefragables. Sucede, como muchos historiadores lo han dicho, que el dato no es algo dado, independiente del observador, sino que uno mismo "construye" su objeto de estudio. Así Horkheimer nos dice que no sólo en los aspectos exteriores son los hombres un producto de su historia sino:

> También el modo como ven y oyen es inseparable del proceso de vida social que se ha desarrollado a lo largo de milenios. Los hechos que nos entregan nuestros sentidos están preformados socialmente de dos modos: por el carácter histórico del objeto percibido y por el carácter histórico del órgano percibiente. Ambos no están constituidos sólo naturalmente, sino que lo están también por la actividad humana...[1]

Por su parte Michel de Certeau argumentará que el historiador no descubre sino que produce los documentos "por el hecho de recopiar, transcribir, o fotografiar dichos

[1] Max Horkheimer, "Teoría tradicional y teoría crítica", en Teoría y crítica, Amorrortu, Buenos Aires, 1979, p. 233.

objetos".[2] Es decir que, para usar un ejemplo de Arthur Danto, el historiador puede pintar en un cuadro un paisaje, pero no puede apoderarse del paisaje mismo con cada guijarro y cada brizna de hierba, cada microrganismo y cada bacteria que allí habite. Y esto es una buena noticia pues saberlo todo no es garantía de una mayor comprensión, bien pudiera suceder que nos halláramos como al principio, percibiendo un todo pero sin conocer su sentido.

La gran empresa del México a través de los siglos fue la historia general, e inevitablemente la síntesis, que escribió un partido político que en el último tercio del siglo XIX consiguió una hegemonía perdurable: el partido liberal. Por ello Justo Sierra, también liberal e historiador de altura, dirá que después del México... lo que hacía falta era conocer la versión del partido derrotado. Lo más curioso es que dicha versión ya existía, nos referimos a los Estudios sobre la historia general de México del zacatecano Ignacio Álvarez,[3] pero al parecer tuvo muy escasa difusión. Y en verdad era difícil alternar con el México..., auténtica fábrica de historia la hemos llamado, por la gran cantidad de recursos que se invirtieron en ella para producir libros lujosos, profusamente ilustrados y escritos por historiadores hábiles y prestigiados que también son literatos eficaces.

México a través de los siglos es tal vez la obra más conspicua de la historiografía mexicana del siglo XIX especialmente porque ha mantenido una vigencia mayor que otras obras de la época y sólo esto permitiría calificarla como "obra única en su género"; y para conseguir esto fue decisivo que la obra concluyera con el triunfo liberal sobre los monarquistas en 1867, al menos en dos sentidos. El más obvio es que al

[2] Michel de Certeau, La escritura de la historia, Universidad Iberoamericana, México, 1985, p. 92.
[3] Imprenta Económica de Mariano Ruiz Esparza, Zacatecas, 1875-1877, 6 t.

no narrar su propia época -el Porfiriato- se libró del estigma que inevitablemente le habrían estampado las generaciones posteriores a la Revolución Mexicana. Otro sentido de culminar la obra en 1867, más sutil pero no menos importante, es que los escritores del México... conocieron el desenlace de la lucha en que encontrados proyectos políticos, durante muchas décadas, apelaron al levantamiento, al motín, a la revolución, a la asonada y al golpe de Estado para imperar sobre sus adversarios. A partir de 1867 no se puede hablar de una paz plena pero se siguieron los cauces legales -equitativos o no- al menos hasta la revolución de Tuxtepec (sin olvidar la desastrada aventura de la Noria y las revueltas cristeras) que llevó al poder a Porfirio Díaz; y desde ese momento se retomaron los cauces legales, si bien tuvieron que ser ajustados al sistema reeleccionista. Era claro, pues, que 1867 era el final, el desenlace de una etapa y el inicio de otra distinta que tenía además la alta significación de que en aquel momento se recobraba la vida independiente de la nación, al ser vencido el ejército de intervención francés; este dato fundamental le faltó a Lucas Alamán (quien termina de publicar su Historia de Méjico en 1852).[4] Para cualquier historiador conocer el desenlace es de suprema utilidad pues éste es el que verdaderamente da sentido a todos los acontecimientos previos, es decir que es la base de cualquier explicación. Esto no descarta la posibilidad de hacer historia contemporánea, pero sí marca la que bien puede ser su mayor dificultad. De acuerdo con Arthur Danto:

[4] Al respecto opina Edmundo O'Gorman: "Afirmamos, entonces, que el significado de alcance continental -y por eso universal- de "El Triunfo de la República", consiste en que con esa victoria del liberalismo expiró la Nueva España al cobrar México por primera vez plenitud en su ser como nación del Nuevo Mundo". Véase Edmundo O'Gorman, La supervivencia política novo-hispana, Fundación Cultural Condumex/Centro de Estudios de Historia de México, México, 1969, p. 93.

> The whole truth concerning an event can only be known after, and sometimes long after the event itself has taken place, and this part of the story historians alone can tell. It is something even the best sort of witness cannot know.[5]

Un dato muy interesante es que unos diez años después de la muerte de Riva, el editor del México a través de los siglos, don Santiago Ballescá, le propuso al presidente Porfirio Díaz agregar un sexto tomo a la colección que llegaría a tiempos muy recientes; la carta dice así:

> Señor general don Porfirio Díaz. presidente de la República.
> Ciudad.
> Muy respetado y estimado señor mío:
> En atención al éxito notable que ha tenido la obra "México, través de los siglos", así en el país como en el extranjero, he tomado la resolución de publicar la continuación de ella, dando a la prensa el tomo sexto que deberá narrar los acontecimientos históricos de un período interesante de la vida nacional, pues abarcará desde el triunfo de la República hasta una fecha muy reciente.
> He encomendado este trabajo histórico al señor licenciado don Carlos Pereyra, diputado al Congreso de la Unión y persona de mi confianza que ha desempeñado y desempeña otras labores de la misma índole para mi casa editora.
> Como se trata de un asunto de sumo interés público, puesto que los libros de este género están destinados a difundir en el extranjero un conocimiento exacto del país, he creído no sólo conveniente, sino debido, por la adhesión que siempre me he honrado en tener a su persona, dar a usted cuenta previa de esta nueva empresa, a fin de que usted con su ilustrada y respetabilísima opinión se sirva confirmarme, como creo que sucederá, la fundada esperanza que tengo de un gran éxito, desde el punto de vista del interés nacional, no menos que para rogarle que se digne hacerme las observaciones con que crea oportuno favorecerme y que yo recibiré gustoso acatándolas de la manera fiel.
> En espera de sus siempre gratas órdenes, me honro repitiéndome de usted muy adicto y atento servidor que su mano besa.
> Santiago Ballescá [rúbrica]
> Casa de usted, 25 de febrero de 1908.[6]

[5] Arthur C. Danto, Analytical Philosophy of History, Cambridge University Press, Cambridge, 1965, p. 151.
[6] Universidad Iberoamericana, Archivo Porfirio Díaz, carta de Santiago Ballescá a Porfirio Díaz, s. l., febrero 25 de 1908. Un rasgo moderno de esta carta es que viene ya escrita a máquina. Agradecemos a Luz Elena Galván, compañera de la Universidad Iberoamericana, el haber puesto en nuestras manos este documento muy importante.

No se conoce la respuesta del general Díaz pero es fácil inferirla del hecho de dicho sexto tomo vio la luz. Aquí, como buen compañero de armas, el ya viejo presidente le cubrió las espaldas perfectamente a Riva. Otro en su lugar hubiera aceptado el halago de que su régimen fuera la culminación de la historia, Díaz no. Supongamos que la obra se hubiera aumentado y que alcanzado hubiera a publicarse antes del 20 de noviembre de 1910; en este caso su vigencia habría terminado precisamente en la fecha señalada pues un dato fundamental para entender el Porfiriato es, justamente, la Revolución de 1910. Aportando documentos estratégicos, como la carta de Escobedo sobre la supuesta traición de López en el sitio de Querétaro, y sobre todo conservando el desenlace original de la obra, Porfirio Díaz bien puede considerarse otro autor más del México a través de los siglos.

El papel de Riva como director de la obra no puede ser suficientemente encomiado. Esta es lo bastante voluminosa como para pretender ser una "historia general y completa", pero no lo es tanto para hacerla excesivamente cara e innecesariamente profusa (como la de Zamacois, por ejemplo). Las miles de ilustraciones eran un atractivo adicional del México... y Riva estaba muy consciente de la importancia del elemento visual desde los tiempos en que fue redactor en jefe de La Orquesta, que siempre venía acompañada de una caricatura y era el elemento que más llamaba la atención; los libros que escribió Riva sólo por excepción no llevan ilustraciones, siendo muy notables los retratos de Los Ceros y las litografías con escenas patéticas o truculentas de El libro rojo.

Otro elemento muy importante es que México a través de los siglos es obra de mexicanos, porque Olavarría y Ferrari formó aquí su familia, aquí floreció y se identificó

plenamente con el partido liberal avanzado. Podemos decir que la historia, en su parte científica y analítica, puede escribirse en cualquier parte, pero lo que tiene de narración y de literatura sí hace diferencia si está escrita por un compatriota o por un extranjero. Y bien puede ser más fina la obra del extranjero, pero no será propia; puede ser de señalada utilidad, pero sólo como obra de la cultura universal formará parte de nuestra tradición, y ello después de un proceso de apropiación y traducción. Esperamos que esto no se malinterprete como un nacionalismo trasnochado, cuando sólo estamos intentando sacar a la luz una verdad y para ello nos valdremos de un ejemplo extranjero. El príncipe Charles-Maurice Talleyrand-Périgord, obispo de Autun y conductor de la política exterior de Francia en tiempos de Napoleon I y del Congreso de Viena, visitó en cierta ocasión Inglaterra para asegurar una alianza que se mantiene hasta la fecha. Ocurrió que un miembro del parlamento hizo un cumplido y muy completo elogio del diplomático francés, quien, al enterarse de ello comentó: "la mitad de eso, dicho por un francés, me hubiera bastado". Es el sentido de identidad, de pertenencia a una comunidad, el que nos permite argumentar que los lectores del México... apreciaban que los autores eran patriotas de primera, que varios de ellos empuñaron las armas contra la Intervención Francesa y que Riva llevaba en las venas la sangre del libertador; había pues en ese libro una autenticidad, referida a lo propio, que ningún extranjero -ni el millonario Bancroft- podía reclamar para sí. Pensemos sobre todo en los términos de aquella época y aquel nacionalismo; pensemos en la invención de la cultura nacional. Y en sentido inverso podemos apreciar también el carácter universal del México a través de los siglos, pues sabemos que circuló en los Estados Unidos, la América del Sur y Europa.

Ahora que, considerando el México a través de los siglos como una obra conspicua de la tradición cultural mexicana, ella condensa y aprovecha el trabajo de muchos otros escritores así liberales como conservadores. Piénsese, por ejemplo, en la Colección de documentos de Hernández Dávalos; sin ella el tomo de don Julio Zárate, sobre la guerra de independencia, hubiera sido muy inferior; piénsese, también, en todas las ediciones decimonónicas de las crónicas coloniales, elemento de suprema utilidad para Riva; y ¿qué decir de los trabajos de don José Fernando Ramírez y de don Manuel Orozco y Berra sobre el México antiguo, que tanto pondera Chavero? Y para no citar a todos los historiadores de que sacaron provecho los autores del México a través de los siglos mencionemos sólo a don Lucas Alamán, que permitió establecer un diálogo (con la desventaja, para don Lucas, de que ya había muerto), llevar a cabo una tarea de "rectificación" y mostrar las mil y un bondades del liberalismo, frente al partido católico reaccionario. Y de tanto que es citado Alamán, así sea para rebatirlo y confundirlo, obtienen sus ideas y sus opiniones más publicidad que con su propio libro; don Lucas es sin duda el otro autor del México a través de los siglos.

Otra deuda considerable de Riva y sus colaboradores es la que tienen con los escasos pero muy significativos trabajos de reflexión sobre el oficio de historiar. La tradición historiográfica mexicana del siglo XVIII, que se expresa especialmente en los jesuitas, como Alegre, Clavijero y Cavo, sufrió durísimo golpe con la expulsión de la Compañía de Jesús en 1767. Por ello después de la independencia percibimos una orfandad estimulada, además, por el rechazo a todo lo español; desprestigiados además los indios y bajados de su pedestal los héroes de la independencia, el escritor carecía de asunto, no tenía pueblo a quien cantar. Hoy día es difícil comprender el vacío en que se

hallaban quienes querían escribir historia, pero ocurría que la independencia era una condición novísima y fue preciso "inventar" el nuevo lugar social del historiador.[7] Por ello el texto de Zavala, o de Volney para mayor exactitud, nos parece fue una publicación muy útil y por más que haya sido calca o plagio, era el único recurso de que pudieron valerse entonces.

La fundación, en 1836, de la Academia de Letrán abre una nueva época para las letras en general y a partir de entonces con más ahínco se buscará la "expresión nacional" -según expresión de José Luis Martínez- es decir una literatura propia que siempre contempló a la historiografía como parte de ella, y parte estratégica además pues cómo entender y cómo divulgar lo que el país es, si no se conoce lo que el país ha sido. En aquel mismo año el doctor Mora publicó su Historia de Méjico, que si bien no es un texto de carácter eminentemente teórico, maneja muchas ideas fundamentales sobre el ser del país y recomienda la vía de la modernidad, la supremacía del Estado, como el camino más expedito al progreso nacional. Mora tiene además la virtud de estudiar con seriedad las instituciones coloniales (para reformarlas, naturalmente), pero también tiene su límite: el mundo indígena es para él un lastre, sin valor. Mora se convirtió en un divulgador muy importante de la "revolución mental" que la Ilustración y la independencia nacional trajeron, aunque su generación no alcanzó a ver los frutos sazonados de este movimiento político y cultural. Como ha señalado Charles Hale la doctrina liberal ya estaba dibujada

[7] Naturalmente muchos escribían, ya en la vena costumbrista de Lizardi, o bien con ambiciones estéticas mayores como es el caso de Heredia y la revista El Iris. Pero la brújula de la historiografía no encontraba el norte.

desde esta época y sólo el triunfo contundente del partido liberal abrió el camino a nuevas derivaciones del liberalismo, como por ejemplo el positivismo.[8]

En los trabajos de José María Lafragua, Guillermo Prieto, Luis de la Rosa y Francisco Ortega, todos de 1844, se expresan diversas opiniones sobre la manera de escribir la historia, pero como, en general, continúan rechazando su pasado colonial no pueden todavía dar con la mejor estrategia para construir un nuevo ser histórico, pues incluso la peregrina idea que adelantaban algunos de plantear el resurgimiento de la independencia perdida en 1521 dejaba un hueco de tres siglos durante los cuales se conformó el territorio, se divulgaron una misma lengua y una misma religión, se aplicó la misma legislación y se conformó una raza mezclada que ya no era la indígena ni la española, pero hundía sus raíces en ambas, eso sin hablar de los negros, los criptojudíos portugueses y demás.

La interesante polémica entre el conde de la Cortina y Lacunza nos muestra que en aquel año de 1844 se empezaban a establecer las cátedras de historia en los colegios, destinadas a los futuros servidores del Estado[9] y había ya algunos hombres conocedores de la historia y otros, menos numerosos, eruditos en grado superlativo, como el conde de la Cortina y también como Lucas Alamán.

---

[8] Charles A. Hale, La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX (traducción de Purificación Jiménez), Vuelta, México, 1991.

[9] De acuerdo con Schiera, en el proceso de formación del Estado: "La unidad del mandato, la territorialidad del mismo, su ejercicio a través de un cuerpo calificado de ayudantes "técnicos", son otras extravagancias de seguridad para aquellos estratos de población que, por una parte, no alcanzan más a desarrollar sus relaciones sociales y económicas en el interior de las antiguas estructuras organizativas y, por otra, especifican con claridad, en la persistencia del conflicto social, el mayor obstáculo a la propia afirmación." Véase Pierangelo Schiera, "Estado moderno", en Norberto Bobbio y Incola Matteucci (directores), Diccionario de política (trad. De Raúl Crisafio, Alfonso García, Mariano Martín y Jorge Tula), Siglo Veintiuno Editores, México, 1988, t. I, p. 628. Subrayado nuestro.

Veinte años después don Manuel Larráinzar formula un proyecto para la Academia de Ciencias del imperio,[10] que muestra que su autor tiene no sólo una sólida formación sino, propiamente, una erudición avasalladora y una clara idea de cómo debía escribirse la historia de México.

No menos importante es el trabajo de José María Vigil quien introduce el concepto de un México mestizo, para salvar la estéril disputa entre indigenistas y colonialistas; este trabajo debe considerarse como un antecedente fundamental del México... No dudamos que la solución del mestizaje para dar cuerpo a la identidad mexicana fuera una idea más o menos discutida y aceptada por la élite intelectual, pero Vigil es -hasta donde sabemos- el primer historiador en plantear esta estrategia étnica como asunto central en la escritura de nuestra historia.[11]

En cuanto al trayecto vital de Riva hemos visto que tuvo vínculos con la historia desde que fue mecido en ilustre cuna. Además tenía envidiables habilidades literarias que lució como dramaturgo, periodista, novelista, cronista, poeta, cuentista, ensayista y, por supuesto, como historiador. Al pasar a su poder el archivo del Tribunal de la Inquisición quedó decidida su vocación historiadora y por más de veinte años tuvo un trato continuado con los documentos; esto unido a sus muy numerosas lecturas de los clásicos antiguos y modernos lo convirtieron en uno de los más notables historiadores que ha tenido este país y que halló su consagración al dirigir y escribir el México a través de los siglos. Esta vena de escritor la complementó (¿o fue al revés?) con una afortunada

[10] Es preciso reconocer que en el estudio de la historia los conservadores, al menos en el México del siglo XIX, estuvieron en la vanguardia; hasta la publicación del México a través de los siglos.

[11] Sobre este punto véase Basabe Benítez, Agustín. "Vicente Riva Palacio: el contrato racial", en México mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia

BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

En cuanto al texto de Riva sobre Hernán Cortés nos parece que tiene un sentido especial. El único determinismo que en él se advierte es, como diría Hobbes, que "el hombre es el lobo del hombre", es decir que se trata de una historia sin feliz desenlace y que resulta propiamente inmoral, porque aquí la virtud y el vicio no importan sino sólo la lucha por el poder. Esta viene a ser una especie de historia para adultos que es un claro indicador de que el México a través de los siglos pertenece a un género específico, moralizante. Es decir que sigue ciertas reglas retóricas para enaltecer ciertos conceptos, ciertas actitudes y ciertas acciones, a la vez que condena otros. Podríamos decir que el trabajo sobre Cortés es una radiografía de la realidad, en cambio el México... es una fotografía, retocada con la retórica, y aun pintada con la filosofía del escritor. Los libros de historia, para ser tales, siguen ciertas leyes entre las cuales "tener un fin moral" es de la mayor importancia. Es decir que en la medida que el Estado sugiere que la historia sirva como liga de una comunidad, ella se toma por necesidad edificante y dice, pero también oculta. Nosotros coincidimos en que así debe ser la historia para niños, pero hoy día los adultos deberían ser más conscientes de algunos de los trucos del oficio. No creemos que sea preciso iniciar todos los libros con la frase "el hombre es el lobo del hombre", por más cierta que esta sea; sólo sugerimos que se le diga al lector lo que en realidad ya sabe de antemano: que la nuestra es una versión, atada a nuestro lugar social, entre otras posibles y que la lectura que él haga, cualquiera que ésta sea, es válida.

En cualquier caso en todo libro de historia hay una estrategia de persuasión, es decir una retórica. Incluso don Wenceslao Roces, nuestro traductor de El Capital, cuando asegura que es la materia la que determina la conciencia, y no al revés, pone en juego una retórica. Y una vez que el lector acepta esta premisa, tendrá por fuerza que aceptar todas

sus consecuencias: es la retórica del materialismo dogmático. En este sentido podríamos también ubicar a los diferentes autores del México a través de los siglos. En Chavero tenemos la retórica de la apropiación del otro, del indio, de lo exótico, y el atrevimiento del autor llega a colmar las lagunas en el conocimiento con una viva imaginación. En Zárate apreciamos la retórica del orador, 800 páginas de persuasión. En Olavarría la retórica es sobria y convence con escenas patéticas. En Vigil hallamos la retórica del escapista, el autor que pretende esfumarse para dejar hablar al documento, como si fuera un traslado impecable de la realidad. En Riva la retórica adquiere la forma de filosofía de la historia, hace el papel de la providencia y descubre el origen y el destino de México; además enuncia leyes históricas o sociológicas a la manera del positivismo a la moda y, literato cabal, transforma la imaginación del poeta en hipótesis, es decir que se permite incluso explicar ciertos fenómenos conforme a leyes todavía no descubiertas.

Líneas arriba nos referimos al determinismo histórico de Riva, comentemos ahora a su visión esencialista de la historia de México, que viene a ser el remate de dicho determinismo. Dice Riva que la historia de la Nueva España corresponde propiamente a la historia de España; pero también pertenece a México pues en esa época se formo el embrión de la nación, entra pues aquí un elemento organicista: el ser de México figura un ser vivo, es un todo orgánico. En última instancia México -como embrión- nace en el momento que se mezclan las dos orgullosas razas: la indígena y la española que son el origen de una nueva raza sobre el haz de la tierra: el mestizo. Y del mismo modo que el embrión contiene toda la información genética -indígena y española- así al mezclarse estas dos razas ya estaba prefigurado su pasado, su presente y su porvenir. Por supuesto a lo largo de su historia el país sufrió muchos cambios, como es natural en un proceso de

gestación, pero dichos cambios no tocaban la esencia de ese ser político, le ocurrían sin afectarlo en su ser. Es, diría O'Gorman, como una persona que no se viera afectada por su biografía, por tener de por sí un ser inmutable. Así, desde su origen México era ya la República de Juárez, de Lerdo y de Díaz, solo que en potencia y conforme se desarrollara -sin cambiar su esencia- se iría mostrando este destino, tal vez resultado de muchos y dificultosos trabajos.

Nos parece que la idea de la historia de Riva ha penetrado hondamente. Ha sido grande el logro de incorporar tanto el mundo prehispánico como la Colonia a la historia de México - México en potencia, pero con todos sus caracteres distintivos. Y esta aportación debe aquilatarse a la luz de que al obtener México su independencia le dio la espalda tanto a lo indígena como a lo español, es decir que Riva escribía, por así decirlo, a contrapelo. A la vez la larga duración del México republicano sirve como comprobación de las ideas de Riva, al menos hasta el punto en que examinamos concretamente qué significaba la república entonces y ahora.

Desde la perspectiva actual la visión de Riva nos parece presentista o contemporánea, según el concepto de Croce; queremos decir que proyectó la realidad de su tiempo tanto al futuro como al pasado, lo cual es común pero no enteramente válido.

Por otra parte su idea de un México esencialista es difícil de aceptar pues ¿qué caso tiene el trabajo humano, el esfuerzo y la pasión si el ser de la nación es inalterable? Y lo mismo puede decirse de su visión determinista: si ya todo está escrito ¿para qué afanarse en mejorar las cosas? La propuesta de O'Gorman nos parece mejor:

> El ser nacional se actualiza en lo que de entitativo concede el acontecer. No, pues, una especie de tesoro ontológico celosamente custodiado por aquel caballero del gabán metafísico que nos salió al paso en páginas anteriores, sino un hacer, un bregar, pero no en el

> encierro de una historia empeñada en salvarse de sí misma, sino en el riesgoso campo de batalla del acontecer universal. Nada más cómodo, más pernicioso que sucumbir a la seducción de la creencia en un modo de ser dado, ya hecho para siempre y por añadidura excelente, alimento de regodeo hasta por los fracasos y desastres, pábulo de infinita vanidad que ciega, y sobre todo, autorización para el descuido de esa tarea vital que es ir siendo a posse ad esse, de lo posible a lo real, o si se prefiere, de esa empresa que es la de irnos inventando.[12]

Sin embargo Riva, el ecléctico según lo califica Álvaro Matute, siempre rebelde al análisis como dice don Daniel Cosío Villegas, nos ofrece otras páginas, en otras obras, que resulta imposible calificar de esencialistas, por ejemplo en Los Ceros escribe Riva:

> No necesitamos ocuparnos de si el nacimiento del grande hombre es natural o maravilloso, supuesto que no admitimos entre los datos para la resolución de los problemas científicos nada que no sea enteramente natural; pero a nuestro turno ponemos también este dilema: o la evolución social tiene que verificarse precisa e indispensablemente, indefectible en tiempo y en modo, o está sujeta a la eventualidad de todos los acontecimientos sociales y es susceptible de variar en tiempo y forma, y de ser o no ser. Si lo primero entonces tendremos ya el fatalismo árabe, el estaba escrito, y por consecuencia el destino manifiesto, la falta de libertad naciendo del conjunto de las libertades; el libre albedrío de las unidades engendrando una unidad arrastrada ciegamente por el destino, como los personajes de Esquilo; las afirmaciones coordinadas produciendo la negación absoluta; en fin, la deidad ciega de la mitología, el Alá del islamismo; lo maravilloso también, y sobre todo más que lo metafísico, lo teológico: un Jehová disponiendo caprichosamente de la suerte de las sociedades. Esto no se puede admitir. Entonces. busquemos el otro extremo de la disyuntiva; y establezcamos sin vacilar que las evoluciones sociales no son absolutamente necesarias, ni en su tiempo ni en su modo de ser, y que están sujetas a la combinación de los elementos que hacen de ellas la unidad más compleja y menos resoluta para el estudio científico.[13]

Pareciera que Riva hubiera escrito este párrafo para contradecir mucho de lo que hemos dicho, mas ya hemos comentado varias veces su eclecticismo, el cual le permite explorar muchas vetas y a mayor profundidad que otros historiadores de la época, es un

[12] Edmundo O'Gorman, México. El trauma de su historia, Universidad Nacional Autónoma de México / Coordinación de Humanidades, México, 1977, p. 117.
[13] Véase José Ortiz Monasterio, "Francisco Sosa, el género biográfico y la teoría del grande hombre", en Secuencia, núm. 21, septiembre-diciembre de 1991, p. 130.

hombre representativo sólo en los términos de Emerson,[14] pues su inteligencia está muy por encima del promedio. De nuevo es preciso considerar los diferentes géneros en que Riva escribe, los diferentes públicos a los cuales se dirige. Riva es uno en sus artículos eruditos, otro diferente en sus novelas, otro difícil de ubicar en El libro rojo y uno más, gran humorista y erudito, en Los ceros. También hemos advertido en el México a través de los siglos ciertas contradicciones entre su narración y la "historia sin personajes" que recomienda a futuros escritores.[15] Por todo ello no puede calificarse a Riva de ser eminentemente esencialista, a pesar de que el México a través de los siglos sí tenga, y muy acusado, este carácter. Repetimos, el género que se elija lo decide todo y como esta obra ha sido, por más de cien años, el gran evangelio liberal era preciso asegurar una esencia inmutable en el pasado, el presente y el futuro de México; pero en este caso dicha esencia no estaba dictada por Alá, ni por Jehová, sino por el Estado. Tal vez fue para destacar este carácter inmanente de la mexicana historia que se omitió la versión providencialista, es decir la aparición de la Virgen de Guadalupe; este gesto nos parece extremadamente moderno.

En cuanto a la doble raíz étnica como concepto es muy eficaz porque simplifica un panorama más complejo y también porque tiene cierto sentido de pureza, como si se tratara de dos grandes dinastías que realizan una alianza matrimonial. En la práctica Riva optó por dejar fuera al elemento negro (aunque aparece en algunos capítulos de su historia como precursor de la independencia), además de todas las demás inmigraciones y

[14] Thomas Carlyle, Los héroes y Ralph Waldo Emerson, Los hombres representativos (traducción y prólogo de Jorge Luis Borges), W. M. Jackson, Nueva York, 1973.
[15] "Los contrarios son pues compatibles en el mismo texto, con la condición de que éste sea narrativo". Véase Michel de Certeau, La escritura de la historia (traducción de Jorge López Moctezuma), Universidad Iberoamericana, México, 1985, p. 113.

las mezclas de todos contra todos. Y cuando Riva piensa en lo indio se refiere siempre a Cuauhtémoc como tipo del heroísmo, pero el indio de su propio tiempo es visto como un lastre, como un obstáculo a "la moderna civilización", a fin de cuentas como barbarie.

Es preciso examinar cada época bajo la luz que le es propia y la idea de la historia de Riva debe considerarse como un franco avance, pues halla una nueva y mejor solución a las conflictivas interpretaciones de los indigenistas y los colonialistas. También puede decirse que en el México a través de los siglos el Estado halló a un Homero perfecto, pues siendo la obra tan notable prefigura en consecuencia a un Estado sólido y bien caracterizado. Porque si lo que define a un país es su historia ésta halla su expresión concreta en su historiografía y, por una especie de sinécdoque la parte representa al todo y una historia deviene la historia. En consecuencia debemos terminar haciendo la aclaración de que el México a través de los siglos es obra de mucho mérito, mas desearíamos no haber dado la impresión de que es el todo, pues evidentemente es sólo una pequeña parte, de la rica historiografía de la América Latina.

# FUENTES CONSULTADAS

## ARCHIVOS

Archivo Vicente Riva Palacio, Universidad de Texas en Austin.
Archivo Mariano Riva Palacio, Universidad de Texas en Austin.
Archivo Histórico de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia.
Archivo General de la Nación, Fondo Segundo Imperio.
Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional.
Archivo Porfirio Díaz, Universidad Iberoamericana.
Archivo Manuel González, Universidad Iberoamericana.
Archivo Enrique de Olavarría y Ferrari, Biblioteca Nacional, Universidad Nacional Autónoma de México.

## PELÍCULAS

Martín Garatuza
Inspirada en la novela del general Vicente Riva Palacio. Producción de Aguila Films, S. A. (1935) Dirección de Gabriel Soria. Adaptación de Pablo Prida y Gabriel Soria. Fotografía de Alex Phillips. Estrenada en mayo 22 de 1935 en el cine Balmori.

Monja y casada, virgen y mártir
Producción de Industrial Cinematográfica, S. A. (1935) Dirección y adaptación del argumento de Juan Bustillo Oro. Fotografía de Ezequiel Carrasco.

## PERIÓDICOS (AÑOS SELECCIONADOS)

El Ahuizote
El Constitucional
El Correo de Comercio
El Coyote

La Chinaca

El Diario Oficial

El Eco de las Artes

La Exposición Internacional Mexicana

El Federalista

La Ilustración Española y Americana

El Imparcial

La Banderilla. Semanario Taurino Ilustrado

La Libertad

El Monarca

El Monitor Republicano

El Nacional

La Orquesta

El Radical

El Renacimiento

La República

El Siglo XIX

La Sombra de Guerrero

El Universal

La Vida de México

## LIBROS Y ARTÍCULOS

Obras de Vicente Riva Palacio

Algaba, Leticia. "Correspondencia de Riva Palacio con Ricardo Palma", en Temas y Variaciones de Literatura, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1991.

Castera, Pedro. Carmen. Memorias de un corazón (prólogo de Vicente Riva Palacio), Abadiano, México, 1887.

Cero (seudónimo de Vicente Riva Palacio), Los ceros. Galería de contemporáneos, por..., Imprenta de F. Díaz de León, México, 1882.

Cero (seudónimo de Vicente Riva Palacio), Los ceros. Galería de contemporáneos, por..., Imprenta de F. Díaz de León, México, 1882, edición facsimilar de don Bruno Pagliai, presentación de Andrés Henestrosa [1971].

Delorme Salto, Rafael. Los aborígenes de América. Disquisición acerca del asiento, origen, historia y adelanto en la esfera científica de las sociedades precolombinas. Con un prólogo del general don Vicente Riva Palacio y Guerrero, ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de México en España, Librería de Fernando Fe, Madrid, 1894.

Díaz y de Ovando, Clementina. Memoria de un debate (1880). La postura de México frente al patrimonio arqueológico nacional, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1990. Palabras de Riva Palacio en un debate de la Cámara de Diputados, en defensa del patrimonio arqueológico.

Mateos, Juan A. Los insurgentes. Novela histórica (prólogo y epílogo de Vicente Riva Palacio), Editorial Porrúa, México, 1968. Reedición de la original de 1869, dichos prólogo y epílogo son extractos de los artículos "Xicoténcatl" e "Iturbide" escritos por Riva para El libro rojo, 1520-1867.

Medina, José Toribio. Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en México (introducción de Vicente Riva Palacio, que no es otra cosa que el capítulo respectivo del México a través de los siglos), Imprenta Elzeviriana, Santiago de Chile, 1905.

Riva Palacio, Vicente. 10 poemas a España de poetas mexicanos por... et al. (prólogo de Roque Nieto Peña), Internacionales, México, 1950.

-------"Adiós mamá Carlota", University of California, Shields Library, Armando de Maria y Campos Collection, clasificación II.B.2

-------Alegato de buena prueba que presenta el licenciado Vicente Riva Palacio como apoderado de don Estevan Baysset, en el juicio que sobre cumplimiento de un contrato sigue contra la testamentaría del señor don Mariano Cosío, Imprenta de Vicente García Torres, México, 1857.

-------Antología de... (introducción y selección de Clementina Díaz y de Ovando), Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1976 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 79).

-------"El 'brazo derecho' de Morelos", en Episodios históricos de la guerra de Independencia, Imprenta de V. Agüeros, México, 1910, p. 281-284. Aquí mismo "El libertador de México" y "Morelos", tomados seguramente de El libro rojo 1520-1867.

-------Calvario y Tabor. Novela histórica y de costumbres, Manuel C. de Villegas y Compañía, editores, México, 1868, ils.

-------Calvario y Tabor. Novela histórica y de costumbres, Edición de El Diario del Hogar, Filomeno Mata, México, 1883.

-------Calvario y Tabor. Memorias de las luchas de la intervención, J. Ballescá y Cía., sucs., México, 1905 (Novelas mexicanas escogidas).

-------Calvario y Tabor. Novela histórica y de costumbres, León Sánchez, México, 1923 (Biblioteca Popular de Autores Mexicanos).

-------Calvario y Tabor. Memorias de las luchas de la Intervención, Editora Nacional, 1963.

-------"Carnet de guerra de Vicente Riva Palacio" (presentación y versión paleográfica de José Ortiz Monasterio), en Literatura Mexicana, vol. VII, núm. 2, 1996.

-------Los ceros (véase Cero (seudónimo de VRP).

-------Cuentecitos, retold and adapted from the Spanish of... by Luis Leal, D. C. Heath and Company, Boston, 1944.

-------Cuentos del general, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1896.

-------Cuentos del general (prólogo de Manuel Toussaint), Editorial Cultura, México 1929 (Clásicos Mexicanos).

-------Cuentos del general, Editora Nacional, México, 1952 (Colección económica, 45).

-------Cuentos del general (presentación por Ermilo Abreu Gómez), EUDEBA, Buenos Aires, 1966 (Serie del Nuevo Mundo).

-------Cuentos del general (prólogo de Clementina Díaz y de Ovando), Editorial Porrúa, México, 1968 (Sepan Cuantos, 10l).

-------Cuentos del general (prólogo de Clementina Díaz y de Ovando), Editorial Porrúa, México, 1975 (Sepan Cuantos, 101).

-------Cuentos del general y Los ceros (prólogo y notas de José Ortiz Monasterio), Promexa, México, 1979 (Clásicos de la Literatura Mexicana).

-------Cuentos del general (prólogo de María Teresa Solórzano Ponce, epílogo de Manuel Toussaint, dirección y diseño de la colección Nonoi Llorente), Factoría Ediciones, México, 1998 (Colección La Serpiente Emplumada).

-------Cuentos de un loco, Editor M. C. Villegas, Imprenta de F. Díaz de León y S. White, México, 1871 (Biblioteca de La Orquesta).

-------Discurso cívico que el general... pronunció en la Alameda de México en el aniversario del glorioso grito de Independencia el día 16 de septiembre de 1871, J. S. Ponce de León, impresor, México, 1871.

-------Discurso pronunciado por el general don... en la solemne inauguración de las lecciones orales, destinadas a la instrucción de los individuos del ejército nacional, Imprenta de la calle de Tiburcio, número 18, México, 1873.

-------Discurso pronunciado por... en la capital de la República el 16 de septiembre de 1871, Imprenta de F. Díaz de León y S. White, México, 1871.

-------Discurso que pronunció en la Alameda de México en el aniversario del grito de independencia, el día 16 de septiembre de 1871, J. S. Ponce de León, México, 1871.

-------"Los doce franciscanos", en Divulgación Histórica, año 1, núm. 2, diciembre 15 de 1939. Es extracto del tomo II de México a través de los siglos.

-------Las dos emparedadas. Memorias de los tiempos de la Inquisición, Manuel C. de Villegas, editor, Tomás F. Neve, impresor, México, 1869.

-------Las dos emparedadas. Memorias de los tiempos de la Inquisición, J. Ballescá, México, 1909 (Novelas mexicanas escogidas).

-------Las dos emparedadas. Memorias de los tiempos de la Inquisición, Editorial Porrúa, México, 1985 (Sepan cuantos, 474).

-------Establecimiento y propagación del cristianismo en la Nueva España, Est. Tip. Suc. de Rivadeneyra, Madrid, 1892 (Ateneo de Madrid, conferencias).

-------Flores del alma (prólogo de Francisco Sosa), Imprenta de Ponce de León, 1875 (esta obra reúne las composiciones publicadas por Riva con el seudónimo de Rosa Espino, sin embargo se ha perdido y sólo se han podido recuperar algunos poemas reproducidos en los periódicos de la época).

-------"Francisco Sosa, el género biográfico y la teoría del grande hombre" (presentación de José Ortiz Monasterio), en Secuencia, núm. 21, septiembre-diciembre de 1991, p. 117-134.

-------Historia de la administración de don Sebastián Lerdo de Tejada, Imprenta y Litografía del Padre Cobos, México, 1875.

-------Historia de la administración de don Sebastián Lerdo de Tejada (apunte histórico de Miguel Alemán Valdés, prólogo de Alejandro de Antuñano Maurer), Biblioteca Mexicana de la Fundación Miguel Alemán, México, 1992 (facsimilar de la edición de 1875, aporta un índice onomástico).

-------"Ignacio Aguilar y Marocho", en Divulgación Histórica, año 3, núm. 5, marzo de 1942. Extracto de Los ceros.

------Manuel Payno, Juan A. Mateos y Rafael Martínez de la Torre, El libro rojo 1520-1867. Hogueras, horcas, patíbulos, martirios suicidios y sucesos lúgubres y extraños acaecidos en México durante sus guerras civiles y extranjeras 1520-1867, Díaz de León y White, editores, México, 1870, ils.

-------Manuel Payno, Juan A. Mateos y Rafael Martínez de la Torre, El libro rojo 1520-1867, A. Pola, México, 1905.

-------Manuel Payno, Juan A. Mateos y Rafael Martínez de la Torre, El libro rojo 1520-1867, Editorial Leyenda, México, 1946.

-------Manuel Payno, Juan A. Mateos y Rafael Martínez de la Torre, El libro rojo 1520-1867, Editorial del Valle de México, México, 1976.

-------Manuel Payno, Juan A. Mateos y Rafael Martínez de la Torre, El libro rojo 1520-1867, Offset, México, 1983.

-------y Juan A. Mateos, Las liras hermanas. Obras dramáticas de..., Imprenta de F. Díaz de León y Santiago White, México, 1871.

-------"A mi madre", en La Enseñanza Primaria, t. IV, núm. 4, agosto 15 de 1904.

-------Martín Garatuza. Memorias de la Inquisición, Manuel C. de Villegas, editor. México, 1868.
-------Martín Garatuza. Memorias de la Inquisición, Nueva España, México, s. f. (Colección de novelas selectas).

-------Martín Garatuza. Memorias de la Inquisición, Manuel León Sánchez, México, s. f. (Biblioteca popular de autores mexicanos, 6).

-------Martín Garatuza. Memorias de la Inquisición, J. Ballescá y Cía., México, 1904 (Novelas mexicanas escogidas).

-------Martín Garatuza. Memorias de la Inquisición, J. Ballescá y Cía., México, 1908 (Novelas mexicanas escogidas).

-------Martín Garatuza. Memorias de la Inquisición (prólogo de Antonio Castro Leal), Editorial Porrúa, México, 1945 (Colección de Escritores Mexicanos, 20 y 21).

-------Martín Garatuza, Editora Nacional, México, 1960.

-------Martín Garatuza. Memorias de la Inquisición (prólogo de Antonio Castro Leal), Editorial Porrúa, México, 1975 (Colección de Escritores Mexicanos, 20 y 21).

-------Memoria presentada al Congreso de la Unión por el secretario de Estado y del despacho de Fomento, Colonización, Industria y Comercio de la República Mexicana... Corresponde al año transcurrido de diciembre de 1876 a noviembre de 1877, Imprenta de Francisco Díaz de León, México, 1877.

-------Memorias de un impostor. Don Guillén de Lampart, rey de México. Novela histórica, Manuel C. de Villegas, editor, México, 1872.

-------Memorias de un impostor. Don Guillén de Lampart, rey de México (prólogo de Antonio Castro Leal), Editorial Porrúa, México, 1946 (Colección de Escritores Mexicanos, 33 y 34).

-------Memorias de un impostor, Secretaría de Educación Pública, México, 1981.

-------(director) México a través de los siglos, Espasa y Compañía, editores, Barcelona, [1884-1889], 5 vols.

-------México a través de los siglos. Historia patria. Nueva edición de... Refundida, anotada y continuada hasta nuestros días por Luis González Obregón, Benito Guijosa, México, s. f.

-------(director) México a través de los siglos, Lito Offset Urquijo, México, s. f., 10 vols.

-------(director) México a través de los siglos, Herrerías, México, 1939, 5 vols.

-------(director) México a través de los siglos, Gustavo S. López, México, [1940], 5 t.
en 10 vols.

-------México a través de los siglos, Resumen integral de..., resumen de Florentino M. Torner, Compañía General de Ediciones, México [ 1951-1952], 5 vols.

-------(director) México a través de los siglos, Editorial Cumbre, México [1956], 5 vols.

-------(director) México a través de los siglos, Editorial Cumbre, México, [1962], 5 vols.

-------(director) México a través de los siglos, Editora Nacional, México, 1963, 12 vols.

-------(director) México a través de los siglos, Editorial Cumbre, México [1967], 5 vols.

-------(director) México a través de los siglos, Editorial Cumbre, México [1970], 5 vols.

-------(director) México a través de los siglos, Editorial Cumbre, México [1971], 5 vols.

-------(director) México a través de los siglos, Editorial Cumbre, México [1972], 5 vols.

-------(director) México a través de los siglos, Editorial Cumbre, México [1974], 5 vols.

-------México a través de los siglos, Compendio general de... compendiado por Francisco Rofer, Editorial del Valle de México, México, c. 1974, 6 vols.

-------Mis versos, [Rivadeneyra], Madrid, 1893.

-------Mis versos, Gobierno del Estado de México, Dirección de Patrimonio Cultural y Artístico del Estado de México / FONAPAS, Toluca, 1979 (edición facsimilar de la de 1893).

-------Monja y casada, virgen y mártir. Historia de los tiempos de la Inquisición, Manuel C. de Villegas, editor, Imprenta de La Constitución Social, México, 1868.

-------Monja y casada, virgen y mártir. Historia de los tiempos de la Inquisición, El Mundo, México, 1900.

-------Monja y casada, virgen y mártir. Historia de los tiempos de la Inquisición, J. Ballescá, México, 1908 (Novelas mexicanas escogidas).

-------Monja y casada, virgen y mártir. Historia de los tiempos de la Inquisición (prólogo de Antonio Castro Leal), Editorial Porrúa, México, 1945 (Colección de Escritores Mexicanos, 18 y 19).

-------Monja y casada, virgen y mártir. Historia de los tiempos de la Inquisición, Editora Nacional, México, 1951.
-------Monja y casada, virgen y mártir. Historia de los tiempos de la Inquisición, Editora Nacional, México, 1958. Edición de lujo profusamente ilustrada con magníficas

láminas sueltas y grabados representando las más culminantes escenas del texto (Novelas mexicanas escogidas).

-------Monja y casada, virgen y mártir. Historia de los tiempos de la Inquisición (prólogo de Antonio Castro Leal), Editorial Porrúa, México, 1958 (Colección de Escritores Mexicanos, 18 y 19).

-------Monja y casada, virgen y mártir. Historia de los tiempos de la Inquisición (prólogo de Antonio Castro Leal), Editorial Porrúa, México, 1974 (Colección de Escritores Mexicanos, 18 y 19).

-------Monja y casada, virgen y mártir (prólogo de Carlos Monsiváis), Editorial Océano, México, 1986.

-------et al. La novela histórica y de folletín (presentación de José Emilio Pacheco), Editorial Promesa, México, 1985.

-------et al. La novela del México colonial (prólogo de Antonio Castro Leal), Aguilar, México, 1964, 2 vols.

-------Obras escogidas (coordinador de la obra José Ortiz Monasterio), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Mexiquense de Cultura / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México. Tomo I: Los Ceros. Galería de contemporáneos (prólogo de Clementina Díaz y de Ovando), 1996; tomo II: Tradiciones y leyendas mexicanas (prólogo de Jorge Ruedas de la Serna), 1996; tomo III: Las liras hermanas. Obras dramáticas (prólogo de Eduardo Contreras Soto), 1997; tomo IV: Ensayos históricos (estudio preliminar de José Ortiz Monasterio), 1997; tomo V: Martín Garatuza (prólogo de Leticia Algaba), 1997; tomo VI: Calvario y Tabor (prólogo de Vicente Quirarte), 1997; tomo VII: Cuentos del general (prólogo de Héctor Perea), 1997.

-------y Juan A. Mateos, Odio hereditario; drama en cuatro actos y en verso por... Representado por primera vez en el Teatro Iturbide la noche del 27 de enero de 1861, Imprenta de A. Boix, a cargo de J. Ponce de León, México, 1861.

-------Páginas en verso (prólogo de Francisco Sosa), Imprenta de Francisco Díaz de León, México, 1885, 237 p.

-------Páginas en verso (prólogo de Francisco Sosa), Librería La Ilustración, México, 1885, 179 p.

-------Páginas en verso (prólogo de Francisco Sosa), Tipografía de J. Bargier, México, 1885 (Parnaso mexicano, 7).

-------El Parnaso mexicano. Rasgos biográficos y poesías escogidas de varios autores, coleccionados bajo la dirección de..., La Ilustración, México, 1885-1886, 24 t.

-------Pedro de Alvarado. Martín Cortés, Secretaría de Educación pública / Conasupo, México, c. 1981 (Cuadernos Mexicanos, 50).

-------Los piratas del Golfo. Novela histórica, Manuel C. de Villegas, editor, México, 1869.

-------Los piratas del Golfo. Novela histórica (prólogo de Antonio Castro Leal), Editorial Porrúa, México, 1946 (Colección de Escritores Mexicanos, 25 y 26).

-------Los piratas del Golfo. Novela histórica (prólogo de Antonio Castro Leal), Editorial Porrúa, México, 1974 (Colección de Escritores Mexicanos, 25 y 26).

-------Poemas inéditos 1893-1894 (prólogo de Roberto Oropeza, recopilación de Aurelio Leal García), s. e., México, 1976. (El ingeniero Leal leyó mal la fecha, en realidad los poemas corresponden a los años l853-1854.)

-------Un secreto que mata. Novela histórica por el general..., Talleres de "El Demócrata", México, 1917. (Se trata de un capítulo de alguna sus otras novelas conocidas, no es novedad.)

-------La soberanía de los estados y la Suprema Corte de Justicia, Imprenta de J. M. Aguilar Ortiz, México, 1874.

-------"Una tradición de familia", en Lecturas, segunda serie, núm. 5-7.

-------y Juan de Dios Peza, Tradiciones y leyendas mexicanas, J. Ballescá, edición de lujo, México, [1885].

-------y Juan de Dios Peza, Tradiciones y leyendas mexicanas, Librería General, México, 1922.

-------y Juan de Dios Peza, Tradiciones y leyendas mexicanas (edited with introduction, notes and vocabulary by Manuel Romero de Terreros, marqués de San Francisco, and S. L. Millard Rosenberg), Thomas Nelson and Sons, New York, 1927.

-------y Juan de Dios Peza, Tradiciones y leyendas mexicanas, Editora Nacional, México, 1957.

-------Los treinte y tres negros, Secretaría de Educación Pública / Compañía Nacional de Subsistencias Populares, México, 1981 (Cuadernos mexicanos, 3). Es extracto de El libro rojo 1520-1867.

-------Mis versos, Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1893, ilustraciones de Tomás Martín, fotograbado de Laporta, 194 p.

-------La vuelta de los muertos. Novela histórica, Manuel C. de Villegas, editor, México, 1870.

-------La vuelta de los muertos. Novela histórica, Editora Nacional, México, 1951.

Ruedas de la Serna, Jorge (coordinador). La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996, p. 287-324. Reproduce los "Ceros" dedicados a Juan de Dios Arias, Juan de Dios Peza y Alfredo Chavero; incluye un comentario preliminar de Leticia Algaba, María Teresa Solórzano Ponce y José Ortiz Monasterio.

Zentella, Arcadio. Preludios (presentación de Vicente Riva Palacio), Imprenta de N. Chávez, México, 1872.

Obras relativas a Vicente Riva Palacio

Aguila, Marcos Tonatiuh. El liberalismo mexicano y la sucesión presidencial de 1880: dos ensayos, Universidad Autónoma Metropolitana / Miguel Ángel Porrúa, México, 1995 (Las ciencias sociales).

Algaba, Leticia. "Las licencias del novelista y las máscaras del crítico. Una polémica en torno a Monja y casada, virgen y mártir, de Vicente Riva Palacio", Universidad Nacional Autónoma de México (tesis de maestría), México, 1996.

-------Las licencias del novelista y las máscaras del crítico, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, México, 1997 (Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades, Serie Literatura).

-------"Una novela de Riva Palacio en entredicho", en Secuencia, núm. 35, mayo-agosto de 1996, p. 43-58.

-------"Una amistad epistolar: Ricardo Palma y Vicente Riva Palacio", en Secuencia, núm. 30, septiembre-diciembre de 1994, p. 179-206.

-------"Las protagonistas de Monja y casada, virgen y mártir, en Literatura Mexicana, vol. VII, núm. 2, 1996, p. 335-350.

Alguien (seudónimo del presbítero José Mariano Dávila), Breves observaciones sobre la moderna novela titulada "Monja y casada, virgen y mártir. (Historia de los tiempos de la Inquisición.)" Aceptación de un tremebundo reto, Imprenta Literaria, México, 1869.

Anónimo, Vicente Riva Palacio, Partido Revolucionario Institucional, México, 1988 (Forjadores de México).

Ballescá, Santiago. "Cartas del editor de México a través de los siglos", (presentación, selección y versión paleográfica de José Ortiz Monasterio), en Secuencia, núm. 35, mayo-agosto de 1996, p. 131-171.

Basabe Benítez, Agustín. "Vicente Riva Palacio: el contrato racial", en México mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez, Fondo de Cultura Económica, México, 1992 (Sección de obras de historia), p. 29-33.

Cacho Vázquez, Xavier. México a través de los siglos a cien años de su publicación 1884-1889, Archivo General del Estado de Nuevo León, Monterrey, 1988 (Cuadernos del Archivo, 31).

Castel Lentini, Gargallo di. "Vicente Riva Palacio. Uno storico liberale", en Revista de Storia della Storiografia, año 3, núm. 2-3, 1982, p. 123-130. (Este texto no lo conozco directamente sino que tomé la referencia de otro autor; en Italia no pudieron localizarlo mis amigos, tal vez por un error de la referencia en la fecha de publicación.)

Castro, Miguel Ángel. "1896: Adiós y bienvenida", en Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, nueva época, vol. I, núm. 2, segundo semestre de 1996, p. 159-207.

Cubría Montiel, Jorge Manuel. "Una revalorización de la obra novelística de Vicente Riva Palacio" (tesis profesional), Universidad Iberoamericana, México, 1992.

Dalevuelta, Jacobo. “Chinaco y periodista y poeta y diplomático”, en Excelsior, mayo 16 de 1936.

Departamento del Distrito Federal. Don Vicente Riva Palacio, Publicación de la Dirección de Acción Cívica, de Reforma y de Cultura, México, 1929 (Propaganda cívica, 68). “Esta publicación [panfleto de una hoja] se repartió el día 16 de octubre de 1929 en las calles de Riva Palacio, en el acto efectuado para conmemorar el aniversario del nacimiento de este ilustre ciudadano”.

Díaz y de Ovando, Clementina. Un enigma de los ceros. Vicente Riva Palacio o Juan de Dios Peza, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1994 (Ida y regreso al siglo XIX).

-------“Un gran literato liberal, Vicente Riva Palacio”, en Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas, vol. VII, núm. 27, 1958, p. 47-62.

-------“La incógnita de algunos ceros de Vicente Riva Palacio”, Universidad Nacional Autónoma de México (tesis doctoral), México, 1965.

-------“La novela histórica en México”, en Memorias de la Academia Mexicana de la Historia, Academia Mexicana de la Historia México, t. XXX, 1971-1976.

-------“Vicente Riva Palacio y la arqueología (1878-1880)” en Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas, vol. 15, núm. 58, p. 179-186.

-------Vicente Riva Palacio: guerrero y poeta, Secretaría de Educación Pública, México, 1988 (Lectura semanal).

-------Vicente Riva Palacio y la identidad nacional, discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua leído el 13 de junio de 1985, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1985.

-------“Vida y obra de Vicente Riva Palacio”, en La vida en la cultura al triunfo de la revolución [¿de Ayutla?], Instituto Nacional de Bellas Artes, México, 1960.

Fernández Ledesma, Enrique. “Un hidalgo lusitano. Riva Palacio y Eca de Queiroz”, en Excélsior, junio 24 de 1928.

Fernández de Lizardi, Joaquín. Testamento de... Semblanza de Vicente Riva Palacio, Orientaciones, México, 1940.

Fernández Merino, A. Poetas americanos. México. Flores, Híjar, Prieto, Riva Palacio, Peza, Carpio, Altamirano, Tipografía de la Academia de Ullastres, Barcelona, 1886.

Fineau, Isabelle Kelly. “Vicente Riva Palacio, a Study of his Life and his Historical Novels”, University of Texas (tesis de maestría), 1931. (No se halla en el sistema de bibliotecas de la Universidad de Texas, ni en ninguna otra parte he podido hallar este trabajo.)

“Francisco Sosa: cartas a Vicente Riva Palacio” (presentación y versión de José Ortiz Monasterio), en Literatura Mexicana, vol. VII, núm. 2, 1996, p. 553-586.

Galindo y Villa, Jesús. “Recuerdos de ultramar”, en El Nacional, diciembre 28 de 1886.

-----Polvo de historia, Editorial Innovación, México, 1979.

García, Alejandro y Lilia Vieyra. "México a través de los siglos: revisión crítica", en Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, nueva época, vol. I, núm.2, segundo semestre de 1996, p. 145-158.

García Cubas, Antonio. "Alocución pronunciada por el socio... al hacer entrega al ministro de Fomento del cuadro conmemorativo acordado por la Sociedad en honor del general Vicente Riva Palacio", en Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, quinta época, tomo III, 1908.

García Flores-Chapa, María. "Vicente Riva Palacio y el periódico El Ahuizote", en Secuencia, núm. 35, mayo-agosto de 1996, p. 59-82.

Garro, Máximo. El ciudadano Vicente Riva Palacio. Apuntes biográficos, obsequio del director del Xinantécatl a los electores del primer distrito de Estado de México, Tipografía de Juan Quijano, Toluca, 1873.

Giron, Nicole. "Ignacio Manuel Altamirano y Vicente Riva Palacio: una amistad con fondo de parentesco tixtleco", en Secuencia, núm. 35, mayo-agosto de 1996, p. 7-22.

González Peña, Carlos. "Calvario y Tabor", en El Universal, agosto 16 de 1923.

-------"El retorno de Riva Palacio", en El Universal, mayo 21 de 1936.

González Ramírez, Manuel. Vicente Riva Palacio, Secretaría de Educación Pública, México, 1967 (Cuadernos de Lectura Popular).

Henestrosa, Andrés. "Riva Palacio, poeta y soldado", en Novedades, marzo 14 de 1937.

Hernández Prieto, María Isabel. "El escritor mexicano Vicente Riva Palacio en el Madrid del siglo XIX", en Anales de Literatura Hispanoamericana, núm. 22, Madrid, 1993.

Leal, Luis. "Dos cuentos olvidados de Vicente Riva Palacio", en Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas, vol. VII, núm. 27, 1958, p. 63-70.

-------"Vicente Riva Palacio, cuentista", en Revista Iberoamericana, vol. XII, núm. 44, julio-diciembre de 1957.

-------"Los Cuentos del general", en Literatura Mexicana, vol. VII, núm. 2, 1996, p.325-333.

Lemoine, Ernesto. et al., Memoria de la mesa redonda sobre Vicente Guerrero, Instituto doctor José María Luis Mora, México, 1982 (Cuadernos del Instituto doctor José María Luis Mora).

López, Rafael. "Don Vicente Riva Palacio", en El Nacional, mayo 10 de 1936.

Magdaleno, Mauricio. "La novela del general" en El Libro y el Pueblo, tomo XII, núm. 5, mayo de 1934.

Martínez Peñaloza, Porfirio. "El Parnaso mexicano de Riva Palacio", en Revista Mexicana de Cultura, suplemento de El Nacional, agosto 4 de 1968.

Memorandum de los documentos y piezas relativas al cange de prisioneros del Ejército Republicano del Centro verificado en Acuitzeo el día 5 de diciembre de 1865 [sic], Imprenta del Cuartel General, Tacámbaro, 1865.

Millán, María del Carmen, "Tres novelistas de la Reforma", La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana, núm. 4, 1957, p. 53-63

Mora, Pablo. "El Escorial y la tradición formal en Vicente Riva Palacio" en Literatura Mexicana, vol. VII, núm. 2, 1996, p. 365-381.

Muñoz y Pérez, Daniel. "General licenciado Vicente Riva Palacio", en Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, quinta época, vol. 106, 1968, p. 97-142.

-------"Nuestros diplomáticos. Otra vez el general Riva Palacio" en Diario del Hogar, enero 14 de 1890.

Orozco, Ricardo. Las memorias del general, Centro de Estudios Históricos del Porfiriato, México, 1997. Biografía novelada.

Ortiz Monasterio, José. Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio (prólogo de Guillermo Zermeño), Universidad iberoamericana / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1993.

-------"Historia y ficción. La obra de juventud de Vicente Riva Palacio", en La Orquesta, vol. II, núm. 7, mayo-junio de 1987, p. 19-33.

-------"Las novelas históricas de Vicente Riva Palacio", en Secuencia, núm. 21, septiembre-diciembre de 1991, p. 19-48.

-------"Los orígenes literarios de México a través de los siglos y la función de la historiografía en el siglo XIX", en Secuencia, núm. 35, mayo-agosto de 1996.

-------"La Orquesta (1861-1877). Periódico omniscio, de buen humor y con caricaturas", en La Orquesta, vol. II, núm. 7, mayo-junio de 1987.

-------"Vicente Riva Palacio", en Encyclopedia of Mexico: History, Society & Culture, Chicago, Fitzroy Dearborn Publishers, 1997, t. II, p. 1281-1282.

-------Leticia Algaba y María Teresa Solórzano. "Vicente Riva Palacio", en Jorge Ruedas de la Serna (coordinador), La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996, p. 285-324.

-------"Retórica, preceptiva literaria e historia en Vicente Riva Palacio", en Jorge Ruedas de la Serna (coordinador), De la perfecta expresión. Preceptistas iberoamericanos. Siglo XIX, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, México, 1998, p. 178-189.

-------"Patria, tu ronca voz me repetía". Biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1999.

Pacheco, José Emilio. Poemas mexicanos de Riva Palacio a Tablada, Secretaría de Educación Pública, México, s. f. (Cuadernos mexicanos).

Perea, Héctor. "Riva Palacio en la España editorial", en Secuencia, núm. 35, mayo-agosto de 1996, p. 123-130.

Peza, Juan de Dios. Memorias, reliquias y retratos para la "gaveta íntima", Editorial Porrúa, México, 1990 (Sepan cuantos, 594).

-------"Rectificaciones históricas a los honores decretados a don Vicente Riva Palacio", en El Mundo, diciembre 19 de 1896.

Pi-Suñer Llorens, Antonia. "La generación de Riva Palacio y el quehacer historiográfico", en Secuencia, núm. 35, mayo-agosto 1996, p. 83-108.

Prieto, Guillermo. "Paseo por el acaso o qué sé yo", en El Universal, abril 19 de 1896.

R. G. "Dos documentos relativos a Luis de Carvajal, el viejo", en Boletín del Archivo General de la Nación, t. XXII, núm. 4, 1951, p. 551-558.

Reyes de la Maza, Luis. Circo, maroma y teatro: 1810-1910, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1985.

-------"El lugar de Juan A. Mateos en el teatro mexicano", en Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas, vol. VI, núm. 26, 1957, p. 67-76.

-------El teatro en México entre la reforma y el imperio (1858-1861), Imprenta Universitaria, México, 1958.

-------El teatro en México durante el segundo imperio (1862-1867), Imprenta Universitaria, México, 1959.

Romero Vargas, Ignacio. Asunto Riva Palacio. Discursos pronunciados en la Cámara Federal por..., senador por el estado de Morelos, Tip. de "El gran libro" de J. F. Parres y Compañía, México, 1884.

Rosenzweig, Gabriel. "Presencia de México en España, 1886-1936", en Robert Plancarte (compilador), Cultura e identidad nacional, Fondo de Cultura Económica / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994, pp. 163-187.

Rubio Mañé, José Ignacio. "La misteriosa presencia en México de don Antonio de Benavides, el tapado (1683-1684)", en Boletín del Archivo General de la Nación, t. XXV, núm. 3, 1954, p. 457-464.

-------"Los últimos años en México del duende del palacio real de Madrid (1690-l692)", en Boletín del Archivo General de la Nación, t. XXVI, núm. 4, 1955, p. 613-623.

Ruiz, Eduardo. Historia de la guerra de intervención en Michoacán, Balsal Editores, Morelia, 1975. (Edición facsimilar de la decimonónica.)

Sánchez Azcona, Juan. "El general Riva Palacio", en El Universal, mayo 10 de 1936.

Sánchez Mármol, Manuel. "Apuntes biográficos del ciudadano Vicente Riva Palacio", en La Sombra de Guerrero, diciembre 8 de 1872.

Schneider, Luis Mario. "Cuando el general fue una rosa", en Homenaje a Clementina Díaz y de Ovando. Devoción a la Universidad y la cultura, coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, p. 139-167.

Seine, Victor Marriage. "Vicente Riva Palacio: a Preliminary Study of his Life and Works", University of Texas, (tesis de maestría) 1937. No se encuentra este trabajo en el sistema de bibliotecas de la Universidad de Texas ni en ninguna otra parte he podido hallarlo.)

Serrano, Pedro. El general. Silueta del excelentísimo señor don Vicente Riva Palacio con varias anotaciones, s. e., s. l., 1934.

Sierra, Justo. "México a través de los siglos", en Revista Nacional de Ciencias y Letras, t. II, México, 1889.

Slavens, Marjorie Ruth. "Mexican Identity in the Prose Works of Vicente Riva Palacio", (tesis doctoral), Saint Louis University, s.l., 1967.

Solórzano Ponce, Teresa. "La historia como material compositivo de las novelas de Vicente Riva Palacio", en Secuencia, núm. 35, mayo-agosto de 1996, p. 23-42.

-------"La propuesta ideológica de la novela mexicana de folletín en el siglo XIX: la novela de Vicente Riva Palacio", (tesis de maestría en letras mexicanas), Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1991.

-------"Vicente Riva Palacio ante la vida teatralizada de México en el siglo XIX", (tesis de licenciatura en letras mexicanas), Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1987.

-------"La novela teatralizada de Vicente Riva Palacio", en Literatura Mexicana, vol. VII, núm. 2, 1996, p. 351-363.

Sosa, Francisco. "Cartas a Vicente Riva Palacio" (presentación y versión paleográfica de José Ortiz Monasterio), en Literatura Mexicana, vol. VII, núm. 2, 1996.

-------"Mariano Riva Palacio", en Biografías de mexicanos distinguidos, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1884.

-------"Vicente Riva Palacio. Apuntes biográficos", en El Imparcial, noviembre 17 de 1872. Esta biografía se reprodujo en la obra de Serapio Baqueiro, Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatán desde el año de 1840 hasta 1864, Imprenta de Manuel Heredia Argüelles, México, 1878, por estar dedicada la obra a Riva Palacio.

Tablada, José Juan. "Dominicales", en El Universal, noviembre 29 de 1896.

Taibo II, Paco Ignacio. La lejanía del tesoro, Premio Planeta / Joaquín Mortiz, México, 1992.

Torrea, Juan Manuel. "Algunos aspectos de la vida militar y diplomática del general don Vicente Riva Palacio", en Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, tomo XLVI, 1937, p. 43-46.

Tortolero Villaseñor, Alejandro. "Espacio, población y tecnología: la modernización de las haciendas de Chalco durante el siglo XIX" en Historia Mexicana, vol. XLIII, núm. 4, abril-junio de 1994, p. 601-631.

Valle-Arizpe, Artemio de. Don Victoriano Salado Álvarez y la conversación en México, Editorial Jus, México, 1944.

Guías, catálogos y bibliografías

Agraz García de Alba, Gabriel. Bibliografía general de don José María Vigil, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1981 (Bibliografías, 7).

Archivo General de la Nación, Crónica del Diario Oficial de la Federación, Secretaría de Gobernación, México, 1988.

Archivo del general Porfirio Díaz. Memorias y documentos (prólogo y notas de Alberto María Carreño), Elede / Instituto de Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1950 (Colección de obras históricas mexicanas).

Baranda, Marta. "Bibliografía comentada: Estado de México", en Secuencia, núm. 4, enero-abril de 1986, p. 78-101.

Batis, Huberto. Índices de El Renacimiento, Centro de Estudios Literarios, México, 1963.

Blázquez Domínguez, Carmen G. "Siglo XIX y revolución en Veracruz: una bibliografía básica", en Secuencia, núm. 6, septiembre-diciembre de 1986, p. 61-98.

Catálogo general del archivo del Ayuntamiento de la ciudad de México (prólogo de Miguel Mendoza López), mecanoescrito, s. e., México, 1971.

Cosío Villegas, Daniel. "El Porfiriato: su historiografía o arte histórico", en Extremos de América, Tezontle, México, 1949, p. 134-135.

-------"Nueva historiografía política del México moderno", en Memoria de El Colegio Nacional, t. V, núm. 4, 1965, p. 11-176.

Dabbs, Jack Autrey. "Guía del Archivo Vicente Riva Palacio", manuscrito inédito, 20 t. (La fotocopia del original puede consultarse en el Instituto Mora.)

-------The Mariano Riva Palacio Archives. A Guide, Editorial Jus, México, 1967-1972, 3 vols.

Florescano, Enrique (coordinador). Bibliografía general del desarrollo económico de México, Secretaría de Educación Pública / Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1980, 2 vols. (Colección Científica, 76).

Florescano, Enrique. El nuevo pasado mexicano, Cal y Arena, México, 1991.

Guzmán y Raz Guzmán, Jesús. Bibliografía de la Reforma, la Intervención y el Imperio, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1930-1931, 2 vols.

José Valenzuela, Georgette. Guía e inventario del Archivo Manuel González: acervos históricos, Biblioteca Francisco Xavier Clavigero, Universidad Iberoamericana, 1993.

Iguíniz, Juan B. Ex-libris de bibliófilos mexicanos. Colección formada por el doctor Nicolás León y continuada e ilustrada con notas biográficas por..., Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, México, 1913.

"Inquisición. Índices del lote Riva Palacio", en Boletín del Archivo General de la Nación, t. IV, núm. 5, 1933.

Martínez Rosales, Alfonso y Luis Muro. Historia Mexicana. Guía del número 1 al 150 (1951-1988), El Colegio de México, México, 1991.

Millares Carlo, Agustín y José Ignacio Mantecón. Ensayo de una bibliografía de bibliografías mexicanas, Biblioteca de la II Feria del Libro y Exposición Nacional del Periodismo, México, 1943.

Moreno Valle, Lucina. Catálogo de la colección Lafragua 1821-1853, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, México, 1975.

Perera C., Eddie María. Archivo del general Leyva, Archivo General de la Nación, México, 1979 (Serie Guías y Catálogos, 6)

Potash, Robert A. "Historiografía del México independiente", en Historia Mexicana, vol. X, 1961.

Quirarte, Martín. Historiografía sobre el imperio de Maximiliano, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1970.

Ramos, Luis. Bibliografía masónica, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.

Ramos, Roberto. Bibliografía de la historia de México, Talleres de Impresión de Estampillas y Valores, México, 1956.

Obras generales

Bobbio, Norberto y Nicola Matteucci (directores), Diccionario de. política (traducción de Raúl Crisafio, Alfonso García, Mariano Martín y Jorge Tula), Siglo Veintiuno Editores, México, 1988, 2 vols.

Burguess, Paul. Justo Rufino Barrios: una biografía (traducción de Francis Gall), Comité Pro Festejos del Centenario de la Revolución de 1871, Guatemala, 1971 (Publicación especial número 17 de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala).

Cardoso, Ciro. (coordinador) México en el siglo XIX (1821-1910). Historia económica y de la estructura social, Editorial Nueva Imagen, México, 1980.

Cosío Villegas, Daniel et al. Historia moderna de México, Editorial Hermes, México-Buenos Aires, 1955-1973, 10 vols.

Cuevas, Mariano. Historia de la nación mexicana, Talleres Tipográficos Modelo, México, 1940.

De Gortari Rabiela, Hira y Regina Hernández Franyuti. La ciudad de México y el Distrito Federal. Una historia compartida, Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora, México, 1988.

Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México, Editorial Porrúa, México, 1986, 5a. edición, 3 vols.

Díaz, Lilia. "El liberalismo militante", en Historia general de México, El Colegio de México, México, 1976, t. III.

Enciclopedia de México, Enciclopedia de México, México, 1977, 12 vols.

González, Luis. "El liberalismo triunfante", en Historia general de México, El Colegio de México, México, 1976, t. III.

González Navarro, Moisés. Estadísticas sociales del Porfiriato, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1956.

Israel, Jonathan I. Razas, clases sociales y vida política en el México colonial 1610-1670 (traducción de Roberto Gómez Ciriza), Fondo de Cultura Económica, México, 1980.

Krauze, Enrique. La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996), Tusquets Editores, México, 1997 (Colección Andanzas).

Martínez, José Luis. Hernán Cortés, Fondo de Cultura Económica / Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1997 (Sección de obras de historia).

Matute, Álvaro. "A cien años, Pofirio Díaz", en Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México, vol. 7, 1979, p. 189-193.

O'Gorman, Edmundo. México: el trauma de su historia, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1977.

-------La supervivencia política novohispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano, Centro de Estudios de Historia de México, México, 1969.

Reyes Heroles, Jesús. El liberalismo mexicano, Facultad de Derecho, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1957-1961, 3 vols.

Rhode, Peter (editor). The Diary of Soren Kierkegaard, Philosophical Library, Nueva York, 1960.

Rodríguez O., Jaime E. y Colin M. MacLachlan. The Forging of the Cosmic Race. A Reinterpretation of Colonial Mexico, University of California Press, Berkeley, Los Angeles & Oxford, 1990.

Rodríguez O., Jaime E. La independencia de la América española (traducción de Miguel Abelardo Camacho), El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica, México, 1998.

Rubio Mañé, Ignacio. El virreinato, Universidad Nacional Autónoma de México / Fondo de Cultura Económica, México, 1983.

Textos contemporáneos y legislación

Altamirano, Ignacio Manuel. Antología (poesías y artículos) (selección y prólogo de Nicole Giron), México, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1981.

-------"Biografía de Ignacio Ramírez", en Obras completas. XIII. Escritos de literatura y arte (coordinación de Nicole Giron, selección y notas de José Luis Martínez), Secretaría de Educación Pública, México, 1988, t. 2.

-------Obras completas. VII Crónicas (coordinación de Nicole Giron, edición, prólogo y notas de Carlos Monsiváis), Secretaría de Educación Pública, México, 1987, t. 1.

-------Obras completas (coordinación de Nicole Giron), Secretaría de Educación Publica, México, 1986-1992, 22 vols.

-------"Revistas literarias de México (1821-1867)", en La literatura nacional (edición y prólogo de José Luis Martínez), Editorial Porrúa, México, 1949, 3 vols.

Álvarez, Ignacio. Estudios sobre la historia general de México, Imprenta Económica de Mariano Ruiz Esparza, Zacatecas, 1875-1877, 6 vols.

Arrangoiz, Francisco de Paula. Méjico desde 1808 hasta 1867, Imprenta a cargo de Estrada, Madrid, 1872, 4 vols.

Bancroft, Hubert H. History of the Pacific States of North America, A. L. Bancroft and Company, San Francisco, 1874-1890, 33 vols.

Bernal, Ignacio (compilador). Correspondencia de Nicolás León con Joaquín García Icazbalceta, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1982.

Buenrostro, Felipe. Historia del Segundo Congreso Constitucional de la República Mexicana que funcionó en los años de 1861, 62 y 63. Extracto de todas las sesiones y documentos relativos de la época por..., Imprenta Políglota, México, 1875, 2 vols.

Bulnes, Francisco. El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio, Vda. de Ch. Bouret, México, 1904.

-------Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma, Munguía, México, 1905.

Castillo Negrete, Emilio del. Historia militar de México en el siglo XIX, Imprenta de A. Rosas, México, 1883.

Clavijero, Francisco Javier. Historia antigua de México (edición y prólogo de Mariano Cuevas), Editorial Porrúa, México, 1958 (Colección de Escritores Mexicanos), 4 vols.

-------Storia Antica del Messico, Georgio Bisiani, Cesena, 1780, 4 vols.

-------Historia antigua de México: sacada de los mejores historiadores españoles, y de los manuscritos, y de las pinturas antiguas de los indios, por Francisco Saviero Clavigero (traducida del toscano por José Joaquín de Mora), R. Ackerman, Londres-México, 1826, 2 vols.

Chavero, Alfredo. Discurso pronunciado en los funerales del ciudadano Benito Juárez, Díaz de León, México, 1872.

-------Francisco Sosa et al., Memorandum acerca de la solemne inauguración del monumento erigido en honor de Cuauhtémoc en la calzada de la Reforma de la ciudad de México, Imprenta de J. F. Jens, México, 1887.

Dublán, Manuel y José María Lozano (editores). La legislación mexicana, o colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la Independencia de la República, Imprenta de El Comercio, México, 1876-1911, 44 vols.

Esquivel Obregón, Toribio. Recordatorios públicos y privados. León, 1864-1908 (prólogo, estudio introductorio y selección fotográfica de Guillermo Zermeño Padilla), Universidad Iberoamericana / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Patronato Toribio Esquivel Obregón, México, 1992.

Flores, Francisco. Historia de la Medicina, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1886, 3 vols.

Galindo y Galindo, Miguel. La gran década nacional, o relación histórica de la guerra de Reforma. Intervención extranjera y gobierno del archiduque Maximiliano, 1857-1867, Fondo de Cultura Económica / Instituto Cultural Helénico, México, 1987, 3 vols.

García Cantú, Gastón. El pensamiento de la reacción mexicana. Historia documental. 1810-1962, Empresas Editoriales, México, 1965.

García Cubas, Antonio. El libro de mis recuerdos, Editorial Patria, México, 1945.

-------Diccionario geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1888-1891, 5 vols.

Gaxiola, Francisco Javier. Gobernantes del Estado de México. Múzquiz - Zavala - Olaguível, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, México, 1975. Edición facsimilar de la de 1899.

González Angulo, Agustín. Prontuario de delitos y penas y otras materias en que se citan las leyes y demás disposiciones que rigieron en el Estado de México, así como las que rigieron en su primer distrito en la época en que aquel estuvo dividido. Formado por... magistrado del Tribunal, s. e., Toluca, 1868.

González Ramírez, Manuel. Planes políticos y otros documentos, Fondo de Cultura Económica, México, 1954.

Gooch, Fanny Chambers. Face to Face with Mexicans: the Domestic life, Educational, Social, and Bussines Ways, Statemanship and Literature, Legendary and General History of the Mexican People, as Seen and Studied by an American Woman During Seven Years

of Intercourse with Them by ... with 200 Illustrations, Fords, Howard & Hulbert, New York, 1887.

Gutiérrez, Blas José. (compilador) Leyes de reforma. Colección de las disposiciones que se conocen con este nombre, publicadas desde el año de 1855 al de 1870, El Constitucional, México, 1868-1870, 4 vols.

Hernández, Octavio A. (director general) México a través de sus constituciones, XLVI Legislatura de la Cámara de Diputados, México, 1967, 8 vols.

Iglesias, José María. La cuestión presidencial en 1876, Tipografía Literaria de Filomeno Mata, México, 1892.

-------Autobiografía, Antigua Imprenta de E. Murguía, México, 1893.

Juárez, Benito. Benito Juárez, Documentos, discursos y correspondencia (selección y notas de Jorge L. Tamayo, 2a ed.), Editorial Libros de México, México, 1972.

-------Manifiesto justificativo de los castigos nacionales en Querétaro, Imprenta Díaz de León, México, 1868.

Lafuente, Modesto. Historia general de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII, continuada desde dicha fecha hasta nuestros días por don Juan Valera, Montaner y Simón editores, Barcelona, 1879.

Lerdo de Tejada, Sebastián. Memorias inéditas (apócrifas), Tipografía de El Mundo, Laredo, 1891, 2 vols.

Matute, Álvaro. México en el siglo XIX. Antología de fuentes e interpretaciones históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1993.

Molina Enríquez, Andrés. Los grandes problemas nacionales, Ediciones Era, México, 1978.

Mora, José María Luis. Méjico y sus revoluciones, Librería de Rosa, París, 1836, 4 vols.

-------Obras completas (volumen 4). Obra histórica I. México y sus revoluciones (investigación, recopilación y notas de Briseño Senosiain, Solares Robles y Suárez de la Torre), Instituto Mora / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994.

Ocampo, Melchor. Obras completas, F. Vázquez, México, 1900, 3 vols.

Olavarría y Ferrari, Enrique de. Episodios históricos mexicanos (prólogo de Álvaro Matute), Instituto Cultural Helénico / Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

Orozco y Berra, Manuel. (coordinador) Diccionario universal de historia y geografía, Tipografía de Rafael, Librería de Andrade, México, 1853-1856, 10 vols.

Pacheco, Carlos. Memoria presentada al Congreso de la Unión por el secretario de Estado y del despacho de Fomento, Colonización, Industria y Comercio de la República Mexicana general... Corresponde a los años transcurridos de diciembre de 1877 a diciembre de 1882, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1885.

Payno, Manuel. La reforma social en España y México. Apuntes históricos y principales leyes sobre desamortización de bienes eclesiásticos, Imprenta Universitaria, México, 1958.

Pizarro, Nicolás. Catecismo político constitucional, Imprenta del Comercio, México, 1871.

Rabasa, Emilio. La constitución y la dictadura. Estudio sobre la organización política de México, Revista de Revistas, México, 1912.

Ramírez, Ignacio. Obras completas (compilación y revisión David R. Maciel y Boris Rosen Jélomer), Centro de Investigaciones Científicas Jorge L. Tamayo, México, 1983-1989, 8 vols.

Representación que hacen al Congreso Constituyente varios dueños de propiedades territoriales contra algunos artículos de los proyectos de leyes fundamentales [1857], Edición facsimilar, México, 1957.

Reyes, Bernardo. El general Porfirio Díaz. Estudio biográfico con fundamento de datos auténticos y de las Memorias del gran militar y estadista, de las que se reproducen los principales pasajes por el general..., Editora Nacional, México, 1970.

Romero, José Rubén. "La manifestación de los obispos" (documento), en Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México, vol. 7, 1979, p. 197-240.

Rosa Oteiza, Luis de la. Obras, I: Periodismo y obra literaria (recopilación y prólogo de Laura Beatriz Suárez de la Torre), Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996.

Sierra, Justo. (director) México. Su evolución social, Ballescá, México-Barcelona, 1900-1902, 3 vols.

-------Juárez, su obra y su tiempo, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1948.

-------La evolución política del pueblo mexicano (estudio introductorio de Álvaro Matute), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1993 (Cien de México).

Tena Ramírez, Felipe. (director) Leyes fundamentales de México, Editorial Porrúa, México, 1957.

Torre Villar, Ernesto de la, Moisés González Navarro y Stanley Ross, Historia documental de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1974, vol. II.

Zamacois, Niceto de. Historia de Méjico, J. F.. Parres y Compañía, México-Barcelona, 1876, 20 vols.

Zarco, Francisco. Historia del Congreso Extraordinario Constituyente (1856-1857) (estudio preliminar de Antonio Martínez Báez e índices de Manuel Calvillo), El Colegio de México, México, 1957.

Literatura y cultura

Allot, Miriam. Los novelistas y la novela, Barcelona, Seix Barral, 1966.

Anderson Imbert, Enrique, "La novela histórica del siglo XIX", en Estudios sobre letras hispánicas, Editorial Libros de México, México, 1974, (Colección Biblioteca del Nuevo Mundo, 7), p. 113-130.

-------"El telar de una novela histórica: 'Enriquillo' de Galván", en Estudios sobre letras hispánicas, Editorial Libros de México, México, 1974, (Colección Biblioteca del Nuevo Mundo, 7), p. 93-106.

Auerbach, Erich. Mímesis: la representación de la realidad en la literatura occidental (traducción de I. Villanueva y E. Imaz), Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

Borges, Jorge Luis. Obras completas 1923-1972, Emecé Editores, Buenos Aires, 1987.

Brushwood, J. S. "La novela mexicana frente al porfirismo", en Historia Mexicana, vol. VII, núm. 27, 1958, p. 368-405.

Bryan, Susan E. "Teatro popular y sociedad durante el Porfiriato", en Historia Mexicana, vol. XXXIII, núm. 129, 1983, p. 130-169.

Cándido, Antonio. " 'Introducción'. Formacao da literatura brasileira (momentos decisivos)", en Alberto Vital (editor), Conjuntos, teorías y enfoques literarios recientes, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Literarias y Semiolingüísticas, Universidad Veracruzana, México, (Instituto de Investigaciones Filológicas, Ediciones Especiales, 4), p.307-322.

Carballo, Emmanuel. Estudios sobre la novela mexicana, Universidad Nacional Autónoma de México / Universidad de Colima, México, 1988.

Chang-Rodríguez, Raquel y Gabriella de Beer (editores), La historia en la literatura iberoamericana. Memorias del XXVI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, The City College of The City University of New York, Nueva York, 1989.

Estrada, Julio (editor). La música en México: I. Historia. 3. Período de la Independencia a la Revolución (1810-1910), Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1984.

Fernández, Justino. El arte del siglo XIX en México, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1967.

Ferriz Roure, Teresa. La edición catalana en México, El Colegio de Jalisco / Generalitat de Catalunya / Orfeó Catalá de México, Zapopan, 1998.

Forester, E. M. Aspectos de la novela, Editorial Debate, Madrid, 1990.

Gamboa, Federico. La novela mexicana, Universidad Nacional Autónoma de México / Universidad de Colima, México, 1988.

Giron, Nicole. “La idea de ‘cultura nacional’ en el siglo XIX: Altamirano y Ramírez”, en En torno a la cultura nacional, Instituto Nacional Indigenista, México, 1976, p. 51-83.

González Peña, Carlos. Historia de la literatura mexicana, Editorial Porrúa, México, 1928.

-------Novela y novelistas mexicanos, Universidad Nacional Autónoma de México / Universidad de Colima, México, 1987.

Jauss, Hans Robert. “Experiencia estética y hermenéutica literaria”, en Dietrich Rall (compilador), En busca del texto. Teoría de la recepción literaria, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1987.

Jiménez Rueda, Julio. Letras mexicanas en el siglo XIX, Universidad Nacional Autónoma de México / Universidad de Colima, México, 1988.

Lajolo, Marisa. “Literatura e história da literatura: senhoras muito intrigantes”, en História da literatura. Ensaios, Editora da Unicamp, Campinas, 1994.

Leal, Luis. “El contenido literario de La Orquesta”, en Historia Mexicana, vol. VII, núm. 27, 1958, p. 329-367.

Lukács, Georg. La novela histórica, Ediciones Era, México. 1971.

Mallarmé, Stéphan. “El fenómeno futuro”, en Antología (introducción de José Lezama Lima), Alberto Corazón, editor, Madrid, 1991 (Colección Visor de Poesía, XIV), p. 75-76.

Manrique, Jorge Alberto. “Arte, modernidad y nacionalismo”, en Historia Mexicana, vol. XVII, núm. 66, 1967, p. 240-252.

Martínez, José Luis. La expresión nacional. Letras mexicanas del siglo XIX, Universidad nacional Autónoma de México, México, 1955.

Monroy, Guadalupe. “Las letras”, en Daniel Cosío Villegas (coordinador), Historia moderna de México. La República Restaurada. Vida social, Editorial Hermes, México-Buenos Aires, 1956, p. 745-908.

Monsiváis, Carlos. “La nación de unos cuantos y las esperanzas románticas”, en En torno a la cultura nacional, Instituto Nacional Indigenista, México, 1976, p. 159-221.

Ortiz Monasterio, José. “Biografía e historiografía literaria en Francisco Sosa”, en Jorge Ruedas de la Serna (coordinador), Historiografía de la literatura mexicana. Ensayos y comentarios, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996, p. 140-154.

-------“La lectura en el siglo XIX”, en Crónica Dominical, año 2, núm. 87, agosto 30 de 1998, p. 14-15.

Palacio, Celia del. La primera generación romántica en Guadalajara: La Falange del Estudio, Editorial Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1993 (Colección Fundamentos).

Pacheco, José Emilio. La poesía mexicana del siglo XIX. (Antología), Empresas Editoriales, México, 1965.

Perales de Mercado, Alicia. "Asociaciones literarias en la época", en La vida y la cultura en México al triunfo de la república en 1867, Ediciones de Bellas Artes, México, 1968 (Estudios literarios, 3), p. 105-170.

Pérez Monfort, Ricardo. "La fruta madura (el fandango sotaventino del XIX a la revolución)", en Secuencia, núm. 19, enero-abril de 1991, p. 43-60.

Ramírez Cabañas, Joaquín. Antología de cuentos mexicanos (1875-1910), Espasa Calpe, México, 1953 (Colección Austral, 358).

Reyes, Alfonso. El deslinde, en Obras completas de..., Fondo de Cultura Económica, México, 1980, t. XV.

Reyes de la Maza, Luis. "Nicolás Pizarro, novelista y pensador liberal", en Historia Mexicana, vol. VI, núm. 24, 1957, p. 572-587.

Rodríguez Prampolini, Ida. La crítica de arte en México en el siglo XIX, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1964, 3 vols.

Ruedas de la Serna, Jorge (coordinador). Historiografía de la literatura mexicana. Ensayos y comentarios, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996.

-------(coordinador). La misión del escritor. Ensayos mexicanos de¡ siglo XIX, Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1997 (Ida y vuelta al siglo XIX).

-------(coordinador). De la perfecta expresión. Preceptistas iberoamericanos. Siglo XIX, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1998.

Ruiz Castañeda, María del Carmen. El Conde de la Cortina "El Zurriago Literario", Centro de Estudios Literarios, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1974.

Samperio, Guillermo. "Diálogo nocturno", en El Financiero, México, julio 30 de 1998.

Scott, Walter, Waverly (prólogo de James C. Corson), Dutton, Nueva York, 1978.

Tola, Fernando (editor). La crítica de la literatura mexicana en el siglo XIX, Universidad Nacional Autónoma de México / Universidad de Colima, México, 1987.

Varela, Félix. Jicoténcal (edición de Luis Leal y Rodolfo J. Cortina), Arte Público Press, Houston, 1995.

Historiografía y teoría de la historia

Aristóteles. Obras completas (traducción de Francisco de P. Samaranch), Aguilar, Madrid, 1973.

Benjamin, Thomas. "Organizing the Mexican Memory of Modern Mexico: Porfirian Historiography in perspective, 1880's-1980's", en Hispanic American Historical Review, vol. 64, núm. 2, mayo de 1984, p. 323-364.

Carlyle, Thomas. Los héroes y Ralph Waldo Emerson, Los hombres representativos (traducción y prólogo de Jorge Luis Borges), W. M. Jackson, Nueva York, 1973.

Certeau, Michel de. La escritura de la historia (traducción de Jorge López Moctezuma), Universidad Iberoamericana, México, 1985.

Danto, Arthur C. Analytical Philosophy of History, Cambridge University Press, Cambridge, 1965.

Dosse, Francois. "Clío en el exilio", en Secuencia, núm. 21, septiembre-diciembre de 1991, p. 135-153.

Emerson, Ralph Waldo. (Véase: Carlyle, Thomas.)

Gaos, José. De antropología e historiografía, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1967 (Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias, 40).

González y González, Luis. "Usos y abusos de la historiografía mexicana actual", en Panorama actual de la historiografía mexicana, Instituto doctor José María Luis Mora, México, 1983 (Cuadernos del Instituto doctor José María Luis Mora).

González Navarro, Moisés. Sociología e historia en México, El Colegio de México, México, 1985.

Gooch, George P. Historia e historiadores en el siglo XIX, Fondo de Cultura Económica, México, 1977.

Horkheimer, Max. "Teoría tradicional y teoría crítica", en Teoría y crítica, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

Matute, Álvaro. "Notas sobre la historiografía positivista mexicana", en Secuencia, num. 21, septiembre-diciembre de 1991, p. 49-64.

-------"La historia como ideología", en Históricas, núm. 49, mayo-agosto de 1997.

-------Estudios historiográficos, Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos, Cuernavaca, 1997 (Nuestro tiempo).

Mendiola Mejía, Alfonso. Bernal Díaz del Castillo: verdad romanesca y verdad historiográfica, Comisión Puebla Quinto Centenario, Gobierno del Estado Puebla / Universidad Iberoamericana, México, 1991.

-------"Michel de Certeau: la búsqueda de la diferencia", en Historia y Grafía, núm. 1, año 1, 1993, p. 9-31.

O'Gorman, Edmundo. "La historiografía", en México. Cincuenta años de revolución. IV. La cultura, Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

-------"Teoría del deslinde y deslinde de la teoría", Filosofía y Letras, vol. IX, núm. 17, enero-marzo de 1945, p. 21-36.

-------"Hidalgo en la historia", en Secuencia, núm. 6, septiembre-diciembre de 1986, p. 171-185.

Ortega y Medina, Juan A. (selección y estudio preliminar) Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1970 (Serie documental, 8).

-------y Rosa Camelo (coordinadores generales). Historiografía mexicana vol. III, Virginia Guedea (coordinadora), El surgimiento de la historiografía nacional y vol. IV, Antonia Pi-Suñer Llorens (coordinadora), En busca de un discurso integrador de la nación 1848-1884, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1997 y 1996 respectivamente.

Pereyra, Carlos. "El sujeto de la historia", en Configuraciones: teoría historia, Editorial Edicol, México, 1979 (Colección Filosofía y Liberación Latinoamericana), p. 71-85.

Rama, Carlos M. La historia y la novela y otros ensayos historiográficos, Editorial Tecnos, Madrid, 1975.

Segura, M. R. P. Fray Jacinto. Norte crítico con las reglas más ciertas para la discreción en la historia, y un tratado preliminar para instrucción de históricos principiantes, Imprenta de Joseph García, Valencia, 1733.

Uribe, Susana. "Manuel Orozco y Berra y su 'Historia de la dominación española' ", en Historia Mexicana, vol. XX, núm. 77, 1970, p. 76-91.

Vázquez, Josefina Z. "La historiografía romántica en México", en Historia Mexicana, vol. X, núm. 37, 1960, p. 1-13.

White, Hayden. Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX (traducción de Stella Mastrangelo), Fondo de Cultura Económica, México, 1992.

Zavala, Silvio. Francisco del Paso y Troncoso: su misión en Europa (1892-1916), Instituto de Estudios y Documentos Históricos, México, 1980.

Zermeño, Guillermo. "Toribio Esquivel Obregón: del hombre público al privado: "Memorias" a la sombra de la revolución", en Secuencia, núm. 21, septiembre-diciembre de 1991, p. 65-81.

Historia de las ideas

Brading, David A. Los orígenes del nacionalismo mexicano, Editorial Era, México, 1980.

Cosío Villegas, Daniel. La Constitución de 1857 y sus críticos, Secretaría de Educación Pública, México, 1973 (Sep/setentas).

Covo, Jacqueline. Las ideas de la reforma en México (1855-1861), Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1983.

-------"La idea de la revolución francesa en el Congreso Constituyente de 1856-1857", en Historia Mexicana, vol. XXXVIII, núm. 149, 1988, p. 69-78.

-------"Tipología del liberalismo mexicano", en Historia Mexicana, vol. XXXII, núm. 126, 1982, p. 198-225.

Giron, Nicole. "Manuel Payno: un liberal en tono menor", en Historia Mexicana, vol. XLIV, núm. 1, 1994, p. 5-35.

Hale, Charles A. El liberalismo mexicano en la época de Mora, 1821-1853 (traducción de Sergio Fernández Bravo y Francisco González Aramburu), Siglo Veintiuno Editores, México, 1982.

-------"El gran debate de libros de texto en 1880 y el krausismo en México", en Historia Mexicana, vol. XXXV, núm. 138, 1985, p. 275-298.

-------"La guerra con Estados Unidos y la crisis del pensamiento mexicano", en Secuencia, núm. 16, enero-abril de 1990, p. 43-62.

-------La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX, Vuelta, México, 1991.

Knight, Alan. "El liberalismo mexicano desde la reforma hasta la revolución (una interpretación)" en Historia Mexicana, vol. XXXV, núm. 137, 1985, p. 59-91.

López Cámara, Francisco. La génesis de la conciencia liberal en México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1977.

McGowan, Gerard L. Prensa y poder, 1854-1857. La revolución de Ayutla. El Congreso Constituyente, El Colegio de México, México, 1978.

Medina, Hilario et al., El liberalismo y la reforma en México, Escuela Nacional de Economía, Universidad Nacional Autónoma de México, 1957.

Millán, María del Carmen. "Dos utopías", en Historia Mexicana, vol. VII, núm. 26, 1957, p. 187-206. Trata sobre las novelas de Nicolás Pizarro.

Moreno de los Arcos, Roberto. "La introducción del darwinismo en México", en Anuario de Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, año VII, 1975.

-------El darwinismo en México. Siglo XIX. Testimonios, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1984 (Serie de la Historia de la Ciencia y la Tecnología, 1).

Raat, William D. El positivismo durante el Porfiriato: 1876-1910, Secretaría de Educación Pública, México, 1975 (Sep/Setentas).

Silva Herzog, Jesús. El pensamiento económico, social y político de México 1810-1964, Fondo de Cultura Económica, México, 1974.

Trabulse, Elías. Historia de la ciencia en México. Estudios y textos. Cuarta parte. La ciencia del período nacional (con la colaboración de Perla Chinchilla), Consejo Nacional para la Ciencia y la Tecnología / Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

Turner, Frederic C. The Dynamic of Mexican Nationalism, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1968.

Villegas, Abelardo. (compilador) Positivismo y porfirismo, Secretaría de Educación Pública, México, 1972 (Sep/Setentas).

Zea, Leopoldo. El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia, Fondo de Cultura Económica, México, 1968.

-------El positivismo y la circunstancia mexicana, Secretaría de Educación Pública, México, 1985 (Lecturas mexicanas, 81).

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

Educación

Martínez Jiménez, Alejandro. "La educación elemental en el Porfiriato", en Historia Mexicana, vol. XXII, núm. 88, 1973, p. 514-552.

Vázquez, Josefina. Nacionalismo y educación en México, El Colegio de México, México, 1970.

Zavala, Silvio. "Justo Sierra Méndez: educador", en Secuencia, núm. 4, enero-abril de 1986, p. 5-9.

Iglesia

Alberro, Solange. Inquisition et société au Mexique 1571-1700, Centre d'Etudes Mexicaines et Centramericaines, México, 1988.

-------La actividad del Santo Oficio de la Inquisición en Nueva España 1571-1700, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1981 (Colección Científica, 96).

Archivo General de la Nación, "Índice del lote Riva Palacio. Es conocida con el nombre de Riva Palacio, la colección de [54] volúmenes que le fueron proporcionados al general don Vicente del propio apellido, en calidad de préstamo, por el gobierno de don Benito Juárez, para que escribiera sus novelas históricas", mecanoescrito, s. p. i., 63 p. (incluye índice alfabético).

-------Procesos de Luis de Carvajal (el mozo), Talleres Gráficos de la Nación, México, 1935.

-------Universidad Nacional Autónoma de México. Corsarios franceses e ingleses en la Inquisición de la Nueva España. Siglo XVI (introducción de Julio Jiménez Rueda), México, 1945.

Bazant, Jan. "La desamortización de los bienes corporativos en 1856", en Historia Mexicana, vol. XVI, núm. 62, 1966, p. 193-212.

-------Los bienes de la Iglesia en México (1856-1875), El Colegio de México, México, 1977.

Costeloe, Michael P. Church wealth in Mexico, 1800-1856, Cambridge University Press, Cambridge, 1967.

Esquivel Otea, María Teresa. Índice del ramo Edictos de la Santa y General Inquisición, Archivo General de la Nación, México, 1981 (Serie Guías y Catálogos, 21).

García Icazbalceta, Joaquín. Carta a José María Vigil aclarando un proceso de la Inquisición en el siglo XVI, José Porrúa e hijos, México, 1939.

González Obregón, Luis. Don Guillén de Lampart, la Inquisición y la Independencia en el siglo XVII, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, México-París, 1908.

Greenleaf, Richard E. La Inquisición en Nueva España. Siglo XVI (traducción de Carlos Valdés), Fondo de Cultura Económica, México, 1981.

Grigulevich, I. Historia de la Inquisición (traducción de M. Kuznetsov, presentación de G. N. Gubanov), Editorial Progreso, Moscú, 1980.

Jiménez Rueda, Julio. Corsarios franceses e ingleses en la Inquisición de la Nueva España. Siglo XVI, Archivo General de la Nación, México, 1945.

Knowlton, Robert J. "La iglesia mexicana y la Reforma: respuesta y resultados", en Historia Mexicana, núm. 72, 1969, p. 516-534.

-------Los bienes del clero y la Reforma mexicana, 1856-1910, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

Medina, José Toribio. Historia del tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en México (introducción de Vicente Riva Palacio que es el capítulo respectivo del México a través de los siglos), Imprenta Elzeviriana, Santiago de Chile, 1905.

-------Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en México (versión ampliada de la original por Julio Jiménez Rueda, conserva la introducción de Vicente Riva Palacio), Ediciones Fuente Cultural, México, 1952.

"Proceso de Martín Salazar y Villavicencio (Garatuza)", en Boletín del Archivo General de la Nación, t. IV, núm. 2-4, 1932 (?).

Ramírez Montes, Guillermina. Catálogo del ramo Inquisición, Archivo General de la Nación, México, 1982 (Serie Guías y Catálogos, 42), 2 vols. (El ramo consta de 1553 volúmenes incluyendo el lote Riva Palacio).

Toro, Alfonso. La familia Carvajal. Estudio histórico sobre los judíos y la Inquisición de Nueva España en el siglo XVI, basada en documentos originales y en su mayor parte inéditos, que se conservan en el Archivo General de la Nación de la ciudad de México, Editorial Patria, México, 1977

Tuverville, A. S. La inquisición española (traducción de Javier Malagón y Helena Pereña), Fondo de Cultura Económica, México, 1971 (Breviarios, 2).

Valverde Téllez, Emeterio, Bibliografía eclesiástica mexicana (1821-1943) (prólogo de José Bravo Ugarte), Editorial Jus, México, 1949, 3 vols.

Política

Berry, Charles. The Reform in Oaxaca, 1856-1876, University of Nebraska Press, Lincoln, 1981.

Blázquez Domínguez, Carmen. Veracruz liberal. 1858-1860, El Colegio de México, México, 1986.

-------"El grupo liberal veracruzano del período juarista", en Secuencia, núm. 1, marzo de 1985, p. 36-42.

-------"Juan Antonio Lerdo de Tejada: las raíces regionales de una familia liberal, 1800-1850", en Secuencia, núm. 11, mayo-agosto de 1988, p. 14-26.

Cárdenas García, Nicolás y Lucila Rojas Olvera. "Los dilemas de la democracia en la república restaurada", en Secuencia, núm. 22, enero-abril de 1992, p. 103-122.

Corti, Egon Caesar. Maximiliano y Carlota, Fondo de Cultura Económica, México, 1944.

Cosío Villegas, Daniel. "Sebastián Lerdo de Tejada, mártir de la República Restaurada", en Historia Mexicana, vol. XVII, núm. 66, 1967, p. 169-199.

-------Porfirio Díaz en la revuelta de la Noria, Editorial Hermes, México, 1953.

Covo, Jacqueline. "Los clubes políticos en la revolución de Ayutla"", en Historia mexicana, vol. XXVI, núm. 103, 1977, p. 438-455.

Chevalier, Francois. "Conservadores y liberales en México: ensayo de sociología y geografía políticas, de la Independencia a la Intervención Francesa", en Secuencia, núm. 1, marzo de 1985, p. 136-149.

Fuentes Mares, José. "En el subsuelo de las constituciones de México", en Historia Mexicana, vol. IX, núm. 33, 1959, p. 1-14.

-------"La convocatoria de 1867", en Historia Mexicana, vol. XIV, núm. 55, 1965, p. 423-444.

García Cantú, Gastón. Utopías mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1978.

Guedea, Virginia. En busca de un gobierno alterno: los Guadalupes de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1992.

Guerra, Francois Xavier. Le Mexique. De l'ancien régime a la révolution, Editions L'Hartman, Paris, 1985, 2 vols.

González Navarro, Moisés. Anatomía del poder en México (1848-1853), El Colegio de México, México, 1977.

-------Vallarta. Su ambiente político-jurídico, Junta Mexicana de Investigaciones Históricas, México, 1949.

-------"La guerra y la paz, o un nuevo refuerzo francés a la derecha mexicana", en Secuencia, núm. 7, enero-abril de 1987, p. 57-69.

Gramsci, Antonio. La política y el Estado moderno, Premiá, Tlahuapan, Puebla, 1985 (La Red de Jonás).

Hegel, Georg Wilhem Friedrich. El concepto de Estado, Partido Revolucionario Institucional, México, 1988 (Materiales de Cultura y Divulgación Política Clásica, 33).

Hernández Rodríguez, Rosaura. Ignacio Comonfort. Trayectoria política. Documentos, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1967.

Huerta, David. "Juárez, Plutarco y el arte de la biografía", en Secuencia, 11, mayo-agosto de 1988, p. 5-8.

Juárez, José Roberto. "La lucha por el poder a la caída de Santa Anna", en Historia Mexicana, vol. X, núm. 37, 1960, p. 72-93.

Knapp, Frank A. The Life of Sebastián Lerdo de Tejada, 1823-1889. A Study of Influence and Obscurity, The University of Texas Press, Austin, 1951.

Laurens Ballard, Perry. Juárez and Díaz. Machine Politics in México, Northern Illinois University Press, Dekalb, 1978.

-------"El modelo liberal y la política práctica en la República Restaurada, 1867-1876", en Historia Mexicana, vol. XXIII, núm. 92, 1974, p. 646-699.

Leal, Juan Felipe. "El Estado y el bloque en el poder en México, 1867-1914" en Historia Mexicana, vol. XXIII, núm. 92,1974, p. 700-721.

Lloyd, Jane-Dale. "Entre el rancho y la mina. Las peculiaridades de la cultura política del ranchero norteño. 1886-1911", en Historia y Grafía, núm. 2, 1994, p. 145-178.

Mecham, John Lloyd. "El jefe político en México" (traducción de José Ortiz Monasterio), en Secuencia núm. 4, enero-abril de 1986, p. 143-156.

O'Gorman, Edmundo. "Precedentes y sentido de la revolución de Ayutla", en Secuencia, núm. 16, enero-abril de 1990, p. 63-96.

Parada Gay, Francisco. Breve reseña de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, Murguía, México, 1929.

Pi-Suñer Llorens, Antonia. "Benito Juárez: hombre o mito" en Secuencia, núm. 11, mayo-agosto de 1988, p. 9-13.

Rodríguez O., Jaime E. (editor), The Independence of Mexico and the Creation of the New Nation, UCLA Latin American Center Publications, University of California, Los Angeles, 1989.

-------(editor), The Revolutionary Process in Mexico. Essays on Political and Social Change, 1880-1940, UCLA Latin American Center Publications, University of California, Los Angeles, 1990.

-------(editor), The Evolution of the Mexican Political System, Scholarly Resources Inc., Wilmington, 1993.

-------(editor), Mexico in the Age of Democratic Revolutions, 1750-1850, Lynne Rienner Publishers, Boulder & London, 1994.

Roeder, Ralph. Juárez y su México, s. e., México, 1967, 2 vols.

Scholes, Walter V. Política mexicana durante el régimen de Juárez 1855-1872, Fondo de Cultura Económica, México, 1976.

Sinkin, Richard N. The Mexican Reform, 1855-1876: A Study in Liberal Nation-Building, University of Texas Press, Austin, 1979.

Solares Robles, Laura. "Manuel Gómez Pedraza. Una biografía política 1789-1851", ( tesis de maestría en historia), Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.

Suárez de la Torre, Laura. "Luis de la Rosa Oteiza, político del México independiente", (tesis de doctorado en historia), Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.

Toro, Alfonso. Historia de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, s. e., 1934.

Torre Villar, Ernesto de la. "La génesis del poder judicial en el México independiente", en Historia Mexicana, vol. XXXV, núm. 137, 1985, p. 131-172.

Valadés, José C. "Derivativos de la autoridad juarista", en Historia Mexicana, vol. XXI, núm. 84, 1972, p. 557-571.

-------El porfirismo. Historia de un régimen, Antigua Librería Robredo, México, 1941-1948, 3 vols.

Vázquez Mantecón, Carmen. Santa Anna y la encrucijada del estado. La dictadura (1835-1855), Fondo de Cultura Económica, México, 1986.

Velasco Márquez, Jesús. La guerra del 47 y la opinión pública (1845-1848), Secretaría de Educación Pública, México, 1975 (Sep/Setentas).

Intervención francesa

Arias, Juan de Dios. Reseña histórica de la formación y operaciones del cuerpo del ejército del Norte durante la Intervención Francesa; sitio de Querétaro y noticias oficiales sobre la captura de Maximiliano, su proceso íntegro y su muerte, Nabor Chávez, México, 1867.

Dabbs, Jack Autrey. The French Army in Mexico 1861-1867. A Study in Military Government, Mouton & Co., La Haya, 1963.

Hanna, Alfred Jackson y Kathry Abbey Hanna. Napoleón III y México, Fondo de Cultura Económica, México, 1973.

Lozoya, Jorge Alberto. "Un guión para el estudio de los ejércitos mexicanos del siglo diecinueve" en Historia mexicana, vol. XVII, núm. 68, 1968, p. 553-568.

McCornak, Richard Blaine. "Juárez y la armada norteamericana", en Historia Mexicana, vol. VI, núm. 24, 1957, p. 493-509.

Pani Bano, Erika. "Para nacionalizar el segundo imperio. El imaginario político de los imperialistas", tesis de doctorado en historia, El Colegio de México, 1998.

Sánchez Lamego, Miguel A. "El combate de Barranca Seca", en Historia Mexicana, vol. XIV, núm. 55, 1965, p. 469-487.

Relaciones exteriores

Ceceña, José Luis. México en la órbita imperial. Las empresas transnacionales, Ediciones El Caballito, México, 1975.

Cosío Villegas, Daniel. "La doctrina Juárez", en Historia Mexicana, vol. XI, núm. 44, 1962, p. 527-545.

Díaz López, Lilia. "Forest informa a Alfonso Dano sobre su misión en Querétaro", en Historia Mexicana, vol. XVII, núm. 66, 1967, p. 212-229.

-------"Los embajadores de Francia en el periodo de la Intervención", en Historia Mexicana, vol. XXXVIII, núm. 149,1988, p. 5-42.

Dougherty, John E. "Gran Bretaña y la intervención francesa" en Historia Mexicana, vol. XIV, núm. 55, 1965, p. 383-415.

Helguera, Margarita M. "Posibles antecedentes de la Intervención Francesa", en Historia Mexicana, vol. XV, núm. 57,1965, p. 1-24.

Herrera Canales, Inés. El comercio exterior de México, 1821-1875, El Colegio de México, México, 1977.

Sociedad

Anderson, Rodney. Outcasts in their Own Land: Mexican Industrial Workers, 1906-1911, Northern Illinois University Press, Dekalb, 1976.

Arrom, Silvia M. The Women of Mexico City, University of Stanford Press, Stanford 1985.

Bastian, Jean-Pierre. "Metodismo y clase obrera durante el Porfiriato", en Historia Mexicana, vol. XXXIII, núm. 129, 1983, p. 39-71.

Benjamin, Thomas. “El trabajo en las monterías de Chiapas y Tabasco, 1870-1946”, en Historia Mexicana, vol. XXX, núm. 120, 1981, p. 469-505.

Cardoso, Ciro F. S., Francisco G. Hermosillo y Salvador Hernández. La clase obrera en la historia de México. De la dictadura porfirista a los tiempos libertarios, Siglo Veintiuno Editores, México, 1980.

Florescano, Enrique (coordinador). Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina, 1700-1955, Editorial Nueva Imagen, México, 1985.

González, Luis. Pueblo en vilo, microhistoria de San José de Gracia, El Colegio de México, México, 1968.

González Navarro, Moisés. La colonización en México, Talleres de Impresión de Estampillas y Valores, México, 1960.

-------“La venganza del sur”, en Historia Mexicana, vol. XXI, núm. 84, 1972, p. 677-692.

-------“Las guerras de castas”, en Historia Mexicana, vol. XXVI, núm. 101, 1976, p. 70-106.

-------“El trabajo forzoso en México, 1821-1917”, en Historia Mexicana, vol. XXVII, núm. 108, 1978, p. 588-615.

-------“Las huelgas textiles en el Porfiriato”, en Historia Mexicana, vol. VI, núm. 22, 1956, p. 201-216.

-------“Las ideas raciales de los científicos”, en Historia Mexicana, vol. XXXVII, núm. 148, 1988, p. 565-583.

-------Raza y tierra. La guerra de castas y el henequén, El Colegio de México, México, 1970.

-------Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero 1821-1970, El Colegio de México, México, 1994.

Lavrín, Asunción. “La mujer en México: veinte años de estudio, 1968-1988. Ensayo historiográfico”, en Memorias del Simposio de Historiografía Mexicanista, Comité Mexicano de Ciencias Históricas, México, 1990, p. 545-579.

Leal, Juan Felipe. “Campesinado, hacienda y Estado en México: 1856-1914”, Secuencia, 5, mayo-ago. 1986, pp. 5-32.

Lida, Clara A. “Inmigrantes españoles durante el Porfiriato: problemas y temas”, en Historia Mexicana, vol. XXXV, núm. 138, 1985, p. 219-239.

Lloyd, Jane-Dale y Laura Pérez Rosales. Paisajes rebeldes. Una larga noche de rebelión indígena (coordinadoras), Departamento de Historia, Universidad Iberoamericana, México, 1995 (Serie Historia y Grafía).

Padilla, Antonio. “Pobres y criminales. Beneficencia y reforma penitenciaria en el siglo XIX en México”, en Secuencia, núm. 27, septiembre-diciembre 1993, p. 43-69.

Powell, Thomas G. El liberalismo y el campesinado en el centro de México (1850-1876), Secretaría de Educación Pública, México, 1974 (Sep/Setentas).

-------"Los liberales, el campesinado indígena y los problemas agrarios durante la Reforma", en Historia Mexicana, vol. XXI, núm. 84, 1972, p. 653-675.

Reed, Nelson. The caste war of Yucatan, Standford University Press, Standford, 1964.

Reina, Leticia. Las rebeliones campesinas en México (1819-1906), Siglo Veintiuno Editores, México, 1980.

Reyna, María del Carmen. "Las condiciones de trabajo en las panaderías de la ciudad de México durante la segunda mitad del siglo XIX", en Historia Mexicana, vol. XXXI, núm. 123, 1982, p. 431-448.

Santoni, Pedro. "La policía de la ciudad de México durante el Porfiriato: los primeros años (1876-1884)", en Historia Mexicana, vol. XXXIII, núm. 129, 1983, p. 97-129.

Target Marketing, Descripción cualitativa de los niveles socioeconómicos, documento interno, México, 1998.

Vanderwood, Paul. Disorder and Progress: Bandits, Police and Mexican Development, University of Nebraska Press, Lincoln, 1981.

-------"Los rurales: producto de una necesidad social", en Historia Mexicana, vol. XXII, núm. 85, 1972, p. 34-51.

-------"El bandidaje en el siglo XIX: una forma de subsistir", en Historia Mexicana, vol. XXXIV, núm. 133, 1984, p. 41-75.

Wasserman, Mark. "Oligarquía e intereses extranjeros en Chihuahua durante el Porfiriato", en Historia Mexicana, vol. XXIL núm. 87, 1973, p. 279-319.

Economía

Bazant, Jean. Historia de la deuda exterior de México, El Colegio de México, México, 1968.

Castellón Fonseca, Francisco Javier. "El fin del siglo XIX y el ocaso de la industria regional: el caso de las tabacaleras nayaritas", en Secuencia, núm. 9, septiembre-diciembre de 1987, p. 5-11.

Cerutti, Mario. "Monterrey y su ámbito regional, 1850-1910: referencia histórica y sugerencias metodológicas", en Secuencia, núm. 15, enero-abril de 1990, p. 97-113.

Cline, Howard F. "El episodio del henequén en Yucatán" (traducción de José Ortiz Monasterio), en Secuencia, núm. 8, mayo-agosto de 1987, p. 186-203.

Coatsworth, John. El impacto económico de los ferrocarriles en el Porfiriato, Secretaría de Educación Pública, México, 1976, 2 vols. (Sep/Setentas).

-------"El Estado y el sector externo en México, 1800-1910", en Secuencia, núm. 2, mayo-agosto de 1985, p. 40-54.

-------"Anotaciones sobre la producción de alimentos durante el Porfiriato", en Historia Mexicana, vol. XXVI, núm. 102, 1976, p. 167-187.

De Gortari Rabiela, Hira. "El empleo en la ciudad de México a fines del siglo XIX: una discusión", en Secuencia, núm. 3, septiembre-diciembre 1985.

De Maria y Campos Castelló, Alfonso. José Yves Limantour. El caudillo mexicano de las finanzas (1854-1935), Grupo Conductores Mexicanos, México, 1998.

Gómez Serrano, Jesús. Aguascalientes: imperio de los Guggenheim, Sep/Ochentas / Fondo de Cultura Económica, México, 1982.

González y González, Luis. "El agrarismo liberal", en Historia Mexicana, vol. VII, núm. 28, 1958, p. 469-496.

-------"La hacienda queda a salvo", en Historia Mexicana, vol. VI, núm. 21, 1956, pp. 24-38.

Keremitsis, Dawn. "La industria textil algodonera durante la Reforma", en Historia Mexicana, vol. XXI, núm. 84, 1972, p. 693-723.

Lloyd, Jane-Dale. El proceso de modernización capitalista en el noroeste de Chihuahua (1880-1910), Departamento de Historia, Universidad Iberoamericana, México, 1987.

-------Cuatro versiones de la cuestión agraria mexicana decimonónica (compiladora), Departamento de Historia, Universidad Iberoamericana, México, 1997.

López Cámara, Francisco. La estructura económica y social de México en la época de la Reforma, Siglo Veintiuno Editores, México, 1978.

Ludlow, Leonor y Carlos Marichal. (editores) Banca y poder en México (1800-1925), Editorial Grijalbo, México, 1985.

Moreno Toscano, Alejandra. "Cambios en los patrones de urbanización en México, 1810-1910", en Historia Mexicana, vol. XXII, núm.86, 1972, p.160-187.

Rodríguez O., Jaime E. "Mexico's First Foreign Loans", en Jaime E. Rodríguez O. (editor), The Independence of Mexico and the Creation of the New Nation, UCLA Latin American Center Publications, University of California, Los Angeles, 1989, p. 215-235.

Rosenzweig, Fernando. "El desarrollo económico de México de 1877 a 1911", en Secuencia, núm. 12, septiembre-diciembre de 1988, p. 151-190.

Tennenbaum, Barbara A. México en la época de los agiotistas, 1821-1857, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

TePaske, John Jay. "The Financial Disintegration of the Royal Government of Mexico during the Epoch of Independence", en Jaime E. Rodriguez O. (editor), The Independence of Mexico and the Cration of the New Nation, UCLA Latin American Center Publications, University of California, Los Angeles, 1989.

BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES